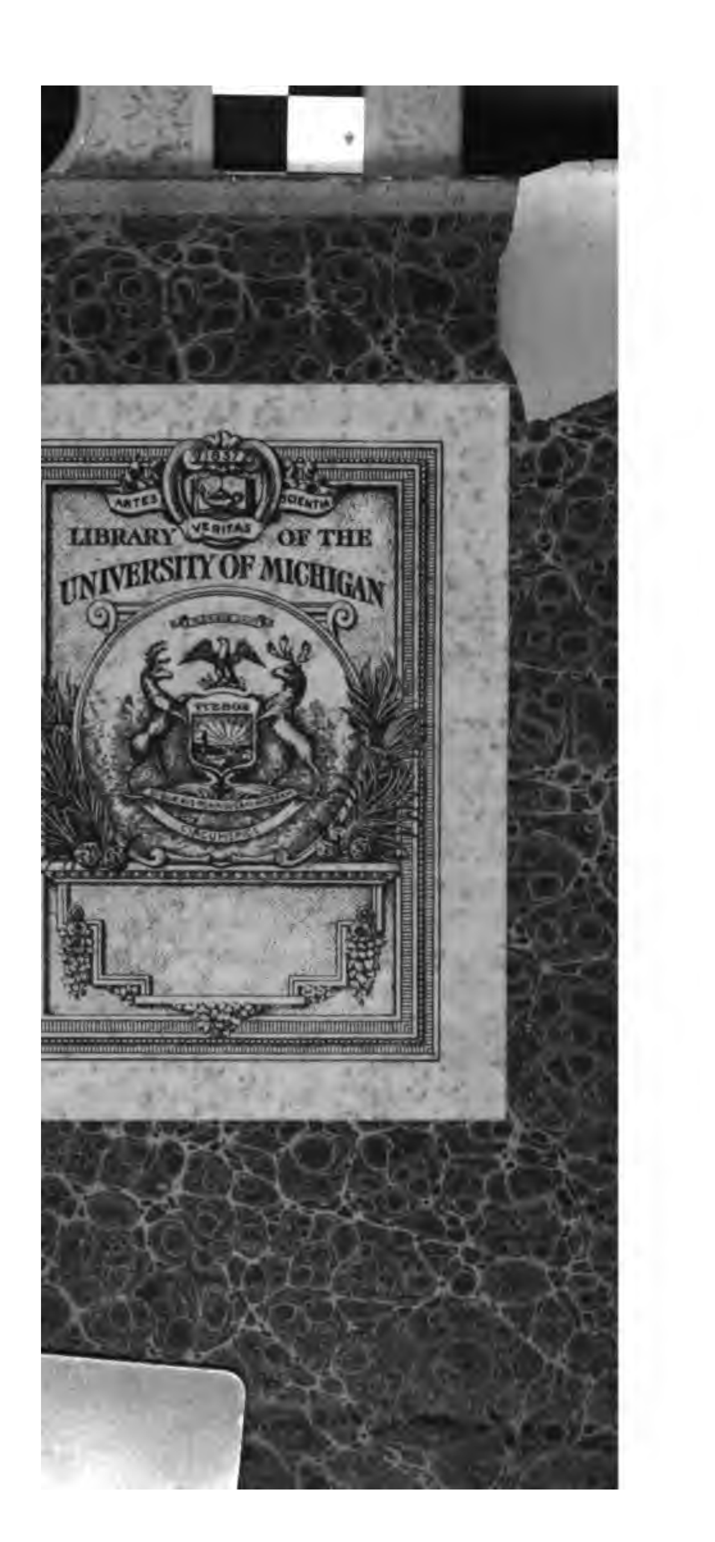
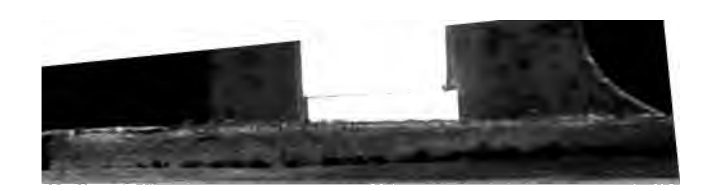

A 876,783


1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR



POESÍA Y ARTE

DE LOS ÁRABES

EN ESPAÑA Y SICILIA.



POESÍA Y ARTE

D

LOS ÁRAB

EN ESPAÑA Y SICILIA,

POR

ADOLFO FEDERICO DE SCHAC

TRADUCCION DEL ALEMAN

POR DON JUAN VALERA,

de la Real Academia Española.

TOMO PRIMERO.

SEGUNDA EDICION.

MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENE

calle del Duque de Osuna, número 3.

1872

ADVERTENCIA PRELIMINAR

DEL TRADUCTOR.

Si este libro no me pareciese de muy amena lectura y de bastante interes para los españoles, no me hubiera puesto yo á traducirle, y á publicarle despues, seguro, como lo estoy, de la poca ó ninguna recompensa que ha de alcanzar mi trabajo. No voy aquí á encomiar el libro y á recomendarle á los lectores. Ellos comprenderán su mérito sin que yo me canse en hacerle patente. Tampoco voy á contradecir ó á impugnar al autor, poniendo de manifiesto los errores en que puede haber incurrido; mi grande ignorancia de la lengua y literatura arábigas no lo consiente.

Yo me hubiera abstenido de poner palabra alguna, propia mia, al frente de esta obra, si no fuese

porque quien la leyere traducida por mí,
vertencia alguna, podrá pensar que coinc
autor en opiniones, que no son las mias.
tan entusiasta, como él, de los árabes, n
dor, como él, de los arabistas españoles.

Siempre he creido que toda gran ci
nace, crece y vive entre los pueblos que
raza indo-germánica, y, en particular,
que habitan en Europa, sobre todo en el
en Grecia, Italia, España y Francia. Sól
blo de otra raza, un pueblo singular, l
compite con los pueblos europeos, y áun
por su inteligencia, influyendo de un m
gico, poderoso y bienhechor en el pro
mano.

En los árabes veo poco ó nada origi
hablo del carácter, sino de la inteligenci
poesía ante-islámica, bárbara y ruda por
mientos, refinada, culterana y hasta
por el estilo, y falta de todo ideal. Su fi
ciencia, casi toda su cultura, y hasta cie
su poesía misma, posterior al islamismo,
cen, como el propio islamismo, un ref
trasunto del saber de los judíos y de las
ciones de los pueblos indo-germánicos; en
de los indios y de los persas. Grecia infl



bien, con extraordinario brío, en el desarrollo intelectual de los musulmanes; sin Aristóteles y Platon, acaso nunca los musulmanes hubieran filosofado; sin Hipócrates y Galeno, no hubieran tenido buenos médicos; ni hubieran comprendido nada de las ciencias exactas y naturales, sin Euclídes, Ptolomeo y el ya mencionado Estagirita.

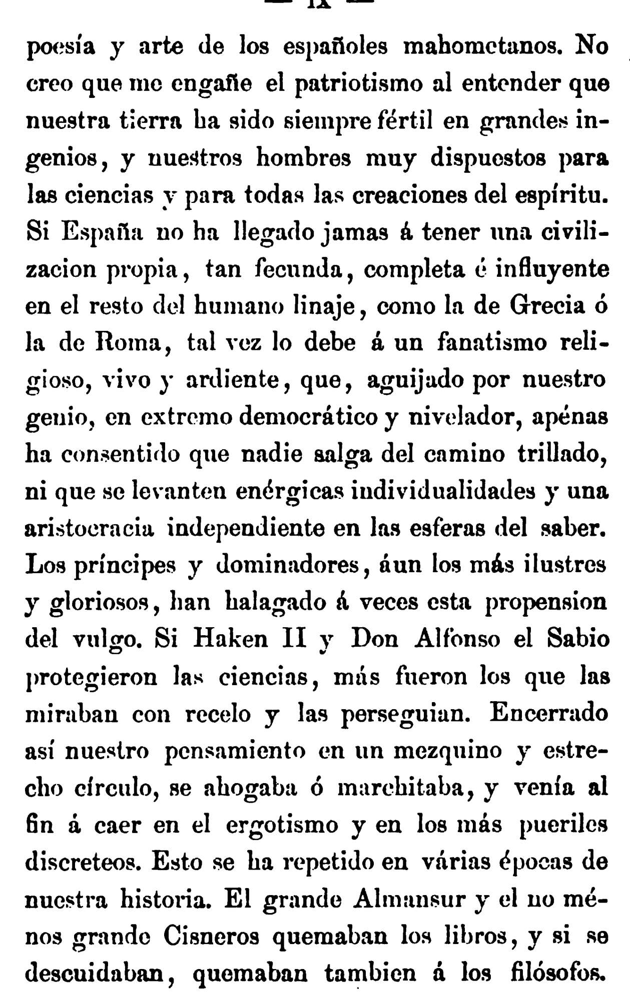
En las artes tampoco tienen los árabes nada propio, si se exceptúa la arquitectura; pero, aunque yo me admiro de la Alhambra y de la mezquita de Córdoba, mi entusiasmo no raya muy alto. No lamento y deploro tanto como otros el que se haya levantado un templo cristiano en el centro de la soberbia fábrica de Abdurrahman. Todavía me parece aquel templo cristiano más noble y hermoso que el arábigo que le circunda, y los primores de la celebrada capilla, vulgarmente llamada *del Zancarron*, no llegan, en mi sentir, á los primores de la sillería del coro, ni á la gracia y belleza de uno de los púlpitos.

No se opone lo dicho á que yo estime la civilizacion arábigo-hispana en todas sus manifestaciones; pero entiendo que esta civilizacion debe mucho á la influencia inspiradora del cielo de Andalucía, y á la raza que ántes de la conquista habitaba allí. En Persia, á pesar del Corán y á pesar

de la conquista mahometana, se desen
reció, bajo el imperio de los muslimes,
indígena y nacional; se creó una gr
una admirable poesía lírica, una mit
filosofía. En España, aunque en menor
que no teniamos lengua propia, y n
conservar, concurrió, sin duda, pode
pueblo vencido á la cultura y adelant
bes vencedores. La historia da indicio
mando la prontitud con que los español
ron el árabe. Ya en el siglo IX se que
de Córdoba del olvido en que los crist
el latin, y del afan con que estudiaba
del Yemen; y, segun un historiador, t
Gayángos, hubo hasta obispos que s
con ardor á la poesía arábiga, y áun
elegantes *kasidas*.

Lo cierto es que en España han lleg
pueblos, de los que sucesivamente han v
bitarla, á más alto grado de cultura, y
fecundos intelectualmente, que en otra
Esto se puede afirmar, más que de na
árabes y de los judíos.

Traduzco, pues, el libro de Schack,
poesía y el arte de los árabes en Españ
tenecen en gran manera; deben más bi



poesía y arte de los españoles mahometanos. No creo que me engañe el patriotismo al entender que nuestra tierra ha sido siempre fértil en grandes ingenios, y nuestros hombres muy dispuestos para las ciencias y para todas las creaciones del espíritu. Si España no ha llegado jamas á tener una civilizacion propia, tan fecunda, completa é influyente en el resto del humano linaje, como la de Grecia ó la de Roma, tal vez lo debe á un fanatismo religioso, vivo y ardiente, que, aguijado por nuestro genio, en extremo democrático y nivelador, apénas ha consentido que nadie salga del camino trillado, ni que se levanten enérgicas individualidades y una aristocracia independiente en las esferas del saber. Los príncipes y dominadores, áun los más ilustres y gloriosos, han halagado á veces esta propension del vulgo. Si Haken II y Don Alfonso el Sabio protegieron las ciencias, más fueron los que las miraban con recelo y las perseguian. Encerrado así nuestro pensamiento en un mezquino y estrecho círculo, se ahogaba ó marchitaba, y venía al fin á caer en el ergotismo y en los más pueriles discreteos. Esto se ha repetido en várias épocas de nuestra historia. El grande Almansur y el no ménos grande Cisneros quemaban los libros, y si se descuidaban, quemaban tambien á los filósofos.

¿Qué no harian los almoravides, y qué no habian de hacer más tarde los inquisidores?

Por fortuna, la civilizacion es tan natural á nuestro suelo, y tiene en él tan hondas raíces, que es imposible extirparla. Aunque se corte hasta el tronco el árbol de la ciencia, siempre retoña y reverdece.

La amarga censura que hace Dozy de Conde de Casiri, y que Schack reproduce, no es menes' saber la lengua arábiga para conocer que es justa. Casiri y Conde habrán errado bastante, ellos empezaron la obra que Dozy ha contir y no son tan equivocadas, tan absurdas y me sas las noticias que dan.

No puedo ménos de hacer notar, por últi el silencio que guarda Schack acerca del yángos es injusto tambien, sobre todo si lido algunas veces de su traduccion inc Makkari, á quien tan á menudo cita.

No niego la gloria de Dozy y el in vicio que ha hecho con sus publicacio Sr. Schack, tan conocedor y tan h nuestra literatura, no debiera ignor nemos en España arabistas que sig del sabio holandés, si no entran c tencia. Moreno Nieto, Lafuente



nandez y Gonzalez, Simonet y otros han publicado ya trabajos que importan mucho al adelanto de los estudios orientales.

Por lo demas, el Sr. Schack ha escrito su obra con un verdadero amor á España, ensalzando nuestro país de un modo que, si bien es justo, merece gratitud respetuosa.



ADVERTENCIA

Á LA SEGUNDA EDICION.

Esta obra ha ido publicándose por tomos, pasando años desde la publicacion del primero á la del segundo, y, no sólo años, sino revoluciones, caidas de dinastías y de imperios, y guerras espantosas, desde la publicacion del segundo á la del tercero. Publicado el tomo primero en época relativamente sosegada, logró atraer la atencion del público mucho más que los dos posteriores; así es que tuve el inesperado gusto de ver pronto agotada la edicion. Al dar á la estampa el tomo II y el tomo III, cuidé, por consiguiente, de hacer imprimir cierto número de ejemplares con destino á completar la segunda edicion del tomo I, que ahora hago y que ofrezco al

tiene bastante analogía con esta obra.
duciendo á Schack, he dado á conoce
someramente, la poesía arábigo-his
traduciendo y comentando las mejore
nes de los poetas judíos españoles,
asimismo la poesía hebraica en Espai

Asunto sería éste mucho más imp
de la poesía hispano-muslímica, po
gran período, durante el cual, bajo
divina, escribieron los hebreos los ca
les que encierra la *Biblia*, jamas el g
pueblo privilegiado y superior, de cu
so nacer el Salvador del mundo, ha
vuelo con más seguridad y pujanza q
durante los siglos medios. Miéntras
de los árabes españoles tiene mucho c
artificiosa y ligera, la de los judíos
eminentemente religiosa, profunda y
grandes poetas hebreos de España fu
grandes filósofos y teólogos, y sus p
obras influyeron de un modo poderos
zacion europea durante la Edad Med
bres no pertenecen sólo á la histori
sino á la historia del mundo y al des
intelectual de todo el espíritu huma
Salomon ben Gabirol, Moisés y Abrah



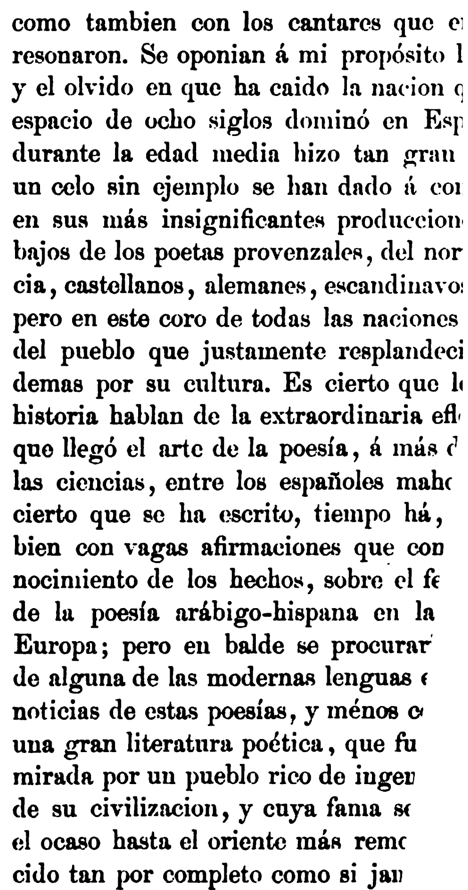
Jehuda Halevi de Toledo, Moisés ben Nachman, y otros muchos.

Aunque yo sea casi tan ignorante del idioma de los profetas como de la lengua del Yemen, entiendo que podré hacer este trabajo, valiéndome de las que con grande amor y acierto han hecho sobre los poetas judíos españoles algunos entusiastas alemanes, judíos tambien. De esta suerte, ya que en el Estado español hay libertad de cultos, llevarémos esta libertad á la república de las letras españolas, introduciendo en ella de nuevo á los israelitas y á los mahometanos, que habian sido expulsados largo tiempo hacia.



PRÓLOGO.

La siguiente obra es fruto de estudios, á que me indujeron mi larga permanencia en Andalucía, y singularmente dos veranos que pasé en la hermosa Granada. A causa de mis frecuentes visitas á la Alhambra y al Generalife, y de las excursiones que me llevaban, ya al arruinado palacio de los Alijares, ya á las encantadoras colinas de Dinadamar ó á la maravillosa Alameda, ornada de flores, cercana al *Jardin de la Reina*, así como á causa de mis paseos por la hoy desierta capital del imperio omiada, los monumentos de los árabes que me rodeaban se fijaron en mi mente como firme objeto de atenta consideracion. Al propio tiempo se despertó en mí el deseo de conocer más de cerca la cultura del pueblo, de cuyo buen gusto en artes daban brillante testimonio aquellas obras de arquitectura, tan bellas como originales. Yo ansié reanimar los salones de los alcázares arábigos, así con las figuras de los hombres que en otra edad discurrian por ellos,



como tambien con los cantares que e
resonaron. Se oponian á mi propósito l
y el olvido en que ha caido la nacion q
espacio de ocho siglos dominó en Esp
durante la edad media hizo tan gran
un celo sin ejemplo se han dado á co
en sus más insignificantes produccion
bajos de los poetas provenzales, del nor
cia, castellanos, alemanes, escandinavo
pero en este coro de todas las naciones
del pueblo que justamente resplandeci
demas por su cultura. Es cierto que l
historia hablan de la extraordinaria efl
que llegó el arte de la poesía, á más d
las ciencias, entre los españoles mah
cierto que se ha escrito, tiempo há,
bien con vagas afirmaciones que con
nocimiento de los hechos, sobre el fe
de la poesía arábigo-hispana en la
Europa; pero en balde se procurar
de alguna de las modernas lenguas e
noticias de estas poesías, y ménos c
una gran literatura poética, que fu
mirada por un pueblo rico de ingen
de su civilizacion, y cuya fama se
el ocaso hasta el oriente más remo
cido tan por completo como si jan

La sorpresa que esto causa se d
sar que la misma historia política

ñoles ha permanecido en la más profunda oscuridad hasta hace poco; porque, segun el gran orientalista holandés irrefragablemente atestigua, Conde, tenido durante tanto tiempo por principal autoridad en este asunto, ha dado, por traduccion de historiadores arábigos, trozos mutilados de crónicas latinas; y, cuando realmente traducia un texto oriental, lo entendia tan poco, que no raras veces convertia en dos ó tres á un individuo solo, trocaba el infinitivo en nombre propio, hacia morir á muchos hombres ántes de que naciesen, y ponia en escena personas que nunca existieron. Con todo, el libro de este español ha sido, hasta nuestros dias, el fundamento de cuanto se ha escrito sobre los árabes de España. En todas las universidades de Europa se ha estudiado por él esta parte de la historia; todas las obras sobre España, escritas por alemanes, ingleses, americanos ó españoles, han tomado de Conde sus noticias sobre aquel brillante período; y del mismo manantial se han infundido los hechos falsos de todo género en las historias universales, áun de los más famosos autores, en las historias generales de la edad media, en las descripciones de los viajeros, etc., etc. La biblioteca de Casiri apénas merece más fe que el libro de Conde.

Sólo recientemente, con la publicacion de los más importantes historiadores arábigos en el texto original, se ha adquirido un fundamento seguro para conocer la España mahometana. Dozy, el ya

citado eminente sabio, á quien debemos en su mayor parte estas ediciones, ha coronado su meritorio trabajo con una verdadera historia crítica de los mahometanos en España, desde el octavo hasta el duodécimo siglo. Esta obra, que en conjunto llama el autor *Investigaciones sobre la Edad Media española*, debe ser considerada como una de las más altas y ya cumplidas tareas científicas de nuestro siglo, pues por ella ha salido, por primera vez, de las tinieblas de la fábula y de la mentira á la luz de la verdad, toda una parte de la historia del mundo tan importante y comprensiva. De esperar es que Dozy termine su empresa, describiendo aún la dominacion mahometana en la Península, desde más allá del tiempo de los almoravides hasta la conquista de Granada.

No podia entrar en el plan de este egregio literato, tratar de la historia literaria de los árabes españoles, ademas de la historia política; su ya gigantesco trabajo se hubiera aumentado así desmesuradamente. Sólo con ocasion de otros casos, tienen lugar en su obra algunas noticias de esta clase. Sin embargo, no se puede negar que es por muchas razones deseable un más íntimo conocimiento de la poesía arábigo-hispana. Áun prescindiendo del deleite que ha de esperarse de las creaciones poéticas de un pueblo tan bien dotado, no se ha de estimar en ménos el valor histórico de dichas creaciones. Como dice Ibn Jaldun, en parte alguna se retratan

los antiguos árabes mejor que en el libro de los cantos de Alí de Ispahan (*Prolegomena*, III, 321). Así el espíritu y la vida de los habitantes muslímicos de España se reflejan en sus canciones. Por último, la cuestion presentada á menudo sobre si la poesía de la Europa cristiana en la edad media ha recibido el influjo de la poesía arábiga, se decide aún, sin que sea lícito negarlo, por afirmaciones generales y someras analogías, miéntras que sólo el conocimiento de la misma poesía arábigo-occidental puede derramar luz sobre este punto oscuro.

Miéntras tanto, ya que me decido, en prueba de haber consagrado mi actividad á este objeto, á publicar el presente ensayo, conviene decir que le publico confiando en que será juzgado como la primera obra que se escribe sobre un asunto no tratado hasta ahora, y no como aquellos escritos que versan sobre asuntos más trillados y conocidos anteriormente. Sólo despues de haber sido ilustrada la literatura de los trovadores por una serie de escritos, que se sucedieron durante tres siglos, pudo componerse una obra como la de Diez. De esta suerte, sólo será posible presentar el cuadro completo de la poesía arábigo-hispana, cuando la aplicacion unida de muchos autores subministre para ello los materiales, y áun entónces, apénas bastarán las fuerzas y laboriosidad de una persona sola para abarcar la monstruosa magnitud de este ramo de la literatura, y para dar cima á una empresa tan gigante. Conocedor yo

de estas cosas, he renunciado á hacer aquí un trabajo que, ni con mucho, presuma de completo; léjos de querer agotar el inmenso océano de la poesía arábigo-hispana, me he contentado con recoger algunas conchas de su orilla. Como mi obra sólo tiene por mira facilitar á los que no son orientalistas la entrada en una region literaria hasta hoy del todo inexplorada, me atrevo á dar á dicha obra una forma exenta de todo método sistemático.

En las traducciones que doy de algunas poesías, no echarán de ménos los conocedores el más esmerado estudio para conservar el valor y sentido de los textos originales, á menudo dificilísimos. Para la interpretacion de dichos textos me han guiado los principios que ya he seguido anteriormente en trabajos del mismo órden. Una reproduccion métrica no puede tener por objeto el servir de guía y auxilio para la inteligencia del original, sino más bien el reflejar poéticamente su imágen. Aun suponiendo que sea posible traducir literalmente los poetas de la clásica antigüedad y los de la mayor parte de los modernos pueblos europeos, sin perjudicar la impresion poética, todavía, semejante proceder, empleado con los arábigos, cuyo genio é idioma tanto difieren de los nuestros, engendraria mil monstruosidades; por donde Dozy ha dicho discretamente que la mayor infidelidad nace las más veces del prurito de ser muy fiel. Así pues, aunque, llevado de esta persuasion, haya procedido yo en ocasiones con libertad notable

al traducir lo accesorio, creo que, por esto mismo, he hecho más factible la reproduccion fiel del espíritu y del sentido.

El vivo interes que la arquitectura de los árabes me inspiró en Andalucía, me ha inducido á ligar el estudio del arte de este pueblo con el de sus poetas. Disto mucho, con todo, de querer competir, entrando de lleno en lo técnico de la arquitectura, con otros escritos sobre este asunto; pero, miéntras todos aquellos escritos, cuyo merecimiento, por otra parte, no trato de disminuir en lo más mínimo, han tomado sus datos en los errores de Conde y en otros libros semejantes, que no merecen fe, he procurado yo, bebiendo en manantiales arábigos, que para esto son los solos conducentes, dar otro valor á mi obra. Que mi ensayo, por su dificultad y por la escasez de documentos habia de ser defectuoso, lo sabía yo desde que le empecé; pero tambien estoy persuadido de haber tomado el único camino derecho para poner en claro esta parte de la historia del arte.

Pienso asimismo echar una mirada sobre la poesía y el arte de los árabes en Sicilia; pero, como la cultura arábiga no ha florecido en aquella isla ni tan largo tiempo ni tan generalmente como en Andalucía, las páginas que consagro á esto tienen que ser proporcionalmente pocas. Es de advertir, ademas, que sobre aquella isla poseo muchos ménos documentos y noticias que sobre España.

La forma libre de todo mi ensayo me permite,



en los capítulos sobre el arte, decir a
acerca del país en que éste ha florecido
se me censura de que á veces me apart
jeto, y tomo el tono de un *tourista* entusi
tiré que la arquitectura arábiga está en
trecha relacion con la naturaleza que la r
por lo tanto, quien desee caracterizar la
de este arte, no debe dejar tambien de f
cion en los objetos circunstantes. Por o
para mí del todo imposible el hablar con
del topógrafo sobre paisajes y lugares, c
encanto no es sobrepujado por el de otr
la tierra. Asimismo me atrevo á record
hasta el severo historiador Falcando,
estadistas Pedro Mártir y Navagero no
tenerse al contemplar á Palermo y á
muestran su entusiasmo en inspirada
nes y en elocuentes alabanzas. Sírvan
el ejemplo de estos grandes hombres.



POESÍA Y ARTE
DE LOS ÁRABES
EN ESPAÑA Y SICILIA.

I.

INTRODUCCION.

Nunca nacion alguna se ha criado en suelo ménos á propósito para la poesía que los árabes. Arenosas y desnudas colinas, que se pierden en lontananza; montañas pedregosas, en cuyas grietas brotan zarzas y otras plantas miserables, escasamente regadas por el rocío de la noche; y sólo en raros sitios, por donde corre algun arroyo, tal cual palma ó arbusto balsámico y un poco de yerba verde. Añádase á esto el huracan, que levanta en torbellinos la ardiente arena, y el encendido sol, que vierte sus rayos abrasadores. Alguna vez, ó bien cuando la tormenta anuncia y trae la por largo tiempo deseada lluvia, ó bien cuando en la clara bóveda

del cielo, profundamente azul, resplandecen verticalmente las pléyadas y la maravillosa estrella de Canopo, hay un cambio en la triste uniformidad.

En este inmenso desierto, que se extiende desde las peñascosas orillas del mar Rojo hasta el Eufrátes y el golfo Pérsico, y desde las costas del Yemen y del Hadramaut, ricas de incienso, hasta la Siria, los errantes pastores ó beduinos vagan desde los primeros tiempos de la historia. En tribus independientes, van de sitio en sitio plantando sus tiendas, ora acá, ora acullá, segun encuentran pasto para sus camellos y ovejas. La libertad es el supremo bien de ellos; hasta el caudillo, que cada tribu elige para sí, alcanza poder muy limitado, y ha menester para cualquiera de sus actos, aunque no sea más que para levantar el campamento, la aprobacion de los padres de familia. Los beduinos miran con desprecio á los habitantes de las ciudades, qui nes, encerrados en lóbregas casas, pasan muy pen vida, y la ganan con el comercio, la agricultura industria. Tienen por único placer la guerra, la el amor y la hospitalidad, dada ó recibida. Cada es un mundo para sí; considerándose como he los individuos de ella, se defienden unos á otro sangre y la vida, y miran las otras tribus, si con ellas en las mejores relaciones de amistad ó como tan enemigas, que cualquiera expedicio tra, ó cualquiera incursion nocturna con el pr conquistar el botin, no es sólo permitida, s

rece ademas gloriosa hazaña. Sin embargo, el deber de la hospitalidad está sobre todo entre ellos. Para el beduino el extranjero es sagrado apénas pasa el umbral de su tienda. Aun cuando sea su mortal enemigo, le defiende contra todos, y consume su hacienda para hospedarle y regalarle espléndidamente; pero, no bien le ha dejado ir, no tarda en obedecer á otro deber santo que le ordena matarle. La ley de una sangrienta venganza es inviolable entre ellos. Para expiar la muerte de un compañero de tribu, debe caer la cabeza del matador. De generacion en generacion domina á aquellos hombres este terrible sentimiento, exigiendo sangre por sangre, y por cada sacrificio otro nuevo.

A causa de las enemistades permanentes de las innumerables pequeñas tribus, nace, entre aquellos pastores guerreros del desierto, un modo de vivir atrevido, arrogante y heroico. Siempre amenazado de muerte, siempre pensando en cumplir el santo deber de vengador que le está confiado, el árabe errante sabe estimar sobre todo la gloria de la valentía. Las mujeres participan de este espíritu guerrero; acompañan á marido é hijos en sus expediciones, y los animan al combate. Como una vez, segun se cuenta, durante la larga guerra de los becritas y taglabitas, los soldados del anciano Find vacilasen y cediesen, las dos hijas de aquel héroe secular se precipitaron entre las filas enemigas, miéntras que en versos improvisados zaherian de cobardes á los suyos y los provocaban á la pelea.

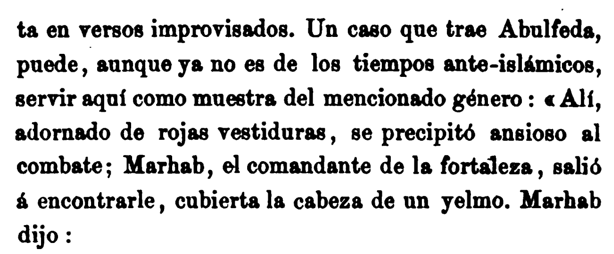
Porque entre aquellos hijos del desierto, en medio de su vida de foragidos, llena de peligrosas aventuras y continuos azares, tomó asiento el arte de la poesía, prefiriéndolos á los cultos ciudadanos. Y, cosa extraña, entre ellos alcanzó este arte una perfeccion que jamas, en épocas de la cultura más refinada, ha sido excedida, ni en la exquisita elegancia del lenguaje, ni en la exacta observancia de las complicadas y rigurosas reglas del metro.

Las primeras expansiones poéticas de los árabes fueron versos aislados, que improvisaban bajo la impresion del momento. Todas las tradiciones y colecciones de poesías de tiempos ante-islámicos están llenas de estas breves manifestaciones rítmicas de un contenido enteramente personal, segun esta ó aquella ocasion lo requeria. Sentimientos ó consideraciones, producidos acaso por una situacion, eran expresados en forma sencilla y ligera, ó sólo en rimadas sentencias. Sirvan de ejemplo los versos que el antiguo Amr dijo en su lecho de muerte:

Cansado estoy de la vida;
Harto larga ha sido ya;
Años cuento por centenas;
Doscientos llegué á contar,
Y áun caminando la luna,
Me concedió algunos más (1).

En ocasiones habla uno en verso de repente, como provocacion ó desafío, y otro da asimismo una respues-

(1) Fresnel, *Journal asiatique*, 1837, I, pág. 363.



ta en versos improvisados. Un caso que trae Abulfeda, puede, aunque ya no es de los tiempos ante-islámicos, servir aquí como muestra del mencionado género: «Alí, adornado de rojas vestiduras, se precipitó ansioso al combate; Marhab, el comandante de la fortaleza, salió á encontrarle, cubierta la cabeza de un yelmo. Marhab dijo:

Yo soy el héroe Marhab,
Que todo Chaibar celebra,
Armado de fuertes armas,
Valeroso hasta la huesa.

Alí respondió:

Leon me llamó mi madre;
De ser leon daré pruebas;
Con mi espada mediré
Ese valor que ponderas.

Entónces ambos se acometieron, y la espada de Alí rompió el yelmo y cortó la cabeza de Marhab, la cual rodó por el suelo.» (1).

Importa conocer esta forma primitiva de la poesía arábiga, no sólo porque sirve de fundamento á todas las formas posteriores más artificiosas, sino porque ella misma permanece siempre inalterable al lado de los demas modos de poetizar. En suma: lo personal y sujetivo, procediendo de determinadas circunstancias, en más alto ó más pequeño grado, forma el carácter de

(1) ABOULFEDA, *Vie de Mahomet*, publiée par Noel des Vergers, pág. 80.

poesía arábiga. Las poesías están las más veces ntimamente enlazadas con la vida de los poetas, ıólo conociendo ésta pueden entenderse aquéllas al paso que las colecciones de poesías son como lo biográfico, y aclaran los sucesos y lances que an inspirado.

ısta el sexto siglo de nuestra era no parece que el to poético de los árabes haya dado otra muestra que estas breves improvisaciones. Pero de tan eños comienzos, el arte de la poesía se alzó entre de repente y de una manera pasmosa á su más leta perfeccion, en el siglo mencionado. Como si ıbiese tenido ni crecimiento ni desarrollo, se mata de una vez en toda su lozanía y ornada de ıas propiedades la han distinguido siempre. Segur ncia de un antiguo árabe, los diversos poetas e uya prioridad disputan diversas tribus han vivi en la misma época, y el más antiguo de ellos ıcho más de un siglo anterior á la huida de ı (1). En dicho momento histórico, hácia los)0 despues de Cristo, se encuentran tambi eras huellas del conocimiento de la escri ia, y al tiempo que corre desde entón ada la vida del Profeta, deben su oríge ıs obras maestras de la poesía ante-islá ı Ocaz, ciudad pequeña, cercada de pal

FRESNEL, *Première lettre sur l'histoire de* 76.

jornadas cortas de la Meca, habia anualmente una gran feria ó mercado, donde venía á reunirse el pueblo de todos los puntos de la península. La feria se celebraba al empezar los tres santos meses, durante los cuales el pelear y verter sangre estaba prohibido; los que á ella acudian, se hallaban, por consiguiente, obligados por un precepto religioso á imponer silencio á sus rencores; si un hijo descubria entre los allí presentes al matador de su padre, en balde y por largo tiempo buscado, no se atrevia á cumplir su venganza. Cuando habia motivo de temer que, á pesar de la prohibicion, pudiesen romperse las hostilidades, cada uno, ántes de llegar al sitio de la reunion, deponia las armas (1). Los poetas, que casi siempre eran guerreros tambien, entraban allí en pacíficos certámenes y recitaban sus versos, en los que celebraban las propias hazañas, la gloria de los antepasados ó las preeminencias de su tribu. Cuando uno de ellos obtenia en alto grado la aprobacion de los oyentes, segun una antigua tradicion, cuya exactitud, á la verdad, se pone recientemente en duda (2), su composicion poética, escrita sobre seda con letras de oro, era suspendida en los muros de la Caaba, el más antiguo santuario de los hijos de Ismael. Siete de estos cantares premiados, las famosas *Muallakat*, se conservan aún. Lo que principalmente los distingue de los primeros ensa-

(1) CAUSSIN DE PERCEVAL, *Journal asiat.*, 1836, II, 524.
(2) TH. NÖLDEKE, *Beitrage zur Kenntniss der Poesie der alten araber.* C. XVIII.

yos, es que no constan de algunos pocos versos, sino que son más extensas composiciones, en un ritmo más artificioso, y propendiendo á formar en su conjunto un todo completo. Se ha de confesar, sin embargo, que no llegan á la perfecta unidad, en que todos los pensamientos se subordinan á una idea capital, sino que contienen descripciones y sentimientos aislados; pero, á pesar de esta licencia, en cada composicion se deja ver la propension á un solo objeto, á más de estar ligadas todas las partes por una rima semejante y por el mismo metro.

En la edad de que hablamos, el amor á la poesía se extendió entre todo el pueblo. No sólo en la feria de Ocaz, sino en otros puntos, hubo *mufacaras*, ó certámenes de gloria, en los cuales cada tribu hacia valer su derecho á la preeminencia sobre las otras por medio de un poeta, y siempre alcanzaba la victoria aquella cuyo encomiador acertaba á expresar más elegantemente sus alabanzas. Cuando en una familia sobresalia álguien por su talento poético, todos la felicitaban, se disponian fiestas para honrarla, y las mujeres venian al són del tamboril y proclamaban dichosa á la tribu entera, porque en ella se habia levantado un poeta, que haria sabedora á la posteridad de todos sus grandes hechos. Hasta donde los árabes llevan su existencia vagabur da sobre las llanuras arenosas y respiran el aire li' bajo la bóveda inmensa del cielo, resonaban tales tares, y eran estimados, despues de la valentía, c

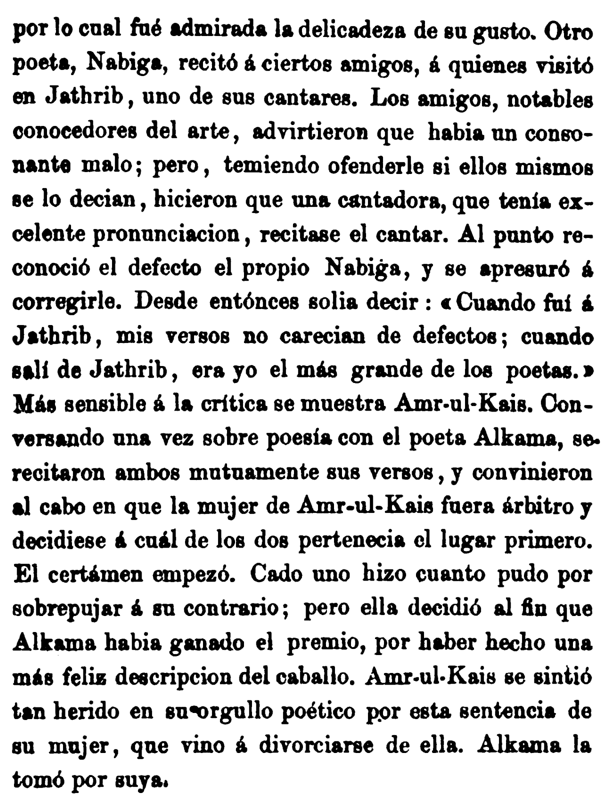


la prenda más alta del hombre; tanto en las tiendas de los príncipes de las tribus y en las córtes de los reyes de Gassan y de Hira, cuanto en el pobre campamento de los esclavos y en la guarida del facineroso, eran celebrados en verso el heroismo, la lealtad y el amor. Los versos que se distinguian por felicidad de pensamientos ó de expresion se propagaban con rapidez, pasando de boca en boca. De esta suerte eran incalculables el poder y el influjo que el talento poético ejercia. Cuando surgian disputas entre las familias, el poeta era á menudo elegido como árbitro, y las gentes se sometian de buen talante á sus decisiones. Como por su encomio ó su censura podia extenderse la fama y la gloria de una tribu, el favor del poeta era tan solicitado, como temido su enojo. Un pobre habitante de la Meca, que áun tenía muchas hijas por casar, hospedó amistosamente al poeta Ascha, que iba camino de Ocaz, y le habló incidentalmente de sus hijas y de la triste situacion de él y de ellas. El poeta no creyó pagar mejor aquella buena hospitalidad, que cantando en la feria de Ocaz las nobles calidades del huésped y de sus hijas. Así lo hizo, y se cumplió su propósito. Apénas se divulgó su canto, los más ilustres caudillos de las diversas tribus pretendieron casarse con las doncellas.

La poesía ante-islámica de los árabes se conserva principalmente en la coleccion de las *Muallakat*, *Hamasa*, *Divan de los Hudseilitas* y *Gran libro de los Cantares*. Un conocimiento cumplido de este inmenso

tesoro es cosa de que pocos se pueden jactar; pero áun para aquel que sólo en parte le conoce, es motivo de pasmo la contraposicion entre el contenido y la forma de estos cantares. Por un lado, las pasiones desenfrenadas de un tiempo bárbaro, el asesinato y la sed de venganza; por otro, tal sutileza de lenguaje y tan rebuscado primor en la expresion, como si la poesía se hubiese escrito para aclarar con ejemplos un capítulo de la gramática. ¿Cómo era posible que el guerrero errante y sin reposo, que diariamente tenía que combatir por la vida contra la inclemencia y aridez del suelo y contra las enemigas espadas, pudiese cuidar la parte técnica de la poesía con esmero propio sólo de los períodos de la más alta y avanzada civilizacion? Ésta es una excepcion entre todas las literaturas; pero el conocimiento de las leyes y riquezas del idioma, así como el de las diferentes genealogías y el de los astros que los guiaban en sus excursiones nocturnas, fué desde muy antiguo para los árabes objeto de constante afan y de trabajoso estudio (1). Aun de los tiempos primitivos se citan ejemplos que demuestran cuán grande importancia daban á la eleccion de los vocablos, á la exactitud de las rimas y á la perfeccion del estilo. El poeta Tarafa criticó, siendo áun niño y miéntras jugaba con otros niños, una expresion mal escogida en una poesía,

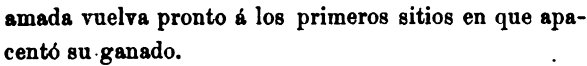
(1) Caussin de Perceval, *Essai sur l'histoire des arabes avant l'islamisme*, I, 352.



por lo cual fué admirada la delicadeza de su gusto. Otro poeta, Nabiga, recitó á ciertos amigos, á quienes visitó en Jathrib, uno de sus cantares. Los amigos, notables conocedores del arte, advirtieron que habia un consonante malo; pero, temiendo ofenderle si ellos mismos se lo decian, hicieron que una cantadora, que tenía excelente pronunciacion, recitase el cantar. Al punto reconoció el defecto el propio Nabiga, y se apresuró á corregirle. Desde entónces solia decir: «Cuando fuí á Jathrib, mis versos no carecian de defectos; cuando salí de Jathrib, era yo el más grande de los poetas.» Más sensible á la crítica se muestra Amr-ul-Kais. Conversando una vez sobre poesía con el poeta Alkama, se recitaron ambos mutuamente sus versos, y convinieron al cabo en que la mujer de Amr-ul-Kais fuera árbitro y decidiese á cuál de los dos pertenecia el lugar primero. El certámen empezó. Cado uno hizo cuanto pudo por sobrepujar á su contrario; pero ella decidió al fin que Alkama habia ganado el premio, por haber hecho una más feliz descripcion del caballo. Amr-ul-Kais se sintió tan herido en su orgullo poético por esta sentencia de su mujer, que vino á divorciarse de ella. Alkama la tomó por suya.

A imitacion de la *Muallaka* de Amr-ul-Kais, empezaron á escribirse poesías más extensas, ó *Kasidas*, en las cuales el poeta convida á uno ó más amigos, que le acompañan en una peregrinacion, á lamentarse con él sobre el suelo dichoso, ya abandonado, donde moró su

amada. Ella ha ido con los suyos á otras regiones del desierto. En su dolor, el poeta no presta oido á las palabras con que sus amigos procuran consolarle; sumido en sus recuerdos, cuenta las horas deliciosas que ha pasado con su amor. Ley es de este género de poesía que sus diversas partes formen un todo como las perlas de una gargantilla; pero la eleccion y el órden de estas partes (que son por lo comun descripciones, panegíricos y narraciones breves) dependen de la voluntad del autor, y suelen ser distintos, segun quien escribe. Puede darse, con todo, una nocion general de la marcha y forma de estas composiciones. Venciendo poco á poco su melancolía, habla el poeta de los lugares que ha visitado ya, con la esperanza de volver á encontrar á su querida, y refiere las aventuras que le han ocurrido en estas excursiones. Luégo suele pasar á una descripcion de su corcel ó camello, que ha resistido todas las fatigas del largo viaje; alaba su propia valentía y su prontitud en cumplir el deber de la venganza, ó cuenta cómo una noche se perdió en el desierto y vió brillar sobre una altura una luz que le guió á la tienda de un árabe hospitalario. Los amigos le exhortan entónces á que concluya; él dirige una mirada de despedida á los sitios que le han sido tan caros, y da fin con la alabanza de la liberalidad y de los gloriosos hechos de su tribu. Acaso descubre el poeta una nube, precursora de lluvia, y s vista le llena de contento. La tierra seca reverdecerá, él podrá concebir la esperanza de que la tribu de

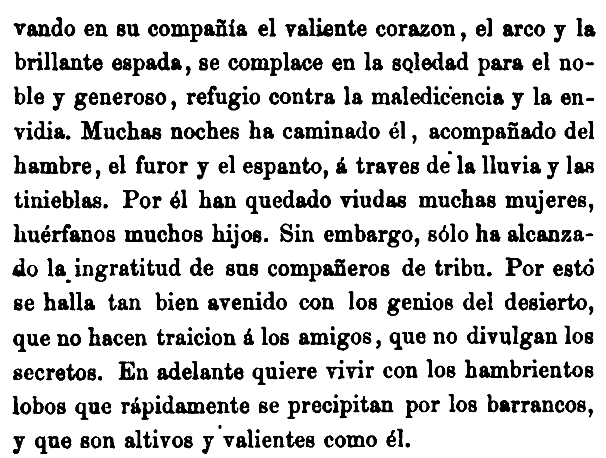


amada vuelva pronto á los primeros sitios en que apacentó su ganado.

No es fácil de desechar la constante acusacion de que la antigua poesía arábiga se mueve siempre dentro de un estrecho círculo. Sin una mitología propia, sin una tradicion épica (pues las referentes á Antar y á otros libros de caballería son probablemente de épocas posteriores), y al mismo tiempo sin fuerza de imaginacion bastante á crear estas cosas, el árabe gentil se limita á la descripcion de la realidad que le rodea y á la expresion de sus sentimientos. De aquí la perpétua repeticion de los mismos asuntos. Casi siempre leemos en dichas poesías una peligrosa excursion por el desierto, un encuentro con tribus enemigas, la descripcion de una tempestad, de un caballo, de un camello ó de una gacela, con puntual y menuda pintura de cada una de sus partes, el elogio de diversas armas, etc., etc. Mas, á pesar de la poca variedad en los asuntos, y á pesar de la falta de unidad en el plan, poseen las antiguas *Kasidas* indisputables bellezas. El beduino, cuyos ojos se han hecho más perspicaces con la contemplacion de la naturaleza, ve todo cuanto le circunda bajo mil diversos puntos de vista, y sabe dar novedad áun á los objetos con más frecuencia descritos. El desierto, así en la temerosa oscuridad de la noche, como durante el encendido resplandor del mediodía, cuando los rayos del sol pintan en las leves y vagarosas exhalaciones de la tierra mágicas imágenes, ofrece al poeta á cada momen-

to diversos cuadros. Él ha observado cada uno de los movimientos de su fiel camello, que sin cansarse jamas, le lleva por inhospitables soledades, ó ha oido cada relincho de su valeroso corcel como la voz de un amigo. La abrumadora calma de un tiempo ardoroso, no mitigada ni por una ligera ráfaga de aire, el silbido del viento, las nubes, ora apiñándose, ora disipándose, la alternativa y los efectos de luz y de sombra, y el surco deslumbrador del relámpago en el cielo tenebroso, de todo esto, no sólo en general, sino en cada uno de sus momentos, y con su propio carácter y fisonomía, sabe apoderarse el poeta, y prestar duracion con gráficas palabras á la instantánea y mudable faz de las cosas. Ni le falta imaginacion instintiva para pintar los encantos de su amor y las excelencias de su espada ó de su lanza reluciente. En sus breves narraciones, no obstante la índole lírica de toda la obra, acierta con pocos rasgos atrevidos á contar los sucesos y á presentarlos vivamente á la fantasía.

La *Kasida* de Schanfara ofrece un modelo perfecto de la antigua poesía arábiga en toda su originalidad y en toda su fuerza. En ella se retrata con rasgos profundos é indelebles y con patente grandeza el héroe selvático del desierto, que hasta á los cielos desafia. Lleno de enojo contra los hombres y el mundo, avanza durante la noche por el desierto, donde saluda como amigos al tigre y á la hiena hirsuta. Tendido sobre el duro suelo, desecado por los rayos del sol, y sólo ll



vando en su compañía el valiente corazon, el arco y la brillante espada, se complace en la soledad para el noble y generoso, refugio contra la maledicencia y la envidia. Muchas noches ha caminado él, acompañado del hambre, el furor y el espanto, á traves de la lluvia y las tinieblas. Por él han quedado viudas muchas mujeres, huérfanos muchos hijos. Sin embargo, sólo ha alcanzado la ingratitud de sus compañeros de tribu. Por estó se halla tan bien avenido con los genios del desierto, que no hacen traicion á los amigos, que no divulgan los secretos. En adelante quiere vivir con los hambrientos lobos que rápidamente se precipitan por los barrancos, y que son altivos y valientes como él.

En más dulce tono celebra Antar el recuerdo de su Abla, de cuyos labios emana un aroma como el del suelo de primavera bañado por el rocío; en ella piensa cuando las lanzas enemigas y las agudas espadas quieren apagar la sed bañándose en su sangre; y su nombre invoca cuando sobre su ligero corcel, cubierto ya de heridas, se arroja en medio del tumulto de la batalla, y echa al suelo á tanto combatiente, que el olor embriagador de la sangre derramada llama y atrae á las hienas hambrientas, que buscan una presa que devorar en la oscuridad de la noche.

Tarafa excita en sus versos á la alegría y á los deleites de este mundo; porque, ¿hay álguien acaso que esté seguro de la inmortalidad? Tres cosas son las que dan todo su encanto á la vida: por la mañana, tempra-

no, ántes de que se despierte el severo censor, confortarse con el rojo zumo de las uvas; apresurarse sobre un corcel jadeante en socorro de un guerrero cercado de enemigos, y pasar las horas de un dia lluvioso y sombrío, bajo la desplegada tienda, en dulces juegos con una hermosa muchacha. La vida es un tesoro, del cual cada noche se lleva una parte. Iguales son los sepulcros del avariento, que contempla suspirando sus amontonados tesoros, y del pródigo, que despilfarra la herencia paterna en alegres goces; ambos sepulcros están cubiertos con un monton de piedras frias. Por estas razones, jamás se buscará en balde al poeta en la regocijada compañía de los bebedores, miéntras que brille el sol para él y no esté hundido en la noche eterna.

Atrevido y lleno de arrogancia juvenil, resuena el canto de Amr-ben-Kultum en alabanza de su tribu, cuyos blancos estandartes la llevan á la pelea, como va el ganado al abrevadero, y siempre vuelven rojos. «Apénas, dice, uno de nuestros niños se ha olvidado del pecho de su madre, cuando se postran de hinojos ante él, para reverenciarle, los más soberbios caudillos de las tribus extrañas. En la pelea derribamos las cabezas enemigas, como los muchachos derriban las piedrecillas cuando juegan.» Pasablemente árida es la *Muallaka* de Harit, llena de alusiones sobre toda clase de sucesos, y en la cual se defendian los becritas contra las acusaciones que Amr les habia dirigido.—De la boca del anciano Zuhair brotan sábias sentencias. Harto de las

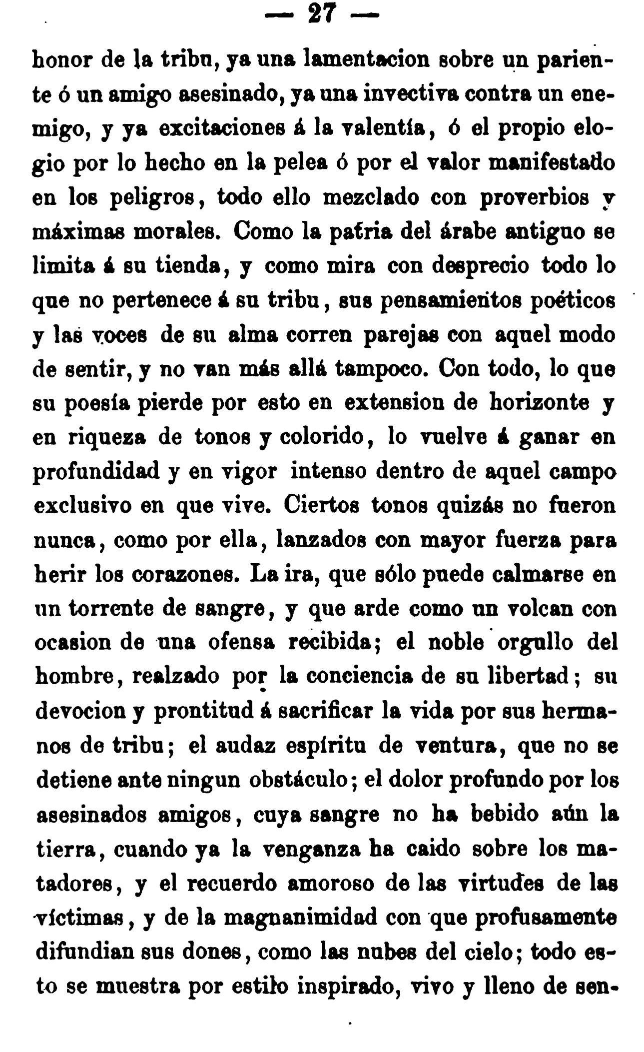
penas de la vida, porque cuenta ochenta años, mira indiferente á la ciega fortuna, sin desear sus dones. La fortuna no le ha sido propicia, y por esto ha vivido tanto. Él sabe lo que es hoy, y lo que ayer fué, pero no presiente lo que será mañana; así es que anhela, ántes que la muerte le arrebate, amonestar á las tribus para que observen con fidelidad los convenios, á fin de que no arda de nuevo la tea de la discordia, y la desventura las triture, pesada como piedra de molino.

Pintorescas imágenes de diversa clase presenta la *Muallaka* de Amr-ul-Kais, ora sea que el poeta refiera una aventura de amor, y cómo sorprendió á una muchacha que se bañaba miéntras que las pléyadas lucian en el cielo, y penetró en la tienda á despecho de los guardadores y de los recelosos parientes; ora describa una partida de caza, montado él sobre un caballo impetuoso, el cual se precipita, semejante á un peñasco que arrastra en sus ondas el torrente desde la altura; ora pinte las gacelas que descienden del monte al llano, al presentir la tempestad, y cómo ésta troncha las palmas, hace que se desborden los arroyos, y es saludada por las aves con jubilosos trinos.

La *Muallaka* de Lebid nos ofrece una hermosa pintura de la antigua vida de los árabes. Lebid se jacta de haber estado á menudo de atalaya, para defender á su tribu, en las más altas colinas, desde donde podia espiar los movimientos del enemigo, y ver el polvo que levantan los cascos de los caballos, y columbrar los es-

tandartes; siempre el peregrino halló refugio en su tienda contra el frio de la mañana, cuando sopla el helado viento del norte; siempre halló refrigerio en su mesa toda mujer menesterosa y desvalida. Por último, el poeta habla severamente de lo caduco y perecedero de todas las cosas de la tierra. Nosotros pasamos para nunca volver, miéntras que las estrellas tornan á levantarse en el cielo; áun las montañas y los alcázares permanecen y nos sobreviven. La suerte toca una vez á cada mortal; con los hombres sucede como con los campamentos y con aquellos que los habitan : pasan éstos adelante, y quedan yermos estotros. Sólo un relámpago, un resplandor ligero es el hombre; arde, luce y deja cenizas.

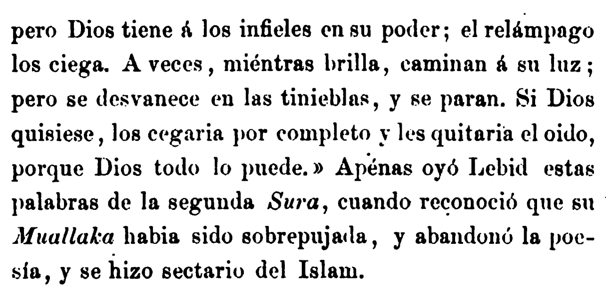
Mayor variedad que en las *Kasidas* hay en las numerosas pequeñas composiciones poéticas contenidas en la *Hamasa*, en el *Divan de los Hudseilitas* y en otras colecciones. Allí se encuentran cantos de guerra y de hazañas al lado de poesías eróticas ó *gacelas*, é himnos fúnebres, mezclados con sátiras y versos báquicos, festivos ó jocosos. Muchas de estas composiciones se distinguen por el rapto lírico, las atrevidas imágenes, los giros pasmosos y las brillantes descripciones; pero la carencia de una extensa y alta nocion del universo encierra tambien esta clase de poesía en muy estrechos límites. Es casi siempre esta poesía hija de una inspiracion que nace de momentáneas y determinadas circunstancias; ya un arranque de enojo sobre el ofendido



honor de la tribu, ya una lamentacion sobre un pariente ó un amigo asesinado, ya una invectiva contra un enemigo, y ya excitaciones á la valentía, ó el propio elogio por lo hecho en la pelea ó por el valor manifestado en los peligros, todo ello mezclado con proverbios y máximas morales. Como la patria del árabe antiguo se limita á su tienda, y como mira con desprecio todo lo que no pertenece á su tribu, sus pensamientos poéticos y las voces de su alma corren parejas con aquel modo de sentir, y no van más allá tampoco. Con todo, lo que su poesía pierde por esto en extension de horizonte y en riqueza de tonos y colorido, lo vuelve á ganar en profundidad y en vigor intenso dentro de aquel campo exclusivo en que vive. Ciertos tonos quizás no fueron nunca, como por ella, lanzados con mayor fuerza para herir los corazones. La ira, que sólo puede calmarse en un torrente de sangre, y que arde como un volcan con ocasion de una ofensa recibida; el noble orgullo del hombre, realzado por la conciencia de su libertad; su devocion y prontitud á sacrificar la vida por sus hermanos de tribu; el audaz espíritu de ventura, que no se detiene ante ningun obstáculo; el dolor profundo por los asesinados amigos, cuya sangre no ha bebido aún la tierra, cuando ya la venganza ha caido sobre los matadores, y el recuerdo amoroso de las virtudes de las víctimas, y de la magnanimidad con que profusamente difundian sus dones, como las nubes del cielo; todo esto se muestra por estilo inspirado, vivo y lleno de sen-

timiento, en los mencionados cantares. Hay en ellos rasgos ardientes de afecto, y un fervor y un torbellino y un torrente de pasiones, en pos del cual apénas puede ir la expresion, apresurada, violenta y concisa. A veces, y como perdiéndose y desvaneciéndose en el aire, se oyen más dulces modulaciones en la lira del árabe primitivo, y suspira por la amada ausente, cuya imágen sólo ve en sueños; pero pronto canta de nuevo el tumulto de las batallas y el resonar de las lanzas y de las espadas, y prorumpe en frases de indómita y casi diabólica fiereza, para la cual las aventuras más temerarias, el homicidio y el robo, son el mayor deleite de la vida.

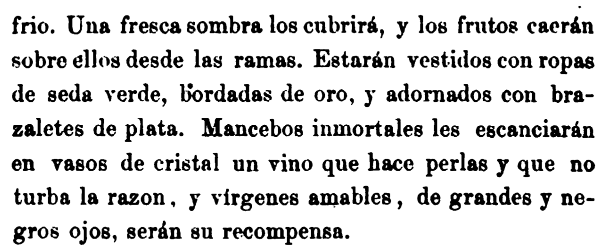
Lebid, el autor de la última *Muallaka*, fué enviado, en su vejez, por embajador de su tribu, á Mahoma, quien hacia ya tiempo que figuraba como profeta, pero era aún desconocido y menospreciado de muchos. Lebid encontró á Mahoma en medio de una gran multitud de pueblo, al cual anunciaba la ira del Dios único contra los no creyentes. «Los que dejan el camino verdadero, decia, y siguen el error, no esperen galardon alguno. Se parecen á los que encienden una hoguera, y cuando el fuego luce en torno, Dios le apaga, y los deja en tinieblas, y no ven. Quedan sordos, ciegos y mudos, y no pueden volver atras. Y son como peregrinos durante la tormenta, cuando trueno y relámpago caen del cielo, cubierto de oscuras nubes. Y por no oir el estampido del trueno se tapan con los dedos las orejas;



pero Dios tiene á los infieles en su poder; el relámpago los ciega. A veces, miéntras brilla, caminan á su luz; pero se desvanece en las tinieblas, y se paran. Si Dios quisiese, los cegaria por completo y les quitaria el oido, porque Dios todo lo puede.» Apénas oyó Lebid estas palabras de la segunda *Sura*, cuando reconoció que su *Muallaka* habia sido sobrepujada, y abandonó la poesía, y se hizo sectario del Islam.

Se comprende el entusiasmo y el asombro que debió producir la aparicion del *Coran*. Verdaderamente, el contenido de este libro religioso, ó mejor dicho, de esta coleccion de improvisaciones líricas, que ha venido á servir de base á la creencia de una parte tan grande del linaje humano, es harto pobre por el pensamiento. ¡Cuánto no difiere de aquella abundancia de ideas profundas, expresadas con una sencillez infantil, que hay en los santos libros de nuestra religion! Pero el *Coran* está lleno de imágenes deslumbradoras, que, merced á la brillante retórica y al ímpetu apasionado del Profeta, arrebataban el espíritu y encantaban los oidos de los árabes. La poesía, que hasta entónces habia estado en Arabia ligada á la tierra y consagrada á las emociones y afectos de lo presente, rompió con Mahoma los límites del tiempo y del espacio, para volar al séptimo cielo y mostrar la felicidad de los santos, y para descender á los infiernos y hacer patentes las llamas en que han de consumirse los infieles. La palabra de Alá, divulgada por su profeta, resuena como una tempestad sobre la

tierra temblorosa, amenazando con los terrores del juicio final á los vivos y á los muertos. El Profeta jura por el sol resplandeciente, por la noche tenebrosa y por las errantes estrellas, que se aproxima el último dia. La tierra se extremecerá; las montañas, despedazadas, se desharán en polvo: la mar se disipará en llamas; se arrollarán los cielos; se abrirá el libro del destino. Los cabellos de los niños encanecerán de espanto; se quebrantarán las peñas, de angustia; los hombres, apresurados y sin aliento, tratarán de convertirse, si hubiere tiempo aún. Cuando empiece el dia temeroso, sonarán las trompetas con un espantable sonido, por el cual hasta los ángeles tiemblan. Y entónces se oirá decir: «Apoderaos de los enemigos de Dios, y atadlos con cadenas de setenta varas, y arrojadlos en la humareda de los infiernos, que se levanta hácia el cielo en tres columnas altísimas, y ni les da sombra ni los preserva del fuego devorador. Las almas saldrán de los sepulcros como bandadas de langostas, y serán lanzadas en el abierto abismo. Y Dios gritará al infierno: «¿Estás ya lleno?» Y el infierno responderá: «¡No.....! ¿Tienes aún más impíos que yo devore?» Pero no todo será terror en aquel dia. Los creyentes verán cumplidas las promesas, é irán al paraíso á gozar de una inmensa bienaventuranza, sentados en verdes praderas, sobre almohadones recamados de oro. Allí reposarán, debajo de los plátanos frondosos y de los lotos sin espinas, y al borde de murmuradores arroyuelos, donde no sentirán ni calor ni



frio. Una fresca sombra los cubrirá, y los frutos caerán sobre ellos desde las ramas. Estarán vestidos con ropas de seda verde, bordadas de oro, y adornados con brazaletes de plata. Mancebos inmortales les escanciarán en vasos de cristal un vino que hace perlas y que no turba la razon, y vírgenes amables, de grandes y negros ojos, serán su recompensa.

Reconocido pronto por las diversas tribus como una revelacion divina, y llevado en la punta de las lanzas por todas las regiones del mundo, el *Coran* fué en adelante para los árabes el fundamento de la civilizacion. Cada muslim estaba familiarizado con sus máximas desde la infáncia, y sabía de memoria las más de ellas. Y no sólo obtenia este libro una veneracion religiosa como si fuese la palabra de Dios, sino que era tambien admirado como el dechado más perfecto de la elocuencia. El *Coran*, por consiguiente, no pudo ménos de ejercer un grande influjo en la literatura, pero se exageraria demasiado este influjo, si se creyese que la poesía arábiga se habia transformado por él fundamentalmente. Mahoma no se presentaba ni se tenía por un poeta; sus *Suras* no están en verso, sino en una prosa mezclada con rimas, y no pudo servir de modelo á la poesía. Ésta, aunque se enriqueció con nuevas ideas é imágenes, permaneció lo mismo en cuanto al estilo, imitando el de los antiguos cantares, á menudo hasta en las extrañezas. En todos los tiempos de la literatura arábiga los autores de las *Muallacat* son considerados como maes-

tros, con quienes se puede competir, pero á quienes no se puede vencer; y áun entre muchos vino á arraigarse la creencia de que toda la poesía posterior á Mahoma es sólo un pobre rebusco de aquella cosecha poética abundantísima de la época primera, y de que en balde se fatigan los poetas posteriores por asemejarse á los corifeos ante-islámicos. Así es que la mayor alabanza que se podia hacer de uno era decir: Si hubiera vivido algunos dias en tiempo del paganismo, hubiera sido el primero de los poetas. En cierta ocasion, el famoso Feresdak, oyendo recitar á uno que pasaba el octavo verso de la *Muallaka* de Lebid, se postró como para orar, con la cabeza contra el suelo, y dió la siguiente explicacion á los que le preguntaron por qué hacia aquello: «vosotros conoceis pasajes del *Coran*, ante los cuales debe el hombre postrarse, y yo conozco versos á los cuales el mismo honor es debido.» Esta sentencia se daba principalmente en atencion al lenguaje; porque éste, no bien el Islam empezó á propagarse, parece que perdió mucho de su pureza, sobre todo en las ciudades y córtes, donde tenía su principal asiento la literatura. Sólo los habitantes del desierto conservaron aún, en cierto modo, la primitiva pureza del lenguaje, por donde vino á ponerse en uso el que los poetas fuesen á vivir durante algun tiempo entre los beduinos, á fin de aprender de ellos la recta significacion de los vocablos y los giros y propiedades de la lengua clásica, así como tambien á fin de conocer por experiencia propia la vida



del desierto, cuya pintura seguia siendo siempre una parte esencial de la *Kasida.*

El primer califa que tuvo á sueldo poetas fué Jezid, hijo del fundador de la dinastía omiada. La tarea principal de los poetas cortesanos era naturalmente ensalzar, por todos los modos posibles, á sus señores. Siguiendo la marcha de las ideas que predomina en las *Muallakat*, solian empezar estos poetas las *Kasidas*, que principalmente tenian el objeto ya dicho, despidiéndose de sus queridas ó del lugar en que moraban, y luégo hacian la descripcion del viaje que debia llevarlos cerca de su valedor, con cuyo pomposo elogio terminaban. Era tan grande la importancia que se daba á estas poesías encomiásticas, que un príncipe envidiaba á otro un solo verso feliz, una sola bella frase en que hubiese sido elogiado. Estos dos versos de una *Kasida* de Achtal en honor de los Omiadas gozan, en dicho sentido, de superior estimacion:

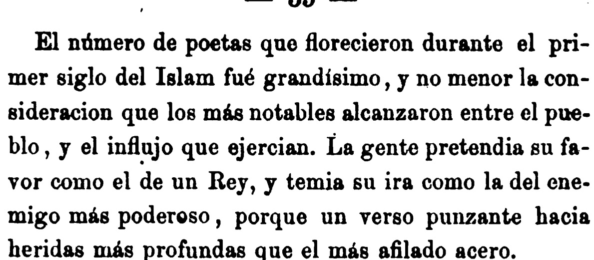
Al más fuerte enemigo sujeta su poder,
Pero inmensa es su gracia cuando llega á vencer.

Despues de caer esta dinastía, Abul Abbas, fundador de la dinastía Abasida, invitado á oir á un poeta que habia compuesto una *Kasida* en honor de su familia, exclamó tristemente: ¡ Ah ! ¡ cómo ese poeta podrá decir nada que equivalga á aquellos dos versos de Achtal en elogio de los Omiadas!

El referido Achtal y Dscherir y Feresdak pasan por los más egregios poetas de los dos primeros siglos

del islamismo. Cada uno de los tres se creia por cima de sus antecesores y rivales, porque la virtud de la modestia no es fácil de hallar entre los poetas arábigos. Una vez quiso oir el Califa la opinion de Dscherir sobre los autores de las *Muallakat* y sobre Feresdak y Achtal. Dscherir encomió al punto el mérito de cada uno de los mencionados con entusiastas expresiones. «Tanto has gastado en elogiarlos, dijo entónces el Califa, que nada resta ya para tí.—¡Oh Príncipe de los creyentes! replicó Dscherir, yo soy el centro de la poesía; de mí emana y á mí vuelve; yo encanto con mis versos amatorios, aniquilo con mis sátiras é inmortalizo con mis alabanzas; en suma, soy insuperable en todos los géneros, miéntras que cada uno de los otros poetas en uno solo brilla.» Este poeta no parece que se limitase más que en el propio elogio, en sus exigencias á la liberalidad de su valedor. Muy contento con una de sus *Kasidas*, le prometió el Califa, en premio, ciento de sus mejores camellas. «Pero, Príncipe de los creyentes, dijo Dscherir, temo que se me vayan, si no tienen algun guardador.—Está bien, respondió el Califa, te doy ocho esclavos para que las guarden.—Ahora sólo me falta, prosiguió Dscherir, una vasija en que puedan ser ordeñadas»; y al propio tiempo echó la vista sobre un gran vaso de oro que habia en el salon. Así consiguió que tambien el Califa le regalase el vaso (1).

(1) Caussin de Perceval, *Journal asiat.*, 1834, II, 22 y 18.



El número de poetas que florecieron durante el primer siglo del Islam fué grandísimo, y no menor la consideracion que los más notables alcanzaron entre el pueblo, y el influjo que ejercian. La gente pretendia su favor como el de un Rey, y temia su ira como la del enemigo más poderoso, porque un verso punzante hacia heridas más profundas que el más afilado acero.

Cierto jóven se atrevió á dirigir contra Feresdak versos de burla. Sus parientes, temiendo las naturales consecuencias de esta impertinente audacia, se apoderaron de él, le llevaron á Feresdak y le dijeron: «Aquí te entregamos á este mozo; castígale como quieras, dale de palos ó arráncale las barbas; reconocemos que su temeridad merece un severo castigo.» Feresdak contestó que le bastaba la satisfaccion que acababan de darle, y el temor que habian mostrado de su venganza.

Entre todas las clases del pueblo se habia difundido una verdadera pasion por la poesía. Ni el estruendo de las armas, ni el fanatismo religioso, que entónces ardia en vivas llamas y pugnaba por extender la nueva fe sobre toda la redondez de la tierra, podian apagar esta pasion. Durante las guerras más empeñadas, se discutia acérca de la excelencia de un poeta sobre otro con tanta viveza como si se tratase del más importante negocio de Estado. Guerreando el general Mohaleb, en el Corasan, contra una secta herética, oyó en el campamento un gran tumulto. Se informó del motivo de él, y supo que entre sus soldados se habia suscitado una disputa

sobre quién era mejor poeta, si Feresdak ó Dscherir. Algunos soldados entraron en la tienda del General y le rogaron que decidiese la cuestion; pero Mohaleb les dió esta respuesta: «¿Acaso me quereis entregar á la venganza de uno de esos dos perros rabiosos? Me guardaré muy bien de sentenciar sobre ellos; dirigíos mejor á los herejes, contra quienes hacemos la guerra, los cuales no temen ni á Feresdak ni á Dscherir, y suelen ser muy inteligentes en poesía.» Al otro dia, cuando los dos ejércitos enemigos estuvieron frente á frente, se adelantó un hereje, llamado Obeida, y provocó á combate singular á los del ejército de Mohaleb. Al punto aceptó la provocacion un soldado, fué hácia Obeida, y le rogó, ántes de que empezasen á reñir, que le resolviese la cuestion sobre cuál era más gran poeta, Feresdak ó Dscherir. Obeida recitó entónces un verso, preguntó de quién era, y, cuando el otro contestó que de Dscherir, dijo que á éste tocaba la preeminencia (1).

El propagar entre el pueblo las obras de los poetas, á más de lo que los mismos poetas las difundian, era negocio de una clase de hombres que se llamaban *rawia*, esto es, tradicionistas ó recitadores. Estos rapsodas iban de lugar en lugar, y donde quiera eran oídos con vivo deseo. De la memoria que poseian algunos de ellos se cuentan cosas que rayan en lo increible. Uno de los más famosos, llamado Hammand, contestó en

(1) *Journal asiatique*, 1834, II, 23.

cierta ocasion al califa Walid, que le preguntó cuántas poesías sabía de memoria: «Por cada letra del alfabeto te puedo recitar cien grandes *Kasidas*, que rimen con las letras, y esto sin contar las pequeñas canciones. Advierto ademas que serán *Kasidas* del tiempo del paganismo, y que puedo recitarte despues las compuestas en los dias del Islam.» El Califa se decidió á ponerle á prueba y le mandó que recitase los versos. Hammad empezó al punto, y estuvo tan largo tiempo recitando, que al fin se cansó el Califa de oirle, y encargó á otro que ocupase su puesto, á fin de poder juzgar acerca de la verdad de aquella jactancia. Así llegó á recitar Hammad hasta dos mil y novecientas *Kasidas* del tiempo del paganismo, y Al-Walid, cuando se informó del hecho, le hizo un regalo de cien mil *dirhemes* (1).

El canto y la música, que ya desde antiguo eran muy del gusto de los árabes (2), fueron condenados por muchos severos muslimes, fundándose en algunas sentencias del *Coran* y en otras muestras de desaprobacion del Profeta; pero la aficion innata de los árabes á ambas cosas venció pronto toda consideracion, y aquellas artes alegres llegaron á más altura que nunca. Pronto resonaron en los palacios de los califas los cantares, el laud y la cítara. De numerosos cantores y cantarinas se conservan noticias históricas desde los tiempos de Ma-

(1) KOSEGARTEN, *Arab. Chrestomathie*, pág. 124.

(2) IBN BADRUM, publicado por Dozy, pág. 64.—ALI DE ISPAHAN, publicado por Kosegarten, Introduccion, pág. 5.

homa hasta la caida de los Omiadas. Muchos de ellos procedian de Persia ó habian tenido maestros persianos, de quienes aprendieron nuevas modulaciones, y las añadieron á aquellas que ántes eran ya celebradas. Bastará aquí, en vez de citarlos á todos, citar á los dos más famosos músicos, al cantor Mabed y á la cantarina Assa-ul-Meila. De ésta se dice que era la reina de cuantas cantan ó tocan el laud ó la cítara (1). Mabed, estando en gran privanza, por su habilidad musical, en la córte de Al-Walid, dijo una vez, porque celebraban en su presencia á un general que habia tomado siete fortalezas: «Por Dios santo, que yo he compuesto siete cantares, cada uno de los cuales me hace más honor que la conquista de una fortaleza.» Estos siete cantares fueron llamados desde entónces las fortalezas de Mabed. Otra anécdota de la vida del mismo artista prueba el poder que la música ejercia áun entre las clases ínfimas del pueblo. En su viaje á la Meca, adonde habia sido convidado por un príncipe de Hedschas, llegó Mabed á una tienda, muerto de calor y de sed. Como viese allí á un negro con muchos cántaros de agua fresca, se llegó á él y le pidió un trago; pero el negro se negó á la demanda. Mabed le suplicó entónces que al ménos le dejase descansar un rato á la sombra de la tienda, pero el negro le rehusó tambien este favor. Despues de una acogida tan dura, Mabed se tendió por

(1) Kosegarten, *Arab. Chrestomathie*, pág. 135.

tierra á la sombra de su camello, á fin de reposar un poco, y empezó á entonar una cancion. Apénas la oyó el negro, fué donde estaba Mabed, le llevó á su tienda y le dijo: «¡Oh tú, á quien venero más que á padre y madre! ¿no quieres que te prepare una fresca horchata de cebada?» Mabed, no aceptando esto, se limitó á beber agua, y se preparó á partir. Entónces dijo el negro: «¡Oh glorioso cantor! el calor es extraordinario; permite que te acompañe y que lleve en pos de tí un odre con agua, á fin de que siempre que tengas sed pueda yo servirte agua fresca; tú, en pago, me cantarás una cancion cada vez.» Contentóse el cantor con lo propuesto, y el negro le fué siguiendo con el agua hasta que terminó su viaje, y cada vez que le daba de beber era recompensado con una cancion (1).

Miéntras que en el palacio imperial de Damasco, la magnificencia, que más tarde habia de desarrollarse con mayor brillantez aún, empezaba ya á mostrarse con exceso y á ponerse al servicio de la poesía, Meisuna, mujer del califa Moawia, en medio de todos aquellos esplendores que la cercaban, suspiraba por su patria en el desierto. Un dia la sorprendió su marido cantando los versos siguientes:

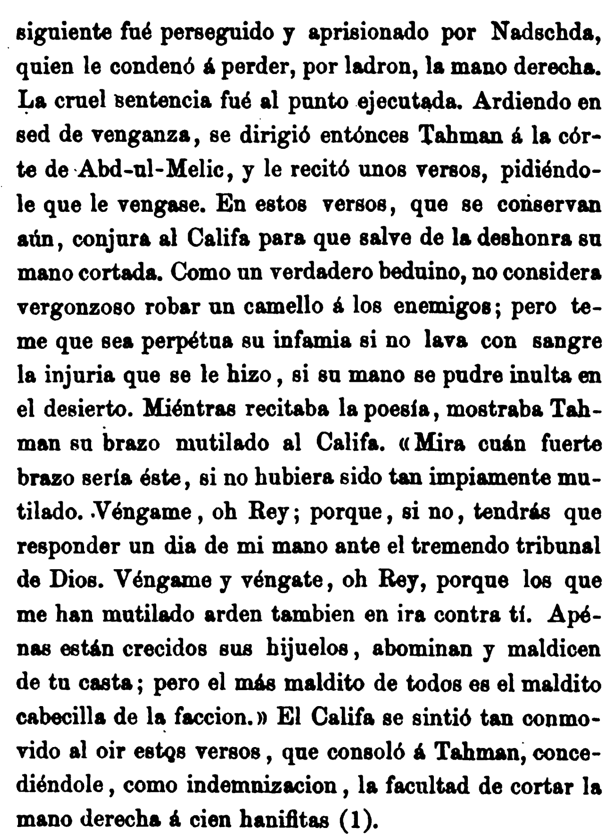
Con un traje de pieles
Era yo más dichosa
Que con las rozagantes vestiduras

(1) *Alii Ispahanensis libes cantilenarum*, ed. Kosegarten, pág. 36.

Que aquí siempre me adornan.
Mi tienda del desierto,
Al traves de la cual el viento sopla,
Prefiero á los alcázares;
Allí mejor se mora.
El reposado andar de mansa mula
Me cansa, y no el camello cuando trota;
Más me agrada el ladrido de mi perro
Que el són de los timbales y las trompas.
Un pastor de mi tribu
Más valor atesora
Que todos estos necios cortesanos,
Y su lujo y su pompa.

Moawia se enojó al oir tales palabras y dijo: «Ya veo, oh hija de Bachdal, que no te has de dar por contenta hasta que me transformes en un rudo beduino. Libre eres, si gustas, de volverte con los tuyos, ya que tanto lo deseas.» Meisuna, en efecto, se volvió al desierto con su tribu, de la cual, como dice el historiador arábigo, habia aprendido la elocuencia y el arte de los cantares (1). Entre los vagabundos beduinos, como en su verdadera patria, conservó la poesía su indomable rudeza, lo mismo que en los tiempos ante-islámicos. El poeta Tahman se vió obligado á servir de guía en el desierto á Nadschda el hanifita y á los que le seguian, los cuales estaban en abierta rebelion contra los Omiadas. Durante la noche, cuando dormian todos, se levantó Tahman, ensilló un camello, y se puso precipitadamente en fuga, montado sobre él; pero á la mañana

(1) ABULFEDA, I, 398.

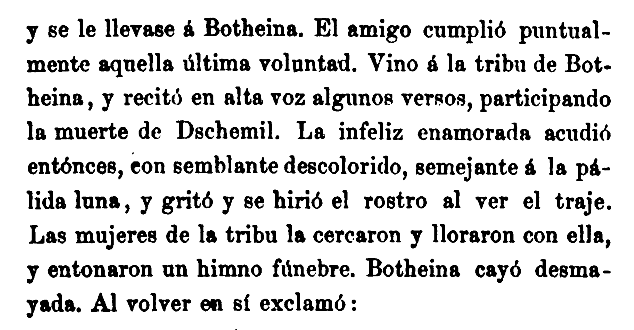


siguiente fué perseguido y aprisionado por Nadschda, quien le condenó á perder, por ladron, la mano derecha. La cruel sentencia fué al punto ejecutada. Ardiendo en sed de venganza, se dirigió entónces Tahman á la córte de Abd-ul-Melic, y le recitó unos versos, pidiéndole que le vengase. En estos versos, que se conservan aún, conjura al Califa para que salve de la deshonra su mano cortada. Como un verdadero beduino, no considera vergonzoso robar un camello á los enemigos; pero teme que sea perpétua su infamia si no lava con sangre la injuria que se le hizo, si su mano se pudre inulta en el desierto. Miéntras recitaba la poesía, mostraba Tahman su brazo mutilado al Califa. «Mira cuán fuerte brazo sería éste, si no hubiera sido tan impiamente mutilado. Véngame, oh Rey; porque, si no, tendrás que responder un dia de mi mano ante el tremendo tribunal de Dios. Véngame y véngate, oh Rey, porque los que me han mutilado arden tambien en ira contra tí. Apénas están crecidos sus hijuelos, abominan y maldicen de tu casta; pero el más maldito de todos es el maldito cabecilla de la faccion.» El Califa se sintió tan conmovido al oir estos versos, que consoló á Tahman, concediéndole, como indemnizacion, la facultad de cortar la mano derecha á cien hanifitas (1).

Al lado de tales composiciones, inspiradas por el ódio, la venganza y la cólera, se abria en el desierto la

(1) Wright, *Opuscula arabica*, pág. x, ff.

flor de los cantares amorosos. Desde antiguo tenía fama la tribu de los *Usras* de producir las muchachas más hermosas y los más enamorados mancebos. En cierta ocasion hubo en una de sus aldeas treinta jóvenes á la muerte, sin otro mal que mal de amores sin esperanza. Se cuenta que un beduino contestó á uno que le preguntaba de qué tribu era: «Yo soy de la tribu de los que mueren cuando aman»; y que una muchacha que se hallaba presente dijo en seguida: «¡Por Alah! éste es de la tribu de los Benu Usra!» De esta tribu era tambien Dschemil. Enamorado desde la infancia de Botheina, la pidió por mujer apénas tuvo la edad; pero los parientes de ella, que le eran contrarios, se opusieron á la boda. Desde entónces sólo pudo ver á su amada en secreto, y exhaló su pena y su pasion amorosa en ardientes cantares. Á menudo, á pesar de los guardas, pasaba noches enteras en un valle solitario, á la sombra de unas palmas, en dulces pláticas de amor con ella; pero, segun juró despues en su lecho de muerte, nunca se propasó á más que á tomar la mano de Botheina y á estrecharla contra su corazon, á fin de calmarle un poco. En una de sus peregrinaciones tuvo Dschemil la fortuna de obtener la gracia del Gobernador de Egipto por medio de una poesía encomiástica. El Gobernador le prometió que intercederia para que consiguiese la mano de su amada; pero poco despues cayó Dschemil peligrosamente enfermo. En aquel instante supremo encargó á un amigo que, despues de su muerte, tomase su vestido



y se le llevase á Botheina. El amigo cumplió puntualmente aquella última voluntad. Vino á la tribu de Botheina, y recitó en alta voz algunos versos, participando la muerte de Dschemil. La infeliz enamorada acudió entónces, con semblante descolorido, semejante á la pálida luna, y gritó y se hirió el rostro al ver el traje. Las mujeres de la tribu la cercaron y lloraron con ella, y entonaron un himno fúnebre. Botheina cayó desmayada. Al volver en sí exclamó:

Jamas podré consolarme,
Dschemil, de haberte perdido;
El bien y el mal de la tierra,
Sin tí, me importan lo mismo.

Y desde entónces no volvió Botheina á componer nuevos cantares (1).

En este rápido bosquejo hemos seguido á la poesía arábiga hasta el punto en que los límites del suelo en que empezó á florecer se habian extendido al Indo y al Oxo, abarcando toda el Asia Menor, el Norte de África, las grandes islas del Mediterráneo y la península ibérica hasta los Pirineos. El objeto de nuestro escrito nos obliga á dejar aparte el ramo oriental de esta poesía, para consagrar toda nuestra atencion al otro ramo que fué trasplantado á Occidente. Bajo el imperio de los Abasidas empieza en Oriente un nuevo período en la historia de la poesía, y, con la fundacion en España

(1) Kosegarten, *Arab. Chrestomathie*, 46 y S. 141, y Ibn Challikan, ed. Slane, 169.

de un poder independiente del califato, eleva el tono la poesía andaluza, cuya voz sólo habia resonado hasta entónces lánguidamente entre el tumulto de las armas, así de la guerra de conquista como de la guerra civil. La caida del trono de los Omiadas en Damasco marca, sobre poco más ó ménos, el punto en que dicha poesía andaluza puede ser considerada por separado.

Largo tiempo hacia que se preparaba la venganza, por antiguas iniquidades, contra la dinastía de los Omiadas, y esta venganza se cumplió por completo en aquella espantosa caida.

Ántes de que nos separemos del Oriente, darémos aquí noticia de una pequeña composicion poética, de la época de aquella terrible lucha, cuyo término fué la elevacion de los Omiadas al califato. Cuando Alí y Moawia se disputaban el imperio á muerte y á vida, dió el último á su general Bescher la horrible órden de matar á todos los parciales de su rival, sin perdonar á niños y mujeres. Bescher cumplió el encargo con exactitud escrupulosa. En el Yemen arrebató á los dos inocentes hijos del que allí mandaba de entre los brazos de su madre Umm-Hakin, y los degolló con sus propias manos. Alí, cuando supo este cruel asesinato, dirigió á Dios una ardiente plegaria para que castigase al malvado con la pérdida de la razon. Su plegaria fué oida. Umm-Hakin entre tanto se entregaba á la más devoradora afliccion por la muerte de sus hijos, vagaba desesperada de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, se

mezclaba entre las turbas, y pedia á todos que le devolviesen á sus hijos, recitando los siguientes versos, que sólo traducimos en prosa, porque cualquier esfuerzo para ponerlos en forma métrica borraria la impresion de aquel profundo sentimiento, cercano al delirio, que consumia todas las fuerzas del alma. «¡Oh tú, que has visto á mis hijos! Eran dos perlas en una concha. ¡Oh tú, que has visto á mis hijos! Eran mi corazon. ¡Me han robado el corazon! ¡Oh tú, que has visto á mis hijos; el tuétano de mis huesos; y el tuétano de mis huesos se ha consumido! Oí hablar de Bescher, y no pude creerlo. Es mentira el crímen que se le imputa. Pues ¡qué! ¿su espada ha separado del tronco la cabeza de mis dos hijos? Mienten. No descansaré hasta que halle hombres de su tribu, varones eminentes y valerosos. ¡La maldicion de Dios sobre Bescher, como la tiene merecida! Lo juro por la vida del padre de Bescher; este hecho es un crímen horrible. ¿Quién de vosotros dará nuevas á una pobre madre, loca, sedienta y fatigada, de dos niños que ha perdido y cuya suerte la conmueve?» Así fué Umm-Hakin á la Meca, y allí tambien entonó su endecha lastimosa. Un árabe, movido á piedad, tomó la resolucion de vengarla. Buscó á Bescher, se apoderó de sus dos hijos, y los mató, arrojándolos por un despeñadero (1).

(1) Quatremere, *Journal asiatique*, 1835, II, 289.



II.

Elevada cultura de los árabes españoles.— Eflorescencia de la poesía entre ellos.

La historia no ofrece ejemplo de más inmensas y rápidas conquistas que las de los primeros sectarios del Islam. Embriagados con las promesas del Profeta, salieron de sus soledades, como el ardiente huracan del desierto, para difundir su creencia y ganar así el ofrecido paraíso. Apénas habian pasado cuarenta años desde la muerte de Mahoma, cuando ya habia llegado hasta el Océano Atlántico el estampido de aquella tempestad. Segun refiere la leyenda, el fiero general Okba llegó á la costa occidental de África, entró en el mar, y exclamó, miéntras que las olas espumosas pasaban sobre la silla de su camello: «¡Alah, yo te invoco por testigo de que hubiera llevado más allá el conocimiento de tu santo nombre, si no lo estorbáran las encrespadas olas que amenazan tragarme!» No mucho despues ondeaba el estandarte musulman desde los Pirineos y las columnas de Hércules hasta las montañas celestes de

la China, y por un momento estuvo en duda si se pondria á orillas del Garona, en vez de la cruz de los templos, como ya Abu-Dschafer-al-Mansur le habia llevado por la Mesopotamia y le habia plantado sobre las pagodas de los indios. Así llegó, al terminar el primer siglo de la Egira, á adquirir el imperio de los califas mayor extension que otro alguno; más que el romano ántes; más que despues el de los mongoles. Pero el peligro de una pronta division no podia ménos de amenazar á un tan monstruoso conjunto de diversos países, y casi al mismo tiempo vino á hacerse sentir en los dos extremos del imperio. Miéntras que en el extremo Oriente, en las crestas del Parapamiso, los Tahiridas levantaban de nuevo la antigua bandera del Iran, la provincia más occidental se separó tambien del dominio de los califas. Cansados ya de las luchas con que los gobernadores dependientes del califato devastaban la tierra, los jeques del Andaluz, nombre que se daba entónces á toda España, buscaron un príncipe que los gobernase con independencia, y le hallaron en Abdurrahman, vástago de los Omiadas.

La caida de esta dinastía, dominadora del mundo, es una de las más espantosas tragedias que registra el Oriente en sus anales. Despues que el califa Merwan sucumbió en una batalla contra su rival Abul-Abbas, éste dió órden á su lugarteniente en Siria y Egipto, de perseguir y matar á todos los individuos de la destronada dinastía. Abdalah, que mandaba en Damasco,

mostró un celo extraordinario en cumplir la voluntad de su señor; atrajo á su palacio á unos noventa Omiadas, fingiendo que deseaba tomarles juramento de fidelidad y celebrar en un festin la reconciliacion de la antigua dinastía con la nueva. Cuando aquellos incautos estaban ya presentes y prontos á sentarse á la mesa, entró en la sala el poeta Schobl, probablemente excitado á ello, y recitó los versos siguientes:

Tiene la casa de Abbás
Seguro y firme el imperio,
Ya que el afan de venganza,
Reprimido largo tiempo,
En sangre de los Humeyas
Pudo quedar satisfecho.
Mas conviene exterminar
Este linaje protervo,
Desde el tronco de la palma
Hasta el retoño más tierno.
Miéntras mienten amistades,
Acicalan los aceros.
No fieis de sus engaños:
Mucho me pesa de verlos,
Sobre almohadones mullidos,
Tan cerca del trono excelso.
Lo que Dios ha roto ya,
Hoy aniquilar debemos.
Venganza pide la sangre
De Said; venganza aquellos
Que en las arenas desiertas
Del Curdistan perecieron.

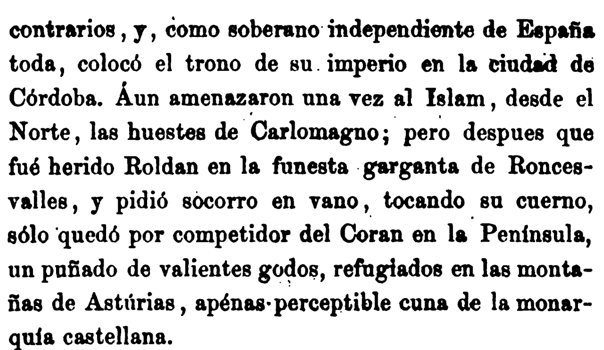
Al oir estos versos, mandó Abdalah que matasen á cuantos allí estaban reunidos. Gente armada penetró en el salon, y acabó con los convidados, dándoles de

golpes con largos palos de tiendas. Sobre los moribundos y los muertos se extendieron alfombras; y miéntras que resonaba el ruido de los platos y vasos á par de los gemidos de las víctimas, Abdalah y los suyos prosiguieron la fiesta en aquel salon lleno de sangre, solemnizándola con regocijados cantos de victoria. No contento Abdalah con haber asesinado á los Omiadas vivos, volvió tambien su furor contra los muertos: abrió en Damasco los sepulcros de los califas, esparció al viento las cenizas de Moawia, enclavó en una cruz el cadáver de Hischam, y le quemó luégo en una hoguera.

Con la misma crueldad que en Damasco, se procedió en las otras ciudades principales del inmenso imperio contra los individuos de aquel desventurado linaje, y sólo pocos se pudieron salvar, apelando á una rápida fuga (1).

Uno de estos últimos fué el mancebo Abdurrahman, hijo de Moawia. Despues de haber vagado fugitivo, entre mil peligros mortales, en los desiertos arenosos de África, halló amistosa acogida en las tiendas de algunos beduinos hospitalarios, donde recibió la embajada de los jeques andaluces, la cual le presentó su demanda. Abdurrahman, aceptando los ofrecimientos que se le hacian, desembarcó en las costas de España, y pronto se vió cercado de numerosos parciales; venció á sus

(1) ABULFEDA, ed. Reiske, I, 490, etc.



contrarios, y, como soberano independiente de España toda, colocó el trono de su imperio en la ciudad de Córdoba. Áun amenazaron una vez al Islam, desde el Norte, las huestes de Carlomagno; pero despues que fué herido Roldan en la funesta garganta de Roncesvalles, y pidió socorro en vano, tocando su cuerno, sólo quedó por competidor del Coran en la Península, un puñado de valientes godos, refugiados en las montañas de Astúrias, apénas perceptible cuna de la monarquía castellana.

Con el intento de hermosear su capital por todos estilos, á imitacion de las ciudades de Oriente, empezó Abdurrahman en Córdoba, de cuyo esplendor puso los cimientos, la construccion de la gran mezquita, que áun en el dia sobresale, entre las ruinas de tantas obras maestras del arte arábiga, como una maravilla del mundo. Al mismo tiempo edificó una quinta hácia el noroeste de la ciudad, á la cual dió por nombre Ruzafa, en conmemoracion de una casa de campo cercana á Damasco y perteneciente á su abuelo Hischam. En los jardines que se extendian en torno de este palacio hizo plantar árboles raros de Siria y de otras tierras del Oriente. Una palma, que allí, bajo el apacible cielo de Andalucía, creció como en su patria oriental, y que parece haber sido la madre de todas las otras palmas de Europa (1), infundiendo en el alma de Abdurrah-

(1) Al Holat, ed. Dozy, s. 35.

man melancólicos recuerdos del país nativo, le inspiró los siguientes versos:

Tú tambien eres ¡ oh palma !
En este suelo extranjera.
Llora, pues; mas, siendo muda,
¿ Cómo has de llorar mis penas ?
Tú no sientes, cual yo siento,
El martirio de la ausencia.
Si tú pudieras sentir,
Amargo llanto vertieras.
A tus hermanas de Oriente
Mandarías tristes quejas,
A las palmas que el Eufrátes
Con sus claras ondas riega.
Pero tú olvidas la patria,
A par que me la recuerdas;
La patria de donde Abbás
Y el hado adverso me alejan (1).

Otra composicion al mismo asunto dice como sigue:

En el jardin de Ruzafa
Una palma hermosa vi,
Que, de otras palmas ausente,
Bien parecia gemir.
Y la dije: « Te apartaron
De tus hermanas, y á mí
De amigos y de parientes
Me aparta el hado infeliz.
Muy léjos yo de los mios,
Y tú en extraño país,
Mi suerte es como la tuya,
Mi imágen eres aquí.
Que llene, para regarte,
La lluvia todo el jardin;
Que las estrellas del cielo
Se liquiden sobre tí » (2).

(1) Al Holat, s. 36.
(2) Al Bayan, ed. Dozy, 62.



Una melancolía semejante contiene esta tercera cancion de Abdurrahman:

Dios te guie, caballero
Que hácia mi patria caminas;
Llévate la bendicion
Y los suspiros que envia
Una parte de mi alma
A otra parte que allí habita.
Encadenado mi cuerpo
Está á la tierra que pisa,
Y el recuerdo de otra tierra
El sueño dulce me quita;
Allí dejé el corazon
Y cuanto bien poseia.
Así lo dispuso Alah;
Tal vez su bondad permita
Que á la patria el desterrado
Logre volver algun dia (1).

Bajo la dinastía de los Omiadas, que fundó Abdurrahman, y que duró dos siglos despues de la caida de su antecesora en Oriente, floreció España hasta tal punto de poder y esplendor, que oscureció á los demas Estados de la Europa de entónces. Con las abundosas fuentes de la riqueza pública, que nacian de la agricultura, favorecida por un cuidadoso sistema de irrigacion, de la actividad industrial, y del comercio, que se extendia por todas las regiones del mundo, la poblacion creció tambien de un modo portentoso. El viajero Ibn-Haukal llama á Córdoba la más gran ciudad de todo

(1) Al Bayan y Abdul Wahid, 12.

el Occidente (1), y Ibn-Adhari dice que en la época de su prosperidad contenia dentro de sus muros ciento trece mil casas, sin contar las pertenecientes á los visires y empleados superiores, y que sus mezquitas eran tres mil, y los arrabales veinte y ocho (2). El valle del Guadalquivir estaba lleno por todas partes de palacios, quintas y casas de recreo, y de huertas, jardines y públicas alamedas, á cuya sombra acudian á solazarse los ciudadanos, cuando querian apartarse del polvo y del tumulto de la ciudad. Hischam, el sucesor de Abdurrahman, construyó el puente sobre el Guadalquivir, y casi terminó la mezquita (3). Pronto se difundió por Oriente la fama de este templo del Islam, el mayor y mas esplendoroso de todos (4). Atraidos por ella, vinieron á ver sus inmensas calles de columnas fieles muslimes de las comarcas más remotas. Abdurrahman II mandó construir otros magníficos edificios, á fin de hermosear más su capital. Aficionado al lujo y á la pompa, se rodeó, como los califas de Bagdad, de una brillante córte. No sólo en Córdoba, sino en muchos puntos de Andalucía, se hicieron, por órden suya, alcázares, acueductos, puentes, caminos militares y mezquitas (5). Pero hasta más tarde, reinando Abdur-

(1) Makkari, i, 300.
(2) Al Bayan, 247.
(3) Makkari, i, 219.
(4) Makkari, i, 358.
(5) Al Bayan, ii, 93,

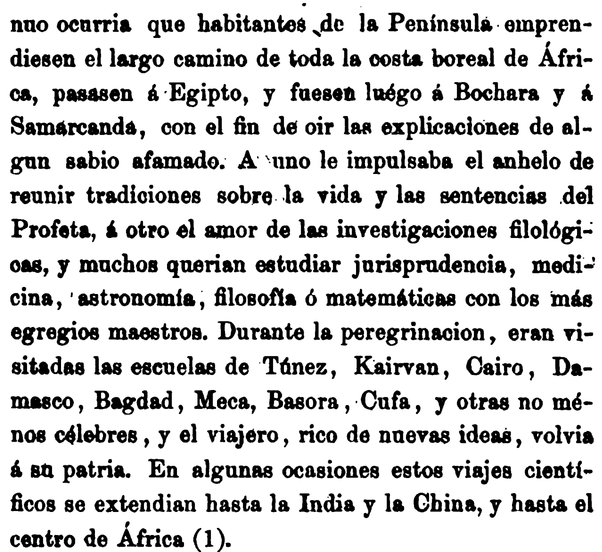
rahman III, el Grande, y el primero que tomó el título de califa, no se elevó el imperio andaluz á aquel altísimo grado de bienestar material, que fué el fundamento de una cultura intelectual no ménos alta. Este bienestar aparece con el mismo brillo en las descripciones de los escritores occidentales y orientales. Miéntras que encomia Masudi la España mahometana de aquel tiempo por la riqueza y número de sus ciudades, y por sus extensos campos, bien cultivados, deslindados y divididos por firmes cercas (1), Ibn-Haukal se admira del órden que reina por donde quiera, del bienestar del pueblo, de la superabundancia del tesoro público, y del estado floreciente de la agricultura, que habia transformado las más áridas comarcas en ricos vergeles (2), y el abad Juan de Gorz, que vino á Córdoba como embajador de Oton el Grande, pinta con colores no ménos vivos el poder guerrero de Abdurrahman y la pompa deslumbradora de su córte (3). Hasta allá muy léjos, en el Norte, en las celdas del claustro sajon de Gandersheim, penetran las noticias de la maravillosa ciudad de Guadalquivir; la abadesa Hroswitha, en su poesía sobre el martirio de San Pelagio, ensalza á Córdoba como «joya brillante del mundo, ciudad nueva y magnífica, orgullosa de su fortaleza, celebrada por sus

(1) MASUDI, *Aureas praderas*, III, 78.
(2) DOZY, *Histoire des musulmans d'Espagne*, III, 91.
(3) *Vita Johannis Gorciensis*, cap. CXXXV, CXXXVI, in Pertz, scriptores, t. IV.

delicias, resplandeciente con la plena posesion de todos los bienes» (1).

Con mayor celo aún que sus antecesores, miró Hakem II por las ciencias y cuidó del desenvolvimiento intelectual de su pueblo. Ántes de él no faltaban, por cierto, buenas escuelas. Miéntras que en el resto de Europa casi nadie, salvo los clérigos, sabía leer y escribir, el conocimiento de ambas cosas estaba en Andalucía generalmente divulgado. Hakem creyó, con todo, que debia extender la instruccion mucho más, y fundó en la capital veinte y siete colegios, en los cuales los niños de padres pobres eran educados grátis. La juventud concurria en gran número á las academias que en Córdoba, Sevilla, Toledo, Valencia, Almería, Málaga y Jaen dependian de las mezquitas (2). Allí se encontraban profesores y estudiantes de todas las partes del mundo mahometano. La fama de aquellas florecientes y magníficas escuelas superiores atraia hácia España hasta á los habitantes de las más remotas regiones de Asia, así como, por el contrario, muchísimos andaluces emprendian fatigosas peregrinaciones á los más apartados países, á fin de saciar su sed de ciencia. En ningun otro país, y en ninguna otra edad de gran cultura, ha sido tan comun la aficion á los largos viajes científicos, como en la España musulmana, principalmente desde el siglo x. Casi de contí-

(1) *Roswithæ opera*, ed. Schurzfleisch, pág. 120.
(2) MAKKARI, I, 136.



nuo ocurria que habitantes de la Península emprendiesen el largo camino de toda la costa boreal de África, pasasen á Egipto, y fuesen luégo á Bochara y á Samarcanda, con el fin de oir las explicaciones de algun sabio afamado. A uno le impulsaba el anhelo de reunir tradiciones sobre la vida y las sentencias del Profeta, á otro el amor de las investigaciones filológicas, y muchos querian estudiar jurisprudencia, medicina, astronomía, filosofía ó matemáticas con los más egregios maestros. Durante la peregrinacion, eran visitadas las escuelas de Túnez, Kairvan, Cairo, Damasco, Bagdad, Meca, Basora, Cufa, y otras no ménos célebres, y el viajero, rico de nuevas ideas, volvia á su patria. En algunas ocasiones estos viajes científicos se extendian hasta la India y la China, y hasta el centro de África (1).

Con pasion reunió Haken libros de todas clases y envió á todos los países agentes para comprarlos. De este modo formó una inmensa biblioteca, que contenia cuatrocientos mil volúmenes y que estaba abierta al público en su palacio de Córdoba. Se asegura que Hakem habia leido todos estos libros, y los habia anotado con observaciones escritas de su mano. Hábiles copistas y encuadernadores estaban constantemente en su palacio, ocupados por él. Su córte era el centro adonde acudian los más notables escritores, y su liberalidad

(1) MAKKARI, en el libro V.

para con ellos no tenía límites. Libros compuestos en Siria ó en Persia eran conocidos en España mucho ántes que en Oriente. Hakem envió á Alí de Ispahan un espléndido presente á fin de obtener el primer ejemplar de su célebre libro de los *Cantares*. Con la proteccion de un príncipe tan apasionado á las ciencias, se desenvolvió un vivo movimiento intelectual, y en la Edad Media no hubo una época literaria más brillante que la de su reinado en España (1). Tambien del poderoso Almansur, que bajo los débiles sucesores de Hakem tuvo el gobierno del Estado, recibieron las ciencias grande favor, y los sabios muchas honras y recompensas (2). Sólo de la filosofía, que ya ántes habia podido mostrarse con toda libertad, fué enemigo Almansur por fanatismo religioso.

Un horrible sacudimiento conmovió la tan floreciente civilizacion española á causa de las guerras civiles que en los últimos años de la dinastía de los Omiadas asolaron la tierra. Despues de la toma de Córdoba por los bereberes, en 1013, la gran biblioteca de Haken fué en parte destruida, en parte vendida. Seis meses enteros se emplearon en trasportar de un lugar á otro aquella enorme cantidad de libros (3). Pero, poco despues de la caida del califato, empezó un nuevo período

(1) QUATREMERE, *Journ. asiatique*, 1838, II, 71, etc.—DOZY. *Histoire*, III, 107, etc.
(2) AB-UL-WAHID, 20.
(3) QUATREMÈRE, *ubi supra*, 73.

histórico, en general favorable á la literatura. Los numerosos estados independientes, que se levantaron entre las ruinas del destrozado imperio, fueron otros tantos centros de actividad literaria y artística. Entre las pequeñas dinastías de Sevilla, Almería, Badajoz, Granada y Toledo reinaba una verdadera emulacion en punto á proteger las ciencias, y cada una procuraba sobrepujar á las otras en sus esfuerzos para lograr este fin (1). Multitud de escritores y de floridos ingenios se reunian en estas córtes, algunos disfrutando fuertes pensiones, otros recompensados con ricos presentes por las dedicatorias de sus obras. Otros sabios conservaban toda su independencia, á fin de consagrarse al saber libres de todo lazo. En balde envió Mudschahid, rey de Denia, mil monedas de oro, un caballo y un vestido de honor al filólogo Abu-Galib, á fin de excitarle á que le dedicára una de sus obras. El orgulloso autor devolvió el presente, diciendo: «He escrito mi libro para ser útil á los hombres y para hacerme inmortal; ¿cómo he de ir ahora á poner en él un nombre extraño, para que se lleve la gloria? ¡Nunca lo haré!» Cuando el Rey supo esta contestacion de Abu-Galib, se admiró mucho de su magnanimidad, y le envió otro presente doble mayor (2). Todas las preocupaciones religiosas desaparecieron de estas pequeñas córtes. Reinaba una tolerancia como áun no se ha visto igual, en nuestro siglo,

(1) Makkari, ii, 129.
(2) Makkari, ii, 129.

en ninguna parte de la Europa cristiana. Los filósofos podian, por lo tanto, entregarse á las más atrevidas especulaciones. Muchos príncipes procuraban ellos mismos sobresalir por sus trabajos literarios. Al-Mutsaffir, rey de Badajoz, escribió una grande obra enciclopédica en cerca de cien volúmenes (1); Al-Moktadir, rey de Zaragoza, fué famoso por sus extraordinarios conocimientos en astronomía, geometría y filosofía (2); y las dinastías de los Abbadidas de Sevilla y de los Benu-Somadih de Almería produjeron poetas de primer órden.

El brillo de esta elevada cultura con que resplandecian todos aquellos pequeños estados, no puede deslumbrar hasta el extremo de que se desconozca la mala situacion que habia nacido de la desmembracion del califato en tantos menudos trozos. Los celos de los príncipes entre sí engendraban innumerables discordias, y la falta de unidad en la direccion de las armas muslímicas ofrecia al enemigo sobrado atractivo y esperanza de buen éxito, para que no se aprovechase de ella. Pronto vacilaron todos los tronos musulmanes ante las incursiones victoriosas de los ejércitos cristianos, y los príncipes, llenos de susto, se volvieron, en busca de auxilio, hácia el poderoso Jusuf, emperador de los Almoravides, cuyo señorío se habia dilatado, en breve tiempo, sobre casi toda el África septentrional.

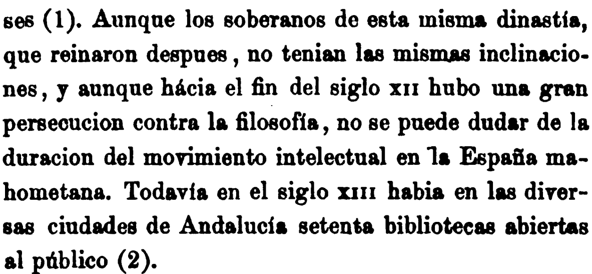
(1) Makkari, ii, 131.
(2) Makkari, ii, 130.



Pero estos príncipes, ciegos, atrajeron sobre sí el mal que debia destruirlos. Se diria que habian vuelto los terribles primeros dias del Islam, cuando el feroz Jusuf y sus hordas, venidas de los desiertos de Sahara, vencieron en una de las más grandes batallas que jamas se habia dado, cubriendo de cadáveres cristianos los vastos campos de Zalaca. Á todas las ciudades de sus dominios, hasta á la tierra de los negros, envió el vencedor mensajeros para que colocasen sobre las puertas las cabezas de los muertos. Sus troncos mutilados fueron apiñados en forma de alminar, y desde la cima de tan espantosa torre anunció el muezin á los cuatro ángulos de la tierra que no hay más Dios que Alah (1). Así se afirmó de nuevo el Islam en Andalucía; pero los que habian sido soberanos hasta entónces, fueron destronados ó encerrados en una cárcel, pagando tan caro el auxilio, y Jusuf hizo de España una parte de su gran imperio. Como él y cuantos le cercaban eran de estirpe berberisca, y ajenos á la elegancia y al saber de los árabes, harto se deja presumir que en adelante no se podia esperar nada parecido á la anterior cultura. Afortunadamente la dominacion de los almoravides no duró lo bastante para que sus fanáticos santones y su grosera soldadesca acabasen de desarraigar la civilizacion tan firmemente plantada en el suelo español. Bajo

(1) *Scriptor. loci de abbadidis*, ed. Dozy, I, 399. — AL-KARTAS, ed. Tornberg, 96.

los Muwahides, ó Almohades, renació el libre movimiento intelectual. Si bien esta dinastía habia subido al trono por una revolucion nacida del fanatismo religioso, hubo en ella muchos príncipes aficionados á las letras. En la córte de Abd-ul-Mumen vivieron altamente honrados los filósofos Averroes (Ibn-Roschd), Abenzoar (Ibn-Zohr) y Abu-Bacer (Ibn-Tofail), que despues se hicieron tan famosos en el resto de Europa. Mucho ántes de que floreciera en Occidente el estudio de las humanidades, estudiaron estos hombres los escritos de Aristóteles y divulgaron los conocimientos filosóficos; pero se debe advertir que no leian el texto original, sino sólo las traducciones siriacas, por medio de las cuales conocian ya los árabes, desde el siglo VIII, los autores griegos. Si Córdoba sobresalia por su amor á la literatura, en Sevilla se estimaba y florecia principalmente la música. Como en cierta ocasion se discutiese sobre cuál de las dos ciudades, Córdoba ó Sevilla, se señalaba más por su cultura, Averroes dijo: «Cuando en Sevilla muere un sabio y se trata de vender sus libros, los libros se envian á Córdoba, donde hay más seguro despacho; pero si en Córdoba muere un músico, sus instrumentos van á Sevilla á venderse.» El mismo escritor que refiere esta anécdota, añade que, entre todas las ciudades sujetas al Islam, Córdoba es aquella donde se hallan más libros. Jusuf, sucesor de Abd-ul-Mumen, fué el príncipe más instruido de su época, y reunió en su córte sabios de todos los paí-



ses (1). Aunque los soberanos de esta misma dinastía, que reinaron despues, no tenian las mismas inclinaciones, y aunque hácia el fin del siglo xii hubo una gran persecucion contra la filosofía, no se puede dudar de la duracion del movimiento intelectual en la España mahometana. Todavía en el siglo xiii habia en las diversas ciudades de Andalucía setenta bibliotecas abiertas al público (2).

Cuando los ejércitos cristianos fueron adelantándose hácia el Mediodía, y el rey S. Fernando colocó al fin la cruz, en 1236, sobre la mezquita de Córdoba, y poco despues ganó á Sevilla, el mahometismo se vió reducido á muy estrechos límites en el sudeste de España; pero áun allí, en el reino de Granada, dió una última y hermosa luz aquella civilizacion, que en tiempo de los Omiadas, y en el siglo xi, habia resplandecido de un modo tan luminoso. Tratando de imitar el glorioso ejemplo de Hakem II, Muhammed-Ibn-ul-Ahmar, fundador de aquel reino, y sus sucesores los Nazaritas, crearon muchos establecimientos científicos y literarios, escuelas y bibliotecas, y ofrecieron en sus Estados un refugio á los sabios fugitivos. Así, más de dos siglos despues de la toma de Córdoba, fué cultivada en Granada la literatura arábiga, y, ántes de que cayese este último baluarte del Islam, pasó á África,

(1) ABD-UL-WAHID, 174.—Renan, Averroes, 12.
(2) *Journal asiatique*, 1838, II, 73.

donde cada vez más fué desapareciendo y extinguiéndose, con toda la civilizacion del pueblo que la habia producido.

Durante toda la dominacion muslímica, hubo en España una viva luz intelectual, que brilló, ora más, ora ménos, segun las circunstancias, pero que no se extinguió nunca; ántes bien, cuando parecia que iba á apagarse, volvia á resplandecer de nuevo. Cuando en el resto de Europa, entre las densas tinieblas de la ignorancia, apénas se columbraban los primeros rayos del saber, en España se aprendia, se enseñaba y se investigaba por todas partes celosamente. Hasta bastante tiempo despues de haber entrado en competencia científica las naciones europeas, no se dejaron vencer los árabes. Y lo que es más de notar, no sólo se adelantaron á los pueblos cristianos en encender la antorcha del saber, sino que tambien mostraron ántes aquel espíritu de honor caballeresco y de galantería, que ennobleció los últimos siglos de la Edad Media. Mucho disto de poner en Oriente, como algunos hacen, el orígen de la caballería; pero es un hecho que no pocas de las ideas fundamentales, que constituyen su sér, reinaban entre los árabes desde muy antiguo. La veneracion de las mujeres, y el empeño de ampararlas, el afan de buscar peligrosas aventuras y la proteccion de los débiles y de los oprimidos, constituian, despues del deber de la venganza, el círculo dentro del cual se encerraba la vida de los antiguos héroes del desierto; y quien lee la

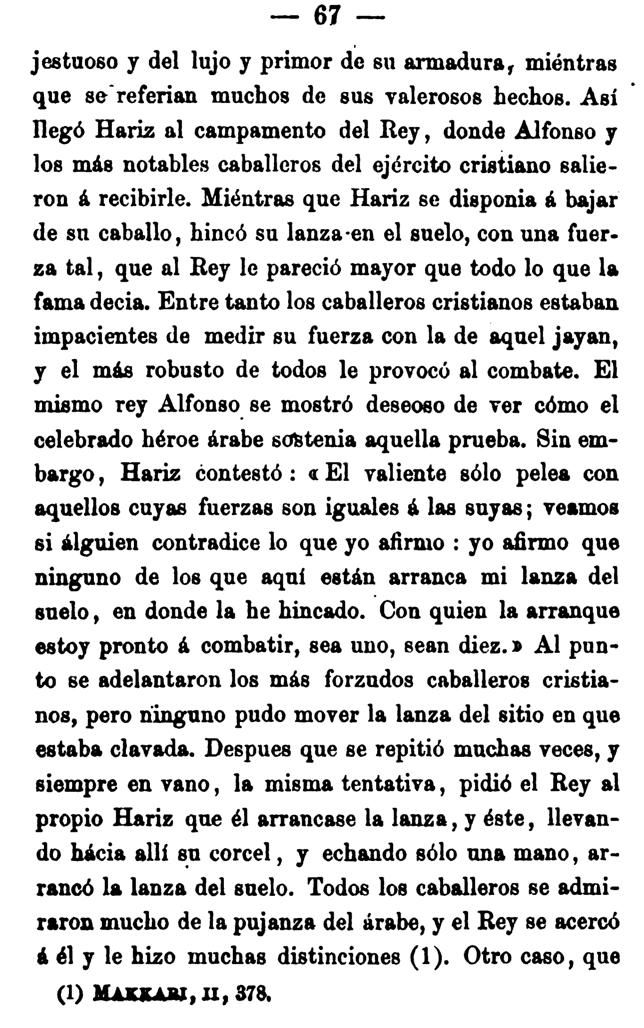


maravillosa novela de *Antar*, ve con asombro que los guerreros orientales se movian por el mismo impulso que los paladines de nuestra poesía caballeresca. Esta manera de pensar y sentir de los árabes se acrisoló y depuró bajo la influencia de la más elevada civilizacion á que llegaron en Occidente, y ya en el siglo IX encontramos versos de poetas andaluces, donde se muestran aquellos blandos sentimientos y aquella veneracion casi religiosa que el caballero cristiano consagraba á la dama de su corazon (1). El influjo del mismo cielo, bajo el cual vivieron tan largo tiempo en la Península musulmanes y cristianos, y el trato frecuente que, á pesar del mutuo aborrecimiento religioso, no podia ménos de haber, desenvolvió cada vez más la concordancia de ambas naciones en el mismo espíritu caballeresco, que brotaba de lo íntimo del sér de cada una de ellas. Lo mismo los historiadores musulmanes que los cristianos, dan testimonio de cómo este espíritu se habia difundido entre los árabes. Cuando el rey Alfonso VII sitiaba la fortaleza de Oreja, los árabes reunieron un grande ejército para impedir la rendicion de la plaza; pero, en vez de marchar directamente contra el campamento de Alfonso, se encaminaron hácia Toledo, cuyos campos talaron, á fin de obligar al enemigo á levantar el sitio y á volver en socorro de la capital. Entónces, cuenta la *Crónica*, la Reina de Castilla,

(1) Dozy, *Histoire*, II, 229.

que se habia quedado en Toledo, y que se vió cercada por los moros, les envió mensajeros que les dijesen de su parte: «¿No veis que no podréis ganar gloria alguna peleando contra mí, que soy mujer? Si quereis batalla, id á Oreja, y trabadla con el Rey, que os aguarda con armas y bien apercibido.» Cuando los príncipes, los generales y todo el ejército de los moros oyeron esta embajada, alzaron los ojos y vieron en una alta torre del alcázar á la Reina, que estaba allí sentada con muy ricos y regios atavíos, y rodeada de una multitud de nobles damas, que cantaban al són de cítaras, laúdes, timbales y salterios. Luégo que los príncipes, los generales y el ejército vieron á la Reina, se maravillaron y avergonzaron mucho, y, despues de saludar respetuosamente, emprendieron la retirada (1). Los autores árabes cuentan muchos lances de la vida del guerrero Hariz, famoso por sus portentosas fuerzas, que bien podrian figurar en un libro de caballerías. El Rey de Castilla, refieren, ansiaba conocer á este hombre famoso, y le convidó á que viniese á su campamento á hacerle una visita. Hariz aceptó el convite, y despues de haber tomado cierto número de cristianos importantes como rehenes para su seguridad, pasó la frontera y entró en tierra de cristianos. Con la coraza y con todas las demas armas pasó Hariz por las calles de Calatrava, y el pueblo se agolpaba para verle, y se quedaba pasmado de su corpulencia de gigante, de su porte ma-

(1) *Chronica Alfonsi VII*, 142.



jestuoso y del lujo y primor de su armadura, miéntras que se referian muchos de sus valerosos hechos. Así llegó Hariz al campamento del Rey, donde Alfonso y los más notables caballeros del ejército cristiano salieron á recibirle. Miéntras que Hariz se disponia á bajar de su caballo, hincó su lanza en el suelo, con una fuerza tal, que al Rey le pareció mayor que todo lo que la fama decia. Entre tanto los caballeros cristianos estaban impacientes de medir su fuerza con la de aquel jayan, y el más robusto de todos le provocó al combate. El mismo rey Alfonso se mostró deseoso de ver cómo el celebrado héroe árabe sostenia aquella prueba. Sin embargo, Hariz contestó: «El valiente sólo pelea con aquellos cuyas fuerzas son iguales á las suyas; veamos si álguien contradice lo que yo afirmo: yo afirmo que ninguno de los que aquí están arranca mi lanza del suelo, en donde la he hincado. Con quien la arranque estoy pronto á combatir, sea uno, sean diez.» Al punto se adelantaron los más forzudos caballeros cristianos, pero ninguno pudo mover la lanza del sitio en que estaba clavada. Despues que se repitió muchas veces, y siempre en vano, la misma tentativa, pidió el Rey al propio Hariz que él arrancase la lanza, y éste, llevando hácia allí su corcel, y echando sólo una mano, arrancó la lanza del suelo. Todos los caballeros se admiraron mucho de la pujanza del árabe, y el Rey se acercó á él y le hizo muchas distinciones (1). Otro caso, que

(1) Makkari, II, 378.

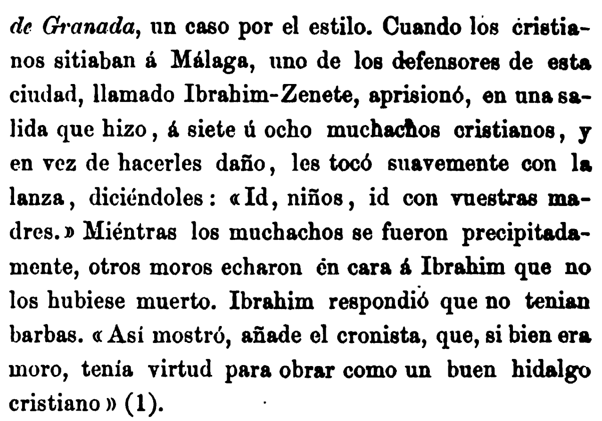
atestigua tambien la cortesía caballeresca de los musulmanes, es como sigue: Alfonso XI tenía puesto cerco á Gibraltar, y la ciudad estaba ya próxima á rendirse, cuando el Rey murió de la peste. De resultas, el cerco se levantó, y los cristianos, temiendo que los enemigos los atacasen en la retirada, tomaron muchas precauciones. Pero dice la *Crónica*: «Despues que sopieron los moros que el rey D. Alfonso era muerto, ordenaron entre sí que ninguno non fuese osado de facer ningun movimiento contra los cristianos, nin mover pelea contra ellos. Estidieron todos quedos, et dician entre ellos que aquel dia moriera un noble rey et príncipe del mundo, por el cual non solamiente los cristianos eran por él honrados, mas áun los caballeros moros por él habian ganado grandes honras, et eran presciados de sus reyes. Et el dia que los cristianos partieron de su real de Gibraltar con el cuerpo del rey D. Alfonso, todos los moros de la villa de Gibraltar salieron fuera de la villa, et estidieron muy quedos, et non consintieron que ninguno de ellos fuese á pelear, salvo que miraban cómo partian dende los cristianos» (1). En el sitio de Baza por los Reyes Católicos, el Marqués de Cádiz pidió al príncipe Cide-Yahya una breve suspension de hostilidades, á fin de que la reina doña Isabel pudiese dar un paseo hasta los muros de la ciudad y pasar revista á sus huestes. El deseo fué sa-

(1) *Crónica del rey Don Alfonso XI*, cap. CCCXLII.



tisfecho, y Cide-Yahya, no sólo vió con enojo é hizo volver atras á algunos capitanes que tenian el propósito de atacar la régia comitiva, sino que resolvió tambien dar una muestra de la gentileza de los moros en los ejercicios de caballería. Así fué que, miéntras la reina doña Isabel y sus damas miraban los muros de Baza, y sus torres, tejados y azoteas, cubiertos de moros y moras curiosos, advirtieron que salian á deshora por las puertas de la ciudad espesas filas de caballeros árabes, con armas refulgentes y banderas desplegadas, al mando de Cide-Yahya. Algunos cristianos echaron mano á las espadas para defender á la Reina del imaginado peligro, pero los aquietó el Marqués de Cádiz, que conocia mejor á los moros. Éstos se adelantaron en bizarro escuadron, y caracoleando sobre sus hermosos caballos y blandiendo las lanzas, hicieron un lindo simulacro para recrear á la Reina, despues de lo cual, la saludaron con suma cortesía, así como á sus damas, que estaban gustosamente maravilladas de verlos, y entraron de nuevo en la ciudad (1). Rasgos de una verdadera índole caballeresca se imprimian profundamente en el ánimo de los españoles, y á pesar del ódio religioso que los animaba, les hacian confesar en los romances que aunque moros, eran caballeros. Hasta el fanático confesor de D. Fernando y doña Isabel conviene en esto, al referir, en su *Crónica de la guerra*

(1) ALONSO DE PALENCIA, *De bello granad.*, lib. IX.



de Granada, un caso por el estilo. Cuando los cristianos sitiaban á Málaga, uno de los defensores de esta ciudad, llamado Ibrahim-Zenete, aprisionó, en una salida que hizo, á siete ú ocho muchachos cristianos, y en vez de hacerles daño, les tocó suavemente con la lanza, diciéndoles: «Id, niños, id con vuestras madres.» Miéntras los muchachos se fueron precipitadamente, otros moros echaron en cara á Ibrahim que no los hubiese muerto. Ibrahim respondió que no tenian barbas. «Asi mostró, añade el cronista, que, si bien era moro, tenía virtud para obrar como un buen hidalgo cristiano» (1).

En estas observaciones generales sobre la civilizacion de los árabes españoles, debemos aún citar algunos de los innumerables casos que traen los historiadores árabes, á fin de dar una nocion más completa de las raras prendas de los andaluces. En prueba de su memoria portentosa cuentan, por ejemplo, que uno durante toda una noche estuvo recitando versos, eligiendo sólo aquellos que acababan con la letra *kaf*. En testimonio de su agudeza de ingenio, dicen que el médico Ibn-Firmas inventó un instrumento para medir el tiempo, y construyó una máquina, con la cual se levantaba por el aire á muy considerable altura (2). Otras anécdotas ponen de realce la viveza y despejo que hasta

(1) *Crónica* de Andres Bernaldez, cura de los Palacios. Granada, 1852, pág. 181.
(2) MAKKARI, II, 254.

los niños manifestaban. Así la siguiente: El rey Al-Motasin entró una vez en casa de un súbdito suyo, y preguntó á su hijo pequeño Al-Fath: «¿Qué casa es más hermosa, la del príncipe de los creyentes ó la de tu padre?» El muchacho contestó: «La casa de mi padre es más hermosa, ya que el príncipe de los creyentes está ahora en ella.» Maravillado el Rey de la presencia de espíritu del niño, quiso ponerla otra vez á prueba, y le preguntó: «Dime, Fath, ¿hay algo más hermoso que este anillo?», mostrando uno que llevaba en el dedo. «Sí, contestó Fath, la mano que le lleva.» Tambien se refieren muchos casos en prueba de la innata disposicion de los andaluces para la poesía: Un habitante de la ciudad de Silves, de la familia de los Ben-ul-Melah, salió una vez de paseo con su hijo pequeño, y habiendo llegado á un arroyo, oyó cantar las ranas. El padre dijo al muchacho: «Tú completarás los versos. ¿Oyes que en el agua cantan?» El chico respondió: «De ese modo el frio espantan.» El padre: «¿Qué alboroto están armando: esto es charlar por los codos?» El hijo: «Lo mismo sucede cuando en casa se juntan todos.» En esto enmudecieron las ranas, al sentir las pisadas de los paseantes. El padre añadió: «¿Habrán perdido la voz en la musical contienda?» Y replicó el muchacho: «Un hambre tienen atroz, y acuden á la merienda.» Y del mismo modo iba completando el chico de repente todos los versos. «Por cierto, añade el escritor que cuenta la anécdota, que esta prontitud en

improvisar hubiera sido cosa de maravilla en una persona ya granada, ¿cuánto más no debia serlo en un niño pequeñuelo? » (1).

La poesía era como el punto céntrico de toda la vida intelectual de los andaluces. Durante seis siglos, por lo ménos, fué cultivada con tal celo, y por una tan grande multitud de personas, que el mero catálogo de los poetas arábigo-hispanos llenaria tomos en fólio. Ya á mediados del siglo IX se habia extendido tanto el gusto por la poesía, áun entre los cristianos que vivian bajo el dominio musulman, que Alvaro de Córdoba se lamenta de que sus correligionarios descuidaban por completo la lengua latina, leian con afan en la arábiga poesías y cuentos, y áun componian en esta última lengua versos más correctos y elegantes que los árabes mismos (2). Casi un siglo despues compuso Ibn-Ferradsch su antologia, *Los Jardines*, que contenia doscientos capítulos, y en cada capítulo cien dísticos, todos exclusivamente de autores andaluces (3). Otras muchas colecciones selectas, de las cuales las de Ibn-Chakan y de Ibn-Bessam son las más celebradas, completaron la de Ibn-Ferradsch, y la continuaron en los siglos siguientes. Con todos los acontecimientos de la vida y con el sér mismo de la nacion estaba íntimamente en-

(1) MAKKARI, II, 350.
(2) ALVARO, *Indic. lumin.*, *España sagrada*, XI, 273 y 274.
(3) MAKKARI, II, 118, y IBN-CHALIKAN, *art.* JUSUF-AR-REMADI.



lazada la poesía. Los grandes y los pequeños la cultivaban; y miéntras que, por ejemplo, en la comarca de Silves apénas habia campesino que no poseyese el dón de improvisar, y hasta el gañan que iba en pos del arado hacia versos sobre cualquier asunto (1), los califas y los príncipes más egregios nos han dejado algunas poesías en testimonio de su talento. Áun nos queda una obra, que sólo trata de los reyes y grandes de Andalucía que se distinguieron por sus dotes poéticas (2). Las mujeres, en el harem, entraban en competencia con los hombres por sus cantares: composiciones poéticas, formando primorosos y variados dibujos, constituian, en los palacios, un adorno capital de las columnas y paredes; y áun en las cancillerías hacia la poesía su papel. Ningun historiador ó cronista, por árido que fuese, dejaba de amenizar las páginas de sus libros con fragmentos poéticos. Sujetos de la clase más baja se elevaban sólo por su talento poético á las más altas y honrosas posiciones, y obtenian el valimiento de los príncipes. La poesía daba la señal de los más sangrientos combates, y tambien desarmaba la cólera del vencedor; echaba su peso en la balanza, á fin de prestar más fuerza á las negociaciones diplomáticas; y una improvisacion feliz rompia á menudo las cadenas del cautivo ó salvaba la vida del condenado á muerte. Cuando dos ejércitos enemigos se encontraban, algunos guerreros salian de la

(1) AL-CAZWINI, *Cosmografía*, II, 364.
(2) IBN-UL-ABBAR, citado por AL-HOLAT, edit. Dozy.

línea de batalla y provocaban á la pelea á los contrarios con un par de versos improvisados, á los cuales se solia responder en el mismo metro y con la misma rima (1). Ejercicios de este órden, pero con un fin más pacífico, y sólo para que cada cual mostrase su habilidad en improvisar, eran muy usuales en la vida ordinaria; y la correspondencia epistolar entre amigos ó entre enamorados se seguia en verso con frecuencia. A menudo se empleaba tambien el alto estilo en prosa rimada, como le conocemos en las Makamas de Hariri. El saber expresarse en este estilo se tenía por una condicion esencial de la buena crianza. Se usaba en las obras científicas, en los documentos oficiales y diplomáticos, y hasta en los pasaportes (2).

La lengua arábiga, en boca de los andaluces y tan léjos de su país nativo, perdió pronto su pureza, y degeneró en un dialecto vulgar, que no se sujetaba á las severas reglas de una gramática tan delicada y escrupulosa. Un beduino hubiera hallado mucho que censurar en el habla hasta del español mejor educado (3). Para lo escrito, con todo, se siguió usando el arábigo puro. Toda persona que presumia de tener una educacion distinguida, procuraba, con el estudio del *Hamasa*,

(1) Dozy, *Recherches*, 419.
(2) Uno de estos pasaportes, en prosa rimada, fué el que el Rey de Granada dió á Ibn-Jaldun. *Journ. asiatique*, 1844, I, pág. 60.
(3) Makkari, I, 136 y 137.

de las *Mualakat*, etc., manejar bien dicho idioma, y un jóven no pasaba por bien criado si no habia aprendido de memoria una multitud de trozos escogidos, en prosa y verso. Añádase á esto que todo musulman desde su primera juventud conocia y leia habitualmente el *Coran*, y se comprenderá cómo no podia desaparecer el conocimiento del legítimo idioma. Ademas, los niños estaban ya instruidos en la gramática y en la poética, como preparacion para la lectura de los poetas (1).

Desde el primer instante en que hubo en España una córte mahometana, el arte de la poesía arábiga se encontró allí como en su patria. En el palacio de Abdurrahman, el primer Omiada, se celebraban reuniones, en las que asistia Hischam, el príncipe heredero, y donde se entretenian los convidados recitando versos, refiriendo leyendas ó sucesos históricos, y haciendo panegíricos de hombres distinguidos y de grandes acciones (2). Siguiendo el ejemplo que habia dado en Oriente su antepasado Jezid I, los Omiadas tuvieron á sueldo poetas de córte, y áun hubo grandes señores, como Ibrahim, que vivió en Sevilla en 912, bajo el reinado de Abdalah, y que alcanzó un poder y una riqueza casi regios, que se complacian en ser protectores muy liberales de los poetas (3). En tiempo de los primeros

(1) IBN-CHALDUN, *Prolegomena*, public. por Quatremère, III, 260, etc., y 319.

(2) AL-HOLAT, 37.

(3) DOZY, *Histoire*, II, 315.

califas floreció y obtuvo grande estimacion el poeta Yahya, apellidado Al Gazal (la gacela), á causa de su hermosura. Fué enviado como embajador á muchas córtes, y por donde quiera se ganaba la voluntad de las gentes con su finura, buen trato y discreta conversacion. El Emperador de Constantinopla mostró deseos de que se quedase en aquella capital, pero él se disculpó diciendo que como le estaba prohibido beber vino, no podia hacerle buena compañía. En otra ocasion, estando Yahya sentado cerca del Emperador, entró la Emperatriz, que éra en extremo hermosa. El poeta no podia apartar de ella los ojos, y se mostró tan distraido en la conversacion, que el Emperador, ofendido, le preguntó la causa por medio del intérprete. Yahya contestó que la hermosura de la Emperatriz le habia hecho una impresion tan invencible, que le habia quitado el discurso, y que no podia proseguir la plática. Despues se explayó en una maravillosa pintura de los encantos de la augusta señora. Cuando el intérprete tradujo todo aquello, creció de punto el favor de Yahya cerca del Emperador, y la misma Emperatriz quedó complacida de tan finas lisonjas. En otra mision cerca del rey de los normandos, alcanzó el poeta mucho favor con la reina Theuda por unos versos que improvisó, elogiándola de hermosa. Más tarde, desterrado de la córte de Abdurrahman II por haber escrito cierta sátira, Yahya se fué á Bagdad, adonde llegó poco despues de la muerte del grande Abu-Nuwas, tan cele-



brado en Oriente, que se creia que ningun otro poeta ni muy remotamente podia compararse con él. Encontrándose Yahya en una tertulia de literatos, oyó hablar á casi todos los que allí estaban con gran desprecio de los poetas españoles. La conversacion recayó luégo sobre Abu-Nuwas, que habia muerto hacia poco. Yahya nada habia contestado ántes á las críticas contra los poetas españoles, pero entónces empezó á recitar una poesía, dándola como obra de Abu-Nuwas. La poesía fué aplaudida extraordinariamente. Cuando el entusiasmo del auditorio llegó al más alto grado, Yahya exclamó: «Moderad vuestra admiracion; los versos son mios!» Y como nadie, al principio, quisiese creer su aserto, Yahya recitó aquella *kasida* suya que empieza con estas palabras:

Mis pecados saqué de la bebida,
Y vergüenza y virtud allí se ahogaron.

Cuando hubo recitado esta poesía, la reunion se avergonzó y se separó (1).

En la córte de Abdurrahman III vivian los célebres poetas Ibn-Abd-Rebbihi y Mondhir-Ibn-Said. El último prestó un importante servicio al Califa en la recepcion de una embajada de Bizancio. Todos los altos empleados del imperio estaban reunidos en la gran sala del trono, lujosamente adornada, y ya los embajadores

(1) Makkari, i, 629.

habian presentado sus cartas en audiencia solemne, cuando Abdurrahman encomendó á los más distinguidos sabios de su séquito que elogiasen en un discurso, ante los circunstantes, la grandeza del Islam y del califato; pero todos ellos se desconcertaron y no dijeron nada. Entónces se levantó el poeta y pronunció un largo discurso en verso, que excitó la más profunda admiracion de todo el auditorio, y por el cual le recompensó el Califa con un elevado empleo (1). Tambien el poderoso Almansur se rodeaba de poetas, los reunia en su palacio para tener conversaciones literarias, y se hacia acompañar por ellos en sus expediciones militares (2). Ibn-Derradsch, llamado tambien el Castellano, y Jusuf-ar-Ramadi, eran los dos poetas que descollaban en su córte. Sin embargo, otro poeta, llamado Said, alcanzó más favor en palacio con el motivo siguiente. Mucho tiempo hacia que Almansur no deseaba nada más fervientemente que tener en su poder á García Fernandez, conde de Castilla, y no habia medio mejor de lisonjearle, que decirle que García iba á sucumbir pronto. Said discurrió una vez llevar de presente á Almansur un ciervo atado con una cuerda, y recitarle una composicion, en la cual habia los versos siguientes:

¡Oh refugio de los tristes!
¡Oh talisman de los flacos!
Tú, de los menesterosos

(1) MAKKARI, I, 234.
(2) ABD-UL-WAHID, p. 24.



Y desvalidos amparo,
Del que te debe la dicha
Recibe aqueste regalo:
Ceñido de fuertes cuerdas
Un ciervo hermoso te traigo;
García tiene por nombre,
Para que sea presagio
De que pronto otro García
Caerá lo mismo en tus manos (1).

Por una extraña casualidad, García Fernandez cayó en efecto prisionero el mismo dia en que Said tuvo esta ocurrencia, y Almansur, desde el momento en que recibió la noticia, mostró gran respeto al poeta, cuya prediccion tan felizmente se habia cumplido. Para conservar su valimiento y para lisonjear la vanidad de Almansur, acudia Said á todas las trazas imaginables. Una vez mandó hacer un traje para su esclavo Safur, que era de gigantesca estatura, con todos los talegos en que Almansur le habia enviado dinero. Cuando vió Almansur aquellos extraños atavíos, preguntó, admirado, por qué el criado de su poeta de córte llevaba un vestido tan haraposo. «Señor, respondió Said, tú me has hecho ya tantos presentes de dinero, que sólo con los talegos que le contenian he podido hacer un traje para este gigante.» Almansur sonrió, satisfecho con la lisonja que el poeta hacia á su liberalidad, y mandó en seguida que le enviasen nuevos regalos, y ademas un hermoso traje para Safur (2). La brillante posicion

(1) ABD-UL-WAHID, 24, etc.
(2) DOZY, *Histoire*, III, 250.



de que Said gozaba, despertó la envidia de otros muchos ingenios, y en palacio se formó en contra suya una verdadera conjuracion. No siempre mostró Almansur la debida entereza contra las maquinaciones de este partido. Una vez se dejó llevar hasta el extremo de hacer que echasen al rio una obra del poeta, contra la cual habia oido muchas censuras. Said compuso sobre el caso este epigrama:

Su lugar y destino conveniente
Halló mi libro ahora;
Porque el seno del agua transparente
Las perlas atesora.

En otra ocasion regalaron á Almansur una rosa temprana, cuyo cáliz áun no estaba del todo abierto. Said, que se hallaba presente, improvisó lo que sigue:

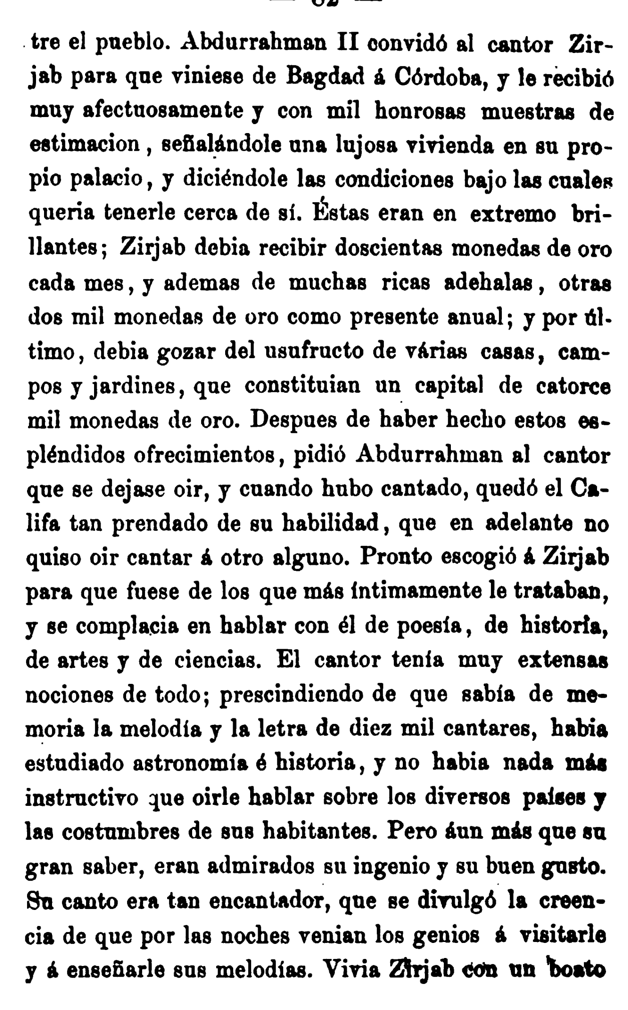
El cáliz entreabierto de la rosa
Olor suave en el ambiente inspira,
Cual su encanto la vírgen pudorosa,
Que oculta su beldad á quien la mira.

Este epigrama agradó mucho á Almansur; pero un rival de Said, que allí estaba, dijo que los versos no eran suyos, sino de un poeta de Bagdad, á quien los habia oido recitar en Egipto. «Yo los tengo, añadió, escritos de su mano, en el respaldo de un libro.—Múestramelos», exclamó Almansur. Al punto se fué el acusador á casa de un poeta muy conocido por su talento para improvisar, le contó lo ocurrido, le hizo interpolar en otra composicion los versos de Said, y escribirla toda con tinta amarillenta é imitando la escritura egipcia, en el

respaldo de un libro, y despues se volvió á palacio. Cuando Almansur leyó la composicion, y se dió por convencido de que Said habia plagiado de ella los versos, fué grande su cólera, y dijo: «Mañana quiero ponerle á prueba, y si sale mal, le enviaré á un destierro.» A la mañana siguiente fué llamado Said á palacio, donde encontró á todos los cortesanos convocados por Almansur, y vió en una sala, ricamente adornada, una grande pila, y en torno de ella muchas flores que formaban como un banco, sobre el cual se sentaban figuras hechas de jazmines, que parecian muchachas, y el centro de la pila tenía la apariencia de un pequeño lago, cuyo fondo, en vez de contener menudas guijas, estaba cubierto de perlas, y una serpiente nadaba en él, y una doncella, hecha tambien de flores, vogaba sobre las ondas en una barquilla, cuyos remos eran de oro. Almansur exigió de Said que describiese en verso aquella pila y su contenido, á fin de probar así que no eran plagio sus poesías. De otra suerte, tenía que recelar mucho malo. Said correspondió al punto á la excitacion, é improvisó versos tan excelentes sobre la maravillosa pila, que Almansur, en vez de desterrarle, le regaló cien monedas de oro y cien vestidos, y le aseguró ademas una pension mensual de otras treinta monedas de oro (1).

Los músicos gozaban de igual favor en la córte y en-

(1) MAKKARI, II, 54.



tre el pueblo. Abdurrahman II convidó al cantor Zirjab para que viniese de Bagdad á Córdoba, y le recibió muy afectuosamente y con mil honrosas muestras de estimacion, señalándole una lujosa vivienda en su propio palacio, y diciéndole las condiciones bajo las cuales queria tenerle cerca de sí. Éstas eran en extremo brillantes; Zirjab debia recibir doscientas monedas de oro cada mes, y ademas de muchas ricas adehalas, otras dos mil monedas de oro como presente anual; y por último, debia gozar del usufructo de várias casas, campos y jardines, que constituian un capital de catorce mil monedas de oro. Despues de haber hecho estos espléndidos ofrecimientos, pidió Abdurrahman al cantor que se dejase oir, y cuando hubo cantado, quedó el Califa tan prendado de su habilidad, que en adelante no quiso oir cantar á otro alguno. Pronto escogió á Zirjab para que fuese de los que más íntimamente le trataban, y se complacia en hablar con él de poesía, de historia, de artes y de ciencias. El cantor tenía muy extensas nociones de todo; prescindiendo de que sabía de memoria la melodía y la letra de diez mil cantares, habia estudiado astronomía é historia, y no habia nada más instructivo que oirle hablar sobre los diversos países y las costumbres de sus habitantes. Pero áun más que su gran saber, eran admirados su ingenio y su buen gusto. Su canto era tan encantador, que se divulgó la creencia de que por las noches venian los genios á visitarle y á enseñarle sus melodías. Vivia Zirjab con un boato



de príncipe, y siempre que aparecia en las calles le circundaban cien esclavos (1). Del celo con que se estudiaba entónces la música vocal é instrumental, dan testimonio, no sólo las obras teóricas que se escribieron sobre este arte, sino tambien un gran libro de los cantares andaluces, compuesto para competir con la coleccion que hizo Alí de Ispaham de los cantares de Oriente (2).

El *Cancionero* de Alonso de Baena, donde se habla de una juglaresa morisca, y la poesía del Arcipreste de Hita, que menciona los bailes y canciones en medio de las calles de las moriscas cantadoras, favorecen la opinion de que el modo de ser de los músicos entre los árabes era muy parecido al de los castellanos y provenzales. Tambien en el siglo XI, despues de la caida de los Omiadas, la vida de los poetas árabes presenta mucha analogía con la de los trovadores. Todas las pequeñas córtes que habia entónces en España hubieran parecido desiertas á sus soberanos, si no las hubiese hermoseado la poesía. Semejantes á sus hermanos de la Provenza, peregrinando de lugar en lugar, y trocando por ricas alabanzas recompensas no ménos ricas, bullian los poetas como un enjambre, en los alcazáres de los príncipes y en las casas de los grandes señores. Si uno de los pequeños soberanos era celebrado en una *kasida* sobresaliente, al punto se suscitaba entre los

(1) MAKKARI, II, 83.—DOZY, *Histoire*, II, 91, etc.
(2) MAKKARI, II, 25.

otros una verdadera emulacion. No tenian ambicion mayor, como asegura un árabe, sino la de que se pudiese decir: tal ó tal sabio se halla en la córte de tal ó tal rey; este ó aquel poeta es el valido de este ó aquel rey (1). Baste aquí un ejemplo para dar idea de la liberalidad de estos soberanos cuando querian mostrarse agradecidos á los buenos versos hechos en su elogio. Ibn-Scharaf, que tenía en feudo una aldea, tuvo una vez una disputa con un recaudador de tributos, porque éste le exigia que pagase demasiado. Ibn-Scharaf fué á ver á Motasim, rey de Almería, para pedirle justicia, y le trajo una composicion poética, que contenia lo que sigue:

Desde que tú gobiernas,
No esgrime su puñal el asesino;
Sólo vírgenes tiernas
La muerte dan con su mirar divino.

El Rey gustó mucho de estos versos, que son dos solamente en el original, y preguntó al poeta cuántas casas (en árabe *beit*) contenia su aldea; y como el poeta dijese que contenia cincuenta, el príncipe añadió: «Está bien; en premio de este dístico (en árabe *beit* tambien), quiero dártelas todas en plena propiedad, y así ningun recaudador podrá en lo sucesivo exigirte tributos (2).

Aunque es indudable que el deseo de ganar dinero y nombre llevaba á muchos poetas á las córtes, y hasta

(1) MAKKARI, II, 128.
(2) DOZY, *Recherches*.



se cuenta de uno que no hacia una composicion encomiástica por ménos de cien monedas de oro (1), todavía no se puede afirmar que la avaricia fuese en general su único móvil. Se disfrutaba en aquellas córtes de una vida alegre y deleitosa, y en ellas se encontraban los ingenios más á propósito para un agradable trato y comercio de ideas, y para certámenes sobre las bellas artes. En las hermosas noches del verano de Andalucía, descansaban recostados sobre blandos cojines en uno de los encantadores y floridos patios del alcázar, contaban cuentos, y ejercitaban y mostraban la habilidad con animadas y agudas pláticas y versos improvisados, miéntras que murmuraban las fuentes, y el aura mansa difundia el aroma de las flores. El Príncipe se mezclaba con toda confianza entre sus huéspedes, hacia que circulasen las buenas bebidas, y áun se aventuraba á entrar en competencia con los maestros del canto. A veces se solian celebrar certámenes poéticos en ciertas grandes festividades, como, por ejemplo, el que estableció el Rey de Granada para el natalicio del Profeta (2).

(1) Makkari, ii, 128.

(2) Autobiografía de Ibn-Chaldun, en el *Journ. asiat.*, 1844. —Ibn-Chaldun, á la verdad, dice sólo que los poetas trajeron versos para una fiesta de palacio en el natalicio de Mahoma; pero se puede presumir que era un certámen poético, como estaba en uso entre los príncipes del Norte de África. Leon Africano refiere: «Los poetas en Fez componian anualmente versos en alabanza de Mahoma y para su natalicio. Todos



Aunque por lo comun era reconocido y estimado en mucho el mérito de los poetas andaluces, no faltaron sabios españoles que los mirasen con cierto menosprecio, y que afirmasen que el Oriente solo era la verdadera patria de la poesía. Un escritor del siglo XII zahiere esta injusticia con palabras punzantes, y dice que los historiadores españoles de la literatura sólo vuelven los ojos hácia los autores de Oriente. «Cuando allí grazna un cuervo, añade, cuando en la más remota comarca de la Siria ó del Irac zumba un mosquito, caen de rodillas como delante de un ídolo, miéntras que aprecian en poco más que en nada todo verso y toda prosa que ve la luz pública en Andalucía; y sin embargo, España, aunque apartada de las otras regiones del Islam, ha producido varones distinguidísimos y elocuentes, así en prosa elegante como en verso; y An-

acudian desde la mañana temprano al sitio donde vivia el principal de los empleados, y recitaban sus panegíricos segun llegaban á ocupar un puesto elevado que habia para el caso. Multitud de pueblo estaba presente, y aquel cuya composicion parecia más elegante y conmovedora era aclamado, para aquel año, príncipe de los poetas. Miéntras que dominaron los Beni-Merines, convocaba anualmente el soberano reinante á cuantos sabios y poetas habia en la ciudad, los recibia en su palacio con extraordinaria pompa, y en su presencia hacia recitar á cada uno su poesía en elogio de Mahoma, desde un lugar elevado. El que salia vencedor del certámen, despues de un juicio imparcial, era recompensado por el Rey con un corcel magnífico, una esclava, cien monedas de oro, y el traje que el Rey mismo habia llevado durante la ceremonia.» (*Leonis Africani*, África. Lugd. Batav., 1632, pág. 332.)

dalucía, si bien ha sido la última de las conquistas muslímicas, y si bien está cercada por el mar y por los godos y los francos, puede jactarse de un sinnúmero de poetas, cuyas obras compiten en resplandor con el sol y con la luna» (1). Aunque, cegados por la manía de admirar lo extranjero, desconociesen muchos españoles el talento y el valor de los autores nacionales, no dejaban los poetas andaluces de gozar de gran fama en Oriente, ni de ser colocados á la misma altura que los mejores poetas orientales. Así obtuvo Ibn-Zeidun el dictado del Bothori de Occidente (2), así cada uno de los tres poetas Ibn-Jani, Jusuf-ar-Ramadi y Ibn-Derradsch fué designado con el título del Motenebbi occidental (3), y el propio Motenebbi, al oir recitar una poesía española, no pudo ménos de exclamar, entusiasmado: «¡Este pueblo posee en alto grado las facultades poéticas!» (4). Abu-Nuwas, el gran cantor del vino y de los suaves goces de la vida, en tiempo de Harun-ar-Raschid, pidió á un español que fué á Bagdad, que le recitase versos de poetas andaluces (5), y un habitante del Remoto Corasan expresó su admiracion en las reuniones literarias del famoso sevillano

(1) Loci de Abbadidis, ed. Dozy, III, 58.
(2) *Catalogus Bibl. Lug.*, ed. Dozy, I, 243.
(3) Ibn-Chalikan, en los tres artículos.
(4) Dozy, en *Abbad.*, I, pág. VIII.
(5) Makkari, II, 151.



Ibn-Zohr, aplicando á los poetas andaluces estas palabras de Motenebbi :

Al ver salir el sol por Occidente,
Dije : ¡ Grande es Alah ! (1).

Lo más interesante de estas anécdotas es que nos hacen concebir la inmensa extension de los países en que florecia la literatura arábiga. Deste el Gánges hasta la desembocadura del Tajo, y desde el Jaxartes hasta el Niger, se poetizaba en dicho idioma, y el activo tráfico y las contínuas comunicaciones entre tantas y tan remotas comarcas hacian que cada nueva aparicion literaria algo importante fuese pronto un bien comun de todos los pueblos que habian adoptado la lengua del Coran y el Islamismo. Por medio de las caravanas que anualmente iban á la ciudad donde nació el Profeta, desde los últimos confines del mundo musulman, la Meca era como un gran mercado, en el cual los más apartados habitadores de la tierra trocaban sus producciones literarias; de suerte que una obra compuesta al pié de Sierra Morena podia con facilidad y en breve tiempo abrirse camino hasta los valles del Cáucaso indiano.

(1) Makkari, ii, 150.



III.

Observaciones generales sobre la poesía arábigo-hispana.

¿Quién no ha de tener la curiosidad de conocer los cantares que resonaron en los encantados salones de los alcázares andaluces, en las galerías de columnas afiligranadas de arabescos, y en los pensiles de Az-Zahra; cuyo eco se mezcló con el murmurar de las fuentes y con el gorjeo de los ruiseñores del Generalife? Así como los árabes, donde quiera que pusieron el pié en el suelo español, hicieron brotar fertilidad y abundancia de aguas, entretejieron en frondoso laberinto los sicomoros y los granados, los plátanos y las cañas de azúcar, y hasta lograron que floreciesen las piedras en variados colores, así tambien puede creerse que su poesía compitió en aroma y delicado esmalte con los bosquecillos umbrosos de la huerta de Valencia, y en rico esplendor con los arcos alicatados de prolijas labores y con las esbeltas columnatas de la Alhambra. Crece más aún el deseo de conocer esta poesía por la conjetura de que la penetra un espíritu caballeresco, que imprime en la vida de los mahometanos de España un sello pecu-

8.

liar y característico; porque el cielo de Occidente puso sobre las prendas de la poesía arábiga, sobre su riqueza y pompa oriental, mayor precision y un estilo más claro, acercándola mucho á nuestro modo de sentir.

Esta esperanza no será del todo defraudada. Entre las producciones de la poesía arábigo-hispana se encuentran muchas que manifiestan sentimientos extraordinariamente parecidos á los nuestros, y que contienen ideas que no podian nacer en la antigua Arabia, sino bajo el más dilatado horizonte del Occidente. Sin embargo, la mencionada esperanza no debe engrandecerse mucho. En todas las épocas y en las más distantes regiones del mundo, adonde sus conquistas los llevaron, los árabes guardaban vivos en el alma los recuerdos de la patria primera. Aunque la península del Sinaí volvió á caer en la barbarie, la miraron siempre como la cuna de su civilizacion, desde los brillantes centros de la cultura que habian creado, así en el extremo Oriente como á orillas del Atlántico. La historia de sus antepasados les era familiar desde la infancia, y la peregrinacion á los lugares santos de su creencia, que casi todos emprendian, no dejaba que jamas se entibiase en ellos el sentimiento de amor y dependencia del país de donde salieron. Por esto sus poesías están llenas de alusiones á las leyendas, héroes y localidades de la antigua Arabia, de imágenes de la vida nómada y de descripciones del desierto. Consideraban ademas las *Mualakat* y el *Hamasa* como modelos insuperables, y bas-



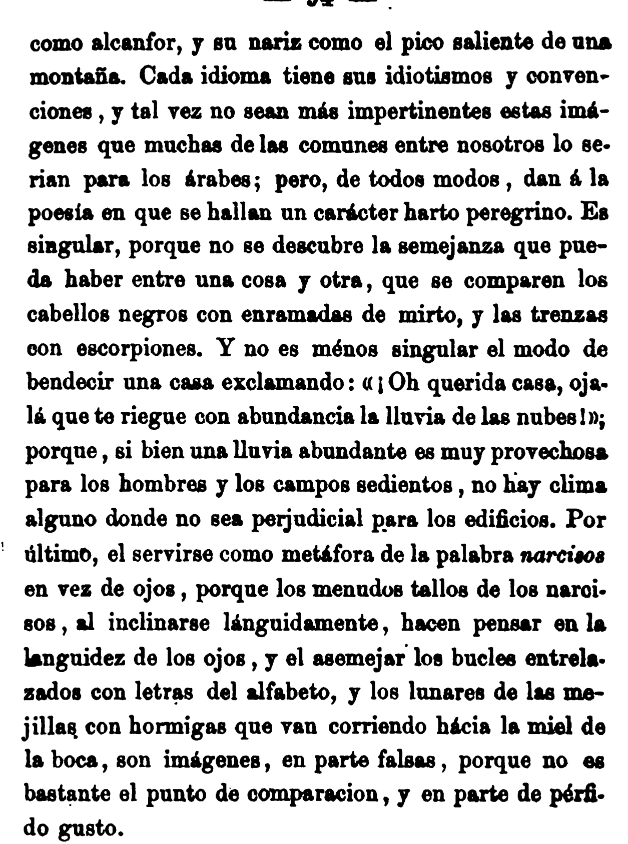
tantes creian que el medio más seguro de llegar á ser clásicos era imitar mucho su estilo. La admiracion inmensa que estas poesías excitaban entre los andaluces, y el diluvio de imitaciones que producian, ocasionaron la burla y la sátira del antólogo Ibn-Bessam, aburrido y harto de la repeticion de lo ya dicho tantas veces. «Mueve á tedio, exclama, el oir cantar perpetuamente sobre las ruinas de la casa de Chaula»; el «parad aquí, amigos, para que lloremos», debiera ya desecharse; cuando se lee aquello de «¿es ésta la huella de Umm-Aufa?» bien se puede tener por cierto que la huella de una persona, que se fué tanto tiempo há, está ya borrada. Muchos hermosos pesamientos fueron ajenos de aquellas antiguos poetas, por lo cual han dejado no poco que decir á los posteriores, pues no se debe tener sólo y absolutamente por bueno al que ya murió (1). Si la poesía arábigo-hispana contiene, á causa de las formas prestadas de la poesía ante-islámica, muchas ideas é imágenes que nos son extrañas, esta extrañeza crece más aún por la grande importancia que se daba á la parte técnica y al primor del lenguaje. Los habitantes de la península ibérica presumian mucho de sus conocimientos filológicos, y hacian un estudio especial de todas las sutilezas de la lengua arábiga escrita; así es que sus paetas debian ser, ántes de todo, hábiles y sutiles gramáticos, y el mérito de sus obras solia ponderarse, más

(1) Loci de Abbadidis, ed. Dozy, III, 68.

que por el contenido de ellas, por la perfeccion del estilo y por el arte con que el autor sabía dominar la infinita riqueza del vocabulario arábigo. De aquí dimana el que muchos antólogos y críticos alaben á menudo, como incomparables, versos que nos parecen de poquísimo valer, y que aseguren que estaba en la boca de todos, sin que nosotros acertemos á comprender esta fama. La explicacion de esto sólo debe buscarse en el dichoso acierto de la expresion y en lo primoroso de la forma; porque, no tanto la energía poética cuanto el artificio métrico y filológico despertaba á veces el entusiasmo (1). Estas bellezas artificiales de la poesía, que valen más para el oido que para el alma, sólo son gustadas y bien estimadas por el pueblo para quien se crearon. Por esta razon, una parte de las más encomiadas obras maestras que encantan á los árabes son letra muerta para nosotros. El prurito de lucir la maestría en el manejo de la lengua y las sutilezas gramaticales, ha dictado versos á los poetas arábigos de Oriente y de Occidente, cuyo único valer consiste en la dificultad vencida, y donde en balde se buscará un contenido poético, pues sólo hay una sonora aglomeracion de sílabas, un extraño laberinto de giros y de voces, incomprensibles sin comentario. Añádase á esto el afan, en más ó ménos grado sentido por todos los poetas, de emplear metáforas y comparaciones traidas de muy léjos, antítesis

(1) Ibn-Chaldun, *Prolegomena*, III, 319.

extravagantes y expresiones hiperbólicas. Esta inclinacion parece innata en los árabes. Es un error el encomiar á los poetas ante-islámicos por su estilo sencillo y exento de imágenes rebuscadas, y el censurar á los posteriores por la afectacion y el mal gusto que introdujeron. Ya Amr-ul-Kais, en su *mualaka*, escrita por lo ménos cincuenta años ántes del nacimiento de Mahomà, raya en extravagante cuando compara, por ejemplo, el pecho de su querida con un bruñido espejo ó con un huevo de avestruz, y su mano con los ramos de una palma, y cuando dice que su caballo se mueve como un trompo con que juega un niño. Verdad es que en los tiempos posteriores se aumentó este defecto. Los mismos asuntos habian sido ya tratados tantas veces, que tenian poco interes en sí, y para prestárseles nuevo se buscaban inusitadas maneras de tratarlos. No creo, con todo, que deba desecharse como de mal gusto cuanto á primera vista nos parece raro en los poetas árabes, por ser muy diferente de lo que los poetas europeos dicen. Así, verbi gracia, el usar, como imágen de la magnanimidad y liberalidad, las nubes y la lluvia que de ellas se desprende, es una comparacion bien escogida, porque la humedad restauradora que la lluvia difunde, es mirada como el mayor beneficio por los orientales y andaluces, abrumados con los ardores del sol. Ni es del todo censurable, por muy extravagante que nos parezca, el decir que los dientes de la querida, por su humedad y blancura, son como granizos, su cándida tez



como alcanfor, y su nariz como el pico saliente de una montaña. Cada idioma tiene sus idiotismos y convenciones, y tal vez no sean más impertinentes estas imágenes que muchas de las comunes entre nosotros lo serian para los árabes; pero, de todos modos, dan á la poesía en que se hallan un carácter harto peregrino. Es singular, porque no se descubre la semejanza que pueda haber entre una cosa y otra, que se comparen los cabellos negros con enramadas de mirto, y las trenzas con escorpiones. Y no es ménos singular el modo de bendecir una casa exclamando: «¡Oh querida casa, ojalá que te riegue con abundancia la lluvia de las nubes!»; porque, si bien una lluvia abundante es muy provechosa para los hombres y los campos sedientos, no hay clima alguno donde no sea perjudicial para los edificios. Por último, el servirse como metáfora de la palabra *narcisos* en vez de ojos, porque los menudos tallos de los narcisos, al inclinarse lánguidamente, hacen pensar en la languidez de los ojos, y el asemejar los bucles entrelazados con letras del alfabeto, y los lunares de las mejillas con hormigas que van corriendo hácia la miel de la boca, son imágenes, en parte falsas, porque no es bastante el punto de comparacion, y en parte de pérfido gusto.

En lo tocante á la composicion artística, no se impusieron los árabes españoles reglas más severas que sus antepasados orientales. Sólo pueden celebrarse de tener completa unidad algunos pequeños cantos, donde el



fuerte impulso del sentimiento lo ha creado de un modo inconsciente. En más extensas composiciones, pocas veces la idea capital predomina entre los pormenores con la energía que se requiere para producir un conjunto armónico. De aquí proviene que estas composiciones sean á menudo, más que un todo, una serie de pensamientos y de imágenes; por manera que los antólogos suelen citar una parte, no como fragmento, sino como obra entera, y en otras ocasiones, una misma composicion, citada por escritores diferentes, se encuentra que varía ó en el número ó en el órden de los versos, sin que tales cambios ó faltas perturben esencialmente el conjunto. Esta carencia de enlace en la composicion depende de una propiedad profundamente arraigada en el espíritu de los árabes, que los lleva á considerar, más que nada, las cosas particulares, perdiendo de vista lo general; el lazo que forma el todo. Su condicion natural les hacia difícil el elevarse á una más extensa comprension de los asuntos; entre los modelos de la propia literatura, no poseian uno sólo de más ordenada y artística composicion, y tampoco aprendieron nunca á estimar, con el estudio de las literaturas extranjeras, la hermosura y el mérito que se hallan en el enérgico desenvolvimiento de un plan grande. En todas las épocas y por donde quiera les fué completamente desconocida la literatura de los otros pueblos; ninguno de sus autores deja traslucir que la conoce, y es lícito afirmar que hasta el escritor arábigo más discreto é instruido, Ibn-

Jaldun, habla sólo de oidas cuando da principio al capítulo sobre la poesía de los árabes, observando que tambien en otras naciones, á saber, entre los persas y los griegos, ha florecido la poesía, por lo cual Homero es nombrado y celebrado en los escritos de Aristóteles (1). El decantado cultivo de la literatura griega por los árabes españoles se limitó á obras de filosofía y de ciencias exactas, que vertieron en su lengua de la siriaca, y que despues comentaron; pero sobre todo aquello que no pertenecia á esta parte de las ciencias, como, por ejemplo, sobre la historia y la mitología de los pueblos antiguos, se quedaron siempre en la mayor ignorancia. Sus historiadores refieren que en Itálica se halló en una excavacion un grupo de mármol de portentosa hermosura, que representaba una jóven y un niño perseguido por una serpiente, y sus poetas celebran este grupo en sus versos, pero ninguno sabe que aquellas figuras eran indudablemente Vénus y Cupido (2). El geógrafo Al-Bekri, tan bien enterado en todo lo relativo á las tierras muslímicas, no sabe distinguir si un epitafio hallado en las ruinas de Cartago es latino, púnico ó de otra lengua, y llama á Annibal rey de África (3). Por último, el gran filósofo Ibn-Roschd ó Averroes, en su paráfrasis de la *Poética* de Aristóteles, cita á los Antara, Amr-Kais y Motenebbis, en vez de

(1) Ibn-Chaldun, *Prolegomena*, iii, 359.
(2) Makkari, i, 99 y 350.
(3) Al-Bekri, pub. por Slane, 45 y 42.

citar á los poetas griegos, y tiene tan pocas nociones de la griega literatura, que define la tragedia el arte de elogiar, y la comedia el arte de censurar, y, de acuerdo con esta teoría, halla que las composiciones satíricas y encomiásticas de los árabes son comedias y tragedias (1).

Aunque, segun lo expuesto, la poesía de los árabes en España tenía muchos rasgos iguales á la de su hermana oriental, todavía no dejó de sentir el influjo del suelo de Andalucía. Los poetas, á pesar de toda su admiracion del *Hamasa* y de las *Mualakat*, y á pesar del prurito de imitarlos, no pudieron desechar los nuevos asuntos que se ofrecian para sus canciones. Ya no podian cantar las enemistades entre tribu y tribu, ni las discordias por causa de los pastos, sino la gran contienda del Islam contra las huestes reunidas del Occidente; en vez de convocar á los compañeros de tienda para la sangrienta venganza de un pariente asesinado, debian inflamar á todo un pueblo para que defendiese la hermosa Andalucía, de donde los enemigos de la fe amenazaban lanzarlos. A par de las peregrinaciones por el desierto y de la vivienda abandonada del dueño querido, lo cual, por convencion, habia de tener siempre lugar en una *kasida*; habia entónces que describir risueños jardines impregnados con el aroma del azahar, arroyos cristalinos con las orillas ceñidas de laureles,

(1) Renan, *Averroes et l'averroïsme*, pág. 36.

blandas y reposadas siestas bajo las umbrosas bóvedas de los bosquecillos de granados, y nocturnos y deleitosos paseos en barca por el Guadalquivir. Inevitablemente tuvieron los poetas, al tratar estos nuevos asuntos, que adoptar imagenes desconocidas á sus antepasados, y el estado de la civilizacion, enteramente distinto, hubo tambien de imprimirse en sus versos. Andaluces que habian llegado á un alto punto de cultura social y científica, cortesanos elegantes é instruidos, que habian estado en la escuela filosófica de Aristóteles, no podian sentir y pensar ya como los rudos pastores del desierto. Aunque muchas de sus *kasidas* se parezcan, no sólo en la forma y en la expresion, sino tambien en las ideas y sentimientos, á las de los árabes antiguos, esto es sólo porque los autores creian poder competir mejor con los modelos ciegamente reverenciados de un Antara ó un Lebid, cuando más se apartaban y substraian del influjo de su época y de cuanto los rodeaba. Por fortuna, estas tentativas desgraciadas de copiar el estilo y el espíritu de épocas anteriores, renegando de lo presente, no es lo único que nos queda de la literatura de los árabes españoles. Aun cuando los poetas tienen delante de los ojos la poesía ante-islámica, y cuentan el remedarla como mérito, introducen, sin notarlo, en la antigua forma, nuevos modos de ver y de sentir; y en otras composiciones obedecen, sin volver la vista atras, lo que les dictan el corazon y la mente, y en vez de beber la inspiracion en los libros, pintan lo que ellos mismos



han sentido y experimentado. Estas últimas composiciones merecen principalmente nuestra atencion, y en ellas, como todos aquellos rasgos que distinguen la poesía occidental de la oriental, se nos muestran los árabes como europeos. Cuando oimos, con voces semíticas y con el peregrino acento del Oriente, el elogio de las verdes praderas y de los corrientes arroyos de Andalucía, y la expresion de sentimientos amorosos, más tiernos que los que los trovadores expresaban, imaginamos oir tambien entre el susurro de la palma oriental, los suspiros del aura de Occidente, que agita y orea las enramadas del jardin de las Hespérides.

A semejanza de su lengua, que no posee las ricas y gráficas combinaciones de las indo-germánicas, sino que íntimamente forma sus vocablos por la adicion de una sola letra á la radical, ó por el cambio de las vocales y acentos, toda la actividad creadora de los árabes tiene un carácter subjetivo. Pinta con preferencia la vida del alma, hace entrar en ella los objetos del mundo exterior, y se muestra poco inclinada á ver claro la realidad, á representar la naturaleza con rasgos y contornos firmes y bien determinados, y á penetrar en el seno de otros individuos para describir los sucesos de la vida y retratar á los hombres. Por esto aquellas formas de poesía que requieren la observacion de las cosas exteriores y una gran fuerza para representarlas, no son conocidas entre los árabes. Ensayos dramáticos, ni áun de la clase inferior, como los han tenido otros



pueblos mahometanos, no se han producido por los árabes en el suelo español, ó al ménos no dan indicio de ellos los escritores que se han consultado hasta el dia (1). La poesía narrativa, segun verémos despues,

(1) La *Comoedia de equo vendito*, citada por el vacilante Casiri, y existente en el Escorial, es de orígen egipcio, segun lo declara el excelente orientalista José Müller, que examinó el manuscrito. Parece ser, más que una produccion de carácter literario, un ensayo para un teatro de muñecos, ó más bien para las sombras chinescas que en Egipto se usaban. Verdaderamente hay tres representaciones en el manuscrito. Se trata sólo en la primera de la historia de un ridículo oficial de mamelucos, que, al volver á las orillas del Nilo, de un viaje por Asia, averigua con dolor que ha habido un gran cambio en las cosas: la policía se ha vuelto más severa, y sobre todo, es rigorosísima la observancia del precepto de no beber vino. Despues de muchas lamentaciones en prosa y verso, y de referir su vida vagabunda en una conversacion con una especie de pulchinela y con otras personas, se decide el oficial de mamelucos á entrar en el estado de casado y á abandonar su vida pecadora. Una excelente amiga de los primeros tiempos se engarga de buscarle mujer; la casamentera desempeña su comision, y despues de cumplidas todas las formalidades, el oficial levanta el velo á la novia y descubre, angustiado, que es un fenómeno de fealdad. Vuelto del desmayo que aquella vision le produce, determina hacer una piadosa peregrinacion á la Meca, de donde probablemente vuelve tan pecador como ántes, ya que no más vicioso. El error de Casiri en suponer que la comedia trata en su mayor parte *de equo vendito*, se funda en que, entre las extravagancias del mameluco, se menciona que un caballo, que por compasion le regaló el Visir, fué desechado por él de un modo desdeñoso.

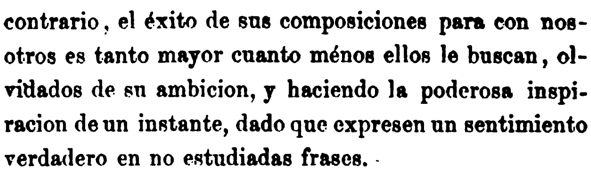
« En el cátalogo de Casiri, prosigue J. Müller, se cita además otra obra en diálogo de cuarenta interlocutores. Aunque tengo fundado motivo para no considerar esta pieza como española, la hubiera examinado con gusto. Pero ya no existe en



no fué extraña del todo á los árabes españoles; pero no han producido ninguna epopeya propia. En la poesía lírica fué donde aunaron todas sus fuerzas, y en ella vertieron cuantas penas y cuantos deleites movian sus corazones. Por este cauce corrió el torrente de la poesía, en el suelo andaluz, con una inmensa abundancia.

Las producciones líricas de los poetas arábigo-hispanos se distinguen en general por la diccion rica y sonora y por el brillo y atrevimiento de las imágenes. En vez de prestar expresion á los pensamientos y de dejar hablar al corazon, nos agobian á menudo con un diluvio de palabras pomposas y de imágenes esplendentes. Como si no les bastase conmovernos, propenden á cegarnos, y sus versos se asemejan, por el abigarrado colorido y movimiento deslumbrador de las metáforas, á un fuego de artificio que luce y se desvanece en las tinieblas, que hechiza momentáneamente los ojos con sus primores, pero que no deja en pos de sí una impresion duradera. El empeño de sobrepujar á otros rivales populares y famosos ha echado á perder de esta suerte muchas de sus composiciones. Y, por el

el Escorial, así como otros muchos manuscritos, de los cuales esperaba yo con razon sacar algun provecho. Nada ménos que veinte números he pedido en balde; no hay ya ni rastro de ellos. Desde el reinado de Felipe II habrán habitado en el Escorial unos mil cuatrocientos frailes, pero á ninguno de ellos se le ha ocurrido nunca aprovecharse de la ocasion que se le presentaba de ser el primero en trabajar algo en un tan rico tesoro de manuscritos orientales. Lo que han hecho los frailes, ha sido perder y tirar sin conciencia este tesoro.»



contrario, el éxito de sus composiciones para con nosotros es tanto mayor cuanto ménos ellos le buscan, olvidados de su ambicion, y haciendo la poderosa inspiracion de un instante, dado que expresen un sentimiento verdadero en no estudiadas frases.

Los asuntos sobre los cuales escriben, son de várias clases. Cantan las alegrías del amor bien correspondido, y el dolor del amor desgraciado; pintan con los más suaves colores la felicidad de una tierna cita, y lamentan con acento apasionado el pesar de una separacion. La bella naturaleza de Andalucía los mueve á ensalzar sus bosques, rios y fértiles campos, ó los induce á la contemplacion del tramontar resplandeciente del sol ó de las claras noches ricas de estrellas. Entónces acude de nuevo á su memoria el país nativo de su raza, donde sus antepasados vagaban sobre llanuras de candente arena. Expresiones de un extraño fanatismo salen á veces de sus labios como el ardiente huracan del desierto, y otras de sus poesías religiosas exhalan blanda piedad y están llenas de aspiraciones hácia lo infinito. Ora convocan á la guerra santa, con fervorosas palabras, á los reyes y á los pueblos; ora aclaman al vencedor; ora cantan el himno fúnebre de los que han muerto en la batalla, ó se lamentan de las ciudades conquistadas por el enemigo, de las mezquitas trasformadas en iglesias, y de la suerte infeliz de los prisioneros, que en balde suspiran por las floridas riberas del Genil desde la ruda tierra de los cristianos. Elogian la magnanimidad y el

poder de los príncipes, la gala de sus palacios y la belleza de sus jardines; y van con ellos á la guerra, y describen el relampaguear de los aceros, las lanzas bañadas en sangre y los corceles rápidos como el viento. Los vasos llenos de vino que circulan en los convites, y los paseos nocturnos por el agua á la luz de las antorchas, son tambien celebrados en sus canciones. En ellas describen la variedad de las estaciones del año, las fuentes sonoras, las ramas de los árboles que se doblegan al impulso del viento, las gotas de rocío en las flores, los rayos de la luna que rielan sobre las ondas, el mar, el cielo, las pléyadas, las rosas, los narcisos, el azahar y la flor del granado. Tienen tambien epigramas en elogio de todos aquellos objetos con que un lujo refinado ornaba la mansion de los magnates, como estatuas de bronce ó de ámbar, vasos magníficos, fuentes y baños de mármol, y leones que vierten agua. Sus poesías morales ó filosóficas discurren sobre lo fugitivo de la existencia terrenal y lo voluble de la fortuna, sobre el destino, á que hombre ninguno puede sustraerse, y sobre la vanidad de los bienes de este mundo, y el valor real de la virtud y de la ciencia. Con predileccion procuran que duren en sus versos ciertos momentos agradables de la vida, describiendo una cita nocturna, un rato alegre pasado en compañía de lindas cantadoras, una muchacha que coge fruta de un árbol, un jóven copero que escancia el vino, y otras cosas por este órden. Las diversas ciudades y comarcas de España, con sus mez-



quitas, puentes, acueductos, quintas y demas edificios suntuosos, son encomiadas por ellos. Por último, la mayor parte de estas poesías están enlazadas con la vida del autor; nacen de la emocion del momento; son, en suma, improvisaciones, de acuerdo con la más antigua forma de la poesía semítica.



IV.

Cantos de amor.

La situacion de las mujeres en España era más libre que entre los otros pueblos mahometanos. En toda la cultura intelectual de su tiempo tomaban parte las mujeres, y no es corto el número de aquéllas que alcanzaron fama por sus trabajos científicos ó disputando á los hombres la palma de la poesía. Tan alta civilizacion fué causa de que se les tributase en España una estimacion que jamas el Oriente musulman les habia tributado. Miéntras que allí, con raras excepciones, el amor se funda sólo en la sensualidad, aquí arranca de una más profunda inclinacion de las almas, y ennoblece las relaciones entre ambos sexos. A menudo el ingenio y el saber de una dama tenian tan poderoso atractivo para sus adoradores, como sus prendas y hechizos corporales; y una inclinacion comun á la poesía ó á la música solia formar el lazo que ligaba dos corazones entre sí (1).

(1) Makkari, II, 626, etc.

En testimonio de lo dicho, los cantos de amor de los árabes españoles manifiestan, en parte, una pasmosa profundidad de sentimientos. Algunos respiran una veneracion fervorosa de la mujer, á la cual era extraña la Europa cristiana de entónces. En los movimientos y voces del alma de estos cantares se halla una mezcla de blandos arrobos y de violentas pasiones, que recuerdan la moderna poesía por el melancólico amor á la soledad, y por la extática y soñadora contemplacion de la naturaleza.

Con todo, un extraordinario esplendor de colorido y otras muchas calidades nos hacen pensar en el orígen oriental de estos cantos. Trasportémonos por un momento, á fin de conocerlos mejor en su esencia y propiedades, bajo el hermoso cielo de Andalucía, donde nacieron. Anochece; la voz del muecin se ha oido convocando para la oracion; los fieles entran en las mezquitas; el silencio reina sobre el cerro á orillas del rio; su peñascosa cima está coronada por las almenadas torres y chapiteles de un alcázar; con los últimos resplandores del sol, brillan los dorados alminares de la ciudad; las sombras de los cipreses se proyectan con más extension; por los arcos de herradura de los ajimeces se percibe movimiento; por entre las rejas se ven vagar blancos velos; y, murmurando y alzándose por cima de las copas de los granados, se oye subir del valle el sonido de un laud. Una voz canta:



Por la inmensidad del cielo
Con afan mis ojos giran,
En las estrellas buscando
La luz de tu faz querida.
En pos del rastro oloroso
Que tu beldad comunica,
Voy por todos los senderos
Y detengo al que camina.
Parar los vientos ansío,
Por si en sus alas envias
Un eco de tus palabras,
Una nueva de tu vida.
Por si pronuncian tu nombre,
Mi oido anhelante espià,
Y en todo rostro encubierto
Mi mente el tuyo imagina (1).

Otra voz canta :

Di á mi amada, mensajero,
Que me da muerte su amor,
Y que la muerte prefiero
A tan acerbo dolor.
Desdeñosa ó enojada,
Sólo á morir me convida,
Mas con su dulce mirada
Puede volverme la vida (2).

Otra tercera voz dice :

Desde que me dejaste,
Y á los brazos de otro te anudaste,
Es mi vida tan negra y tan amarga
Como la noche larga.
Dime, infiel; di, gacela fugitiva,
¿No recuerdas las noches deliciosas
En que gocé de tu beldad, cautiva

(1) MAKKARI, I, 517. De At-Tortuschi.
(2) AL-HOLAT, 157. De Ferhun-Ben-Abdalah.

En cadenas y tálamo de rosas?
¿Así olvidas el lazo que formamos,
De un collar perlas y de un tronco ramos?
El mismo manto entónces nos ceñia,
Era tu forma una con la mia,
Y de dorada luz un limpio velo
Nos echaban los astros desde el cielo (1).

Para comprender de cuánta ternura de sentimientos eran capaces las almas más nobles y delicadas de los árabes españoles, se debe leer la descripcion del amor juvenil de uno de los más importantes escritores del siglo XI, tal como él mismo nos la ha dejado escrita.

«En el palacio de mi padre, dice Ibn-Hazm (2), vivia una jóven, que recibia allí su educacion. Tenia diez y seis años, y ninguna otra mujer se le podia comparar en beldad, entendimiento, modestia, discrecion y dulzura. Las pláticas amorosas, el burlar y el reir no eran de su gusto, por lo cual hablaba poco.

»Nadie osaba levantar hasta ella sus pensamientos, y sin embargo, su hermosura conquistaba todos los corazones, pues, aunque orgullosa y reservada en dar muestras de su favor, era más seductora que las que conocen á fondo el arte de encadenar á los hombres. Su modo de pensar era muy severo y no mostraba inclinacion alguna por los vanos deleites, pero tocaba el laud de un modo admirable. Yo era entónces muy mozo, y sólo pensaba en ella. A veces la oia hablar, pero siem-

(1) AL-HOLAT, 113. De Abdalah-Ben-Abd-ul-Aziz.
(2) DOZY, *Histoire*, III, 344, etc.



pre en presencia de otros, y en balde busqué durante dos años una ocasion de hablarle sin testigos. Ocurrió en esto que se dió en nuestra casa una de aquellas fiestas que se acostumbran en los palacios de los grandes, á la cual asistieron las mujeres de nuestra casa y las de la de mi hermano, y donde, por último, estuvieron convidadas tambien las mujeres de nuestros clientes y más distinguidos servidores. Despues de pasar una parte del dia en el palacio, fueron éstas á un pabellon, desde donde se gozaba de una magnífica vista de Córdoba, y tomaron asiento en un sitio desde el cual los árboles de nuestro jardin no estorbaban la vista. Yo fuí con ellas, y me acerqué al hueco de la ventana donde se encontraba la jóven; mas apénas me vió á su lado, cuando con graciosa ligereza se huyó hácia otra parte del pabellon. Yo la seguí, y se me escapó de nuevo. Mis sentimientos le eran ya harto conocidos, porque las mujeres poseen un sentido más perspicaz para descubrir las huellas del amor que se les profesa, que el de los beduinos para reconocer la vereda trillada en sus excursiones nocturnas por el desierto. Por dicha, ninguna de las otras mujeres advirtió nada de lo ocurrido, porque estaban todas muy embelesadas con la vista, y no prestaban atencion.

» Cuando más tarde bajaron todas al jardin, las que tenian mayor influjo por su posicion ó por su edad, rogaron á la dama de mis pensamientos que entonase un cantar, y yo uní mi ruego á los de ellas. Así rogada,



empezó, con una timidez que á mis ojos realzaba más sus encantos, á pulsar el laud, y cantó los siguientes versos de Abbás, hijo de Ahnaf:

»En mi sol pienso sólo,
En mi muchacha linda.
¡Ay, que perdí su huella
Tras de pared sombría!
¿Es de estirpe de hombres,
Ó de los genios hija?
Ejerce de los genios
El poder con que hechiza;
De ellos tiene el encanto,
Pero no la malicia.
Es su cara de perlas,
Su talle palma erguida,
Blando aroma su aliento,
Ella gloria y poesía.
Sér de la luz creado,
Graciosamente agita
La veste vaporosa,
Y ligera camina;
Su pié no quiebra el tallo
De flores ni de espigas.

»Miéntras que cantaba, no fueron las cuerdas de su laud, sino mi corazon, lo que heria con el plectro. Jamas se ha borrado de mi memoria aquel dichoso dia, y áun en el lecho de muerte he de acordarme de él. Pero desde entónces, nunca más volví á oir su dulce voz, ni volví á verla en mucho tiempo.

»No la culpes, decia yo en mis versos, si es esquiva y huye. No merece por esto tus quejas. Hermosa es como la gacela y como la luna, pero la gacela es tímida, y la luna inasequible á los hombres.



»Me robas la dicha de oir tu dulce voz, decia yo además, y no quieres deleitar mis ojos con la contemplacion de tu hermosura. Sumida del todo en tus piadosas meditaciones, entregada á Dios por completo, no piensas más en los mortales. ¡Cuán dichoso Abbás, cuyos versos cantaste! Y sin embargo, si aquel gran poeta te hubiese oido, se hubiera llenado de tristeza, te hubiera envidiado como á su vencedora, porque, miéntras que cantabas sus versos, ponias en ellos un sentimiento de que el poeta carecia, ó que no supo expresar.

»Entre tanto sucedió que, tres dias despues que Mahdi subió al trono de los califas, abandonamos nuestro nuevo palacio, que estaba en la parte de Oriente de Córdoba, en el arrabal de Zahira, y nos fuimos á vivir á nuestra antigua morada, hácia el Occidente, en Balat-Mogith; pero, por razones que es inútil exponer aquí, la jóven no se vino con nosotros. Cuando Hischam II subió otra vez al trono, caímos en desgracia con los nuevos dominadores; nos sacaron enormes sumas de dinero, nos encerraron en una cárcel, y cuando recobramos la libertad, tuvimos que escondernos. Entónces vino la guerra civil; todos tuvieron mucho que padecer, y nuestra familia más que todos. Entre tanto murió mi padre el 21 de Junio de 1012, y nuestra suerte no se mejoró en nada. Cierto dia, asistiendo yo á las exequias de un pariente, reconocí á la jóven en medio de las mujeres que componian el duelo. Mu-

chos motivos tenía yo entónces para estar melancólico; se diria que venian sobre mí todos los infortunios, y sin embargo, no bien la volví á ver, me pareció que lo presente, con todas sus penas, desaparecia como por encanto. Ella evocó y trajo de nuevo á mi memoria mi vida pasada, aquellos dias hermosos de mi amor juvenil, y por un momento volví á ser jóven y feliz, como ya lo habia sido. Pero ¡ay, este momento fué muy corto! Pronto volví á sentir la triste y sombría realidad, y mi dolor, acrecentado con las angustias de un amor sin esperanza, se hizo más devorador y violento.

»Ella llora por un muerto que todos estimaban y honraban, decia yo en unos versos que en aquella época compuse; pero el que vive aún tiene más derecho á sus lágrimas. Es extraordinario que compadezca á quien ha muerto de muerte natural y tranquila, y que no tenga compasion alguna de aquel á quien deja morir desesperado.

»Poco tiempo despues, cuando el ejército de los berberiscos se apoderó de la capital, fuimos desterrados, y yo tuve que abandonar á Córdoba en el verano de 1013. Cinco años se pasaron entónces, durante los cuales no vi á la jóven. Por último, cuando en el año de 1018 volví á Córdoba, fuí á vivir á casa de uno de mis parientes, donde la encontré de nuevo; pero estaba tan cambiada, que apénas la reconocí, y tuvieron que decirme quién era. Aquella flor, que habia sido el encanto de cuantos la miraban, y que todos hubieran to-



mado para sí, á no impedirlo el respeto, estaba ya marchita; apénas le quedaban algunas señales de que habia sido hermosa. En aquellos infelices tiempos, la que habia sido criada entre la abundancia y el lujo de nuestra casa, se vió de pronto en la necesidad de acudir á su subsistencia por medio de un trabajo excesivo, no cuidando de sí misma ni de su hermosura. ¡Ay, las mujeres son flores delicadas; cuando no se cuidan, se marchitan! La beldad de ellas no resiste, como la de los hombres, á los ardores del sol, á los vientos, á las inclemencias del cielo y á la falta de cuidado. Sin embargo, tal como ella estaba, áun hubiera podido hacerme el más dichoso de los mortales si me hubiese dirigido una sola palabra cariñosa; pero permaneció indiferente y fria, como siempre habia estado conmigo. Esta frialdad fué poco á poco apartándome de ella. La pérdida de su hermosura hizo lo restante.

»Nunca dirigí contra ella la menor queja. Hoy mismo no tengo nada que echarle en cara. No me habia dado derecho alguno para estar quejoso. ¿De qué la podia yo censurar? Yo hubiera podido quejarme si ella me hubiese halagado con esperanzas engañadoras; pero nunca me dió la menor esperanza; nunca me prometió cosa alguna.»

Hasta aquí lo que refiere Ibn-Hazm de los amores de su juventud. Si examinamos ahora algunos cantos de amor de diversos autores, verémos qué variedad de tonos hay en ellos. El siguiente expresa el alborozo



de un alma embriagada de felicidad al ver cumplidos todos sus deseos :

¡Alah permite que triunfe,
Y al fin la puerta me abre,
Por donde en noche sombría
El alba espléndida sale!
Alba (1) su amor me concede;
Amigos, felicitadme,
Que á durar más su desden,
Muriera yo de pesares.
¡Oh alcores! ¡oh verdes ramos,
Florida gala del valle!
¡Y tú, gacela, Alba mia,
Que mi noche iluminaste!
Pronto despierta cualquiera
De la embriaguez en que cae;
Mas la que tú me infundiste
Jamas podrá disiparse.
No hay censor que me la quite,
Aunque me reprenda grave;
El mal llegó á tal extremo,
Que no me le cura nadie (2).

El mismo júbilo inspira esta otra composicion :

No bien el sol se hundiera entre celajes de oro,
Y mostrase la luna su claro resplandor,
Me prometió la dama gentil á quien adoro
Venir á mi morada en alas del amor.
Y vino, como viene la luz de la mañana,
Cuando nace en Oriente, y dora y besa el mar,
Aérea deslizándose, y cual rosa temprana,
El ambiente llenando de aromas al pasar.
Como en cada capítulo del Alcoran severo

(1) Subh, el alba, la luz de la mañana, nombre árabe de mujer.
(2) Makkari, I, 662.



Besa todas las letras el piadoso lector,
Do estampaba la huella su breve pié ligero,
Besaba yo la tierra con amante fervor.
Iluminó mi estancia, cual la luna radiante;
Miéntras todos dormian, velábamos allí;
Y yo no me cansaba de besar su semblante
Y de estrecharla al seno con dulce frenesí.
Al fin á separarnos nos obligó la aurora.
¡Noche Al-Kadir! (1) ¡oh noche bendita por Alah!
Más goces y misterios y dichas atesora
La noche que á su lado bendito pasé ya (2).

No son ménos apasionados los versos en que la prinscesa Umm-ul-Kiram celebra á su querido Sammar:

¿Quién extraña el amor que me domina?
Él solo le mantiene,
Rayo de luna que á la tierra viene,
Y con su amor mis noches ilumina.
Él es todo mi bien, toda mi gloria;
Cuando de mí se aleja,
Ansioso el corazon, nunca le deja,
Y le guarda presente la memoria (3).

Cualquiera pensaria, al leer la siguiente composicion de Said-Ibn-Dschudi, que es obra de un *minnesanger* ó de un trovador. Y sin embargo, el poeta autor de losversos vivió mucho ántes, en el siglo IX:

(1) La noche en que el Coran increado fué traido, por órden de Alah, desde el sétimo cielo al cielo de la luna, desde donde el arcángel S. Gabriel se le llevó al Profeta. Los mahometanos creen que esta noche, llena de misterios, se renueva cada año.

(2) MAKKARI, II, 134.

(3) MAKKARI, II, 538.



Desde que su voz oí,
Paz y juicio perdí;
Y su dulce cantilena
Me dejó tan sólo pena
Y ansiedad en pos de sí.
Jamas á verla llegué,
Y en ella pensando vivo;
De su voz me enamoré,
Y mi corazon cautivo
Por su cantar le dejé.
Quien por tí, Dschejana, llora,
Tu nombre, escrito en el seno,
Pronuncia, y piedad implora,
Cual un monje nazareno
De aquella imágen que adora (1).

Esta otra breve cancion parece un suspiro arrancado de lo íntimo del pecho por el dolor de la ausencia:

Léjos de tí, hermosa,
La pena me causas
Que un pájaro siente
Si quiebran sus alas.
Sobre el mar anhelo
Volar do te hallas,
Ántes que la ausencia
La muerte me traiga (2).

Muchos de los cantares cortos recuerdan de una manera pasmosa las seguidillas improvisadas, que todas las noches se cantan, al són de la guitarra, bajo los balcones de Andalucía. Así las que siguen:

En el cielo la luna
Radiante luce,

(1) AL-HOLAT, 86.—DOZY, *Histoire*, II, 228.
(2) IBN-CHALIKAN, art. *Abul-Fadhl-Iyad.*



Pero pronto se vela
De negras nubes;
Que, al ver tu cara,
Envidiosa se esconde
Y avergonzada (1).

Una eternidad dura
La noche triste
Para el enamorado
Que llora y gime;
Miéntras él vela,
Ni querida ni amigos
Oyen sus quejas (2).

La desdicha me tiene
De tí muy léjos,
Mas á tu lado vive
Mi pensamiento:
Tu dulce imágen,
Vagando ante mis ojos,
Llorar me hace (3).

Una idea que se repite á menudo es la de que dos amantes se ven mutuamente en sueños durante la ausencia, y de esta suerte hallan algun consuelo en su aflicción. Ibn-Chafadche canta:

Envuelta en el denso velo
De la tenebrosa noche,
Vino en sueños á buscarme
La gacela de los bosques.
Vi el rubor que en sus mejillas
Celeste púrpura pone,

(1) MAKKARI, I, 386.
(2) IBN-CHALIKAN, en el art. *Al-Husri.*
(3) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-Hazm.*



Besé sus negros cabellos,
Que por la espalda descoge,
Y el vino aromoso y puro
De nuestros dulces amores,
Como en limpio, intacto cáliz,
Bebí en sus labios entónces.
La sombra, rápida huyendo,
En el Occidente hundióse,
Y con túnica flotante,
Cercada de resplandores,
Salió la risueña aurora
Á dar gozo y luz al orbe.
En perlas vertió el rocío,
Que de las sedientas flores
El lindo seno entreabierto
Ansiosamente recoge:
Rosas y jazmines daban
En pago ricos olores.
Mas para tí y para mí,
¡Oh gacela de los montes!
¿Qué más rocío que el llanto
Que de nuestros ojos corre? (1).

Ibn-Derradsch expresa el mismo pensamiento más sencillamente:

Si en los jardines que habita
Me impiden ver á mi dueño,
En los jardines del sueño
Nos darémos una cita (2).

En la cancion que sigue reproduce la misma idea el príncipe heredero Abdurrahman:

¡Oh desdeñosa gacela mia!
Tu dulce boca nunca me envia
Palabra alguna que dé consuelo.

(1) Makkari, i, 458.
(2) Ibn-Chalikan, art. *Ibn-Derradsch*.



¡Qué mal respondes á tanto anhelo!
¡Qué mal me pagás tanto amor!
Como con flechas enherboladas
Hieres mi alma con tus miradas,
Y ni das bálsamo para la herida,
Ni esa tu hermosa forma querida
Mandas en sueños al amador (1).

Estos otros versos respiran una pasion tierna y pro-
ıda:

¿No tendrá fin esta noche?
¿No dará jamas alivio
El alba á quien vela y gime
De tu hermosura cautivo?
El dolor me oprime el seno,
Y del corazon herido
Arranca violentamente
Apasionados suspiros.
En la cama me revuelvo,
Sin quedar nunca tranquilo,
Cual si estuviese erizada
De mil puñales buidos.
Enamorado me quejo,
Y á tí mis ayes dirijo;
Sé piadosa, oh muy amada,
Sé ménos dura conmigo.
Mas sólo quien de amor sabe
Comprenderá mi martirio,
Cuánto queman las heridas
Que amor en mi pecho hizo;
Tú no, que en vez de sanarlas,
Las renuevas con ahinco,
Y al fin me hieres de muerte,
Del alma en el centro mismo (2).

(1) AL-HOLAT, 166.
(2) GRANGERET, *Antologie arabe*, Núm. 44.



En esta otra composicion hay un sentimiento más blando :

Pon en tu pecho brío,
¡ Oh mi querida Selma !
Á fin de que resistas
El dolor de la ausencia.
Al apartarme ahora
De tu sin par belleza,
Soy como condenado
Que aguarda la sentencia ;
Pues nunca manda el cielo
Más espantosa pena
Que la de separarse
Dos almas que se quieran.
Separacion y muerte
Igual dolor encierran,
Aunque al muerto acompañen
Con llantos á la huesa.
De nuestro amor se rompe
La florida cadena,
El nudo de mi pecho
Y tu pecho se quiebra.
Ramos del mismo tronco
Son esta angustia acerba
Y el placer que tuvimos
En comunion estrecha.
Siempre el mayor deleite
Mayor pesar engendra,
Y la más dulce vida
Más amarga tristeza (1).

Por último, muchas de las poesías eróticas de los árabes españoles son, como acontece á menudo con los versos de los pueblos meridionales, más bien que la expresion inmediata del sentimiento, un ingenioso jue-

(1) IBN-CHALIKAN, art. *As-Subaidi.*



go de palabras, y una multitud de imágenes acumuladas por la fantasía y el entendimiento reflexivo. A esta clase pertenecen las composiciones que voy á citar.

De Ibn-Chafadsche:

Cuantas noches contigo, deliciosas,
Vino en el mismo cáliz yo bebia,
Y nuestro hablar suave parecia
El susurro del céfiro en las rosas.
Perfume dulce el cáliz exhalaba;
Pero más nuestros juegos; más las flores
Que de tu seno y ojos seductores
Y de tus frescos labios yo robaba.
Sueño, embriaguez, un lánguido quebranto
Rindió tu cuerpo hermoso,
Que entre mis brazos á posarse vino;
Pero la sed, en tanto,
Apagar quiso el corazon ansioso,
De tu boca en el centro purpurino.
Fué entónces limpia y rutilante espada
Y fué bruñido acero tu figura,
Al desnudar la rica vestidura
Tan primorosamente recamada.
Y yo estreché con lazo cariñoso
Tu esbelto talle y delicado seno,
Y besé tu sereno
Rostro, que sol hermoso
Para mi bien lucia,
Dando sér á mi alma y alegría.
Toqué con ambas manos
Toda la perfeccion de tu hermosura,
Anchas caderas y cintura breve,
Y dos alcores cándidos, lozanos,
Que separa de un valle la angostura
Y que están hechos de carmin y nieve (1).

(1) Makkari, i, 458.—En la primera edicion de esta obra no me atreví á traducir los últimos versos de esta composicion,



De Ibn-Baki:

Cuando el manto de la noche
Se extiende sobre la tierra,
Del más oloroso vino
Brindo una copa á mi bella.
Como talabarte cae
Sobre mí su cabellera,
Y como el guerrero toma
La limpia espada en la diestra,
Enlazo yo su garganta,
Que á la del cisne asemeja.
Pero al ver que ya reclina,
Fatigada, la cabeza,
Süavemente separo
El brazo con que me estrecha,
Y pongo sobre mi pecho
Su sien, para que allí duerma.
¡Ay! el corazon dichoso
Me late con mucha fuerza.
¡Cuán intranquila almohada!
No podrá dormir en ella (1).

De Ibn-Sara:

Con su gracia y sus hechizos
Enciende en mi corazon
Una vehemente pasion
La niña de negros rizos.
No da sombra á su mejilla,
Sobre los claveles rojos,

donde el poeta no se puede negar que entra en pormenores nada platónicos; pero, no sin vacilar, me he decidido á traducirlo todo en esta segunda edicion, porque así queda mi trabajo completo, y al fin, los lectores castos y timoratos pronto pasarán el disgusto, y me lo perdonarán, considerando que soy traductor fiel, y que es un mahometano quien se desliza.

(1) Makkari, II, 141.



El cabello, porque brilla
Cual sus negrísimos ojos (1).

De Abd-Alah-Ben-Abd-ul-Aziz:

Danos ventura, mostrándote,
¡Oh luna de las mujeres!
¿Habrá más dulce ventura
Que la ventura de verte?
Todos dicen á una voz,
Donde quiera que apareces:
¡Ya ilumina nuestra noche
La luna resplandeciente!
Pero yo al punto replico
Que la luna sólo tiene
Una noche luz cumplida,
Y tú la difundes siempre.
Por Alah juro, señora,
Que hasta el sol, cuando amanece,
No sale á dar luz al mundo
Miéntras tú no se lo ordenes;
Porque ¿cómo podrá el sol
Teñir de grana el Oriente,
Sin que tus frescas mejillas
Vivo rosicler le presten? (2).

De Ar-Rusafi.—*A una tejedora.*

Olvida tus amores,
Me dicen los amigos;
No es digna la muchacha
De todo tu cariño.
Yo siempre les respondo:
Vuestro consejo admito;
Mas seguirle no puede
Mi corazon cautivo.

(1) Ibn-Chalinkan, art. *Ibn-Sara*.
(2) Al-Holat, p. 112.



De su dulce mirada
Me retiene el hechizo,
Y el olor que en sus labios
Entre perlas respiro.
Si echa la lanzadera,
Brincan todos los hilos,
Y mi corazon brinca,
Y versos la dedico.
Si en el telar sentada,
Forma un bello tejido,
Me parece que urde
Y trama mi destino.
Mas si entre las madejas
Trabajando la miro,
Me parece una corza
Que en la red ha caido (1).

De IBN-AL-ABBAR.—*La cita nocturna.*

Recatándose medrosa
De la gente que la espía,
Con andar tácito y ágil
Llegó mi prenda querida.
Su hermosura por adorno,
En vez de joyas, lucia.
Al ofrecerle yo un vaso
Y darle la bienvenida,
El vino en su fresca boca
Se puso rojo de envidia.
Con el beber y el reir
Cayó en mi poder rendida.
Por almohada amorosa
Le presenté mi mejilla.
Y ella me dijo: en tus brazos
Dormir anhelo tranquila.
Durante su dulce sueño
A robar mil besos iba;

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Ar-Rusafi.*



Mas ¿quién sacia el apetito
Robando su propia finca?
Miéntras esta bella luna
Sobre mi seno yacia,
Se oscureció la otra luna,
Que los cielos ilumina.
Pasmada dijo la noche :
¿Quién su resplandor me quita?
¡Ignoraba que en mis brazos
La luna estaba dormida! (1).

De Omaya-Ibn-Abbi-Salt.—*A una bella escanciadora.*

Más que el vino que escancia,
Vierte rica fragancia
La bella escanciadora,
Y más que el vino brilla
En su tersa mejilla
El carmin del aurora.
Pica, es dulce y agrada
Más que el vino su beso,
Y el vino y su mirada
Hacen perder el seso (2).

Estos delicados versos son del príncipe Izz-ul Daula :

Lleno de afan y tristeza,
Este billete te escribo,
Y el corazon, si es posible,
En el billete te envio.
Piensa al leerle, señora,
Que hasta tí vengo yo mismo;
Que sus letras son mis ojos
Y te dicen mi cariño.
De besos cubro el billete,
Porque pronto tus pulidos

(1) Ibn-Chalikan, art. *Ibn-al-Abbar.*
(2) Ibn-Chalikan, art. *Omaya-Ibn-Abi-Salt.*



Blancos dedos romperán
El sello del sobreescrito (1).

El poeta Abn-Aamir dirigió á la hermosa Hinda, tan célebre por su talento en música y poesía, la siguiente invitacion para que viniese á su casa con el laud:

Vén á mi casa; ansía tu presencia
Un círculo de amigos escogido;
Escrúpulo no tengas de conciencia,
Que no se beberá nada prohibido.
Vén, Hinda; que agua clara
Sólo como refresco se prepara.
De ruiseñores un amante coro
En mi jardin oimos;
Mas todos preferimos
Tu voz suave y tu laud sonoro.

Apénas hubo leido estas líneas, escribió Hinda en el respaldo de la carta:

Señor, en quien la nobleza
Y la elevacion se unen,
Que allá en los siglos remotos
Hubo en los hombres ilustres,
Hinda cede á tu deseo,
Y al punto á tu casa acude;
Ántes que tu mensajero,
Quizás ella te salude (2).

Abdurrahman II amaba con pasion á la hermosa Tarub, la cual se aprovechaba á menudo interesadamente de esta inclinacion. Una vez se mostró tan enojada y

(1) DOZY, *Recherches*, 111.
(2) MAKKARI, II, 634.



zahareña, que se encerró en su estancia, donde el Califa no logró penetrar en largo tiempo. Para hacérsela propicia y atraerla de nuevo á sus brazos, mandó entónces poner muchos sacos de oro á la puerta. A esto ya no pudo resistir la hermosa Tarub; abrió la puerta y se arrojó en los brazos de su régio y espléndido amante, miéntras que las monedas de oro rodaban á sus piés por el suelo. En otra ocasion regaló Abdurrahman á esta muchacha un collar que valia diez mil doblas de oro. Uno de los visires se maravilló del alto precio del presente, y el Califa respondió: « Por cierto que la que ha de llevar este adorno es áun más preciosa que él: su cara resplandece sobre todas las joyas. » De esta suerte se extendió más aún alabando la hermosura de su Tarub, y pidió al poeta Abdalah-ben-usch-Schamr que dijese algo en verso sobre aquel asunto. El poeta dijo:

Para Tarub son las joyas;
Dios las formó para ella.
Vence á su luna y al sol
El brillo de la belleza.
Al dar la voz creadora
Sér al cielo y á la tierra,
Cifró en Tarub el dechado
De todas sus excelencias.
Ríndale, pues, un tributo
Cuanto el universo encierra;
Los diamantes en las minas,
Y en el hondo mar las perlas.

Abdurrahman halló muy de su gusto estos versos, y tambien él improvisó los que siguen:



Excede á toda poesía
La poesía de tus versos.
¿Quién no te admira, si tiene
Corazon y entendimiento?
Tus cantares se deslizan
En lo profundo del pecho,
Pasando por los oidos
Con un mágico embeleso.
De cuanto formó el Criador
Para ornar el universo,
Es esta linda muchacha
Cifra, dechado y modelo.
Sobre jazmines las rosas
En sus mejillas contemplo;
Es como jardin florido,
Es mi deleite y mi cielo.
¿Qué vale el collar de perlas
Que rendido le presento?
Mi corazon y mis ojos
Lleva colgados al cuello (1).

Hafsa, célebre poetisa granadina, no ménos encomiada por su hermosura que por su extraordinario talento, tenía relaciones amorosas con el poeta Abu-Dschafer. El Gobernador de Granada puso en ella los ojos, y como celoso, empezó á tender lazos contra su rival. Hafsa se vió obligada á obrar con mucho recato, y estuvo dos meses sin contestar á un billete que su amante le habia escrito pidiéndole

(1) AL-BAYAN, II, 95.—Conde traduce esta composicion y la anterior, así como una de las que escribió Abdurrahman I á la Palma y los terribles versos del festin de Damasco. Las traducciones de Conde me parecen ménos concisas, enérgicas y claras que las de Schack, pero no diferentes en el sentido ni faltas de mérito. (*N. del T.*)



una cita. Abu-Dschafer le volvió á escribir entónces:

Tú, á quien escribí el billete,
A nombrarte no me atrevo,
Di, ¿por qué no satisfaces
Mi enamorado deseo?
Tu tardaza me asesina;
De afan impaciente muero.
¡Cuántas noches he pasado
Dando mil quejas al viento
Cuando las mismas palomas
No perturban el silencio!
¡Infelices los amantes
Que del adorado dueño
Ni una respuesta consiguen,
Ni esperanza ni consuelo!
Si es que no quieres matarme
De dolor, responde presto.

Abu-Dschafer envió á su querida este segundo billete con su esclavo Asam, y ella contestó al punto en el mismo metro y con la misma rima:

Tú, que presumes de arder
En más encendido afecto,
Sabe que me desagradan
Tu billete y tus lamentos.
Jamas fué tan quejumbroso
El amor que es verdadero,
Porque confía y desecha
Los apocados recelos.
Contigo está la victoria:
No imagines vencimientos.
Siempre las nubes esconden
Fecunda lluvia en el seno,
Y siempre ofrece *la Palma*
Fresca sombra y blando lecho.
No te quejes; que harto sabes
La causa de mi silencio.



Hafsa entregó esta contestacion al mismo esclavo que le habia traido el billete de Abu-Dschafer, y al despedirle, prorumpió en invectivas contra él y contra su amo. «Mal haya, dijo, el mensajero, y mal haya quien le envia. Ambos son para poco y no quiero tratar con ellos.» El esclavo volvió muy afligido adonde estaba Abu-Dschafer, y miéntras éste leia la respuesta, no cesó de quejarse de la crueldad de Hafsa. Cuando Abu-Dschafer hubo leido, le interrumpió, exclamando: «Necio, ¿qué locura es ésa? Hafsa me promete una cita en el kiosko de mi jardin que se llama *la Palma.*» En efecto, se apresuró á ir allí, y Hafsa no se hizo esperar mucho tiempo. Abu-Dschafer quiso darla nuevas quejas, pero la poetisa dijo:

Ya basta; juntos estamos;
Cuanto ha pasado olvidemos (1).

El grande Almansur estaba sentado una vez, en compañía del visir Ab-ul-Mogira, en los jardines de su magnífico palacio de Zahara. Miéntras que ambos se deleitaban bebiendo vino, una hermosa cantadora, de quien Almansur estaba enamorado, pero que amaba al Visir, entonó esta cancion:

Ya el sol en el horizonte
Con majestad se sepulta,
Y con sus últimos rayos
Tiñe el ocaso de púrpura.

(1) MAKKARI, II, 140.



Como bozo en las mejillas,
Se extiende la noche oscura
Por el cielo, donde luce,
Dorada joya, la luna.
En la copa cristalina
Que como hielo deslumbra,
Del vino los bebedores
El fuego líquido apuran.
Entre tanto, confiada,
He incurrido en grave culpa;
Pero su dulce mirar
El corazon me subyuga.
Le vi, y al punto le amé;
Él huye de mi ternura,
Y con estar á mi lado
La está haciendo más profunda.
A caer entre sus brazos
Enamorada me impulsa,
Y á suspenderme á su cuello
En deleitosa coyunda.

Ab-ul-Mogira fué tan poco circunspecto, que contestó á la cancion de esta manera:

Para llegar hasta tí
Abrir camino pretendo,
Y una muralla le cierra
De amenazantes aceros;
Mas por lograr tu hemosura
Perdiera la vida en ellos,
Si supiese que me amas
Con un amor verdadero;
Pues el que noble nació
Y se propone un objeto,
Ni ante el peligro se pára,
Ni retrocede por miedo.

Almansur se levantó furioso, sacó su espada, y gritó con voz de trueno á la cantarina: «Confiesa la verdad;

tu cancion iba dirigida al Visir.—Una mentira áun pudiera salvarme acaso, contestó ella; pero no quiero mentir. Sí; su mirada ha penetrado en mi corazon; el amor me ha obligado á declarar lo que debí callar. Puedes castigarme, señor; pero eres magnánimo y te complacès en perdonar á los que confiesan su delito.» En seguida añadió, vertiendo lágrimas:

No pretendo sincerarme;
Mi falta no tiene excusa,
A lo que el cielo decrete
Me resigno con dulzura.
Pero tu poder supremo
En la clemencia se ilustra:
Muéstrate, señor, clemente,
Y perdona nuestra culpa.

Poco á poco fué Almansur calmándose y suavizándose con ella; pero su cólera se volvió contra el Visir, á quien abrumó de reproches. El Visir dejó primero que cayesen sobre él las quejas, y al cabo dijo: «Señor, confieso que he faltado gravemente; pero no podia ser otra cosa. Cada uno es esclavo de su destino y debe someterse á él con calma. Mi destino ha querido que yo ame á una hermosa á quien nunca debí amar.» Almansur calló al principio, pero respondió finalmente: «Está bien; os perdono á los dos: Ab-ul-Mogira, la muchacha es tuya; yo te la doy» (1).

(1) Makkari, i, 407.



V.

Cantos de guerra.

«Desde el momento, dice Ibn-Jaldun, en que España fué conquistada por los mahometanos, esta tierra, como límite de su imperio, se hizo perpétuo teatro de sus santos combates, campo de sus mártires, y puerta de entrada á la eterna bienaventuranza de sus guerreros. Los deliciosos lugares que habitaban los muslimes en esta tierra estaban como fundados sobre fuego devorador, y como entre las garras y los dientes de los leones, porque á los creyentes de España los cercaban pueblos enemigos ó infieles, y sus demas correligionarios vivian separados de ellos por el mar» (1).

Sabido es cómo aquel puñado de valientes godos que en el octavo siglo, acaudillados por Pelayo, conservaron sólo su independencia de los muslimes, defendiéndose en un principio de la cueva de Covadonga, fueron creciendo en número y poder, emprendieron la guerra ofensiva, y volvieron á llevar la bandera de la cruz por

(1) IBN-CHALDUN, *Historia de los Berberiscos*, I, 273.



toda la Península. Más de siete siglos duró la guerra entre cristianos y moros, en un principio con notable superioridad de los últimos; despues de la caida de los Omiadas, con frecuente y brillante éxito para los primeros. Si todavía, hácia el fin del siglo x, el poderoso Almansur penetró hasta el corazon de Galicia, arrasó el venerado santuario de Santiago, é hizo traer á Córdoba, sobre los hombros de los prisioneros cristianos, las campanas de las iglesias destruidas, ya en el siglo siguiente Alfonso VI hace tributarios á algunos príncipes mahometanos y conquista á Toledo. Pero más terrible que nunca ardia entónces la pelea. El Islam parecia amenazar á toda Europa. Fervorosas huestes, llenas de religioso fanatismo, se precipitaban de nuevo, y con frecuencia, desde África en la Península, á fin de lanzarse contra los ejércitos cristianos, los cuales, reforzados por caballeros de otros países, y singularmente de Provenza, sólo reconocian la mar por límite de sus atrevidas cruzadas. No hay un palmo de tierra en todo el territorio español, que no esté regado con la sangre de estos combates de la fe. Cien millares de hombres caian por ambos lados en las espantosas batallas de Zalaca, Alarcos y las Navas de Tolosa, confiados firmemente, los unos en que por tomar parte en el triunfo de la santa cruz alcanzarian el perdon de sus pecados y se harian merecedores del cielo; los otros, en que entrarian como mártires en el paraíso de Mahoma. «A media noche (así describe Rodrigo, arzobispo de



Toledo, los preparativos para una gran batalla) resonó en el campamento de los cristianos la voz del heraldo, que los excitaba á todos á que se armasen para la santa guerra. Despues de haberse celebrado los divinos misterios de la pasion, se confesaron y comulgaron todos los guerreros, y se apresuraron armados á salir á la batalla. Las filas estaban en buen órden, y levantando las manos al cielo, dirigiendo á Dios los ojos, y sintiendo en el fondo del corazon el deseo del martirio, se arrojaron todos á los peligros de la batalla, siguiendo las banderas de la cruz é invocando el nombre del Altísimo» (1). Un escritor árabe dice: «El poeta Ibn-al-Faradi estaba una vez como peregrino en la Meca, y abrazándose al velo de la Caaba, pidió á Dios Todopoderoso la gracia de morir como mártir. Posteriormente, sin embargo, se presentaron á su imaginacion con tal viveza los horrores de aquella violenta muerte, que se arrepintió de su deseo y estuvo á punto de volver y de ogar á Dios que tuviese por no hecha su súplica; pero vergüenza le retuvo. Más tarde alcanzó de Dios lo ue le habia pedido. Murió como mártir en la toma de órdoba, y se cuenta que uno que le encontró tendido tre un monton de cadáveres, le oyó murmurar, duite la agonía, y con voz apagada, las palabras sientes de la santa tradicion: «Todo el que es herido os combates de la fe (y bien sabe Dios reconocer

Rerum hispan. Scriptores. Francfort, 1573, pág. 273.

las heridas que se han recibido por su causa) aparecerá en el dia de la resurreccion con las heridas sangrientas; su color será como sangre, pero su aroma como almizcle» Apénas hubo dicho estas palabras espiró (1).

Apariciones maravillosas inflamaban por ambos lados el celo de la religion. Un historiador arábigo refiere: «Abu-Jusuf, príncipe de los creyentes, se pasó en oracion toda la noche que precedió á la batalla de Alarcos, suplicando fervorosamente á Dios que diese á los muslimes la victoria sobre los infieles. Por último, á la hora del alba, el sueño se apoderó de él por breve rato. Pero pronto despertó lleno de alegría; llamó á los jeques y á los santos varones y les dijo: Os he mandado llamar para que os alegreis con la noticia de que Dios nos concede su auxilio. En esta bendita hora acabo de ser favorecido por la revelacion. Sabed que miéntras que estaba yo arrodillado, me sorprendió el sueño por un instante, y al punto vi que en el cielo se abria una puerta y que salia por ella y descendia hácia mí un caballero sobre un caballo blanco. Era de soberana hermosura y difundia dulce aroma. En la mano llevaba una bandera verde, la cual desplegada, parecia cubrir el cielo. Luégo que me saludó, le pregunté: ¿Quién eres? ¡Dios te bendiga! Y él me contestó: Soy un ángel del séptimo cielo, y vengo para anunciarte, en nombre de Alah, la victoria á tí y los guerreros, que siguen

(1) IBN-CHALLIKAN, art. *Ibn-al-Faradi.*



tus estandartes, sedientos del martirio y de las celestiales recompensas» (1).

Así como á los árabes se les aparecian los ángeles del séptimo cielo ó el Profeta, los cristianos veian á Santiago, no sólo anunciando la victoria, sino tambien como campeon contra los infieles. Don Rodrigo, arzobispo de Toledo, cuenta de la batalla de Clavijo: «Los sarracenos avanzaron entónces en portentosa muchedumbre, y las huestes del rey D. Ramiro retrocedieron á un lugar llamado Clavijo. Durante la noche el Rey estaba en duda sobre si aventuraria la batalla. Entónces se le apareció el bendito Santiago y le dió ánimo, asegurándole que al siguiente dia alcanzaria una victoria sobre los moros. El Rey se levantó muy de mañana, y participó á los obispos y á los grandes la vision que habia tenido. Todos dieron por ella gracias á Dios, y llenos de fe en la promesa del Apóstol, se apercibieron á la pelea. Por la otra parte, los sarracenos salieron tambien á combatir, confiados en su mayor número. De este modo se trabó la batalla; pero pronto se desordenaron los moros y se pusieron en fuga. Setenta mil de ellos quedaron muertos en el campo. En esta batalla se apareció el bendito Santiago sobre un caballo blanco y con una bandera en la mano» (2). El cronista general de Galicia dice: «Treinta y ocho apariciones visibles

(1) AL-KARTAS, ed. Tornberg, pág. 147.
(2) RODER. TOLET. *De rebus hispanicis*, lib. IV, cap. XIII.



de Santiago en otras tantas batallas, en las cuales el Apóstol dió auxilio á los españoles, son enumeradas por el erudito D. Miguel Erce Jimenez; pero yo tengo por cierto que sus apariciones han sido muchas más, y que en cada victoria alcanzada por los españoles, este gran capitan suyo ha venido á auxiliarlos» (1). «Santiago, dice otro escritor español, es en España nuestro amparo y defensa en la guerra; poderoso como el trueno y el relámpago, llena de espanto á los mayores ejércitos de los moros, los desbarata y los pone en fuga» (2).

Aquella grande y secular pelea, que conmovia todos los corazones, halló tambien eco en la poesía. Entre el estruendo de las batallas, el resonar de las armas, los gritos invocando á Aláh y el tañido de las campanas, su voz llega á nuestro oido. Oigámosla, ora excitando al guerrero de la cruz, ora al campeon del Profeta, ya prorumpiendo en cánticos de victoria, ya entonando himnos fúnebres.

Cuando los cristianos, en el año de 1238, estrechaban fuertemente á Valencia, Ibn-Mardenisch, que mandaba en la ciudad, encargó al poeta Ibn-ul-Abbar que fuese á África, á la córte del poderoso Abu-Zekeria, príncipe de los Hafsidas, á pedirle socorro. Llegado allí, el embajador recitó en presencia de toda la

(1) *Armas y triunfos del reino de Galicia*, pág. 648.

(2) MORALES, *Crónica general de España*, lib. IX, cap. VII, seccion 4.ª



córte la siguiente *kasida*, ó hizo tal impresion, que Abu-Zekeria concedió al punto el socorro demandado, y envió una flota bien armada á las costas de España.

Abierto está el camino; á tus guerreros guia,
¡ Oh de los oprimidos constante valedor !
Auxilio te demanda la bella Andalucía;
La libertad espera de tu heroico valor.
De penas abrumada, herida ya de muerte,
Un cáliz de amargura el destino le da;
Se marchitó su gloria, y sin duda la suerte
A sus hijos por víctimas ha designado ya.
Aliento á tus contrarios infunde desde el cielo,
Y á tí pesar ¡ oh patria ! del alba el arrebol;
Tu gozo cambia en llanto, tu esperanza en recelo
Cuando á ocultarse baja en Occidente el sol.
¡ Oh vergüenza y oprobio ! juraron los cristianos
Robarte tu amoroso y más preciado bien,
Y repartir por suerte á sus besos profanos
Las mujeres veladas, tesoro del harem.
La desdicha de Córdoba los corazones parte;
Valencia aguarda, en tanto, más negro porvenir;
En mil ciudades flota de Cristo el estandarte;
Espantado el creyente, no puede resistir.
Los cristianos, por mofa, nos cambian las mezquitas
En conventos, llevando doquier la destruccion,
Y doquiera suceden las campanas malditas
A la voz del almuédano, que llama á la oracion.
¿ Cuándo volverá España á su beldad primera?
Aljamas suntuosas do se leyó el Corán,
Huertos en que sus galas vertió la primavera,
Y prados y jardines arrasados están.
Las florestas umbrosas, que alegraban la vista,
Ya pierden su frescura, su pompa y su verdor;
El suelo se despuebla despues de la conquista;
Hasta los extranjeros le miran con dolor.
Cual nube de langostas, cual hambrientos leones,
Destruyen los cristianos nuestro rico vergel;



De Valencia los límites traspasan sus pendones,
Y talan nuestros campos con deleite cruel.
Los frutos deliciosos que nuestro afan cultiva,
El tirano destroza y consume al pasar;
Incendia los palacios, las mujeres cautiva;
Ni reposa, ni duerme, ni sabe perdonar.
Ya nadie se le opone; ya extiende hácia Valencia
La mano para el robo que há tiempo meditó;
El error de tres dioses difunde su insolencia;
Por él en todas partes á sangre y fuego entró.
Mas huirá cuando mire al aire desplegado
El pendon del Dios único, ¡oh príncipe! por tí;
Salva de España, salva, el bajel destrozado;
No permitas que todos perezcamos allí.
Por tí renazca España de entre tanta ruina,
Cual renacer hiciste la verdadera fe;
Ella, como una antorcha, tus noches ilumina,
En pro de Dios tu acero terrible siempre fué.
Eres como la nube que envia la abundancia;
La tiniebla disipas como rayo de sol;
De los almoravides la herética ignorancia
Ante tu noble esfuerzo amedrentada huyó.
De tí los angustiados aguardan todavía
Que les abras camino de paz y de salud;
Valencia, por mi medio, estas cartas te envia;
Socorro te demanda; espera en tu virtud.
Llegamos á tu puerto en nave bien guïada,
Y escollos y bajíos pudimos evitar;
Por los furiosos vientos la nave contrastada,
Temí que nos tragasen los abismos del mar.
Cual por tocar la meta, reconcentra su brío
Y hace el último esfuerzo fatigado corcel,
Luchó con las tormentas y con el mar bravío,
Y en puerto tuyo, al cabo, se refugió el bajel.
El trono á besar vengo do santo resplandece
El noble Abu-Zekeria, hijo de Abdul-Wahid;
Mil reinos este príncipe magnánimo merece;
El manto de su gracia los sabe bien cubrir.
Su mano besan todos con respeto profundo;



De él espera el cuitado el fin de su dolor;
Sus órdenes alcanzan al límite del mundo
Y á los remotos astros su dardo volador.
Al alba sus mejillas dan color purpurino;
Su frente presta al dia despejo y claridad;
Siempre lleva en la mano su estandarte el Destino;
Aterra á los contrarios su inmensa potestad.
Entre lanzas fulgura como luna entre estrellas;
Resplandores de gloria coronan su dosel,
Y es rey de todo el mundo, y por besar sus huellas,
Se humillan las montañas y postran ante él.
¡Oh rey, más que las pléyadas benéfico y sublime!
De España en el Oriente, con brillo y majestad,
Álzate como un astro, y castiga y reprime
Del infiel la pujanza y bárbara maldad.
Lava con sangre el rastro de su invasion profana;
Harta con sangre ¡oh príncipe! de los campos la sed;
Riégalos y fecúndalos con la sangre cristiana;
Venga á España tu ejército esta sangre á verter.
Las huestes enemigas intrépido destruye;
Caiga mordiendo el polvo el cristiano en la lid;
A tus siervos la dicha y la paz restituye;
Impacientes te aguardan como noble adalid.
Fuerza será que al punto á defendernos vueles;
España con tu auxilio valor recobrará.
Y con lucientes armas y rápidos corceles,
Al combate á sus hijos heroicos mandará.
Dinos cuándo tu ejército libertador envias;
Esto, señor, tan sólo anhelamos saber,
Del cristiano enemigo para contar los dias,
Y su total derrota y pérdida prever (1).

A esta composicion, que no carece de empuje, brillo y fogosa elocuencia, puede contraponerse esta otra en antiguo provenzal, donde el trovador Gavaudan con-

(1) IBN-CHALDUN, I, 391.

voca á los cristianos para una cruzada contra el *muwahide* Jacub-Almansur:

«¡Ah, señores! por nuestros pecados crece la arrogancia de los sarracenos. Saladino tomó á Jerusalen y áun la conserva. El Rey de Marruecos, con sus árabes insolentes y sus huestes de andalucos, mueve guerra á los príncipes cristianos para extirpar nuestra fe.

»Llama á las tribus guerreras de África, á los moros berberiscos y masamudes, todos juntos, y vienen ardiendo en furia. No cae la lluvia más espesa que ellos, cuando se precipitan sobre el mar. Para pasto de buitres los lleva su rey, como corderos que van á la pradera á destruir vástagos y raíces.

»Y se jactan, llenos de orgullo, de que el mundo entero les pertenece; y se acampan con mofa, amontonados sobre nuestros campos, y dicen: Francos, idos de aquí, porque todo es nuestro hasta Puy, Tolosa y Provenza. ¿Hubo nadie jamas tan atrevido como estos perros sin fe?

»Oye, emperador; oid, reyes de Francia y de Inglaterra; oye, conde de Poitiers; tended una mano protectora á los reyes de España; nunca tendréis mejor ocasion de servir á Dios. ¡Oidme, oidme! Dios os dará victoria sobre los paganos y los renegados, á quienes ciega Mahoma.

»Se nos abre un camino para hacer penitencia de los pecados que Adan echó sobre nosotros. ¡Confiad en la gracia de Jesucristo! Sabed que Jesucristo, de quien

dimana la verdadera salud, ha prometido darnos la bienaventuranza y ser nuestro amparo y defensa contra esa canalla feroz.

»Nosotros, que conocemos la verdadera fe, no debemos vender esta promesa á esos perros negros, que se aproximan furiosos desde el otro lado del mar. ¡Sús, pues! apresuraos, ántes que la desgracia caiga sobre nosotros. Por largo tiempo hemos dejado ya solos á Castilla, Aragon, Portugal y Galicia, para que caigan entre sus garras.

»No bien las huestes de Alemania, adornadas de la cruz, y las de Francia, Inglaterra, Anjou y Bearn, con nosotros los provenzales, estemos unidos en un poderoso ejército, derrotarémos al de los infieles, cortarémos sus cabezas y sus manos, hasta que no quede nada de ellos, y nos repartirémos el botin.

»Gavaudan el vidente os lo anuncia; los perros serán pasados á cuchillo; y donde Mahoma impera, será adorado Dios en lo futuro» (1).

Pero la prediccion del trovador no se cumplió, porque la batalla de Alarcos puso término á la cruzada, que él habia convocado, con una terrible derrota de las huestes cristianas (2).

(1) Raynouard, IV, 85.

(2) Esto lo decimos de acuerdo con Diez, que supone que la composicion se escribió para la cruzada de 1195. Pero, segun Fauriel (*Histoire de la poesie provençale*, II, 156), la composicion se escribió en 1212, y entónces el poeta profetizó bien, por-



El mismo escritor árabe, de quien hemos copiado la historia de la aparicion que anunció al rey mahometano la victoria durante la noche que precedió á la batalla, refiere la batalla de esta manera: «El maldito Alfonso, enemigo de Dios, se adelantó con todo su ejército para atacar á los muslimes. Entónces oyó á la derecha el redoblar de los atambores, que estremecia la tierra, y el

que la cruzada de aquel año fué coronada, en las Navas de Tolosa, por una brillante victoria de los cristianos.

Soy enemigo de mostrar un celo patriótico intransigente, pero aquí no me es lícito pasar en silencio que tampoco el trovador profetizó bien, áun suponiendo que sus versos se escribieron para la cruzada que hubo ántes de las Navas de Tolosa. Los extranjeros cruzados no hicieron más que regalarse en Toledo, donde levantaron ademas un alboroto para robar y matar á los judíos; lo que hicieran si, como dice Mariana, no resistiesen los nobles á la canalla, y amparasen con las armas y autoridad á aquella miserable gente. Asimismo estuvieron los extranjeros en la toma de Calatrava, que se entregó casi sin resistencia; despues de lo cual, faltando á lo pactado, querian degollar á todos los rendidos; y apénas, añade el ya citado historiador, se pudo alcanzar que se amansasen por intercesion de los nuestros, que decian cuán justo era y razonable se guardase la fe y seguridad dada á aquella gente, bien que infiel. Por último, satisfechos ya los extranjeros del botin que se les repartió en Calatrava, y pretextando que hacia mucho calor, se volvieron todos á sus tierras, salvo el Obispo de Narbona y Raimundo de Poitiers con sus compañías, dejando la empresa y la gloria de la gran batalla de las Navas á sólo los españoles. Conformes están en esto todas las historias fidedignas.

Eran tan populares el sentimiento y la idea de que España se habia creado ella misma, de que su sér era independiente y *autónomo*, de que poco ó nada debia á los extranjeros en el glorioso trabajo de la reconquista, que hasta los antiguos romances lo expresan enérgicamente, como, por ejemplo, aquel

sonido de las trompas, que llenaba los valles y los collados, y mirando á lo léjos, columbró los estandartes de los *muwahides*, que se acercaban ondeando, y el primero de todos era una blanca bandera victoriosa, con esta inscripcion: —¡No hay más Dios que Aláh;

en que el Cid dice al Rey de Castilla que no debe reconocer, aunque el Papa lo mande, la supremacía del Imperio.

Enviad vuestro mensaje
Al Papa y á su valía,
Y á todos desafiad
De vuestra parte y la mia;
Pues Castilla se ganó
Por los reyes que ende habia,
Ninguno les ayudó
De moros á la conquista.

Otro aserto, que suena algo como censura contra nosotros en el libro de Schack, y que está en una nota que no me atreví á traducir en el lugar que debia, es el de que los moros eran más humanos que nosotros en la guerra, y más apacibles en todo. Dozy (*Histoire*, III, 31) dice que los cristianos no perdonaban, por lo comun, en la guerra, á niños ni á mujeres, y que los moros sí. Schack añade que Leon de Rosimital, en su *Viaje de España por los años de* 1465 *á* 1467, afirma que los paganos le trataron con gran distincion y cortesía, y que estaba más seguro entre ellos que en tierra de cristianos. «Por último, prosigue, volvimos de la tierra de los moros á la del viejo Rey y sus malos cristianos.» Aunque creamos que los moros eran entónces más suaves de condicion y más civilizados que nosotros, todavía hemos de creer tambien que esto no redunda en exclusiva mengua de los españoles cristianos de aquella época. Fácil sería probar, con otros muchos casos como el ya citado de los cruzados que vinieron á España en 1212, que si los mahometanos españoles valian más moralmente que los cristianos españoles por su civilizacion durante la Edad Media, los cristianos españoles valian más, á su vez, que los cristianos de allende los Pirineos.—(*N. del T.*)



Mahoma es su profeta; sólo Dios es vencedor!—Al ver despues á los héroes musulmanes que hácia él venian con sus huestes, ardiendo en sed de pelear, y al oir que en altas voces proclamaban la verdadera fe, preguntó quiénes eran, y obtuvo esta respuesta: «¡Oh maldito! quien se adelanta es el Príncipe de los creyentes; todos aquellos con quienes hasta aquí has peleado eran sólo exploradores y avanzadas de su ejército. De esta suerte, Dios Todopoderoso llenó de espanto el corazon de los infieles, y volvieron las espaldas y procuraron huir: pero los valientes caballeros muslimes los persiguieron, los estrecharon por todos lados, los alancearon y acuchillaron, y, hartando sus aceros de sangre, hicieron gustar á los enemigos la amarga bebida de la muerte. Los muslimes cercaron en seguida la fortaleza de Alarcos, creyendo que Alfonso queria defenderse allí; pero aquel enemigo de Dios entró por una puerta y se escapó por la otra. Luégo que las puertas de la fortaleza, tomada por asalto, fueron quemadas, todo lo que habia allí y en el campamento de los cristianos cayó, como botin, en poder de los muslimes; oro, armas, municiones, granos, acémilas, mujeres y niños. En aquel dia perecieron tantos millares de infieles, que nadie puede decir su número; sólo Dios le sabe. A veinte y cuatro mil caballeros de las más nobles familias cristianas, que en la fortaleza quedaron cautivos, mostró su piedad el Príncipe de los creyentes, dejándolos ir libres. Así ganó alta fama de magnánimo; pero todos los



muslimes, que reconocen la unidad de Dios, censuraron esto como la mayor falta en que puede incurrir un rey» (1).

Oigamos ahora un cántico triunfal de los árabes, en el cual se celebra, no esta victoria de las armas muslímicas, sino otra casi tan brillante. Cuando Abu-Jusuf, despues de la batalla de Écija, entró en Algeciras, recibió del príncipe de Málaga, Ibn-Aschkilula, la siguiente *kasida*, felicitándole:

Los vientos, los cuatro vientos,
Traen nuevas de la victoria;
Tu dicha anuncian los astros
Cuando en el Oriente asoman.
De los ángeles lucharon
En tu pro las huestes todas,
Y era su número inmenso
La inmensa llanura angosta.
Las esferas celestiales,
Que giran majestuosas,
Hoy, con su eterna armonía,
Tus alabanzas entonan.
En tus propósitos siempre
Alá te guia y te apoya;
Tu vida, por quien la suya
Diera el pueblo que te adora,
Del Altísimo, del Único,
Has consagrado á la gloria.
A sostener fuiste al campo
La santa ley de Mahoma,
En tu valor confiado
Y en tu espada cortadora;
Y el éxito más brillante

(1) Al-Kartas, i, 150.



La noble empresa corona,
Dando fruto tus afanes
De ilustres y grandes obras.
De incontrastable pujanza
Dios á tu ejército dota;
Sólo se salva el contrario
Que tu compasion implora.
Sin recelar tus guerreros
Ni peligros ni derrota,
A la lid fueron alegres,
Apénas nació la aurora.
Magnífica de tu ejército
Era la bélica pompa,
Entre el furor del combate,
Teñido de sangre roja,
Y el correr de los caballos,
Y las armas que se chocan.
Aláh tiene fija en tí
Su mirada protectora;
Como luchas por su causa,
Él con el triunfo te honra.
Y tú con lauro perenne
Nuestra fe de nuevo adornas,
Y con hazañas que nunca
Los siglos, al pasar, borran.
Justo es que Aláh, que te ama
Y virtudes galardona,
La eterna dicha en el cielo
Para tus siervos disponga.
Aláh, que premia y ensalza
Y que castiga y despoja,
En el libro de la vida
Grabada tiene tu historia.
Todos, si pregunta álguien,
¿Quién los enemigos doma?
¿Quién es el mejor califa?
Te señalan ó te nombran.
No sucumbirá tu imperio;
Deja que los tiempos corran,



Y que el destino se cumpla
En la señalada hora.
Álcese, en tanto, en el sólio
Con majestad tu persona,
Y ante su brillo se eclipsen
Las estrellas envidiosas.
Pues eres de los muslimes
Defensa, amparo y custodia,
Y su religion salvaste
Con la espada vencedora.
Que Aláh te guie y conserve,
Y haga tu vida dichosa,
Y de todo mal te libre,
Y sobre tu frente ponga
El resplandor de su gracia
Y sus bendiciones todas,
Para que siglos de siglos
Se perpetúe tu gloria (1).

La siguiente composicion contiene otro llamamiento á la guerra santa, cuando ya los cristianos se habian enseñoreado en la mayor parte de la Península. La escribió, por encargo de Ibn-ul-Ahmar, rey de Granada, su secretario Abu-Omar, á fin de avivar más el celo de combatir contra los enemigos de la fe en el corazon del sultan Abu-Jusuf, de la dinastía de los Beni-Merines, á quien entregaron los versos en Algeciras, en el año de 1275.

Camino de salud os abre el cielo.
¿Quién no entrará por él, de cuantos vivan
En España ó en África, si teme
La gehenna inflamada, y si codicia
El eterno placer del Paraíso,

(1) Al-Kartas, i, 215.



Sus sombras y sus fuentes cristalinas?
Quien anhele vencer á los cristianos,
La voz interna que le llama siga;
Llénese de esperanza y forzaleza,
E irá con él la bendicion divina.
Mas ¡ ay de tí! si exclamas: «¿Por qué ahora
Ha de volverse á Dios el alma mia?
Será mañana.» ¿Y quién hasta mañana
Te puede asegurar que tendrás vida?
Pronto viene la muerte, y tus pecados
La penitencia sólo borra y limpia.
Mañana morirás, si hoy no murieres;
La jornada terrible se aproxima,
De la que nadie torna; para ella
Provision de obras buenas necesitas.
La obra mejor es ir á la pelea;
Ármate, pues, y vén á Andalucía;
No pierdas un instante; Dios bendice
A todo aquel que por su fe milita.
Con las infames manchas del pecado
Llevas toda la faz ennegrecida;
Lávatela con lágrimas, primero
Que á la presencia del Señor asistas,
O siguiendo el ejemplo del Profeta,
Arroja del pecado la ignominia,
Y, por la fe lidiando, en las batallas
El alma con sangre purifica.
¿Qué paz has de tener con los cristianos,
Que niegan al Señor, y te abominan,
Porque, miéntras adoran á tres dioses,
Que no hay más Dios que Aláh constante afirmas?
¿Qué afrenta no sufrimos? En iglesias
Por doquiera se cambian las mezquitas.
¿Quién, al mirarlo, de dolor no muere?
Hoy de los alminares suspendidas
Las campanas están, y el sacerdote
De Cristo el sacro pavimento pisa,
Y en la casa de Dios se harta de vino.
Ya en ella no se postran de rodillas

Los fieles, ni se escuchan sus plegarias.
Pecadores sin fe la contaminan.
¡Cuántos de nuestro pueblo en las mazmorras
Encerrados están, y en vano ansian
La dulce libertad! ¡Cuántas mujeres
Entre infieles tambien lloran cautivas!
¡Cuántas vírgenes hay que, por librarse
Del rudo oprobio, por morir suspiran;
Y cuántos niños cuyos tristes padres
De haberlos engendrado se horrorizan!
Los varones piadosos, que en cadenas
Yacen entre las manos enemigas,
No lamentan el largo cautiverio,
Lamentan la vileza y cobardía
De los que á darles libertad no vuelan;
Y los mártires todos, cuya vida
Cortó la espada, y cuyos santos cuerpos,
Llenos de sangre y bárbaras heridas,
Cubren los vastos campos de batalla,
Venganza de nosotros solicitan.
Un torrente de lágrimas derraman
Desde el cielo los ángeles, que miran
Tanta desolacion, miéntras del hombre
Las entrañas de piedra no se agitan.
¿Por qué, hermanos, no arden vuestras almas
De indignacion y de piadosa ira,
Al saber cómo triunfan los infieles,
Cómo la muerte aclara nuestras filas?
¿Olvidados teneis los amistosos
Lazos que antiguamente nos unian?
¿Nuestro deudo olvidado? ¿Son tan viles
Los que adoran á Cristo, que no esgriman
El acero en defensa del hermano
Y por vengar la injuria recibida?
Se extinguió el vivo ardor de vuestros pechos:
La gloria del Islam está marchita;
Gloria que en otra edad os impulsaba,
Miéntras que ahora el miedo os paraliza.
¿Cómo ha de herir la espada, si desnuda



En una diestra varonil no brilla?
Mas los Beni-Merines, que más cerca
De nosotros están, ya nos auxilian;
La guerra santa es el deber supremo,
Y en cumplir el deber no se descuidan.
Venid, pues; la pelea con laureles
O con la palma del martirio os brinda.
Si moris peleando, eterno premio
El Señor de los cielos os destina;
Os servirán licores deliciosos,
Del Paraíso en la floresta umbría,
Las hermosas huríes oji-negras,
Que anhelando están ya vuestra venida.
¿Quién, pues, cobarde, á combatir no acude?
¿Quién su sangre no da por tanta dicha?
Aláh promete el triunfo á los creyentes,
Y su promesa se verá cumplida.
Venid á que se cumpla. Nuestra tierra
Clama contra los fuertes que la olvidan,
Cual clama en su afliccion el pordiosero
Contra el que el oro en crápulas disipa.
¿Por qué están los muslimes divididos,
Y los contrarios en estrecha liga?
Liguémonos tambien, y pronto acaso
De todo el mundo harémos la conquista.
¿Qué ejército más fuerte que el de aquellos
A quienes el Altísimo acaudilla?
¿Cómo, en vez de suspiros y de quejas,
Por nuestra santa fe no dais la vida?
Delante del Profeta, ¿con qué excusa
Lograréis disculpar vuestra desidia?
Mudos os quedaréis cuando os pregunte:
«¿Por qué contra las huestes enemigas,
Que á mi pueblo maltratan, no luchasteis?»
Y estas palabras de su boca misma,
Duro castigo, si teneis vergüenza,
Serán para vosotros; y en el dia
De la resurreccion, que no interceda
Justo será por vuestras almas míseras.

A fin de que interceda, á Dios roguemos
Que al gran Profeta y á su ley bendiga;
Y por su ley valientes combatamos,
A fin de que las fuentes dulces, limpias,
Que riegan el eterno Paraíso,
Nos den hartura en la region empírea (1).

En contraposicion de estos versos, citarémos aquí otro llamamiento poético á la cruzada. Parece que el trovador Marcabrun le escribió, cuando Alfonso VII preparaba una expedicion contra los moros andaluces, y que se cantó en España, en cuya parte de Oriente la lengua provenzal era entendida:

«*Pax in nomine Domini.* Marcabrun ha compuesto este canto, música y letra; escuchad lo que dice: El Señor, el Rey del cielo, lleno de misericordia, nos ha preparado cerca de nosotros una *piscina* que jamas la hubo tal, excepto en ultramar, allá hácia el valle de Josafat; y con ésta de acá nos conforta.

»Lavarnos mañana y tarde deberiamos segun razon, yo os lo afirmo. Quien quiera tener ocasion de lavarse miéntras se halla sano y salvo, deberá acercarse á la *piscina*, que nos es medicina verdadera, pues si ántes llegamos á la muerte, de lo alto caerémos en una baja morada.

»Pero la avaricia y la falta de fe no quieren acompañarse con los méritos propios de la juventud. ¡Ay! cuán lamentable es que los más vuelan allá donde se gana el

(1) Ibn-Chaldun, II, 288.

infierno. Si no corremos á la *piscina* ántes de que se nos cierren la boca y los ojos, ninguno hay tan henchido de orgullo, que al morir no se halle con un poder superior.

»El Señor, que sabe todo cuanto es y cuanto será y cuanto fué, ha prometido el honor y nombre de emperador..... ¿y sabeis cuál será la belleza de los que irán á la *piscina?* más que la de la estrella guia-naves, con tal de que venguen á Dios de la ofensa que le hacen aquí, y allá hácia Damasco.

»Cundió aquí tanto el linaje de Caín, del primer hombre traidor, que ninguno honra á Dios; pero verémos cuál le será amigo de corazon, pues con la virtud de la *piscina* se nos hará Jesus amigo, y serán rechazados los miserables que creen en agüero y en suerte.

»Los lujuriosos, los *consume-vino*, *apresura-comida* y *sopla-tizon* quedarán hundidos en medio del camino y exhalarán fetidez. Dios quiere probar en su *piscina* á los esforzados y sanos. Los otros guardarán su morada, y hallarán un fuerte poder que de ella los arroje, con oprobio suyo.

»En España, y acá el Marqués (Raimundo Berenguer IV) y los del templo de Salomon sufren el peso y la carga del orgullo de los paganos, por lo cual la juventud coge menguada alabanza; y caerá la infamia, á causa de esta *piscina*, sobre los más poderosos caudillos, quebrantados, degenerados, cansados de proezas, que no aman júbilo ni deporte.



»Desnaturalizados son los franceses si se niegan á tomar parte en la causa de Dios, pues bien sabe Antioquía cuál es su valor y cuál su prez. Aquí lloran Guiena y Poitú, Señor Dios, junto á tu *piscina*. Da paz al alma del Conde y guarda á Poitú y á Niort el Señor que resucitó del sepulcro» (1).

(1) FAURIEL, II, 145.—En vez de traducir esta extraña composicion de la traduccion alemana de Schack, me ha parecido mejor copiar aquí la traduccion, más escrupulosa, que hace de ella el Sr. D. Manuel Milá y Fontanals, en su excelente libro *De los trovadores en España*, páginas 74 y 75. La obra del Sr. Milá, que ilustra de una manera extraordinaria la historia de nuestra literatura en la Edad Media, no era, sin duda, conocida del Sr. Schack, pues, á conocerla, se hubiera valido de ella y la hubiera citado al citar, tanto la cancion de Marcabrú, cuanto la de Gavaudan. Schack, si hubiera leido al señor Milá, no se hubiera limitado á decir que la lengua provenzal, esto es, que el dialecto literario de los trovadores era conocido y entendido en toda la parte oriental de España; Schack hubiera dicho que este dialecto era tan propio y tan cultivado en España como en el mediodía de Francia, con quien compartimos la gloria de haber producido aquella literatura, tal vez la primera de la Europa cristiana y de las lenguas modernas en el órden cronológico.

Ya por los años de 1076 á 1096, reinando Ramon Berenguer II y Berenguer Ramon II, se menciona al poeta catalan Ricolf. En tiempo del gran conde de Barcelona, D. Ramon Berenguer IV, á quien celebra Marcabrú, se cultivaba la poesía en su córte, y Alfonso II, que reunió bajo su cetro á Aragon y Cataluña, fué un trovador excelente. Milá trae en su libro noticias y poesías (texto original y traduccion) de dicho rey D. Alfonso II, y de otros treinta y un trovadores españoles, como son: Guiraldo de Cabrera, Guillermo de Berdagan, Hugo de Mataplana, Ramon Vidal de Bezaudun, Pedro II, Guillermo de Tudela, Arnaldo el Catalan, Guillermo de Cer-



Miéntras que la poesía provenzal podia competir así con la arábiga en brío y rapto lírico, para animar á la guerra santa, la castellana, que ya desde el siglo XII se habia atrevido á dejar oir su tímida voz, no podia aún entrar en competencia. Pero, no bien esta poesía encontró un órgano adecuado en la lengua que poco á poco iba formándose de la latina, tomó tambien por asunto de su canto las expediciones guerreras contra

vera, Serverí de Gerona, Fadrique I de Sicilia, Ponce Barba, etc.

Por lo demas, Marcabrú halló sordos á su llamamiento á los potentados transpirenaicos á quienes convocaba á la cruzada, y la cruzada y la guerra contra los moros se hizo sin su auxilio. El emperador Alfonso VII, rey de Castilla y de Leon, ganó, sin embargo, á Almería de los almoravides. Parece que en esta expedicion se halló, entre otros pocos extranjeros, el mismo trovador Marcabrú, tan entusiamsado por el Emperador y por la empresa, como disgustado de los príncipes franceses, cuya desercion atribuye á envidia y á molicie en otro canto que dirigió á los pueblos de España, y que tambien publica el señor Milá.

Casi lo mismo ocurrió con Gavaudan, el autor del famoso canto de cruzada, escrito, segun Milá, para la batalla de las Navas de Tolosa. El trovador Gavaudan fué de los pocos extranjeros auxiliares, que con el Arzobispo de Narbona se quedaron en España y tomaron parte en la expedicion despues que se retiraron los demas extranjeros, como dice el Sr. Milá, «por los calores de nuestra tierra, ó porque les disgustasen los hábitos más humanos de sus moradores.» (*De los trov.*, etc., página 126.) Los reyes de Castilla, de Aragon y de Navarra, D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, y todos los caballeros españoles que lograron aquella gran victoria, fueron altamente celebrados por los poetas provenzales.

Estos poetas á menudo se complacian más en España que en Francia, siendo muy bien acogidos y honrados en las cór-



los enemigos de Cristo. Estos comienzos, aunque briosos, todavía rudos y poco hábiles, de una poesía que estaba en la infancia, no se podian comparar con el arte de los árabes, llegado ya á su madurez; su torpe tartamudear se ahogaba entre el sonido de las trompas de los poetas mahometanos; los severos contornos de su dibujo palidecian ante el brillo del colorido deslumbrador de la poesía oriental (1). Sin embargo, éste es

tes de nuestros reyes. Pedro Vidal celebra á España y al emperador Alfonso VIII, el de las Navas, diciendo:

Mout es bona terra Espanha
E'l rey que senhor en so
Dous e car e franc e bo
E de corteza companha, etc.

«Muy buena tierra es España, y los reyes sus señores son agradables, francos, buenos y de cortés compañía; hay ademas otros varones muy simpáticos y de pro, dotados de buen juicio y de conocimiento, de buenos hechos y de buen parecer, y por esto me gusta permanecer entre ellos en la region imperial, ya que sin contienda alguna me detiene gentilmente y me domina el rey emperador Alfonso, por quien la juventud se alegra, y cuyo valor vence á todos los del mundo.»

Reis Emperaires Amfós
Per cui jovens es joiós;
Que-z el mon non a valensa
Que sa valor no la vensa.

(MILÁ, *De los trovadores*, etc., pág. 131.)—(*N. del T.*)

(1) Aunque no soy tan entusiasta del *Poema del Cid* como Southey, que decia que «podia asegurarse, sin temer la refutacion, que de cuantos poemas se han escrito despues de la *Iliada*, éste es el más homérico por su espíritu»; aunque tal vez no vaya yo tan léjos como Wolf en mis alabanzas de aquel primer monumento poético de nuestra lengua (*Studien zur Geschichte der Spanischen und Portugiesischen National literatur*); ni como Ticknor (*History of spanish literature*), que com-

el lugar de presentar en el espejo de las noticias arábigas al héroe que ensalza el canto más antiguo escrito en lengua castellana, tanto más cuanto que el cuadro de estas noticias encierra algunas poesías que iluminan á dicho héroe con una luz completa. Nadie se admire de que el famoso Cid Rui Díaz el Campeador, á quien la tradicion nos pinta como un modelo ejemplar de piedad, de lealtad y de todas las virtudes del caballero, aparezca de un modo ménos brillante en las descripciones de sus enemigos. Si aquélla le retrata como un varon excelente, fiel á su injusto rey, aunque hablándole con severa franqueza, éstas nos le hacen ver como un cruel tirano, quebrantador de la palabra dada, y que no pelea por defender á su rey y á su religion, sino para servir á pequeños príncipes mahometanos (1). La nar-

para é iguala algunos trozos de dicho *Poema* á otros de los más bellos de Chaucer y de Shakspeare; y aunque reconozca lo rudo del lenguaje en que dicho *Poema* se escribió, todavía no soy como Capmani, que asegura que nada tiene de épico y que casi pudiera disputársele el título de poema, ni como Bouterwek y otros, que le tienen en poco. El *Poema del Cid*, como lo demuestra Wolf en la obra citada, analizándole admirablemente, está lleno de bellezas, y deberia ser estimado aunque no tuviera otra que la de haber trazado con firmeza el tipo ideal del caballero español, haciéndose como el cimiento de nuestra mejor poesía. No puedo, pues, convenir con Schack cuando llama *torpe tartamudear* á los comienzos de una literatura que con tal poema comienza.—(*N. del T.*)

(1) Desde el personaje perfecto, intachable, que han pintado y encomiado nuestros grandes poetas, á quienes han imitado ó traducido los más egregios de otras naciones, como Corneille y Herder, hasta el Cid verdadero é histórico y despojado de to-

racion arábiga nos coloca en el momento en que el príncipe de los almoravides, Jusuf-Ibn-Faschin, ha invadido á Andalucía con sus hordas africanas, y amenaza derrocar los tronos de los príncipes mahometanos españoles. «No bien, dice, Ajmed-Ben-Jusuf-ben-Hud, el que en estos mismos momentos se agita en la frontera de Zaragoza, se cercioró de que los soldados del Emir-al-Moslemin salian de todos los desfiladeros, y se subian por todas partes á los puntos elevados, excitó á un cierto perro de los perros gallegos, llamado Rodrigo y apellidado el Campeador. Era éste un hombre muy sagaz, amigo de hacer prisioneros y muy molesto. Dió muchas batallas en la Península, y causó infinitos daños de todas especies á las thaifas que la habitaban, y las venció y las sojuzgó. Los Beni-Hud, en tiempos

das las fábulas y de todas las virtudes con que la poesía le ha adornado, hay, sin duda, enorme distancia. Es evidente que el Cid, tal como fué, no merecia la canonizacion que para él se dice que pidió Felipe II al Papa. Sin embargo, la idea más alta de nuestra nacionalidad, los más nobles sentimientos que constituyen el sér de los españoles, se personificaron en el Cid por medio de los cantos populares y de la tradicion, y para que esto suceda, menester es que el personaje á quien la tradicion y la fantasía poética galardonan y revisten de este modo, haya tenido un gran valer real, á pesar de los feos lunares y enormes defectos que se le descubren á la luz de la historia crítica, y que deben atenuarse algo, cuando no borrarse, en consideracion á la época y á las circunstancias. El Cid, reducido á las proporciones que le da la *Crónica general*, sacada en parte de historias arábigas, cuyo estilo remeda, es muy grande todavía, y á pesar de la crueldad y de la mala fe que le atribuyen los escritores árabes contemporáneos, crueldad y



anteriores, fueron los que le hicieron salir de su oscuridad. Le pidieron su apoyo para sus grandes violencias, para sus proyectos viles y despreciables. Le habian entregado en señorío ciertas comarcas de la Península, y puso su planta en los confines de sus cinco mejores regiones, y plantó su bandera en la parte más escogida de ellas, hasta el punto de robustecer su imperio; y semejante á un buitre, depredó las provincias

mala fe muy comunes en su tiempo, es todavía una admirable figura.

Léjos de creer yo que resta poco en la historia, del Cid ideal, me admiro de que tanto quede, áun tomando la historia de los documentos escritos por sus más encarnizados enemigos. El que dijera el Cid que un Rodrigo habia perdido á España y que otro la iba á ganar, demuestra su ánimo heroico y generoso y lo elevado de sus pensamientos. No invalida estas cosas el que sirviese el Cid á príncipes mahometanos, sobre todo cuando eran españoles y los servia contra los almoravides, contra bárbaros y extranjeros. Más fué aliarse los cristianos de España con los muslimes contra las huestes de Carlo-Magno, que eran cristianas tambien, y el favorecer los aragoneses catolicos á los herejes albigenses contra el poder de Francia y de los cruzados. Esto sólo deja ver que el amor de la patria se ha sobrepuesto entre nosotros, en las grandes ocasiones, al ódio y al fanatismo religioso.

El Sr. Malo de Molina, en su interesantísimo libro *Rodrigo el Campeador*, traduce literalmente los textos árabes como documentos justificativos. Los párrafos en prosa que cita Schack, no los traducimos del aleman, sino que directamente los tomamos de la traduccion del Sr. Malo de Molina. Los versos los traducirémos en verso de la traduccion alemana, pero pondrémos en nota la traduccion en prosa que trae la *Crónica general* de la lamentacion que hizo el moro de Valencia desde lo alto de la torre, y la traduccion, en prosa tambien, del Sr. Malo de Molina, de los versos de Ibn-Chafadscha.—(*N. del T.*)



cercanas y las más apartadas. Entre tanto, Ajmed, temiendo la caida de su reino y notando que iban mal sus asuntos, trató de poner al Campeador entre él y la vanguardia del ejército del Emir-al-Moslemin, y le facilitó el paso para las comarcas de Valencia, y le proporcionó dinero, y le mandó despues hombres. El Campeador sitió entónces la ciudad, en la cual habia grandes discordias, y el cadí Abu-Dschahaf se habia apoderado del mando. Miéntras que las parcialidades ardian en lo interior, Rodrigo continuó el sitio con vivo celo, persiguiendo su objeto como se persigue á un deudor, y estimándole con la estimacion que dan los amantes á los vestigios de sus amores. Cortó los víveres, mató á los defensores, puso en juego toda clase de tentativas, y se presentó sobre la ciudad de todas maneras. ¡Cuántos soberbios y elevados lugares, cuya posesion habia sido envidiada por tantas gentes, y con quienes no podian competir ni la luna ni el sol, cayeron en poder de este tirano, que profanó sus misterios! ¡Cuántas jóvenes, cuyos rostros daban envidia á los corales y á las perlas, amanecieron en las puntas de las lanzas, como hojas marchitas por las pisadas de sus viles soldados!

»El hambre y la miseria obligaron á los habitantes de la ciudad á comer animales inmundos, y Abu-Ajmed no sabía qué partido tomar, y no tenía dominio sobre sí y se culpaba de todo. Imploró el auxilio del Emir-al-Moslemin y de los vecinos que rodeaban sus cercanías, mas como aquél estaba léjos, demoró su venida,



unas veces porque no oyó sus quejas, otras porque le impidió venir algun inconveniente. Sin embargo, en el corazon del Emir-al-Moslemin habia piedad, y se condolia de sus males prestándoles oido, mas fué tardo en dar socorro, porque se encontraba muy distante de la ciudad y sin poder para otra cosa. Cuando Dios dispone un suceso, abre las puertas y allana los obstáculos! (1).

»Miéntras que Valencia estaba en el mayor apuro, se dice que un árabe subió á la torre más alta de los muros de la ciudad. Este árabe era muy sabio y entendido, é hizo el siguiente razonamiento (2):

(1) Dozy, *Recherches*, segunda edicion, II, Apéndice 1, 10 y 17.—Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, Apéndices, página 120.

(2) «Estonce disen que subyó un moro en la más alta torre del muro de la villa: este moro era muy sabyo é mucho entendido, é fizo unas razones en arauigo que disen assi:

»Valencia, Valencia. Vinieron sobre ti muchos quebrantos é estás en hora de te perder; pues si tu ventura fuere que tú escapes desto, será grand maravilla á quienquier que lo viere.

»E si Dios fizo merced á algund logar, tovo por byen de la facer á ti que fueste siempre nobleza e alegria e solar en que todos los moros folgaban e auyian placer.

»E si Dios quysiere que de todo en todo te hayas de perder desta vez, será por los tus grandes pecados e por los grandes atrevimientos que obyste con tu soberuya.

»Las primeras cuatro pyedras cabdales sobre que tu fueste fundada e firmada, quierense ajustar por facer gran duelo por ti e non pueden.

»En tu muy noble muro, que sobre estas cuatro piedras fué levantado, ya se estremece todo e quiere caer, ca perdió la fuerza que auya.



¡ Valencia, Valencia mia,
Cuán terrible es tu desgracia,
Muy cerca estás de perderte;
Sólo un milagro te salva.
Dios prodigó mil bellezas
Y bienes á tu comarca;
Toda alegría y deleite
Dentro de tí se guardaban.
Si el Señor tiene del todo

»Las tus muy altas torres e muy famosas que de lueñe parecian e confortaban los corazones del tu pueblo, poco á poco se van cayendo.

»Las tus muy blancas almenas, que de léjos muy bien relumbraban, perdido han su fermosura con que bien parecian al rayo del sol.

»El tu muy noble rio cabdal Guadalayar con todas las otras aguas de que te tú bien seruias, salido es de madre y va do non deuya.

»Las tus acequias claras, de que mucho aprovechabas, se tornaron turbias, é con la mengua del alimpiamiento llenas van de cieno.

»Las tus nobles e viciosas huertas, que en derredor de tí son, el lobo rauioso las cabó las rayces e non pueden dar flor.

»Los tus muy nobles prados en que muy fermosas flores e muchas auya, do tomaba el tu pueblo muy grande alegría, todos son ya secos.

»El tu muy noble puerto de mar, de que tú tomabas muy grand honra, ya menguado es de las noblezas que te solian venir á menudo.

»El tu muy grand término, de que te llamabas señora antigua, los fuegos lo han quemado, e á tí llegan ya los grandes fumos.

»E la tu grande enfermedat non le pueden fallar melecina e los phisicos son ya desesperados de nunca te poder sanar.

»Valencia, Valencia, todas estas cosas que he dichas de tí con muy grande quebranto que yo tengo en el mi corazon las dixe e razoné.



Tu ruina decretada,
Por tus enormes pecados
Y tu soberbia te mata.
A fin de llorar tus cuitas,
Ya por juntarse se afanan
Las piedras fundamentales
En que tu mole descansa;
Y los muros, que en las piedras
Con majestad se levantan,
Se cuartean y vacilan,
Porque el cimiento les falta.
A pedazos se derrumban
Tus torres muy elevadas,
Que alegrando el corazon,
A lo léjos relumbraban.
Ya no brillan como ántes,
Por el sol iluminadas,
Tus almenas relucientes
Más que la cándida plata.
Al noble Guadalaviar
Y á todas las otras aguas
Del útil y antiguo cauce
Los enemigos separan;
Y sin esmero y limpieza,
Se turban y se encenagan
Las acequias con sus ondas
Tan cristalinas y claras.
Ya en tus fértiles jardines
Ni flor ni fruto se halla,
Porque los lobos rabiosos
Todo de cuajo lo arrancan.
Ya se agostan las praderas,
Do el pueblo se deleitaba
Con el canto y el aroma
De las aves y de las plantas.
Tu puérto, que era tu orgullo,
Con las naves no se ufana,
Que riquezas te traian
De mil regiones extrañas.

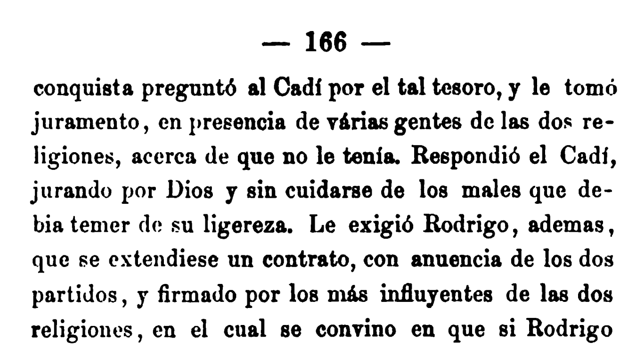
El vasto y ameno término
En que tu trono se alza,
En humo denso te envuelve,
Devorado por las llamas.
Grande dolencia te aflige;
Perdiste toda esperanza;
Ya para tí no hay remedio;
Los médicos te desahucian.
¡Valencia mia, Valencia!
Al decir estas palabras,
El dolor me las inspira
Y el dolor me parte el alma (1).

»El tirano Rodrigo logró, al fin, sus vituperables designios con su entrada en Valencia, en el año de 487, hecha con engaño, segun su costumbre, y despues de la humillacion del Cadí, que se tenía por invencible á causa de su impetuosidad y soberbia. El Cadí se sometió á Rodrigo, y reconoció la dignidad que le daba la posesion de la ciudad, y contrató con él pactos, que, en su concepto, debian guardarse, pero que no tuvieron larga duracion. Ibn-Dschahaf permaneció con el Campeador corto tiempo, y como á éste le disgustaba su compañía, buscó un medio de deshacerse de él, hasta que pudo lograrlo, dícese que á causa de un tesoro considerable de los que habian pertenecido á Ben-Dzin-Nun (2).

»Sucedió que Rodrigo en los primeros dias de su

(1) *Crónica general*, fól. 329.—Dozy, *Recherches*, pág. 173. —Malo de Molina, Apéndices, 150.

(2) Rey de Toledo, que despues de la conquista de esta ciudad por los cristianos, vino á vivir á Valencia.

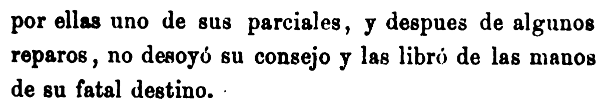


conquista preguntó al Cadí por el tal tesoro, y le tomó juramento, en presencia de várias gentes de las dos religiones, acerca de que no le tenía. Respondió el Cadí, jurando por Dios y sin cuidarse de los males que debia temer de su ligereza. Le exigió Rodrigo, ademas, que se extendiese un contrato, con anuencia de los dos partidos, y firmado por los más influyentes de las dos religiones, en el cual se convino en que si Rodrigo averiguaba el paradero del tesoro, retiraria su proteccion al Cadí y á su familia, y podria derramar su sangre.

»Rodrigo no cesó de trabajar para descubrir el tesoro, valiéndose de diferentes medios. Al fin llegó á conseguirlo, poniendo al Cadí y á su familia en el colmo de la desesperacion. Despues hizo encender una hoguera, donde el Cadí fué quemado vivo.

»Me contó una persona que le vió en este sitio, que se cavó en tierra un hoyo, y se le metió hasta la cintura para que pudiese elevar sus manos al cielo, que se encendió la hoguera á su alrededor, y que él se aproximaba los tizones con el fin de acelerar su muerte y abreviar su suplicio. ¡Quiera Dios escribir estos padecimientos en la hoja de sus buenas acciones, y olvide por ellos sus pecados, y nos libre de semejantes males, por él merecidos, y nos impulse hácia lo que se aproxima á su gracia!

»Tambien pensó Rodrigo, á quien Dios maldiga, en quemar á la mujer y á las hijas del Cadí; pero le habló



por ellas uno de sus parciales, y despues de algunos reparos, no desoyó su consejo y las libró de las manos de su fatal destino.

»La noticia de esta gran desgracia cayó como un rayo sobre todas las regiones de la Península, y entristeció y cubrió de vergüenza á todas las clases de la sociedad.

»El poder de este tirano creció hasta el punto de ser gravoso á los lugares más elevados y á los más cercanos al mar, y de llenar de miedo á los pecheros y á los nobles. Y me contó uno haberle oido decir, cuando se exaltaba su imaginacion y se excitaba su codicia:—En el reinado de un Rodrigo se perdió esta Península, y otro Rodrigo la libertará;—palabras que llenaron de espanto los corazones, y que infundieron en ellos la certeza de que se acercaban los sucesos que tanto habian temido. Con todo, esta calamidad de su época, por su amor de la gloria, por la prudente firmeza de su carácter y por su heroico ánimo, era uno de los milagros de Dios. Murió á poco, de muerte natural, en la ciudad de Valencia.

»La victoria, maldígale Dios, siguió constante su bandera, y él triunfó de las thaifas de bárbaros, y tuvo varios encuentros con sus caudillos, como con García el de la boca torcida y con el príncipe de los francos. Desbarató los ejércitos de Ben-Radmir, y con pequeño número de los suyos mató gran copia de los contrarios. Cuéntase que en su presencia se estudiaban los



libros y se leian las memorias heroicas de los árabes, y que, cuando llegó á las hazañas de Mojlab, se exaltó su ánimo y se llenó por él de admiracion.»

En aquel tiempo, Ibn-Chafadscha dijo sobre Valencia lo que sigue (1):

«¡Cómo ardian los aceros
En los patios de tu alcázar!
¡Cuánta hermosura y riqueza
Han devorado las llamas!
Profundamente medita
Quien á mirarte se pára,
¡Oh Valencia! y sobre tí
Vierte un torrente de lágrimas.
Juguete son del destino
Los que en tu seno moraban;
¿Qué mal, qué horror, qué miseria
No traspasó tus murallas?
La mano del infortunio
Hoy sobre tus puertas graba:
«Valencia, tú no eres tú,
Y tus casas no son casas» (2).

(1) Las puntas de las espadas se han esgrimido en tus patios, ¡oh palacio! y han destruido tus preciosidades la miseria y el fuego. Cuando viene uno á mirar tus contornos, largo rato reflexiona y llora sobre tí, ¡oh (pueblo) tierra! Tus habitantes han sido el juguete de los desastres, y tus turbas se han agitado por la fatalidad. La mano de la desgracia ha escrito sobre tus atrios: «Tú no eres tú, y tus casas no son casas.» (*Traduccion del Sr. Malo.*)

(1) DOZY, *Recherches*, apéndice 14. -- MALO DE MOLINA, Apéndices, 127.



VI.

Cantares báquicos.—Descripciones.

Sin música no hay fiesta. «¡Oh reina de la hermosura! Beber sin cantar no es estar alegres», dice, en la perla de las *Mil y una noches*, en el cuento de Nurredin y de la bella Persiana, el viejo jardinero que hospeda secretamente á los fugitivos en el pabellon del Califa. Esta sentencia tenía no ménos valor en España que en Oriente. Grande es, pues, el número de los cantares que celebran el vino y los festines en todos los dias y estaciones del año. Desde la mañana temprano, durante la primavera, solian circular los vasos en los aromáticos jardines, segun lo atestiguan estos versos:

Ya el alba ahuyenta las sombras,
Y ya los vasos circulan
En el huerto, que el rocío
Cubrió de perlas menudas.
No con lánguidas miradas
Nos deleita la hermosura,
Sino el vino, que orla el vaso
De blanca y brillante espuma.
No creo que las estrellas
En el ocaso se hundan;



Más bien descienden al huerto
Y entre nosotros fulguran (1).

Burlándose de los preceptos religiosos que ordenan á los creyentes la oracion de la mañana en las mezquitas, Al-Motadid de Sevilla fingió otro precepto que prescribe á los fieles beber á la misma hora:

¡Mirad cómo los jazmines
En el huerto resplandecen!
Olvida todas sus penas
Quien por la mañana bebe.
Que beba por la mañana
Está mandado al creyente;
El tiempo es húmedo y frio,
Y calentarse conviene (2).

Por el mismo estilo es este otro cantar:

Vén al huerto, muchacha;
Ya difunde alegría
La refulgente aurora,
Y á beber nos convida,
Ántes que de las flores
Besando las mejillas,
Puro rocío beba
El aura matutina (3).

Ibn-Hazmun se burla así de la hipocresía de los anacoretas y derviches:

No es un crímen beber vino;
Poco el precepto me asusta;
Hasta los mismos derviches
Le beben, y disimulan.

(1) MAKKARI, II, 135.
(2) *Hist. Abbad.*, I, 246.
(3) DOZY, *Recherches*, 112.



La garganta se les seca
Con tanta oracion nocturna,
Y á fin de que se refresque,
Vino en abundancia apuran.
Mi casa es cual sus ermitas;
Lindas muchachas figuran
Los muecines, y los vasos,
No las lámparas, me alumbran (1).

Hasta el famoso sabio Al-Bekri incurre y se deleita en estos deportes:

Casi no puedo aguardar
Que el vaso brille en mi diestra,
Beber ansiando el perfume
De rosas y de violetas.
Resuenen, pues, los cantares;
Empiece, amigos, la fiesta;
Y de oculto á nuestros goces
Libre dejando la rienda,
Evitemos las miradas
De la censura severa.
Para retardar la orgía
Ningun pretexto nos queda,
Porque ya viene la luna
De ayunos y penitencias,
Y cometen gran pecado
Cuantas entónces se alegran (2).

Abul-Hasan-Al-Merini refiere: «Estando yo una vez con algunos amigos bebiendo alegremente en frente de la Ruzafa, se llegó á nosotros un hombre mal vestido y se sentó á nuestro lado. Nosotros le preguntamos por qué venía á sentarse sin conocernos de ante-

(1) Abdul-Wahid, 218.
(2) Dozy, *Recherches*, 289.



mano. Él sólo contestó:—No os enojeis desde luégo contra mí.—Un momento despues levantó la cabeza y dijo:

«Miéntras que junto al alcázar
De Ruzafa estais borrachos,
Poneos á meditar
Cómo cayó el califato,
Y cómo el mundo está siempre
En un incesante cambio.
Cuando sobre esto medita
El espíritu del sabio,
Ve que la gloria, el poder
Y el señorío son vanos;
Pronto el tiempo los destruye,
Y los borra el desengaño.
Nada son y nada valen
Todos los seres creados;
Sólo el vino y el amor
Importan y valen algo.»

»Apénas acabó de hablar así, le besé la frente y le pregunté quién era. Entónces dijo su nombre, y añadió que la gente le tenía por loco.—Por cierto, repliqué yo, que los versos que has dicho no son de un loco; sabios hay que no los hacen mejores. Quédate, por Aláh, en nuestra compañía, y recítanos más versos sentenciosos, á fin de que nuestro placer sea completo.—Efectivamente, él se quedó entre nosotros y dijo otras composiciones, que nos regocijaron mucho. Por último, le dejamos sosteniéndose contra las paredes para no venir al suelo, y gritando: ¡Aláh, perdóname!» (1).

(1) MAKKARI, I, 306.



El príncipe Rafi-ud-Daula dice:

Las copas, Abul-Alá,
Están de vino colmadas,
A los huéspedes alegran
Y de mano en mano pasan.
Besa el céfiro y agita
Levemente la enramada;
Su olor despiden las flores,
Y los pajarillos cantan,
Miéntras las tórtolas gimen,
Columpiándose en las ramas.
Vén á beber con nosotros
Aquí á la orilla del agua.
La copa hasta el fondo apura,
En ella no dejes nada.
El rojo vino encendido,
Que te sirve esta muchacha,
Se diria que ha brotado
De sus mejillas de grana (1).

Said-Ibn-Dschudi encomia así los goces de la vida:

Cuando entre alegres amigos
Los vasos circulan llenos,
Y miran á las muchachas
Amorosos los mancebos,
El mayor bien de la tierra

(1) Dozy, *Recherches*, 111.—Si yo tradujese directamente del árabe y con una exactitud y una fidelidad escrupulosas, como suele traducirse un clásico griego ó latino, no me permitiria hacer ciertos cambios; pero, no siendo mi traduccion, ni directa, ni de una escrupulosidad grande, me he atrevido á convertir al copero de esta composicion en una muchacha. Lo mismo haré en otras composiciones, poquísimas afortunadamente, entre las que Schack traduce, donde se manifiesta aquella fea aficion en que coinciden los pueblos de Oriente con la antigüedad greco-romana, y que ahora repugna en extremo y no es para poetizada.—(*N. del T.*)



Es ceñir el talle esbelto
De nuestra amada, y reñir,
Para hacer las paces luégo.
Por la senda del deleite,
Como caballo sin freno,
Me arrojo, salvando montes,
Hasta alcanzar mi deseo.
Nunca temblé en las batallas,
La voz de la muerte oyendo;
Pero á la voz del amor,
Todo me turbo y conmuevo (1).

Ibn-Said compuso lo que sigue, estando una tarde con varios amigos, al ponerse el sol, en el huerto de la Sultanijah, cerca de Sevilla:

La tarde va pasando;
Traednos pronto vino.
Hasta que el alba ria,
Bebed, bebed, amigos.
El sol hácia el ocaso
Prosigue su camino,
Y junto al horizonte
Se dilata su disco,
Que ardiente se refleja
En las ondas del rio.
Gocemos, miéntras dura,
Del fulgor vespertino.
Suene el laud, empiece
El canto y regocijo,
Y fijemos los ojos
En el jardin florido
Que nos rodea, ántes
Que nos robe su hechizo
La noche, al envolverle
En su manto sombrío (2).

(1) Al-Hollat, 86.
(2) Makkari, i, 643.



En elogio de estos festines de por la tarde, Ibn-Chafadsche dice:

Por la tarde á menudo
Con los amigos bebo,
Y al cabo, sobre el césped,
Me tumbo como muerto.
Bajo un árbol frondoso,
Cuyas ramas el viento
Apacible columpia,
Y donde arrullos tiernos
Las palomas exhalan,
Gratamente me duermo.
Suele correr á veces
Un airecillo fresco,
Suele llegar la noche
Y retumbar el trueno,
Mas, como no me llamen,
Yo nunca me despierto (1).

Despues de estos dias amenos, la noche azul-profunda se levanta con sus lucientes estrellas y trae nuevos placeres. En una ligera barquilla va el poeta, en compañía de gente jóven, sobre las mansas ondas del Guadalquivir:

El mágico embeleso
De la noche me admira
Cuando sobre las aguas
La barca se desliza.
Resplandece en la barca
Una muchacha linda.
Sus formas elegantes
Y su estatura erguida
Son cual esbelta palma
Cuando el aura la agita.

(1) Ibn-Chalikan, art. *Ibn-Chafadsche.*



Lleva en la blanca mano
Una antorcha encendida.
Entre Orion y el Águila
La luna llena brilla,
Pero más su semblante,
Que la antorcha ilumina.
El rio, como espejo,
Su hermosura duplica,
Y parece que arden
Las ondas cristalinas (1).

Frecuentemente la musa de los árabes españoles se entrega á la contemplacion de la naturaleza de su hermosa patria, y presta alma á flores, estrellas, bosquecillos y fuentes. Los seres animados é inanimados la saludan con amor cuando entra en los encantados jardines de Andalucía:

Teje la primavera
Con seda de colores
La túnica de flores,
Adorno del vergel;
Y la fuente sonora
Al aura mansa atrae,
Que en un desmayo cae,
Enamorado de él.
Perlas prende el rocío,
De la rosa en el seno,
Y en el jardin ameno
Al ir á penetrar,
Que extiende el claro arroyo
Los brazos me parece,
Y que un ramo me ofrece
De anémonas y azahar.
Los pajarillos cantan
En la fresca espesura,

(1) Makkari, I, 485.



Que forma de verdura
Un rico pabellon;
Y lirios y violetas
Saludan mi llegada,
Dando al aura templada
Fragante emanacion (1).

La musa arábigo-hispana elogia así los naranjales de Sevilla:

Entre ramos de esmeraldas,
Como globos de rubíes,
Parece que las naranjas
Ya maduras se derriten,
Y vino puro y dorado
Del fresco seno despiden,
Miéntras que suavemente
Las mece el aura apacible.
¿Quién, como en puras mejillas,
En ellas besos no imprime?
¿A quién no encanta su olor
Más que el olor del almizcle? (2).

La rosa es saludada así, como nuncio de la perenne hermosura de la primavera:

¿Más rico olor por perlas
Al alba quién envia?
¿Quién hay que en hermosura
Con la rosa compita?
Acepta el homenaje
Con modestia sencilla,
Cuando las otras flores
Al mirarla se inclinan,
Su beldad adorando,
O muriendo de envidia.

(1) Humbert, *Anthologie*, 74.
(2) Chrestomat. Arab., ed. Kosegarten, 175.



Salud, ¡oh primavera!
Cada rosa que brilla,
Al abrir su capullo,
Anuncia tu venida.
No eres cual otros nuncios,
¡Oh rosa purpurina!
Con mayor gloria el cielo
Te adorna y califica.
Las nuevas que tú traes
Son clara profecía.
Si tu tallo perece,
Y si tú te marchitas,
Eterna es la que anuncias
Primavera florida (1).

Las descripciones de paseos por el agua se repiten con frecuencia:

Ya vogamos por el rio,
Que fulgura como el éter:
Las ampollitas del agua
Son como estrellas lucientes.
Su negro manto la noche
Sobre las ondas se extiende;
Manto que el sol con sus rayos
Bordó primorosamente (2).

El recuerdo hechicero de tales paseos por el Guadalquivir es tambien el punto céntrico de un cuadro en que pinta el español Ibn-Said, durante su permanencia en Egipto, los placeres de su antigua vida en la patria andaluza:

Éste es Egipto; pero ¿dó está la patria mia?
Lágrimas su recuerdo me arranca sin cesar:

(1) Makkari, I, 193.
(2) Makkari, I, 481.



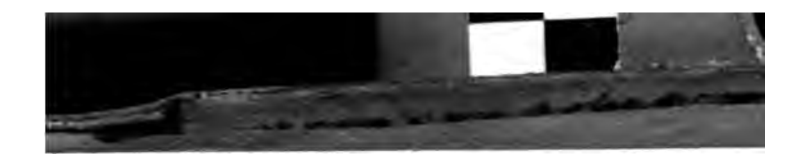
Locura fué dejarte, ¡ oh bella Andalucía !
Tu bien, perdido ahora, acierto á ponderar.
¿Dónde está mi Sevilla? Desde el tiempo dichoso
Que yo moraba en ella, lo que es gozar no sé.
¿Qué apacible deleite cuando, al són melodioso
Del laud, por su rio, cantando navegué!
Gemian las palomas en el bosque, á la orilla;
Músicas resonaban en el vecino alcor.....
Cuando pienso en la vida alegre de Sevilla,
Lo demas de mi vida me parece dolor.
¡ Y aquellas gratas horas en el prado florido !
¡ Y aquella en los placeres suave libertad !
Recordando mi dulce paraíso perdido,
Cuanto en torno me cerca es yermo y soledad.
Hasta el eco monótono de la movible rueda
Que el agua de la fuente obligaba á subir,
Cual si cerca estuviese, en mis oidos queda;
Toda impresion de entónces en mí suele vivir.
No eran por la censura mis goces perturbados;
La ciudad es tan linda, que se allana el Señor
A perdonar en ella los mayores pecados;
Allí hasta el fin del mundo puedes ser pecador.
La soberana pompa del caudaloso Nilo
Se eclipsa ante la gloria del gran Guadalquivir.
¡ Cuántas ligeras barcas en su espejo tranquilo
Se ven, al són de músicas alegres, discurrir !
Y los oidos gozan, y gozan más los ojos
Con las bellas muchachas que en las barquillas van,
Y cuya tersa frente y cuyos labios rojos
El fulgor de la luna avergonzando están.
Con su sonar los vasos, las flores con su aroma,
Dicha en el alma infunden y lánguido placer :
En noches de verano, hasta que el alba asoma,
Es grato las orillas en barca recorrer.
En pos deja la barca su luminosa estela,
Sueltos hilos de perlas sobre ondulante chal:
Es la barca, adornada por su cándida vela,
Cisne que se columpia en líquido cristal.
Tambien con sus memorias Algeciras me abruma,



Y su enriscada costa recuerdo con amor;
En ella el mar bramando alza montes de espuma,
Que estremecen los árboles de angustia y de terror.
En los labios el vino y en brazos de mi amada,
Allí de mil auroras me sorprendió la luz,
Miéntras que, por la luna con oro recamada,
Tendia el mar la fimbra de su túnica azul.
En tu valle, ¡oh Granada! fructífero y umbrío,
Y en tí pienso con lágrimas, ¡oh fecundo Genil!
Como desnuda espada reluce el claro rio,
Brinca en sus verdes márgenes la gacela gentil.
Con el fuego amoroso de sus tiernas miradas
Hacen las granadinas una herida mortal,
Y disparan sus ojos mil flechas inflamadas,
Y sus pestañas matan como mata un puñal.
A Málaga tampoco mi corazon olvida;
No apaga en mí la ausencia la llama del amor.
¿Dónde están tus almenas, ¡oh Málaga querida!
Tus torres, azoteas y excelso mirador?
Allí la copa llena de vino generoso
Hácia los puros astros mil veces elevé,
Y en la enramada verde, del céfiro amoroso,
Sobre mi frente el plácido susurrar escuché.
Las ramas agitaba con un leve ruido,
Y doblándolas ora, ó elevándolas ya,
Prevenir parecia el seguro descuido,
Y advertirnos si álguien nos venía á espiar.
Y tambien ¡Murcia mia! con tu recuerdo lloro,
¡Oh entre fértiles huertas deleitosa mansion!
Allí se alzó á mi vista el sol á quien adoro,
Y cuyos vivos rayos áun guarda el corazon.
Pasaron estas dichas, pasaron como un sueño;
Nada en pos ha venido que las haga olvidar;
Cuanto Egipto me ofrece menosprecio y desdeño;
De este mal de la ausencia no consigo sanar (1).

No sólo la naturaleza, sino asimismo las obras de la

(1) Makkari, i, 648.



mano del hombre, y especialmente los palacios de los príncipes, fueron ensalzados en verso. Cuando una poesía de esta clase alcanzaba grande aplauso, se le concedia la honra de grabarla con primorosas letras de oro sobre las paredes de lmismo palacio que ensalzaba. Ya citarémos más adelante muchas de estas composiciones, que encomian las quintas y palacios de Sicilia, ó que brillan aún sobre los muros de la Alhambra. Entre tanto vamos á trasladar aquí várias composiciones que celebran á toda Andalucía ó algun lugar determinado:

Nada más bello, andaluces,
Que vuestras huertas frondosas,
Jardines, bosques y rios,
Y claras fuentes sonoras.
Eden de los elegidos
Es vuestra tierra dichosa;
Si á mi arbitrio lo dejasen,
No viviria yo en otra.
El infierno no temais,
Ni sus penas espantosas;
Que no es posible el infierno
Cuando se vive en la gloria (1).

OTRO ELOGIO DE ANDALUCÍA.

Hace perpétua mansion
El gozo en Andalucía:
Allí todo corazon
Está lleno de alegría.
Vivir allí recompensa
El trabajo de vivir,

(1) MAKKARI, I, 451.



Y felicidad intensa
El vino suele infundir.
Nadie esta tierra consiente
Por otra tierra en cambiar:
Allí murmura la fuente
Con más dulce murmurar.
Allí el bosquecillo umbroso
Y el siempre verde jardin
Nos convidan al reposo,
Al deporte y al festin.
Del Eden formará idea
El que sus vegas y huertos
Siempre tan lozanos vea
De flor y fruto cubiertos.
Allí el ambiente templado
Ablanda el alma más dura,
Y al pecho desamorado
Infunde amor y ternura.
Y es plata todo arroyuelo,
Perlas y limpios joyeles
Las guijas, almizcle el suelo,
Rica seda los verjeles.
Si allí las aguas hermosas
Bajan el campo á regar,
Ambar y esencia de rosas
El campo llega á exhalar;
Vierte allí perlas sin cuento
La fresca aurora en el prado,
Y no brama, gime el viento,
Sumiso y enamorado.
¿Cómo describir la rara
Beldad de aquella region?
¿Quién su imágen os mostrára,
Que guardo en el corazon?
Al salir del mar profundo
Esta tierra encantadora,
La aclamó el resto del mundo
Emperatriz y señora.
Las claras ondas en torno



Como un collar la ciñeron,
Y al ver su gala y su adorno,
De placer se estremecieron.
Y desde entónces las aves
Cantan allí sus amores,
Y aromas dan más suaves,
Y son más bellas las flores.
Cuando de allí me destierra,
No me quiere el hado bien:
Un yermo es toda la tierra,
Y sólo aquélla un Eden (1).

Á GUADIX.

Tu pensamiento embelesa
Toda mi alma, ¡oh Guadix!
El destino generoso
Te adornó de encantos mil.
Por Aláh que, cuando arde
Vivo el sol en el cenit,
Fresca sombra presta siempre
Tu verde ameno pensil.
Con sus miradas de fuego
Quiere penetrar allí
El sol, pero se lo estorba
De ramas un baldaquin.
Pompas de cristal levanta,
Copos de espuma sutil,
Si riza tu faz ¡oh rio!
El cefirillo gentil;
Y las ramas que coronan
Tu manso curso feliz,
Como eres sierpe de plata,
Tiemblan por miedo de tí (2).

(1) Makkari, I, 129.
(2) Makkari, I, 94.



Á UN PALACIO DESIERTO EN CÓRDOBA (1).

Tus salas y desiertas galerías
Mis ojos contemplaban;
Y pregunté: ¿Dó están los que, otros dias,
En tu seno moraban?
En mi seno, dijiste, breve ha sido,
Muy breve, su vivir,
Ya se ausentaron; pero ¿dónde han ido?
No lo puedo decir (2).

AL PEÑON DE GIBRALTAR.

La frente elevas al cielo,
Y ya de apiñadas nubes,
Que flotan sobre tus hombros,
Un negro manto te cubre;
Ya joyas áureas, que en cerco
De limpio cristal discurren,
Sobre tí, como diadema,
Los claros astros relucen;
Y ya la luna amorosa
Hace tu sueño más dulce,
Besándote con sus rayos
Y bañándote en su lumbre.
Resiste tu mole altiva
De los siglos el empuje,
Sin que sus dientes voraces
Tus duras piedras trituren.
Todo lo muda el destino,
Sin que á tí nunca te mude;
Como un pastor su rebaño,
Tú los sucesos conduces.

(1) Segun Gayángos, que pone estos versos en su traduccion, su autor es el visir Hazm-Ibn-Jehwar, y los escribió á las ruinas del palacio de Az-Zahará.—(*N. del T.*)

(2) MAKKARI, 1, 345.



Ve tu pensamiento el giro
De la fortuna voluble,
Y lo que es y lo que ha sido
Y lo que será descubre.
Con misterioso silencio
La fija mirada hundes
En el tenebroso abismo
Del mar, que á tus plantas ruge (1).

IBN-BATUTA, IV, 361.



VII.

Panegíricos y sátiras.

Para los cantos en alabanza de los califas y príncipes se presentaban las *mualakat* á los árabes de todos los tiempos como modelos clásicos. Así es que siempre ponian en estos cantos encomiásticos las reminiscencias de la antigua poesía. Las quejas de amor y las descripciones de la vida de los beduinos no podian faltar en ellos, y hace una impresion extraña el considerar que los ojos del poeta se apartan de la magnificencia que le rodea, del suelo fértil de Andalucía y del lujo extraordinario de las córtes de sus príncipes, y se fijan en los desiertos de Arabia como en una patria mejor y más antigua. Así Ibn-ul-Habbad empieza una *kasida* en loor de Al-Motassim, rey de Almería, como si fuese un pastor errante de la época de Amr-ul-Kais:

A índico ámbar trasciende
La solitaria vereda;
¿Pasó por aqueste valle
Dichoso Lubna la bella?
Que no está léjos mi amada



Estos aromas me muestran,
Y al punto mi corazon
Enamorado despierta.
En el desierto, á menudo,
Su antorcha la señal era
Que dirigia mis pasos
En las noches sin estrellas.
Relinchaba alegremente
Siempre mi caballo al verla,
Y la caravana entónces
Caminaba más de priesa.
Detengámonos ahora
Do suele morar aquella
Con cuyo recuerdo el alma
De contino se sustenta.
Éste es el valle de Lubna,
Y la única fuente ésta
En que puede hallar hartura
El alma mia sedienta.
¡Cuán delicioso es el valle
Y cuán fecunda la tierra
Do la tribu de mi amada
Sus rebaños apacienta!
¡Bendito y querido el suelo
En que se estampó su huella!
¡El lugar en que ha vivido
Mi amada bendito sea!
Aquí mis tiernos suspiros
Y mis amorosas penas
Nacieron, y la esperanza
Con que el alma mia sueña (1).

Los reyes, que solian habitar en palacios suntuosos, en medio de fértiles jardines, son casi siempre representados como príncipes nómadas, en cuyo campamento hallan un refugio los que vagan en el desierto du-

(1) IBN-CHALIKAN, art. *Al-Motassim*.



rante la noche. Ibn-Billita, por ejemplo, dice en una *kasida:*

Vierten las nubes abundante lluvia,
De Al-Motassim para imitar la gracia;
Del árbol gentilicio de este príncipe,
Que ornó la antigüedad de perlas raras
Y á las edades primitivas llega,
Su espléndido collar hizo la fama.
Bajo sus tiendas reposó la gloria,
Que siempre sus banderas acompaña.
¡Oh príncipe, tú enciendes por las noches
Un fuego con que indicas tu morada,
Y guias al perdido caminante,
Y le albergas despues y le regalas.
Yo digo, si pregunta en el desierto
Por tí, señor, la errante caravana:
Nadie cual él; ¿qué antorcha brillar puede
Donde brilla del sol la lumbre clara? (1).

Tampoco la descripcion de la despedida del dueño amado ó del comienzo del viaje, que ha de llevar al poeta á la córte de su valedor, falta casi nunca en esta clase de composiciones; pero en esto suele haber pinturas donde se retrata la rica naturaleza de Andalucía, y que nunca un árabe del desierto hubiera podido imaginar. Así, por ejemplo, cuando Ibn-Scharaf canta:

Larga fué la noche triste
Que precedió á mi partida;
Las estrellas se quejaban
De velada tan prolija.
El viento de la mañana
Agitó al fin la sombría
Vestidura de la noche,
Miéntras las esencias ricas

(1) Ibn-Chalikan.



De las flores olorosas
En sus alas difundia.
Se alzó en Oriente la aurora,
Vírgen ruborosa y tímida,
Húmedas por el rocío
Las rosas de sus mejillas.
En tanto la noche huyendo
De estrella en estrella iba,
Y á su paso las estrellas
Cual hojas secas caian.
Salió, por último, el sol,
Que con su fulgor disipa
Las tinieblas y las sombras,
Y los cielos ilumina.
Yo, desvelado en mi tienda,
En vano dormir queria;
Sólo á mis párpados sueño
Trajo el aura matutina.
Miéntras que durmiendo estaba,
Rendido ya de fatiga,
Miéntras que en torno las flores,
Frescas, lozanas se abrian
Para beber el rocío
Que el alba en perlas destila,
Se me apareció fantástica
La imágen de mi querida,
De aquella por quien el alma
Constantemente suspira.
A calmar vino mi anhelo
Su aparicion peregrina.
¡ Cuán hermosa con sus anchas
Caderas me parecia !
¡ Cuán esbelta su figura,
En el aire sostenida!
Cuando echó atras los cabellos,
Que la frente le cubrian,
Vi que ahuyentaba la noche
El alba con su sonrisa,
Pues sus perfumadas trenzas



Son como noche negrísima,
Y cual la luz de la aurora
Sus sonrosadas mejillas (1).

En un canto encomiástico de Ibn-Darradsch al poderoso Almansur, en vez de la descripcion de la tienda del beduino, pinta el poeta su verdadera casa, como si estuviese en una ciudad. Al empezar habla con su mujer, y dice:

Peor que la muerte, ¡oh mujer!
Es este largo sosiego;
Es una tumba mi casa,
En que de todo carezco.
El peligro y las fatigas
Del viaje que hacer quiero,
Si beso á Almansur la mano,
Lograrán colmado premio.
A beber aguas salobres
Me resigno en el desierto,
Y hartaré mi sed al cabo
De su gracia en el venero.

Más adelante describe así el poeta su despedida de su mujer y de su hijo:

Vacilaba mi firmeza,
Movida por sus lamentos,
Cuando vino á despedirme
Del dia al albor primero,
Rogándome no olvidase
Su firme y ardiente afecto.
Al lado estaba la cuna
De nuestro hijo pequeño,
Que apénas hablar sabía,
Pero que heria mi pecho
Con su sonrisa inocente

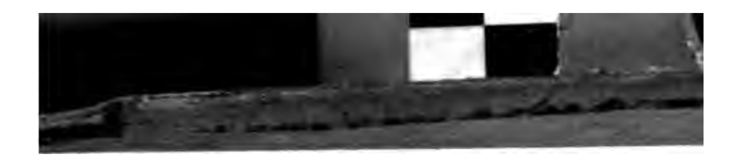
(1) Dozy, *Recherches*, 91.



Y con sus dulces ojuelos.
En nuestras almas moraba
El niño, y era su lecho
El regazo de su madre,
Su blanco y hermoso seno.
Por la que el seno le daba
De amor hubiera yo muerto.
Mi alma se enternecia
Al ir á apartarme de ellos;
Mas la sonrisa del niño
Y de mi adorado dueño
Las lágrimas y las quejas
Detenerme no pudieron.
Por último, me ausenté;
Y el profundo sentimiento
A mi mujer desolada
Hizo caer por el suelo.

Todas estas cosas, como se ve, podian ocurrir perfectamente en una ciudad de España; pero no habia de faltar el imprescindible viaje por el desierto, aunque Ibn-Darradsch, que vivia en Córdoba como poeta de córte de Almansur, no habia menester peregrinar tanto para llegar á donde su protector se hallaba. Con todo, la descripcion de este fingido viaje se distingue por una gran viveza:

¡ Oh ! si ella me hubiese visto
Al ardor del mediodia,
Lanzando el sol sobre mí
Sus saetas encendidas,
O cuando imágenes vanas
En los vapores se pintan
Del desierto, y sin temor
Yo mi camino seguia,
O cuando en candente arena
Se hunde la planta indecisa,
Y el más ligero airecillo
Con ansiedad se respira;



Si ella así visto me hubiese,
Hubiera dicho en seguida,
Que no teme los peligros
Quien la suerte desafia.
El cobarde ve la muerte
Bajo mil formas distintas,
Mas el fuerte y valeroso
Ni la teme ni la mira.
Como un rey á sus esclavos,
Él los temores domina,
Y para vencerlo todo,
En su espada se confia.
En el silencio nocturno
Y en la llanura extendida,
El ruido de mis pasos,
Difundiéndose, crecia,
Y excitaba de los duendes
El conversar y las risas,
Y al oirle, entre las matas
El fiero leon rugia.
Como vírgenes que danzan
En una selva florida,
En la bóveda del cielo
Las Pléyadas relucian,
Y al rededor de la clara
Luz del polo, siempre fija,
El coro de las estrellas
Sus círculos describia,
Cual vasos que en un convite
Entre los huéspedes giran,
Por hermosas manos llenos
De deliciosa bebida.
La via láctea en la oscura
Noche su fulgor vertia,
Como en el rostro de un viejo
La blanca barba crecida.
De Saturno el ominoso
Brillo no me detenia,
Y al fin, los astros dormidos



Se quedaban de fatiga.
¡ Oh, si ella visto me hubiese,
Hubiera dicho en seguida :
Así de Almansur la gracia
Contra la suerte conquista ! (1).

En cuanto á la parte meramente encomiástica de esta clase de composiciones, se debe decir que una grande hinchazon la afea con frecuencia. La repeticion constante en el elogio de la valentía, de la liberalidad y de la magnificencia régia, forzaba á los poetas á buscar en lo extraño de la expresion, en lo pomposo del estilo, y en lo rebuscado y raro de las comparaciones, un medio de tener novedad, y con todo, incurrian en este defecto, sin lograr por eso libertarse de la monotonía de que ansiaban huir. A veces, sin embargo, en medio de lo hueco é hiperbólico, se hallan pasajes que sorprenden por la energía de la expresion ó por el atrevimiento de las imágenes. Dos ó tres ejemplos bastarán á mostrarnos las buenas y malas cualidades de que hemos hablado.

Abu-Aamir dice en un canto, alabando á un general famoso :

Harto saben ya los buitres
Que como leones bravos
Se arrojan sobre la presa
Tus valerosos soldados.
Sobre tí hambrientos se ciernen,
Y graznan pidiendo pasto,
Hasta que vuelven al nido,
De carne humana saciados (2).

(1) IBN-CHALIKAN.
(2) IBN-CHALIKAN.

Ibn-Hani canta:

Señor, cuando tus corceles
A la pelea se lanzan,
No detienen su carrera
Las más sublimes montañas.
Los primeros siempre son
En entrar en las basallas;
Ojos no hay que los sigan;
Al relámpago aventajan,
Y su rapidez apénas
Los pensamientos igualan.
Vierten las fecundas nubes
Raudos torrentes de agua,
Pero tu pecho magnánimo
Más beneficios derrama.
De las estrellas del cielo,
Que con sus giros preparan
Riego á los campos, tu diestra
Tal vez la senda señala (1).

Ibn-Abd-Rebbihi dirigió á Abdurrahman III, ántes que tomase el título de Califa, los versos siguientes:

Ancha senda al Islam Dios bondadoso
Tiene abierta en el dia,
Y van los hombres en tropel copioso
Do esta senda los guia.
Ya la tierra con rica vestidura
Reluce ataviada,
Y se viste de gala y de hermosura
Para ser tu morada.
¡Oh hijo de califas! es consuelo
Tu gracia y bien del mundo;
No dan jamas las nubes desde el cielo
Un riego más fecundo.
Nunca la guerra, si por tí guiados

(1) IBN-CHALIKAN.



A tus valientes mira,
El ánimo que das á tus soldados
En los otros inspira.
Postra á tus piés su avergonzada frente
La herejía tremenda;
El indómito potro fácilmente
Se somete á la rienda.
Atada á tus reales estandartes
Camina la victoria,
Y siempre te obedece en todas partes,
Por amor de tu gloria.
¡Oh vástago de reyes! ofendido
Al Califato tienes,
Porque con su corona no has querido
Ceñir aún tus sienes (1).

Casi con el mismo celo que el encomio, era cultivada la sátira, y es admirable el atrevimiento con que los poetas solian disparar los más agudos dardos contra los poderosos. Véase, por ejemplo, esta composicion, escrita cuando Almansur, el poderoso ministro del impotente Omiada Hischam, gobernaba el imperio:

De cuanto en torno contemplo
En verdad me maravillo;
Este mal que nos aqueja
No puede tener alivio.
El alma creer no quiere
Lo que los ojos han visto.
¿Cómo, si viven aún
De Humeya los nobles hijos,
Pretende subir al trono
Un jiboso advenedizo? (2).

(1) AL-BAYAN, 240.

(2) DOZY, que en su Historia traduce tambien estos versos, dice que Almansur tenía muy gallarda figura, y que la mali-



¿Por qué los fuertes guerreros,
De sus armas con el brillo,
Circundan el palanquin
Pomposo donde va el jimio?
¿Por qué ocultais, Beni-Humeyas,
Vuestros rostros tan queridos,
Que cual las Pléyadas daban
Sus resplandores benignos?
Leones erais, y ¡oh mengua!
Os domó el zorro ladino (1).

A veces aparece la sátira como parodia de la *kasida* encomiástica, y empieza tambien con pinturas de la vida del desierto. Así es que Ibn-Ammar, en unos versos que compuso contra Al-Motamid, rey de Sevilla, empieza saludando á una tribu de beduinos que hay en Occidente, y en cuyo campamento las tiendas se aprietan unas á otras; pero en vez de proseguir con los amorosos recuerdos de su querida, habla burlescamente el poeta de la aldea de donde procede la familia del Rey, y la llama la capital del mundo; despues se complace en escarnecer á la mujer del Rey, que no vale más que el cabestro de un camello, etc. (2).

Tambien los poetas se perseguian entre sí con sátiras literarias. Con estos versos zaheria Ibn-Ocht-Ganim á su rival Ibn-Scharaf de Berja:

Se cree en Irac nacido
Este coplero de Berja,

cia del poeta satírico le atribuye sin fundamento la jiba ó corcova.—(*N. del T.*)

(1) Al-Bayan, ii, 301.—Dozy, *Histoire*, iii, 203.

(2) Dozy, *Histoire*, iv, 179.

Se finge que es un Bothóri,
Y se declara poeta.
Cuando sus coplas recita,
Se aburren hasta las piedras,
Y quien no muere al oirle,
En no volver sólo piensa
A escuchar del chafallon
Las obrillas chapuceras.
¡Oh Dschafer, cómo tus versos
Este infeliz estropea!
¡Cómo á los grandes ingenios
Groseramente remeda!
Del licor que beben ellos
No quiere el cielo que beba;
Inficionan la poesía
Sus labios cuando la besan (1).

Como la mayor parte de las poesías de este género, más que á censurar en general las debilidades humanas, van dirigidas contra determinadas personas y han sido compuestas en circunstancias especiales, no ofrecen sino poquísimo interes á la posteridad. Me limitaré, pues, para terminar este capítulo, á citar aquí algunos versos epigramáticos.

El poeta An-Nihli, protegido del rey de Almería Al-Motassim, en un viaje que hizo á Sevilla, se presentó en la córte del rey Motadid, y dejó que se le escapasen los siguientes versos en una poesía encomiástica:

Motadid, con tu triunfo celebrado
Las berberiscas tribus exterminas;
Tambien Al-Motassim ha exterminado
La casta de los pollos y gallinas.

(1) Dozy, *Recherches*, 98.



No sospechando que esta burla fuese conocida de su antiguo valedor, el poeta se volvió á Almería, y á poco recibió una invitacion para ir á cenar con el Rey. Apénas entró en el comedor, Al-Motassim le acogió con suma benevolencia y le llevó delante de una mesa cubierta toda de pollos y de gallinas. «Queria mostrarte, le dijo, que toda esta casta no ha sido completamente exterminada por mí» (1).

El poeta Al-Husri, miéntras que se hallaba en África, fué convidado por Al-Motamid para que viniese á su córte, pero se excusó diciendo:

Quieres que pase el mar en un madero;
Bendígate el Señor, mas yo no quiero.
Para pasarle á pié no soy Mesías,
Ni eres Noé, pues arca no me envias (2).

(1) Dozy, *Recherches*, 88.
(2) Ibn-Chalikan.



VIII.

Elegías.—Poesías religiosas.

Lo más bello de cuanto posee la literatura de los árabes en el género elegíaco es sin disputa lo que compuso en la prision el infortnado rey Al-Motamid, de Sevilla. Más adelante darémos á conocer sus obras. Casi igual en mérito es una elegía, llena de los más profundos sentimientos y de los más elevados raptos, en la cual Abul-Beka, de Ronda, despues de la toma de Córdoba y Sevilla por San Fernando, deplora la inminente caida del Islam en España.

La elegía dice así (1):

(1) La semejanza que hay entre muchos rasgos y pensamientos de esta composicion y las famosas coplas de Jorge Manrique no puede, en mi sentir, considerarse como mera coincidencia. Así, pues, yo creo que Jorge Manrique hubo de conocer é imitar los versos del poeta arábigo-rondeño. Esta idea, que tuve desde luégo, me movió á traducir la bellísima elegía de Abul-Beka en el mismo metro y con la misma combinacion rítmica de las coplas citadas. Despues he sabido que, hace ya años, tradujo en prosa la mencionada elegía, y la publicó en un periódico, el Sr. D. Leon Carbonero y Sol, catedrático de lengua arábiga en la universidad de Sevilla. No he po-



Cuanto sube hasta la cima,
Desciende pronto abatido
Al profundo.
¡Ay de aquel que en algo estima
El bien caduco y mentido
De este mundo!
En todo terreno sér
Sólo permanece y dura
El mudar.
Lo que hoy es dicha ó placer
Será mañana amargura
Y pesar.
Es la vida transitoria
Un caminar sin reposo
Al olvido;
Plazo breve á toda gloria
Tiene el tiempo presuroso
Concedido.
Hasta la fuerte coraza,
Que á los aceros se opone
Poderosa,
Al cabo se despedaza,
O con la herrumbre se pone
Ruginosa.

dido hallar aún la traduccion, que, segun me han dicho, va acompañada de algunas observaciones, en las cuales el señor Carbonero se muestra tambien inclinado á creer que Jorge Manrique imitó los versos arábigos.

Mi traduccion en verso, como todas las otras que van insertas en este volúmen, no puede ménos de ser algo libre; no puede ceñirse á la letra del original, tanto porque estando en verso tiene que variar á veces el giro de la frase para ajustarle á la medida y á la rima, cuanto porque está hecha de otra traduccion en verso, en la cual, á pesar de lo flexible que es la lengua alemana, es indudable que Schack debe de haberse tomado algunas libertades. Con todo, yo creo haber sido fiel al sentido y al espíritu, acaso mucho más que si me hubiese ceñido servilmente á la letra.—(*N. del T.*)

¿Con sus córtes tan lucidas,
Del Yemen los claros reyes
Dónde están?
¿En dónde los Sasanidas,
Que dieron tan sábias leyes
Al Iran?
¿Los tesoros hacinados
Por Karún el orgulloso
Dónde han ido? (1);
¿De Ad y Temud afamados (2)
El imperio poderoso
Dó se ha hundido?
El hado, que no se inclina
Ni ceja, cual polvo vano
Los barrió,
Y en espantosa ruina
Al pueblo y al soberano
Sepultó.

(1) Este Karún es el Coré de la *Biblia*, el que se rebeló contra Moisés, por lo cual se le tragó la tierra; pero mucho más poetizado por la fantasía de los árabes. Segun ellos, era riquísimo. Sabía la alquimia y tenía todo el oro que deseaba. Parece que construyó un palacio todo cubierto de oro. Las puertas eran macizas de este metal. Su ostentacion era extraordinaria. Salia de paseo en una mula blanca, enjaezada con riquísimos paramentos. Iba vestido de púrpura, y siempre se mostraba en público con un séquito de cuatro mil de á caballo, todos tambien elegantemente vestidos. Mahoma, en el Corán, habla con frecuencia de este Karún. (*N. del T.*)

(2) La traduccion alemana, ademas de citar á Ad, cita á Kathan y su poderío. Confieso no haber podido averiguar qué cosa ó personaje haya sido este Kathan. Tal vez equivalga á Kethin ó Cethim, nombre con el que el libro de los *Macabeos* designa la Macedonia ó el imperio de Alejandro Magno.—En cuanto á Ad, ó los pueblos de Ad, nada hay más á menudo citado en el Corán. Lo mismo sucede con los pueblos de Temud. Estos pueblos desdeñaron los avisos que Dios les envió por medio de sus profetas, perseveraron en sus maldades, y Dios



Y los imperios pasaron,
Cual una imágen ligera
En el sueño;
De Cosróes se allanaron
Los alcázares, do era
De Asia dueño.
Desdeñado y sin corona
Cayó el soberbio Darío
Muerto en tierra.
¿A quién la muerte perdona?
¿Del tiempo el andar impío
Qué no aterra?
¿De Salomon encumbrado
Al fin no acabó el poder
Estupendo?
Siempre del seno del hado
Bien y mal, pena y placer
Van naciendo.
Mucho infortunio y afan
Hay en que caben consuelo
Y esperanza;
Mas no el golpe que el Islam
Hoy recibe en este suelo
Los alcanza.

los castigó con un viento impetuoso, que arrasó sus ciudades y los aniquilló á todos.—Muchos comentadores del Corán suponen que los hombres de Ad eran gigantes; algunos lo niegan. Sin embargo, todos convienen en que eran poderosos y ricos en extremo. La capital de su Estado se llamaba Irem. Una vez reinó allí un rey cuyo nombre era Cheddar, quien, habiendo oido hablar del Paraíso y de sus delicias, quiso hacer algo mejor en Irem, y edificó alcázares y creó jardines tan portentosos de hermosura y de magnificencia, que parecian sobrepujar á los del Paraíso. La mayor ponderacion que pueden hacer los poetas árabes de un lugar encantador es compararle á los jardines de Irem. Pero ya hemos dicho que Dios destruyó todo esto, en castigo de los pecados de los pueblos de Ad.
(*N. del T.*)



España tan conmovida
Al golpe rudo se siente
Y al fragor,
Que estremece su caida
Al Arabia y al Oriente
Con temblor (1).
El decoro y la grandeza
De mi patria, y su fe pura,
Se eclipsaron;
Sus verjeles son maleza,
Y su pompa y hermosura
Desnudaron.
Montes de escombro y desiertos,
No ciudades populosas,
Ya se ven;
¿Qué es de Valencia y su huertos?
¿Y Murcia y Játiva hermosas?
¿Y Jaen?
¿Qué es de Córdoba en el dia,
Donde las ciencias hallaban
Noble asiento,
Do las artes á porfía
Por su gloria se afanaban
Y ornamento?
¿Y Sevilla? ¿Y la ribera
Que el Bétis fecundo baña
Tan florida?
Cada ciudad de éstas era
Columna en que estaba España
Sostenida.
Sus columnas por el suelo,

(1) Dice literalmente el traductor aleman que Arabia se siente amenazada y que tiembla la montaña de Ohod. Lo mal que suena en castellano el nombre de esta montaña no ha consentido que yo le miente en mis versos. La montaña de Ohod está cerca de Medina, y en su falda fué vencido Mahoma por los de la Meca, el año 3 de la Egira.—(*N. del T.*)



¿Cómo España podrá ahora
Firme estar?
Con amante desconsuelo
El Islam por ella llora
Sin cesar.
Y llora al ver sus verjeles,
Y al ver sus vegas lozanas
Ya marchitas,
Y que afean los infieles
Con cruces y con campanas
Las mezquitas.
En los mismos almimbares (1)
Suele del leño brotar
Tierno llanto.
Los domésticos altares
Suspiran para mostrar
Su quebranto (2).
Nadie viva con descuido,
Su infelicidad creyendo
Muy distante,
Pues miéntras yace dormido,
Está el destino tremendo
Vigilante.
Es dulce patria querida
La region apellidar
Do nacemos;
Pero, Sevilla perdida,
¿Cuál es la patria, el hogar
Que tenemos?
Este infortunio á ser viene

(1) *Almimbar* es lo mismo que púlpito. Ya el Duque de Rivas, en *El moro Expósito*, emplea esta palabra como castellana.—(*N. del T.*)

(2) Acaso los escrupulosos hallen una impropiedad en hablar de los *altares domésticos* entre los mahometanos. La traduccion alemana dice *capillas de cama*, esto es, adoratorio ú oratorio de la alcoba.—(*N. del T.*)



Cifra de tanta afliccion
Y horror tanto;
Ni fin, ni término tiene
El duelo del corazon,
El quebranto.
Y vosotros, caballeros,
Que en los bridones volais
Tan valientes,
Y cual águilas ligeros,
Y entre las armas brillais
Refulgentes;
Que ya lanza ponderosa
Agitais en vuestra mano,
Ya, en la oscura
Densa nube polvorosa,
Cual rayo, el alfanje indiano
Que fulgura;
Vosotros que allende el mar
Vivis en dulce reposo,
Con riquezas
Que podeis disipar,
Y señorío glorioso
Y grandezas;
Decidme: los males fieros
Que sobre España han caido,
¿No os conmueven?
¿Será que los mensajeros
La noticia á vuestro oido
Nunca lleven?
Nos abruman de cadenas;
Hartan con sangre su sed
Los cristianos.
¡Doleos de nuestras penas!
¡Nuestra cuita socorred
Como hermanos!
El misno Dios adorais,
De la misma estirpe y planta
Procedeis;
¿Por qué, pues, no despertais?



¿Por qué á vengar la ley santa
 No os moveis?
Los que el imperio feliz
De España con alta honra
 Sustentaron,
Al fin la enhiesta cerviz
Al peso de la deshonra
 Doblegaron.
Eran cual reyes ayer,
Que de pompa se rodean;
 Y son luégo
Los que en bajo menester,
Viles esclavos, se emplean
 Sin sosiego.
Llorado hubierais, sin duda,
Al verlos, entre gemidos,
 Arrastrar
La férrea cadena ruda,
Yendo para ser vendidos,
 Al bazar.
A la madre cariñosa
Allí del hijo apartaban
 De su amor;
¡Separacion horrorosa,
Con que el alma traspasaban
 De dolor!
Allí doncellas gentiles,
Que al andar perlas y flores
 Esparcian,
Para faenas serviles
Los fieros conquistadores
 Ofrecian.
Hoy en lejana region
Prueban ellas del esclavo
 La amargura,
Que destroza el corazon
Y hiere la mente al cabo
 Con locura.
Tristes lágrimas ahora



Vierta todo fiel creyente
Del Islam.
¿Quién su infortunio no llora,
Y roto el pecho no siente
Del afan? (1).

Goza de fama singular otra elegía compuesta por Ibn-Abdun á la caida de la dinastía de Badajoz; pero difícilmente podemos convenir con los críticos árabes, que la encomian como una obra maestra. Esta elegía está sobrecargada de erudicion histórica, y su estilo lleno de antítesis, y sus muchas alusiones, que apénas se entienden sin comentario, hacen creer que la tal poesía no ha sido verdaderamente inspirada por el sentimiento de las desgracias de aquella familia real.

Un sentimiento más verdadero hay en los versos elegíacos, que Abul Abbas, de Jerez, el cual habia vivido en Damasco mucho tiempo, escribió, recordando con amor los dias que allí habia pasado :

Suspira por vosotros
Mi corazon herido,
De Damasco la hermosa
¡ Oh mis caros amigos !
¿ Por qué ninguna nueva
De vosotros recibo ?
Ni cuando estoy despierto,
Ni cuando estoy dormido,
Mi corazon encuentra
Para su mal alivio,
Desde que tan distante

(1) Makkari, ii, 780.

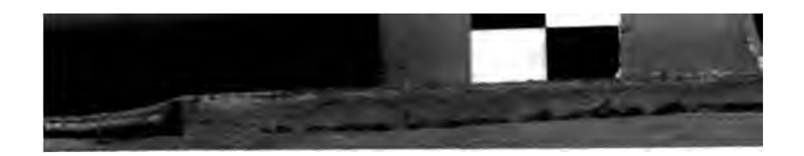


De vuestro lado vivo.
Aquellos gratos dias
Recuerdo de contínuo,
Que, estando yo en Damasco,
Pasaron fugitivos.
¡ Cuál otro era yo entónces,
Si, al albor matutino,
De Nairab en los valles,
Húmedos de rocío,
Las flores contemplaba,
Y escuchaba el sonido
Del aura entre las hojas,
Y el murmurar del rio,
Y de blancas palomas
El amante gemido !
Del monte en la ladera,
Tal mi ventura ha sido,
Que otra igual en mi vida,
De lograr desconfio.
Allí riegan las plantas
Arroyos cristalinos :
¡ Bien pudieran mis ojos
Con lágrima suplirlos! (1).

Al poeta Abul Makschi, que vivió en tiempo de Abdurraman I, le sacaron los ojos por órden del príncipe Suleiman, porque se atrevió, en unos versos que le habia dirigido, á hacer algunas alusiones ofensivas á su hermano Hischam, de que Suleiman se creyó en el deber de tomar venganza.

Aquel degraciado escribió las siguientes líneas con motivo de su ceguera :

(1) Makkari, i, 536.



La madre de mis hijos abrumada
Por el dolor está,
Porque mis ojos con su diestra airada
Ha fulminado Alá.
Ciego me ve seguir la esposa mia
Esta mortal carrera,
Hasta que el borde de la tumba fria
Con el báculo hiera.
Y la infeliz, postrada por el suelo,
Exclama : «¡ Oh suerte, oh suerte,
No aumentarás tan espantoso duelo,
Ni con la misma muerte ! »
Y abre en mi corazon profunda llaga,
Diciendo : «No hay pesar
Como no ver la luz, que ya se apaga
En tu dulce mirar» (1).

Cuando el poeta se hizo llevar delante del Califa y le recitó estos versos, Abdurrahman se conmovió hasta verter lágrimas, y le dió dos mil dineros, mil por cada ojo. Tambien Hischam, cuando subió al trono, recordó con piedad esta desgracia, que Abul Makchi habia tenido por causa suya, y siguiendo el ejemplo de su padre, le dió mil dineros por la pérdida de cada ojo.

La siguiente elegía religiosa se compuso á la memoria del rey de Granada Abul-Hadschadsch-Jusuf, asesinado traidoramente en la mezquita, miéntras hacia oracion. La elegía adorna como epitafio la losa de su sepulcro :

Logre la gracia divina
Quien en esta tumba yace,
Y la bendicion del cielo

(1) *Journal asiatique*, 1856, II, 476.



Miéntras que el tiempo duráre.
Hasta el dia del juicio,
Cuando ante Dios los mortales
Caigan con la faz en tierra,
Dios te bendiga y te guarde.
Pero una tumba no eres,
Eres un jardin fragante,
Donde el aroma del mirto
En torno embalsama el aire;
De la flor más delicada
Eres el precioso cáliz,
Y eres nacarada concha
De la perla más brillante;
Y ocaso donde la luna
Hundió su fulgor suave,
Y asilo de la grandeza,
Y centro de las bondades;
Porque guardas en tu seno
Al príncipe más amable,
Heredero de Nazar,
Honra y prez de su linaje.
Tú guardas al que á los débiles
Protegia con su alfanje,
Al defensor de la fe,
Al rayo de los combates.
Fué siempre de la justicia
El más firme baluarte,
Y el más terrible enemigo
De heréticas impiedades.
Noble vástago de Ubada,
Heredado de sus padres
Ocupó el trono, y fué digno
Por su virtud de ocuparle.
De la vasta mar inmensa
Dar una idea es más fácil
Que de su piedad profunda
Y de sus hazañas grandes.
Al fin nos le arrebató
Del tiempo el cambio incesante.



¿Qué no perece en el mundo?
¿Qué es duradero y estable?
Con la noche y con el dia,
De doble rostro hace alarde
El tiempo; ¿cómo extrañar
Que nos burle y nos engañe?
Orando á Dios, de rodillas,
Él sucumbió cómo un mártir.
La luna de los ayunos
Cumplió con celo laudable,
Su rara virtud mostrando
En mil obras ejemplares.
Y en la fiesta en que se rompe
El ayuno, vino á darle
Un asesino la muerte,
Porque su ayuno acabase,
Con la copa del martirio
Para el banquete brindándole (1).
Por más que las lanzas sean
Y los dardos penetrantes,
Sólo cuando hiere Dios
Son las heridas mortales.
¡Ay de aquel que se confie
En este mundo mudable,
Y en arena movediza
Torres de orgullo levante.
Tú, Señor de aquel imperio
En que término no cabe,
Que nuestra vida gobiernas,
Y marcas nuestro viaje,
Echa el velo á nuestras culpas
De tu gracia inagotable.
En tu bondad sólo debe
Todo mortal confiarse.
Envuelto en ella conduce
El rey de los musulmanes

(1) Aquí, segun dice Schack, siguen algunos versos más en el original, que él no ha traducido.



A la mansion venturosa
De los goces celestiales.
En tí tan sólo se encuentran
Salud y dicha durables:
En el mundo todo engaña,
Y todo en el mundo cae.

Con esta elegía se puede decir que hemos entrado en el dominio de la poesía religiosa, y por consiguiente, debemos presentar aquí algunas otras muestras de ella. Tambien en España hallaron numerosos parciales el misticismo y el ascetismo, que ya aparecieron en los primeros siglos del Islam, y alcanzaron en el *sufismo* su perfeccion más alta. Así en las ciudades como en la soledad de los montes se levantaron claustros y ermitas, donde piadosos anacoretas, apartados del mundo, se consagraban enteramente á la contemplacion de lo infinito (1). Sin embargo, en las poesías religiosas del

(1) IBN BATUTA, IV, 372.—MAKKARI, L. V.—Tal vez extrañarán algunos lectores que el Sr. Schack, despues de afirmar en el prólogo de esta obra que en balde se procuraria por medio de algunas de las modernas lenguas europeas tener noticias de las poesías arábigo-hispanas, ni ménos conocerlas, cite tan á menudo á Makkari, que está traducido en lengua inglesa por el Sr. D. Pascual de Gayángos, y que da noticias y hace conocer muchas de las mencionadas poesías. Para explicar esto, conviene saber que la *Historia de las dinastías mahometanas en España* no está traducida por el Sr. Gayángos completamente. Consta dicha *Historia* de ocho libros. El señor Gayángos ha preferido traducir la parte política, y ha desechado mucho de lo que á la parte literaria y científica se refiere. En los mismos libros que ha traducido, suprime casi siempre los versos, como en los libros I, II, III, IV y VIII. El libro V, que contiene las vidas de los ilustres mahometanos



pueblo español de entónces, al ménos en aquellas que nos son conocidas, en balde hemos buscado la mística profundidad, por donde se distinguen las obras de los *sufies* orientales. No hay en ellas aquel arrobo, aquella embriaguez divina de un alma que se anega en la inmensidad del sentimiento y que llega á aniquilar su propio sér en el abismo del amor de Dios, sino severas consideraciones sobre lo pasajero de la vida, arrepentimiento de los pecados y esperanza en la misericordia del Altísimo (1).

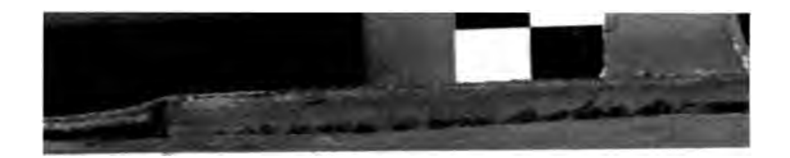
españoles que peregrinaron por el Oriente para instruirse, no le ha traducido. Y no ha traducido tampoco el libro VII, casi todo compuesto de poesías. Sin embargo, el Sr. Gayángos ha intercalado en su traduccion dos interesantes capítulos de dicho libro VII, que contienen una carta de Ibn-Hazm y un apéndice á esta carta, llenos ambos escritos de noticias sobre historiadores, teólogos, matemáticos, filósofos y poetas. Asimismo trae la excelente obra del Sr. Gayángos muchos datos sobre puntos científicos y literarios, en las notas, ilustraciones y apéndices con que va enriquecida; entre otras cosas, las vidas de los filósofos conocidos vulgarmente en las escuelas con los nombres de Averroes y Avempace.—Pero, concretándonos sólo á los versos, no se puede negar, aunque la obra de Schack, y mi traduccion, por consiguiente, pierdan en ello, que algunos de los que aquí se traducen están ya traducidos por Gayángos en su Makkari, y algunos otros lo están por Dozy, en la *Historia* ó en las *Investigaciones*.—(*N. del T.*)

(1) Imposible nos parece que no existiera en la poesía religiosa de los árabes españoles esa profundidad mística que Schack echa de ménos. Acaso sólo ha llegado á manos de Schack la poesía ascética, y no la mística, que debió de existir. ¿Cómo es posible que el misticismo de la filosofía arábigo-hispana no se reflejase en la poesía, en un pueblo tan poético? Y que el misticismo tuvo gran parte en la filosofía de los ára-



De los siguientes versos asegura su propio autor As-Suhaili, que cada uno que los recite para implorar la gracia de Dios, verá satisfecho su deseo :

bes españoles, es un hecho evidente. «La filosofía, dice Renan (*Averroes y el averroismo*), agotada ya en Oriente, adquirió nuevo brillo en la España musulmana, gracias á Ibn-Badja y á Ibn-Tofail, aunque tomando un carácter místico mucho más pronunciado.» Y en otro lugar dice : «Aunque Plotino no fuese nunca conocido de los musulmanes, nada se parece más á la doctrina de las *Enneades* que ciertas páginas de Ibn-Badja, de Ibn-Roschd y de Ibn-Gabirol.»—«La doctrina de la union (*ittisal*), añade, por último, el mismo autor en la citada obra, fué el objeto constante de las preocupaciones de la escuela arábigo-hispana.» Esta union está así explicada por Renan, siguiendo á Averroes : «El entendimiento pasivo aspira á unirse al entendimiento activo, como la potencia apetece el acto, la materia la forma, la llama el cuerpo combustible. Este esfuerzo no termina en el primer grado de posesion, que se llama *entendimiento adquirido*. El alma puede llegar á una union mucho más íntima con el entendimiento universal, á una especie de identificacion con la razon primordial. El *entendimiento adquirido* ha servido para conducir al hombre hasta el santuario; pero desaparece en cuanto logra este fin, como la sensacion prepara la imaginacion y desaparece cuando el acto de la imaginacion es muy intenso. Así, pues, el entendimiento activo ejerce sobre el alma dos acciones distintas : con la una la eleva á la percepcion de los inteligibles, y con la otra la lleva á la union con los inteligibles mismos. El hombre, cuando llega á este estado, comprende todas las cosas, porque se ha apropiado *la razon*. Hecho semejante á Dios, es en cierto modo todos los seres, y los conoce tales como son, porque los seres y sus causas no son nada, fuera de la ciencia que él tiene.» Averroes, con todo, no es nunca tan místico como Ibn-Badja ó Ibn-Tofail. En este último, el misticismo llega al mayor extremo. El alma logra el *ittisal*, la union íntima con Dios, por las vueltas rápidas del derviche, dándose el vértigo, encerrándose en una caverna con la cabeza contra



¡Oh tú, que el más oculto sentimiento
Sabes del corazon!
¡Oh tú, que en los trabajos das aliento,
Y alivio en la aflixion;
A quien se vuelve lleno de esperanza
El corazon contrito;
Por quien el pecador tan sólo alcanza
Expiar su delito!
Tú, que viertes de gracias un tesoro,
«Así sea», al decir:
Escúchame, Dios mio, yo te imploro;
Mi voz dígnate oir.
Que mi propia humildad por mí interceda,
¡Oh mi dulce sosten!
Eres el solo apoyo que me queda,
Eres mi único bien.
En mi abandono, en tu bondad confio:
A tu puerta he llamado;
Si no me abres, el dolor impío
Me hará caer postrado.
Tú, cuyo nombre invoco reverente,
Si no das lo que anhela
Tu pobre siervo en oracion ferviente,
Señor, su afan consuela.
Haz que no desespere en tanta cuita
El débil pecador,
Pues tu misericordia es infinita
E inexhausto tu amor (1).

Esta otra plegaria es de Ibn-Alfaradi:

Cautivo y lleno de culpas
Estoy, Señor, á tu puerta,

el suelo y los ojos cerrados, y apartándose de todo objeto sensible.—Repetimos que no parece natural que todas estas doctrinas, tan comunes entre los filósofos, no hallasen eco en la poesía arábigo-hispana. (*N. del T.*)

(1) IBN-CHALIKAN, art. *As-Suhaili.*



Temiendo que me castigues,
Aguardando mi sentencia.
De mis pecados el cúmulo
Con tu mirada penetras;
Por tí me angustia el temor,
Y la esperanza me alienta.
Pues ¿de quién, sino de tí,
El alma teme ó espera?
Es inevitable el fallo
De tu justicia tremenda.
Cuando á abrir llegues el libro
Donde escribistes mis deudas,
La suma de mis maldades
Temo escuchar con vergüenza.
Ilumíname y consuélame,
Del sepulcro en las tinieblas,
Donde yaceré olvidado
De mis más queridas prendas;
Y que el perdon de mis culpas
Tu gran bondad me conceda,
Pues tendré, sin tu perdon,
Una eternidad de penas (1).

Abu-Salt-Omaya compuso los siguientes versos en la hora de su muerte, y mandó que los grabasen en su sepulcro:

Miéntras que me arrastraba
Del mundo la corriente fugitiva,
Yo jamas olvidaba
Que hácia la muerte caminando iba.
Hoy la muerte no temo,
Cuando me siento próximo á morir,
Sino del Juez supremo
El fallo inevitable que he de oir.
¿Qué destino me espera?
De mis culpas el número es crecido.

(1) MAKKARI, I, 545.



¡Cuán justo el Señor fuera,
Castigando á quien tanto le ha ofendido!
Pero el alma confia
En su misericordia y su perdon,
Para gozar del dia
Venturoso y eterno en su mansion (1).

De Ibn-Sara:

¿Por qué tan dócil oido
Sueles prestar todavía
A la dulce voz de aquellos
Que á las fiestas te convidan?
¿No te anuncian ya tus canas
Que la muerte se aproxima?
¿Para qué te ha dado Dios
Entendimiento, si evitas
Escuchar las advertencias
Que tu destino te avisan?
Sordo y ciego debe estar
Todo aquel que no las siga.
Lo pasado y lo presente
El porvenir garantizan.
Al cabo, de las esferas
Se romperá la armonía,
Y se apagarán la luna
Y el sol que las iluminan.
No ha de durar siempre el mundo;
Cuantos en la tierra habitan,
Ya bajo tiendas movibles,
Ya en las ciudades y villas,
Deben al cabo perder
La existencia fugitiva (2).

(1) Ibn-Chalikan.

(2) Ibn-Chalikan.—Como se ve, las poesías religiosas que he traducido tienen corto valer y ninguna profundidad. El amor propio de autor, que algo se comunica á quien traduce, no puede cegarme. Creo, con todo, por las razones ya expues-



tas en otra nota, que el misticismo debe de haber inspirado mejores cosas á los árabes españoles. Ya hemos visto cuán grande era la propension de la filosofía arábigo-hispana al misticismo, y no acertamos á creer lo que afirma Renan, de que la filosofía, así en Oriente como en Occidente, tuvo poco ó ningun influjo en el pueblo mahometano, permaneciendo siempre aislada y semioculta entre cierta aristocracia de eruditos. Sin embargo, áun dando fe á este aserto, todavía no se puede negar que el movimiento teológico fué muy activo en España, y que en él está, segun el mismo Renan, la verdadera vida filosófica del islamismo. Dentro de la ortodoxia muslímica habia multitud de escuelas, y fuera de ella, no pocas sectas ó herejías. — (*N. del T.*)



IX.

Poesías várias.

Hasta aquí hemos agrupado las diferentes composiciones, atendiendo á la semejanza de su contenido; pero hay muchas que se resisten á esta division por su índole propia y porque el autor ha expresado en ellas sus ideas ó sentimientos sobre los hombres y la naturaleza, bajo muy diversos puntos de vista. A menudo se advierte esta diversidad en una misma composicion, la cual está como formada de muchas partes, conteniendo cada una distinto asunto, como si fuesen várias composiciones. Esta falta de unidad resalta, por ejemplo, en la famosa *kasida* en elogio de Córdoba, que estaba en boca de todos los andaluces con el título de *El tesoro de la fantasía.* Empieza la *kasida*, á la manera de las antiguas poesías arábigas, hablando con pena y deseo amoroso de las enamoradas ausentes (1), y en seguida, y sin transicion,

(1) Como en las antiguas *kasidas*, las enamoradas son mencionadas en ésta en plural. Sobre esta costumbre véase á Dozy, *Loci de Abbadidis*, I, 409.—Humbert, *Antologie*, 204.—Slane, *Journal asiat.*, 1839, I, 175.

hace el poeta el elogio de Córdoba, su patria, lamenta el mal estado de los negocios, por el cual tiene que privarse de muchos placeres, y dice que por todas partes le aconsejan que emigre y busque fortuna en países extraños; pero él se resuelve decididamente á no abandonar la patria querida. Toda la *kasida*, que no carece de interes, á pesar de lo defectuoso de su composicion, dice como sigue:

De muy léjos el saludo
Llega á mí de mis queridas,
Como suspiro del aura,
Lleno de fragancia rica.
Sobre praderas de aromas
Parece que se desliza,
Las esencias recogiendo
De rosas y clavellinas.
Dentro de mi pecho infunde
Nuevo espíritu de vida,
Y mi muerto corazon
Para el amor resucita.
Este espíritu suave,
Que ellas de léjos me envian,
De la profunda tristeza,
De los pesares me alivia.
Mil amorosos recuerdos
Pasan por el alma mia,
Cual sobre arena candente
La fresca y húmeda brisa.
Como manso viento lleva
Hojas del árbol caidas,
Mi corazon arrebatan
Las pasadas alegrías;
Y me embriagan cual vino,
Y todo mi sér agitan,
Y despiertan esperanzas
Por largo tiempo dormidas.

El perfume de tu amor,
¡Oh hermosa! el alma respira,
Y cuando te llora ausente,
Verte otra vez imagina;
Y vuela, el rastro oloroso
Tomando siempre por guía,
Porque el ánsia de lograrte
Nuevamente la domina.
De tu aérea vestidura
Tocar anhelo la fimbria,
Y de lágrimas y besos
Enamorados cubrirla.
Arrastro sobre esta tierra
Mis penas y mis fatigas,
Sin tener consuelo alguno
Mi negra melancolía.
Corro del valle de Akik
A la Ruzafa magnífica
(Solo al mentar estos nombres,
De repente mis mejillas
Con lágrimas se humedecen):
Ya mis pasos se encaminan
Al prado de Addun, al claustro (1),
A la fúnebre capilla,
O á la puerta de aquel hombre
Poderoso, que me brinda
Con su vino y su amistad,
Que siempre son mi delicia.
Alá le guarde y proteja,

(1) Es de notar que en tierra de moros habia conventos de monjas y de frailes cristianos, célebres con frecuencia por el exquisito vino que en ellos se cosechaba y criaba. Los moros solian ir á estos conventos á emborracharse, y si hemos de creer al poeta Ibn-Hamdis de Siracusa, y si no hemos de tomar lo que dice por mentirosa jactancia, tenian los mahometanos orgías nocturnas en los conventos de Sicilia, como la que describe dicho poeta siracusano en una *kasida*, que insertarémos en el tomo II de esta obra.—(*N. del T.*)

Y me conceda la dicha
De poder verle y hablarle
Todo el tiempo que yo exista.
A la puerta de Damasco
No quiero hallarme en la vida;
Ir á regiones extrañas
Mi pensamiento no ansía.
El que su patria abandona,
No bien ausente se mira,
Arrepentido lamenta
Su arrebatada partida.
¿Qué alcanza ni qué consigue
El que mucho peregrina?
Ganar tal vez con trabajo
Su sustento solicita;
Pero ¿qué saben los hombres
De lo que Dios determina?
Quien emigrar me aconseja,
Con mayor razon podria
Aconsejar á un eunuco
El ser padre de familia.
Mi salud en este mundo
Y en el otro aquí se cifra;
Por nada la deliciosa
Córdoba yo dejaria.
Grande es la ciudad; del rio
Las ondas son cristalinas;
Verde espesura, jardines
Y flores bordan su orilla.
Para vivir siempre en Córdoba,
Más que Noé viviria.
De Faraon los tesoros
Déme la suerte propicia
Para gastarlos en vino
Y en cordobesas bonitas,
Ojinegras, cariñosas,
Que á dulces besos convidan.
Mas, ¡ay! que debo quejarme
De la fortuna maldita,



Que con pobreza y cuidados
De contínuo me atosiga.
Jamas alcanza mi mano
Adonde alcanza mi vista.
Ménos que yo valen otros,
Y llegan adonde aspiran.
Entre desdichas tan crudas
Es la más cruda desdicha
Tener, como un pordiosero,
La bolsa siempre vacía,
Y de caprichos de rey
La imaginacion henchida.
A contemplar no me atrevo,
De Yabrin en las colinas,
A las esbeltas mujeres,
Cual las anémonas lindas.
Al verme tan angustiado,
Me dicen muchos : Emigra ;
Y yo respondo : Lo haré,
Cuando no esté de la viña
Colgado mi corazon ;
Cuando el aura matutina
Con el aroma del mirto
No dé á mi pecho alegría ;
Cuando los cantares odie
Y las redondas mejillas,
Como la granada rojas,
Y no exciten mi codicia
Las pomas de amor fragantes,
Que blandamente palpitan.
Para evitar la miseria
Trabajaré noche y dia ;
Haré esfuerzos por lograr
Una suerte más benigna ;
Mas no pretendais de mí
Que deje la patria mia :
Al caballo de viaje
No pondré jaez ni brida.
Muy sano es vuestro consejo,



Mas permitid no le admita;
No puede el alma sufrir
Que otros en mi casa vivan.
Quiero ser fiel á mi patria,
Aunque me dió poca dicha,
Aunque en ella mis deseos
Y voluntad se marchitan.
En ella apenado vivo,
Y con desprecio me miran;
Mas no he de ver otras tierras
Y gentes desconocidas.
«Viene á medrar con nosotros
Este extranjero», dirian,
Mis frases más amistosas
Pagando con invectivas;
«Léjos de aquí; sólo agradas
Si de delante te quitas;
Tu presencia me es odiosa
Y me despierta la ira.»
¡Oh amorosos ojos negros!
¡Oh mujeres peregrinas!
No es para mí vuestro amor;
Me atrevo apénas la vista
A tender hácia vosotras;
Tanto la inopía me humilla.
Y tú, vino del convento,
Confortadora bebida,
Para gustarte á menudo,
Dinero se necesita.
¿Oh Tú, que con decir «sea»,
Cuanto hay en el mundo crias,
Ve que en Córdoba me quedo
En necesidad grandísima;
Poderoso y grande Aláh,
En tí mi alma confia! (1).

(1) MAKKARI, I, 356. El autor de esta *kasida* es Abul-Kassim Aamir Ben Hischam.

Mostrarémos aún con otro ejemplo cuán poco necesario era, en concepto de los árabes, que un pensamiento claramente determinado ligase entre sí todas las partes de una composicion poética. En la *kasida* que vamos á insertar á continuacion, describe Ibn-Said unas relaciones amorosas, que defiende contra toda censura, y despues una noche pasada alegremente en las cercanías de Granada, á orillas del Genil. Ambas partes se enlazan tan poco, que sin dificultad pudieran formar dos composiciones en lugar de una sola:

Miéntras gimen las palomas
Alárgame el vaso lleno:
Venga vino, y de mi seno
Ahuyente todo pesar.
Acércate, y que yo pueda,
Estrechando tu cintura,
De tu boca en la frescura
Mi sed ardiente calmar.
Dulce tesoro tu boca
Es de perlas orientales,
Es un cerco de corales,
Lleno de aromas y miel.
Mi vida y alma son tuyas;
Más que á mí mismo te amo.
Eres cual airoso ramo
En encantado verjel.
Sobre una excelsa colina
Eres cual planta lozana,
Y compiten la mañana
Y la noche por tu amor.
¿Cómo extrañar que tu gracia
Mi corazon encadene?
Te amaré aunque me condene
Tanto severo censor.

Aunque mi afecto escarnezca
Y ria de mi constancia,
Siempre haré con arrogancia
Frente á la murmuracion.
Más fuerte que sus calumnias
Es el amor que me inspiras:
Sus consejos y mentiras
No matarán mi pasion.
Dicen que por causa tuya
Adquiero perversa fama;
Que el mundo loco me llama
Y que se burla de mí;
Que tus amores quebrantan
La energía de mi vida;
Que está mi hacienda perdida;
Que hasta mi honra te dí.
Pero yo al punto respondo
Que temo más tus desdenes,
Que honra, paz, salud y bienes
En un instante perder.
Ni conjuros ni razones
Vencen mi amante locura:
Me liga con tu hermosura
Un invencible poder.
Aunque dicen que me engañas,
En tu lealtad me confio;
Ir á tus brazos ansío,
Y tú á mis brazos venir.
Lanzas y espadas en vano
Se oponen á tu venida;
No hay densa nube que impida
Que llegue el sol á lucir.
Burlas á los guardas, rompes
De tus prisiones los hierros;
No hay vigilancia ni encierros
Que te detengan jamas:
Para llegar amorosa
Donde tu amante suspira,
¿De qué discreta mentira,



De qué medio no usarás?
Si un dia de mí te burlas,
Y si por otro me dejas,
No serán nunca mis quejas
Porque poco te guardé.
Sé que guardar es inútil
El amor de las mujeres:
Guárdate tú, si me quieres,
Y consérvame tu fe.
Mas, aunque al cabo me engañes,
Vivirán en mi memoria,
Como recuerdos de gloria,
Tus caricias y tu amor;
Cuando tus labios hermosos
Con los mios se estrechaban,
Y en vano calmar ansiaban
Su fuego devorador.
Yo nunca á Dios en mis rezos
Bastantes gracias daria
Por aquel dichoso dia
Que pasé junto al Genil,
Cuando entonaban sus himnos
Alondras y ruiseñores,
Siendo de aquellos cantores
Los verdes ramos atril.
El sol poniente los árboles
Mágicamente doraba,
Y el rio serpenteaba,
Cual argentino riel.
Vertia amante ternura
En nuestras almas el vino,
Cual topacio cristalino
Y dulce como la miel.
La blanca espuma que al borde
Del vaso lleno subia,
Entre rosas parecia
Un floreciente jazmin;
Y la luz formaba un íris
En el vino penetrando,



Que perlas y aromas dando,
Regocijaba el festin.
Así del festin gozamos,
Hasta que en el occidente
El sol su manto luciente,
Al hundirse, recogió.
Para evitar las tinieblas
Las lámparas encendimos;
Pero el vino que bebimos
Mucho más nos alumbró.
En estrella se transforma
Por la noche cada vaso,
En estrella sin ocaso,
Que no cesa de brillar.
La noche en estos deleites
Fué pasando hora tras hora,
Y al fin anunció la aurora
De las aves el cantar.
Y llegó el dia, y entónces
Un viajero que pasaba,
Por nuestras almas rezaba,
Porque muertos nos creyó,
Viéndonos allí tendidos
Inmóviles y beodos.
Bendito el vino, que á todos
Tan grato sueño nos dió (1).

Las composiciones siguientes pueden considerarse como epigramas en el sentido de los de la antología griega:

A UNA ESPADA.

Cual astro en las tinieblas aparece,
Como tea inflamada;
Entre nubes de polvo resplandece,
Como el sol, esta espada.

(1) Makkari i, 649.



Tiembla y huye el contrario si la mira,
Que se acerque temiendo;
Sólo su imágen el terror inspira
A quien la ve durmiendo.

INSCRIPCION DE UN ARCO.

Cuando el polvo se levanta
Sobre el lugar del combate
Y marcha la destruccion
De fila en fila triunfante,
Y ejército contra ejército
Lucha con rudo coraje,
Y sobre todo guerrero
Vuela la muerte implacable,
Mando para el enemigo
Que de más bravo hace alarde,
De improviso, un hierro agudo,
Que en el corazon se clave.
Brillo como media luna
Entre revueltos celajes;
Como estrellas ominosas
Mis flechas cruzan el aire (1).

A UNA ESTATUA DE VÉNUS QUE SE HALLÓ EN SEVILLA, EN UNA EXCAVACION.

¡Con cuántos hechizos brilla
Esta imágen de mujer!
Da la luz á su mejilla
Un mágico rosicler.
Un hijo tiene la hermosa,
Mas nadie pensar pudiera
Que una lanzada amorosa
Jamas su cuerpo oprimiera.

(1). Grangeret 185, 187.



Es de mármol, pero mira
Tan dulce y lánguidamente,
Que al verla, de amor suspira
El alma ménos ardiente (1).

A UN MANCEBO QUE HABIA PELEADO VALEROSAMENTE EN LA BATALLA DE ZALACA.

En negro corcel, ¡ oh jóven !
Te vi entrar en la batalla:
Cual la luna, cuando el velo
De oscuras nubes desgarra,
Y luce entre las tinieblas,
Que disipa amedrentadas,
Tu hermoso rostro lucia
Entre flechas y entre lanzas (2).

Muy tiernamente sentida está la siguiente composicion á un jóven sevillano, cautivo en Murcia:

Con honda pena el desdichado gime,
Y nada le sosiega;
Inútilmente su dolor reprime;
En lágrimas se anega.
Ten compasion del mozo que suspira,
De libertad sediento:
Sólo en la huesa su reposo mira;
Muerte en cada momento.
Del aire aspira con amante anhelo
La ráfaga ligera,
Porque aspirar del sevillano suelo
Los aromas espera.
Que le preste sus alas, sollozando,
Demanda al avecilla,

(1) MAKKARI, I, 350.
(2) *Scriptor. loc. de Abbadidis*, I.



Con el intento de volver volando
A su amada Sevilla (1).

Estos versos son de Al-Homaidi:

Vivir de mi patria ausente
Es mi costumbre hace tiempo;
Otros gustan del reposo,
Yo gutso del movimiento.
Innumerables amigos
En todas las tierras tengo:
He desplegado mi tienda
En mil ciudades y pueblos.
Desde el Oriente al Ocaso
Recorrer el mundo quiero:
No ha de faltar un sepulcro
En que descanse mi cuerpo (2).

Sirvan como muestras de poesía gnómica ó sentenciosa las que siguen:

Aunque su cuerpo perezca,
El sabio nunca perece;
El ignorante está muerto
Aun ántes de que le entierren (3).

Como nuestra misma sombra
Son los bienes de la tierra:
Huyen de quien los persigue,
Persiguen á quien los deja (4).

Cálices llenos de acíbar
Suelen ser todos los hombres,
Y sus frases amistosas,
Miel extendida en el borde.

(1) Makkari, I, 664.
(2) Makkari, I, 535.
(3) Ibn-Chalikan, art. *Ibn-As-Sid.*
(4) Ibn-Chalikan, art. *Sukaina.*



La dulzura del principio
A beber nos predispone,
Y al fin gustamos lo amargo
Que en el corazon se esconde (1).

Dos partes tiene la vida:
Lo que pasó, que es un sueño;
Lo restante, lo que áun
No pasó, que es un deseo (2).

Ibn-ul-Habbad, aunque era un tierno poeta erótico, escribió estos versos en un momento de mal humor:

Si te engaña tu querida,
Sé tambien su engañador;
Quien desdeña ó quien olvida
Se cura del mal de amor.
Cuando tienes un rosal
Que te da rosas hermosas,
Que se lleve, es natural,
El que pasa algunas rosas (3).

Con ocasion de encanecerse rápidamente sus cabellos, dijo burlando el famoso médico Ibn-Zuhr ó Abenzoar.

Así exclamé, sorprendido,
Al mirarme en el espejo:
«¿Quién es este pobre viejo?
¿Adónde, adónde se ha ido
Aquel jóven conocido
Que en tu fondo yo veia?»
Y el espejo respondia:
«Sulema lo explicará,
Que ya te dice ¡papá!
Y ayer ¡hijo! te decia» (4).

(1) IBN-JUBAIR, ed. Wright, pág. 19.
(2) MAKKARI, I, 79.
(3) DOZY, *Recherches*, 101.
(4) IBN-CHALIKAN, art. *Ibn-Zuhr*.



El mismo Abenzoar hizo para sí este epitafio:

Párate y considera
Esta mansion postrera,
Donde todos vendrán á reposar.
Mi rostro cubre el polvo que he pisado;
A muchos de la muerte he libertado,
Pero yo no me pude libertar (1).

Ibn-Badja (llamado Avempace por los cristianos) dijo, al presentir su próxima muerte:

Al ver que mi alma la muerte temia,
Le dije: «La muerte disponte á sufrir;
Llamarla en las penas es gran cobardía,
Mas debes tranquila mirarla venir.»

Abn-Amr, paseándose un dia por los alrededores de Málaga, su patria, se encontró con Abd-ul-Wahab, gran aficionado de la poesía, y habiéndole rogado éste que dijera algunos versos, recitó los que siguen:

Sus mejillas al alba roban luz y frescura,
Cual arbusto sabeo es su esbelta figura;
Las joyas no merecen su frente circundar.
De la gacela tiene la gallarda soltura
Y el ardiente mirar.
Sean, cual perlas bellas,
Engarzadas estrellas
De su hermosa garganta magnífico collar.

Cuando Abd-ul-Wahad hubo oido estos versos, lanzó un grito de admiracion y cayó como desmayado. Cuando volvió en sí, dijo: «¡Perdóname, amigo! Dos

(1) Ibn-Chalikan, art. *Ibn-Zuhr*.



cosas hay que me ponen fuera de mí y me quitan todo dominio sobre mí propio: el ver una hermosa cara y el oir una buena poesía» (1).

El califa Abdurrahman III tuvo que sangrarse á causa de una ligera indisposicion. Estaba sentado en el pabellon de la gran sala, que se alzaba en el punto más elevado de As-Zahra, y ya el cirujano iba á herir su brazo con el instrumento, cuando entró volando un estornino, se paró sobre un vaso dorado, y dijo lo siguiente:

Hiere con mucho cuidado
El brazo con la lanceta,

(1) MAKKARI, II, 274.—Ya comprenderán nuestros lectores que no participamos de la extraordinaria admiracion de Abd-ul-Wahad. Tal vez en el original árabe haya primores que no ha podido reproducir la traduccion alemana, y ménos aún la española. Con todo, el que hace esta última no da valor alguno á aquellos primores intraducibles para un traductor ménos que mediano. La forma poética es de suma importancia, pero la forma poética presupone un contenido, un pensamiento ó sentimiento que tambien lo es, y que apetece una forma adecuada, y que la impone á quien traduce. Cuando no hay ni pensamiento ni sentimiento, sino hinchazon ó puerilidad, no puede haber forma tampoco, sino quizás una estructura extraña y complicada, ó una vana y artificiosa combinacion de palabras sonoras. Los lectores comprenderán cuán ingrata tarea es la de traducir de una lengua á otra estas composiciones vacías, ó como si dijésemos hueras, pero que tienen su valor histórico y su lugar correspondiente en toda literatura. Más trabajo da al traductor una composicion de esta clase, aunque sólo conste de una docena de versos, que la magnífica elegía de Abul-Beka, de Ronda, á la pérdida de Valencia, Córdoba y Sevilla.

Porque la vida del mundo
Circula por esas venas.

El estornino repitió muchas veces estas palabras, y Abdurrahman, muy divertido y maravillado, trató de averiguar quién le habia proporcionado aquella sorpresa, enseñando los versos al pájaro. Entónces supo que habia sido su mujer Murdschana, madre del heredero del trono Al-Haken, y recompensó su ocurrencia y el placer que le habia dado con un presente muy rico (1).

Un jóven, empleado en la administracion de la hacienda pública en Córdoba, fué conducido á la presencia del poderoso ministro Almansur, para responder de la malversacion de ciertos fondos, por lo cual se le acusaba. Habiendo tenido que confesar su delito, Almansur le dijo: «Pícaro, ¿cómo te has atrevido á apoderarte de los dineros del Sultan?» El mozo respondió: «El destino es más poderoso que los mejores propósitos, y la pobreza seduce á la lealtad.» El ministro, muy incomodado, mandó que le llevasen á la cárcel con cadenas para darle un severo castigo. Cuando ya le llevaban, dijo el reo:

No acierto á ponderar cómo es profundo
El infortunio mio;
No hay quien pueda salvarme en este mundo;
En la bondad de Dios sólo confio.

Al oir Almansur estos versos, ordenó á los esbirros que se detuviesen, y preguntó al prisionero: «¿Has re-

(1) Makkari, i, 232.



citado esos versos de memoria ó los has improvisado?» El mozo respondió: «Los he improvisado», y el ministro mandó que le quitasen las cadenas. Entónces añadió el mozo:

Como Alá, bondadoso sé que eres,
Y perdonar sin agraciar no quieres,
Con el perdon no se contenta Alá;
Sobre el perdon el Paraíso da.

Almansur mandó que no sólo le dejasen en libertad, sino que tambien se desistiese de toda ulterior persecucion á causa de la suma malversada (1).

Ibn-Hudail refiere: «Cierto dia, yendo yo á una quinta que poseo al pié de la sierra de Córdoba, en uno de los más hermosos sitios del mundo, me encontró con Ibn-al-Kutiya, que volvia precisamente de los jardines que tiene en aquel punto. Cuando me vió, dirigió hácia mí su caballo, y se mostró muy contento de haberme encontrado.

»Yo mismo, de muy buen humor, le dije de repente:

Sol, que el mundo iluminas refulgente,
¿De dó vienes, varon á quien respeto?

»Al oirme se sonrió, y respondió al instante:

De donde meditar puede el creyente,
Y el pecador pecar puede en secreto.

»Esta respuesta me agradó tanto, que no me pude contener, y le besé la mano y pedí para él la bendicion

(1) MAKKARI, I, 273.



de Dios. Era ademas mi antiguo maestro y merecia esta muestra de alta estimacion» (1).

Ibn-Sadeh cuenta: «Habia yo llegado á Toledo con mi hermano, y ambos fuimos á hacer una visita al jeque Abu-Bekr. Apénas entramos donde estaba, nos preguntó de dónde veniamos. De Córdoba, respondimos. ¿Y cuándo la dejasteis? volvió á preguntar. No há mucho, volvimos á responderle. Entónces, dijo, llegaos más cerca de mí, á fin de que yo respire el ambiente de Córdoba. Y cuando ya estuvimos junto á él, se inclinó sobre mi cabeza y dijo:

«¡Oh ciudad de las ciudades,
Córdoba espléndida y clara!
¿Cuándo volveré á tu seno,
Hermosa y querida patria?
¡Ojalá fecunda lluvia
Sobre tus pensiles caiga,
Miéntras que el trueno repita
El eco de tus murallas!
Brillen serenas tus noches,
Un cinturon de esmeraldas
Te cerque y tu fértil vega
Te perfume con algalia.»

El poeta As-Sohaili recibió la noticia de que Sohail, lugar de su nacimiento, cerca de Málaga, habia sido destruido por los cristianos, y sus parientes habian sido muertos. Al punto fué allí, y al ver las ruinas de su pueblo, exclamó conmovido:

(1) Ibn-Chalikan.



¿En dónde están los nobles generosos
Que en tu seno vivian;
Que amenudo en sus brazos amorosos
Aquí me recibian?
Ni á mi voz ni á mi llanto ha respondido
Ninguna voz amada;
El eco ó de la tórtola el gemido
Responde en la enramada.
Honda pena me causa, patria mia,
Estar tus males viendo,
Y no poder á la maldad impía
Dar castigo tremendo (1).

(1) Mokkari, ii, 272.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE.





POESÍA Y ARTE

DE

LOS ÁRABES

EN ESPAÑA Y SICILIA,

POR

ADOLFO FEDERICO DE SCHACK.

TRADUCCION DEL ALEMAN

POR DON JUAN VALERA,

de la Real Academia española.

TOMO SEGUNDO.

SEGUNDA EDICION.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1868



POESÍA Y ARTE

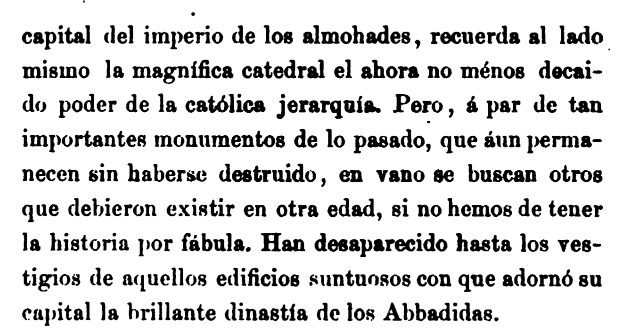
DE LOS ARABES

EN ESPAÑA Y SICILIA.

X.

Al Motamid.

Quien ha visto á Sevilla, aunque sea de paso, tiene que admirarse de la multitud y variedad de monumentos que tantos y tan diversos pueblos y siglos han ido dejando en aquella famosa ciudad, ensalzada proverbialmente como una maravilla del mundo. Miéntras que las columnas de la Alameda vieja hacen pensar en la dominacion de los romanos, la elegante Lonja, el Archivo de Indias y la Torre del Oro, á orillas del Guadalquivir, adonde aportaban las flotas de la recien descubierta América, traen á la memoria el esplendor de la monarquía universal de Cárlos V. Y miéntras que la Giralda, graciosa á la par que majestuosa, nos trasporta á los tiempos en que el almuédano hacia oir su voz desde su altura, llamando á la oracion á la floreciente



capital del imperio de los almohades, recuerda al lado mismo la magnífica catedral el ahora no ménos decaido poder de la católica jerarquía. Pero, á par de tan importantes monumentos de lo pasado, que áun permanecen sin haberse destruido, en vano se buscan otros que debieron existir en otra edad, si no hemos de tener la historia por fábula. Han desaparecido hasta los vestigios de aquellos edificios suntuosos con que adornó su capital la brillante dinastía de los Abbadidas.

El tiempo, que no ha perdonado los palacios y quintas de aquellos príncipes, tambien ha borrado casi su recuerdo. Y sin embargo, no sólo levantaron los Beni-Abbad, merced á su espíritu emprendedor y á su valor guerrero, el poder de su reino á una altura que sobresalia entre la de los otros estados contemporáneos de la península, sino que, como valedores de la ciencia y de la poesía, hicieron de su córte un centro de reunion de sabios y de poetas, con el cual apénas compite en esplendor el que hubo en Córdoba en el más glorioso período del califato. Aun hay más: un individuo de esta dinastía, Al Motamid, ocupa un distinguidísimo lugar entre los poetas árabes, y por su extraño destino, y por la trágica caida en que arrastró á todos los suyos, aparece como un héroe digno de la poesía.

De la anarquía que siguió á la caida de los Omiadas nació un gran número de pequeños estados independientes. Córdoba, Badajoz, Toledo, Granada, Almería, Málaga, Valencia, Zaragoza, Murcia y otras ciudades



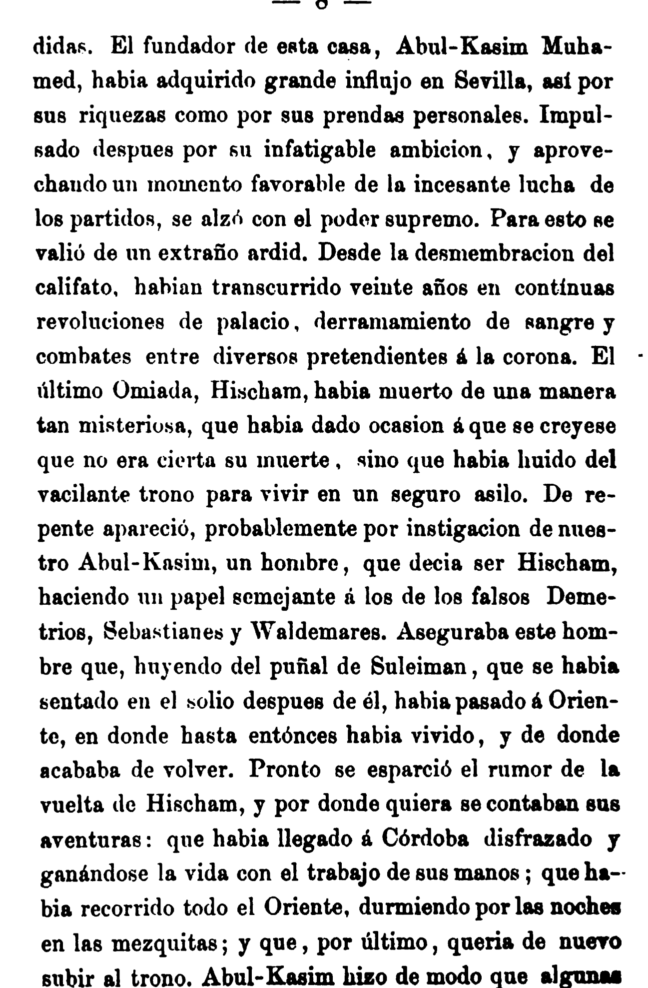
fueron asiento de otras tantas dinastías, que á menudo se combatian entre sí (1). Pronto descolló como la más ilustre de estas familias soberanas la casa de los Abba-

(1) Hubo tambien reyes ó estados independientes en Denia, Algeciras, Carmona, Ronda, Arcos, Huelva, Silves, Alpuente, Niebla y Moron. La historia de este período, desde la caida del califato de Córdoba hasta que los Almoravides conquistaron la España muslímica, historia que comprende casi todo el siglo XI, está escrita de un modo muy interesante y ameno por Dozy, en todo el tomo IV y último de su *Histoire des musulmans d'Espagne.*

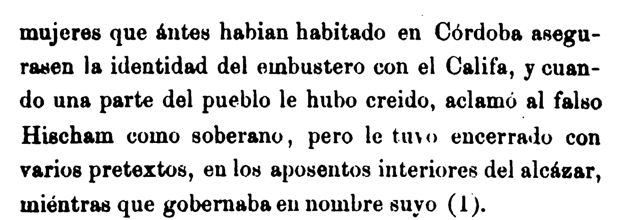
Dice Schack, en una nota, que cuando escribió esta parte del trabajo que vamos traduciendo, áun no habia dado Dozy á la estampa dicho tomo IV publicado, con todo, en 1861, miéntras que la obra de Schack sólo apareció en 1865. Sea como quiera, Schack añade que las noticias que da sobre la vida de los príncipes Abbadidas las ha tomado directamente de varios escritores árabes, y que sólo son suficientes para servir de cuadro á sus poesías, remitiendo al lector que desee informarse mejor de los sucesos de aquella época, á la ya mencionada y famosa obra de Dozy.

Como esta obra, al ménos que yo sepa, áun no está traducida al castellano, y como los sucesos que en ella se refieren interesan más á los españoles que á los alemanes, no podré excusarme de ilustrar á veces con una breve nota, tomada de Dozy, lo que Schack dice en este capítulo.

La época en que vivieron los Abbadidas es en extremo interesante y curiosa por la mezcla extraña que hubo en ella de barbarie y de cultura refinada, de libertad de pensar y escribir y de tiranía feroz, de irreligiosidad y supersticion, de ciencia y de ignorancia. Los reyes y príncipes eran poetas, filósofos, eruditos, y al mismo tiempo solian ser los más sanguinarios tiranos, ebrios de vino y de sangre y haciendo con frecuencia ellos mismos, con singular deleite, el papel de verdugos. Badis, rey de Granada, mataba casi siempre él mismo á los personajes más notables á quienes condenaba á muerte. (*N. del T.*)



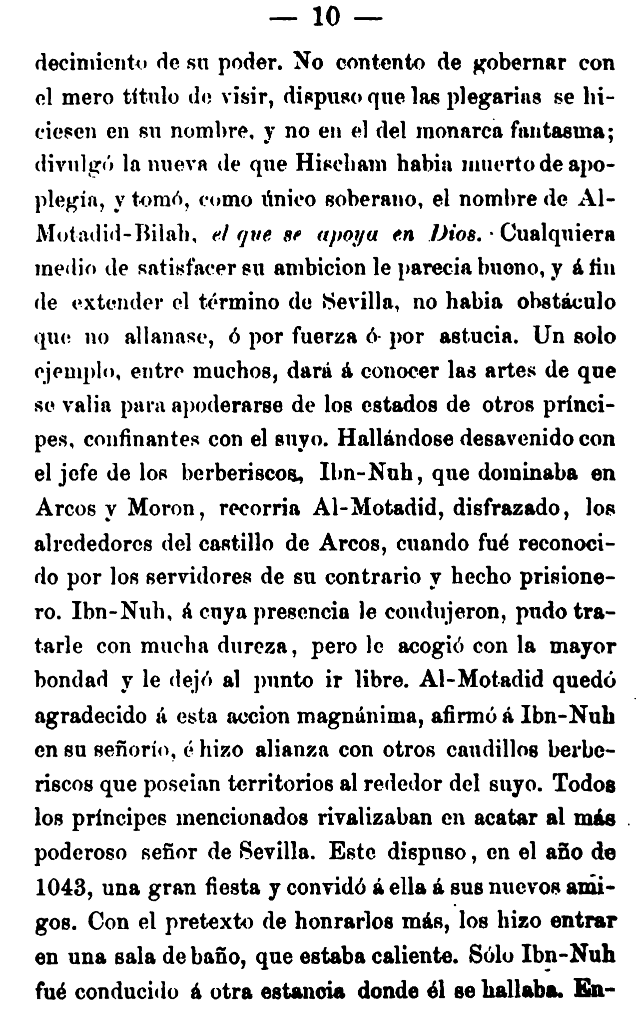
didas. El fundador de esta casa, Abul-Kasim Muhamed, habia adquirido grande influjo en Sevilla, así por sus riquezas como por sus prendas personales. Impulsado despues por su infatigable ambicion, y aprovechando un momento favorable de la incesante lucha de los partidos, se alzó con el poder supremo. Para esto se valió de un extraño ardid. Desde la desmembracion del califato, habian transcurrido veinte años en contínuas revoluciones de palacio, derramamiento de sangre y combates entre diversos pretendientes á la corona. El último Omiada, Hischam, habia muerto de una manera tan misteriosa, que habia dado ocasion á que se creyese que no era cierta su muerte, sino que habia huido del vacilante trono para vivir en un seguro asilo. De repente apareció, probablemente por instigacion de nuestro Abul-Kasim, un hombre, que decia ser Hischam, haciendo un papel semejante á los de los falsos Demetrios, Sebastianes y Waldemares. Aseguraba este hombre que, huyendo del puñal de Suleiman, que se habia sentado en el solio despues de él, habia pasado á Oriente, en donde hasta entónces habia vivido, y de donde acababa de volver. Pronto se esparció el rumor de la vuelta de Hischam, y por donde quiera se contaban sus aventuras: que habia llegado á Córdoba disfrazado y ganándose la vida con el trabajo de sus manos; que habia recorrido todo el Oriente, durmiendo por las noches en las mezquitas; y que, por último, queria de nuevo subir al trono. Abul-Kasim hizo de modo que algunas



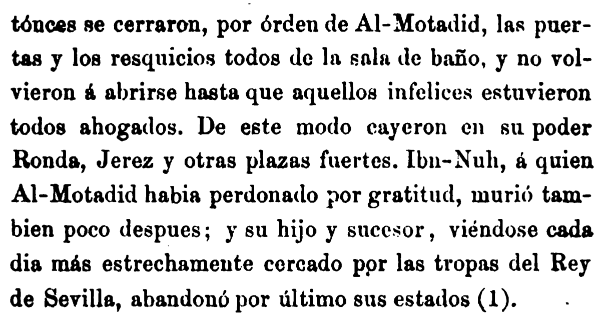
mujeres que ántes habian habitado en Córdoba asegurasen la identidad del embustero con el Califa, y cuando una parte del pueblo le hubo creido, aclamó al falso Hischam como soberano, pero le tuvo encerrado con varios pretextos, en los aposentos interiores del alcázar, miéntras que gobernaba en nombre suyo (1).

Abul-Kasim procuró enseguida ensanchar los límites del nuevo reino de Sevilla; pero quien llevó adelante con más éxito sus planes ambiciosos fué su hijo, que subió al trono despues de la muerte de Abul-Kasim, en el año de 1042. Era el nuevo príncipe hombre de gran fuerza y corpulencia, de agudo entendimiento y de notable presencia de espíritu. Tenía ademas una esmerada educacion literaria, adquirida durante la vida de su padre, por medio de asiduos estudios; pero apénas se abrió para él el camino del imperio, cuando todos sus pensamientos se enderezaron al mismo fin; al engran-

(1) IBN-CHALLIKAN, *Loci de Abbadidis*, ed. Dozy, I, 220.—La soberanía del falso Hischam fué reconocida por Abdalaziz, rey de Valencia, por Modjehid, rey de Denia y las Baleares, y por el príncipe de Tortosa. Aunque el presidente de la república que se habia formado en Córdoba no se dejó engañar por el fingido califa, tuvo que ceder al deseo y entusiasmo de sus conciudadanos y hacer juramento de fidelidad y vasallaje á Hischam II, si bien más tarde logró convencer á los cordobeses de la impostura y recobrar la independencia. Los reyes de Almería y de Granada, gobernados por dos validos eminentes, el árabe Ibn-Abbas y el judío Samuel, no reconocieron tampoco al falso califa, y hubieran sido los más terribles enemigos de los Abbadidas, si no se hubiesen destruido entre sí con continuas y feroces guerras. (*N. del T.*)



decimiento de su poder. No contento de gobernar con el mero título de visir, dispuso que las plegarias se hiciesen en su nombre, y no en el del monarca fantasma; divulgó la nueva de que Hischam habia muerto de apoplegía, y tomó, como único soberano, el nombre de Al-Motadid-Bilah, *el que se apoya en Dios.* Cualquiera medio de satisfacer su ambicion le parecia bueno, y á fin de extender el término de Sevilla, no habia obstáculo que no allanase, ó por fuerza ó por astucia. Un solo ejemplo, entre muchos, dará á conocer las artes de que se valia para apoderarse de los estados de otros príncipes, confinantes con el suyo. Hallándose desavenido con el jefe de los berberiscos, Ibn-Nuh, que dominaba en Arcos y Moron, recorria Al-Motadid, disfrazado, los alrededores del castillo de Arcos, cuando fué reconocido por los servidores de su contrario y hecho prisionero. Ibn-Nuh, á cuya presencia le condujeron, pudo tratarle con mucha dureza, pero le acogió con la mayor bondad y le dejó al punto ir libre. Al-Motadid quedó agradecido á esta accion magnánima, afirmó á Ibn-Nuh en su señorío, é hizo alianza con otros caudillos berberiscos que poseian territorios al rededor del suyo. Todos los príncipes mencionados rivalizaban en acatar al más poderoso señor de Sevilla. Este dispuso, en el año de 1043, una gran fiesta y convidó á ella á sus nuevos amigos. Con el pretexto de honrarlos más, los hizo entrar en una sala de baño, que estaba caliente. Sólo Ibn-Nuh fué conducido á otra estancia donde él se hallaba. En-

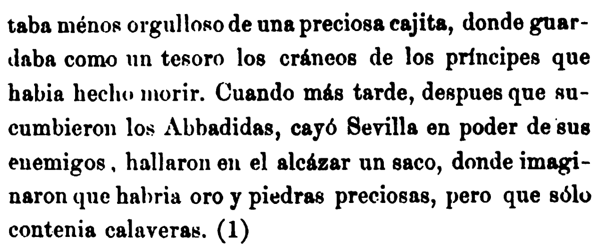


tónces se cerraron, por órden de Al-Motadid, las puertas y los resquicios todos de la sala de baño, y no volvieron á abrirse hasta que aquellos infelices estuvieron todos ahogados. De este modo cayeron en su poder Ronda, Jerez y otras plazas fuertes. Ibn-Nuh, á quien Al-Motadid habia perdonado por gratitud, murió tambien poco despues; y su hijo y sucesor, viéndose cada dia más estrechamente cercado por las tropas del Rey de Sevilla, abandonó por último sus estados (1).

Al-Motadid llevaba en sus palacios una vida de crápula, y los compañeros de sus orgías, con quienes pasaba á menudo noches enteras en la más desenfrenada disipacion, solian brindar á su salud con esta frase: «¡A que puedas matar á muchos!» Hizo Al-Motadid adornar los jardines de su alcázar con las cabezas de los enemigos que habia muerto, y se deleitaba con esta vista, que á los otros hombres causaba horror. No es-

(1) IBN-CHALDUN, *Historia de los berberiscos*, II, 74.

Dozy refiere este suceso algo diversamente. Al-Motadid no fué hecho prisionero en Arcos, sino que voluntariamente fué allí á visitar á Ibn-Nuh, y despues fué á Ronda, donde tambien se fió del caudillo bereber que allí dominaba. En Ronda, despues de haber bebido mucho en un convite, ó se quedó dormido, ó más bien fingió dormirse, y entónces oyó que los berberes trataban de matarle. Moadh-ibn-abí-Conra, pariente del señor de Ronda, se opuso á esta traicion y logró convencerlos de que no la hiciesen. Este Moadh, y no Ibn-Nuh, fué, pues, el que se salvó, por el agradecimiento de Al-Motadid, de morir sofocado en la sala de baño. Los demas príncipes perecieron. Al-Motadid hizo cortar y embalsamar las cabezas y las guardó en un cofre precioso. *(N. del T.)*



taba ménos orgulloso de una preciosa cajita, donde guardaba como un tesoro los cráneos de los príncipes que habia hecho morir. Cuando más tarde, despues que sucumbieron los Abbadidas, cayó Sevilla en poder de sus enemigos, hallaron en el alcázar un saco, donde imaginaron que habria oro y piedras preciosas, pero que sólo contenia calaveras. (1)

A pesar de su índole malvada, este tirano cruel, no sólo fué amante y favorecedor de las letras, sino poeta tambien y autor de muchas composiciones. Sirva de ejemplo la siguiente á la ciudad de Ronda:

La perla de mis dominios,
Mi fortaleza te llamo,
Desde el punto èn que mi ejército,
A vencer acostumbrado,
Con lanzas y con alfanges,
Te puso al fin en mi mano.
Hasta que llega á la cumbre
De la gloria peleando,
Mi ejército valeroso
No se reposa en el campo.
Yo soy tu señor ahora,
Tú mi defensa y amparo.

(1) *Loci de Abbadidis*, I, 243.—*Abd ul Wahid*, 67.—Otras calaveras de enemigos sirvieron á Al-Motadid como de tiestos ó macetas, donde hizo plantar flores. Al-Motadid, con todo, se creia clemente y dulce de condicion. En una de sus poesías ha dicho: «Dios mio, si quieres que los mortales sean dichosos, permite que yo reine sobre todos los árabes y sobre todos los bárbaros. Siempre he seguido el buen camino. Nunca he tratado á mis súbditos sino como conviene á un príncipe generoso y magnánimo», etc. (*N. del T.*)



Dure mi vida, y la muerte
No evitarán mis contrarios.
Sus huestes cubrí de oprobio;
En ellas sembré el estrago,
Y de cortadas cabezas
Hice magnífico ornato,
Que ciñe, cual gargantilla,
Las puertas de mi palacio (1).

Otras poesías características de Al-Motadid son:

I.

Ni cuando duermo me deja
Mi noble anhelo de gloria,
Y sueño con la ambicion,
Que el corazon me devora,
Que no me concede paz,
Que me atormenta y agobia,
Si me retiene en mi estancia
Enfermedad enojosa.
Cualquiera enfermo, si duerme,
Se tranquiliza ó mejora;
Mas el sueño huye de mí;
Mis pensamientos le arrojan.
Apénas cierro los párpados,
Grita una voz poderosa,
«¡Motadid, piensa en tus fines!»
Y el dulce sueño me roba.
Y así despierta mi alma,
Y combates y victorias
Ansiando férvidamente,
Ni un solo punto reposa.

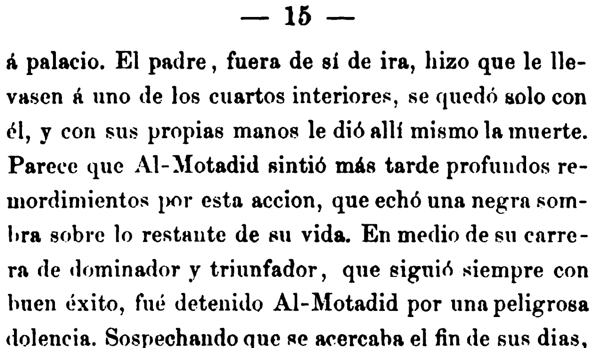
(1) Esta composicion y las que siguen están tomadas de *El Collar de oro*, de Ibn-Chacan, recientemente publicado en París.



II.

Locuaz y alegre en el trato
Me suele poner el vino:
Con quién más bebo en la orgía,
Con quién más rie compito.
Si al trabajo la mitad
De mi existencia dedico,
La otra mitad al reposo
Quiero dar y al regocijo.
Son mis fiestas y deportes
Cuando el sol hunde su disco;
Cuando de nuevo amanece,
El cuidar de mis dominios.
Mas aunque á cántaros beba,
Siempre en mi gloria medito:
Mis hazañas y mi nombre
No ha de tragar el olvido.

En la familia de Al-Motadid ocurrió un suceso trágico, que recuerda, por circunstancias muy semejantes, las córtes de Felipe II, Cosme I de Médicis y Pedro el Grande de Rusia. Ya hacia mucho tiempo que entre el Rey y su hijo mayor, Ismail, habia grandes desavenencias. Un conato de rebelion del Príncipe, que halla alguna disculpa en la extraordinaria dureza del padre, fué frustrado, y castigado con la muerte de los conspiradores. Entónces Ismail, temiendo para sí mismo la peor suerte é impulsado por la desesperacion, penetró una noche en palacio: creia encontrar dormido á Motadid y estaba resuelto á matarle; pero le encontró apercibido y á la cabeza de sus guerreros. Ismail emprendió la fuga, pero fué detenido y conducido nuevamente



á palacio. El padre, fuera de sí de ira, hizo que le llevasen á uno de los cuartos interiores, se quedó solo con él, y con sus propias manos le dió allí mismo la muerte. Parece que Al-Motadid sintió más tarde profundos remordimientos por esta accion, que echó una negra sombra sobre lo restante de su vida. En medio de su carrera de dominador y triunfador, que siguió siempre con buen éxito, fué detenido Al-Motadid por una peligrosa dolencia. Sospechando que se acercaba el fin de sus dias, mandó llamar á un cantor siciliano, para sacar un agüero de las primeras palabras con que empezase á cantar. El cantor empezó de este modo:

Al tiempo mata, que matarte quiere:
Pronto la vida pasa, pronto muere
Quien se ufanaba ayer.
El humor de las nubes cristalino
Mezcla, oh mi amada, con el dulce vino,
Y dame de beber.

El Rey consideró estos versos como un mal pronóstico. En efecto, sólo vivió cinco dias más, despues de haberlos oido.

Su hijo, Al-Motamid, que en el año de 1069 le sucedió en el trono, unia á las prendas de hombre de estado de su padre una más noble manera de sentir y un talento poético incomparablemente más alto. Habia pasado este príncipe una parte de su juventud en la ciudad de Silves, de la cual, así como del mágico palacio de Seradsjib, donde moraba, guardó siempre un dulce re-

cuerdo. En elogio de Silves compuso los versos siguientes:

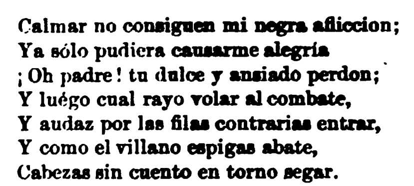
Saluda á Silves, amigo,
Y pregúntale si guarda
Recuerdo de mi cariño
En sus amenas moradas.
Y saluda, sobre todo,
De Seradsjib el alcázar,
Con sus leones de mármol,
Con sus hermosuras cándidas.
¡Cuántas noches pasé allí
Al lado de una muchacha
De esbelto y airoso talle,
De firmes caderas anchas!
¡Cuántas mujeres hirieron
Allí de amores mi alma,
Siendo cual flechas agudas
Sus dulcísimas miradas!
¡Y cuántas noches tambien
Pasé á la orilla del agua,
Con la linda cantadora,
En la vega solitaria!
Un brazalete de oro
En su brazo fulguraba,
Como en la esfera del cielo
La luna creciente y clara.
Ebrio de amor me ponian,
Ya sus mágicas palabras,
Ya su sonrisa, ya el vino,
Ya los besos que me daba.
Luégo solia cantarme,
Haciendo á los besos pausa,
Algun cántico guerrero
Al compas de mi guitarra;
Y mi corazon entónces
De entusiasmo palpitaba,
Como si oyese en las lides



El resonar de las armas.
Pero mi mayor deleite
Era cuando desnudaba
La flotante vestidura,
Y como flexible rama
De sauce, me descubria
Su beldad, rosa temprana,
Que rompe el broche celoso
Y ostenta toda su gala.

Su carácter, más inclinado á los goces y placeres de la paz que á los afanes de la guerra, se manifestó ya en vida de su padre, cuando éste le envió mandando una expedicion contra Málaga. Deleitándose en fiestas con sus compañeros de armas, se descuidó de suerte, que se dejó sorprender y arrollar por los enemigos y, habiendo perdido una gran parte de sus guerreros, sólo con dificultad pudo hallar refugio en Ronda. Hondamente enojado con esto, el padre le hizo poner en una prision y le amenazó con el último suplicio; pero las poesías que Al-Motamid le dirigió lograron poco á poco mitigar su ira. En una de ellas se expresaba Al-Motamid de este modo:

No ya de los vasos el són argentino,
Ni el arpa, ni el canto me inspiran placer,
Ni en frescas mejillas rubor purpurino,
Ni ardientes miradas de hermosa mujer.
No pienses, con todo, que extingue y anula
Un místico arrobo mi esfuerzo y virtud;
Bullendo en mis venas, cual fuego circula
Y bríos me presta viril juventud.
Mas ya las mujeres, el vino y la orgía



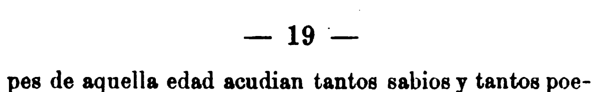
Calmar no consiguen mi negra afliccion;
Ya sólo pudiera causarme alegría
¡ Oh padre ! tu dulce y ansiado perdon;
Y luégo cual rayo volar al combate,
Y audaz por las filas contrarias entrar,
Y como el villano espigas abate,
Cabezas sin cuento en torno segar.

En otra composicion trata Al-Motamid de ganarse la voluntad de su padre, alabando asi sus hazañas:

¡ Cuántas victorias, oh padre,
Lograste, cuyo recuerdo
Las presurosas edades
No borrarán en su vuelo !
Las caravanas difunden
Por los confines extremos
De la tierra la pujanza
De tu brazo y los trofeos;
Y los beduinos hablan
De tu gloria y de tus hechos,
Al resplandor de la luna,
Descansando en el desierto.

Así, por último, tuvo lugar la reconciliacion entre padre é hijo. Éste tambien mostró más tarde mayor aptitud para la guerra, y cuando vino á heredar el reino, logró agrandarle con la conquista de Córdoba.

«Al-Motamid, dice un historiador arábigo, era el más liberal, hospitalario, magnánimo y poderoso entre todos los príncipes de España, y su palacio era la posada de los peregrinos, el punto de reunion de los ingenios y el centro adonde se dirigian todas las esperanzas, de suerte que á ninguna otra córte de los princi-



pes de aquella edad acudian tantos sabios y tantos poetas de primer órden (1).

En los alcázares y quintas de Al-Mubarac, Al-Mucarran, Az-Zoraya y Az-Zahi, habia, segun las diferentes estaciones del año, variada y siempre encantadora vivienda, donde el Rey se deleitaba y entregaba á los placeres del amor y de la poesía, al márgen de primorosas fuentes, indispensable requisito de todo morisco alcázar, y arrullado por el murmullo de los surtidores, que brotaban de la boca de elefantes de plata ó de marmóreos leones. Con él estaba siempre su esposa Itimad, célebre por sus altas prendas de poetisa. El modo con que el Rey trabó conocimiento con ella tiene un carácter muy novelesco. Solia el Rey ir de paseo, disfrazado y en compañía de su visir Ibn-Ammar, á un ameno sitio que llamaban los sevillanos la pradera argentina. Una tarde, miéntras los dos discurrian por la orilla del Guadalquivir, el viento agitaba y rizaba las ondas. Entónces Al-Motamid dijo á Ibn-Ammar:

El viento trasforma el rio
En una cota de malla.

¡Acaba tú los versos! El Visir se disculpaba y decia que no podia acabarlos, cuando una mujer que se encontraba allí exclamó:

Mejor cota no se halla
Como la congele el frio.

(1) Ibn-Challikan.

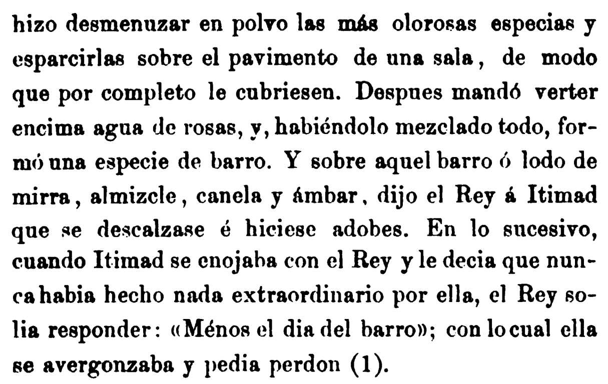


Mucho se maravilló Al-Motamid de ver vencido por una mujer, en el arte de improvisar, al famoso Ibn-Ammar; miró á la improvisadora, se prendó de su hermosura y se enamoró de ella.

De vuelta á su palacio, mandó á un eunuco que se la trajese. Cuando la vió de nuevo, se confirmó en su primera impresion, y cuando supo por ella que estaba soltera, la tomó por mujer. Desde entónces ella fué su fiel compañera, así en la prosperidad como en la desgracia (1).

Itimad era amable, ingeniosa, discreta y muy animada en la conversacion; pero estaba llena de caprichos, con lo cual dió mucho que hacer á su consorte. Cierto dia vió á unas mujeres del pueblo que con los piés desnudos amasaban barro para hacer adobes, y de pronto se apoderó de ella un vivo deseo de ir donde estaban las mujeres y de hacer lo mismo. Entónces Al-Motamid

(1) Romaiquiya, que así tambien se llamaba Itimad, fué tan amada de su marido como cordialmente detestada de los alfaquíes, que no hablaban sino con un santo horror de esta alegre y graciosa sultana. La consideraban como el mayor obstáculo á la conversion de su marido, sin cesar arrastrado por ella, segun afirmaban, en un torbellino de fiestas y deleites. Si las mezquitas estaban desiertas, Romaiquiya tenía la culpa; pero Romaiquiya, aturdida y poco previsora, se burlaba de los sermones de los alfaquíes, que más tarde le fueron tan terribles adversarios, conjurándose contra su marido y contra los otros príncipes españoles, y facilitando al emperador de los Almoravides el que se enseñorease de toda la España musulmana. (*N. del T.*)

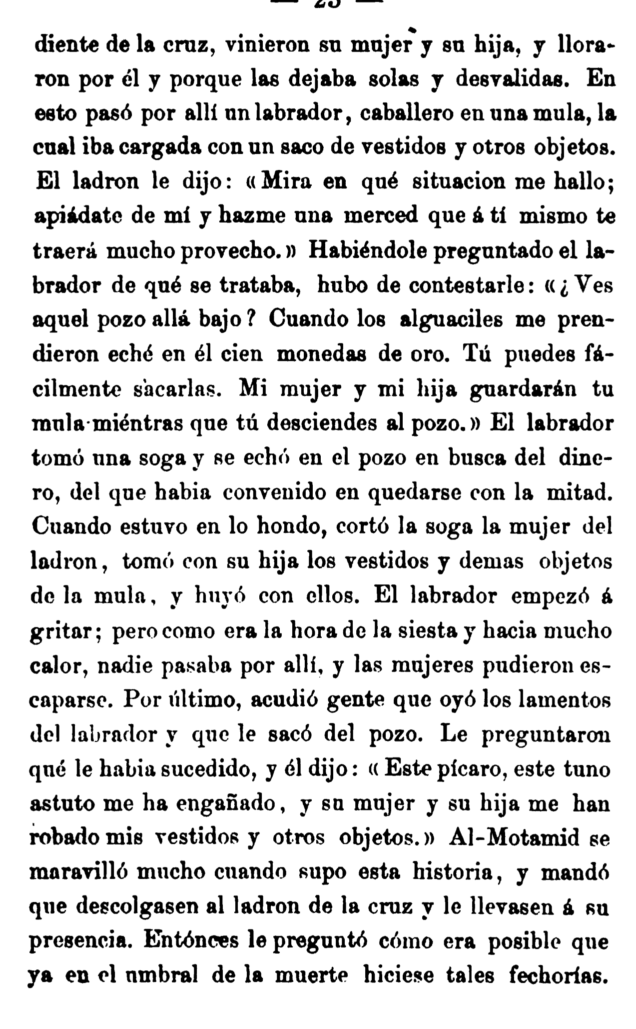


hizo desmenuzar en polvo las más olorosas especias y esparcirlas sobre el pavimento de una sala, de modo que por completo le cubriesen. Despues mandó verter encima agua de rosas, y, habiéndolo mezclado todo, formó una especie de barro. Y sobre aquel barro ó lodo de mirra, almizcle, canela y ámbar, dijo el Rey á Itimad que se descalzase é hiciese adobes. En lo sucesivo, cuando Itimad se enojaba con el Rey y le decia que nunca habia hecho nada extraordinario por ella, el Rey solia responder: «Ménos el dia del barro»; con lo cual ella se avergonzaba y pedia perdon (1).

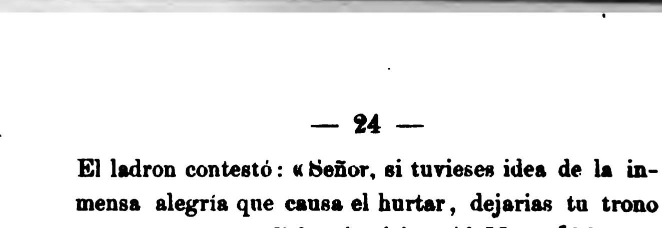
El primer período del reinado de Al-Motamid, que este soberano pasó en el pleno goce de su poder y de todos los bienes de la tierra, ha dado á los historiadores de Occidente tanto asunto de anécdotas como á los de Oriente la vida de Harun-ar-Raschid.

(1) La misma historia, y casi en idénticos términos, viene ya contada en el *Libro de Pretonio ó Conde Lucanor*, del infante D. Juan Manuel, enxemplo XXX. La historia concluye: «Et otro dia, por otra cosa que se le antojó, comenzó á llorar, et el rey preguntóle por qué lo facia, et ella dijo que como non llorára que nunca ficiera el rey cosa por le facer placer; et el rey, veyendo que pues tanto habia fecho por le facer placer et por complir su talante, que ya non sabía qué pidiese, díjole una palabra que se dice en algarabía desta manera: *Ahua le nahr at-tin*, que quiere decir: *¿et non el dia del lodo?* Como diciendo que, pues las otras cosas olvidaba, que non debia olvidar el lodo quél ficiera por le facer placer.» En el *Conde Lucanor* se llama á la reina Romayquiya, que así tambien se llamaba, y al rey Abenabet, esto es, Mohamad-Ebn-Abbet-*Al-Motamid-alal-Ilah*. (*N. del T.*)

ta de aquel viejo loco, para que les diera
Dicho y hecho, llamaron á la puerta. D
pondieron: «¿Quién está ahí?» Al-Mo
«Un hombre que desea que le encienc
—Por Alá, dijo el anciano, aunque
Motamid llamase á estas horas á mi p
abriria.
—Bien, contestó este; yo soy Al-M
—Pues te daré mil bofetones, exclar
Esta amenaza hizo reir tanto al Rey,
tierra. Luégo dijo al Visir: «Vámonos;
los bofetones llegue á ser serio. Se fue
al siguiente dia envió el Rey al viejo mil
dándole á decir que era la paga de los r
la víspera.
En los alrededores de Sevilla no hal
causa de un famoso bandido, conocido c
el halcon pardo, de cuyos robos se co



diente de la cruz, vinieron su mujer y su hija, y lloraron por él y porque las dejaba solas y desvalidas. En esto pasó por allí un labrador, caballero en una mula, la cual iba cargada con un saco de vestidos y otros objetos. El ladron le dijo: «Mira en qué situacion me hallo; apiádate de mí y hazme una merced que á tí mismo te traerá mucho provecho.» Habiéndole preguntado el labrador de qué se trataba, hubo de contestarle: «¿Ves aquel pozo allá bajo? Cuando los alguaciles me prendieron eché en él cien monedas de oro. Tú puedes fácilmente sacarlas. Mi mujer y mi hija guardarán tu mula miéntras que tú desciendes al pozo.» El labrador tomó una soga y se echó en el pozo en busca del dinero, del que habia convenido en quedarse con la mitad. Cuando estuvo en lo hondo, cortó la soga la mujer del ladron, tomó con su hija los vestidos y demas objetos de la mula, y huyó con ellos. El labrador empezó á gritar; pero como era la hora de la siesta y hacia mucho calor, nadie pasaba por allí, y las mujeres pudieron escaparse. Por último, acudió gente que oyó los lamentos del labrador y que le sacó del pozo. Le preguntaron qué le habia sucedido, y él dijo: «Este pícaro, este tuno astuto me ha engañado, y su mujer y su hija me han robado mis vestidos y otros objetos.» Al-Motamid se maravilló mucho cuando supo esta historia, y mandó que descolgasen al ladron de la cruz y le llevasen á su presencia. Entónces le preguntó cómo era posible que ya en el umbral de la muerte hiciese tales fechorías.



El ladron contestó: «Señor, si tuvieses idea de la inmensa alegría que causa el hurtar, dejarias tu trono para entregarte á dicho ejercicio.» Al-Motamid le censuró, riendo, aquella propension tan criminal, y añadió al cabo: «Si yo te perdonase y diese libertad y una buena colocacion, que bastase para mantenerte, ¿te enmendarias y olvidarias tus malas mañas?

—¡Oh señor! contestó el ladron, ¿cómo no habia yo de hacerlo cuando sólo así puedo librarme de la muerte?» Al punto el Rey le indultó y le colocó entre los guardias públicos de Sevilla.

Al-Motamid oyó un dia que un cantor cantaba la siguiente copla:

Del odre sacó la niña
El vino que se bebió;
Si oro sólido pagamos,
Oro líquido nos dió.

Al punto añadió el Rey, improvisando:

Yo le dije: «Dame vino,
Y te regalo esta joya»;
Y ella contestó: «Mareos
Si bebes, en cambio toma.»

En otra ocasion daba el Rey con sus amigos un paseo á caballo, para solazarse, fuera de la ciudad. Los caballos iban corriendo, y cada cual procuraba adelantarse á los otros. Al-Motamid, que caminaba delante de todos, penetró en unas huertas y se paró junto á una hi-



guera cubierta de higos negros maduros. Uno muy gordo llamó su atencion y le dió con un palo para derribarle, pero permaneció firme en la rama. Entónces retrocedió Al-Motamid y dijo al primero de los que le seguian :

Asido está á la rama con firmeza.

El del séquito prosiguió :

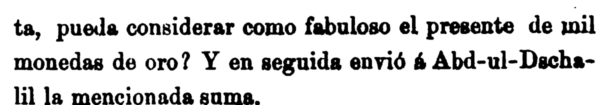
Cual de un negro rebelde la cabeza.

La prontitud de esta contestacion agradó mucho á Al-Motamid y la recompensó con un rico presente (1).

Una vez oyó Al-Motamid recitar versos en que se afirmaba que la fidelidad era ya tan fabulosa como el cuento de aquel poeta que recibió de presente mil monedas de oro.

—¿De quién son esos versos? preguntó.—De Abdul-Dschalil, le contestaron. —¿Es posible, dijo entónces el Rey, que uno de mis servidores, un excelente poe-

(1) En el dístico, dice Schack, en nota, que hay en arábigo un juego de palabras intraducible. Yo dudo que, áun traducido el juego de palabras, sea el dístico, así como las coplas anteriores, más que una puerilidad; pero estos y otros ejemplos pintan las costumbres, la cultura, los pasatiempos y el modo que tenian de mostrar su agudeza los árabes españoles de aquel tiempo. Claro está que estas cosas no tienen para nosotros el menor valor literario; sólo por su valor histórico se citan. (*N. del T.*)



ta, pueda considerar como fabuloso el presente de mil monedas de oro? Y en seguida envió á Abd-ul-Dschalil la mencionada suma.

Una serie de versos improvisados de Al-Motamid, que sus biógrafos reproducen y acompañan con noticia de las circunstancias en que se compusieron, nos manifiestan lo que era este rey como poeta, durante el primer período dichoso de su vida. Estos versos no carecen á menudo de gracia y de primor; pero su más alta inspiracion poética la debió Al-Motamid más tarde al infortunio.

I.

«En una hermosa noche de verano habia Al-Motamid reunido en torno suyo, en los jardines de su palacio, á sus cortesanos y más fieles servidores y á algunas cantarinas. El aura suave acariciaba á los convidados como una poesía de amor, el resplandor de las lámparas rielaba en los arroyos cristalinos y murmuradores, y resonaba dulcemente la música de los laúdes y cítaras, miéntras que los rayos de la luna se quebraban en las columnas del patio del alcázar, y se diria que temblaban sobre la verdura de la enramada. El Rey dijo (1):

Que brille el vino en los vasos,
Y que del nocturno velo,

(1) En esta y en las demas introducciones se ha suprimido mucho de la pompa superabundante del texto arábigo.

Extendido por el cielo,
Disipe la oscuridad.
Hácia Orion ya la luna
Va derramando su lumbre,
Cual rey que llega á la cumbre
De su gloria y majestad.
Un ejército de estrellas
Cubre la extension oscura;
La luna hermosa fulgura
Y descuella en medio de él.
Incansable peregrina
Por vagarosos senderos,
Y los más ricos luceros
Ornan su regio dosel.
Como en el cielo la luna,
Así en la tierra me ostento,
Cuando me cerca contento,
Mi ejército vencedor,
O cuando lindas muchachas
En torno me ofrecen vino,
Y con acento argentino
Entonan himnos de amor.
La noche de sus cabellos
De oscuridad me circunda,
Y en luz el vino me inunda
Que ellas me quieren brindar.
Cántenme, pues, las hermosas,
Y las cítaras resuenen;
Las hondas copas se llenen
Y bebamos sin cesar (1).

(1) Ya hemos dicho repetidas veces que gran parte del mérito de estas poesías arábigas, segun el testimonio de los que conocen la lengua en que se escribieron, consiste en la estructura, en el primor, en el atildamiento y elegancia del estilo y de la frase. Así es que, traducidas, pierden mucho y no se comprende el entusiasmo que causaban. Al-Motamid fué siempre considerado como un egregio poeta y admirado hasta de los be-



II.

Una risueña mañana, en el palacio de Mozainiya, el jardin competia en esplendor con las elegantes habi-

duinos, que en punto á idioma y á poesía pasaban por jueces más competentes y más severos que los moradores de las ciudades. De esta poesía que acabamos de traducir, y de otras del mismo autor, cuenta Dozy que, recitadas una noche por un viajero andaluz en un campamento de beduinos lakhmitas, produjeron el mayor entusiasmo.

Apénas el viajero acabó de recitarlas, se levantó la tela de la tienda en que se hallaba, y un hombre, en cuyo aspecto venerable se conocia que era el jefe de la tribu, se presentó á sus ojos, y le dijo con aquella pureza de acento y aquella elegancia de diccion que ha hecho siempre famosos á los beduinos, y en las que cifran tanto orgullo:

—Dime, ciudadano á quien Dios bendiga, ¿de quién son esos poemas, límpidos como un arroyo, frescos como césped recien regado por la lluvia, tiernos y suaves como la voz de una doncella de áurea gargantilla, y vigorosos y sonoros como el grito de un camello jóven?

—Son de un rey que ha reinado en Andalucía y que se llamaba Ibn-Abbad, respondió el viajero.

—Supongo, replicó el jefe, que ese rey reinaria sobre una pequeña extension de territorio, y que, por consiguiente, podia consagrar todo su tiempo á la poesía; porque quien tiene otras ocupaciones, no tiene vagar para componer versos como esos.

—No era así en este caso: el rey reinaba sobre un gran pueblo.

—¿Y me puedes decir á qué tribu pertenecia?

—Sí: á la tribu de Lakhm.

—¿Qué dices? ¿Era lakhmita? Entónces era de mi tribu.

Y lleno de júbilo por haber descubierto una nueva gloria de su tribu, se puso á gritar con voz de trueno:



taciones. Ya las aves habian empezado su concierto de alegres trinos y las flores confiaban misterios de amor al céfiro que besaba sus cálices. Delante del Rey estaba una doncella cuyo rostro brillaba como la luz de la aurora, y que resplandecia con tantas joyas como si las pléyadas mismas le sirviesen de collar. Inclinándose con gracia, como una rama airosa, ofreció al Rey un vaso de cristal lleno de vino.

El Rey improvisó:

Bella es la dama que me ofrece el vino,
Refulgente licor,
Oro líquido en hielo cristalino,
Que exhala grato olor.

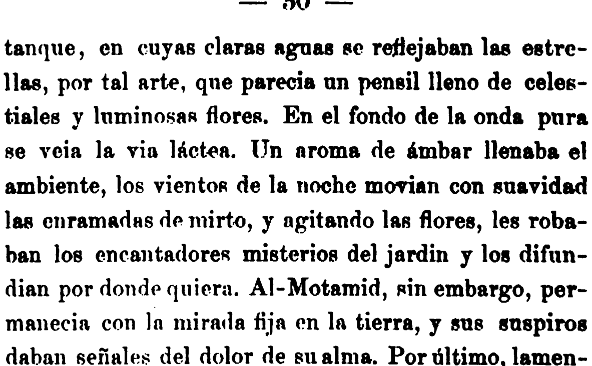
III.

Refiere uno de los favoritos de Al-Motamid que en una hermosa noche de luna penetró en los jardines del alcázar. Allí vió al Rey, que estaba al borde de un es-

—¡Sus, gente de mi tribu! ¡Alerta, alerta!

En un instante estuvieron todos de pié rodeando á su caudillo.

Entónces éste rogó al viajero que recitase otra vez las mismas poesías, las cuales fueron admiradas de todos con no menor entusiasmo; pero el placer y el orgullo de los beduinos llegaron al último punto cuando supieron que el autor era lakhmita; montaron á caballo, hicieron una brillante *fantasía*, y colmaron de presentes y de bendiciones al viajero que les habia recitado los cantares del admirable rey poeta, á quien apellidaban todos primo. (*N. del T.*)



tanque, en cuyas claras aguas se reflejaban las estrellas, por tal arte, que parecia un pensil lleno de celestiales y luminosas flores. En el fondo de la onda pura se veia la via láctea. Un aroma de ámbar llenaba el ambiente, los vientos de la noche movian con suavidad las enramadas de mirto, y agitando las flores, les robaban los encantadores misterios del jardin y los difundian por donde quiera. Al-Motamid, sin embargo, permanecia con la mirada fija en la tierra, y sus suspiros daban señales del dolor de su alma. Por último, lamentándose de la ausencia de su amada, exclamó de esta suerte:

Pronto será vencedora
La muerte de mi pasion,
Si no calmas, corazon,
El dolor que me devora.
Ausente de mi señora,
Mil recelos me dan guerra;
No logro paz en la tierra,
Y el sueño, que invoco en vano,
Con su delicada mano
Nunca mis párpados cierra (1).

(1) A pesar de su entrañable amor á Itimad, tuvo Al-Motamid otras muchas queridas, á quienes compuso versos; siendo las más famosas *la Perla*, *la Luna* y *la Bien amada*.

No llegó, con todo, hasta el extremo de su padre, Al-Motadid, de quien se refiere que llegó á tener hasta ochocientas concubinas. (*N. del T.*)



IV.

En un hermoso dia se encontraban Ibn-Siradj y otros visires y cortesanos en Az-Zahra, aquella quinta de los califas de Córdoba tan brillante en otro tiempo. Ya se deleitaban con las tempranas flores de la primavera, y ya iban de un kiosko á otro, donde se regocijaban con vino. Por último, se detuvieron en un florido jardin, regado por cristalinos arroyos y cubierto de una fresca alfombra de verdura. Junto á ella se veian muchos árboles frondosos, cuyas ramas movia el viento, y se veian asimismo las ruinas del palacio. Lo decaido de este soberbio edificio parecia burlarse de su pasada magnificencia. Los grajos graznaban en los muros. Los caprichos de la suerte habian extinguido el brillo del palacio y ennegrecido la grata sombra que en otro tiempo esparcia. Ya hacia mucho que los califas no le iluminaban con su presencia, aumentando sus vergeles y avergonzando á las nubes con la abundante lluvia de su liberalidad inagotable. Las destruccion habia extendido su manto sobre el palacio y echado por tierra sus cúpulas y azoteas.

Con todo, los visires y cortesanos se deleitaban allí, bebiendo vino, cuando se llegó á ellos un mensajero de Al-Motamid, y les dió una carta, que contenia estos renglones:

A estos palacios de Az-Zahra
Hoy mis palacios envidian,



Porque de vuestra presencia
Consiguen ellos la dicha.
Como el sol fuisteis á ellos,
Apénas amanecia,
Venid á mí, cual la luna,
Que ya la noche principia.

En efecto, fueron al Palacio del jardin, Casr-ul-Bostan, que estaba cerca de la puerta de los perfumeros, y tuvieron allí una espléndida fiesta, hermoseada con danzas y juegos y esclarecida por la presencia del Rey, donde se les sirvió por muchos esclavos un agasajo suntuoso.

V.

Abul-Asbag fué enviado á Al-Motamid como embajador del Rey de Almería. En Sevilla se prepararon grandes solemnidades para recibirle. Desde el último lugar en que pernoctó ántes de llegar á la córte, anunció el embajador su pronta llegada y la de su comitiva con los siguientes versos, dirigidos á Al-Motamid:

¡Oh señor prepotente! bajo tu régio manto
Los pueblos se congregan buscando proteccion;
Tu solo nombre llena al bárbaro de espanto;
Los árabes te tienen en gran veneracion.
Ya cerca de la córte do tu valor descuella,
Nos sumergió la noche en honda oscuridad;
Mas hácia tí nos guia, como luciente estrella,
Tu imágen, que en el alma infunde claridad.

Al-Motamid respondió al punto:

Salud y dicha os envio,
Salud y dicha os dé el cielo,
Cuando yo realmente os vea
Y no en imágen del sueño.
Apresurad el viaje,
Romped el nocturno velo;
Es vuestra alegre embajada
Cual faro que os guia al puerto.
El saber, nobles varones,
Mana del estilo vuestro:
Regalo dais al oido
Con frases y con acentos.
Instruis con vuestro trato,
Sois doctos en el derecho,
Y abundan vuestros escritos
En profundos pensamientos.
Oh Abul-Asbag, vén, que afable
A recibirte me apresto,
Y ganar tu voluntad
Y ser tu amigo deseo.
A cada paso que dan
Los vigorosos camellos
Que á mi morada os acercan,
Palpita alegre mi pecho.
No reposaré esta noche,
Con ánsia y afan de veros,
Y ya estaré, con el alba,
Si llegasteis inquiriendo.

VI.

El biógrafo arábigo de Al-Motamid tiene por una de sus más elegantes y graciosas *gacelas* la que sigue:

Léjos de ti, penando de contino,
Infortunios recelo;

Ebrio me siento, pero no de vino,
Sino de triste y amoroso anhelo.
Ceñir quieren mis brazos tu cintura,
Y mis labios besar tus labios rojos;
Hasta gozar de nuevo tu hermosura,
Han jurado mis ojos
Del sueño no rendirse á la dulzura.
Vuélvete, dueño amado;
Sólo volverme así la dicha puedes,
Que está mi corazon aprisionado
Para siempre en tus redes.

VII.

A su visir Ibn-Labbana, cuando éste le ofrecia vino en un vaso de cristal:

Es de noche, mas el vino
Esparce el fulgor del dia,
Puro brillando en el seno
De su cárcel cristalina:
Torrente de oro fundido
Dentro del vaso se agita,
Y en el haz se cuaja en perlas
Resplandecientes y limpias;
Centellea como el cielo
Que los astros iluminan,
Y alza espuma como arroyo
Al quebrarse entre las guijas.

VIII.

A la imágen de su amada, que se le apareció en sueños, durante la noche:

Un afan enamorado
Me infunden, al verte en sueños,

Las rosas de tus mejillas
Y las pomas de tu pecho.
Tambien acercarme á ellas
Ansío cuando despierto,
Mas entre los dos se pone
De los espacios el velo.
Sientan otros de la ausencia,
Sientan el dolor acerbo:
Y tú, pimpollo de palma,
Tú, gacela de ojos negros,
Tú, de aromáticas flores
Fecundo y cerrado huerto,
A mi corazon marchito,
A mi corazon sediento
Da vida con el perfume
Y el rocío de tus besos:
Así te colme de dichas
Y bendiciones el cielo.

IX.

Al visir Abul-Hasan-Ibn-ul-Jasa, que le habia enviado un ramillete de narcisos:

Ya muy tarde, por la noche,
Tus narcisos recibia,
Y al punto quise con vino
Solemnizar su venida.
En la bóveda del cielo
Las estrellas relucian,
Y el licor, pasto del alma,
Brindaba una jóven linda.
En su seno reclinado,
Duplicaban mis delicias
El zumo que dan las uvas,
Sus besos, que son almíbar.
Otros, tomando confites,



Anhelan más la bebida;
A mí tus dulces recuerdos
De confites me servian.

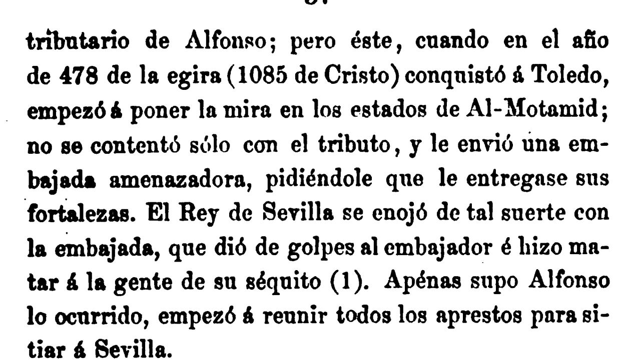
La primera sombra que cayó sobre la felicidad de Al-Motamid fué la trágica muerte de su hijo Abbad, á quien, desde que se apoderó de Córdoba, tenía allí de gobernador.

Pronto tuvo éste que resistir el ataque de Ibn-Ocaya, caballero cordobes, que se habia puesto al servicio del Rey de Toledo y que anhelaba conquistar la ciudad en su nombre. Abbad procuró reunir su ejército rápidamente, más no logró rechazar la repentina acometida nocturna. Pereció en la batalla, y su cabeza, separada del tronco, fué enviada al rey de Toledo. El padre, que amaba á este hijo con la mayor ternura, sintió, al recibir la nueva de su muerte, un dolor desesperado.

Corrió en seguida á la venganza, reconquistó á Córdoba, é hizo clavar en una cruz á Ibn-Ocaya. Aun no presentia cuántos otros casos dolorosos tendria que lamentar en adelante; pero sus infortunios se acercaban con rápidos pasos (1).

En aquel tiempo, dice Ibn-Challikan, se habia hecho tan poderoso Alfonso VI, rey de Castilla, que los pequeños príncipes mahometanos se vieron precisados á ajustar paces con él y á pagarle tributo. Al-Motamid, aunque más poderoso que los otros, se hizo tambien

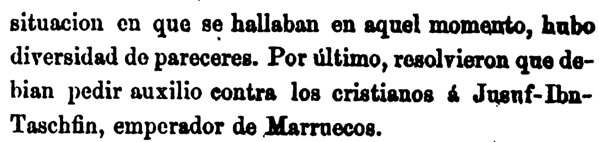
(1) *Script. arab.*, loci II, 122.—ABDUL WAHID, 90.



tributario de Alfonso; pero éste, cuando en el año de 478 de la egira (1085 de Cristo) conquistó á Toledo, empezó á poner la mira en los estados de Al-Motamid; no se contentó sólo con el tributo, y le envió una embajada amenazadora, pidiéndole que le entregase sus fortalezas. El Rey de Sevilla se enojó de tal suerte con la embajada, que dió de golpes al embajador é hizo matar á la gente de su séquito (1). Apénas supo Alfonso lo ocurrido, empezó á reunir todos los aprestos para sitiar á Sevilla.

Entre tanto se congregaron los jeques del Islam para tratar de los medios con que podrian salvarse de tamaño peligro. Todos convinieron en que el poder de los mahometanos estaba perdido si los soberanos persistian, como hasta entónces, en hacerse la guerra unos á otros. Sobre el camino que debian tomar, en la desesperada

(1) Lo que Dozy refiere es que un judío, llamado Ben-Jalib, fué á cobrar el tributo de parte de Alfonso VI, y que, como le pagasen en moneda de baja ley, dijo que no tomaria sino oro puro, y que al año siguiente ya no se contentaria sino con fortalezas. Furioso Al-Motamid de la insolencia del judío, hizo que le crucificasen. Los caballeros cristianos que acompañaban al judío fueron encerrados en una mazmorra. Alfonso VI los rescató, dando por ellos la plaza de Almodóvar; pero en seguida se puso en campaña para vengar aquel insulto, taló y asoló las tierras de Al-Motamid, se llevó mucho botin y cautivos, sitió á Sevilla durante tres dias, y llegó hasta Tarifa, en cuya playa metió su caballo en el mar hasta la cincha, exclamando: «Este suelo es el último confin de España, y yo le he tocado.» Luégo se volvió contra Toledo, que no habia conquistado aún. (*N. del T.*)



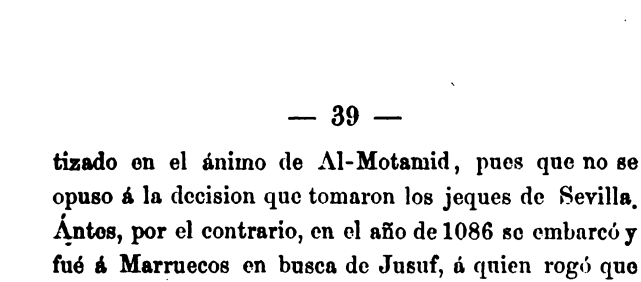
situacion en que se hallaban en aquel momento, hubo diversidad de pareceres. Por último, resolvieron que debian pedir auxilio contra los cristianos á Jusuf-Ibn-Taschfin, emperador de Marruecos.

Este poderoso príncipe, jefe de los fanáticos almoravides, adelantándose desde los desiertos de África á las fructíferas comarcas de la costa, habia sujetado á su dominio una gran parte del Maghreb. Respecto á la suerte desgraciada que, por causa suya, tuvieron más tarde los Abbadidas, cuenta lo siguiente un historiador arábigo:

«Al-Motadid se informaba continuamente, cuando recibia noticias de África, sobre si los bereberes se habian enseñoreado ya de las llanuras de Marruecos. Alguien le habia profetizado que este pueblo habia de despojar del reino y del trono á él ó á su hijo. Cuando recibió, por último, la nueva de que ya se habian apoderado de la mencionada llanura, reunió á sus hijos en torno suyo y les dijo: «¿Quién puede saber si los males con que ese pueblo nos amenaza caerán sobre mí ó sobre vosotros?» A lo cual respondió Abul-Çasim, despues apellidado Al-Motamid: «¡Dios quiera tomarme por víctima en lugar tuyo y descargar sobre mi cabeza todos los infortunios que se anuncian!» Esta plegaria y ofrenda se cumplió más tarde como una profecía» (1).

No debió, con todo, de infundir gran recelo lo profe-

(1) Abdul-Wahid, 70.



tizado en el ánimo de Al-Motamid, pues que no se opuso á la decision que tomaron los jeques de Sevilla. Ántes, por el contrario, en el año de 1086 se embarcó y fué á Marruecos en busca de Jusuf, á quien rogó que le socorriese con armas y caballos contra los cristianos (1). Jusuf prometió al punto que cumpliria su deseo, y el Rey de Sevilla volvió á Andalucía muy satisfecho. Ignoraba que él mismo daba ocasion á su ruina, y que la espada, que él creia que iba á desnudarse en su favor, se volveria contra él (2). Jusuf se apercibió con grandes armamentos para su venida á Andalucía, y todos los caudillos de las tribus bereberes que pudieron, acudieron á él; de suerte que logró reunir un ejército de cerca de 7.000 caballos y muchísima infantería.

(1) Esto es, segun Abdul-Wahid, 90. Otros autores dicen que Al-Motamid se limitó á mandar á Jusuf una embajada. Dozy asegura que los autores que suponen que Al-Motamid pasó á África, confunden la primera expedicion de Jusuf con la segunda. En esta ocasion fueron á África á pedir socorro á Jusuf, en nombre de sus respectivos soberanos, Abu-Becr-ibn-Zaidun, visir de Al-Motamid, y los cadíes de Badajoz, Córdoba y Granada. (*N. del T.*)

(2) A lo que parece, no fué imprevisor Al-Motamid, sino que el celo de su religion pudo más que sus recelos. Se cuenta que su hijo Rachid le representó lo peligroso que era llamar á los almoravides. Al-Motamid respondió: «Todo eso es verdad, pero no quiero que en las edades futuras me acusen de haber sido la causa de que la Andalucía caiga en poder de los infieles; no quiero que mi nombre sea maldito en todos los púlpitos musulmanes. Si es menester elegir, prefiero ser camellero en África que porquerizo en Castilla.» (*N. del T.*)



Con estas fuerzas se embarcó en Ceuta y desembarcó en Algeciras.

Al-Motamid salió á recibirle con los más ilustres señores de su reino, le hizo grandes honras, y le regaló una infinidad de tesoros, tales, que Jusuf no los habia visto mayores en su vida, y éstos fueron los que, por vez primera, encendieron en su alma el deseo de apoderarse de Andalucía.

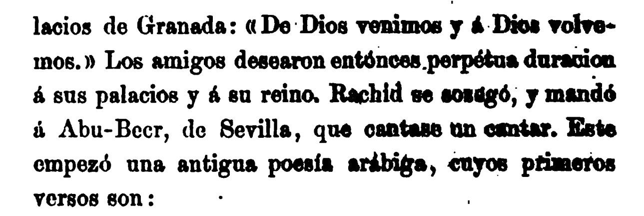
Aumentado con las huestes de todos los príncipes de la Península, se dirigió hácia el Norte el ejército de los muslimes. Por la otra parte, Alfonso no habia perdonado ni amenazas ni promesas para reunir bajo sus estandartes muchos guerreros. El encuentro de ambos ejércitos tuvo lugar en tierra de cristianos, no léjos de Badajoz. Allí se dió, en el año de 1086, la tremenda batalla de Zalaca. Al-Motamid, cuyas tropas tuvieron que resistir lo más fuerte de la pelea, combatió con extraordinario valor y recibió muchas heridas. Largo tiempo estuvo indecisa la victoria; mas por último se inclinó del lado de los muslimes, que la alcanzaron brillantísima. Con dificultad pudo escaparse el rey D. Alfonso VI. Jusuf mandó cortar las cabezas de los cristianos muertos, y cuando las amontonaron delante de él, era tal su número, que parecian una montaña. Diez mil de estas cabezas envió á Sevilla, otras tantas á Zaragoza, Murcia, Córdoba y Valencia, y cuatro mil á África, que fueron colocadas en diversas ciudades. En el Maghreb y en toda la España muslímica hubo

muchos regocijos públicos, se repartieron limosnas y se dió libertad á no pocos esclavos para dar gracias á Alá por haber engrandecido y afirmado la verdadera fe con un triunfo tan glorioso (1).

Jusuf se volvió á África, y Al-Motamid á Sevilla. Al año siguiente volvió Jusuf á Andalucía y descubrió por vez primera sus miras, destronando al Rey de Granada y apoderándose de su reino. Sin embargo, con Al-Motamid siguió conduciéndose aún como fiel aliado y amigo; pero su alma se llenaba cada vez más de admiracion y codicia por la riqueza y hermosura de España. Los que más de ordinario le rodeaban empezaron entónces á representarle cuán fácil le sería apoderarse de un país tan hermoso, y trataron de enojarle contra el Rey de Sevilla, poniendo en su conocimiento algunas cosas que Al-Motamid les habia dicho contra él en el seno de la confianza.

Miéntras que estas nubes tempestuosas se amontonaban sobre la casa de los Abbadidas, se diria que Al-Motamid no abrigaba aún ninguna sospecha. En cambio, su hijo Rachid no podia desechar los más tristes presentimientos. Una vez, estando de conversacion con algunos amigos, se habló de los sucesos de Granada y de la toma de posesion de aquella ciudad por Jusuf. El Príncipe oia silencioso, ensimismado y melancólico. Por último, dijo, pensando en la destruccion de los pa-

(1) Al-Kartas, 96.



lacios de Granada: «De Dios venimos y á Dios volvemos.» Los amigos desearon entónces perpétua duracion á sus palacios y á su reino. Rachid se sosegó, y mandó á Abu-Becr, de Sevilla, que cantase un cantar. Este empezó una antigua poesía arábiga, cuyos primeros versos son:

¡Mansion de Maya, al pié del alto monte
Abandonada yaces y en ruinas!

El rostro del Príncipe volvió á cubrirse de tristeza. Rachid mandó á una cantarina que cantase otra cosa. La cantarina dijo:

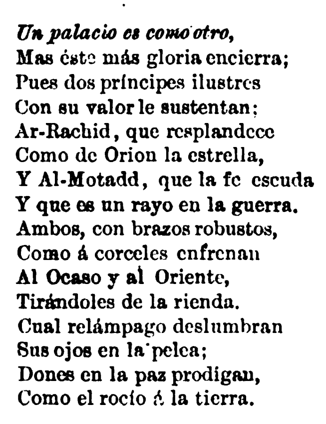
¿Quién de tan seco corazon, no llora
La ciudad asolada contemplando?

Esto aumentó su pesar. Su frente se anubló más aún. Mandó cantar á otra cantarina, y ésta dijo:

Anhelo repartir á manos llenas
Entre los desvalidos mi tesoro;
Pero ¿qué han de esperar los desvalidos,
Cuando yo mismo soy menesteroso?

Queriendo entónces el poeta Ibn-Lebbana borrar la mala impresion de estos versos, recitó los siguientes:

Palacio de los palacios,
Morada de la nobleza,
Ojalá que siempre brilles
Con los varones que albergas.



Un palacio es como otro,
Mas éste más gloria encierra;
Pues dos príncipes ilustres
Con su valor le sustentan:
Ar-Rachid, que resplandece
Como de Orion la estrella,
Y Al-Motadd, que la fe escuda
Y que es un rayo en la guerra.
Ambos, con brazos robustos,
Como á corceles enfrenan
Al Ocaso y al Oriente,
Tirándoles de la rienda.
Cual relámpago deslumbran
Sus ojos en la pelea;
Dones en la paz prodigan,
Como el rocío á la tierra.

El Príncipe se tranquilizó bastante al oir los primeros versos de esta composicion; pero en las palabras *un palacio es como otro* creyó ver, como los demas, que habia un mal agüero, y todos se llegaron á convencer de que este mal agüero se veria cumplido (1).

No tardó mucho el destino en realizar aquellos temores; Jusuf, en 1090, arrojó de repente la máscara de aliado, que habia conservado hasta entónces, se apoderó de la fortaleza de Tarifa, y desde allí se hizo proclamar señor de toda Andalucía. Con el propósito de llevar á cabo su plan, largo tiempo meditado, dominaba ya préviamente várias fortalezas andaluzas en los confines de los reinos cristianos. Los guerreros que estaban en ellas cayeron entónces sobre Córdoba y la si-

(1) ABBADIDA, II, 40.

... marcharon entónces co
ron el sitio. Al-Motamid, que s
mostró gran serenidad y valor,
peligros. Cuando ya no le queda
hizo muchas salidas, y se arroj
sólo, con una túnica y sin armad
contrarios. Su hijo Malic murió
sion; mas él se salvó de la muert
tiembre de 1091 entraron los alm
Los habitantes corrian desespera
por las calles. Algunos escaparon
muros ó nadando por el rio. Los
saco las casas y robaron cuanto h
lacios de Al-Motamid fueron igno
tados (2).

Al-Motamid, prisionero, se vió
sus dos hijos, Al-Motadd y Ar-R
Ronda y Mertola, que entregase

[redacted]

POESÍA Y ARTE

DE

LOS ÁRABES

EN ESPAÑA Y SICILIA,

POR

ADOLFO FEDERICO DE SCHACK.

TRADUCCION DEL ALEMAN

POR DON JUAN VALERA,

de la Real Academia española.

TOMO SEGUNDO.

SEGUNDA EDICION.

MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,

calle del Duque de Osuna, número 3.

1868



Jusuf mandó que llevasen á Al-Motamid, cargado de cadenas, y en compañía de toda su familia, en un bajel á África. El dia de la partida se reunió el pueblo de Sevilla, con grandes lamentos, á la orilla del Guadalquivir, y despidió con lágrimas á los desterrados.

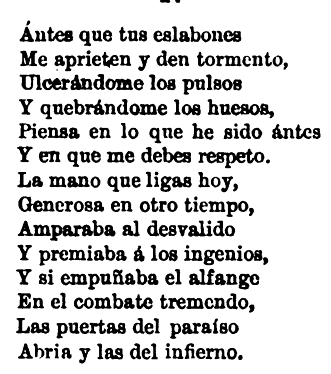
Conducido así á Marruecos Al-Motamid con los suyos, se vió condenado á prision por toda la vida. El lugar que se destinó para su prision fué la ciudad de Agmat, al sudoeste de Marruecos. Allí exhaló su dolor sobre las mudanzas de la fortuna, de que él era tan lastimoso ejemplo, y lamentando sus desgracias y las de su familia, y suspirando por la hermosa y para siempre perdida patria, improvisó poesías tan llenas de verdad y profundidad de sentimiento, que nada hay comparable á ellas en toda la literatura arábiga.

«Las sentidas y conmovedoras elegías de Al-Motamid, dice Dozy, arrebatan de tal suerte al lector, que cree sentir el mismo amargo dolor que el rey poeta, y encontrarse con él y con sus hijos y demas familia en el mismo duro encierro.»

La serie de estas composiciones empieza con unos versos que dijo cuando le encadenaron:

Cadena, que cual serpiente
En torno ciñes mi cuerpo,

Mas tarde, por último, conquistaron á Zaragoza, y así toda la España musulmana vino á reunirse bajo el cetro del Emperador de Marruecos y bajo el fanático despotismo de los poderosos alfaquíes. (*N. del T.*)



Ántes que tus eslabones
Me aprieten y den tormento,
Ulcerándome los pulsos
Y quebrándome los huesos,
Piensa en lo que he sido ántes
Y en que me debes respeto.
La mano que ligas hoy,
Generosa en otro tiempo,
Amparaba al desvalido
Y premiaba á los ingenios,
Y si empuñaba el alfange
En el combate tremendo,
Las puertas del paraíso
Abria y las del infierno.

«Cuando él, dice Ibn-Chakan, se vió arrastrado léjos de su patria, despojado de todos sus tesoros y como enterrado vivo en una mazmorra de África; cuando se vió secuestrado de todo comercio y trato con los hombres, sin poder hablar con sus amigos y conocidos, y sin poder consolar algo sus penas en amistosos coloquios, entónces suspiró y gimió de contínuo, porque no le era dable concebir la menor esperanza de volver á ver su país tan querido. Los sitios donde en otra época habia sido tan dichoso se presentaban á su imáginacion, y se le aparecian las ciudades arruinadas y desiertas, y veia los palacios que él mismo habia edificado, como hijos que lloran la pérdida de su padre y la ausencia de sus alegres y antiguos moradores. Los alcázares y jardines de Sevilla, iluminados ántes por la luna llena de su magnificencia real, y animados con el murmullo de las más dulces pláticas y con el suave so-

nido de las fiestas nocturnas, estaban ahora oscuros y silenciosos, y huérfanos de su noble dueño, se convertian en montones de escombros.

Perdido Al-Motamid en estos pensamientos, compuso lo siguiente:

Los palacios desiertos de Sevilla
Por sus príncipes gimen,
Generosos y dulces en las paces,
Leones en las lides.
De Zoraya el alcázar se lamenta;
Sus cúpulas sublimes
No ya de mi largueza soberana
El rocío reciben.
El gran Guadalquivir mi ausencia llora;
Las quintas y jardines,
Que en su líquido espejo se miraban,
Al oprobio se rinden.
Y yo, que del torrente de mis dones
La dicha brotar hice,
Arrastrado en torrente de infortunios,
De Libia al centro vine (1).

Al-Motamid habia tenido siempre en gran predileccion la quinta de Az-Zahir, la más hermosa y amena de todas las suyas. Allí, en la orilla del Guadalquivir, entre olivares y huertas, habia pasado los mejores dias

(1) Es completamente imposible traducir de un modo agradable y al mismo tiempo con toda fidelidad el texto arábigo. Por lo tanto, así en la traduccion de esta poesía como en la de las que siguen me he tomado gran libertad. En el texto se nombran otros palacios y quintas, de los cuales hablaré en la parte de esta obra que trata de la arquitectura.



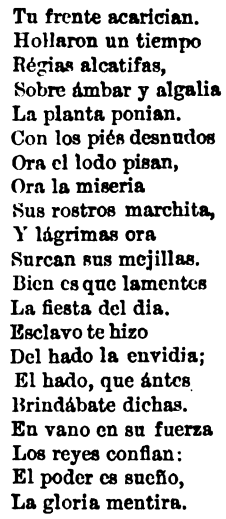
de su vida. Así es que en el destierro y en la prision nada anhelaba tanto como volver á ver su quinta, á cuyo recuerdo cantaba:

Miéntras que, de España ausente,
Estoy en Maghreb cautivo,
Allá en mi querida patria
Me llora el trono vacío;
Mi fuerte lanza y mi alfange
Están de luto vestidos,
Los almimbares me lloran
Por compasion y cariño.
La dicha, que á otros sonrie,
De mí para siempre ha huido.
¡Ay! que de las nobles almas
Envidioso y enemigo,
Me robó corona y reino
Desapiadado el destino,
Y llenó de amargas penas
El fondo del pecho mio.
De mi suerte deplorable
Se conduele el cielo mismo.
Así, libre de cadenas,
Ver de nuevo aquellos sitios
Me deje, donde dichoso
Y respetado he vivido;
Discurrir sobre las ondas
Del Guadalquivir tranquilo,
A la luz de las estrellas
En clara noche de estío;
A la sombra reposarme
De los frondosos olivos,
Y oir el susurro leve
Del aura mansa en los mirtos,
O entre la verde enramada
De la tórtola el gemido.
Si otra vez mis ojos vieran
Los soberbios edificios

... recibe una esposa
Al dulce dueño querido.
Imposible es tanta dicha;
Fuera esperarla delirio,
Si en Alá no se esperase
Y en su poder infinito.

En Agmat se celebró una fiesta.
vió desde el fondo de su calabozo a
al campo en alegres grupos. Sus hija
ces en la prision, llorando y con las
radas. Estas princesas se veian ahora
la vida hilando, y una de ellas servi
hija de un antiguo servidor de Al-M
desdichado rey vió á sus hijas con lo
enflaquecidas por el hambre y los tra
lastimero llanto y dijo, hablando cons

Cuando estabas libre
Las fiestas solian
El alma alegrarte,
Que hoy gime cautiva


Tu frente acarician.
Hollaron un tiempo
Régias alcatifas,
Sobre ámbar y algalia
La planta ponian.
Con los piés desnudos
Ora el lodo pisan,
Ora la miseria
Sus rostros marchita,
Y lágrimas ora
Surcan sus mejillas.
Bien es que lamentes
La fiesta del dia.
Esclavo te hizo
Del hado la envidia;
El hado, que ántes
Brindábate dichas.
En vano en su fuerza
Los reyes confian:
El poder es sueño,
La gloria mentira.

Miéntras Al-Motamid arrastraba en África tan penosa existencia, uno de sus hijos se alzó en Andalucía contra los usurpadores del reino paterno; se apoderó del castillo de Arcos, cerca de Sevilla, y se mantuvo en él durante muchos meses, esperando que tambien se alzasen y viniesen en su auxilio los parciales de los Abbadidas. Cuando Al-Motamid supo esta nueva, se lisonjeó por un momento con la esperanza de que el alzamiento tendria buen éxito y con que podria volver á sus estados; pero pronto tornó á caer en su primera melancolía y dijo (1):

(1) Las nuevas del alzamiento de su hijo, que se llamaba

¿Por qué en olvido y en ocio
Ya se enmohece mi espada,
Aunque, ardiendo en sed de guerra,
Quiero siempre desnudarla?
¿Por qué se llena de herrumbre
El acero de mi lanza,
Sin que en la sangre se moje
De las enemigas bandas?
Ya no cabalgaré nunca
En mi corcel de batalla,
Que, el duro freno tascando,
De espuma se salpicaba.
No obedecerá á mi brida,
Ni, al presentir la emboscada,
Para advertirme el peligro,
Se alzará sobre las ancas.
Si á nadié la lanza puede,
Ni el alfange, infundir lástima,
Aunque cubiertos de oprobio,
Aunque ruginosos yazgan,
Tú al ménos ¡oh madre tierra!
Ten piedad de mi desgracia;
Dame reposo en tu seno,
Sepúltame en tus entrañas.

El desesperado alzamiento de Andalucía fué sofocado pronto, y el hijo de Al-Motamid, defendiendo la fortaleza de Arcos, fué muerto de un flechazo. Despues de este inútil conato para restaurar la dinastía de los Abbadidas, el encierro del rey cautivo se hizo más duro,

Abd-al-Djabbar, se las trajo el poeta Ibn-al-Labbana, el más fiel de sus amigos, que vino á Agmat á verle. Abd-al-Djabbar, no sólo se habia apoderado de Arcos, sino tambien de Algeciras. (*N. del T.*)



y la más profunda tristeza que él sintió entónces la expresó en estos versos:

En vez de las gallardas cantadoras,
Me canta la cadena
Rudo cantar, que el alma á todas horas
De dolor enajena.
La cadena me ciñe cual serpiente;
Cual serpiente mi acero
Entre los enemigos fieramente
Resplandeció primero.
Hoy la cadena sin piedad maltrata
Mis miembros y los hiere,
Y acusa el corazon la suerte ingrata,
Y morir sólo quiere.
A Dios en balde mi clamor elevo,
Porque Dios no me escucha;
Cáliz de acíbar y ponzoña bebo
En incesante lucha.
Los que sabeis quién soy y quién yo era
Lamentad mi caida:
Se marchitó cual flor de primavera
La gloria de mi vida;
Música alegre, espléndidos salones
Trocó el hado inseguro
En resonar de férreos eslabones
Y en calabozo oscuro.

Una vez vió Al-Motamid, desde el fondo de su calabozo, una bandada de palomas torcaces que iban volando, y pensó en que no estaban aprisionadas en red alguna ni separadas de sus polluelos, sino que libres se movian por el aire y podian buscar sitio donde beber como quisiesen. Entónces le pareció que tenian doble peso sus cadenas, y sintió doble que el carcelero no diese fácil entrada en su prision á su querida familia, y



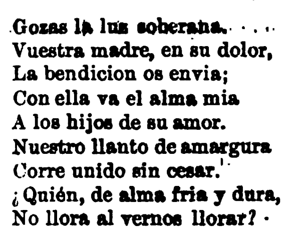
el tener que sufrir en soledad y aislamiento las penas de su alma. Pensó tambien en sus hijas, y en la pobreza y la miseria que las consumian; y estos pensamientos eran áun más amargos, porque se unian al recuerdo de su pasada bienandanza y grandeza. Sobre esto se expresó así:

Pasar volando en libertad os veo,
¡Oh palomas! y lágrimas derramo.
La envidia no me mueve;
Muéveme amor y muéveme el deseo
De estar unido con las prendas que amo;
De vagar libre por el aire leve,
De romper la sombría
Cárcel, de ver el campo y su alegría.
Si como sois yo fuera,
La muerte de mis hijos no lloráras,
Y de contínuo viera
Cerca á mis hijas y consorte cara,
Sin arrancar del alma hondo gemido
El recuerdo cruel del bien perdido.
Dichosas sois: la suerte no os separa
De los dulces hijuelos,
Ni velais entre angustias y recelos,
Y en noche larga y soledad oscura,
El crujir de los goznes de la puerta,
Y de la firme y gruesa cerradura
El ágrio rechinar nunca os despierta.
Dios no quiera, palomas, que el milano
Los hijuelos os robe, ya que en vano
Llorando estoy los mios,
Los que robó la muerte despiadada,
Y los que fresca sombra y claros rios
Perdieron, con el nido y la enramada (1).

(1) Las aves de que habla Al-Motamid se llaman en árabe *cathas*.

Al-Motamid lamentó la muerte de sus hijos en la siguiente elegía:

Fuente que brotas perene,
De tus ondas el tesoro
Ménos lágrimas contiene
Que amargas lágrimas lloro.
¿Por qué no me matarán
De los hijos que he perdido
Los recuerdos, si un volcan
En mi pecho han encendido?
¡Ah! no me devora el fuego
De mi violenta pasion,
Porque con lágrimas riego
De contínuo el corazon.
Si bienes me dió el destino
En lozana juventud,
Mayores males previno
Para echarme al ataud.
La muerte de Fath lloraba,
Y apénas de aquella herida
La cicatriz se cerraba,
Perdió mi Iesid la vida.
¡De mi amor estrechos lazos,
Ya para siempre os perdí!
¡De mis entrañas pedazos,
Os arrancaron de mí!
¡Oh refulgentes luceros,
Vuestra luz se extinguió ya!
Hasta los dias postreros
Vuestro padre os llorará.
Guíeme tu luminosa
Huella ¡oh Fath! al paraíso,
Ya que como mártir quiso
Darte Alá muerte gloriosa.
¡Oh Iesid! no me consuelo
De tu pérdida temprana,
Ni áun creyendo que del cielo



Gozas la luz soberana.
Vuestra madre, en su dolor,
La bendicion os envia;
Con ella va el alma mia
A los hijos de su amor.
Nuestro llanto de amargura
Corre unido sin cesar.
¿Quién, de alma fria y dura,
No llora al vernos llorar?

Miéntras que Al-Motamid, cargado de cadenas, sólo con gran trabajo podia arrastrarse de un lugar á otro, vino á visitarle su hijo Abu-Haschin, y á la vista del desventurado padre rompió en desconsolados sollozos. Era el más mozo de los hijos de Al-Motamid, el más amado, y aquel á quien el Rey, despues de la batalla de Zalaca, donde sobresalió por su valentía, habia dirigido estos versos:

Pensé un instante en la fuga,
Mas firme volví á la lid,
Porque al mirarte, hijo mio,
Me avergonzába de huir.

Ahora Abu-Haschin, en muy diferentes circunstancias, estaba llorando delante de su padre. Éste dijo:

¡Ay, cuánto he padecido!
¡Tened piedad de mí, rudas cadenas!
El peso me ha rendido,
Los fuertes eslabones me han herido,
Consumiendo la sangre de mis venas.
Mi Abu-Haschin, el corazon llagado
Y el noble rostro en lágrimas bañado,

Este tormento mira.
Tened tambien piedad del jóven bello,
Que no doble al dolor su erguido cuello;
Que el destino, en su ira,
No le obligue á que llore
Y de vosotras compasion implore.
Mover en fin vuestra piedad debian
Sus hermanas pequeñas, que en el seno
Maternal con la leche ya bebian
Del infortunio el áspero veneno.
Una en contínuas lágrimas se anega,
Cuyo fervor la ciega;
Otra fecundo pecho busca en vano
Con los hambrientos labios y la mano.

Cuando se vió completamente aislado, sin amigo alguno con cuya conversacion distraerse ó consolarse, y cuando vió que su infortunio no tenía término, se lamentó de esta manera:

¿Por qué he de esperar que vuelvan
Aquellas horas alegres,
Y que sanen mis heridas
Y que mis dolores cesen?
Con mi vida el infortunio
Se ha ligado para siempre.
¡Oh palacio de Az-Zahí!
¡Oh suntuosos banquetes,
Cuando en mi mesa solian
Tomar asiento los reyes!
Así el placer y el dolor,
Así los males y bienes
La tela de nuestra vida
Con varios colores tejen,
Hasta que corta la tela
Y la esperanza la muerte.



tizado en el ánimo de Al-Motamid, pues que no se opuso á la decision que tomaron los jeques de Sevilla. Ántes, por el contrario, en el año de 1086 se embarcó y fué á Marruecos en busca de Jusuf, á quien rogó que le socorriese con armas y caballos contra los cristianos (1). Jusuf prometió al punto que cumpliria su deseo, y el Rey de Sevilla volvió á Andalucía muy satisfecho. Ignoraba que él mismo daba ocasion á su ruina, y que la espada, que él creia que iba á desnudarse en su favor, se volveria contra él (2). Jusuf se apercibió con grandes armamentos para su venida á Andalucía, y todos los caudillos de las tribus bereberes que pudieron, acudieron á él; de suerte que logró reunir un ejército de cerca de 7.000 caballos y muchísima infantería.

(1) Esto es, segun Abdul-Wahid, 90. Otros autores dicen que Al-Motamid se limitó á mandar á Jusuf una embajada. Dozy asegura que los autores que suponen que Al-Motamid pasó á África, confunden la primera expedicion de Jusuf con la segunda. En esta ocasion fueron á África á pedir socorro á Jusuf, en nombre de sus respectivos soberanos, Abu-Becr-ibn-Zaidun, visir de Al-Motamid, y los cadíes de Badajoz, Córdoba y Granada. (*N. del T.*)

(2) A lo que parece, no fué imprevisor Al-Motamid, sino que el celo de su religion pudo más que sus recelos. Se cuenta que su hijo Rachid le representó lo peligroso que era llamar á los almoravides. Al-Motamid respondió: «Todo eso es verdad, pero no quiero que en las edades futuras me acusen de haber sido la causa de que la Andalucía caiga en poder de los infieles; no quiero que mi nombre sea maldito en todos los púlpitos musulmanes. Si es menester elegir, prefiero ser camellero en África que porquerizo en Castilla.» (*N. del T.*)



Con estas fuerzas se embarcó en Ceuta y desembarcó en Algeciras.

Al-Motamid salió á recibirle con los más ilustres señores de su reino, le hizo grandes honras, y le regaló una infinidad de tesoros, tales, que Jusuf no los habia visto mayores en su vida, y éstos fueron los que, por vez primera, encendieron en su alma el deseo de apoderarse de Andalucía.

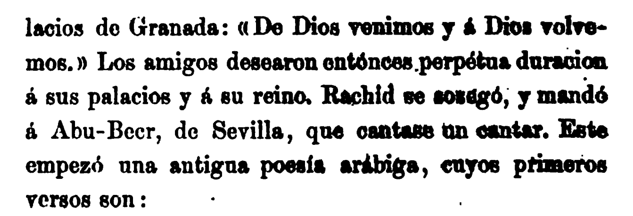
Aumentado con las huestes de todos los príncipes de la Península, se dirigió hácia el Norte el ejército de los muslimes. Por la otra parte, Alfonso no habia perdonado ni amenazas ni promesas para reunir bajo sus estandartes muchos guerreros. El encuentro de ambos ejércitos tuvo lugar en tierra de cristianos, no léjos de Badajoz. Allí se dió, en el año de 1086, la tremenda batalla de Zalaca. Al-Motamid, cuyas tropas tuvieron que resistir lo más fuerte de la pelea, combatió con extraordinario valor y recibió muchas heridas. Largo tiempo estuvo indecisa la victoria; mas por último se inclinó del lado de los muslimes, que la alcanzaron brillantísima. Con dificultad pudo escaparse el rey D. Alfonso VI. Jusuf mandó cortar las cabezas de los cristianos muertos, y cuando las amontonaron delante de él, era tal su número, que parecian una montaña. Diez mil de estas cabezas envió á Sevilla, otras tantas á Zaragoza, Murcia, Córdoba y Valencia, y cuatro mil á África, que fueron colocadas en diversas ciudades. En el Maghreb y en toda la España muslímica hubo

muchos regocijos públicos, se repartieron limosnas y se dió libertad á no pocos esclavos para dar gracias á Alá por haber engrandecido y afirmado la verdadera fe con un triunfo tan glorioso (1).

Jusuf se volvió á África, y Al-Motamid á Sevilla. Al año siguiente volvió Jusuf á Andalucía y descubrió por vez primera sus miras, destronando al Rey de Granada y apoderándose de su reino. Sin embargo, con Al-Motamid siguió conduciéndose aún como fiel aliado y amigo; pero su alma se llenaba cada vez más de admiracion y codicia por la riqueza y hermosura de España. Los que más de ordinario le rodeaban empezaron entónces á representarle cuán fácil le sería apoderarse de un país tan hermoso, y trataron de enojarle contra el Rey de Sevilla, poniendo en su conocimiento algunas cosas que Al-Motamid les habia dicho contra él en el seno de la confianza.

Miéntras que estas nubes tempestuosas se amontonaban sobre la casa de los Abbadidas, se diria que Al-Motamid no abrigaba aún ninguna sospecha. En cambio, su hijo Rachid no podia desechar los más tristes presentimientos. Una vez, estando de conversacion con algunos amigos, se habló de los sucesos de Granada y de la toma de posesion de aquella ciudad por Jusuf. El Príncipe oia silencioso, ensimismado y melancólico. Por último, dijo, pensando en la destruccion de los pa-

(1) Al-Kartas, 96.



lacios de Granada: «De Dios venimos y á Dios volvemos.» Los amigos desearon entónces perpétua duracion á sus palacios y á su reino. Rachid se sosegó, y mandó á Abu-Becr, de Sevilla, que cantase un cantar. Este empezó una antigua poesía arábiga, cuyos primeros versos son:

¡Mansion de Maya, al pié del alto monte
Abandonada yaces y en ruinas!

El rostro del Príncipe volvió á cubrirse de tristeza. Rachid mandó á una cantarina que cantase otra cosa. La cantarina dijo:

¿Quién de tan seco corazon, no llora
La ciudad asolada contemplando?

Esto aumentó su pesar. Su frente se anubló más aún. Mandó cantar á otra cantarina, y ésta dijo:

Anhelo repartir á manos llenas
Entre los desvalidos mi tesoro;
Pero ¿qué han de esperar los desvalidos,
Cuando yo mismo soy menesteroso?

Queriendo entónces el poeta Ibn-Lebbana borrar la mala impresion de estos versos, recitó los siguientes:

Palacio de los palacios,
Morada de la nobleza,
Ojalá que siempre brilles
Con los varones que albergas.

Un palacio es como otro,
Mas éste más gloria encierra;
Pues dos príncipes ilustres
Con su valor le sustentan:
Ar-Rachid, que resplandece
Como de Orion la estrella,
Y Al-Motadd, que la fe escuda
Y que es un rayo en la guerra.
Ambos, con brazos robustos,
Como á corceles enfrenan
Al Ocaso y al Oriente,
Tirándoles de la rienda.
Cual relámpago deslumbran
Sus ojos en la pelea;
Dones en la paz prodigan,
Como el rocío á la tierra.

El Príncipe se tranquilizó bastante al oir los primeros versos de esta composicion; pero en las palabras *un palacio es como otro* creyó ver, como los demas, que habia un mal agüero, y todos se llegaron á convencer de que este mal agüero se veria cumplido (1).

No tardó mucho el destino en realizar aquellos temores; Jusuf, en 1090, arrojó de repente la máscara de aliado, que habia conservado hasta entónces, se apoderó de la fortaleza de Tarifa, y desde allí se hizo proclamar señor de toda Andalucía. Con el propósito de llevar á cabo su plan, largo tiempo meditado, dominaba ya préviamente várias fortalezas andaluzas en los confines de los reinos cristianos. Los guerreros que estaban en ellas cayeron entónces sobre Córdoba y la si-

(1) ABBADIDA, II, 40.

tacon. Mamun, hijo de Al-Motamid, defendió valerosamente la ciudad, pero fue muerto despues de una resistencia heróica, y Córdoba cayó en poder de los enemigos (1).

Estos marcharon entonces contra Sevilla y empezaron el sitio. Al-Motamid, que se hallaba en la ciudad, mostró gran serenidad y valor, y compartió todos los peligros. Cuando ya no le quedaba ninguna esperanza, hizo muchas salidas, y se arrojó, buscando la muerte, sólo con una túnica y sin armadura, en medio de los enemigos. Su hijo Malic murió á su lado en esta ocasion; mas él se salvó de la muerte. Por último, en Setiembre de 1091 entraron los almoravides en la ciudad. Los habitantes corrian desesperada y angustiosamente por las calles. Algunos escaparon arrojándose desde los muros ó nadando por el rio. Los enemigos quitaron á saco las casas y robaron cuanto habia en ellas. Los palacios de Al-Motamid fueron ignominiosamente devastados (2).

Al-Motamid, prisionero, se vió obligado á mandar á sus dos hijos Al-Motadd y Ar-Radhi, que estaban en Ronda y Mertola, que entregasen aquellas fortalezas

(1) Abdo-l-Wahid, 98.

(2) Ibn-Khallikan. Al-Motamid se defendió aún algun tiempo en su alcázar, y aun despues de tomada y saqueada la ciudad de Sevilla, hizo otra salida desde él, y rechazó á los almoravides. En esta ocasion fue, segun Dozy, cuando murió Malic, su hijo. Por último tuvo que rendirse. (N. del T.)

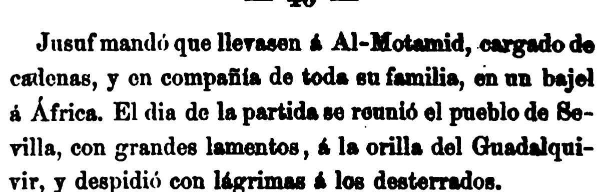


casi inexpugnables, pues de lo contrario él y todos los suyos perderian la vida. Los hijos no querian en un principio pasar por tal oprobio y se negaban á hacer la entrega; pero, considerando el peligro que corrian su padre y su madre, las entregaron al fin, no sin hacer ántes capitulaciones honrosas. Las capitulaciones fueron violadas, y el general enemigo privó á Al-Motadd de todos sus bienes. Ar-Radhi fué muerto á traicion (1).

(1) ABDUL-WAHID, 90. Segun Dozy, contribuyó en gran manera á la pronta conquista de Andalucía por los almoravides el disgusto y encono con que miraba á los príncipes del país una parte del pueblo, y particularmente los alfaquíes y los más fanáticos musulmanes. Jusuf obtuvo de los alfaquíes españoles dos *fetfas*, ó como si dijéramos dos bulas de excomunion contra Al-Motamid y los otros soberanos, acusándolos de impíos y de que se aliaban con los reyes cristianos y de que sobrecargaban al pueblo de contribuciones. Jusuf empezó por abolir los tributos que pagaba el pueblo y que el *Coran* no consentia. Despues hizo pagar no menores tributos, á pesar del *Coran*.

Al-Motamid en un principio combatió por su religion en Zalaca y se alió de buena fe con Jusuf contra Alfonso VI de Castilla. Sólo ya muy tarde, y cuando vió que los almoravides habian conquistado el reino de Granada y amenazaban el suyo, se alió con Alfonso VI contra el enemigo comun, contra los bárbaros de África. Esta alianza tardía fué inútil é hizo más cruel su suerte despues que fué vencido. Cuando ya Al-Motamid estaba sitiado en Sevilla, envió Alfonso VI un ejército en su auxilio, al mando de Albar Fañez; pero el ejército fué derrotado por los almoravides cerca de Almodóvar.

Poco despues de la toma de Sevilla, los almoravides conquistaron tambien á Almería, Badajoz, Murcia, Denia y Játiva y hasta Valencia, donde se defendió aún durante dos años, despues de la muerte del Cid, su viuda doña Jimena.



Jusuf mandó que llevasen á Al-Motamid, cargado de cadenas, y en compañía de toda su familia, en un bajel á África. El dia de la partida se reunió el pueblo de Sevilla, con grandes lamentos, á la orilla del Guadalquivir, y despidió con lágrimas á los desterrados.

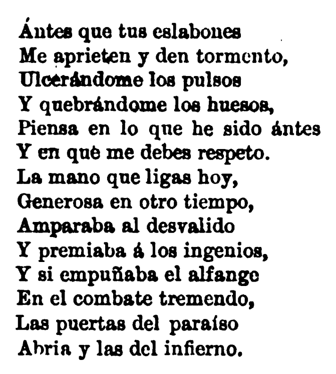
Conducido así á Marruecos Al-Motamid con los suyos, se vió condenado á prision por toda la vida. El lugar que se destinó para su prision fué la ciudad de Agmat, al sudoeste de Marruecos. Allí exhaló su dolor sobre las mudanzas de la fortuna, de que él era tan lastimoso ejemplo, y lamentando sus desgracias y las de su familia, y suspirando por la hermosa y para siempre perdida patria, improvisó poesías tan llenas de verdad y profundidad de sentimiento, que nada hay comparable á ellas en toda la literatura arábiga.

«Las sentidas y conmovedoras elegías de Al-Motamid, dice Dozy, arrebatan de tal suerte al lector, que cree sentir el mismo amargo dolor que el rey poeta, y encontrarse con él y con sus hijos y demas familia en el mismo duro encierro.»

La serie de estas composiciones empieza con unos versos que dijo cuando le encadenaron:

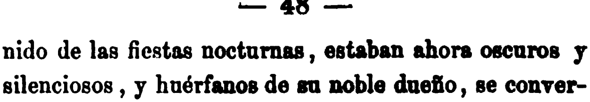
Cadena, que cual serpiente
En torno ciñes mi cuerpo,

Mas tarde, por último, conquistaron á Zaragoza, y así toda la España musulmana vino á reunirse bajo el cetro del Emperador de Marruecos y bajo el fanático despotismo de los poderosos alfaquíes. (*N. del T.*)



Ántes que tus eslabones
Me aprieten y den tormento,
Ulcerándome los pulsos
Y quebrándome los huesos,
Piensa en lo que he sido ántes
Y en qué me debes respeto.
La mano que ligas hoy,
Generosa en otro tiempo,
Amparaba al desvalido
Y premiaba á los ingenios,
Y si empuñaba el alfange
En el combate tremendo,
Las puertas del paraíso
Abria y las del infierno.

«Cuando él, dice Ibn-Chakan, se vió arrastrado léjos de su patria, despojado de todos sus tesoros y como enterrado vivo en una mazmorra de África; cuando se vió secuestrado de todo comercio y trato con los hombres, sin poder hablar con sus amigos y conocidos, y sin poder consolar algo sus penas en amistosos coloquios, entónces suspiró y gimió de contínuo, porque no le era dable concebir la menor esperanza de volver á ver su país tan querido. Los sitios donde en otra época habia sido tan dichoso se presentaban á su imáginacion, y se le aparecian las ciudades arruinadas y desiertas, y veia los palacios que él mismo habia edificado, como hijos que lloran la pérdida de su padre y la ausencia de sus alegres y antiguos moradores. Los alcázares y jardines de Sevilla, iluminados ántes por la luna llena de su magnificencia real, y animados con el murmullo de las más dulces pláticas y con el suave so-



nido de las fiestas nocturnas, estaban ahora oscuros y silenciosos, y huérfanos de su noble dueño, se convertian en montones de escombros.

Perdido Al-Motamid en estos pensamientos, compuso lo siguiente:

Los palacios desiertos de Sevilla
Por sus príncipes gimen,
Generosos y dulces en las paces,
Leones en las lides.
De Zoraya el alcázar se lamenta;
Sus cúpulas sublimes
No ya de mi largueza soberana
El rocío reciben.
El gran Guadalquivir mi ausencia llora;
Las quintas y jardines,
Que en su líquido espejo se miraban,
Al oprobio se rinden.
Y yo, que del torrente de mis dones
La dicha brotar hice,
Arrastrado en torrente de infortunios,
De Libia al centro vine (1).

Al-Motamid habia tenido siempre en gran predileccion la quinta de Az-Zahir, la más hermosa y amena de todas las suyas. Allí, en la orilla del Guadalquivir, entre olivares y huertas, habia pasado los mejores dias

(1) Es completamente imposible traducir de un modo agradable y al mismo tiempo con toda fidelidad el texto arábigo. Por lo tanto, así en la traduccion de esta poesía como en la de las que siguen me he tomado gran libertad. En el texto se nombran otros palacios y quintas, de los cuales hablaré en la parte de esta obra que trata de la arquitectura.



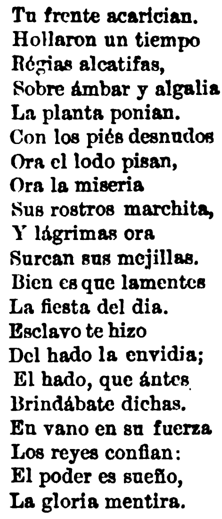
de su vida. Así es que en el destierro y en la prision nada anhelaba tanto como volver á ver su quinta, á cuyo recuerdo cantaba:

Miéntras que, de España ausente,
Estoy en Maghreb cautivo,
Allá en mi querida patria
Me llora el trono vacío;
Mi fuerte lanza y mi alfange
Están de luto vestidos,
Los almimbares me lloran
Por compasion y cariño.
La dicha, que á otros sonrie,
De mí para siempre ha huido.
¡Ay! que de las nobles almas
Envidioso y enemigo,
Me robó corona y reino
Desapiadado el destino,
Y llenó de amargas penas
El fondo del pecho mio.
De mi suerte deplorable
Se conduele el cielo mismo.
Así, libre de cadenas,
Ver de nuevo aquellos sitios
Me deje, donde dichoso
Y respetado he vivido;
Discurrir sobre las ondas
Del Guadalquivir tranquilo,
A la luz de las estrellas
En clara noche de estío;
A la sombra reposarme
De los frondosos olivos,
Y oir el susurro leve
Del aura mansa en los mirtos,
O entre la verde enramada
De la tórtola el gemido.
Si otra vez mis ojos vieran
Los soberbios edificios

De Az-Zahir y de Zoraya,
Por mi amor ellos movidos,
Brillar harian de gozo
Los torreones magníficos;
Y Az-Zahir me albergaria
En su encantado recinto,
Como recibe una esposa
Al dulce dueño querido.
Imposible es tanta dicha;
Fuera esperarla delirio,
Si en Alá no se esperase
Y en su poder infinito.

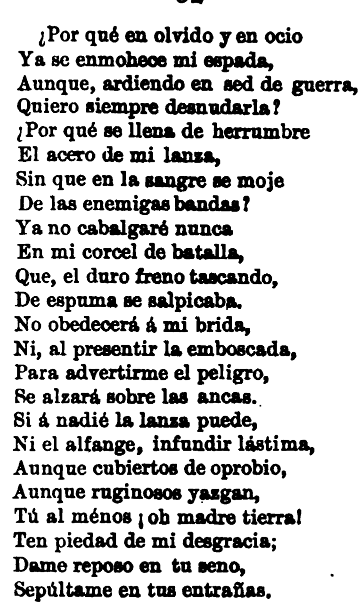
En Agmat se celebró una fiesta. El rey prisionero vió desde el fondo de su calabozo al pueblo, que salia al campo en alegres grupos. Sus hijas entraron entónces en la prision, llorando y con las vestiduras desgarradas. Estas princesas se veian ahora obligadas á ganar la vida hilando, y una de ellas servia en la casa de la hija de un antiguo servidor de Al-Motamid. Cuando el desdichado rey vió á sus hijas con los piés desnudos y enflaquecidas por el hambre y los trabajos, rompió en lastimero llanto y dijo, hablando consigo mismo:

Cuando estabas libre,
Las fiestas solian
El alma alegrarte,
Que hoy gime cautiva.
Cubiertas de harapos
Hoy ves á tus hijas,
Que hilando afanosas
Sustentan la vida.
Llorando á tí llegan,
Muertas de fatiga;
Sus áridos labios


Tu frente acarician.
Hollaron un tiempo
Régias alcatifas,
Sobre ámbar y algalia
La planta ponian.
Con los piés desnudos
Ora el lodo pisan,
Ora la miseria
Sus rostros marchita,
Y lágrimas ora
Surcan sus mejillas.
Bien es que lamentes
La fiesta del dia.
Esclavo te hizo
Del hado la envidia;
El hado, que ántes
Brindábate dichas.
En vano en su fuerza
Los reyes confian:
El poder es sueño,
La gloria mentira.

Miéntras Al-Motamid arrastraba en África tan penosa existencia, uno de sus hijos se alzó en Andalucía contra los usurpadores del reino paterno; se apoderó del castillo de Arcos, cerca de Sevilla, y se mantuvo en él durante muchos meses, esperando que tambien se alzasen y viniesen en su auxilio los parciales de los Abbadidas. Cuando Al-Motamid supo esta nueva, se lisonjeó por un momento con la esperanza de que el alzamiento tendria buen éxito y con que podria volver á sus estados; pero pronto tornó á caer en su primera melancolía y dijo (1):

(1) Las nuevas del alzamiento de su hijo, que se llamaba


¿Por qué en olvido y en ocio
Ya se enmohece mi espada,
Aunque, ardiendo en sed de guerra,
Quiero siempre desnudarla?
¿Por qué se llena de herrumbre
El acero de mi lanza,
Sin que en la sangre se moje
De las enemigas bandas?
Ya no cabalgaré nunca
En mi corcel de batalla,
Que, el duro freno tascando,
De espuma se salpicaba.
No obedecerá á mi brida,
Ni, al presentir la emboscada,
Para advertirme el peligro,
Se alzará sobre las ancas.
Si á nadié la lanza puede,
Ni el alfange, infundir lástima,
Aunque cubiertos de oprobio,
Aunque ruginosos yazgan,
Tú al ménos ¡oh madre tierra!
Ten piedad de mi desgracia;
Dame reposo en tu seno,
Sepúltame en tus entrañas.

El desesperado alzamiento de Andalucía fué sofocado pronto, y el hijo de Al-Motamid, defendiendo la fortaleza de Arcos, fué muerto de un flechazo. Despues de este inútil conato para restaurar la dinastía de los Abbadidas, el encierro del rey cautivo se hizo más duro,

Abd-al-Djabbar, se las trajo el poeta Ibn-al-Labbana, el más fiel de sus amigos, que vino á Agmat á verle. Abd-al-Djabbar, no sólo se habia apoderado de Arcos, sino tambien de Algeciras. (*N. del T.*)



y la más profunda tristeza que él sintió entónces la expresó en estos versos:

En vez de las gallardas cantadoras,
Me canta la cadena
Rudo cantar, que el alma á todas horas
De dolor enajena.
La cadena me ciñe cual serpiente;
Cual serpiente mi acero
Entre los enemigos fieramente
Resplandeció primero.
Hoy la cadena sin piedad maltrata
Mis miembros y los hiere,
Y acusa el corazon la suerte ingrata,
Y morir sólo quiere.
A Dios en balde mi clamor elevo,
Porque Dios no me escucha;
Cáliz de acíbar y ponzoña bebo
En incesante lucha.
Los que sabeis quién soy y quién yo era
Lamentad mi caida:
Se marchitó cual flor de primavera
La gloria de mi vida;
Música alegre, espléndidos salones
Trocó el hado inseguro
En resonar de férreos eslabones
Y en calabozo oscuro.

Una vez vió Al-Motamid, desde el fondo de su calabozo, una bandada de palomas torcaces que iban volando, y pensó en que no estaban aprisionadas en red alguna ni separadas de sus polluelos, sino que libres se movian por el aire y podian buscar sitio donde beber como quisiesen. Entónces le pareció que tenian doble peso sus cadenas, y sintió doble que el carcelero no diese fácil entrada en su prision á su querida familia, y

el tener que sufrir en soledad y aislamiento las penas de su alma. Pensó tambien en sus hijas, y en la pobreza y la miseria que las consumian; y estos pensamientos eran áun más amargos, porque se unian al recuerdo de su pasada bienandanza y grandeza. Sobre esto se expresó así:

Pasar volando en libertad os veo,
¡Oh palomas! y lágrimas derramo.
La envidia no me mueve;
Muéveme amor y muéveme el deseo
De estar unido con las prendas que amo;
De vagar libre por el aire leve,
De romper la sombría
Cárcel, de ver el campo y su alegría.
Si como sois yo fuera,
La muerte de mis hijos no lloràra,
Y de contínuo viera
Cerca á mis hijas y consorte cara,
Sin arrancar del alma hondo gemido
El recuerdo cruel del bien perdido.
Dichosas sois: la suerte no os separa
De los dulces hijuelos,
Ni velais entre angustias y recelos,
Y en noche larga y soledad oscura,
El crujir de los goznes de la puerta,
Y de la firme y gruesa cerradura
El ágrio rechinar nunca os despierta.
Dios no quiera, palomas, que el milano
Los hijuelos os robe, ya que en vano
Llorando estoy los mios,
Los que robó la muerte despiadada,
Y los que fresca sombra y claros ríos
Perdieron, con el nido y la enramada (1).

(1) Las aves de que habla Al-Motamid se llaman en árabe *cathas.*

Al-Motamid lamentó la muerte de sus hijos en la siguiente elegía:

Fuente que brotas perenne,
De tus ondas el tesoro
Ménos lágrimas contiene
Que amargas lágrimas lloro.
¿Por qué no me matarán
De los hijos que he perdido
Los recuerdos, si un volcan
En mi pecho han encendido?
¡Ah! no me devora el fuego
De mi violenta pasion,
Porque con lágrimas riego
De contínuo el corazon.
Si bienes me dió el destino
En lozana juventud,
Mayores males previno
Para echarme al ataud.
La muerte de Fath lloraba,
Y apénas de aquella herida
La cicatriz se cerraba,
Perdió mi Iesid la vida.
¡De mi amor estrechos lazos,
Ya para siempre os perdí!
¡De mis entrañas pedazos,
Os arrancaron de mí!
¡Oh refulgentes luceros,
Vuestra luz se extinguió ya!
Hasta los dias postreros
Vuestro padre os llorará.
Guíeme tu luminosa
Huella ¡oh Fath! al paraíso,
Ya que como mártir quiso
Darte Alá muerte gloriosa.
¡Oh Iesid! no me consuelo
De tu pérdida temprana,
Ni áun creyendo que del cielo

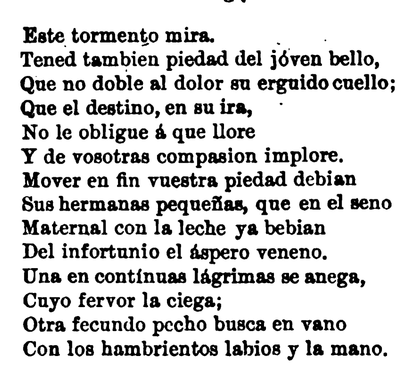
Gozas la luz soberana.
Vuestra madre, en su dolor,
La bendicion os envia;
Con ella va el alma mia
A los hijos de su amor.
Nuestro llanto de amargura
Corre unido sin cesar.
¿Quién, de alma fria y dura,
No llora al vernos llorar?

Miéntras que Al-Motamid, cargado de cadenas, sólo con gran trabajo podia arrastrarse de un lugar á otro, vino á visitarle su hijo Abu-Haschin, y á la vista del desventurado padre rompió en desconsolados sollozos. Era el más mozo de los hijos de Al-Motamid, el más amado, y aquel á quien el Rey, despues de la batalla de Zalaca, donde sobresalió por su valentía, habia dirigido estos versos:

Pensé un instante en la fuga,
Mas firme volví á la lid,
Porque al mirarte, hijo mio,
Me avergonzába de huir.

Ahora Abu-Haschin, en muy diferentes circunstancias, estaba llorando delante de su padre. Éste dijo:

¡Ay, cuánto he padecido!
¡Tened piedad de mí, rudas cadenas!
El peso me ha rendido,
Los fuertes eslabones me han herido,
Consumiendo la sangre de mis venas.
Mi Abu-Haschin, el corazon llagado
Y el noble rostro en lágrimas bañado,



Este tormento mira.
Tened tambien piedad del jóven bello,
Que no doble al dolor su erguido cuello;
Que el destino, en su ira,
No le obligue á que llore
Y de vosotras compasion implore.
Mover en fin vuestra piedad debian
Sus hermanas pequeñas, que en el seno
Maternal con la leche ya bebian
Del infortunio el áspero veneno.
Una en contínuas lágrimas se anega,
Cuyo fervor la ciega;
Otra fecundo pecho busca en vano
Con los hambrientos labios y la mano.

Cuando se vió completamente aislado, sin amigo alguno con cuya conversacion distraerse ó consolarse, y cuando vió que su infortunio no tenía término, se lamentó de esta manera:

¿Por qué he de esperar que vuelvan
Aquellas horas alegres,
Y que sanen mis heridas
Y que mis dolores cesen?
Con mi vida el infortunio
Se ha ligado para siempre.
¡Oh palacio de Az-Zahí!
¡Oh suntuosos banquetes,
Cuando en mi mesa solian
Tomar asiento los reyes!
Así el placer y el dolor,
Así los males y bienes
La tela de nuestra vida
Con varios colores tejen,
Hasta que corta la tela
Y la esperanza la muerte.



Cuando habia ya padecido largo tiempo en la dura cárcel, y pasado en ella horribles noches de insomnio, dijo á la tormenta, cuyos relámpagos y truenos le parecia que anunciaban al mundo su prision y sus males:

Ora en todas las regiones
Con su voz el trueno anuncia
Que encerrado en la mazmorra
Yaces como en una tumba.
Desde el ocaso al oriente
La tempestad rauda cruza
Y con sú voz va llenando
Los corazones de angustia.
La nueva de tu infortunio,
Que sus acentos divulgan,
Arranca llanto á los ojos,
Conmueve el alma mas dura,
Y con dolor compasivo
La paz y la dicha turba
De los felices espíritus
Que moran en las alturas.
Éstos dicen: «¿Quién al fuerte,
Al vencedor atribula?
¿Quién al primero en las lides
Lanza en sima tan profunda?»
Yo respondo: «En esta sima
Me lanzó la desventura;
Combatí contra el destino
Y fuí vencido en la lucha.
Cual saquea los rebaños
De ladrones una turba,
De bienes, poder y gloria
Me despojó la fortuna.»

Entre los prisioneros de Agmat habia algunos dotados de talento poético, los cuales suplicaron al alcaide que los dejase algunas veces entrar en el calabozo de



Al-Motamid para consolar su dolor conversando. Siempre que el alcaide accedió á esta súplica, halló Al-Motamid algun alivio á sus penas, contando á los amigos su desgracia y confiándoles los secretos de su corazon; pero cuando pasaba el tiempo que para estar juntos se les habia otorgado, y el rey se quedaba solo, caia de nuevo en honda melancolía. Por último, estos prisioneros fueron puestos en libertad, y él permaneció en su cárcel. Cuando vinieron á despedirse, tristes ya solo por el Rey y contentos de su ventura, Al-Motamid les dijo:

¿Por qué de mi llanto nunca
Ha de agotarse el venero
Que mis mejillas marchita,
Constantemente corriendo?
Por el infeliz amigo
Rogad, amigos, al cielo,
Y dadle gracias porque
Os libró del cautiverio.
A esperar igual ventura,
A soñarla no me atrevo.
¿Quién romperá las cadenas
Que me lastiman los miembros?
Me ciñen cual negras sierpes
Sus eslabones de hierro,
Y cual dientes de leones
Van triturando mis huesos.
Mas esta dicha presente
De mi dolor es consuelo.
Vuestros corazones laten
Con vivo gozo en el pecho.
Id, pues, felices y libres,
Y á Dios juntos alabemos
Por mi constante desdicha,
Por vuestro bien y contento.



Por último, el desventurado príncipe se rindió al peso de tantos males. Murió en su calabozo de Agmat, en el año de 1095. En su entierro, cuenta su biógrafo, se llamó al pueblo á la última oracion y se habló de él como de cualquiera otro extranjero. ¡Extraño destino de un soberano en otro tiempo tan poderoso y grande! ¡Alabado sea el Sér que siempre permanece y cuyo poder y grandeza eternamente duran! En cuanto á la suerte de los suyos, sólo podemos decir que una de sus hijas fué vendida en Sevilla como esclava, y que su nieto se ganaba posteriormente la vida con el oficio de platero (1).

(1) «Al-Motamid, dice Dozy, no fué verdaderamente un gran monarca. Reinando sobre un pueblo enervado por el lujo y que no vivia sino para los placeres, con dificultad lo hubiera sido, aunque no lo impidiesen la indolencia natural y el amor á las cosas exteriores, dicha y debilidad de los artistas; pero nadie tenía mayor sensibilidad y poesía en el alma. El más insignificante acontecimiento de su existencia, todos sus gozos y todos sus dolores, se revestian al punto de una forma poética. Su biografía pudiera escribirse, al ménos la de su alma, con sus mismos versos, revelaciones íntimas, donde se reflejaban las alegrías y las tristezas que el sol ó las nubes de cada dia traian ó llevaban consigo. Al-Motamid tuvo ademas la suerte de ser el último rey indígena que representó digna y brillantemente una nacionalidad y una cultura intelectual que sucumbieron, ó poco ménos, bajo el dominio de los bárbaros que habian invadido el país. Por esto fué objeto de una especie de predileccion, como el más jóven, como el último de los reyes poetas que reinaron en Andalucía. Se le lamentaba y se le echaba de ménos más que á otro alguno, casi excluyendo á los otros, como la última rosa de la primavera, los últimos hermosos dias de otoño y los últimos rayos del sol que se hunde en el ocaso.»

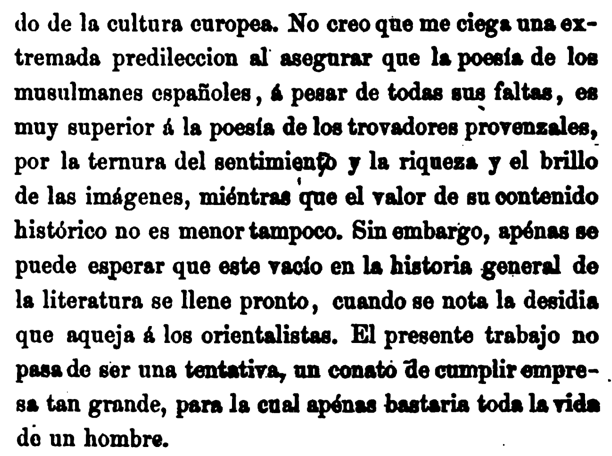


XI.

Ibn-Zeidun, Ibn-Lebbun, Ibn-Ammar é Ibn-ul-Catib.

Al echar una mirada sobre la larga lista de poetas andaluces cuyos nombres nos han trasmitido los historiadores arábigos, es difícil dominar el sentimiento de tristeza que nos inspira lo caduco de la gloria literaria. Las obras de estos poetas, que los críticos y literatos contemporáneos ponian en las nubes con extraordinarias alabanzas, que estaban en la boca de todos, que eran el encanto de un pueblo ingenioso y culto, han desaparecido en gran parte, y áun aquellas, bastante numerosas, que se han salvado de la pérdida general en los *Divanes* y *Antologias*, no llaman á sí cuanto deben la atencion de los filólogos orientalistas, á fin de descifrarlas con trabajo.

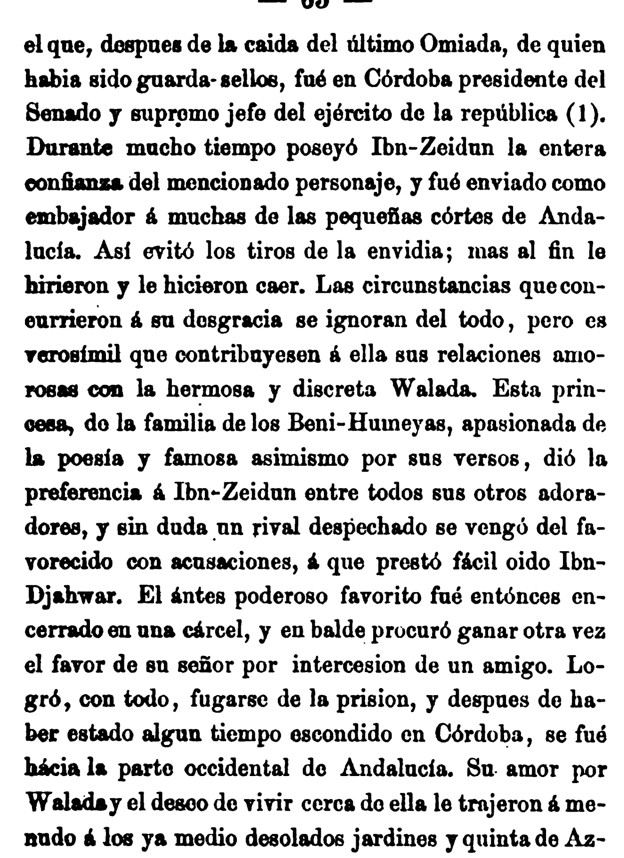
Si el celo que recientemente se ha despertado en favor de la literatura provenzal se aplicase tambien á la arábigo-hispana, y se hiciesen ediciones y traducciones de las vidas y escritos de los poetas andaluces, alcanzariamos el debído conocimiento de un memorable perío-



do de la cultura europea. No creo que me ciega una extremada predileccion al asegurar que la poesía de los musulmanes españoles, á pesar de todas sus faltas, es muy superior á la poesía de los trovadores provenzales, por la ternura del sentimiento y la riqueza y el brillo de las imágenes, miéntras que el valor de su contenido histórico no es menor tampoco. Sin embargo, apénas se puede esperar que este vacío en la historia general de la literatura se llene pronto, cuando se nota la desidia que aqueja á los orientalistas. El presente trabajo no pasa de ser una tentativa, un conato de cumplir empresa tan grande, para la cual apénas bastaria toda la vida de un hombre.

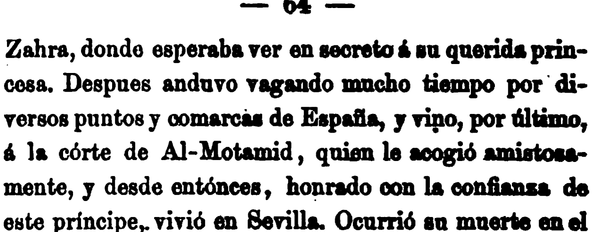
En mi obra, por consiguiente, sólo se da al lector una ligera noticia del vasto campo inexplorado. Las biografías de los diversos poetas quedan fuera de sus límites, y sólo por excepcion se habla de la vida de algunos, ó bien cuando así lo requiere la inteligencia de los versos que se citan, ó bien cuando los sucesos de dichas vidas vierten mucha luz sobre las circunstancias literarias de la España muslímica. Por estas razones hemos hecho el bosquejo de la vida de Al-Motamid, y por estas razones vamos á dar tambien una breve noticia de algunos de los innumerables poetas andaluces.

Entre los más famosos resplandece Ibn-Zeidun. De él sabemos que nació en el año de 1003, y que, gracias á su talento sobresaliente, alcanzó alta posicion é influjo, desde su primera juventud, cerca de Ibn-Djahwar,



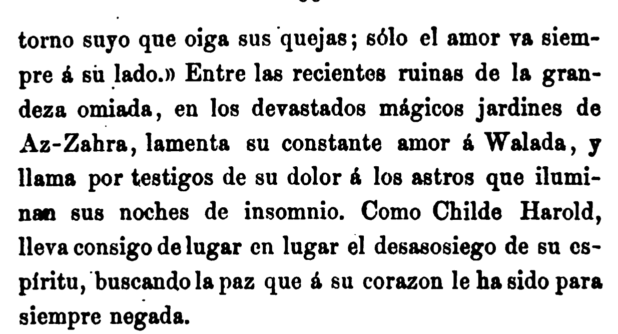
el que, despues de la caida del último Omiada, de quien habia sido guarda-sellos, fué en Córdoba presidente del Senado y supremo jefe del ejército de la república (1). Durante mucho tiempo poseyó Ibn-Zeidun la entera confianza del mencionado personaje, y fué enviado como embajador á muchas de las pequeñas córtes de Andalucía. Así evitó los tiros de la envidia; mas al fin le hirieron y le hicieron caer. Las circunstancias que concurrieron á su desgracia se ignoran del todo, pero es verosímil que contribuyesen á ella sus relaciones amorosas con la hermosa y discreta Walada. Esta princesa, de la familia de los Beni-Humeyas, apasionada de la poesía y famosa asimismo por sus versos, dió la preferencia á Ibn-Zeidun entre todos sus otros adoradores, y sin duda un rival despechado se vengó del favorecido con acusaciones, á que prestó fácil oido Ibn-Djahwar. El ántes poderoso favorito fué entónces encerrado en una cárcel, y en balde procuró ganar otra vez el favor de su señor por intercesion de un amigo. Logró, con todo, fugarse de la prision, y despues de haber estado algun tiempo escondido en Córdoba, se fué hácia la parte occidental de Andalucía. Su amor por Walada y el deseo de vivir cerca de ella le trajeron á menudo á los ya medio desolados jardines y quinta de Az-

(1) Dozy's *Catalogus Bibliotecæ Academiæ Lugduno Batavæ*, I, 242. *Weyers Spicimen criticum exhibens locos Ib-Khacaris de Ibn-Zeidunno.* Ibn-Challican.



Zahra, donde esperaba ver en secreto á su querida princesa. Despues anduvo vagando mucho tiempo por diversos puntos y comarcas de España, y vino, por último, á la córte de Al-Motamid, quien le acogió amistosamente, y desde entónces, honrado con la confianza de este príncipe, vivió en Sevilla. Ocurrió su muerte en el año de 1071.

Los antólogos arábigos, tan inclinados por lo comun á los más pomposos encomios, de los cuales no es posible hacer mucho caso, apuran en loor de la grandeza poética de Ibn-Zeidun todo el tesoro de sus acostumbradas hipérboles. «Su poesía, dicen, posee una fuerza superior á la del arte mágica, y su sublimidad compite con la sublimidad de las estrellas.» Aunque no debemos convenir en tales exageraciones, los versos de Ibn-Zeidun, inspirados en gran parte por su amor á Walada, nos parecen notables por el espíritu que en ellos vive y que tanto recuerda el espíritu de la moderna poesía. Generalmente se cree que aquellos arrobos de amor, aquellos ensueños melancólicos, aquellos sentimientos delicados y aquellas pinturas de la naturaleza, que tanto hermosean la poesía moderna, hallaron en Petrarca su primera expresion; pero yo me atrevo á afirmar que Ibn-Zeidun debe ser considerado como predecesor del cantor de Vaucluse. Como Petrarca, «vaga triste y pensativo por el silencioso sendero, en cuya arena no hay estampada huella humana; los peñascos y el arroyo murmurador son sus confidentes, y nadie hay en



torno suyo que oiga sus quejas; sólo el amor va siempre á su lado.» Entre las recientes ruinas de la grandeza omiada, en los devastados mágicos jardines de Az-Zahra, lamenta su constante amor á Walada, y llama por testigos de su dolor á los astros que iluminan sus noches de insomnio. Como Childe Harold, lleva consigo de lugar en lugar el desasosiego de su espíritu, buscando la paz que á su corazon le ha sido para siempre negada.

De la época de su estancia habitual en Az-Zahra son las siguientes líneas, que su biógrafo encabeza de esta suerte:

«Luégo que la primavera adornó los huertos con su túnica verde, abrió lirios y rosas, dió más caudal á los arroyos, é inspiró á los ruiseñores dulces trinos, con el espíritu más sereno, solia el poeta pasar alegremente las tardes en la enramada florida y en los bosquecillos umbrosos, respirando el dulce y perfumado ambiente.»

Entónces sentia con viveza el deseo de volver á ver á Walada; y no pudiendo ir á Córdoba, escribia cartas á la Princesa, donde le pintaba las emociones de su corazon y le daba quejas porque no venía á visitarle, teniéndole tan cerca:

Triste por los jardines de Az-Zahra
En tí pensando voy:
Rie la tierra, y despejada y clara
La atmósfera está hoy.
Tan apacible el aura de Occidente

Y tan blanda suspira,
Que me parece que mis penas siente
Y con piedad las mira.
Si al discurrir por floreciente suelo
Brilla, del sol herido,
Collar de perlas es el arroyuelo
Á tu cuello ceñido.
Este dia recuerda la hermosura
De otro remoto dia,
Cuando, en secreto, amor nos dió ventura
Y fugaz alegría.
Las flores que destilan el rocío
Se diria que lloran,
Que lamentan el fin del amor mio,
Que mi suerte deploran.
Hoy, como entónces, la fecunda vega
Se adorna de colores,
Y al peso del rocío se doblega
El tallo de las flores.
Cual rosicler de la mañana vivo
La rosa resplandece,
Y el loto soñador y pensativo
En el aura se mece.
Y todo cuanto siento y cuanto veo,
Flor, aura, luz, perfume,
Enciende, aviva más este deseo,
Que el alma me consume.
Ojalá que me hubiese arrebatado
Sentir y ser la muerte,
Ántes que me apartase de tu lado
La despiadada suerte.
Si el céfiro á tu lado me llevára
En sus alas ligeras,
En lo pálido y mustio de mi cara
Mi dolor conocieras.
Mi única, mi querida, mi tormento,
Á quien jamas olvido,
Tus protestas de amor, tu juramento,
Dime, ¿dónde se han ido?



La ingratitud del pecho te arrancaba
Tan molesta memoria,
Miéntras guardar la fe que te juraba
Era toda mi gloria.

Á Walada van tambien dirigidas las siguientes composiciones :

I.

Cuando en el centro del alma
Te hablo de amor, vida mia,
El corazon me destrozan
Los recuerdos de mi dicha.
Desde que ausente te lloro
Mis noches pasan sombrías,
Porque nunca tu belleza
Con su luz las ilumina.
El que de tí me apartasen
Entónces yo no temia :
Hoy juzgo el verte de nuevo
Dulce y soñada mentira.

II.

Aunque de tí me alejaron,
Es tu morada mi pecho :
Por el mundo me olvidaste,
Y eres mi mundo y mi cielo.
Las dichas que te rodean
Borran en tu pensamiento
Del que constante te ama
Hasta el más leve recuerdo.
Áun no he logrado, sin duda,
El fin que siempre pretendo.
¿Qué fin? dices. De mi vida
Responda cada momento.

III.

Si tú quieres, nunca, nunca
Acabará nuestro amor:
Misterioso, inmaculado,
Vivirá en mi corazon.
Para conquistar el tuyo,
Sangre y vida diera yo,
Siendo corto el sacrificio,
Comparado al galardon.
Este yugo de mi alma
Nadie nunca le llevó;
Mas tú le pusiste en ella;
No temas su rebelion.
¡ Despréciame ! he de sufrirlo;
¡ Ríñeme ! tienes razon;
¡ Huye ! te sigo; ¡ habla ! escucho;
¡ Ordena ! tu esclavo soy.

IV.

Desde que dejé de verte,
Las fuerzas me abandonaron,
Y se descubrió el misterio
Que sólo á tí he confiado.
Me han de rechinar los dientes
Si me intimido y abato,
Y no intento lo imposible
Para vivir á tu lado.
Quiera Dios que ver de nuevo
Pueda yo tu soberano
Rostro, bello cual la luna,
Como las estrellas claro.
Ora, en mis oscuras noches,
Me lamento, recordando
Las que contigo lucientes
Y tan rápidas pasaron.



Durante su permanencia en el Occidente de Andalucía, compuso Ibn Zeidun unos versos, donde, con motivo de las fiestas que siguen al Ramazan, que es el mes del ayuno ó la cuaresma de los muslimes, recuerda con vivo sentimiento los dias felices que pasó con los amigos en la patria. En estos versos se citan varios palacios, jardines y quintas de Córdoba y sus cercanías:

Ya no me alegran las fiestas
Con que el Ramazan termina:
Temprano y tarde mi pecho
Lleno de dolor suspira.
Volar á Yarb-ul-Icab
Tan sólo mi mente ansía,
O al prado que al pié del monte
Extiende verde alcatifa,
O al bello alcázar persiano,
Que el alma jamas olvida,
Ya que por él mi deseo
Arde como llama viva.
En el valle de Ruzafa
Mi pensamiento se fija,
Tristes memorias hallando
De breves pasadas dichas.
¡Cómo en Mosannat Malic
Era grande mi alegría,
Ya bebiendo, ya nadando
Sobre las ondas tranquilas!
En el claro y limpio lago
Blandamente me mecia,
Y los espejos bruñidos
Era su faz cristalina
Que en los famosos salones
De Salomon relucian.
¡Oh sitios donde he gozado

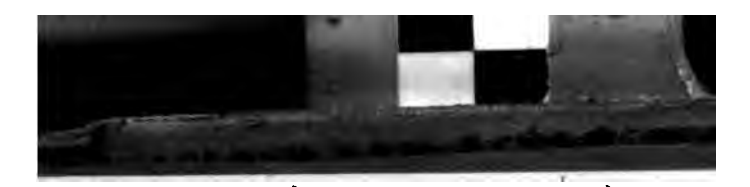
De las mayores delicias,
Do amor me brindó sus bienes,
Do paz y contento habitan!
¡Oh mi Az-Zahra, cómo anublan
Las lágrimas mis pupilas,
Al ver que en tu paraíso
La entrada me fué prohibida!
¡Oh de alicatados muros,
Morada de los califas,
Cuyo resplandor ofusca
Más que sol de mediodía!
Siempre los ojos del alma
Contemplan la hermosa quinta
Y las dos torres soberbias,
Que como las joyas brillan.
A todos allí los hados
Dones espléndidos brindan;
Como en el Eden, allí
El pensamiento se hechiza;
Allí, donde las palomas
Del calor que las fatiga
Buscan alivio, en las siestas,
Bajo la enramada umbría,
El amor me dió su gloria,
Me fué la suerte propicia.
Ora, en vez de los acentos
De las cantadoras lindas,
Mi sueño interrumpe el buho,
Que agorero y ronco grita.
Ántes, al dorar los cielos
El alba con su sonrisa,
Vino aromático y puro
Me escanciaba mi querida;
Hoy me despierta azorado
Espantosa pesadilla,
Y pongo mano á la lanza
Para defender mi vida.
¡Ay, cuán rápida pasaba
Del Bétis en las orillas!

Orillas del Guadiana,
¡Ay, qué lenta se desliza!

En el tiempo que áun estaba el poeta escondido en Córdoba, escribió la siguiente epístola á su íntimo amigo Abu Beckr Ibn Labbana, poeta tambien. En ella habla de su desgracia y de su amor á Walada, se disculpa de su fuga del calabozo, y ruega á su amigo que interceda por él cerca de Ibn-Djahwar, para que desatienda las acusaciones de sus enemigos, á las que dió crédito muy de ligero:

Vivo de mis amigos separado,
Por la distancia no, sí porque ahora
Verlos y hablar con ellos no me es dado.
La suerte, siempre infiel, siempre traidora,
Aquel lazo rompió que nos unia,
Y su crueldad mi corazon deplora.
Desde que no los veo, cual solia,
Raras veces mis párpados el sueño
Con encantado bálsamo rocia.
En balde forma el peregrino empeño
Por llegar á los puros manantiales
Y ser del agua codiciada dueño.
¡Ay! Detienen su paso los jarales;
Con espinas le hiere la maleza;
Cercada está la fuente de zarzales.
De aquella corza de sin par belleza,
Á quien mi tierno pecho dió guarida,
Me separa del hado la fiereza.
¡Cuán gentil es la vida de mi vida,
Profundo el seno, estrecha la cintura,
Y toda ella en juventud florida!
El corazon, henchido de amargura,
Como tiembla el zarcillo de su oreja,
Me temblaba dejando su hermosura.

Yo no logré mi enamorada queja
Decir entónces, porque anuda el llanto
La lengua y libres los suspiros deja.
¿Cómo no ve la juventud que tanto
Atrevimiento al envidioso mueve?
¿Cómo el corcel no mira con espanto
Que detenerle en su carrera debe
Y sus bríos domar áspero freno,
Cuando del mundo al límite se atreve?
¿No se mella el alfange sarraceno?
¿No se abate la flecha voladora?
Á pesar del destino, está sereno
Mi corazon indómito, y ahora
Á tí se vuelve, y por tu amor confia
En recobrar lo que perdido llora.
Noble Abu Bekre, de la vida mia
Firme sosten, desde que el padre amado
Cerró los ojos á la luz del dia,
Sobre mí tu favor has prodigado,
Como el tesoro de las aguas vierte
Fecunda nube en el sediento prado;
Tú, de mi alma en el acero inerte
Al tocar, produjiste la centella,
El fuego que en mi espíritu se advierte,
Miéntras el que tu espíritu destella
Cual sol hizo brotar las gayas flores,
Y adelantó la primavera bella,
Y aromas dió y espléndidos colores
Al jardin de los genios, do he podido
Ramilletes tejer encantadores.
Hoy el dolor me tiene envejecido;
Dentro de mí se anida el desaliento,
Y áun no está mi cabello encanecido.
Cual huerta no regada el alma siento,
Cuyo verdor lozano se marchita;
Estéril, seco está mi pensamiento.
Más que á lienzo sutil que el viento agita,
Más que al camello carga triplicada,
Me ha quebrantado la prision maldita.



Como á otros, cosecha sazonada
En su pensil el mundo me ofrecia,
Y me dió sólo fruta emponzoñada.
  Quizás ardiente anhelo me extravia;
Pero, si mi imprudencia erró el camino,
Me valdrán la constancia y la osadía.
  Me alcé como el lucero matutino,
Las pléyadas herir quiso mi frente,
Y al suelo en fin me derribó el destino.
  Anhelado lugar, puesto eminente
El Príncipe en su gracia me otorgaba,
Cuando me desechó tan duramente.
  Fué inutil luégo cuanto yo pugnaba
Por tornarle propicio, pues artera
La envidia su cariño me robaba.
  Yo canté la justicia con que impera,
Y de Córdoba el alto señorío,
Joya luciente, del saber esfera,
  Que al mundo da magnífico atavío,
Cinto en el medio, y en la sien corona;
Pero el Príncipe oyóme con desvío,
  Porque la turba que feroz se encona,
La camada de sierpes, que arrastrando
Al águila sus vuelos no perdona,
  Me estaba en las tinieblas calumniando.
Harto ya de sufrir tanta clausura
Y receloso del contrario bando,
  Audaz fuguéme de la cárcel dura;
Mas el huir no prueba mi delito:
Para evitar más honda desventura,
  Inocente Moisés huyó de Egito.
Con el dueño benigno á quien venero
Á poderosa intercesion te invito.
  En tí fundar mi confianza quiero:
De su dulzura, que el error olvida,
Que tu voz oiga y me perdone espero.
  Si mi súplica humilde es atendida,
¡Oh Abu-Bekre! tu apoyo nuevamente
El sello del honor pondrá en mi vida.

En tu apoyo al pensar goza mi mente,
Como goza el olfato, si el perfume
De almizcle y ámbar derretido siente.
Tendrá fin el pesar que me consume,
Si el ansiado perdon por tí me llega,
Como mi alegre corazon presume;
Pero si injusto el Príncipe le niega,
Apelo al mismo Dios, Señor del mundo,
Cuya justicia la pasion no ciega,
Y ve del corazon en lo profundo.

Como una de las más sobresalientes figuras entre los poetas mahometanos de España debe contarse tambien Ibn-Lebbun, noble señor andaluz, de atrevidos y elevados pensamientos. Gobernador de Murviedro, se hizo independiente de la soberanía del débil Al-Kadir, pero sin tomar el título de príncipe. Cuando el Cid se apoderó de Valencia, pidió á los comandantes de todos los castillos cercanos que le subministrasen víveres para su ejército, con la amenaza de que los tomaria por fuerza si á ello no se avenian. Esto colocó á Ibn-Lebbun en situacion muy angustiosa. Era evidente que con sus cortísimos recursos no se podia defender contra el Cid, y que era absurdo provocar su cólera. Por otra parte, áun cediendo, estaba seguro de que el Cid habia de saquear su estado. Entónces determinó dar á Murviedro y sus demas dominios á Ibn-Razin, señor de Albarracin, á trueque de la renta de un año. Pronto, sin embargo, se arrepintió de lo hecho, y lamentó su perdida grandeza, aumentando este sentimiento lo mal que Ibn-Razin se condujo con él. Las más de



sus composiciones poéticas están escritas con este motivo:

I.

Atras. ¡Dejadme que corra
Al Ocaso y al Oriente!
¡Venga el fin de mi dolor,
O venga pronto la muerte!
Un cubil y un hueso bastan
Para que el can se contente;
Mas el águila real
Será menester que vuele.
Desde lo sumo del aire,
En que altanera se cierne,
Con los penetrantes ojos
Campos busca, espia reses,
O remontándose al cielo,
La tierra de vista pierde.
Yo como el águila vivo,
Volando, aspirando siempre.
Cuando una region me cansa,
El mejor de los corceles
Me lleva cual torbellino
Á otras regiones y gentes.
Los amistosos consejos
No consiguen detenerme;
Espuelas doy al caballo;
Voy donde nadie se atreve.
Soy como el sol, que en un punto
Del ancho cielo amanece,
Y en la extremidad opuesta
Entre las ondas se duerme.

II.

¿Dónde se ocultan los soles
Que cerca de mí lucieron,
Miéntras que el mundo envolvian

Las sombras en negro velo?
¿Dó las noches que á tu lado
Pasé con dulce misterio,
Cuando dormia el celoso
Y no espiaban sus celos?
¡Qué placer cuando tu diestra
El vaso me daba lleno
Del áureo vino, encendido
Cual flor del algarrobero!

III.

Seguidme al desierto, amigos,
Para que busque en la arena,
De la mansion de mi amada
Las ya derruidas piedras.
Recordar quiero las noches
Que alegre pasé con ella,
Y llorar el tiempo hermoso
Que para siempre se aleja.
Lozano vástago verde
Entónces mi vida era,
Que crece en planta jugosa
Y se dilata con fuerza.
Aun en paz con el destino,
Dichas lograba completas:
Rico vino me escanciaba,
Mañana y tarde, mi bella.
Estrechándola en mi seno,
Ebrio de vino y terneza,
Beber pensaba en sus ojos
El fulgor de las estrellas.
El deleite sobre ambos
Quiso desplegar su tienda:
Allí pláticas sabrosas,
Risas, cantares, y tiernas
Caricias, y dulces besos,
Y el sonar de la vihuela,
Y tener en abundancia



Cuanto la mente desea,
Á fin que el anhelo en goces
Apénas nacido muera.
¿Quién pensára que venía
El infortunio tan cerca?
No hay que fiar ¡oh fortuna!
En tus falaces promesas.
Quien gusta licor suave,
Nunca las heces sospecha.
Me embriagaste con tus dones,
Trastornando mi cabeza,
Y luégo de hiel amarga
Me diste la copa llena.
¡Cuánto dolor sobre mí
Desde aquel instante pesa!
¡Ay, cuánta noche de insomnio
Pasé sintiendo mis penas!
¿Cómo pensar que mis planes
En mi daño se volvieran?
¿Por qué me castiga el cielo?
¿Por qué culpa me condena?
Cuando me llamó la gloria,
No reposé hasta tenerla,
Llevando en nobles arranques
Á todos la delantera.
Aunque eres cruel, fortuna,
Justo es que yo te agradezca
Que arrancaste de mis ojos
Alucinados la venda.
Ántes soñando vivia;
Ya tu mano me despierta,
De los hombres y del mundo
Mostrándome la vileza.

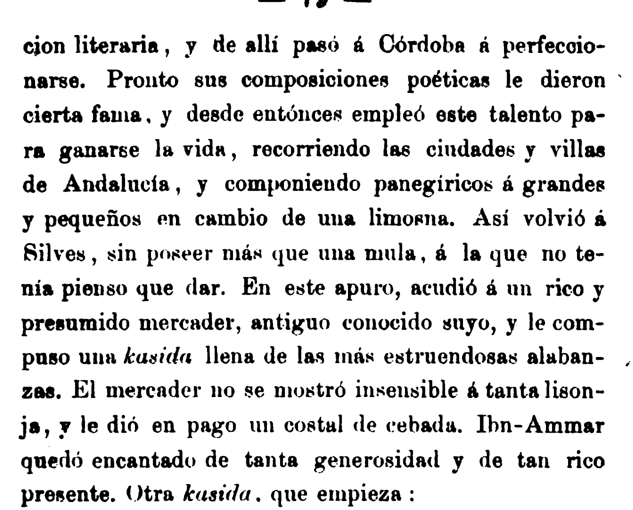
IV.

Basta, basta; ya del mundo
Para siempre me separo;
Sus mentiras no me ciegan,

He roto todos sus lazos;
Ya mi horizonte limita
De un pobre huerto el vallado.
En mis libros confidentes
Y amigos tan sólo hallo.
Noticias me dan del mundo
Y de los siglos pasados,
Y un tesoro de verdades
Me ofrecen y desengaños;
Mas sentiré que en la huesa
Me den los hombres descanso,
Sin saber qué corazon,
Qué ingenio habrán sepultado.

La vida de Ibn-Ammar presenta una de los más extraordinarios ejemplos de los lances y aventuras de los errantes cantores de Andalucía. Nacido en humilde cuna y en desvalida pobreza, vagando luégo de lugar en lugar como un mendigo, cantando y pordioseando su pan, amigo despues y consejero de un rey, su visir prepotente y su dichoso y hábil capitan, que despojaba de sus estados á los príncipes; y, por último, elevado tambien á la dignidad real, aunque derrocado pronto desde tan vertiginosa altura en más hondo abismo de miserias, este poeta sería adecuado héroe de una historia en que se reflejase la España muslímica del siglo XI, como la España cristiana del XVII se refleja en el *Gil Blas* (1). Ibn-Ammar nació en una aldea cerca de Silves. En Silves recibió su primera educa-

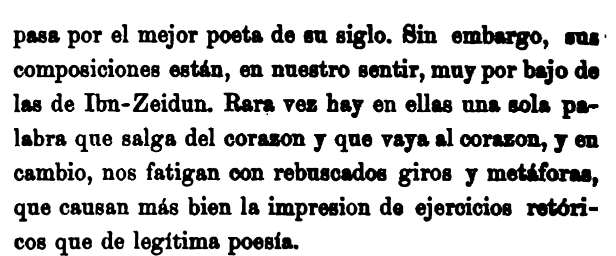
(1) ABD-UL-WAHID, 79.—IBN-CHALIKAN.—DOZY, *Histoire*, IV, 133.



cion literaria, y de allí pasó á Córdoba á perfeccionarse. Pronto sus composiciones poéticas le dieron cierta fama, y desde entónces empleó este talento para ganarse la vida, recorriendo las ciudades y villas de Andalucía, y componiendo panegíricos á grandes y pequeños en cambio de una limosna. Así volvió á Silves, sin poseer más que una mula, á la que no tenía pienso que dar. En este apuro, acudió á un rico y presumido mercader, antiguo conocido suyo, y le compuso una *kasida* llena de las más estruendosas alabanzas. El mercader no se mostró insensible á tanta lisonja, y le dió en pago un costal de cebada. Ibn-Ammar quedó encantado de tanta generosidad y de tan rico presente. Otra *kasida*, que empieza:

Dadme el vaso; las auras matinales
Se extienden sobre valles y colinas;
Las pléyadas se paran fatigadas
De recorrer la bóveda sombría:

llamó la atencion del rey Al-Motadid de Sevilla, el cual mandó que le presentasen al errante poeta. Éste consiguió pronto hacerse amigo del Príncipe heredero Al-Motamid. Las relaciones amistosas entre los dos, segun la expresion de su biógrafo, eran más íntimas que las de un hermano con un hermano y las de un padre con su hijo. Lo que hizo que nuestro aventurero conquistase en tan alto grado el favor del Príncipe fué principalmente su talento poético. Ibn-Ammar se hizo tan famoso con sus *kasidas*, que, despues de Ibn-Zeidun,



pasa por el mejor poeta de su siglo. Sin embargo, sus composiciones están, en nuestro sentir, muy por bajo de las de Ibn-Zeidun. Rara vez hay en ellas una sola palabra que salga del corazon y que vaya al corazon, y en cambio, nos fatigan con rebuscados giros y metáforas, que causan más bien la impresion de ejercicios retóricos que de legítima poesía.

En la encantadora mansion de Silves, donde gobernaba Al-Motamid, pasaron los dos amigos muy felices dias, que ambos han inmortalizado en sus versos. Con todo, Ibn-Ammar tuvo desde entónces sombríos presentimientos de que su dicha y la amistad del Príncipe no habian de durar siempre. Se cuenta que una tarde le llamó Al-Motamid á la estancia, en la que sólo era permitido entrar á los más íntimos. Al-Motamid solia hacer esto con frecuencia, pero aquella tarde estuvo más afectuoso que de costumbre, y convidó tambien á Ibn-Ammar á que pasase allí la noche. Ya muy mediada ésta, y cuando ambos dormian, oyó Ibn-Ammar una voz que le gritaba: «Está alerta, infeliz; porque te matará dentro de poco!» Entónces despertó, lleno de espanto, pero pronto volvió á dormirse, y oyó de nuevo el mismo grito, que le despertó otra vez. Habiendo oido el mismo grito por vez tercera, Ibn-Ammar se levantó azorado, se envolvió en un cobertor y bajó precipitadamente al patio del palacio, á fin de esconderse allí y aguardar la venida de la mañana para huir hácia algun puerto y embarcarse para África.

Poco despues se despertó tambien Al-Motamid, notó la desaparicion de su amigo, y llamó á sus esclavos para que encendiesen antorchas y le buscasen. El mismo Al-Motamid iba buscándole, y pronto le descubrió en su escondrijo. Cuando le preguntó á solas la causa de su fuga, Ibn-Ammar no pudo ménos de confesarla. «Amigo, contestó Al-Motamid, el vino te ha trastornado la cabeza y ha producido la pesadilla. ¿Cómo habia yo de matarte? Tú eres mi alma y mi propia vida. Eso sería un suicidio.» Con estas cariñosas palabras volvió la calma á su espíritu; pero, como añade el biógrafo, el sueño habia predicho la verdad. Al-Motamid mató su propia vida.

El escepticismo de Ibn-Ammar, despertado en él desde temprano, quizá por efecto de su vagabunda y desastrada vida, y que se mostraba en el pleno goce de los favores y amistad del Príncipe, haciéndole dudar de que fuesen estables, se extendió tambien á la religion. Un dia, yendo con el Príncipe á la mezquita, y oyendo la voz del muecin que en el alminar resonaba, dijo Al-Motamid, improvisando:

¡Oye! En el alminar de la mezquita
El almuédano llama á la oracion.

Ibn-Ammar contestó:

La suma de sus culpas infinita
Así tal vez conseguirá perdon.



Al-Motamid prosiguió:

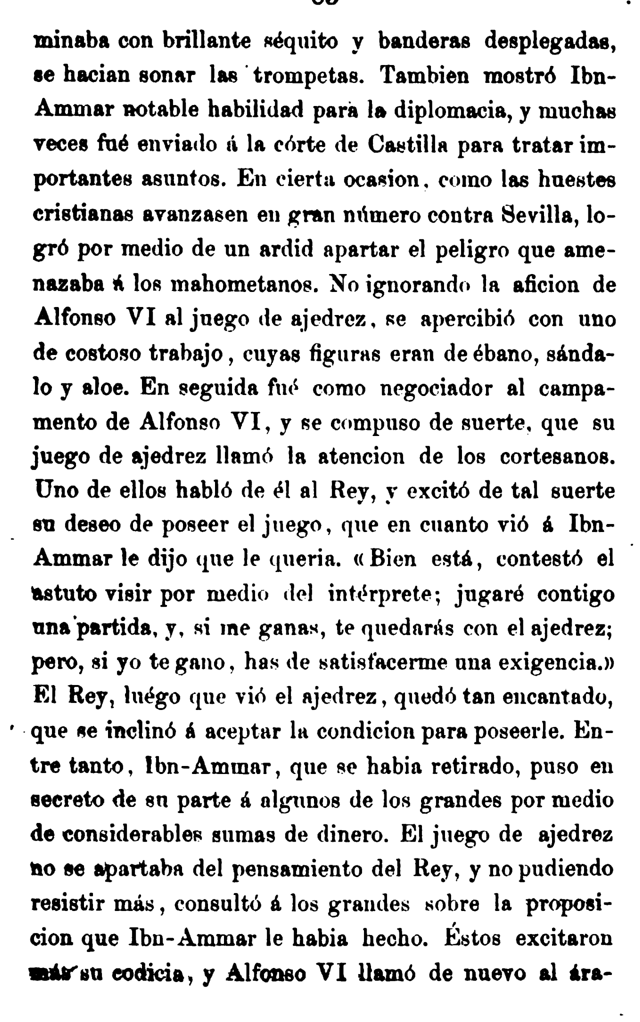
> Bien merece el perdon y la ventura,
> Porque da testimonios de verdad.

Y Ibn-Ammar replicó:

> Con tal que todo eso que asegura
> No lo tenga por una falsedad.

No bien subió Al-Motamid al trono, Ibn-Ammar, como su principal valido, obtuvo los más altos empleos. Primero fué gobernador de Silves, donde hizo su entrada con casi régia pompa, cercado de numerosos esclavos y servidores. El brillo de su nueva posicion no le hizo olvidar á aquellos que le habian favorecido con algun beneficio cuando era poeta vagabundo. Habiendo sabido que vivia aún el mercader que le habia dado por su *kasida* un costal de cebada, le envió el mismo costal lleno de monedas de plata; haciendo que le dijesen que si le hubiese enviado trigo en vez de cebada, en vez de monedas de plata hubiera recibido monedas de oro.

El jóven Rey no pudo por largo tiempo sufrir la ausencia de su favorito. Le llamó á Sevilla y le nombró su visir y primer general. Ibn-Ammar, que era ya temido de los príncipes andaluces á causa de lo punzante de sus sátiras, adquirió entónces tal influjo y tan alto grado de poder, que su fama se extendió por toda la Península. Era depositario de los sellos reales; mandaba con casi ilimitado poder en el ejército, y cuando ca-



minaba con brillante séquito y banderas desplegadas, se hacian sonar las trompetas. Tambien mostró Ibn-Ammar notable habilidad para la diplomacia, y muchas veces fué enviado á la córte de Castilla para tratar importantes asuntos. En cierta ocasion, como las huestes cristianas avanzasen en gran número contra Sevilla, logró por medio de un ardid apartar el peligro que amenazaba á los mahometanos. No ignorando la aficion de Alfonso VI al juego de ajedrez, se apercibió con uno de costoso trabajo, cuyas figuras eran de ébano, sándalo y aloe. En seguida fué como negociador al campamento de Alfonso VI, y se compuso de suerte, que su juego de ajedrez llamó la atencion de los cortesanos. Uno de ellos habló de él al Rey, y excitó de tal suerte su deseo de poseer el juego, que en cuanto vió á Ibn-Ammar le dijo que le queria. «Bien está, contestó el astuto visir por medio del intérprete; jugaré contigo una partida, y, si me ganas, te quedarás con el ajedrez; pero, si yo te gano, has de satisfacerme una exigencia.» El Rey, luégo que vió el ajedrez, quedó tan encantado, que se inclinó á aceptar la condicion para poseerle. Entre tanto, Ibn-Ammar, que se habia retirado, puso en secreto de su parte á algunos de los grandes por medio de considerables sumas de dinero. El juego de ajedrez no se apartaba del pensamiento del Rey, y no pudiendo resistir más, consultó á los grandes sobre la proposicion que Ibn-Ammar le habia hecho. Éstos excitaron más su codicia, y Alfonso VI llamó de nuevo al ára-

be y aceptó la condicion. Se preparó el tablero, y el Rey y el mahometano se pusieron á jugar, siendo los caballeros y grandes, allí presentes, testigos y jueces en la contienda. Ibn-Ammar era un jugador de ajedrez distinguidísimo; no habia en toda Andalucía quien compitiese con él. Así es que ganó la partida en presencia de todos y de un modo brillante. Entónces dijo al Rey: «Está bien: ahora puedó enunciar claramente mi peticion.» Alfonso le preguntó que cual era. «Te pido, contestó, que tú y tu ejército os volvais al punto á vuestra tierra.» Al oir estas palabras, el Rey frunció el entrecejo y se levantó enojado; pero pronto se repuso y dijo á los grandes: «Algo sospechaba yo de que iba á parar en esto; pero vosotros me dijisteis que su peticion no podia tener importancia.» Entónces mostró el propósito de no considerarse obligado por la promesa, y de llevar adelante su expedicion; pero le hicieron presente que el primero de los reyes cristianos no debia faltar á su palabra. Poco á poco el Rey hubo de tranquilizarse, prometiendo que se retiraria si en aquel año se le pagaba doble tributo. Ibn-Ammar, no sólo convino en esto, sino que inmediatamente puso á los piés del Rey el dinero que dicho tributo importaba. El Rey se retiró con sus huestes, y así, por aquella vez, se vieron libres los mahometanos de la invasion enemiga (1).

(1) Un hecho semejante ocurrió más tarde entre D. Diego Fajardo, alcaide de Lorca, y el rey Boabdil; pero D. Diego



Tambien fué enviado Ibn-Ammar para tratar asuntos diplomáticos á la córte de Raimundo Berenguer II, conde de Barcelona. A su vuelta pasó por Murcia, y concibió la idea de agrandar el reino de Sevilla con aquel estado. Despues de persuadir á Al-Motamid de lo excelente de su plan, marchó con un poderoso ejército para derribar de su trono á Ibn-Tahir, señor de Murcia. Con el auxilio de un traidor lo consiguió pronto, y Murcia le abrió sus puertas. Ibn-Ammar quiso dulcificar la suerte del príncipe destronado, que habia caido en su poder, y le envió una vestidura de honor. Ibn-Tahir respondió orgullosamente al que se la trajo: «Di á tu amo que yo no quiero de él sino una larga zamarra y un gorro tosco.» Cuando repitieron á Ibn-Am-

Fajardo no fué tan leal como Alfonso VI. Un antiguo romance recuerda lo sucedido:

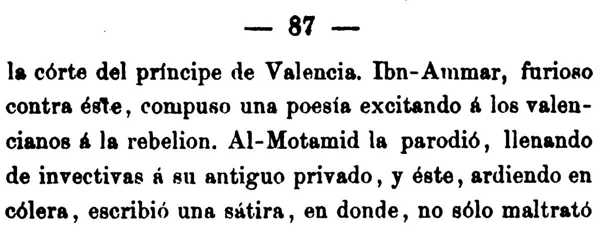
Jugando estaba el rey moro
En rico ajedrez un dia,
Con aquel Diego Fajardo,
Con amor que le tenia:
Fajardo jugaba á Lorca,
El moro juega á Almería.
Jaque le da con el roque,
El alférez le prendia.
Á voces le dice el moro:
—La villa de Lorca es mia.
—Calles, buen rey, no me enojes
Ni tengas tal fantasía,
Que aunque tú me la ganases,
Lorca no se te daria:
Caballeros tengo dentro
Que te la defenderian, etc.

(*N. del T.*)



mar tales palabras, dijo para sí: «Ya comprendo lo que significan; me recuerda el vestido que yo usaba cuando pobre y menesteroso vine á su córte y le recité mis poesías. ¡Alabado sea Aquel que, segun su voluntad, da y quita, eleva y abate!» Con todo, no perdonó á Ibn-Tahir la ofensa, y mandó que le redujesen á dura prision en un castillo.

Desde entónces imperó en Murcia nuestro aventurero, en apariencia como virey ó lugar-teniente de Al-Motamid, pero en realidad con ilimitada soberanía. El buen éxito de sus empresas y la deslumbradora altura de poder en que se habia colocado le hicieron perder el tino. Cuando daba audiencia, aparecia con un adorno de cabeza ó bonete puntiagudo, que sólo los reyes solian usar, y empezó á obrar tan inconsideradamente, que vino á hacerse sospechoso de rebelion. A la verdad no habia ningun fundamento para afirmar que tuviese propósito de sublevarse, pero su extraña conducta facilitó á sus enemigos y envidiosos el darle cierto viso y apariencia de desleal, excitando los recelos de Al-Motamid. Ibn-Ammar procuró entónces apaciguar á su amo con una poesía en que apelaba á las innumerables pruebas de adhesion que le habia dado, pero sus rivales no descansaron hasta que le pusieron en lucha abierta con el Rey. Versos, como de costumbre, dieron la señal para el rompimiento de las hostilidades. Ibn-Tahir, el destronado príncipe de Murcia, se escapó de la cárcel en que Ibn-Ammar le tenía, y halló asilo en



la córte del príncipe de Valencia. Ibn-Ammar, furioso contra éste, compuso una poesía excitando á los valencianos á la rebelion. Al-Motamid la parodió, llenando de invectivas á su antiguo privado, y éste, ardiendo en cólera, escribió una sátira, en donde, no sólo maltrató al Rey de Sevilla, sino que tambien insultó á su mujer. La sátira llegó á noticia de los injuriados, y la reconciliacion se hizo imposible (1).

De este modo se vió precisado Ibn-Ammar á tomar una posicion independiente. Poco despues, á instigacion de aquel mismo traidor que le habia abierto las puertas de Murcia, se le sublevaron los soldados, pidiendo á gritos las pagas atrasadas, y amenazándole con entregarle á Al-Motamid si no les pagaba. Para huir de este peligro, Ibn-Ammar se puso en precipitada fuga y se fué á la córte de Alfonso VI. No habiendo sido acogido allí como esperaba, pasó á Zaragoza y entró al servicio de Al-Moctadir. Allí tambien su espíritu inquieto le incitó á emprender peligrosas aven-

(1) Ibn-Ammar parece que no leyó la sátira contra Al-Motamid y su familia sino á sus íntimos amigos, pero entre ellos habia un rico judío de Oriente, que era espía del Príncipe de Valencia, Ibn-Abdalaziz. El judío pudo proporcionarse una copia autógrafa de la sátira, y la envió al Príncipe de Valencia, quien á su vez la envió al Rey de Sevilla por medio de una paloma. La sátira decia, entre otras cosas: «Al-Motamid, yo mancharé tu honra, yo desgarraré el velo que cubre tu torpeza, yo le desgarraré en jirones. Sí, émulo de los antiguos héroes; sí, tú has defendido algunas aldeas, pero tus mujeres te engañan y tú lo consientes.» (*N. del T.*)



turas, una de las cuales fué causa de su perdicion. Al tratar de apoderarse del castillo de Segura, cayó en manos del señor de aquella fortaleza, quien le encerró en un calabozo, cargado de cadenas, y anunció que le venderia á aquel de sus enemigos que le diese más dinero por él. Con este motivo, compuso Ibn-Ammar los siguientes versos:

En almoneda se vende
Mi cabeza; pagad caro;
Que merece mi cabeza
Venderse á precio muy alto.

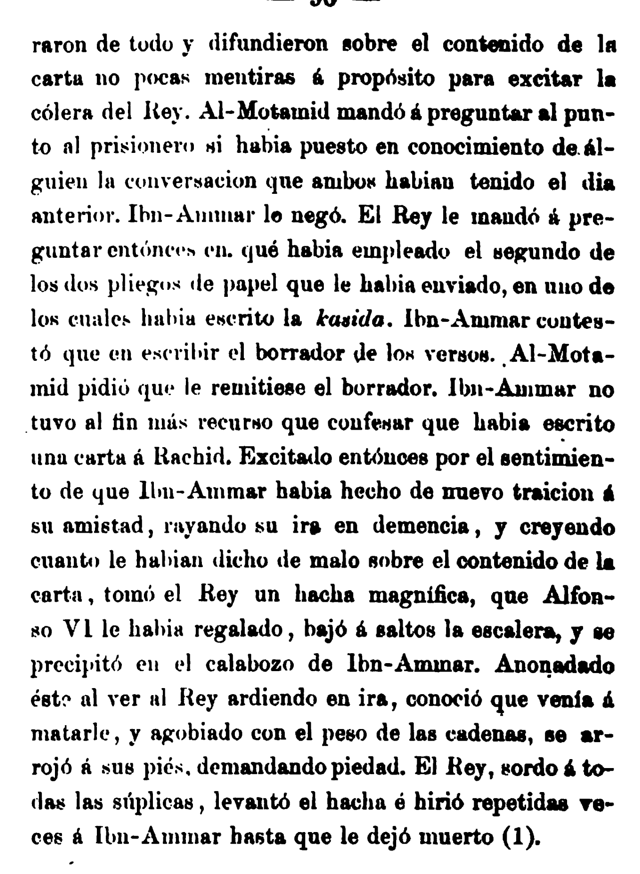
Al-Motamid fué el más alto postor. Envió á Segura á uno de sus hijos, para entregar la suma estipulada y traerse al prisionero. Ibn-Ammar vino entónces á Córdoba, encadenado, cercado de soldados y puesto sobre un mulo entre dos haldas de paja. Así atravesó las calles de la ciudad, llenas de inmenso gentío. Al-Motamid quiso que le viesen tanto los nobles como el pueblo, los cuales en otras ocasiones, cuando entraba en Córdoba Ibn-Ammar, salian todos á recibirle, y hasta los más ilustres se estimaban dichosos si obtenian un saludo suyo ó lograban besarle la mano. El infortunado visir, caido ya de su elevacion y de la dignidad casi régia á que se habia encumbrado, fué conducido á la presencia de Al-Motamid, quien le echó en cara los favores que le habia prodigado, y su negra ingratitud. Ibn-Ammar bajó los ojos al suelo, y respon-



dió por último: «No niego nada de lo que me echas en cara, oh mi señor, á quien Dios proteja; y si lo negase, las piedras hablarian para desmentirme. He faltado, he delinquido; pero perdóname.» Al-Motamid replicó: «Lo que has hecho no puede perdonarse.»

Entónces Ibn-Ammar fué conducido á Sevilla en una embarcacion y encerrado en el calabozo de una torre que estaba al lado del palacio de Al-Motamid. A fuerza de súplicas, logró el prisionero que le diesen papel y recado de escribir, y compuso una *kasida*, que hizo llegar á manos del Rey. Algo enternecido éste, mandó que llevasen á Ibn-Ammar á su presencia. Al-Motamid, en esta nueva entrevista con su antiguo amigo, le volvió á hablar de sus favores y de lo ingrato que habia sido. El prisionero no respondió palabra al principio, pero con muchas lágrimas trató de mover á compasion el ánimo del Rey. Por último, le recordó la amistad que en la mocedad los habia unido y los dichosos dias que entónces habian pasado juntos.

Estos recuerdos de la antigua amistad no dejaron de conmover el corazon de Al-Motamid, que, si bien no perdonó á Ibn-Ammar, le dirigió algunas palabras afectuosas. De vuelta á su calabozo, no pudo éste contener el gozo dentro de sí, juzgándose ya perdonado, y escribió al punto una carta á Rachid, hijo de Al-Motamid, participándole sus esperanzas. Rachid recibió la carta cuando tenía en su casa convidados á algunos antiguos enemigos de Ibn-Ammar, los cuales se ente-



raron de todo y difundieron sobre el contenido de la carta no pocas mentiras á propósito para excitar la cólera del Rey. Al-Motamid mandó á preguntar al punto al prisionero si habia puesto en conocimiento de álguien la conversacion que ambos habian tenido el dia anterior. Ibn-Ammar lo negó. El Rey le mandó á preguntar entónces en qué habia empleado el segundo de los dos pliegos de papel que le habia enviado, en uno de los cuales habia escrito la *kasida*. Ibn-Ammar contestó que en escribir el borrador de los versos. Al-Motamid pidió que le remitiese el borrador. Ibn-Ammar no tuvo al fin más recurso que confesar que habia escrito una carta á Rachid. Excitado entónces por el sentimiento de que Ibn-Ammar habia hecho de nuevo traicion á su amistad, rayando su ira en demencia, y creyendo cuanto le habian dicho de malo sobre el contenido de la carta, tomó el Rey un hacha magnífica, que Alfonso VI le habia regalado, bajó á saltos la escalera, y se precipitó en el calabozo de Ibn-Ammar. Anonadado éste al ver al Rey ardiendo en ira, conoció que venía á matarle, y agobiado con el peso de las cadenas, se arrojó á sus piés, demandando piedad. El Rey, sordo á todas las súplicas, levantó el hacha é hirió repetidas veces á Ibn-Ammar hasta que le dejó muerto (1).

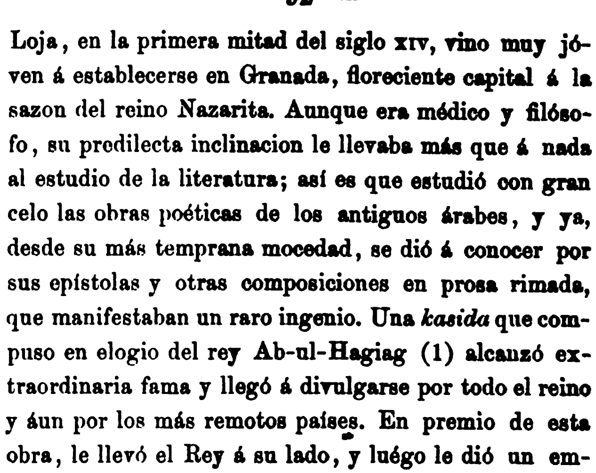
(1) Así en el cap. x de esta obra, como en estas noticias biográficas de Ibn-Ammar, nos da el Sr. Schack á conocer á Al-Motamid y á su córte. Sentimos que no haya hecho lo mismo



Los árabes no seguian la opinion, hoy muy general, de que el talento poético se desenvuelve mejor en la soledad y léjos del tumulto de la vida, ni mucho ménos la de que perturba, en quien le posee, la serenidad y la perspicacia que se requieren para dirigir los negocios de estado. Por el contrario, sus príncipes solian confiar los más elevados empleos á los poetas, y éstos se valian á menudo de la poesía para alcanzar más brillantes resultados en la política que por medio de notas diplomáticas. De esto da notable ejemplo la vida de Ibn-ul-Jatib (1). Nacido á orillas del Genil, en la ciudad de

con la córte y la persona de Al-Motacin, rey de Almería, contemporáneo de Al-Motamid y víctima, como él, de la ambicion de los almoravides. Al-Motacin fué poeta tambien y gran protector de los poetas. Era de la familia de los Beni Casi, los cuales procedian de estirpe pura española, aunque desde la época en que los moros conquistaron á España se habian hecho musulmanes, produciendo desde entónces para el islamismo muchos ilustres príncipes, generales y poetas. Dozy, en el tomo I de sus *Recherches*, dedica muchas páginas á pintar la córte de Al-Motacin, á mostrar su carácter, á referir su vida y á traducir en prosa no pocos versos de sus poetas cortesanos. Entre éstos se cuentan Ibn-al-Haddad de Guadix, Ibn-Charaf de Berja, Ibn-Obada y Somaisir de Elvira. Lo más culto, lo más humano, lo más suave de costumbres en aquella edad era indudablemente la córte, la persona y la familia de Al-Motacin, rey de Almería. Los hijos del rey, los príncipes Rafi-ad-Daula é Izz-ad-Daula y la princesa Umm-ul-Kiram, componian elegantes versos. Algunos de ellos, así como otros de otros poetas de la córte de Al-Motacin, van ya insertos en diferentes capítulos del tomo primero de esta traduccion. (*N. del T.*)

(1) IBN-CHALDUM, *Historia de los Bereberes*, II, páginas 454-491.



Loja, en la primera mitad del siglo XIV, vino muy jóven á establecerse en Granada, floreciente capital á la sazon del reino Nazarita. Aunque era médico y filósofo, su predilecta inclinacion le llevaba más que á nada al estudio de la literatura; así es que estudió con gran celo las obras poéticas de los antiguos árabes, y ya, desde su más temprana mocedad, se dió á conocer por sus epístolas y otras composiciones en prosa rimada, que manifestaban un raro ingenio. Una *kasida* que compuso en elogio del rey Ab-ul-Hagiag (1) alcanzó extraordinaria fama y llegó á divulgarse por todo el reino y áun por los más remotos países. En premio de esta obra, le llevó el Rey á su lado, y luégo le dió un empleo en la cancillería de palacio. Pronto su talento le allanó el camino de más altos empleos, y desde el año de

(1) En el tomo primero, página 223, hemos llamado á este rey Abul-Hadschadch, tal como le nombra el autor que traducimos. Ahora le damos aquí el nombre que le da Conde, por parecernos de más fácil pronunciacion para los españoles. Como ignoramos la lengua arábiga, vacilamos de contínuo en esto de los nombres propios, que los orientalistas trascriben con gran variedad, pero casi siempre hemos tomado los nombres tales como el señor Schack los pone. Don Emilio Lafuente Alcántara, en el prólogo del tomo primero de la *Coleccion de obras arábigas*, etc., que la Real Academia de la Historia está publicando, da ciertas reglas para la transcripcion de los nombres propios arábigos en nuestro idioma y escritura; pero estas reglas presuponen el conocimiento del idioma arábigo. Así, pues, nosotros tenemos que seguir á Schack, salvo cuando algun motivo de eufonía nos lleva á cambiar, como en esta ocasion, ó cuando citamos á un personaje muy conocido ya y mentado en nuestras historias con el nombre diversamente transcrito. (*N. del T.*)



1348 gozó de la más completa privanza, siendo primer ministro y visir de Ab-ul-Hagiag. Los escritos que en nombre de su soberano dirigió á otros monarcas, excitaron la mayor admiracion por la elegancia del estilo; pero á pesar del afan y del esmero con que se ocupaba en los asuntos públicos, áun tuvo vagar para componer obras históricas sobre Granada y sobre los hombres ilustres que en dicha ciudad habian nacido, así como muchas poesías, que más tarde han sido coleccionadas en un *divan*. Cuando Muhamad V subió al trono, despues de la muerte violenta de su padre Ab-ul-Hagiag (1), Ibn-ul-Jatib tuvo que ceder una parte de su posicion é influjo á Reduan, favorito del nuevo rey, pero conservó el visirato, y Muhamad V le mostró pronto la confianza que de él hacia, enviándole de embajador cerca del sultan Abu-Inan, de la dinastía de los Beni-Merines, para pedirle auxilio contra los cristianos. No bien el poeta fué recibido en audiencia en el palacio de aquel poderoso príncipe, pidió permiso para recitar una poesía, ántes de empezar las negociaciones. El Sultan se le concedió, y el embajador, de pié delante de él, dijo como sigue:

¡Representante de Alah!
Que Alah tu gloria prospere,

(1) En el tomo primero hemos dado la traduccion en verso del epitafio de este rey. Conde, cap. XXIII, parte IV, le traduce tambien. Mármol, en su *Rebelion y castigo de los moriscos*, cap. XI, trae el mismo epitafio, aunque diversamente traducido, y el de otros tres reyes de Granada. (*N. del T.*)

Miéntras el velo nocturno
Rayos de la luna argenten;
Que la mano del destino
De peligros te preserve,
Y haga por tí todo cuanto
Humana fuerza no puede.
Tu faz disipa las sombras
Cuando el pesar nos conmueve,
Y tu poderosa diestra
Al desvalido protege.
A echarnos de Andalucía
Quizás los cristianos lleguen,
Si no acudes y nos salvas
Con tus valerosas huestes.
Para calmar su recelo
Y vencer la adversa suerte,
Sólo necesita España
Que en sus costas te presentes.

Estos y algunos cuantos versos más, que dijo el embajador, agradaron sobre manera al Sultan, quien dió al punto el auxilio que se le pedia, colmando de obsequios y presentes á todos los individuos de la embajada.

Cinco años hacia ya que Ibn-ul-Jatib y Reduan dirigian juntos los negocios del Estado, cuando un sobrino del Rey formó y llevó á cabo el plan de destronarle. Durante la ausencia de Muhamad V, que estaba en una quinta, penetraron los conjurados en la Alhambra, asesinaron á Reduan, encerraron á Ibn-ul-Jatib en un calabozo, y pusieron sobre el trono á Ismail, hermano del Rey, miéntras que el sobrino gobernaba en su nombre. Muhamad oyó desde su quinta el estruendo de las trompas, y temeroso de una traicion, se huyó á



Guadix, desde donde envió una embajada. notificando lo ocurrido al Sultan de los Beni Merines Abu Salem. Éste habia ya de antemano negociado con la córte de Granada para que pusiesen en libertad á Ibn-ul-Jatib y dejasen á Muhamad salir libremente de Andalucía. Conseguido esto, el Rey destronado y su visir se embarcaron juntos para África. Cuando ya estaban cerca de Fez, salió el Sultan á recibirlos á caballo y con brillante séquito; los llevó al salon de audiencia de su palacio, donde estaban reunidos todos los magnates, é hizo que el Rey de Granada se sentase en un trono al lado del suyo. Entónces se adelantó Ibn-ul-Jatib hácia el Sultan é improvisó, en nombre de su amo, una larga composicion poética, pidiéndole auxilio para recuperar el trono de Granada. Empezaba, imitando las antiguas *kasidas* arábigas, con la descripcion de la despedida de las mujeres amadas:

Preguntad á mi querida
Si se recuerda del valle
De Mojabera; si adornan
Su suelo rosas fragantes;
Si áun riega lluvia fecunda
El alcor en donde yace
Nuestro albergue abandonado,
Sin que yo logre olvidarle;
Allí del amor un dia
Apurábamos el cáliz;
Allí como verde huerto
Lucieron mis mocedades;
Allí mi patria y mi nido,
Donde crecieron pujantes

Mis alas. ¿Quién nido, patria
Y alas hoy pudiera darme?
¡Cómo los bienes humanos
Caducos són y fugaces!
Me arrojó del Paraíso
El destino inexorable;
Pero aquel lazo que une
Á mi corazon amante
Con la patria, siempre dura
Sin que se rompa ó desate.
Léjos de ella, largos siglos
Me parecen los instantes.
¿Quién nuevamente á su seno
Al punto quiere llevarme?
Cuando me apartaba de ella
Fué mi amargura tan grande,
Que acibaraba mi llanto
Los dulces manantiales.

Hasta aquí no es un rey de Granada quien se lamenta de la pérdida de su reino, sino Dschemil, el pastor errante, que habla de la separacion de su querida Botheina. La poesía prosigue aún imitando los modelos antiguos, y describe la peregrinacion por el desierto. Por último, la composicion llega á hablar del objeto que le es propio, y muestra las esperanzas que funda el Soberano destronado en el auxilio del Sultan:

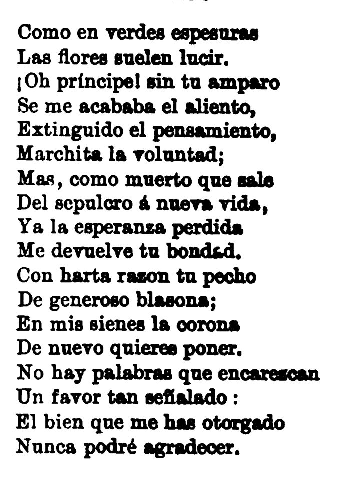
Permite tú, de la estirpe
De Jacub tallo lozano,
Que en tu valor soberano
Cifremos nuestra salud.
Las noches del infortunio
Con tu esplendor se iluminan;
Las caravanas caminan
A divulgar tu virtud.

Si la mar en sí tus dones
Espléndidos recibiera,
Flujo y reflujo no hubiera,
Llena hasta el borde la mar.
Cuando la diestra levantas
Tiembla de miedo el destino;
Te abre la muerte camino
Cuando vas á guerrear.
Te obedece la ancha tierra
Hasta el confin más distante,
Hasta la cima gigante,
Do nadie pone los piés;
Y las estrellas confirman
Tus palabras de consuelo,
Reflejándose en el cielo
Toda esperanza que des.
¡Rey de reyes! Suplicantes
Á tí venimos al cabo:
El destino, que es tu esclavo,
Nos hiere con crueldad;
Pero le arredra tu nombre;
Le pronunciamos y ceja:
Haz justicia á nuestra queja,
Imponle tu voluntad.
Denos tu gloria un asilo
Contra muerte y desventura,
Y dé tu nombre frescura
De nuestro pecho al ardor.
Tu grandeza imaginamos
Cruzando el mar en un leño:
Ya el mar juzgamos pequeño,
Al contemplarte, Señor.
Tú del poéta mereces
La más sublime alabanza;
Norte de nuestra esperanza,
Faro de nuestro bajel.
Si á otros príncipes acaso
Alabase la poesía,
Á sus deberes sería

Y á su propósito infiel (1).
Al rey sin trono concede
El favor que de tí espera:
Vuelva á su patria hechicera,
Vuelva á su trono por tí.
El bálsamo de tu auxilio
Del pueblo sane la herida;
Ve que el pueblo te convida,
Ve que te llaman allí.
Con esta fácil proeza
La gloria que conquistares,
Más que el oro que gastares
Constantemente valdrá.
Cual préstamo á corto plazo,
Acaba el vivir del hombre;
Pero su claro renombre
Nunca, nunca acabará.
Menester ha de las armas
Que tu bondad le conceda,
Tu huésped, para que pueda
Su pretension conseguir.
Menester ha de corceles
Que al viento en correr humillen,
Y cual relámpago brillen,

(1) Aquí deja por traducir el Sr. Schack un buen trozo de la composicion original, y luégo prosigue. Nosotros hemos suprimido ó abreviado algunos versos más. Ya hemos dicho várias veces, y á propósito de esta composicion lo repetimos, que algunas poesías arábigas pierden en la traduccion todo valor poético, el cual, si en el original le tienen, ha de consistir en el artificio de la frase; pero que conservan siempre cierto valor histórico, como reflejo de la manera de sér y de sentir de un pueblo importantísimo en la historia del mundo. Por esto se traducen las tales composiciones, sin desconocer que la verdadera y legítima poesía es, ha sido y será siempre prenda rarísima en todas las literaturas y entre todas las gentes y naciones. (*N. del T.*)

Avezados en la lid.
Y dromedarios de duras
Ancas, de lomo eminente
Y de pelo reluciente
Como el oro, ha menester.
Y hombres cual leones bravos,
Con turbantes y garzotas
Blancos y con férreas cotas
De malla, debe tener.
De casta Beni-Merinos
Ha de ser tropa tan fiera:
Do uno sólo tu bandera
Vencedora plantará,
Atajando con pavura
Los contrarios escuadrones,
Pronto en fuga á los bridones,
Yertas las crines, pondrá.
Los protectores más fuertes
Son tus valientes soldados;
No hay lugares encumbrados
Do no trepe su valor.
Cumpliendo toda promesa,
Abaten al orgulloso,
Y dan al menesteroso
Y al suplicante favor.
De la ignominiosa fuga
En la sangrienta pelea,
Sólo concebir la idea
Les parece criminal;
Mas tímidos y cortados
Huyen toda compañía
Donde suena en boca impía
Razonamiento inmoral.
Es premio de sus afanes,
Es su más preciosa paga,
El elogio que embriaga
Y hace el corazon latir.
En bosques de lanzas lucen
Sus varoniles figuras,



Como en verdes espesuras
Las flores suelen lucir.
¡Oh príncipe! sin tu amparo
Se me acababa el aliento,
Extinguido el pensamiento,
Marchita la voluntad;
Mas, como muerto que sale
Del sepulcro á nueva vida,
Ya la esperanza perdida
Me devuelve tu bondad.
Con harta razon tu pecho
De generoso blasona;
En mis sienes la corona
De nuevo quieres poner.
No hay palabras que encarezcan
Un favor tan señalado:
El bien que me has otorgado
Nunca podré agradecer.

Esta composicion arrancó lágrimas á todo el auditorio. El Sultan prometió en seguida á su huésped que le auxiliaria para recuperar el trono, y miéntras se aguardaba el momento favorable para obrar, dió un asilo en su córte á él y á su séquito, alojándolos en suntuosos y elegantes palacios. Ibn-ul-Jatib aprovechó este tiempo de su permanencia en África en recorrer las comarcas marroquíes y visitar sus lugares más notables.

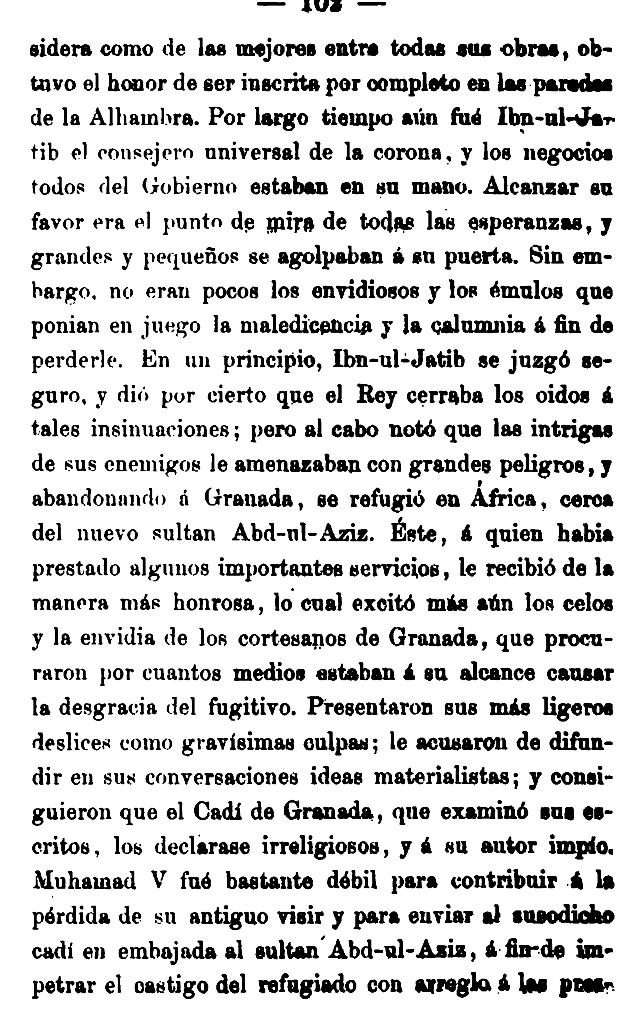
Ya se proponia en sus peregrinaciones el conversar con piadosos ermitaños, ya el ver y admirar los edificios de antiguos reyes, ya el arrodillarse junto al sepulcro de jeques santos. Una vez tomó el camino de Agmat para ver el monumento fúnebre donde Al-Motamid, el desventurado rey de Sevilla, reposa al lado de



su esposa Itimad, en la falda de un otero, coronado de corpulentos almeces. Á la vista de estas tumbas, Ibn-ul-Jatib no pudo contener el llanto, y dijo:

Báculo de peregrino
Tomo con piadoso impulso;
Vengo á Agmat, y reverente
Miro y beso tu sepulcro.
Sultan magnánimo, faro
Que dió clara luz al mundo,
En tus rayos, si vivieras,
Me bañaria con júbilo,
Y mis poesías mejores
Fueran el encomio tuyo;
Ora postrado de hinojos
Sólo la tumba saludo.
Egregiamente descuella
Entre circunstantes túmulos,
Cual tú de reyes y vates
Descollabas entre el vulgo.
Siglos ya sobre tu muerte
Pasaron y tu infortunio;
Pero guardas la corona;
No te la quita ninguno.
¡Oh Rey de muertos y vivos!
Tu igual vanamente busco;
Que no ha nacido tu igual,
Ni nacerá en lo futuro.

En el año de 1362 pudo Muhamad V subir de nuevo al trono de Granada. Su familia, que se habia quedado en Fez, fué conducida por Ibn-ul-Jatib á Andalucía. Éste recobró al punto su antigua posicion, y supo derribar á cuantos ganaron la confianza del Rey. Una *kasida* suya, celebrando la vuelta del Rey, y que se con-



sidera como de las mejores entre todas sus obras, obtuvo el honor de ser inscrita por completo en las paredes de la Alhambra. Por largo tiempo aún fué Ibn-ul-Jatib el consejero universal de la corona, y los negocios todos del Gobierno estaban en su mano. Alcanzar su favor era el punto de mira de todas las esperanzas, y grandes y pequeños se agolpaban á su puerta. Sin embargo, no eran pocos los envidiosos y los émulos que ponian en juego la maledicencia y la calumnia á fin de perderle. En un principio, Ibn-ul-Jatib se juzgó seguro, y dió por cierto que el Rey cerraba los oidos á tales insinuaciones; pero al cabo notó que las intrigas de sus enemigos le amenazaban con grandes peligros, y abandonando á Granada, se refugió en África, cerca del nuevo sultan Abd-ul-Aziz. Éste, á quien habia prestado algunos importantes servicios, le recibió de la manera más honrosa, lo cual excitó más aún los celos y la envidia de los cortesanos de Granada, que procuraron por cuantos medios estaban á su alcance causar la desgracia del fugitivo. Presentaron sus más ligeros deslices como gravísimas culpas; le acusaron de difundir en sus conversaciones ideas materialistas; y consiguieron que el Cadí de Granada, que examinó sus escritos, los declarase irreligiosos, y á su autor impío. Muhamad V fué bastante débil para contribuir á la pérdida de su antiguo visir y para enviar al susodicho cadí en embajada al sultan Abd-ul-Aziz, á fin de impetrar el castigo del refugiado con arreglo á las pres-

cripciones del Coran. El Sultan pensó con bastante nobleza que no debia hacer traicion á los deberes de la hospitalidad. La respuesta que dió á semejantes pretensiones fué que, no sólo á Ibn-ul-Jatib, sino tambien á cuantos andaluces habian venido con él á África, daria cuantiosas pensiones.

Miéntras que vivia en Fez en tan honroso encumbramiento, no pudo nuestro poeta desentenderse de su ódio contra su antiguo amo, y estimuló al Sultan á que conquistase á Andalucía. Para apartar de sí este peligro, que le amenazaba, el monarca granadino envió á Abd-ul-Aziz un presente de extraordinario valor, compuesto de los más hermosos productos de la industria española, y ademas de poderosas mulas andaluzas, muy buscadas entónces por sus grandes fuerzas, y de esclavos y esclavas cristianos. El embajador que trajo este presente pidió la extradicion de Ibn-ul-Jatib, pero su peticion fué rechazada con firmeza. Más peligrosas se hicieron las circunstancias despues de la muerte de Abd-ul-Aziz. El nuevo sultan Ab-ul-Abbas, no reconocido al principio de todos, habia prometido entregar al Rey de Granada á su antiguo visir. Apénas llegó por entero al poder, lo primero que hizo fué mandar prender á Ibn-ul-Jatib. Pronto vino nuevo embajador granadino reclamando el castigo del prisionero. Al punto se nombró una comision que le juzgase. Miéntras estuvo encarcelado, el infeliz Ibn-ul-Jatib veia constantemente la inevitable muerte delante de sí, pero áun tuvo so-



brada serenidad para componer muchas elegías sobre su mala ventura. En una de ellas dice:

Áun estoy sobre la tierra,
Mas de ella júzgome léjos:
De mi fatigada vida
Se acerca el último término;
Sólo se mueven mis labios,
Que sella ahora el silencio,
Para lanzar un suspiro
Cual leve, espirante rezo.
Grande fué mi poderío
Y fué temible mi esfuerzo,
Mas hoy de todo no guardo
Sino la piel y los huesos.
Muchos á mi mesa ántes
Convidados acudieron;
Hoy á la mesa de otros
Debiera atender cual siervo.
Yo fuí el sol de la gloria;
Mas sus rayos se extinguieron,
Y en las tinieblas derrama
Llanto compasivo el cielo.

La principal acusacion contra Ibn-ul-Jatib era que en sus obras habia sostenido doctrinas heréticas. Áun tenía que sufrir sobre esto varios interrogatorios, ántes que se dictase la sentencia; pero, á instigacion de sus mortales enemigos, penetraron en su prision unas turbas del populacho y le asesinaron.



XII.

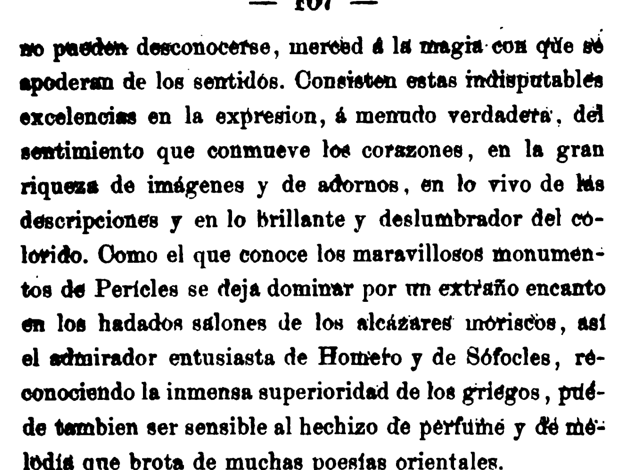
La poesía de los árabes en Sicilia.

Tambien en el antiguo suelo de Grecia, en aquella hermosa isla, donde en los tiempos fabulosos resonaron los cantos pastorales de Dáfnis, y más tarde los versos de Bion, Teócrito y Stesichoro, fué la poesía arábiga trasplantada. ¡Singular mudanza de los tiempos! Sobre las gigantescas ruinas del teatro de Siracusa, donde el más poderoso de los trágicos griegos habia conseguido tantos triunfos, se escucharon los himnos de los poetas de raza semítica, á cuyos oidos nunca llegó el nombre de Esquilo; que nunca oyeron hablar de Oréstes ni de Prometeo. Donde, en otras edades, Teron de Agrigento, vencedor con la blanca cuadriga, fué celebrado en la sublime oda de Píndaro, los emires orientales se hacian encomiar en *kasidas* pomposas.

No es fácil hallar nada que sea ménos favorable á la poesía arábiga que comparar sus producciones á las obras maestras de la musa helénica. De lo que consti-

tuye la perfeccion inasequible de estas obras, de lo plástico de la representacion, del arte con que las ideas particulares se agrupan en torno del pensamiento fundamental, y forman un conjunto armónico, no hay rastro alguno en las composiciones de los árabes, quienes se elevan con dificultad hasta aquel punto desde el cual se descubren en su totalidad las partes de un objeto, y pueden ordenarse con un plan grande y sabio. En completa contraposicion á la poesía de los antiguos, en la cual todo es figura y contorno determinado, la arábiga se difunde en mil aéreos paisajes, que, cuando parece que van á tomar una forma perceptible, se desmenuzan de nuevo en brillantes colores. Quien esté acostumbrado á la noble maestría y á la firmeza de las líneas por donde se distinguen las obras de los griegos, no podrá ménos de deplorar lo inseguro y vago de los contornos y dibujos en las obras de los árabes.

Sin embargo, la poesía de los trovadores y de los *minnesänger* no resiste tampoco la comparacion con aquellos sublimes modelos de armonía y de hermosura que nos han dejado los antiguos, y no por eso se tiene por indigna de ser estudiada. De la misma manera puede la poesía arábiga reivindicar su derecho á nuestra atencion. No sólo la merece históricamente, como expresion de las ideas y sentimientos de un pueblo tan importante en la historia del mundo, sino tambien por sus propias excelencias, las cuales, á pesar de la falta de firmeza y de precision en el conjunto y en la forma,



no pueden desconocerse, merced á la magia con que se apoderan de los sentidos. Consisten estas indisputables excelencias en la expresion, á menudo verdadera, del sentimiento que conmueve los corazones, en la gran riqueza de imágenes y de adornos, en lo vivo de las descripciones y en lo brillante y deslumbrador del colorido. Como el que conoce los maravillosos monumentos de Pericles se deja dominar por un extraño encanto en los hadados salones de los alcázares moriscos, así el admirador entusiasta de Homero y de Sófocles, reconociendo la inmensa superioridad de los griegos, puede tambien ser sensible al hechizo de perfume y de melodía que brota de muchas poesías orientales.

La dominacion de los árabes en Sicilia no fué, ni con mucho, de tan larga duracion como en España, y no alcanzó nunca tampoco el mismo esplendor y grandeza. Los mahometanos, no bien aseguraron su señorío en el África Septentrional, pusieron la mira en la hermosa isla. Ya en el año de 704, ántes de la conquista del Andaluz, Muza habia desembarcado en las Baleares, en Cerdeña y en Sicilia, y despues de una incursion devastadora, habia vuelto cargado de botin. Tales incursiones se repitieron á menudo en el siglo siguiente, pero siempre fueron pasajeras. Por primera vez, en el año de 827, los Aghlabidas de Kairvan emprendieron sériamente la conquista de la isla. Segun los autores italianos, la venganza personal de un traidor, como ya habia ocurrido en España al sucumbir el imperio de

los visigodos, abrió tambien en Sicilia las puertas de la dominacion á los muslimes. Ya en 831 habia caido Palermo en su poder y residia allí un lugarteniente de los Aghlabidas; pero hasta principios del siguiente siglo no abandonaron del todo la isla los bizantinos, que habian conservado á Taórmina y á Siracusa. La primera época, despues de la conquista, se pasó en alborotos, rebeliones y guerras civiles. Con el siglo x comenzó un período más feliz para Sicilia, sucediendo en el poder á los Aghlabidas los Fatimidas. Obeid-Alah, apellidado el Mehdi, ó el guiado por Dios, supuesto descendiente de Alí y Fatima, habia fundado esta dinastía, y edificado en una pequeña península del golfo de Túnez á Mehdia, capital de su imperio. Con asombrosa rapidez creció el poderío de la nueva casa reinante; la mayor parte del norte de África y Sicilia se le sometió, aunque no sin largas guerras y disturbios; y por último, el Egipto cayó tambien en su poder, y su brillante capital Kahira fué el punto céntrico del nuevo califato. Como lugarteniente de los Fatimidas vino á Palermo, en 948, Hasan-ben-Alí, de la tribu de las Kelbidas, y pronto fué la isla un emirato independiente y hereditario en su familia, calmándose las discordias interiores, que habian destrozado á Sicilia, y floreciendo en su suelo la civilizacion, la cual, ó bien se desenvolvió con prontitud notable, ó bien habia germinado anteriormente, en medio de las guerras y entre el estruendo de las armas. Lo cierto es que



el viajero oriental Ibn Haukal, que visitó á Palermo á mediados del siglo x, describe la ciudad, adornada de magníficos edificios, y habla de sus trescientas mezquitas, donde los sabios se reunian y se comunicaban sus conocimientos (1). Como la huerta de Valencia y la vega de Granada, resplandecian los campos de la antigua Siracusa, las colinas de Agrigento, ricas en ruinas, y más que nada, la áurea concha de Palermo con la vegetacion de Asia y de África. Las norias vertian agua abundante en los valles, que, fecundados por ellas, producian, á par de la viña y el naranjo, el algodon, la mirra, el azafran, los plátanos y la palma (2).

(1) *Biblioteca Arabo-Sicula*, ed. Amari, pág. 6.

(2) A los que afirman á veces que las tierras dominadas por los árabes fueron por ellos devastadas, se les debe hacer la pregunta siguiente: ¿Qué prodigio se ha obrado para que, despues de tales devastaciones, llegáran los alrededores de Palermo á aquel estado floreciente con que nos encantan las meras descripciones de Ibn Jubair y de Falcando? Un desierto no se trasforma en paraíso en el corto tiempo que pasa desde la conquista de los normandos. Por otra parte, las norias, á las que Sicilia debe en gran manera su fertilidad, y el árbol del maná y el alfóncigo, y otras muchas plantas, cuyo cultivo introdujeron los árabes en la isla, dan hoy mismo testimonio en favor de ellos. En cuanto á los árabes españoles, sólo alegaré lo que sigue. Navagero, en el año 1526, despues de hacer una brillante pintura de los verdes campos y de los bosques umbríos que rodean á Granada, afirma que los moros han sido los que han cultivado así la tierra y plantado los árboles, y que durante la dominacion de ellos estaba más cultivado y floreciente el país. Hurtado de Mendoza dice que las Alpujarras son de suyo unas montañas ásperas é infecundas, pero que el cuidado y el arte de los moriscos, que no dejaban sin cultivar ni un palmo de



Al lado de los antiguos templos dóricos de Selino y Segeste, se alzaban los santuarios mahometanos, y los palacios en el estilo fantástico y encantador del Oriente descollaban entre los frondosos jardines. Así como la industria, la agricultura, la arquitectura y las ciencias, fué tambien la poesía objeto de asiduo cuidado para la dinastía de los kelbidas, y su alcázar de Palermo vino á ser, como en otro tiempo el palacio de Hieron de Siracusa, el punto de reunion de innumerables cantores. La musa arábiga se naturalizó de tal modo en el suelo de Sicilia, que áun mucho tiempo despues de la caida del poder muslímico hizo oir allí su voz. Luégo que Roger y sus caballeros normandos se apoderaron de la isla, destrozada de nuevo por interiores discordias, no pudieron sustraerse al influjo del pueblo vencido. Los vencedores eran pocos en número para que pudieran pensar en expulsar á los mahometanos, y así, reconocieron la necesidad de respetar, ó de tolerar al ménos, la religion y las costumbres de aquellos con quienes tenian que vivir en adelante. No bien los guerreros del Norte se vieron en los encantados palacios y jardines de los emires sarracenos, rodeados de todo el lujo y de toda la pompa del Oriente, cuando los atractivos del arte y de la naturaleza, la dulzura del clima y la

tierra, las habian hecho fecundas y habian creado la abundancia de frutos, de seda y de ganado. (*Guerra de Granada*, edicion de Rivadeneyra.)



civilizacion, incomparablemente superior, de los muslimes, los domeñaron de improviso. Los conquistadores adoptaron las costumbres, los usos, las artes y las ciencias de los vencidos. Los reyes de la casa de Hauteville tomaron hasta las formas del gobierno y del ceremonial de los árabes. Arábigos fueron sus diplomas y las leyendas de las monedas acuñadas por ellos, en las cuales se conservaron la fecha de la egira y hasta las fórmulas de la creencia muslímica. Ellos consagraron, como lo atestiguan aún várias inscripciones, los palacios que edificaban, no en el nombre de Dios Trino y Uno, sino en el nombre del misericordioso y bondadoso Aláh.

En suma, todo cuanto los rodeaba tenía un carácter oriental tan completo, que bien se puede decir que los conquistadores normandos de Sicilia se asemejaban más á los sultanes que se dividieron entre sí los restos del califato, que á los príncipes cristianos de Europa (1). De las palabras de Falcando, el gran historiador de Sicilia, así como de las de Benjamin de Tudela, se infiere que dichos príncipes normandos tenian un harem (2). El viajero Ibn Jubair, de Granada, que visitó la Sicilia hácia fines del siglo XII, nos ha dejado una curiosa descripcion de la córte de Guillermo el Bueno.

(1) *Revue archéologique*, París, 1850, páginas 672 y 681.
(2) *The itinerary of Benjamin*, etc.

Dice que el Rey tenía gran confianza en los mahometanos y que elegia de entre ellos sus visires y camareros y los demas empleados públicos y de palacio. Al ver á estos altos personajes, prosigue Ibn Jubair, se conocia el esplendor de aquel reino, porque todos ostentaban costosos vestidos é iban en fogosos caballos, y cada cual su séquito, su servidumbre y sus clientes. El rey Guillermo poseia magníficos palacios y preciosos jardines, principalmente en la capital de su reino. En sus diversiones cortesanas imitaba á los reyes muslimes, como tambien en la legislacion, en el modo de gobernar, en la jerarquía de sus vasallos, y en la pompa y en el fausto de su persona y casa. Leia y escribia el idioma arábigo, y segun me contó uno de sus más fieles servidores, tenía por divisa: «Alabado sea Aláh; justa es su alabanza.» Las mancebas y concubinas que guardaba en su palacio eran todas mahometanas. De boca del ya mencionado servidor, que se llama Yahya, y es hijo de un bordador de oro, que borda los vestidos del Rey, he oido algo más pasmoso, á saber: que las cristianas francas que habitaban en el palacio real habian sido convertidas al islamismo por las muchachas mahometanas. El mismo Yahya me refirió que en la isla habia habido un terremoto, y que el rey idólatra, circulando, lleno de asombro, por su palacio, sólo habia oido las voces de sus mujeres y servidores que se encomendaban á Aláh y al Profeta. Cuando éstos vieron al Rey se asustaron; pero el Rey dijo: «Cada cual debe



invocar al dios que adora; quien cree en su dios tiene el espíritu tranquilo» (1).

La inclinacion de los príncipes normandos por los mahometanos viene tambien atestiguada por historiadores cristianos de aquel tiempo. El monje Eadmero dice en su crónica: «El conde Roger de Sicilia no sufria que ni por acaso se convirtiese un musulman al cristianismo. No sé decir qué motivo tenía para esto, pero Dios le juzgará» (2). Segun Godofredo de Malaterra, el gobernador de Catania en nombre de Roger fué un sarraceno (3). Falcando refiere que la muerte de Guillermo I causó el más vivo dolor entre los árabes; las mujeres de las principales familias, en traje de luto y con los cabellos sueltos, rodeaban el palacio y daban mil quejas al viento, miéntras que sus servidoras recorrian las calles de la ciudad cantando himnos fúnebres al són de instrumentos músicos.

Del mismo modo que las costumbres muslímicas prevalecian en la córte normanda, hasta el punto de que en las iglesias cristianas se empleaban las letras del Coran, los nuevos príncipes edificaron tambien sus palacios y quintas en el estilo que hallaron en la isla, y dispusieron que fuesen encomiados por los poetas arábigos, en versos, que en parte se conservan aún.

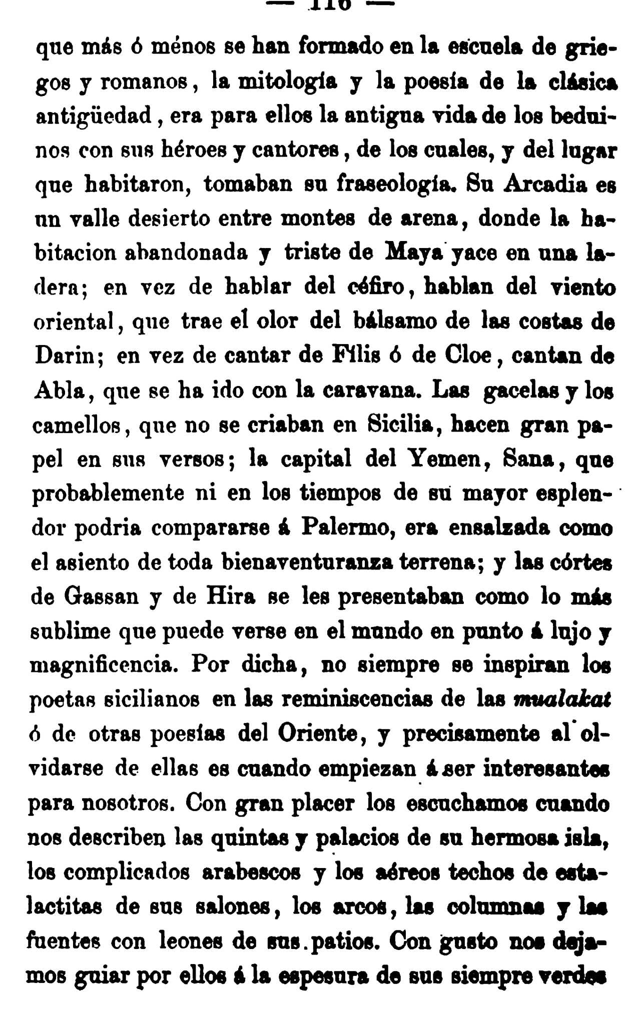
(1) Ibn Jubair, ed. Wright, pág. 129.
(2) *Vita St. Anselmi*, por Carus, pág. 975.
(3) Gaufr. Malaterra, *Hist. Sic.*, lib. III, cap. XXX, in Muratori, V.

Habia un libro de amena lectura, *La perla preciosa*, que contenia versos escogidos de ciento setenta poetas (1). De aquí se deduce que habia sido grande el número de los poetas que la isla habia producido. Y si bien esta abundancia no prueba ninguna extraordinaria difusion del talento poético verdadero, porque allí, como en Andalucía, el hacer versos fué con más frecuencia efecto del ejercicio y de la educacion que de la inspiracion, todavía descollaron, en medio de esta caterva de versificadores, algunos ingenios de órden superior, cuya fama se extendió hasta el Oriente.

Por desgracia, poco de sus obras ha llegado hasta nosotros ó se ha descubierto hasta ahora. De los primeros tiempos no se conserva casi nada. Pero de las muestras que nos quedan aún, se infiere que la poesía de los árabes sicilianos tenía los mismos caractéres esenciales que su hermana la española. Nadie espere verla inspirada por el genio griego bajo un cielo tan clásico. Nadie espere oir sus meditaciones sobre las grandes épocas pasadas, cuyos monumentos soberbios se ofrecian á sus ojos. Los árabes estuvieron siempre encerrados en un círculo limitado de impresiones y pensamientos. Podian sentir el encanto de la bella naturaleza, que sonreia en torno de ellos, en los bosques de limoneros y en los valles del Etna, perfumados por los rosales siempre floridos; pero no poseian la facultad de penetrar la his-

(1) HADJI-CHALFA, II, pág. 135; III, pág. 203.

toria y la mitología de pueblos extraños. Así es que no hallamos en sus versos ni la más leve huella de todas aquellas imágenes, que el solo nombre de Sicilia hace brotar, como por encanto, en nuestra mente; ni la sagrada fuente de Aretusa, ni el valle de Enna, donde Proserpina tejió guirnaldas de flores, ni los peñascos que lanzaba Polifemo en el mar. De todo el mundo fantástico de la *Odisea* nada sabian, salvo quizás aquello que han trasladado á las aventuras de Sindbad el marino. Ni con una palabra mencionaron jamas los restos colosales de ciudades y de templos, mucho más numerosos y magníficos entónces que ahora, y que los rodeaban como un mundo destruido. Ni los gigantes que sostenian el techo del templo de Júpiter olímpico en Agrigento, ni las soberbias columnas de Selino, ni el teatro maravilloso de Taórmina, les arrancaron una sílaba de admiracion. Conviene, sin embargo, no olvidar que la poesía arábiga en Occidente fué siempre como una planta exótica, importada de remotos climas, la cual, si bien recibia su nutrimento de la nueva tierra, sólo cambió su forma exterior y nunca se modificó esencialmente. Como los poetas árabes de España, no salian nunca los de Sicilia de un círculo de imágenes que no son comunes en Occidente, y acudian para sus comparaciones á objetos que nos parecen extraños. Más á menudo que los ricos y encantadores campos de su isla nativa, les prestaba el desierto asunto é imágenes para sus canciones. Lo que es para los poetas de la moderna Europa,



que más ó ménos se han formado en la escuela de griegos y romanos, la mitología y la poesía de la clásica antigüedad, era para ellos la antigua vida de los beduinos con sus héroes y cantores, de los cuales, y del lugar que habitaron, tomaban su fraseología. Su Arcadia es un valle desierto entre montes de arena, donde la habitacion abandonada y triste de Maya yace en una ladera; en vez de hablar del céfiro, hablan del viento oriental, que trae el olor del bálsamo de las costas de Darin; en vez de cantar de Fílis ó de Cloe, cantan de Abla, que se ha ido con la caravana. Las gacelas y los camellos, que no se criaban en Sicilia, hacen gran papel en sus versos; la capital del Yemen, Sana, que probablemente ni en los tiempos de su mayor esplendor podria compararse á Palermo, era ensalzada como el asiento de toda bienaventuranza terrena; y las córtes de Gassan y de Hira se les presentaban como lo más sublime que puede verse en el mundo en punto á lujo y magnificencia. Por dicha, no siempre se inspiran los poetas sicilianos en las reminiscencias de las *mualakat* ó de otras poesías del Oriente, y precisamente al olvidarse de ellas es cuando empiezan á ser interesantes para nosotros. Con gran placer los escuchamos cuando nos describen las quintas y palacios de su hermosa isla, los complicados arabescos y los aéreos techos de estalactitas de sus salones, los arcos, las columnas y las fuentes con leones de sus patios. Con gusto nos dejamos guiar por ellos á la espesura de sus siempre verdes

jardines, donde los limones penden de la enramada y la palma mece la gallarda copa en el tibio ambiente ó á la orilla de un lago cristalino, en cuyas ondas se refleja el elegante kiosko que en su centro se levanta. Tambien los aplaudimos cuando cantan su amor, impulsados por los sentimientos del corazon y sin disfrazarse en pastores errantes, ó cuando celebran el vino de Siracusa y las noches alegres pasadas entre cantadoras y flautistas, ó cuando los unos defienden al Islam que decae, contra la cristiandad invasora, y los otros encomian el esplendor de la córte normanda y nos hacen ver la condicion singular de una civilizacion medio musulmana, medio cristiana. Nosotros debemos fijar nuestra atencion en estas composiciones, que no nacieron del prurito de imitar, sino que fueron inspiradas por la realidad circunstante ó brotaron de un impulso interior y propio. Sólo por ellas puede ser juzgada y estimada la poesía de los árabes sicilianos. Si algun rasgo característico la distingue principalmente, es una cierta blandura voluptuosa, una inclinacion á los deleites del momento, en medio de la hermosa naturaleza, rasgo por el cual, á pesar de todas las diferencias de razas y de épocas, se diria que se asemejan y reconocen los compatriotas de Teócrito. Al leer estos versos arábigos se recuerdan á veces las descripciones del antiguo bucólico, cuando los pastores, bajo la copa sombría de un pino, competian cantando, miéntras que las tostadas cigarras no cesaban en su música estridente, y el viento,



impregnado del perfume de las silvestres flores, convidaba al sueño con sus tibios soplos. Pero, á par de estos dulces olores, debemos respirar tambien el aroma narcótico y embriagador del Oriente.

Como el poeta árabe más ilustre que ha producido Sicilia, puede contarse Ibn-Handis, que nació en Siracusa, el año de 1056. Su juventud fué muy borrascosa, y más que á las ciencias, consagrada á los combates, pasiones y deportes. En una kasida describe una orgía á que asistió en un convento de monjas. Dice que, en compañía de alegres compañeros, penetró en el convento de noche, y que, en un recinto brillantemente iluminado, habia bebido excelente vino, miéntras que cantadoras, bailarinas y flautistas hermoseaban la fiesta (1). La *kasida*, interesante por más de un concepto, es como sigue :

Mi alma en los deleites se perdia,
Allá en la juventud;
Hoy la cana vejez al alma mia
Exhorta á la virtud.
Cual planta en suelo estéril arraigada
La virtud era en mí;
Fué en balde por el cielo cultivada;
Ningun fruto le dí.
Del alma mis pasiones se lanzaron
Como pompa ligera,
Y en átomos su sér desmenuzaron,

(1) Tambien en España se deleitaban de este modo los muslimes en los conventos cristianos, como declara MAKKARI, I, pág. 345.—En Córdoba era famoso *el vino del convento* (MAKKARI, I, 357).



Volando por do quiera.
Y hubo borrasca, confusion, combate,
Do perdí los estribos :
Flacos mis pensamientos al embate,
Quedáronse cautivos.
El vino, el claro vino do bullia
En blanca espuma el oro,
Fué mi mayor encanto, de la orgía
En el alegre coro.
Nunca la escanciadora allí faltaba,
Bella, rica de amor,
Que la fuerza del vino mitigaba,
Refrescando su ardor.
De cuero de gacelas marroquíes,
Con odre de agua henchido,
Perlas iba vertiendo en los rubíes
Del líquido encendido.
Ni faltaban allí nobles coperos,
Cuya beldad fulgura
Más que la luz de nítidos luceros
En la celeste altura.
Los vasos, como en circo los corceles,
Corrian en redondo;
Y vino derramaban los donceles
Del cántaro más hondo.
En resplandor bañando matutino
Por la noche el ambiente,
Con sus rizos de espuma teje el vino
Una red transparente.
Extendida en el haz, como las aves,
Porque volar no puedan,
Del vino los espíritus suaves
En ella presos quedan.
Al tramontar del sol, todo sediento,
Yo hácia el vino volaba :
Una monja la puerta del convento,
Rico en vino, guardaba.
Movíame la llena candiota,
El olor del tonel,



El aroma purísimo que brota
Del zumo moscatel;
Aroma que se extiende y se derrama
Del claustro hasta el confin,
Como el preciado almizcle que embalsama
El puerto de Darin (1).
Del dinero al oir, hecho ya el trato,
El sonar argentino
De la balanza en el bruñido plato,
Daba la monja vino.
No olvidaré que varios compañeros
Cierta noche tomamos
Cuatro toneles vírgenes, enteros,
Que desflorar pensamos.
Desde el punto en que el mosto efervesciente
Hinchó su cavidad,
Diez mil giros la esfera reluciente
Hizo en la inmensidad.
Parecian los aros, que sujetan
Las duelas encorvadas,
Brazos que el talle con amor aprietan
De mujeres amadas.
Un infalible catador, de experto
Paladar y nariz,
Eligió los toneles con acierto,
Con discrecion feliz.
Pronto en cada tonel reconocia,
Sólo por el olor,
La calidad y el rancio que tenía
El dorado licor.
Pero ¿qué mucho? si fijaba luégo,
¡Tal su pericia era!
Con fecha exacta, cuándo fué el trasiego
Del mosto á la madera.
Despues á un patio de naranjos fuimos,

(1) Darin, puerto del golfo Pérsico, famoso por su comercio y exportacion de almizcle.



Con mirtos y rosales,
Donde, cual astros refulgentes, vimos
Muchachas ideales.
Escogimos un rey para la fiesta,
Que desterró el pesar,
Y en dulces tonos acordada orquesta
Empezó á resonar.
Con el plectro la cítara hábilmente
Linda jóven heria;
Otra la flauta, como en beso ardiente,
Con el labio oprimia;
Y otra á compas, batiendo con el dedo
El adufe sonoro,
Marcaba la medida al paso ledo
De la danza y al coro.
Como columnas en extensa hilera
Brillaban teas mil:
De rojas flores ondulantes era
Un hadado pensil.
De la noche rasgaba con su lumbre
El fuerte oscuro velo,
Y en ráfagas de luz hasta la cumbre
Alzábase del cielo.
Cuando Sicilia llena mi memoria,
¡Ah qué dolor el mio,
Al recordar mi juventud, mi gloria,
Mi amante desvarío!
Allí de las huríes la belleza,
Del Eden los placeres,
Rebozando el ingenio y la agudeza
En hombres y mujeres.
Desde que de tu seno desterrado
Me ví, patria querida,
Tu gracia y tu beldad he celebrado;
Nunca el alma te olvida.
Aunque amarga, no ménos abundante
De mi llanto es la vena,
Que las que dan su riego fecundante
Á tu campiña amena.



Allí mozo reí, con veinte años
Y mejillas rosadas:
Hoy, viejo de sesenta, desengaños
Lloro y culpas pasadas.
Mas no me tengan ya por tan perdido
Los adustos censores:
Grande es Alah; Alah siempre ha querido
Perdonar pecadores (1).

Los siguientes versos parecen ser de aquellos serenos años juveniles del poeta:

I.

¡Sús! Que te traiga vino
La de cinto gentil moza garrida.
Ya el albor matutino
Á la noche convida
Á que de nuestro cielo se despida.
Acude á los placeres;
Sigue del alegría la carrera,
Si conseguirlos quieres;
Con sandalia ligera
Va buscando al deleite que te espera.
Apresúrate ahora;
Pronto el licor de la ventura bebe,
Antes que del aurora
Las lágrimas se lleve,
Flores besando el sol cuando se eleve.

(1) *Biblioteca Arabo-Sicula*, pág. 548. Como se ve, sólo puede deducirse claramente de esta *kasida*, que las monjas vendian vino; mas no que la orgía fué dentro del mismo convento ó en otro lugar. Por otra parte, áun suponiendo que la orgía, segun la *kasida*, fué dentro del convento, todavía puede atribuirse esto á mentirosa jactancia del poeta infiel. (*N. del T.*)



II.

Como del amor ansío
Siempre el mágico embeleso,
En cambio de un beso mio
Anoche te pedí un beso.
Y al punto la sed ardiente
De mi corazon calmó
La más pura y limpia fuente
Que para el amor nació.

III.

El arroyo murmura,
Aunque el aura le besa
Y pule el haz de suerte
Que el fondo transparenta.
Parece que suspira,
Parece que se queja,
Porque su inquieto seno
Hieren agudas piedras.
Quizá infeliz amante
En él su forma trueca,
Y va corriendo al lago
A sepultar su pena (1).

Circunstancias, que no sabemos de cierto, impulsaron á Ibn-Handis á salir de su patria. En 1078 pasó á la córte de Al-Motamid de Sevilla, centro de reunion de los más egregios poetas de Occidente. El Rey, al principio, no fijó en él la atencion, y ya Ibn-Handis, desesperado, se preparaba á partir, cuando una noche

(1) IBN-CHALLIKAN, art. *Ibn-Handis.*



llegó á su casa un siervo de Al-Motamid con una linterna y un caballo, pidiéndole que montase en él y le siguiese á palacio. El poeta obedeció á aquella órden. Ya en palacio, el Rey le mandó que se sentase, y le dijo: «Abre la ventana que está junto á tí.» Abrió, y vió á lo léjos un horno de vidrio en el que se acababa de trabajar. En la oscuridad se veia el fuego, reluciendo á traves de sus dos puertas, que ya se cerraban, ya se abrian. Una puerta del horno de vidrio estuvo largo tiempo cerrada, y abierta la otra. Miéntras que Ibn-Handis miraba estas cosas, el Rey le dijo: «Responde á estos versos:

¿Qué brilla ardiendo entre la sombra espesa?»

El poeta respondió:

Un hambriento leon que busca pr. sa.

Al-Motamid:

Abre los ojos y los cierra luégo.

El poeta:

Como quien por dolor no halla sosiego.

Al-Motamid:

La luz de un ojo le robó la suerte.

El poeta:

Al destino no escapa ni el más fuerte.



Al-Motamid quedó tan satisfecho de estas respuestas improvisadas, que hizo dar al poeta un magnífico presente y le tomó á su servicio (1).

Ibn-Handis fué desde entónces uno de los más brillantes ornatos del círculo literario que en torno suyo habia reunido aquel ingenioso príncipe. Avezado desde muy mozo al ejercicio de las armas, Ibn-Handis acompañó tambien á su amo á la guerra. En la batalla de Talavera, en el primer choque con los cristianos, fué derribado de su corcel, pero pronto pudo recobrarse, lanzándose valerosamente por medio de los enemigos, y cuidando, más que de sí mismo, de su hijo, que, si bien era muy muchacho aún, peleaba á su lado con bizarría. Cuando cayó la dinastía de los Abbadidas y el desventurado Al-Motamid fué conducido á Agmat y encerrado en un calabozo, Ibn-Handis le siguió á África, donde dirigió al prisionero muchos versos elegiacos ó consolatorios.

En medio de los variados sucesos de su existencia, jamas se olvidó el poeta de su amada Sicilia:

Vivo recuerdo constante
Guardo de la hermosa isla,
Que en mis venas ha infundido
El espíritu de vida.
Como los lobos rabiosos
En las florestas sombrías,
Los infortunios destruyen
Los verjeles de Sicilia.

(1) Makkari, II, 416.

Era un Eden, que las ondas
Enamoradas ceñian,
Do todos eran deleites,
Do no me hirió la desdicha.
Allí sin recelo vino
Á mí la gacela tímida;
Compañero de mis juegos
Fué el leon en su guarida.
Allí el sol de la mañana
Sobre mi frente lucia;
Y hoy pienso verle tan sólo
Cuando al ocaso declina.
Si, navegando, á tus costas
Pudiera volver un dia,
Cumplido viera mi anhelo,
La suerte hallára propicia.
Así la creciente luna
En su ligera barquilla,
Tierra del sol, me llevase
Á tus praderas queridas (1).

En otro lugar habla Ibn-Handis de la tierra «donde los rayos del sol animan con una fuerza amorosa las plantas que llenan los aires de aroma; donde se respira una felicidad de la que huyen los adustos cuidados; donde se siente una alegría que borra la huella de todos los pesares» (2).

Aquellas campiñas fértiles
Á menudo se presentan
Ante mis ojos en sueño,
Y osa mi espíritu verlas.
Con lágrimas pienso siempre

(1) *Bibliotheca Arabo-Sicula*, pág. 553.
(2) Amari, *Storia*, pág. 533.



En aquella hermosa tierra,
Do los huesos de mis padres
Hallan descanso en la huesa.
Mi juventud, ya marchita,
Tuvo allí su primavera;
Siempre hablaré de mi patria,
Recordándola con pena (1).

Mas, á pesar de sus *saudades* (2) de la patria, nunca quiso nuestro poeta volver á ver á Sicilia, porque habia caido bajo el dominio extranjero de los normandos. Así elogiaba el valor de los sicilianos guerreros:

Tan grande horror se apodera
Del que irritados los mira,
Que más le asusta su ira
Que las garras de una fiera.
En el combate tremendo
Por la fe de sus mayores,
Sus alfanges cortadores
Van como el rayo luciendo.
Como á la zorra con fuerte
Garra destroza el leon,
Sus lanzas llevan la muerte
Y esparcen la destruccion.
Sus huestes á la victoria
Van en pujantes navíos,
Combatiendo por la gloria
Y venciendo sus desvíos.
Siempre salvarse desean

(1) *Bibl. Ar.-Sic.*, páginas 566 y 567.

(2) En un tiempo en que se cometen tantos galicismos, bien nos podemos atrever á cometer un portuguesismo, adoptando la palabra *saudades*, que traduce perfectamente el vocablo aleman *sehnsucht*, el cual no tiene equivalencia en castellano, y apénas la tiene en la voz francesa *regret*. (*N. del T.*)

Los cobardes con huir;
Mas ellos, cuando pelean,
Prontos están á morir;
Porque sólo la bravura
De sus nobles adalides
Halla honrosa sepultura
En el polvo de las lides (1).

Pero el poeta lamenta así las discordias civiles que impidieron á los musulmanes de Sicilia oponerse juntos al enemigo:

¡Con pensamientos y obras,
Aun á costa de mi vida,
Oh cara y hermosa patria,
La libertad te daria!
Mas ¿cómo de los bandidos
Librarte que te dominan?
¿Cómo sacudir el yugo
Con que el infame te humilla,
Si se agotaron tus bríos
En discordias fratricidas,
Si devoraron las llamas
Tus bosques y tus campiñas,
Y si los hermanos mismos
Bañaron, en lucha impía,
En sangre de los hermanos
Las cimitarras y picas? (2).

Ibn-Handis, siempre suspirando así por la patria, pasó los últimos años de su vida en las córtes de los Badisíes de Mehdia y de los Hammadíes de Bugía. Un

(1) *Bibl. Ar.-Sic.*, páginas 558 y 560.
(2) *Bibl. Ar.-Sic.*, pág. 558.



palacio suntuoso, que el príncipe Almánsur habia edificado en esta última ciudad, fué ensalzado por nuestro poeta en la siguiente *kasida*, que llegó á ser muy famosa. Como se ve, en ella trata la poesía de competir con la arquitectura, produciendo con la riqueza de las imágenes una impresion semejante á la que debia producir el mismo palacio con sus arabescos, brillantes azulejos y prolijos alicatados y adornos de estuco.

EL PALACIO.

¡Espléndido es tu palacio!
Ya basta para su gloria
Que brille en él un reflejo
De tu majestad heroica.
Sólo con herir los ojos
Su lumbre maravillosa,
Por la virtud que derrama
Vista los ciegos recobran.
Revivir hace á los muertos
Su ambiente, con el aroma
De las fuentes de la vida
Que en el Paraíso brotan.
Quien ve morada tan rica
De su beldad se enamora,
Y amor y dichas pasadas
Destierra de la memoria.
Más que Javarnac se eleva,
Más que Sedir ilusiona,
Y al Iwan de los Cosróes
Eclipsa su régia pompa (1).

(1) Se dice que Iwan equivale á palacio en lengua persa. Parece que Javarnac y Sedir eran dos suntuosos alcázares de los reyes de Hira. El reino de Hira habia sido fundado en los fe-



Jamas los antiguos persas,
Que hicieron tan grandes obras,
En el arte se elevaron
Á altura tan prodigiosa.
Siglos pasaron y siglos,
Pero nunca en Grecia toda
Hubo alcázar más brillante,
Ni vivienda más hermosa.
En sus fresquísimos patios,
En sus salas de alta bóveda,
Del Eden las alegrías
Cumplidamente se gozan.
Trasunto exacto de aquellos
Que la virtud galardonan,
Sus encantados jardines
Al creyente corroboran;
Y, al verlos, el pecador
El recto camino toma,
Con penitencia impetrando
De Dios la misericordia.

races campos del Irak, á orillas del Eufrates, en los tiempos ante-islámicos, y duró seis ó siete siglos. Sus fundadores fueron árabes. La magnificencia de los reyes de Gassan y de Hira, y de sus córtes, quedó como término hiperbólico para la poesía. Sobre la civilizacion, la esplendidez y la grandeza de algunos estados y príncipes árabes, anteriores al Islam, se refieren las historias más portentosas, como de Ofir, célebre por su oro; de Sana, y de Sabá, cuya reina fué tan apasionada amiga de Salomon. Gassan é Hira, aunque reinos árabes, estaban fuera de la Arabia, porque los árabes desde muy antiguo han sido un pueblo conquistador. Los Hicsos eran árabes, y conquistaron y poseyeron el Egipto mucho ántes de Moisés. De otro árabe, llamado Dzohac, se dice que conquistó la Persia en época remotísima, venciendo á Djemschid, su rey y rey de los genios; y del rey árabe Aret-al-Reg se cuenta que auxilió á Nino en sus conquistas y compartió su gloria.

(*N. del T.*)



La luz de los siete cielos
La noble vivienda dora,
Que allí de Almansur el astro
Como por su oriente asoma.
Me parece, cuando miro
Todo el primor que atesora,
Que al Paraíso los sueños
En sus alas me trasportan.
Cuando sus puertas se abren,
Ledos los gonces entonan
Saludo de bienvenida
Al que allí penetrar logra;
Y los leones, que muerden
De las puertas las argollas,
Para bendecir á Alah
Parece que abren la boca,
O que á saltar se preparan
Y á dar una muerte pronta
Á quien en aquel recinto
Entrar sin licencia osa.
La hermosura del palacio
Á las almas aprisiona;
Por él vagan, y al fin caen,
Embelesadas y absortas.
Brilla en sus patios el mármol
Cual bien labradas alfombras,
Donde en polvo han esparcido
Alcanfor y otros aromas.
Perlas difunde el rocío,
La fuente menudo aljófar,
Y la tierra olor de almizcle,
Que en el aire se remonta.
Al sol que se hunde en ocaso
Y deja reinar las sombras,
Este palacio reemplaza,
Luciendo como la aurora.

LOS SURTIDORES.

Nunca leones tuvieron
Tan esplendente guarida:
Cual si rugiesen, murmuran
Con el agua cristalina.
Sus cuerpos parecen oro,
Que en lo interior se liquida,
Y en raudales transparentes
Por las bocas se deriva.
Dijeras que los leones,
Mal refrenando la ira,
Aunque ningun temerario
Los ofende ó los irrita,
Con anhelo de dar muerte,
La crespa melena erizan,
Rugen, y ya se preparan
Á echarse sobre la víctima.
Estos monstruos espantosos,
Cuando el sol los ilumina,
Son todos como de fuego,
Tienen las lenguas flamígeras;
Y cual espadas candentes,
Que de la fragua retiras,
Con el sol fulgura el agua
Que por las fauces vomitan.
Sobre el estanque, en que cae,
El aura mansa suspira,
Y como cota de malla
Las fugaces ondas riza.
Un árbol luce con frutos
Entre tantas maravillas,
Medio metal, medio planta,
De una labor exquisita.
Con resplandor nunca visto
Todos los ojos hechiza,
Y en el ramaje flexible,
Que blandamente se cimbra,



Colúmpianse várias aves
De forma y pluma distinta,
Sin querer abandonar
El sitio donde su anidan.
Á un surtidor de agua clara,
Que como diamantes brilla
Por el sol iluminado,
Da cada pico salida.
Y aunque las aves son mudas,
Dulces parece que trinan,
Porque del agua el murmullo
Forma grata melodía.
Están las ramas del árbol
Cual de brocado vestidas;
Líquidos rayos arrojan
Como plateadas cintas,
Y en la ancha taza de jaspe
Al caer las gotas limpias,
Son en fondo de esmeraldas
Topacios y perlas finas.
Como blancos dientes muestra
Bella dama con su risa,
Muestra la fuente alba espuma
Que esmaltan fúlgidas chispas.

LAS PUERTAS Y LOS TECHOS.

Bellos adornos las puertas
Tienen y dibujos lindos;
En labores de ataujía
Intrincado laberinto.
Los gruesos clavos redondos,
Forjados con oro fino,
Como los pechos resaltan
De huríes del Paraíso.
Todo lo envuelven los rayos
Del sol en mágico nimbo,
Y parece que en los techos
Se miran, por raro hechizo,

Junto á la esfera celeste
Los verdes prados floridos.
Esmaltadas golondrinas
En ellos hacen el nido,
Y allí tambien se contemplan,
Con magistral artificio,
Fieras que acosa en los bosques
El cazador atrevido.
La enramada y las figuras
Vierten rutilante brillo,
Como si en el sol mojára
Sus pinceles quien las hizo.
Quien mira el jaspe y las piedras
De mil colores distintos,
Piensa de los altos cielos
Mirar los jardines mismos.
Hay tambien un cortinaje
Pintado, mas descorrido
De manera, que la vista
Goza de aquellos prodigios.
Rey del mundo poderoso,
Á quien concede propicio
De la guerra en el tumulto
Victoria tanta el destino,
Muchos Príncipes tuvieron
Palacios, en otros siglos,
Mas el tuyo vence á todos
Por más hermoso y más rico.
En él sobre el trono luces,
Y á tus piés yacen rendidos,
Y se arrastran en el polvo,
Temblando, tus enemigos (1).

Por último, Ibn-Handis se quedó ciego, y, doblegado bajo el peso de la vejez y de los infortunios, se parecia á un águila que ya no puede volar y buscar la co-

(1) Makkari, i, 321.



mida de sus polluelos. Murió en el año de 1133, segun unos en Mallorca, y en Bugía segun otros.

A principios del siglo XI floreció Ibn-Tubi, famoso por sus poesías amorosas, llenas de gracia y ternura. Damos como muestra las siguientes:

I.

Mi vida acabe si nunca
Más en mis brazos te estrecho;
En tu mirar y en tu rostro
El sér y la vida bebo.
Cuando en pura y limpia fuente
Consigue beber sediento,
Ménos goza el peregrino
Que yo si tu boca beso.

II.

No crea más prodigios el encanto
Que su beldad y gracia;
El sano aliento de su fresca boca
Huele mejor que el ámbar.
Aérea y misteriosa se desliza;
Ignoro dónde pára;
Mas un rastro de luz y de perfume
Su camino señala (1).

III.

Con sus grandes ojos negros
Me trastornó la cabeza;
Una sábia zurcidora
Fué á declararle mis penas;
Y, cual absorbe una lámpara

(1) AMARI, *Storia*, II, 519.



El jugo de adormideras,
¡Oh dicha! me trajo al punto
Á la hermosa de la diestra (1).

De Ibn-Tazi, siciliano famoso por sus obras sobre gramática, por sus epístolas y poesías, poseemos una coleccion de epigramas, entre los cuales se cuentan éstos:

I.

No te enojes ni respondas
Si es que te injurian los necios:
¿Acaso á ladrar te pones
Cuando te ladran los perros?

II.

No me censures que huya
Toda humana compañía;
Con víboras y serpientes
No quiero pasar la vida.

(1) *Bibl. Ar.-Sic.*, 590.—«Miéntras más se iban refinando las costumbres de los musulmanes, más indecoroso se iba haciendo el aludir por escrito ó de palabra á las mujeres. Llegó, por consiguiente, á ser necesario, para describir el objeto amado, servirse de los verbos y de los adjetivos en el género masculino. Lo que en un principio requerian las costumbres celosas y lo que vino á ser de *buen tono*, fué al cabo usanza general. Áun, en nuestros dias, los cantores callejeros del Cairo sólo se atreven á emplear en sus canciones el género masculino, siempre que el asunto es amoroso. Lo contrario sería un escándalo contra la moral pública.» (Slane, en el *Jour. Asiat.*, 1839, I, 177.) Los entendedores podrán decidir si esta usanza basta á justificar mi interpretacion de los citados versos, ó si sólo debe tenerse por admisible la que les da Amari.



III.

Á UN HABLADOR.

Cien mil regalos te ofrece,
Pero nunca te da nada;
No fia en su oferta el amigo,
Ni el contrario en su amenaza.

IV.

Á UN AVARO.

Entré en su casa tan sólo
Para charlar un momento:
Creyó que á pedir prestado
Iba, y murióse de miedo.

V.

Á UN MÚSICO.

Cantando, las doce plagas
De Egipto me echas encima;
Tocas el laud, y anhelo
Rompértele en las costillas.

VI.

Á UN VALENTON.

Yo te sufria, esperando
Que te amansasen los cielos:
Te casaste, y tu bravura
Ha crecido con los cuernos.

De otro poeta de Sicilia es esta sentencia, llena de amargura:

Es el bien entre los hombres
Fuente que pronto se agota;



Y el mal, torrente inexhausto
Que por doquier se desborda (1).

Otro siciliano, que tomó el nombre de Bellanobi, del lugar de su nacimiento, compuso á la muerte de su madre una elegía, de la que tomamos lo que sigue:

Tu pérdida á llorar, madre querida,
Con el alma me entrego,
Donde tu muerte me causó una herida,
Que más arde que fuego.
Más distancia que á Oriente de Occidente
Me separa de tí;
Pero en mi corazon estás presente:
Descansa en paz ahí.
Mi llanto y de los cielos el rocío
Rieguen tu tumba al par,
Para que en torno de su mármol frio
Flores puedan brotar.

Abul-Arab alcanzó tambien gran fama de poeta. Cuando los normandos conquistaron á Sicilia, no quiso someterse al yugo extranjero, y emigró, diciendo que no era él quien abandonaba su patria, sino su patria quien le abandonaba:

¿Por qué, si me burla siempre,
He de seguir la esperanza?
Seguir el recto camino
Baste que el honor señala.
Mis pensamientos vacilan;
Yo no sé dónde me vaya;

(1) *Bibl. Ar.-Sic.*, 590; y AMARI, *Storia*, 532, 536 y 544.

Ya me inclino al Occidente,
Y ya el Oriente me agrada.
Pero lo quiere el destino;
Es mi inevitable marcha
Más cruel que al dromedario
Los arenales de África.
No cedas, corazon mio,
Al gran dolor que te embarga;
De tu compañía huésped
Tan enojoso separa.
Si cautivo de cristianos
Hoy mi país se rebaja,
Yo me subiré en los riscos
Donde se anidan las águilas.
El sér me ha dado la tierra;
¿En qué region apartada
No será el hombre mi hermano,
No será el mundo mi patria?

Al-Motamid, rey de Sevilla, ofreció en su córte un asilo á este poeta, le envió una buena suma de dinero para el viaje, y fué siempre en lo futuro su valedor generoso. En cierta ocasion hallábase el siciliano en la cámara del Rey, cuando acababan de traer de la Zeca gran cantidad de monedas de oro recien acuñadas. Al-Motamid regaló al poeta dos talegos de aquel oro; mas no contento Abul-Arab con el presente, puso los ojos en várias figuras de ámbar que allí habia, y singularmente en una que estaba adornada con perlas y que representaba un camello. «Pero, señor, dijo por último, para llevar esta carga necesito un camello.» El rey se sonrió y le regaló la figura de ámbar.

Ibn-Katta fué autor de muchas obras históricas y sobre gramática, y entre ellas, de una *Historia de Sicilia.*

Él fué tambien quien coleccionó la antología ya mencionada, que contiene composiciones de ciento setenta poetas sicilianos. Asimismo abandonó la isla cuando la conquistaron los normandos. Como muestra de sus versos pueden servir los siguientes, de los cuales se infiere, como de otras producciones por el mismo estilo, que tambien en la verde Sicilia se conservó la costumbre de adornar las *kasidas* con imágenes de la vida del desierto, y de verter lágrimas sobre el campamento abandonado de los beduinos y sobre la mansion derruida de la mujer amada:

No pierdas en amoríos
Los momentos de tu vida,
Llorando el desden de Noma
Ó llamando á Zaida impía.
No del campamento llores
La soledad y ruina,
Ni por la mansion de Maya
Abandonada te aflijas.
Un fin busca únicamente,
Sólo á un propósito aspira,
Ve que sólo sobrevive
Del pecado la ignominia.

No todos los poetas sicilianos siguieron á los nombrados ya en su emigracion voluntaria. Aun floreció la poesía arábiga en la córte de Roger y de sus sucesores. Muchas pruebas de esto se han conservado, principalmente poesías en las cuales se celebran los palacios de los reyes normandos. De una *kasida*, que Ibn-Omar de Butera compuso en elogio de Roger, son estos versos:



Con los líquidos rubíes
Haz que circulen los vasos,
Y bebe mañana y tarde
Del licor ardiente y claro.
Goza el deleite del vino,
Y resuenen entre tanto
Los cantares y el laud
Magistralmente pulsado.
Venzan á Mabed tus músicos,
Como el vino siciliano
Vence en dulzura á los otros
Y en preservar de cuidados.

En esta misma poesía eran más adelante celebrados los hermosos edificios de Palermo; pero sólo se conserva aún el elogio del palacio de la Mansuriya. ó la Victoriosa:

De la Victoria el palacio
Reluce con sus almenas;
En él encontró el deleite
Su venturosa vivienda.
Míranle todos los ojos
Con agradable sorpresa;
No hay un primor ni un encanto
Que Dios no le concediera.
No hay quinta más deliciosa
Sobre la faz de la tierra,
Con sus balsámicas plantas
Y con su verde floresta.
No son más puras y limpias
Las aguas que el Eden riegan
Que las que aquí por las fauces
Vierten leones de piedra.
Estos patios y estas salas
Adorna la primavera
Con vestidura tejida
De luz, de flores y perlas.

Cuando el sol al mar desciende,
Y cuando del mar se eleva,
Difunde olor y frescura
La brisa y el huerto orea.

Por su gracia se distingue una composicion poética, en la cual Abdurrahman de Trápani celebra la *villa* Favara, cerca de Palermo, hoy *Mare dolce:*

¡ Palacio de los palacios,
Cuál resplandeces, Favara,
Mansion de deleites llena,
Á orilla de entrambas aguas !
Nueve arroyos, que relucen
En tus prados de esmeralda,
Riegan los bellos jardines
Con onda fecunda y clara.
Dos surtidores se empinan
Y en curva buscan la taza,
Desmenuzándose en perlas
Que el íris fúlgido esmalta.
En tus lagos amor bebe
Elíxir de bienandanza ;
Junto á tu raudal su tienda
Tiene el placer desplegada :
Quinta mejor que tu quinta
En el mundo no se halla ;
Nada más lindo que el lago
Do se miran las dos palmas.
Sobre él los árboles doblan
Las verdes y airosas ramas,
Como para ver los peces
Que por sus cristales nadan,
Y que de carmin y oro
El líquido seno cuajan,
Miéntras que encima las aves
Gorjean en la enramada.
¡ Oh cuán hermosa es la isla,



Donde brillan las naranjas,
Entre el verdor de las hojas,
Como relucientes llamas,
Y los pálidos limones
Como en noche solitaria
Un amador melancólico
Que está léjos de su amada!
Las dos palmas que crecieron
Sobre la misma muralla,
Allí parecen amantes
Que temerosos se amparan,
O más bien, que con orgullo
Su fina pasion proclaman,
Y los celos desafian,
Y burlan las amenazas.
Nobles palmas de Palermo,
Que la lluvia en abundancia
Os bañe; creced frondosas
Miéntras duerme la desgracia;
Y que florezcan en tanto
Árboles, yerbas y plantas,
Tálamo dando mullido
Al amor y sombra opaca.

Por último, Abu Daf compuso la elegía siguiente á la muerte de un hijo de Roger:

¿Cómo no liquida el llanto
Las mejillas por do corre,
Y los continuos gemidos
No parten los corazones?
Llena de dolor la luna
Su luz en nubes esconde,
Y cubren toda la tierra
Las tinieblas de la noche.
Ruina las firmes columnas
Amenazan y los postes,
Porque se eclipsó su gloria



Y su poder acabóse.
¡ Ay de aquel que confianza
En la infiel fortuna pone !
Es cual la luna que brilla
Ó apaga sus resplandores.
Bello y espléndido, há poco,
Lucia el ilustre jóven ;
Con él robó la fortuna
Brillo á la patria y amores.
Que el llanto de las doncellas
Por él las mejillas moje,
Como perlas en corales,
Como el rocío en las flores.
Grande es el dolor; no hay pecho
Que inflamado no solloce;
Y fuego y agua se mezclan,
Pues no hay ojos que no lloren.
Sus armas y sus palacios
Conmueve tan rudo golpe,
Y parece que suspiran
Al relinchar sus bridones.
Laméntanle las palomas,
Y tal vez lágrimas broten
De las ramas, si su muerte
Llegan á saber los bosques.
¡ Cuánto luto ! Nos castiga
El destino con su azote.
¿ Dó habrá consuelo ó paciencia
Que le mitigue ó soporte?
Dia de horror fué aquel dia
En que el mancebo murióse;
Cano de espanto se puso
El cabello de los hombres :
Así, cuando acabe el tiempo
Y un ángel la trompa toque,
Y la tempestad destruya
La armonía de los orbes.
Estrecha vendrá la tierra
Al gran tumulto de entónces ;



Hombres, niños y mujeres
Darán lamentos y voces.
Hoy, no sólo los vestidos,
Sino los pechos se rompen;
Se desolaron las almas,
Gimieron los ruiseñores.
Del blanco traje de fiesta
La multitud desnudóse;
Solamente negro luto
Ora conviene que adopte (1).

(1) El lector dispensará lo malo y falso de estos versos, en gracia de la integridad y fidelidad de que doy prueba al traducirlos. No son mejores en aleman, ni lo serán probablemente en árabe. (*N. del T.*)

Hombres, niños y mujeres [illegible]
[illegible]
Hoy, no sólo los [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] (1) [illegible]

(1) [illegible]



XIII.

Poesía popular y poesía narrativa.

Al lado de la poesía erudita tuvieron los españoles mahometanos, sin que en ello quepa la menor duda, una poesía popular (1). Aunque de ella no quedase resto alguno, su existencia estaria confirmada por el acorde testimonio de los escritores cristianos y musulmanes. Kazvini cuenta que en los alrededores de la ciudad de Silves no habia nadie que no compusiese versos, y que, si se pedia al gañan que iba detras del arado que los recitase, al punto los improvisaba sobre cualquier tema que se le diera (2). Populares, como éstos, debieron ser asimismo los versos á que se refiere el Arcipreste de Hita cuando habla de los cantares de danza que él mismo compuso para cantadoras judías y moriscas, y de los instrumentos que no convienen á los *cantares de*

(1) Dozy, *Recherches*, segunda edicion, II, Apéndices.
(2) Kazvini, *Cosmografía*, II, 364.

arábigo (1). Áun mucho más tarde, cuando la lengua escrita de los árabes hacia tiempo que habia caido en desuso entre los infelices moriscos, les prohibió la Inquisicion cantar versos arábigos, los cuales estaban, sin duda, en el dialecto del pueblo (2).

Se ha de considerar ademas que de las innumerables obras escritas de los árabes de España, sólo una mínima parte ha llegado hasta nuestros dias. Primero en las devastadoras invasiones de los almoravides y almohades, y despues en las de los cristianos, fueron destruidas las bibliotecas. Y por último, los libros mahometanos que en la Península quedaban fueron entre-

(1) El Arcipreste dice:

Despues fise muchas cantigas de danza é troteras
Para judias é moras, etc.;

y luégo explica los instrumentos que no van bien con los cantares arábigos:

Arábigo non quiere la biuela de arco.
. . . .
Albogues é mandurria, caramillo é zamponna,
Non se pagan de arábigo quanto dellos Bolonna.

Es lástima que el poeta no se detenga más en tratar este asunto; pero el dolor le tenía entónces muy embargada el alma con la muerte de la célebre zurcidora Trota-conventos, que tan bien le habia servido y que tan tiernamente deplora. De todos modos, parece indudable que el Arcipreste entendia el árabe, y que debió usarle en sus relaciones amorosas con las moras, imitando en sus cantares los de aquel pueblo. En sus versos se encuentran muchas voces arábigas, como *ysuedri*, *ascut*, *le alá*, *amxi*, etc. (*N. del T.*)

(2) Véase un edicto citado por Llorente, Apéndice XI.



gados á las llamas por el fanático furor de los vencedores. Sólo se salvaron de la gran destruccion algunos pocos, que por una feliz casualidad pudieron ocultarse, y los que de antemano habian sido enviados á África ó á Oriente. Más cruel aún que con los documentos escritos de la literatura, debió de ser el destino, que lanzaba de su antigua mansion á aquel pueblo, y que le destruia como nacion, con los cantos populares, los cuales, de acuerdo con su naturaleza, pasaban de boca en boca, y rarísima vez eran conservados por escrito. No debiera, pues, parecernos extraño si totalmente hubiesen desaparecido, sin dejar vestigio alguno. Con todo, no ha sido así, por dicha, porque muchos de ellos se conservan. Por ejemplo, la siguiente poesía, que trae Makkari, tiene un carácter enteramente popular. Para su mejor inteligencia importa saber que se compuso en los últimos tiempos del reino de Granada, cuando la ciudad y el campo padecian mucho á causa de la guerra ;

Con sus rayos el amor
Aun inflama nuestros pechos ;
Mas ¿dónde están las amigas
Y los dulces compañeros ?
¿Cómo pasaron las fiestas
Alegres en otro tiempo ?
Los convites y manjares
¿Cómo se desvanecieron ?
¿Dónde están los ricos guisos,
Condimentados con queso,
Que el corazon nos robaban
En la mesa apareciendo ?
¿Dónde los tarros, de leche

Deliciosísima llenos,
Preparada con almíbar
Y arroz esponjoso y tierno?
¿Dó la carne que, pendiente
Del hogar en un caldero,
En las brasas se cocía
Con moscatel del añejo?
¿Dó del añafil alegre
Los melodiosos acentos,
Que competían acordes
Con el laud y el pandero?
Allí cantábanse en coro
Tales tonadas y versos,
Que á Mabed y que á Zirjab
Envidia dieran y celos.
La rienda allí se soltaba
Á las burlas y á los juegos,
Y rompía los cerrojos
De toda puerta el deseo.
Idos, allí se decía
Á los censores severos,
Si no quereis que á jirones
El vestido os arranquemos.
Sin escándalo rompía
Allí cada cual el freno;
Nadie censurarle osaba,
Nadie vigilar sus hechos.
Exprimido de las uvas
El deleite andaba suelto,
Entre la verde enramada
Y entre las flores del huerto.
Alzaban allí las copas
Los árboles hasta el cielo,
Cual grupo de amigos fieles
Y camaradas discretos.
Cuando en sus tallos lozanos
Las flores se iban abriendo,
De su beldad y su gracia
Se maravillaban ellos.



Eran esposas las flores,
Que en aquel hermoso tiempo
De primavera venian
Á celebrar su himeneo.
Y cuando la nueva fruta
Los árboles daban luégo,
Miel el paladar gustaba,
Rubíes los ojos viendo.
¡Ay! todas estas delicias
Como relámpago huyeron.
Ya no las gozan los grandes;
¿Qué han de esperar los pequeños?
¿Cómo vencer al destino
Y derogar sus decretos?
En balde el bien que nos roba
Que nos devuelva queremos (1).

Tambien debe contarse entre la poesía popular la siguiente lamentacion del tiempo en que Granada estaba sitiada por los cristianos:

El clangor de los clarines
Y el són de los atabales,
Turbando nuestro reposo,
Asustan á cada instante.
Horror de guerra denuncian,
Llamando á duros combates.
¡Señor, mis brazos se rinden;
Esfuerzo y brío prestadles!
¡En tal angustia, á mi alma
Dad sufrimiento bastante,
Para que de él se revista
Cual arnés impenetrable (2).

(1) Makkari, ii, 832.
(2) Makkari, ii, 833.

Pertenecen ademas al género popular dos especies de cantares, que en España estuvieron muy en moda y que fueron cultivados con extraordinario afan: el *zadschal* ó *himno sonoro*, y la *muvaschaja* ó *cantar del cinturon* (1). El signo característico que los distingue está en la forma. Consiste ésta en que la rima, ó combinacion de rimas, de la primera estrofa, es interrumpida por otras rimas; pero vuelve al fin de cada estrofa, haciendo así la terminacion del todo (2). Se dan tambien ejemplos en que falta la estrofa de introduccion, miéntras que la composicion conserva en lo restante la misma estructura, y todas las estrofas están ligadas entre sí por las mismas rimas finales (3). El órden y enlace de los pensamientos y la eleccion del metro quedan á gusto del poeta. Que el *zadschal* pertenece á la poesía del pueblo es cosa segura, porque los cantos de esta clase que se han conservado están escritos en dialecto vulgar, y por lo comun no guardan en la metrificacion las leyes de la cantidad, tan severamente observadas en la poesía culta ó erudita, ántes bien se guian por el acento. De la *muvaschaja* se puede afirmar lo mismo, en vista de lo que dice un escritor arábigo, de que para

(1) IBN JALDUN, *Prolegomena*, III, 390 y 404.—MAKKARI, II, 105 y 144.

(2) En esto convienen todas las poesías citadas por Makkar con dichos nombres. De las que trae Ibn Jaldun no en todas se reconoce el signo, porque no las incluye por completo.

(3) Así es la poesía inserta en el *Catalogus Codicum Orientalium Bibliothecæ Academiæ Lugduno-Batavæ*, II, 108.

semejantes poesías no hay lugar en libros de un mérito duradero (1). Se deduce tambien de esta sentencia que los escritores que juzgaron dignos algunos de estos cantos populares de que ellos los transcribiesen y conservasen en sus obras, escogieron precisamente aquellos que más se aproximan al carácter de la poesía erudita. Hacer una distincion entre estos dos géneros de composiciones es harto difícil, pues ambos tienen en toda su estructura gran semejanza entre sí (2).

La imitacion de la forma de estas composiciones poéticas, sólo es posible traduciendo muy libremente el texto. Con esta condicion, presento aquí los primeros ejemplos de un *zadschal* y de una *muvaschaja* en nuestra lengua (3).

(1) ABDUL WAHID, 63.

(2) Es patentemente erróneo lo que afirma Freitag (*Exposicion de la versificacion arábiga*), de que el signo característico del *zadschal* consiste en un antiguo metro arábigo, porque muchas de estas composiciones poéticas están libres por completo de las reglas de la métrica clásica.

(3) Yo tambien voy á dar por vez primera en nuestra lengua la traduccion de un *zadschal* y la de una *muvaschaja*; pero confieso que no comprendo el carácter propio de dichas composiciones, ni me satisface la explicacion del Sr. Schack. El carácter propio consiste, segun él, en la forma, y sin embargo, metro, número de versos de cada estrofa, combinacion de las rimas, todo es indiferente. No es una glosa, porque no hay verso que se repita; el estribillo ó tema puede haberle ó no. En suma, todo es igual, salvo que al fin de cada estrofa vuelve siempre el mismo consonante. Creo que esto no basta para formar un género ó dos géneros aparte. Quizás el Sr. Schack no ha logrado distinguir bien el carácter propio de estas composiciones, si es que en efecto le tienen. (*N. del T.*)



ZADSCHAL.

Cercada de guardadores
Y tímida y zahareña,
¿Dó hallarla, si me desdeña,
Huyendo de mis amores?

¿Acaso nunca entraré
Donde reposa mi amiga?
¿Cuándo será que consiga
Que una respuesta me dé?
En el corazon guardé
El amor que me maltrata;
Mas extraño que la ingrata,
Sin piedad de mis dolores,
En lid traidora me mata,
Huyendo de mis amores.

Deja, mi bien, el huir,
Y vén do amor te convida;
Vén á la márgen florida
Del claro Guadalquivir;
Vén conmigo á compartir
De amor el fruto y las flores,
Do en átomos voladores
Esparce el agua el molino;
Allí beberémos vino,
Allí aprenderás amores.

Y si otro sitio te agrada,
Vén donde gira la noria,
Donde Ruzafa su gloria
Despliega en régia morada.
Do no vienes, prenda amada,
Me quema el vino y hastía,
Esquivo la compañía
De los amigos mejores,
Y juzgo noche sombría
Del alba los resplandores.



Ten confianza en el cielo,
Valor y desenvoltura,
Y no te inspiren recelo
Mis caricias y ternura.
Di, ¿por qué inclinas al suelo,
Toda confusa, los ojos?
Sé propicia á mis amores,
Y con místicos fervores
Burla sospechas y enojos
De tus necios guardadores.

¿Llegó el alma á delirar
Con ensueños de esperanza?
¿El bien que anhela y no alcanza,
Al cabo podrá lograr?
No sé; mas siento un pesar
Enorme en el alma mia,
Que sólo vencer ansía
Tu desden y tus rigores,
Y que un imperio daria
Por conseguir tus amores.

MUVASCHAJA.

Los vasos circulan, la fiesta ha empezado;
No dejeis de darme del licor dorado.

Gocemos del claro vino
En el ameno banquete;
Chispeante y espumoso
En el hondo vaso hierve,
Y una tempestad de perlas
Y de topacios parece;
Como si en el seno del vino agitado
Las pléyadas mismas se hubiesen prensado.

Mil dulcísimos cantares
Hacen más vivo el deleite,
Y el ser la fiesta entre flores

Bajo la enramada verde,
Do las gotas de rocío
Entre las ramas se mecen.
Frescura el rocío difunde en el prado
Y exhalan las flores olor delicado.

Recorriendo los jardines
Linda moza se divierte;
Sobre su fresca mejilla
Posé mis labios ardientes,
Y dije: ¡ Bendito sea
El punto en que logro verte!
Ántes que la vida nos haya dejado,
Del goce apuremos el vaso encantado.

De otros ejemplos de esta clase hablarémos más tarde, cuando examinemos la poesía de los árabes en relacion con la poesía de los pueblos cristianos de Europa.

La *muvaschaja* fué inventada, en el siglo IX de nuestra era, por un poeta de la córte del emir Abdalah. De él la tomó Ibn-Abd-Rebbihi, el contemporáneo de Abdurrahman III (1). Posteriormente, en la primera mitad del siglo XII, se distinguieron en este género Ibn-Zohr é Ibn-Baki, muerto en 1145 (2). El *zadschal* empezó á usarse en tiempo de los almoravides (3). Con esto queda rebatida la opinion de que los árabes no hubiesen usado esta forma ántes de conocer los cantares españoles, y hasta de que no hubiesen poetizado en el dialecto vulgar y por semejante estilo. Dicha opinion

(1) IBN-JALDUN, *Prolegomena*, III, 390.
(2) ABULFEDA, III, 494, é IBN-CHALIKAN ART. IBN-ZOHR.
(3) IBN-JALDUN, III, 404.



descansaba en la errónea creencia de que pudiese existir un pueblo sin una poesía popular, la cual se ha descubierto siempre, así entre las tribus más rudas como entre las naciones de la más refinada civilizacion. La diferencia ha consistido sólo en la mayor perfeccion y difusion de esta poesía. Por lo tocante á la de los árabes españoles, sólo podrémos añadir algo á nuestras escasas noticias, citando várias composiciones del género del *zadschal*, porque si no se puede asegurar decididamente su procedencia española, todavía consienten que algo nos inclinemos en favor del país donde el género tuvo orígen. La primera de estas composiciones (1), de la que darémos pocos versos como muestra, describe el dia del juicio y sus horrores :

Al fin habrá de cumplirse
De Dios el alto mandato,
Y se quedarán vacíos
Las chozas y los palacios ;
Y será dada la órden
De exterminar lo creado,
Y dominará la muerte
Sobre ciudades y campos.
No habrá hombres ni habrá duendes,
Morirán fieras y pájaros,
Se oscurecerá la luna,
Y el sol perderá sus rayos (2).

(1) *Catal. Bibl. Lugd. Bat.*, ed. Dozy, II, páginas 101, 103, 105.— El autor de una de estas poesías dice que habita en las cercanías de Zefta. ¿Dónde está esta Zefta? Ibn-Jaldun (*Prolegomena*, I, 105) da noticia de un lugar de este nombre, en Egipto, no léjos del Cairo.

(2) Este asunto pavoroso, no sólo fué tratado en lengua

Otras dos poesías hemos de citar, que nos parecen más importantes, pues demuestran que habia cantores ó declamadores, semejantes á los juglares de la edad

arábiga por los moros españoles, sino tambien en lengua castellana aljamiada, esto es, mezclada con palabras arábigas y escrita con las letras arábigas. Parece que en la Biblioteca Nacional de Madrid, y en otros puntos, existen muchos manuscritos de esta clase. El distinguido orientalista D. Pascual de Gayángos es el primero que ha dado noticia de ellos. Valiéndonos de estas noticias, hablarémos, en su lugar, más extensamente sobre el particular. Baste decir ahora que uno de estos manuscritos, publicado ya en Inglaterra (Hertford, 1867), sin duda por el citado Sr. Gayángos, aunque no lo dice, contiene un poema entero, de cerca de 1,500 versos, sobre el mismo asunto del último dia. Lleva por título: *Istoria del espanto del dia del juicio, segun las aleyas y profecías del honrado Alcoran.* Se divide en dos cantos, y termina con una oracion á Mahoma.

Sería fatigoso para el lector trasladar aquí poema tan largo. Basten algunos versos para muestra:

Las fieras serán enfermas,
Sus bravos corajes mansos,
Y sin temor de las gentes
Se vendrán á los poblados.
Los peces, ya corrompidos,
Surtirán á lo secano,
Do inficionará á las gentes
Su olor corrompido y malo.
. . . .
Y de aquí en muy breve tiempo
Será del Señor mandado
Toque la espantosa trompa,
Tan fija y puesta en los labios
De aquel sin par Isaráfil,
Que desde que fué criado
La tiene puesta en la boca,
Para este efeto nombrado;
Pues en llegándole el punto,

media, los cuales recitaban versos por el estilo del *zadschal*, en un corro de gente del pueblo, que en torno suyo reunian. Algunas de estas composiciones no eran

Aunque alterado algun tanto,
Sacudiéndose sus alas,
Sonará el cuerno zumbando,
Que no quede en este suelo
Quien no muera de su espanto.
Aunque del primer zumbido
No se espantáran los sabios,
Los almuédanos y justos,
Que Dios quiso señalarlos
Sobre las demas criaturas
En dilatarles su plazo
Por espacio de tres dias.
Mas ántes que llegue el cuarto,
Sonará el soplo segundo,
Con tal vigor alentado,
Que no quede en cielo y tierra
Ángel vivo, ni hombre humano.

Sólo quedarán vivos (pues hasta los ángeles han de morir) los cuatro *almalaques* y los que llevan el *alarx* ó trono del Altísimo; esto es, los principales ángeles ó arcángeles.

En el canto II refiere el poeta que, á los cuarenta dias de estar todo muerto, mandará Dios una gran lluvia, que hará que todo renazca como la yerba, y que toda vida y toda carne resuciten:

El ángel de la bocina
Resucitará el primero;

la tocará, y entónces resucitarán los hombres, todos de la edad de Jesus, ó sea de 33 años, y de la estatura de Adan,

Que treinta codos tenia
Desde la planta al cabello.

Para que tanta multitud de muertos se congregue en un solo punto, donde ha de ser el juicio final, un grande fuego será encendido

meramente líricas. En una de ellas suplica el cantor á su noble y benévolo auditorio que le preste atento oido, pues va á referir una aventura amorosa. Luégo prosigue:

Una hermosa y noble dama,
Que solazándose iba,
Hallé un viérnes, en la calle,
De cuatro esclavas seguida.
Miróme, y quedó en sus ojos
De amor el alma cautiva.

En los contornos del mundo,
Y los irá reduciendo
Á una parte y sitio llano,
Criado en el mundo en medio.

Llenos los hombres de temor por el juicio que se prepara, acudirán sucesivamente á Adan, á Noé, á Abraham y á Moisés, para que los valgan; pero todos se declararán sin valimiento. Acudirán entónces á Jesus, exclamando:

Ruega ad Alah, santo Ise,
Que sin carnal instrumento
Fuiste engendrado y nacido,
Lleno de tantos misterios;
Ruega al Señor por nosotros, etc.

Jesus responde;

No es para mí esta empresa,
Ni tal suficiencia tengo;

y los envia á Mahoma, que, en efecto, es el grande intercesor en el dia del juicio. Despues se extiende el poema en la descripcion de las penas y recompensas, y termina, como hemos dicho, con la oracion á Mahoma.— Parece este poema escrito en el siglo XVII, por algun morisco ferviente, que deseaba excitar en sus correligionarios el celo y la fe, tan necesarios entónces para que no renegasen de su falso profeta. (*N. del T.*)



Á una esclava me dirijo;
La esclava dice con risa:
La Princesa, mi señora,
Del emir Yaban es hija.
Yo replico que el emir
Cuanto tiene me debia.
Luégo hablé de mis tesoros
Y riquezas infinitas,
De mis siervos y corceles,
De mis palacios y quintas.
La Princesa me escuchaba
Y de este modo decia:
Sujeto de tan buen talle
No puede decir mentira.
Alentado, le propuse
Ir á hacerle una visita;
Entre amorosa y turbada
Ella al fin lo concedia.
Muy pronto un alma y un cuerpo
Fuimos, y una sola vida;
Los besos que yo le daba
Con usura me volvia.
No bien cumplí mi deseo,
Y logré toda mi dicha,
Ver mis inmensos tesoros
La Princesa pretendia.
Yo respondí: Soy poeta,
Y tengo un alma tan rica,
Que al oro, de que carezco,
Aventaja mi poesía.
Aunque mis joyas y chales
Ni te adornen ni te vistan,
Mis versos harán famosa
Tu hermosura peregrina.

Terminada esta narracion, el poeta hace el elogio de Mahoma, declara su nombre y su patria, se jacta de áber compuesto muchas *kasidas* y muchos *zadscha-*



les, y concluye con estas palabras: «¡Oh pueblo de Zefta! cuando yo esté en el sepulcro, pide á Dios, siempre que te acuerdes de mí, que me perdone mis pecados.»

La otra poesía, como ya lo indica su título, es tambien una narracion, y trata igualmente de una visita nocturna á una hermosa. De un pasaje de esta composicion se puede inferir que el que la recitaba pedia dinero á sus oyentes.

En las poesías mencionadas, no sólo tenemos interesantes pruebas de que existia la poesía popular entre los árabes, sino tambien de que es equivocada la opinion de que entre los árabes no hubo más forma de poetizar que la lírica. Lo único, por consiguiente, que nos queda por dilucidar es hasta qué punto la poesía arábiga, singularmente la arábigo-hispana, contuvo en sí el elemento narrativo.

Como, segun Tácito, los cantos de los antiguos germanos eran sus únicos documentos de los casos pasados, así, segun Sojuti, los árabes anteriores al Islam no tenian más historia que sus breves poesías. «Cuando un beduino, dice, referia un suceso histórico á personas para quienes era nuevo, habia regularmente la exigencia de que recitase algunos versos que viniesen en apoyo del caso narrado» (1). La narracion en prosa, con poesías interpoladas, que daban autoridad y crédito á la narracion, miéntras que la narracion misma era como

(1) FRESNEL, *Première lettre*, pág. 2.

comentario y aclaracion de ellas, fué la más antigua forma de la tradicion, y áun la única, miéntras no vino la escritura á servir de medio para conservar la memoria de los sucesos. Hasta despues de haberse extendido el uso de la escritura duró este modo de tradicion oral. Versos de carácter lírico, improvisados en un instante dado, y explicando una determinada situacion, corrian de boca en boca, con una aclaracion en prosa sobre las circunstancias en que se compusieron, y una clase de hombres, que ya dijimos en otra parte que se llamaban *ruwah*, en singular *rawí*, esto es, narradores ó recitadores, se encargaban de difundir entre el pueblo, en esta mezcla de prosa y de poesía, los acontecimientos dignos de conmemoracion. Estos narradores eran famosos por su prodigiosa memoria, y afirmaban que no sólo recitaban fielmente los versos, sino tambien la narracion prosaica, que repetian palabra por palabra, conforme la habian aprendido de ancianos jeques, y éstos de otros más ancianos. Una gran cantidad de tales tradiciones sobre las batallas y aventuras de los árabes del desierto, fué reunida por un contemporáneo de Harum-ar-Raschid, y nos ha sido conservada por el andaluz Ibn-Abd-Rebbihi, poeta de la córte de Abdurrahman III.

Pero, si puede creerse que este ó aquel *rawí* fué bastante escrupuloso de conciencia para repetir los hechos sin la menor adicion y con las mismas palabras que sus antecesores, tambien es imposible pensar que sean cons-

tantes tales escrúpulos en todos ellos y á traves de tantas generaciones. No cabe duda en que muchos *rawíes* han de haber intentado referir los acontecimientos, no como realmente sucedieron, sino como debieron suceder, excitando así con más viveza el interes del auditorio. Semejante procedimiento ha ido creando por todas partes la epopeya, propiamente dicha, y es ménos de creer que faltase en el caso de que hablamos. En otros casos, la actividad del rapsoda sólo podia emplearse sobre un contenido, firmemente encerrado ya en el metro, el cual ayudaba tambien á la memoria, y sin embargo, esta actividad, cambiando la forma y la estructura, ponia mano en la poesía. Entre los árabes, por el contrario, siendo dificilísimo conservar la prosa en la memoria, era, no sólo más fácil, sino tambien más ventajoso para el narrador el enriquecer y adornar los hechos tradicionales con la propia fantasía, en vez de atenerse á recitar meramente lo aprendido. De esta suerte no podia dejar de ocurrir la transformacion de la historia en leyenda, y de que en efecto la hubo es claro testimonio y ejemplo, en la historia literaria de los árabes, el libro de los hechos de Antara. La gran coleccion de leyendas sobre dicho héroe y poeta tiene por esencial fundamento hechos históricos, conocidos y conservados en el libro de los cantares y en el comentario de las *mualakat*. El modo de narrar es el ya descrito: una noticia sobre las hazañas del héroe, con versos interpolados, que él pronunció en esta ó en estotra

circunstancia. Es de presumir que, en un principio, se conservaron fielmente las palabras del primer narrador; pero, miéntras que los versos, que se guardaban con facilidad en la memoria y que á causa de su forma artística no se podian cambiar sin trabajo, permanecieron en gran parte los mismos, la parte prosaica de la narracion hubo de sufrir notables mudanzas al ir pasando de boca en boca. No sólo tomó en muchos pasajes cierta estructura rítmica y se adornó con rimas, sino que recibió en su contenido multitud de adiciones y cambios. Los narradores procuraron prestar un nuevo encanto á lo ya conocido, y hacer más interesante el asunto, añadiendo con la propia inventiva aventuras por el órden de las primeras. Por último, aquel de quien este conjunto de tradiciones recibió la forma que tiene hoy, aquel que pasa comunmente por el autor de la obra, sólo puede colocarse al final de una serie de antecesores, cuyo trabajo, que habia durado siglos, él terminó y perfeccionó, reuniendo y ordenando con diestra mano los trozos esparcidos. Así, en la narracion de las hazañas de Antara, la historia, pasando de generacion en generacion, ha venido á convertirse en poesía, y la misma manera de nacer han tenido otros monumentos importantes de la poesía épica, áun cuando les haya faltado, para ser una epopeya en todo el sentido de la palabra, la unidad y el conjunto armonioso (1).

(1) Dozy, Introduccion á *Al-Bayan*, 9.

Tambien en España, durante los primeros siglos de la dominacion arábiga, apénas si la noticia de los sucesos se transmitia de otro modo que por los labios y los oidos del pueblo. La necesidad de escribir la historia casi no se hacia sentir cuando diariamente se contaba en los campamentos, en los palacios y en las plazas de las ciudades. Así es que más tarde apelaban los historiadores al testimonio de los narradores ó *rawíes*, al referir los sucesos de los primeros siglos despues de la conquista (1). Los guerreros sabian recitar versos y aventuras de los antiguos tiempos (2), y hasta los reyes eran encomiados porque guardaban en la memoria los versos y las hazañas de los árabes, así como los anales de los califas, y porque eran buenos recitadores de versos (3). El visir Muza, principal miembro de la sociedad que el emir Abdalah solia reunir en torno suyo para conversar discretamente, no sólo era famoso como improvisador y como poeta, sino tambien como buen narrador y muy versado en la historia de los Beni-Humeyas (4). En el palacio, en aquella especie de tertulias literarias, se recitaban poesías que narraban los combates de los antiguos árabes y otras historias guerreras, y que ensalzaban las gloriosas hazañas (5). Esto

(1) Así, por ejemplo, AL-BAYAN, II, 42, y en otros muchos pasajes.
(2) El mismo, I, 38.
(3) El mismo, II, 158.
(4) AL-HOLAT, 125.
(5) AL-HOLAT, 37.

recuerda un pasaje de Ciceron, idéntico casi, así en el sentido como en las expresiones, en el que se dice que era costumbre entre los antiguos romanos cantar en los festines las alabanzas de los ilustres varones (1). Así como de estas palabras se ha venido á deducir la existencia de cantares narrativos entre los romanos, podemos tambien nosotros sacar la consecuencia de que entre los árabes españoles habia tradiciones épicas. No se quebranta nunca la ley segun la cual la historia, cuando pasa oralmente de individuo á individuo y de lugar á lugar, se convierte en poesía. Y no es objecion que el tiempo de que aquí se habla era ya demasiado histórico para que en él se llegase á crear una tradicion épica. Aun durante las cruzadas, cuando en el ejército de los cruzados mismos habia cronistas, han empezado á formarse semejantes tradiciones. Desde que se hizo el importante descubrimiento de que la historia de los primeros tiempos de Roma, escrita por Tito Livio, no sólo se funda en una poesía heroica ya perdida, sino de que ademas esta poesía ha entrado en parte en la historia mencionada, se ha observado tan á menudo el mismo fenómeno en tantas supuestas obras históricas de los más diversos pueblos, que un nuevo caso de lo mismo no debe ya maravillar á nadie. La primitiva *Historia de Armenia*, por Moisés de Chorene, está ya demostrado hasta la evidencia que se funda sobre an-

(1) *Tusc. Quaest.*, IV, 2.

tiguos cantares. Los *sagas* escandinavos, tomados de los propios labios de los *scaldas*, constituyen la mayor parte del asunto que Saxo Grammatico ha tratado en prosa latina. De góticas poesías heroicas nace la obra de Jornandes, y longobárdicos cantares, aunque con diversas palabras, ha entretejido Paulo Diácono para formar la suya. Una multitud de romances, que desaparecieron ya, se han conservado, al ménos en los contornos, en la *Crónica general* de D. Alfonso X. Nadie duda ya de que Gottfried de Monmouth, en su *Historia de los reyes bretones*, ha intercalado cantares gaélicos del ciclo épico del gran rey Arturo. Y no es maravilla que antiguos historiadores procediesen así; pero ¿hasta qué extremo llegaria esta transformacion de la poesía en historia, cuando todavía historiadores de estos últimos siglos han seguido involuntariamente las huellas de Turpin, el cual compuso su historia de Carlo Magno y de Roldan con poesías románicas, traducidas en prosa latina? Esto ha sucedido, sin embargo: Mariana cuenta de buena fe una historia de las bodas de los Condes de Carrion con las hijas del Cid, que lleva tan claramente el sello de la poesía popular como cualquiera otra de la *Crónica general.* Mariana siguió en esto á un cronista; pero el cronista habia, sin duda, tomado por garante á un compositor de romances. Por último, Hume ha introducido en su *Historia de Inglaterra* dos narraciones sobre los amores de Edgardo, sacadas de Guillermo de Malmesbury, el cual, á su



vez, las habia compuesto siguiendo unas antiguas baladas.

Si abrimos ahora los libros arábigos que tratan la antigua historia de Andalucía, reconocerémos al punto que hay mucho de fabuloso y poético en las noticias allí contenidas. Sirva de ejemplo lo siguiente : Ibn-al-Kotiya, que casi exclusivamente ha bebido en la tradicion oral (1), refiere cómo Muza, el conquistador de España, volvió en triunfo á Siria. Iban en su séquito cuatrocientos hijos de príncipes godos, adornados con coronas y cinturones de oro. Cuando ya se acercaba á Damasco, supo que el califa Al-Welid estaba enfermo de muerte, y recibió una embajada de Suleiman, el inmediato sucesor al trono, exigiéndole que dilatase su llegada, á fin de que el nuevo califa pudiese solemnizar el principio de su reinado con la entrada del conquistador de España. Muza, no obstante, contestó al mensajero : « Mi deber me ordena ir adelante sin detenerme. Si el destino llama á mi bienhechor á otra vida áun ántes de mi llegada, suceda lo que está escrito. » Muza, en efecto, prosiguió su viaje é hizo aún su entrada en Damasco ántes de la muerte del anciano califa. El enojo de Suleiman le amenazó desde entónces. Apénas Suleiman subió al trono, cargó de cadenas á Muza, extendió su venganza sobre su hijo Abd-ul-Aziz, y envió mensajeros á Andalucía para que le trajesen su cabeza.

(1) Dozy, Introduccion á *Al-Bayan*, 30.

Abd-ul-Aziz, casado con la viuda del último rey godo, residia en Sevilla como gobernador, y recibió á los enviados sin el menor recelo. La mañana despues de su llegada fué á hacer su oracion á la mezquita, y estaba leyendo en el *mihrab* la *sura* (1) *de la apertura* cuando los que le cercaban desnudaron de pronto los alfanges y le cortaron la cabeza, la cual fué enviada á Damasco al califa. Éste tuvo la crueldad de hacer venir al padre del asesinado y de presentarle en un plato la cabeza de su hijo. Al verla prorumpió el infeliz anciano en estas palabras: «Por Alah, tú le has asesinado miéntras hacia su oracion como un buen muslim; pero tú mismo, Suleiman, no tendrás otra suerte, durante tu reinado, que la que has hecho sufrir á Muza (2).

(1) El *mihrab* era, como la *apsida* en las basílicas cristianas, el lugar más venerado y santo del templo. *Sura* equivale á capítulo. Parece que la *sura de la apertura* debe ser el primer capítulo del *Coran*, llamado *fatihat al kitab*, el que abre el libro. Los musulmanes leen este capítulo más á menudo que los otros, y hacen de él una oracion, que suponen llena de maravillosa eficacia. (*N. del T.*)

(2) IBN-AL-KOTIYA, en el *Journ. asiat.*, 1856, II, 438. Esta crónica de Ibn-al-Kotiya, parece que va á publicarse muy en breve, traducida al castellano por el Sr. Gayángos. Formará parte de la *Coleccion de obras arábigas* que ha empezado á publicar la Real Academia de la Historia. El primer tomo de la *Coleccion*, único publicado hasta ahora, contiene el *Ajbar Machmua ó Coleccion de tradiciones*, libro traducido por el malogrado, laborioso é inteligente orientalista D. Emilio Lafuente Alcántara. El *Ajbar Machmua*, así en el texto traducido, donde no se cita un solo historiador, sino el dicho tradicional



Otro ejemplo es éste: En Córdoba se habia encendido una rebelion espantosa. Multitud de pueblo, ardiendo en ira, recorria la ciudad, y se dirigia de todas partes contra el alcázar para entrar en él por asalto. El rey Al-Haken veia desde la azotea las turbas que se agitaban en siempre creciente número, y oia sus amenazas y feroces gritos, que se mezclaban con el resonar de las armas. Entónces llamó á su paje Jacinto y le mandó que le trajese un pomo de bálsamo. Jacinto creyó que habia entendido mal la órden, y vacilaba ántes de cumplirla. Al-Haken exclamó, impaciente: «Vé, hijo de un incircunciso, y tráeme pronto lo que deseo.» El esclavo se dió priesa, y al volver con el pomo, el Rey se ungió con el bálsamo las barbas y el cabello. Mara-

del pueblo, como en las notas con que el Sr. Lafuente Alcántara le ilustra, corrobora las ideas emitidas aquí por el señor Schack sobre la historia y la poesía épica ó narrativa de los árabes. Indudablemente todos los casos novelescos y todas las circunstancias que hubo en la conquista de España por los árabes, andaban entre ellos en boca del vulgo, de donde los tomaron los más antiguos historiadores arábigos, de los cuales, á su vez, si es que asimismo no bebieron inmediatamente de la tradicion, los tomaron los más antiguos cronistas cristianos. Los amores de D. Rodrigo y de la Cava, la traicion de D. Julian y de los hijos de Witiza, la desaparicion del último rey godo despues de la batalla del Guadalete, etc., etc., todo viene confirmado en la *Coleccion de tradiciones*, y en otras, ó más bien dicho, en casi todas las primeras crónicas arábigas. Ibn-al-Kotiya se jactaba él mismo de ser descendiente del rey Witiza, por Sara, hija de un hijo de dicho rey, que casó con Omair-ben Zaide, así como Abd-ul-Aziz casó con Egilona, la viuda de D. Rodrigo. (*N. del T.*)

villado el paje, se atrevió á preguntar: «Señor, ¿es éste tiempo á propósito para aromas? ¿No ves el peligro en que estamos?—Calla, miserable, replicó Al-Haken; ¿cómo podrán aquellos en cuyas manos caiga, distinguir de las demas la cabeza de Al-Haken, cuando la encuentren separada del tronco y no ungida?» Dicho esto, se vistió el arnés, repartió armas entre los suyos y se lanzó en la pelea (1).

Es tan innegable el carácter poético-popular de estos fragmentos, que parecen romances desligados é interpolados en la prosa. Tampoco faltan prodigios. Cuando Taric se dió á la vela, en la costa de Africa, para la conquista de España, vió en sueños al Profeta, rodeado de sus primeros prosélitos: todos llevaban espadas en las manos y arcos en la espalda, y Mahoma caminaba delante del bajel, hácia la orilla española, y decia á Taric: «Vé á tu destino.» Despues de sus conquistas en el norte de España, vió Muza un ídolo, en cuyo pecho estaban escritas estas palabras: «¡Oh hijos de Ismael! hasta aquí habeis llegado con buen éxito; pero, si quereis saber de la vuelta, os diré que habrá entre vosotros discordias y combates, y que los unos á los otros os cortaréis la cabeza» (2).

(1) AL-HOLAT, 40.

(2) AL-BAYAN, II, 18. Dejo de citar otras muchas historias maravillosas sobre la conquista de España, porque son de origen oriental, segun Dozy; pero, como se hallan en los escrito-



Sobre las aventuras de Abdurrahman I, y sobre la fundacion del imperio omiada en Córdoba, se conservan los restos de una grande epopeya tradicional, esparcidos en diversos historiadores. Citarémos lo más sustancial (1). En tiempo en que los Abasidas ejercian una sangrienta persecucion sobre la derribada dinastía y familia de los Beni-Humeyas, el jóven Abdurrahman estuvo á punto de asistir al traidor convite del gobernador de Damasco, donde le aguardaba el mismo fin que en él hallaron los otros Omiadas. En el camino se encontró con un hombre que le debia muchos favores. Éste se llegó á él, dando muestras de la más viva emocion, y le dijo: «Atras, atras; huye hácia el Occidente, donde un reino te espera; todo esto es traicion de Abul-Abbas, que desea librarse de los Omiadas con un solo golpe.» Abdurrahman contestó: «¿Cómo puede ser eso, cuando el gobernador ha recibido órden de convidarnos, de restituirnos nuestros bienes, y áun de hacernos ricos presentes! —No te dejes alucinar por ta-

res arábigo-españoles, áun en los más antiguos, se debe creer que tambien en Andalucía andaban en boca del pueblo.

(1) En el *Ajbar Machmua, Coleccion de tradiciones*, traduccion del Sr. Lafuente Alcántara, se pone parte de esta historia, sobre todo la fuga de Abdurrahman de Siria, en boca del mismo príncipe fugitivo. El historiador anónimo dice: «Uno que le habia oido referir varios pormenores del principio de su fuga me ha contado que decia lo siguiente.» Y en efecto, pone despues la narracion en primera persona, como si el mismo Abdurrahman hablára. (*N. del T.*)

les ofrecimientos, replicó el hombre; porque, créeme, los Abasidas no se juzgarán nunca seguros en el poder miéntras los Omiadas tengan abiertos los ojos. — Si yo sigo tus consejos, preguntó Abdurrahman, ¿qué habrá de sucederme?» El de los avisos contestó: «Desnuda tus espaldas y déjame ver tus hombros; porque, si no me equivoco, tú eres el hombre á quien el destino promete el imperio de Andalucía.» Abdurrahman desnudó sus hombros, y el hombre vió en uno de ellos el lunar negro que habia visto mencionado en el libro de las profecías. Entónces repitió las palabras: «Atras, atras; huye hácia el Occidente»; y añadió: «Yo te acompañaré una parte del camino y te daré veinte mil dineros. No bien los recibas debes partir.» Abdurrahman preguntó quién le daba aquella suma, y exclamó maravillado, cuando supo que su tio Maslama: «¡Por Alah, hombre, tú dices la verdad! Ahora recuerdo que cuando yo era niño todavía, mi tio Maslama, en cuya casa me crié desde la muerte de mi padre, descubrió un dia sobre mi hombro el lunar de que hablas, y al verle prorumpió en llanto. Mi abuelo el califa Hischam, que estaba allí, preguntó á mi tio la causa de su repentina emocion, y Maslama dijo: «¡Oh príncipe de los creyentes! este niño huérfano ha de sobrevivir á la caida de nuestro imperio en Oriente y ha de ser rey en Occidente!» Mi abuelo preguntó de nuevo que cuál era el motivo del llanto en lo que acababa de decir, y mi tio replicó: «Yo no lloro por él; lo que me arranca lá-



grimas es la suerte de las mujeres y de los niños de la estirpe omiada, cuyos collares de plata y de oro han de convertirse en cadenas de hierro, y cuyos dulces aromas y olorosos ungüentos han de convertirse en hediondez y podredumbre. ¡ Pero Dios está sobre todo ! A la prosperidad y á la gloria siguen la decadencia y el infortunio.»

En virtud de estos avisos, Abdurrahman se abstuvo de ir al convite. Pronto recibió la nueva del asesinato de los Omiadas, del cual pocos de sus parientes lograron salvarse. Los esbirros de los Abasidas le buscaron luégo; hallaron á su hermano Yahya y le dieron muerte. Abdurrahman huyó con uno de sus más cercanos parientes, durante la oscuridad de la noche, hasta que llegó á una aldea, oculta entre árboles y cañaverales, á orillas del Eufrates. Allí esperó esconderse y aguardar una ocasion favorable para fugarse á África. Estando así escondido y descansando en un cuarto oscuro, porque estaba enfermo de los ojos, vió que su hijo Suleiman, que sólo contaba cuatro años y que estaba jugando á la puerta de la casa, entró de pronto en la habitacion y se echó en sus brazos como si buscase un asilo. Como el príncipe no comprendia lo que aquello podia significar, rechazó al niño; pero éste se asió á él más fuertemente aún, y con gestos de violenta angustia empezó á lamentarse. Abdurrahman salió entónces de la estancia para averiguar la causa de aquel espanto, y vió los negros estandartes de los Abasidas, que ondeaban

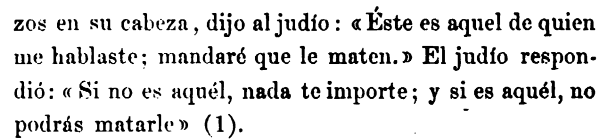
al viento muy cerca ya de la aldea. Apresuradamente tomó consigo algun dinero y emprendió la fuga con su hermano menor, dejando á su hijo pequeño bajo la custodia de sus hermanas. A éstas y á su liberto Bedr los informó del camino que emprendia, y les indicó un lugar donde volverian á encontrarse. Así pudo escapar de sus perseguidores, y vino á ocultarse de nuevo, con su hermano, á corta distancia de la aldea. La casa, no bien ellos la dejaron, fué circundada por una tropa de gente de á caballo y registrada escrupulosamente. Entre tanto llegó Bedr donde estaban los fugitivos; pero miéntras éstos enviaron al dicho Bedr y á otras personas de confianza á comprar caballos y otras cosas conducentes á continuar la fuga, un esclavo traidor descubrió á los enemigos el sitio en que se escondian. Otra vez oyeron á poco el estruendo de los jinetes que se aproximaban, y huyeron precipitadamente hácia el Eufrates. Antes de que los de á caballo llegasen á la orilla, la alcanzaron ellos y se echaron al agua para pasar el rio á nado. Los perseguidores, habiendo tocado la orilla poco despues, les gritaban: «Volved; no os harémos ningun daño.» Abdurrahman no se fió de aquellas traidoras palabras y siguió nadando sin cesar. Cuando estuvo en medio del rio, vió que su hermano, no tan buen nadador como él y desconfiado de sus fuerzas, retrocedia para volver á la orilla de que habia partido. Abdurrahman procuró animarle para que siguiese, pero el temor de morir ahogado, y las mentidas promesas que le hacian;



los jinetes de que respetarian su vida, le decidieron á volver, falto de aliento. Abdurrahman le gritaba: «¡Adelante, hermano, á mí, á mí!»; pero en balde. Abdurraman llegó solo á la opuesta márgen del Eufrates. Uno de los de á caballo pareció inclinarse por breves instantes á lanzarse en el rio y nadar detras de él, pero sus camaradas le disuadieron, y cesó la persecucion. Apénas Abdurrahman puso pié en tierra, buscó con los ojos á su hermano, y le vió con angustia entre las manos de los soldados, los cuales, sin tener compasion de aquel mancebo de trece años, que se les habia entregado bajo la fe de su palabra, le degollaron, y partieron, llevando en triunfo su cabeza.

Despues de este horrible momento, el príncipe continuó sin descanso su fuga, hasta que logró internarse y esconderse en un espeso bosque. Cuando se creyó más seguro de ulteriores persecuciones, salió del escondite y prosiguió su viaje hácia el Occidente.

Poco despues aparece Abdurrahman en Palestina, donde vuelve á encontrar á su fiel Bedr; más tarde le vemos buscar un asilo en África. Un judío, que habia estado primero al servicio del tio de Abdurrahman, habia profetizado al gobernador de aquella provincia que un koraischita de la familia de los Beni-Humeyas, á quien era fácil reconocer por dos rizos én la frente, y que se llamaba Abdurrahman, habia de apoderarse del imperio en Andalucía. Ocurrió que el gobernador vió por acaso al príncipe, y habiendo observado los dos ri-



zos en su cabeza, dijo al judío: «Éste es aquel de quien me hablaste; mandaré que le maten.» El judío respondió: «Si no es aquél, nada te importe; y si es aquél, no podrás matarle» (1).

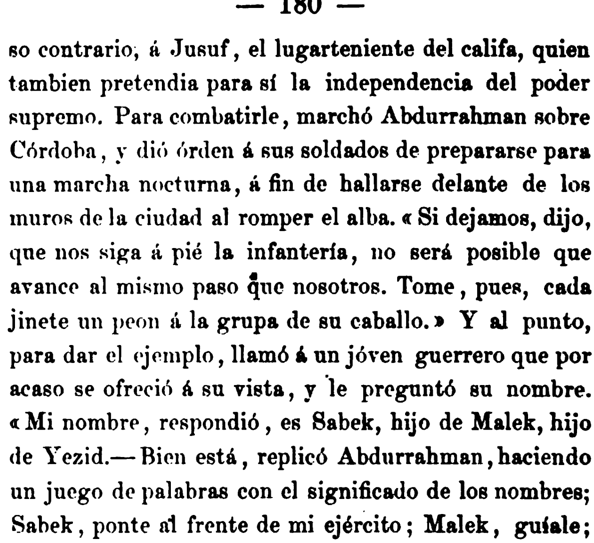
Abdurrahman prosiguió su fuga, y acordándose de la primera prediccion, trató de ir hácia Andalucía. Errante de lugar en lugar, y de una tribu de beduinos en otra tribu, corrió mil aventuras y se expuso á mil peligros entre los bárbaros habitantes del norte de África. Durante algun tiempo le tuvieron oculto los parientes de su madre. Tambien un caudillo bereber le hospedó amistosamente en Maghila. Cierto dia, hallándose en la tienda del mencionado caudillo, aparecieron los espías del gobernador, que le perseguia siempre, y registraron, buscándole, todos los rincones; pero la mujer del caudillo le escondió bajo sus ropas y así le salvó de sus perseguidores. Abdurrahman no olvidó en toda su vida aquel servicio; y cuando fué soberano de Andalucía, convidó al caudillo y á su mujer á que fuesen á Córdoba, los recibió entre las personas que le eran más familiares, y los colmó de honores y distinciones.

En España, destrozada por las guerras de los diferentes generales, siempre enemigos, se habia formado

(1) El *Ajbar Machmua* añade que el gobernador tuvo la candidez de dejarse crecer los dos rizos, á ver si le tocaba así la profecía; pero que el judío le dijo: «Tú no eres de estirpe de reyes.» (*N. del T.*)



una parcialidad, que abrigaba la idea de que solo un jefe independiente de los califas orientales podia curar las heridas que los golpes de la guerra civil habian abierto en la ensangrentada patria. Cuando Abdurrahman oyó hablar de este partido, compuesto en gran parte de partidarios de los Omiadas, se despertaron con brío sus antiguas esperanzas y planes, alimentados con predicciones; y su fiel Bedr, comisionado por él, desembarcó en las playas andaluzas para preparar la realizacion de dichos planes. Los parciales de los Beni-Humeyas recibieron bien al embajador, y luégo le enviaron de nuevo á África, en compañía de dos de los suyos, para que invitase al fugitivo á pasar á la península. Abdurrahman siguió la voz que le llamaba, atravesó el estrecho, pisó el suelo español, y pronto se vió rodeado de un numeroso ejército, que de dia en dia, conforme avanzaba en su marcha, se iba engrosando. En Archidona, el emir del distrito le condujo á la mezquita el dia en que termina el ayuno, y no bien el iman subió al mimbar, le dijo de repente con voz sonora: «Anuncia la destitucion de Jusuf, y di la oracion en nombre de Abdurrahman, hijo de Moawia, porque él es nuestro soberano y el hijo de nuestro soberano.» Volviendo luégo á la gente allí congregada, le preguntó su opinion, y en seguida le respondieron: «Nuestra opinion es la tuya.» Poco tiempo despues ya habia Abdurrahman sujetado á su dominio todo el occidente de Andalucía, é hizo su entrada en Sevilla. Aun tenía en contra, como podero-



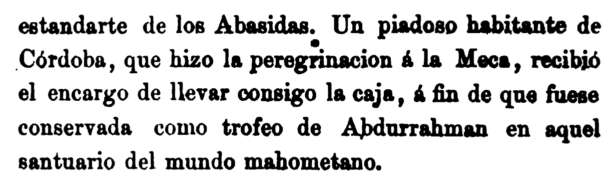
so contrario, á Jusuf, el lugarteniente del califa, quien tambien pretendia para sí la independencia del poder supremo. Para combatirle, marchó Abdurrahman sobre Córdoba, y dió órden á sus soldados de prepararse para una marcha nocturna, á fin de hallarse delante de los muros de la ciudad al romper el alba. «Si dejamos, dijo, que nos siga á pié la infantería, no será posible que avance al mismo paso que nosotros. Tome, pues, cada jinete un peon á la grupa de su caballo.» Y al punto, para dar el ejemplo, llamó á un jóven guerrero que por acaso se ofreció á su vista, y le preguntó su nombre. «Mi nombre, respondió, es Sabek, hijo de Malek, hijo de Yezid.— Bien está, replicó Abdurrahman, haciendo un juego de palabras con el significado de los nombres; Sabek, ponte al frente de mi ejército; Malek, guíale; Yezid, cumple nuestros deseos. Dame la mano y salta en las ancas de mi caballo.» La descendencia de este mancebo conservó como recuerdo los nombres de Benu Sabek ir Redif; esto es, hijo de Sabek, el que iba en la grupa.

El ejército marchó con gran priesa durante la noche, y se halló al amanecer á orillas del Guadalquivir, enfrente de Córdoba. Difícil era vadear el rio, que entónces no tenía puente; pero un soldado se echó resueltamente al agua, y siguiendo su ejemplo, se aventuraron todos los demas; de suerte que en breves instantes habia pasado á la otra orilla todo el ejército, caballeros y peones.



Un combate de pocas horas aniquiló el partido de Jusuf. Éste emprendió la fuga, y Abdurrahman entró como vencedor en Córdoba, donde en la solemne oracion del viérnes asistió á la mezquita, y prometió con juramento velar por el bien de sus súbditos.

Aun tuvo que luchar el jóven príncipe omiada con otro peligroso competidor. El califa Almansur envió á Al-Alá, empleado en la España occidental, un diploma dándole la lugartenencia de Andalucía, con la condicion de que destruyese el poder del nuevo dominador. Al-Alá acudió al punto á las armas, y reunió un numeroso ejército bajo sus banderas. Abdurrahman salió contra él con un corto número de sus leales, y se fortificó en Carmona, bajo cuyos muros acampaba el enemigo. Dos meses habia ya pasado Abdurrahman en aquel encierro, cuando el desórden que notó en el ejército contrario le animó á hacer una sálida, á pesar de la enorme inferioridad de sus fuerzas. Hizo encender una hoguera en la puerta de Sevilla y ordenó á sus compañeros de armas que arrojasen en ella las vainas de sus alfanjes. Luégo todos ellos, y Abdurrahman á la cabeza, salieron de la fortaleza con los alfanjes desnudos, y aunque sólo eran setecientos, pusieron en fuga á los sitiadores. La cabeza de Al-Alá, á quien encontraron muerto sobre el campo de batalla, fué separada del tronco por mandato del vencedor, embalsamada con alcanfor, y colocada en la misma caja en que Al-Alá habia recibido el diploma de lugarteniente y el



estandarte de los Abasidas. Un piadoso habitante de Córdoba, que hizo la peregrinacion á la Meca, recibió el encargo de llevar consigo la caja, á fin de que fuese conservada como trofeo de Abdurrahman en aquel santuario del mundo mahometano.

Ocurrió que en la misma época el califa Almansur tambien cumplia el deber de todo creyente, de visitar el templo de la Caaba, y que vió la caja que contenia la cabeza. Á su vista se conmovió profundamente, y dijo: «¡ Desgraciado! Le hemos condenado á muerte sin pensar! ¡ Alabado sea Alá, que me separa por medio de los anchos mares de un contrario como Abdurrahman! » (1).

Inmediatamente comprenderá cualquiera que estas noticias de las maravillosas aventuras de Abdurrahman no contienen una historia en el más severo sentido, sino que los acontecimientos reales están ya algo transformados y propenden á cambiarse en leyenda al pasar por el espíritu y la boca del pueblo. Áun prescindiendo de pormenores aislados, que llevan el sello evidente de su origen poético-popular, hasta el conjunto tiene en sí un carácter que manifiesta la tradicion poética, y que, á pesar de su fundamento histórico, que sin duda existe, se diferencia esencialmente de la historia. No por eso se afirma aquí que los árabes españoles hayan poseido

(1) El Conde de Noroña escribió sobre las aventuras de Abdurrahman un poema épico, en verso libre, titulado *Omniada*. Este poema, de escaso mérito, se imprimió en 1816. (*N. del T.*)



una verdadera poesía heroico-épica. Es de creer que la leyenda heroica solo tomó la forma de narracion en prosa ó de la ya mencionada mezcla de prosa y verso, que desde antiguo era propia de los árabes, y en la cual áun se nos muestra la historia de Antar. No es, sin embargo, infundada la conjetura de que fueron celebrados en cantares muchos memorables acontecimientos y hazañas. El tono fundamental de estos cantares habrá sido lírico sin duda, pero en la intercalacion de la parte narrativa deben de haber traspasado los límites del lirismo puro. Algunas veces, como pronto harémos ver, falla la regla de que la poesía erudita de los árabes españoles haya sido siempre extraña á la narrativa, y en lo tocante á la poesía popular, es inconcebible que precisamente desechase lo que está más cerca de ella, y que los cantores públicos, que sin duda hubo, no se hubiesen nunca apoderado de las historias y tradiciones (1).

(1) El descubrimiento de toda una literatura aljamiada, esto es, escrita en castellano con letras y con muchas voces arábigas por los moriscos, descubrimiento que principalmente se debe al Sr. Gayángos, confirma esta conjetura de Schack y la convierte en verdad demostrada. La poesía aljamiada de los moriscos es popular y á menudo narrativa, y no se puede decir que los moriscos imitaron estas formas de la poesía cristiano-española, porque, al contrario, sus poemas están imitados ó traducidos del arábigo. El *poema de José el patriarca*, publicado por Ticknor, cuenta las aventuras de aquel hijo de Jacob en Egipto, los amores de Zaleja, que así llama á la mujer de Putifar, etc., etc. Este poema parece escrito á fines del siglo XIV, y evidentemente tiene todo el carácter de una imitacion ó traduccion de otro poema arábigo. Hay pasajes en este



La desaparicion de estos cantos populares, que jamas se escribieron, no nos debe maravillar; mayor maravilla hubiera sido que se hubiesen conservado, á pesar de

poema que denotan que fué escrito para recitado en público. — El Sr. Müller, orientalista aleman, ha publicado tambien otras tres largas composiciones poéticas aljamiadas, en las cuales se declara terminantemente que son traducidas. Una de estas composiciones se titula *Almadha de alabança al annabi Mohammad, que fué sacada de arabí en ajamí porque fuese más placiente de la leer y escoitar en aquesta tierra.* Contiene esta composicion ochenta y una estrofas de á cuatro versos, donde se refieren casi todos los grandes hechos, milagros, excelencias y virtudes del falso profeta. Todas las estrofas terminan con la palabra Mohammad; v. g.:

De su olor fué el almiçque de grada,
Relumbró la luna aclarada
E nació la rosa honrada
De la sudor de Mohammad.
De que empeçó su venida
La tierra estaba escurecida.
E luégo fué esclarecida
Y clareó con la luz de Mohammad.

Algunas estrofas contienen casi tantas palabras arábigas como castellanas; así las siguientes:

Saldrá con albiçra y ridwan,
Con alhurras y wildan,
Con platales de 'araihan,
Al recibimiento de Mohammad.
Los almimbares de las alnabíes,
E los alcorcíes de los alwalíes,
E las sillas de los taquíes
Cerca 'l almimbar de Mohammad.

Por las notas del Sr. Müller sabemos que *alcorcí* es trono; *alwalí*, santo; *taquí*, temeroso de Dios; *wildan*, mancebo del paraíso ó copero de los bienaventurados, etc.

En este poema se cuentan circunstancias extraordinarias



la suerte que tuvieron los árabes españoles. ¿Dónde están hoy los cantos épicos de los longobardos, de cuya primera existencia nos persuade Paula Diácono? ¿Dón-

y curiosas sobre el nacimiento de Mahoma. Desde luégo es de notar que, ántes de toda cosa, creó Dios

Una pella de luz muy fermosa
Para 'l engendramiento de Mohammad.
Esta luz corrió por los alnabíes,
De lomo en lomo en los walíes,
Fembras y barones de los taquíes
Fasta que quedaron en Mohammad.

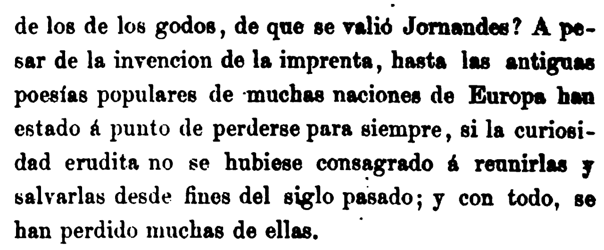
Parece tambien que el alma de Mahoma fué creada catorce mil años ántes que la de Adam, y desde luégo fué asiento de ra *annubuwa* ó virtud profética. Cuando Mahoma nació, vinielon á visitarle los almalaques ó ángeles y ciento veinte y cuatro mil alnabíes ó profetas; cayeron los ídolos, se hundieron los retablos, los demonios se apedrearon unos á otros, y hasta el mismo Isrefil, el ángel de la trompeta, que está inmovil aguardando siempre que Dios dé la señal para tocar la última hora, vino por órden de Alá á hablar con Mahoma. Entre las singularidades con que nació, se puede deducir de los versos que nació ya con la circuncision hecha y

Con el ombligo taxado.

para que nadie tuviese que herirle.

Los otros dos poemas aljamiados, que publica Müller, no son, ni con mucho, tan divertidos é importantes.

Gayángos, en el prólogo á las *Leyes de moros* (*Memorial histórico español*, tomo V), habla de otros poemas aljamiados, los cuales, dice, « constituyen por sí sólos una literatura nueva y galana, muy digna de la atencion de los eruditos. » Cuenta el Sr. Gayángos como uno de los más egregios y fecundos de los poetas moriscos á Mohammad Rabadan, natural de Rueda, en Aragon, de quien hay una serie de poemas : uno de ellos *sobre los atributos de Dios ;* otro, publicado ya por el Sr. Gayángos en un apéndice á la traduccion de Ticknor, lleva por título



de los de los godos, de que se valió Jornandes? A pesar de la invencion de la imprenta, hasta las antiguas poesías populares de muchas naciones de Europa han estado á punto de perderse para siempre, si la curiosidad erudita no se hubiese consagrado á reunirlas y salvarlas desde fines del siglo pasado; y con todo, se han perdido muchas de ellas.

Tal, con notable extension, ha sido el caso en Portugal. Casi nadie sospechaba que este país, así como España, poseia romances caballerescos; los más habian caido en olvido, cuando, pocos años há, un hombre de mérito, el señor Almeida Garrett, reunió los que quedaban, cuya hermosura hace que lamentemos doblemente la pérdida de los otros (1). Del mismo modo han

Discurso de la luz y linage claro de nuestro caudillo y bien aventurado anavi Muhamad, compuesto y acopilado por el siervo y más necesitado de su perdonanza, Muhamad Rabadan, aragones, natural de Rueda, etc. Parece que le escribió Muhamad á principios del siglo XVII, y fué de los moriscos expulsados. (*N. del T.*)

(1) Más bien puede decirse esto de los romances catalanes, de los cuales el Sr. Milá y Fontanals ha publicado ya una pequeña coleccion, miéntras los eruditos aguardan con ánsia la del Sr. D. Mariano Aguiló, que, segun se asegura, es riquísima. Los portugueses, publicados por Almeida Garrett, están casi todos refundidos por él, y no pocos son enteramente de su propia invencion, y hasta imitados de literaturas extranjeras, como, por ejemplo, *O Anjo e a Princeza*, que, segun confiesa el mismo Almeida Garrett, está inspirado por *The loves of the Angels*, de Tomas Moore; y áun por *La chute d'un Ange*, de Lamartine.

Aun los romances que Garrett publica con más carácter po-

desaparecido en gran parte las narraciones de los provenzales, y sólo de las imitaciones de los franceses del Norte se infiere que las hubo.

Viene en apoyo de nuestras conjeturas lo que el general Daumas, uno de los más distinguidos conocedores de la moderna Argelia y de sus habitantes, dice sobre los cantares que allí corren entre el vulgo. Para que el peso de este testimonio sea valedero en la cuestion presente, se ha de considerar que, no sólo las tribus árabes del África del Norte pertenecen á la misma gran familia que las que habitaban entónces en España, sino que tambien entre Andalucía y África hubo, durante la dominacion mahometana, el comercio más activo. Toda la extension de tierra del otro lado del estrecho de Gibraltar se surtió de instrumentos músicos que iban de España (1), y áun en el dia de hoy son muchos de los más usuales, como laud, rabel, gaita y adufe, los mismos que los españoles, hasta con los nombres, tomaron en otro tiempo de sus compatriotas muslimes (2). Cuando las armas cristianas se volvieron á enseñorear poco á poco de la Península, el África del Norte fué el asilo adonde los árabes vencidos se refugiaron con los restos de su cultura (3); y, por últi-

pular, antiguo y castizo, están tomados ó sacados, esto es, son refundiciones; así, por ejemplo, *Bernal-Francés*, *Noche de San Juan* y *El Chapin del Rey*. (*N. del T.*)

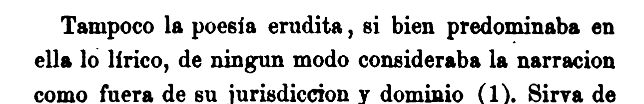
(1) MAKKARI, II, 144.

(2) HOST, *Noticias de Marruecos*, 291.

(3) MAKKARI, II, 105.

mo, despues de la caida del postrer trono mahometano, la poblacion del reino de Granada emigró en gran parte á la Argelia (1); de modo que se puede afirmar que circula sangre española en las venas de los actuales argelinos. Como éstos muestran notable prediieccion por los cantares lírico-épicos, es de presumir que sus antepasados de Andalucía sintiesen la misma prediieccion. El general Daumas dice: «La historia vive para el pueblo árabe casi exclusivamente en las narraciones y cantos populares, prestando en ellos su espíritu entusiasta duracion á los sucesos, en los que cree ver el dedo de Dios. Sus libros mismos son leyendas escritas, y de todo esto, así como de los recuerdos de los ancianos, pueden la política y la erudicion sacar una interminable multitud de noticias, hechos y estudios de costumbres. Desde que entramos en Argelia, no se ha conquistado una ciudad, ni se ha dado una batalla, ni ha ocurrido acontecimiento alguno importante, que no haya sido cantado por un poeta árabe.» El general Daumas ha publicado muchos de estos cantos, y entre ellos, uno á la conquista de Argel, donde, en medio de líricas lamentaciones, están pintadas con viveza la lucha de los naturales contra los franceses, y la toma de la ciudad por estos últimos (2).

(1) Makkari, ii, 814.
(2) *Mœurs et coutumes de l'Algérie*, par le général Daumas. Paris, 1855, p. 137.



Tampoco la poesía erudita, si bien predominaba en ella lo lírico, de ningun modo consideraba la narracion como fuera de su jurisdiccion y dominio (1). Sirva de

(1) Sobre todo el asunto de que trata este capítulo, derrama mucha luz el erudito discurso que leyó el Sr. Moreno Nieto cuando tomó asiento en la Real Academia de la Historia. Las noticias y razones que da, confirman é ilustran lo que Schack dice. La tradicion oral, mezclada con breves composiciones poéticas, así en Oriente como en España, fué el gérmen de la historia y de la poesía narrativa. Para transmitir la tradicion oral solia el pueblo árabe, desde tiempos muy remotos, reunirse en sesiones, que llamaba *macamas*. La historia más tarde, así como la poesía narrativa, empezaron por recoger y ordenar estas tradiciones, ora en prosa, ora en verso. Es probable que las primeras crónicas ó historias escritas que hubo en España, fuesen en verso. Las más antiguas que se citan estaban en verso, á saber, las de Temman y Algazal. Posteriormente hubo ya muchos historiadores prosistas. El príncipe de ellos, aquel á quien llamaban los árabes *el Attariji*, ó sea *el historiador por excelencia*, fué Ahmed Arrazy, de quien dice el Sr. Moreno Nieto que «recogió toda la tradicion oral en sus obras y presentó á sus contemporáneos el cuadro completo y como el archivo de la vida anterior de los musulmanes en España.» Esto fué en la época de Abdurrahman III y de Al-Haken II, cuando la mayor grandeza y prosperidad de la España musulmana y del califato de Córdoba. De allí en adelante, la historia propiamente dicha, la biografía y las relaciones de viaje, dieron en España asunto y empleo á muchos musulmanes eruditos, pudiendo decirse que Ibn-al-Jatib, visir de Muhamad V, rey de Granada, fué el último escritor eminente que, así en este género como en otros, tuvieron los árabes españoles.

Los dos historiadores citados con más frecuencia en esta obra, así como en otras muchas que hablan de la España musulmana, no fueron nacidos en España. Uno de ellos, Ibn-Jaldun, el más esclarecido, fué contemporáneo de Ibn-al-Jatib; el otro, Al-Makkari, fué un escritor del siglo XVII de nuestra era, época de decadencia completa para los árabes. Con

ejemplo de esta clase épico-lírica la composicion siguiente á la victoria del emir Muhamad sobre los cristianos y los renegados, á orillas del Wadi-Salit ó Guadacelete:

Con variados colores,
Con gritería confusa,
En hileras apretadas
Los guerreros se apresuran,
Y hácia los hondos barrancos
Bajan en revuelta turba.
Como rasgando las nubes,
Brillan en la noche oscura
El relámpago y el rayo,
Las cimitarras deslumbran.
Moviéndose á un lado y otro
Los estandartes ondulan,
Como al golpe de los remos
Barca que las ondas surca.
El poder de la batalla,
Que á los contrarios tritura,
Es cual rueda de molino
Que el agua á girar empuja;
Y es el eje de la rueda
Del rey la mente profunda;
Del rey, que en virtud y gloria
Sobre los reyes despunta,
Y su nombre, el del Profeta,
Con mil hazañas ilustra.
Loor al Profeta demos,
Que el triunfo nos asegura,
Cuando, sacudiendo el alba
El cendal que la circunda,

todo, su obra, ó recopilacion, aunque sin gusto y criterio, es una rica mina de noticias sobre los árabes y moros andaluces. (*N. del T.*)



La verde yerba y las flores
Cubre de perlas menudas.
De Wadi-Salit los cerros
Lloran la mala ventura,
Que de los incircuncisos
Y renegados son tumba,
Pues el destino allí quiere
Que su pérdida se cumpla.
Cual enjambre de langostas
Acudieron á la lucha;
Pero las huestes reales
Pronto los ponen en fuga.
Cayeron nuestros valientes
Sobre la medrosa chusma,
Como halcones que destrozan
Una bandada de grullas,
Ó cual persiguen y matan
Las bravas sierpes astutas
Á los escuerzos cobardes,
Que en vano esconderse buscan.
Huyendo, dice Ben Julis
Estas palabras á Muza:
«¡La muerte! ¡Do quier la muerte!
No hay esperanza ninguna.»
Murieron miles y miles,
Murieron en lid tan ruda,
Al filo de los alfanjes,
De las lanzas en la punta,
Ó en la corriente del rio
Encontrando sepultura,
Ó rodando por las peñas
Y rompiéndose la nuca (1).

(1) AL-BAYAN, II, 114.— Desgraciadamente el texto de esta composicion está muy estropeado, y la traduccion es, en algunos pasajes, de un gran atrevimiento. En algunos versos he tenido que guiarme por conjeturas, y no debo ocultar que en un par de versos queda para mí harto problemático el sentido.

Ibn-al-Kotiya, como él mismo declara, ha tomado, en parte, las noticias que da en su historia, de una composicion en verso sobre la conquista de España, escrita por Temman, visir de Abdurrahman I (1). Yahya-Ibn-Haken escribió una historia ó crónica, toda en verso, y lo mismo se cuenta de Abu Talib de Alcira (2). De Ibn-Sawwan, de Lisboa, se conserva aún una poesía, en la cual refiere cómo estuvo cautivo entre los cristianos de Coria, y cómo fué rescatado (3). Sobre estas citas podrán, sin duda, hacerse otras, cuando el tesoro que áun nos queda de la literatura arábigo-hispana esté más al alcance de todos (4). Esperamos la pronta publicacion del poema, en el cual Ibn-Abd-Rebbihi ha cantado las hazañas de Abdurrahman III, y donde podrémos tener un modelo cumplido de la poesía narrativa de los poetas árabes cortesanos. Entre tanto servirá aquí para este fin otra composicion que celebra la expedicion de los Beni-Merines á España, y de la cual traducirémos un par de fragmentos. Empieza con las alabanzas de Dios:

Alabando al Señor empiece el canto,
De poesía y de bien rico venero;
Entrar, por obra de su auxilio santo,
En el recinto del Eden espero.

(1) *Journal asiatique*, 1856, II, 434.
(2) *Scriptor. arabum loci de Abbadidis*, I, 211.
(3) Dozy, *Recherches*, 610.
(4) Dozy, Introduccion á *Al-Bayan*, 27.



Luz en mi mente, y en mi ingenio encanto,
Y verdad en los casos que refiero,
Piden la voz y el corazon ahora
Al Rey eterno que en los cielos mora.

Su palabra sacó, con decir «sea»,
Á todo ser del polvo, de la nada:
Es vida, amor, poder, fuerza é idea;
Toda existencia en él está cifrada:
No impiden las tinieblas que no vea
Del más ruin viviente la pisada,
Ni evita el trueno, ni la mar bramando,
Que oiga la voz de quien le está llamando.

No comprende el humano pensamiento,
Por más que se dilate su grandeza;
Él da á los siete cielos movimiento,
Y al sol su resplandor y su belleza;
Y en su trono, en el alto firmamento,
Mira de nuestro mundo la bajeza,
Y cuenta, á par de estrellas á millares,
Cada grano de arena de los mares.

Despues de esta introduccion ó invocacion, que se extiende mucho más, entra el poeta en su asunto propio:

Desembarcó el ejército en Tarifa;
Llenó el rumor el pueblo y la montaña:
Abu-Jacub, espléndido califa,
Desplegó allí su tienda de campaña:
Sobre una hermosa pérsica alcatifa
Su trono alzó para domar á España,
Y tomó asiento en él, rico y luciente,
Como el dorado sol en el Oriente.

Luégo cayó sobre Arcos, y asolada
Dejó toda la tierra circunstante;
Por el fuego y el filo de la espada

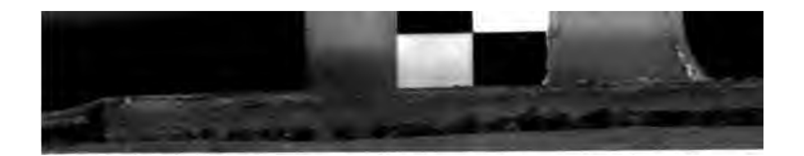
De los infieles se miró triunfante:
Despues pasó á Jerez, la celebrada,
Y de sus puertas acampó delante:
Circundan la ciudad prados y huertas
Y hazas de rica mies todas cubiertas.

Mil aldeas y lindos caseríos
Al campo daban esplendor y adorno;
Pero de Abu-Jacub los duros bríos
Difunden el terror por el contorno:
Los lugares quedando van vacíos,
Y la desolacion se esparce en torno:
Huyen los campesinos aterrados
Del ímpetu y furor de los soldados.

Abu-Jacub despues con los ligeros
Corceles á Sevilla se encamina;
Y sujetan la tierra sus guerreros,
Y la llenan de escombros y ruina;
Y haciendo mil cristianos prisioneros,
Los lleva do su hueste predomina,
Como lobos con buitres peleando
Y á los cristianos por do quier domando.

Abu-Mutsáfer y su hermano llegan,
Célebres ambos por heroicos hechos;
A Amrú los de Carmona ya se entregan,
Adonde sus soldados van derechos;
Los enemigos que con él refriegan
Quedan muertos ó en fuga van deshechos,
Siendo tanto el botin en aquel dia
Que estrecho el campamento parecia (1).

(1) AL-KARTAS, pág. 251.



XIV.

La poesía de los árabes en relacion con la poesía de los pueblos cristianos de Europa.

Hubo un tiempo, no muy remoto aún, en que se ponderaba sin medida el influjo del Oriente en la civilizacion europea. Todo aquello que tenía algo de análogo en el Oriente se suponia que nos habia venido de allí. Se decia que la Tabla Redonda del rey Arturo era un remedo del ciclo caballeresco de Kai Cosroes ó Nuchirwan, y que el Santo Grial procedia de la copa de Yemsid, rey de los genios. La rima fué tenida por una invencion que los musulmanes nos habian trasmitido, y en suma, apénas quedó arte ó disciplina que no hubiésemos aprendido de ellos.

Por el contrario, en nuestros dias hay una propension decidida á empequeñecer el influjo de los árabes en la cultura cristiana, y hasta á negar su accion en la poesía de los pueblos neo-latinos.

Creo que este punto, tocado superficialmente por muchos, pero nunca bien estudiado, merece que nos detengamos un rato á considerarle. Desde luégo no pode-

mos ménos de notar el hondo abismo que separaba á cristianos y musulmanes en cuanto á las creencias religiosas, y que debia hacer muy difícil todo contacto entre una y otra civilizacion. Cuando leemos los autores cristianos de la edad media, siempre nos asombra la grosera ignorancia que muestran al hablar de los árabes, así de su religion como de sus costumbres. Al pueblo que proclamaba la unidad de Dios como fundamento capital de su fe, le distinguian con el apodo de *pagano*, y representaban á Mahoma como un ídolo, á quien era costumbre inmolar víctimas humanas. En el antiguo libro frances, *Le roman de Mahomet* (1), aparece el Profeta como un baron, rodeado de sus vasallos, y que (en las yermas cercanías de la Meca) posee bosques, praderas, rios y huertas. Turpin habla de un ídolo de Mahoma, todo de oro, que se adoraba en Cádiz, y que estaba custodiado por una legion de diablos, y algo parecido se lee tambien en la antigua cancion francesa de Rolando. La España mahometana era para los escritores de la Edad Media una tierra de misterios y maravillas. En un manuscrito pagano, esto es, arábigo, que Kiot, escudero de Wolfram, halló en Toledo, Flegetanis, pagano por parte de padre, y gran conocedor del curso de las estrellas y de su influjo en el destino de los hombres, habia escrito por primera vez la historia del Santo Grial (2).

(1) *La Roman de Mahomet*, par Reinaud et Michel, pág. 5.
(2) *Wolfram de Eschenbach*, publicado por Lachmann, página 219.



Gerbert, qué fué despues papa con el nombre de Silvestre II, se dijo que habia estudiado en Sevilla las ciencias de los árabes, y vino á ser el héroe de multitud de leyendas fabulosas. De los musulmanes aprendió la significacion del canto y del vuelo de las aves, la evocacion de los muertos, y otras artes ocultas. Pronto se adelantó Gerbert á todos los mágicos de su tiempo, excepto á uno, que poseia un libro de conjuros, donde se ocultaba un tesoro de sabiduría sobrehumana; pero Gerbert, auxiliado por la hija del mágico, se apoderó de esta joya y huyó con ella. De allí en adelante todo le salia á medida de su gusto. Bajo el influjo de determinadas constelaciones fundió una cabeza de metal, que le revelaba los casos por venir. Nombrado arzobispo, y más tarde papa, se elevó al primer puesto de la cristiandad; pero áun siendo vicario de Dios sobre la tierra, no dejó de ejercer las artes diabólicas, que habia aprendido de los árabes. En cierta ocasion descubrió en Roma una estatua de bronce que tenía la mano derecha extendida, con esta inscripcion: *¡Cava ahí!* Gerbert señaló el punto en que caia la sombra de la mano, y con una luz y acompañado de un paje, acudió de noche á aquel sitio. Entónces formuló un conjuro y se abrió la tierra. El Papa bajó á aquella profundidad y descubrió un palacio de oro, en cuyo centro resplandecia un carbunclo, qué lo iluminaba todo con luz deslumbradora. Al rededor, en los salones, habia estatuas y columnas, todo de oro, etc., etc. En suma, al-

go parecido, si no idéntico, al cuento de Aladino (1).

No se debe extrañar que en la mayor parte de Europa prevaleciesen ideas tan fantásticas y tan notable ignorancia de la España de los árabes. Los musulmanes, á la verdad, habian dominado, desde el siglo VIII al siglo X, en una parte del mediodía de Francia, y desde allí se habian extendido en sucesivas excursiones por Savoya, Suiza y el Piamonte, llegando hasta San Gall, y poseyendo aún, en el año de 960, las alturas del monte San Bernardo (2); pero, distantes ya de la patria, endurecidos por la guerra, y en perpétua lucha con los cristianos, de quienes eran mortalmente aborrecidos, no podian rectificar aquellas ideas erróneas. El comercio de los árabes españoles era principalmente con Levante, África y los bizantinos, y sus relaciones con Francia, Alemania é Italia se limitaron por lo comun á várias embajadas que enviaron y recibieron (3). El conocimiento de algunos hechos, como, por ejemplo, el del martirio de San Pelagio en Córdoba, referido á la monja Hroswitha por un testigo ocular, no basta á hacernos creer en más frecuentes relaciones. No es posible dar fe á lo que muchos escritos aseguran de que las escuelas arábigas de España eran frecuentadas por gran multitud de franceses, ingleses, alemanes é italianos.

(1) Guillermo de Malmesbury, lib. II, cap. X.

(2) REYNAUD, *Invasions des sarrazins en France*, páginas 179, 185, 195.

(3) MAKKARI, I, 235.—REINAUD, 94 y 189.



Hasta el mismo ya mencionado Gerbert es muy dudoso que estuviese entre los árabes. Sólo se sabe de cierto que en el año de 967 residia Gerbert en Barcelona, donde habia adquirido los conocimientos matemáticos y astronómicos, que hicieron de él un tan pasmoso personaje (1); pero Barcelona estaba ya entónces en poder de los cristianos. Lo propio se puede decir de los jóvenes suavos y bávaros, que, segun cuenta Cesario de Heisterbarch, habian estudiado la nigromancia en Toledo (2). Si hemos de creer lo que este autor asegura, dichos jóvenes estudiaron en Toledo, despues del año de 1085, en que la ciudad fué reconquistada por los cristianos.

De otro modo debian de ser las relaciones entre moros y cristianos en el país mismo en que, durante muchos siglos, vivieron juntos. Sin embargo, estaban tan divididos por las creencias religiosas, que no es de extrañar que se lean en autores españoles de todas las épocas juicios sobre las cosas del Islam, que dan testimonio de la ignorancia más crasa. Tambien entre estos autores se habia divulgado la opinion de que los árabes eran hechiceros y brujos, y todavía un escritor español de tiempos muy posteriores asegura con toda formalidad que en Toledo, Sevilla y Salamanca, se enseñaban públicamente las artes diabólicas, y que él mismo habia visto en esta última ciudad una cueva, en la cual solian iniciarse los curiosos en los misterios más ocul-

(1) Hock, *Papa Silvestre II.* Viena, 1837.
(2) Caesar, *Heisterb.*, ed. Sprange, I, pág. 279.

tos de la brujería (1). Pero, á pesar de esta oposicion de ambas religiones, y á pesar de las preocupaciones todas que de ello se originaban, no llegaron á evitarse las relaciones entre moros y cristianos.

En todas las comarcas de España habia innumerables mozárabes, que, si bien eran maltratados á veces por los musulmanes, eran tratados con dulzura por el Gobierno, y alcanzaban completa libertad en el ejercicio de su religion. Muchos de ellos servian en el ejército de los califas, y otros desempeñaban empleos importantes y lucrativos en las córtes de los príncipes y en los palacios y casas de los más ilustres muslimes. De esta suerte adquirieron pronto la brillante cultura arábiga. Los más instruidos despreciaban su dialecto vulgar, el latin corrompido é inútil para todo propósito literario, y se apropiaban con empeño el idioma de los vencedores. Las quejas del obispo Alvaro de Córdoba prueban cuán temprano y con cuánta extension sucedió esto. «Muchos de mis correligionarios, escribe dicho obispo, á mediados del siglo IX, leen las poesías y los cuentos de los árabes y estudian los escritos de los teólogos y filósofos mahometanos, no para refutarlos, sino para aprender cómo han de expresarse en lengua arábiga con más correccion y elegancia. ¿Dónde se hallará hoy un lego que sepa leer los comentarios latinos sobre las Santas Escrituras? ¿Quién entre ellos estudia los evan-

(1) MARTIN DELRIO, *Disquisitiones magicæ*, I, pág. 5.

gelios, los profetas y los apóstoles? ¡Ay! Todos los jóvenes cristianos que se hacen notables por su talento, sólo saben la lengua y la literatura de los árabes, leen y estudian celosamente libros arábigos, á costa de enormes sumas forman de ellos grandes bibliotecas, y por donde quiera proclaman en alta voz que es digna de admiracion esta literatura. Si se les habla de libros cristianos, responden con desprecio que no merecen su atencion dichos libros. ¡Oh dolor! Los cristianos han olvidado hasta su lengua, y apénas se encuentra uno, entre mil, que acierte á escribir á un amigo una carta latina pasable. En cambio, son infinitos los que saben expresarse en arábigo del modo más elegante, y hacen versos en dicho idioma con mayor primor y artificio que los árabes mismos (1). Muchos cristianos de aquella época, que se distinguieron por sus conocimientos en la lengua arábiga, son citados nominalmente (2). Áun se conservan algunos versos de un poeta cristiano del siglo XI, natural de Sevilla, los cuales atestiguan que el autor conocia magistralmente el habla y la métrica arábigas (3). El latin cayó poco á poco tan en desuso entre una parte de los habitantes de Andalucía, que, á fin de ilustrar á los fieles y hacerse entender de ellos, el presbítero Daniel tradujo al árabe los antiguos

(1) ALVARO, *Indic. luminos.*, p. 274.—DOZY, *Histoire*, II, 102.
(2) ST. EULOGIUS, *Mem. Sanct.*, lib. pág. I, c. 2 et 9.
(3) MAKKARI, II, 350 y 351.

Cánones de la Iglesia española (1), y Juan, arzobispo de Sevilla, tradujo la *Biblia*. No debemos, con todo, conjeturar, en vista de estos hechos, que el idioma latino ó neo-latino desapareció por completo de todas las regiones de la península dominadas por los mahometanos. Mucha parte de la poblacion cristiana debió *arabizarse* del todo, pero siempre el latin, ó mejor dicho el romance, quedó en general como idioma del vulgo, y hasta habia entre los árabes quienes le hablaban ó le entendian (2), si bien con más frecuencia, por el conocimiento de ambas lenguas, latina y arábiga, solian servirse los mahometanos de los cristianos como intérpretes y negociadores con los francos (3).

El comercio intelectual de los árabes con éstos y con los leoneses, navarros y otros pueblos independientes del norte de España, no pudo tener lugar de un modo extenso y permanente en los primeros tiempos de la dominacion del Islam en la Península. Poseidos de un aborrecimiento fanático contra los infieles, se mostraban los cristianos no ménos enemigos de aquella civilizacion extraña. Poco á poco, sin embargo, se les fueron ofreciendo ocasiones de conocerla más de cerca y de estimarla; por ejemplo, cuando como cautivos ó rehenes eran llevados á la córte de los califas; cuando Sancho,

(1) *Introduccion á la Collectio canonum Ecclesiæ Hisp.* Madrid, 1822.—MARIANA, I, 7, c. 3.
(2) DOZY, *Recherches*, I, 98.
(3) REINAUD, *Invasions, etc.*, pág. 191.



príncipe de Leon, fué á Córdoba en el año de 960, á consultar á los médicos; ó cuando Alfonso el Magno, rey de Astúrias, hizo venir á su córte á dos sabios árabes para que educasen á su hijo (1). Con todo, el trato establecido de esta suerte no fué bastante á comunicar la ciencia y la cultura del pueblo, entónces más civilizado, á sus vecinos, tan distantes de él por el habla, la raza y la manera de sentir. Si Gobmar, obispo de Gerona, sabía bastante árabe para escribir en esta lengua una historia de los francos, dedicada á Hakem II, cuando éste era aún el príncipe heredero, el caso debe mirarse como enteramente excepcional (2).

Desde el siglo XI en adelante debieron ser más íntimas y duraderas las relaciones entre los muslimes y los cristianos del Norte, que eran como el gérmen de la futura nacion española. Desde aquella época la bandera de la cruz iba penetrando más y más hácia el Mediodía, y la cultura arábiga quedaba como implantada sobre las mezquitas de las grandes ciudades, trasformadas en iglesias. Aunque muchos de los vencidos se retiraban á las provincias del Sur, todavía se quedaba una numerosa poblacion muslímica en los antiguos lugares de su nacimiento, y ademas, los mozárabes, esto es, los cristianos que habian estado sometidos al dominio musulman, vivian desde entónces en medio de sus correli-

(1) REINAUD, *Invasions, etc.*, páginas 293 y 315.
(2) MASUDI, *Áureas praderas*, III, 70.

gionarios. La existencia de los mozárabes se debe tener presente, ante todo, para conocer por qué arte y hasta qué punto la cultura oriental penetró entre los pueblos europeos. Familiarizados los mozárabes con la lengua arábiga y con los estudios literarios y científicos del pueblo, en medio del cual tan largo tiempo habian vivido, debieron extender entre los nuevos conquistadores aquella cultura, llena de elementos orientales. No ménos útiles para este fin fueron los judíos, que desde muy antiguo se habian difundido en gran número por la España musulmana. Entre ellos, como es sabido, se habia desenvuelto una rica vida intelectual, fecunda, tanto en producciones poéticas cuanto filosóficas, astronómicas y filológicas. En sus escritos empleaban con más frecuencia que la lengua hebraica, la lengua arábiga, su hermana, que poseian magistralmente, hasta el extremo de no temer la competencia con los más famosos retores del Oriente. Asimismo solian saber los judíos el latin y el romance. No es, pues, de extrañar que, no bien cayeron bajo el poder de los nuevos dominadores, obrasen poderosamente para infundir la civilizacion muslímica en la cristiana.

El lugar en que más temprano se enlazaron el Occidente y el Oriente, fué la brillante ciudad de Toledo, fúlgido centro de la ciencia y del arte arábigos. Poco despues de que esta antigua capital de la España gótica abriese sus puertas á las huestes cruzadas de Alfonso VI, vemos penetrar por sus muros á los hombres de



Occidente, sedientos de saber, á fin de descubrir los secretos de la sabiduría arábiga, por medio de los doctos muzárabes y judíos. En los sombríos claustros del Norte, esta sed de ciencia de ciertos espíritus más adelantados fué mirada como una pecaminosa aspiracion al fruto del árbol prohibido. Así es que Toledo aparece á los ojos de los cristianos de los siglos XI y XII como la capital de la hechicería y de la nigromancia. Allí se encuentran los mejores maestros de mágica negra. Un mágico de allí envió hasta el Weser y el Hunt una bandada de brujas á buscar á Conrado de Marburgo; y allí, segun Cesario de Heisterbach, estudiaron la brujería algunos jóvenes alemanes. Lo cierto es que el deseo de estudiar las obras científicas y filosóficas de los árabes, y sobre todo sus interpretaciones de los autores griegos, fué lo que movió á no pocos curiosos á visitar la ciudad del Tajo. Allí encontramos á Gerardo de Cremona, á Miguel Scotto, al aleman Herrmann y á muchos otros, empleados en el estudio de Avicena, Averroes y Aristóteles *arabizado*. Allí tambien, y bajo la presidencia del mismo arzobispo, se fundó á mediados del siglo XII, una escuela de traductores, en la que principalmente trabajaban los judíos (1). Esta actividad no se limitó á Toledo. Tambien la rica y floreciente Valencia se apoderó de los tesoros intelectuales de los

(1) JOURDAIN, *Recherches sur les traductions latines d'Aristole*. RENAN, *Averroes*.

vencidos, despues de la reconquista, y sus sabios judíos y cristianos trasportaron estos tesoros á la córte de don Jaime de Aragon, y á la cercana Provenza. Por último, cuando despues de las grandes guerras del rey San Fernando, las capitales de Andalucía, Córdoba y Sevilla, sucumbieron, Alfonso el Sabio, en aquellos asientos predilectos de los Omiadas y Abbadidas, tan amantes de las artes, trató de aprovecharse de la literatura arábiga en beneficio de la vida intelectual de su nacion. Su palacio fué el centro de los sabios muslimes y judíos, y con su auxilio redactó las llamadas *Tablas Alfonsinas*; compuso la *Crónica general de España*, sacada en gran parte de fuentes arábigas, y tradujo del árabe una multitud de obras filosóficas, matemáticas y médicas (1). Asimismo fundó en Sevilla una escuela de lengua arábiga (2).

Es inverosímil que, en tales circunstancias, la poesía arábiga quedase enteramente desconocida para los cristianos españoles. ¿Podian aquellos cristianos, que se habian criado entre los árabes y que hasta habian hecho versos en su lengua, sometidos ya á un gobierno cristiano y viviendo entre sus correligionarios, no hacerlos participantes del rico tesoro de la poesía oriental? ¿No se escaparian involuntariamente de sus labios

(1) Para el catálogo de todas estas obras, véase á Nicolas Antonio.
(2) ORTIZ Y ZÚÑIGA, *Anales de Sevilla*. Madrid, 1677, página 79.

fragmentos poéticos y proverbios, como solian emplearlos á cada momento los orientales? A esto se puede objetar que faltaba la inteligencia de esta poesía; que la lengua arábiga es la más difícil de todas las lenguas; que hasta quien la sabe bien para comprender los prosistas, necesita aún de un año de estudio para poder leer de corrido los poetas; y que no se debe pensar, ni hay tampoco nadie que lo atestigue, que los españoles de entónces se dedicáran á semejante tarea. A estas objeciones responden algunos hechos: verbi gracia, cuando el famoso poeta judío Ibrahim ul Facar elogió al rey D. Alonso, en cuyo servicio estaba empleado, en una poesía arábiga que se conserva aún. Indudablemente, no se explicaria que el poeta hubiese escrito estos versos si el Rey y su córte no los hubiesen entendido. Por otra parte, aquí no se trata de si entendian ó no los cristianos españoles aquel idioma extraño, sino sólo de la comunicacion que entre las gentes que hablaban ó el uno ó el otro idioma establecian los muzárabes. Para éstos era el árabe como el idioma nativo, y asimismo entendian correctamente el romance ó castellano, en el cual, miéntras más le iban usando en el trato con los otros cristianos, vertian pensamientos, máximas é imágenes de la poesía arábiga.

Los cristianos que habian pasado la juventud entre los árabes, y que, segun la costumbre general, habian compuesto versos en lengua arábiga, procuraron entónces poetizar en aquella lengua que hablaban diaria-

mente con sus victoriosos correligionarios, y como era natural, en el nuevo modo de expresion que habian adoptado, hicieron pasar sin duda no poco del espíritu y de las formas orientales. Como ejemplos de poetas arábigos muzárabes, citarémos á Ibn-ul-Margari, de Sevilla, que al regalar al rey Al-Motamid un perro de caza, le acompañó con una elegante *Kasida* (1), y al mestizo Aurelio, hijo de un muslim y de una cristiana, que fué doctísimo en la literatura muslímica (2).

Hombres como éstos, viviendo ya en una sociedad donde se hablaba el romance, no pudieron ménos de dar á conocer la poesía con que estaban familiarizados desde la niñez. Mayor influencia ejercieron los judíos, los cuales dominaban tan hábilmente los diversos idiomas que ya imitaban todos los primores de Hariri en las *macamas*, ya mezclaban versos castellanos con sus poesías hebraicas (3), ya llegaban á mezclar hasta siete lenguas (4). Así es que los judíos fueron, desde el siglo XI, como los jefes y directores de este movimiento literario, en particular transmitiéndonos las obras de matemáticas, filosofía y física del Oriente. Asimismo pusieron al alcance de los pueblos de Occidente las fábulas y los cuentos de los árabes, y no pocas de sus poesías. Pedro Alfonso, judío, bautizado en el palacio

(1) Makkari, II, 350.
(2) St. Eulogius, *Mem. Sanct.*, lib. I, cap. IX.
(3) Geiguer, *El Divan de Juda Ha-Levi*, 128.
(4) Munk, en el *Journal asiatique*, 1850, II, 209.



del rey D. Alfonso VI, dice terminantemente que ha sacado de fábulas, sentencias y proverbios arábigos su coleccion de proverbios y narraciones, venero abundante y primordial de la posterior literatura novelesca (1). Mayor aún hubo de ser el influjo de los judíos por medio de la conversacion. ¿Cómo no habian de citar con frecuencia versos y máximas de poetas orientales, traduciéndolos y explicándolos luégo en el ménos perfeccionado idioma? Ademas, los que ya habian mezclado versos castellanos en sus poesías arábigas y hebraicas, no pudieron ménos de escribir más tarde otras poesías del todo en castellano. Del célebre Juda Ha-Leví se sabe de cierto que poseia las lenguas arábiga y castellana, y que en ambas habia poetizado (2); y como toda la escuela poética neo-hebraica española se habia formado sobre modelos arábigos, tanto sus versos castellanos como sus versos orientales debian de contener no poco de dichos modelos (3).

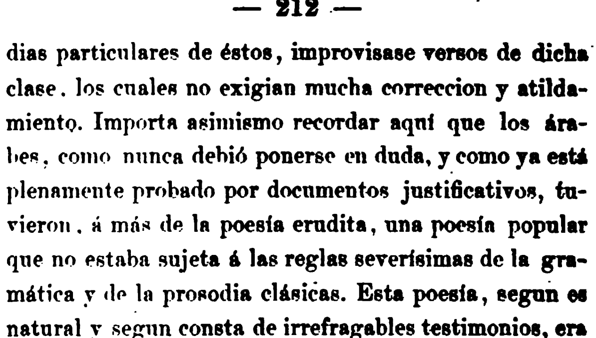
Por último, tampoco se puede negar que muchos cristianos, áun sin el auxilio de los muzárabes y de los judíos, entendian las poesías arábigas. Poco importa que esta inteligencia se extendiese á todos los primores y sutilezas, ó se limitase al sentido de los pensamientos

(1) *Disciplina clericalis*, ed. Schmidt. Introduccion.
(2) Geiger, *El Divan de Juda Ha-Levi.*
(3) *Journ. asiat.*, 1861, II, 459. Sachs, *La poesía religiosa de los judíos*, 213. Geiger, *El Divan.*

principales. Sin duda sería ridículo suponer que poetas y caballeros españoles, los cuales, á menudo, ni leer sabian, hubiesen estudiado la poesía arábiga; pero no pocos de ellos pudieron adquirir de otro modo un conocimiento superficial de dicha poesía. Por enormes que sean las dificultades de esta poesía artística, no se ha de suponer que sólo la han entendido, entre los mismos árabes, ciertas personas ilustradas. De seguro que el vulgo más bajo la entenderia tan mal ó peor que un campesino zuavo ó de la baja Alemania entiende las elegias romanas de Goethe; pero las personas medianamente educadas debian estar desde la primera juventud preparadas para entenderla. Romaikiyah, aunque era de baja clase, compuso unos versos tan correctos y elegantes, así en el metro como en las frases, que el rey Al-Motamid, con ser tan delicado de gusto, se prendó tanto de ellos, que dió en pago su mano á la autora. Los libros históricos de los árabes están llenos de poesías, escritas por estilo clásico, que hombres y mujeres de toda laya improvisaban en distintas ocasiones. De todo esto nos es lícito conjeturar que tambien los cristianos, los cuales estaban á menudo en contacto con los musulmanes, habian llegado hasta cierto punto á comprender el sentido de estas poesías. El caso aislado que refiere Makkari, de un conde frances y de un judío que no entendieron un cantar arábigo, nada prueba en general. Casi todas las crónicas españolas hablan á menudo de infantes castellanos ó aragoneses, de ricos hom-

bres y de caballeros, los cuales, ó bien por enojo con sus soberanos ó señores, ó bien impulsados del afan de buscar aventuras, se fueron á vivir á tierra de moros, permanecieron allí largo tiempo, y á veces volvieron las armas contra sus correligionarios en pro de los muslimes (1). Durante todo el siglo XI, y áun más tarde, una gran parte del ejército del Rey de Zaragoza era de cristianos (2). El mismo Cid habia pasado muchos años de su vida entre los infieles; y si, como ya queda dicho en el tomo primero, se hacia leer las historias de las proezas de los árabes, y las escuchaba con encanto, es más que probable que así como entendia la prosa, entendiese tambien los versos, que van constantemente mezclados á las historias susodichas. Ya hemos apuntado ademas en el tomo primero que, segun una antigua costumbre arábiga, los valientes guerreros provocaban á pelear á sus contrarios por medio de breves composiciones improvisadas. Al Cid, de acuerdo con esta costumbre, le habian apellidado *Barráz;* esto es, *campeador* ó *provocador* (3). Es verosímil, por consiguiente, que el Cid, que no sólo habia peleado en las guerras entre cristianos y musulmanes, sino que tambien habia intervenido con las armas en las discor-

(1) *En la historia de la casa de Niebla* (*Memorial histórico español*, t. IX), hay una larga lista de estos casos.
(2) DOZY, *Histoire*, IV, 246.
(3) DOZY, *Recherches*, pág. 419.



dias particulares de éstos, improvisase versos de dicha clase, los cuales no exigian mucha correccion y atildamiento. Importa asimismo recordar aquí que los árabes, como nunca debió ponerse en duda, y como ya está plenamente probado por documentos justificativos, tuvieron, á más de la poesía erudita, una poesía popular que no estaba sujeta á las reglas severísimas de la gramática y de la prosodia clásicas. Esta poesía, segun es natural y segun consta de irrefragables testimonios, era comprendida por los cristianos que sabian la lengua de sus enemigos.

Lo que cuentan Lúcas de Tuy y Mariana de un pescador del Guadalquivir, que despues de la batalla de Calatañazor, en que Almansur fué vencido, recitó ciertos versos, ya en arábigo, ya en romance, no merece por cierto mucho crédito, pero prueba, con todo, que no parecia cosa extraña oir de una misma boca versos en ambas lenguas. Las poesías del Arcipreste de Hita muestran con evidencia, no sólo que este poeta entendia los cantos populares arábigos, y los componia él mismo, sino que la poesía popular española creció en íntima relacion y contacto con la arábiga. El Arcipreste cuenta (v. 1482 y siguientes) sus amoríos con una mora, con la cual hablaba en arábigo, y á la cual envió versos amorosos por medio de una tercera. Despues cuenta que ha compuesto muchos cantares de danzas ý troteras para cantadoras moriscas (sin duda en la lengüa de ellas), y habla de los instrumentos que no con-



vienen á los cantares arábigos, y cita uno de éstos por las palabras con que empieza (1).

La ocasion de tratar directamente con los árabes y de oir y entender su poesía duró para los cristianos hasta la conquista de Granada, y áun algun tiempo despues, hasta que el insano fanatismo de los vencedores hizo un crímen en los vencidos áun el uso del propio idioma. Hasta entónces vivieron esparcidos por toda España, y no perturbados en el ejercicio de su religion, muchos muslimes, en parte mezclados con los cristianos, en parte en ciertas comarcas, que se reservaron casi exclusivamente (2).

Contribuia principalmente á llenar el abismo de la diversidad de creencias y á hacer más frecuentes las relaciones entre moros y cristianos, la hermosura de

(1) El autor alude probablemente á este verso:

Citola, odrecillo non aman *caguil hallaco:*

suponiendo tal vez que *caguil hallaco* son palabras arábigas con que comienza un cantar. (*N. del T.*)

(2) El caballero de Rozmital, natural de Bohemia, que visitó la España en 1467, dice que el rey Enrique IV estaba rodeado en su palacio de muchos mahometanos, y que habia adoptado, así en su traje, como en la comida, bebida y manera de vivir, muchas costumbres mahometanas. Refiere tambien más adelante que halló en la residencia y córte del Conde de Haro muchas moras y judías, y que en los confines de Aragon y Castilla estuvo en una comarca, sólo habitada por paganos (esto es, por muslimes), donde fué muy amistosamente recibido. (*Relacion de viaje de Rozmital*. Stuttgart, 1842, páginas 167 y 189.)

las moriscas, que ejercia un gran poder de seduccion sobre los jóvenes hidalgos españoles. «Celebrar el novenario con una mora», vino á ser un modo de hablar proverbial, y se compusieron no pocas poesías amorosas de caballeros cristianos á las seductoras hijas de Ismael. Estos muslimes que vivian esparcidos por toda la España cristiana aprendieron poco á poco el castellano y compusieron versos en este idioma, de los cuales, algunos, escritos con letras arábigas, se conservan todavía (1). Posible es que estos ó aquellos moriscos, bajo el influjo de circunstancias especiales, olvidasen su propia lengua; pero, en general, puede tenerse por cierto que, hasta despues de la conquista de Granada, estuvo muy extendido el uso de la lengua arábiga en el centro y en el mediodía de la Península. Dan testimonio de esto los numerosos documentos expedidos en dicha lengua por cristianos y hasta por clérigos (2), la

(1) Ya hemos dicho que el Sr. Gayángos afirma que hay toda una literatura aljamiada, y hemos citado el *Poema de San José*, los de *Rabadan*, el del *Dia de Juicio*, publicado en Inglaterra, y las *Alabanzas de Mahoma*, publicadas por Müller. De los otros dos poemas, publicados por este orientalista, hay uno, que consta de muy cerca de 400 versos, tejido todo él de máximas morales, como por ejemplo:

E lo que debe el padrè á su fijo facer
Meterle buen nombre cuando al nacer,
Amostrarle buen oficio que se pueda mantener,
E sobre todo casallo con buena mujer.

(2) *Paleografía española*, pág. 20.



inscripcion sepulcral arábiga de San Fernando en Toledo (1), y las leyendas arábigas de las monedas acuñadas en los siglos XII y XIII por los reyes de Castilla (2). Y áun cuando los moriscos ó mudejares, que así se llamaban los muslimes que estaban bajo el dominio cristiano, se hubiesen españolizado más de lo que creemos, todavía el elemento arábigo obró poderosamente desde Granada sobre el resto de la Península; porque, no sólo durante las guerras entre fronterizos notamos que hay relaciones entre castellanos y granadinos, sino que tambien en tiempo de paz fué visitada la córte de los nazaritas por caballeros cristianos (3), de los cuales, unos buscaban allí un asilo contra las persecuciones, y otros iban por mera curiosidad, á lo que parece. Ejemplo de estos últimos fué el caballero y poeta Oswaldo de Wolkenstein, el cual estuvo en Granada, en el año de 1412, en la córte del rey Bermejo, quien llevaba, como todos los nazaritas, el sobrenombre de Ibn-al-Ahmar, hijo del Bermejo. Allí fué recibido muy benévolamente el caballero Oswaldo, quien despues se jactaba de que habia aprendido la lengua arábiga (4).

(1) La misma, en los Elogios del santo rey D. Fernando, Madrid, 1764, y *Tyschen Elementale arabicum*, 65.

(2) *Memorias de la Real Academia de la Historia*, IV, 40, etc.

(3) *Memorial histórico español*, IX, 60.

(4) El mismo dice:

Granaten het ich bas verstucht,
Wie mich der rote kunig noch hiet empangen.

Y más adelante:

En vista de lo susodicho, bien se puede conjeturar que la poesía española lleva en sí las señales de haber crecido cerca de la arábiga y en contacto con ella. Las razones que se han alegado en contra de esto no tienen valor alguno. A la afirmacion de que los españoles no pudieron de ningun modo conocer la poesía de los que fueron durante siglos sus compatriotas, hay mucho que oponer. Pudieron conocerla, en primer lugar, por todos aquellos que se educaron entre los muslimes y vivieron luégo entre los cristianos, y que hablaban igualmente los idiomas de ambos pueblos; y en segundo lugar, por el conocimiento que solian tener los cristianos de la

Franzoisch, morisch, katalonisch und kastilian.
Die sprach hab ich gepraucht.

(*Poesías de Oswaldo de Wolkenstein*, publicadas por Beda Weber, páginas 58 y 22.) Sería de desear que se publicasen las notas de viaje de Oswaldo. El siguiente pasaje de la historia de su vida, que, segun el testimonio del biógrafo, está tomado de dichas notas, es bastante novelesco. «Oswaldo fué muy benévolamente recibido por el rey Bermejo. Grandes honores y costosos presentes recompensaron su arte y talento para cantar. Las damas árabes se sintieron entusiasmadas por el cantor tirolés. Y en efecto, no podia imaginarse más interesante contraposicion que los cantares tiroleses de Oswaldo cantados por su voz varonil, y los romances arábigos llenos de indecible ternura y entonados por las bellas moriscas. Apénas se pasaba una tarde en que no hubiese tales conciertos. Oswaldo permaneció por allí largo tiempo estudiando bien las costumbres de los moros é imitando su modo de ser. Cuando volvió á Alemania, cantaba romances moriscos para divertir á su auditorio y hacia con gran propiedad el papel de un caudillo árabe.» (*Oswaldo de Wolkenstein* y *Federico el de la bolsa vacía*, por Beda Weber, pág. 181.)



lengua arábiga; conocimiento que distaba mucho, sin duda, de ser filológico y fundamental, pero que, si no era bastante para entender muchos versos difíciles, bastaba para apoderarse de algunas imágenes y de algunos pensamientos. Y á la verdad no era necesario más que esto para que la poesía española pudiera enriquecerse así. A más de esto, conviene considerar que las influencias literarias, no sólo se hacen patentes en una directa imitacion, sino que más por lo comun van por ocultos caminos, y pasan, por la tradicion popular, de espíritu en espíritu y de boca en boca, y se muestran á menudo en una literatura, de repente y cuando ménos se piensa. Nadie sostiene ya que la poesía arábiga fué exclusivamente lírica y erudita, y la española, por el contrario, narrativa y popular. Mas áun cuando sostuviésemos esto á pesar de las razones que hemos aducido en contra, todavía pudiera responderse que tambien la poesía narrativa y popular puede recibir la influencia de la lírica y erudita. Por otra parte, este último género de poesía, el lírico, no se ha desenvuelto ménos lozanamente que el épico-popular en la España cristiana, y segun los restos que quedan, ha sido poco anterior este género al otro. Se añade ademas que los árabes españoles imitaban demasiado los antiguos modelos, por donde sus poesías se hacian ininteligibles á los extraños, á causa de la multitud de imágenes de la vida del desierto. La verdad es que en cierta clase de composiciones harto cultivada se atuvieron á dicha imita-

cion; pero á más de esto, compusieron cantares báquicos y amorosos, elegías y sátiras; celebraron en sus versos los frutos y las flores, los corceles y las espadas, los encantos de Andalucía y sus ciudades, jardines y palacios; ensalzaron las fiestas y los paseos nocturnos al resplandor de la luna; difundieron todos sus sentimientos en sus cantares; y procuraron prestar duracion con la poesía á todos los casos dignos de memoria. Tales composiciones nada tenian de comun con el desierto y con la vida de los beduinos; acaso de vez en cuando se hallaba en ellas alguna imágen extraña, pero su contenido, en lo sustancial, era para los extraños del todo inteligible.

Si, por un lado, no se puede afirmar que la poesía arábiga no ha ejercido ningun influjo en la española, sería tambien, por otro lado, un error el atribuir á aquélla un influjo muy profundo en ésta, hasta el extremo de trastrocar su sér. La poesía de los españoles ha nacido de lo íntimo de la vida de la nacion, y si ciertas abstracciones fuesen lícitas, bien se podria afirmar que su espíritu y su sustancia se hubieran desenvuelto como son en el dia, aunque nunca los castellanos hubieran sabido nada de la poesía de otros pueblos. Pero, de la misma suerte que en los accidentes, y guardando en su pureza el carácter fundamental que penetra todas sus creaciones, la poesía castellana se ha apropiado mucho de las de otros pueblos, como algunas formas de versos imitadas del italiano, y en los cancioneros no



poco de los poetas de Provenza; así tambien ha guardado en sí algunas señales de la poesía arábiga, como recuerdo de la época en que el Oriente y el Occidente se tocaban en el suelo en que ha nacido.

La falta de los que primero hablaron de orientalismo en las literaturas neo-latinas, consistió en apoyar sus afirmaciones sobre generalidades, sin corroborarlas con ningun ejemplo; de modo que pudiera sospecharse que ninguno de ellos conocia siquiera un verso de un poeta arábigo-hispano. Aunque el plan y propósito del presente escrito no consiente hacer muy larga digresion sobre este asunto, todavía quiero, para no incurrir en la misma falta, citar algunos casos en que la poesía española, ya en el contenido, ya en la forma, ha conservado alguna impresion de la arábiga. En estas cuestiones sobre influencias literarias es difícil, á la verdad, obtener una seguridad absoluta; porque el que quiere negar la influencia, siempre puede asegurar que la nacion ó el autor ha concebido en sí mismo los pensamientos que se suponen imitacion, siendo sólo mera coincidencia. Sin embargo, algunos de los ejemplos siguientes dan tan inequívoco testimonio de la rectitud de mi afirmacion, que sólo podria rechazar su validez quien, por ejemplo, se hallase resuelto á negar que el exámetro aleman ha sido tomado de los antiguos, y le considerase como una invencion alemana.

Un antiguo romance popular español, impreso en el *Romancero* de 1550, y tambien en otros más antiguos,

sin fecha, nos presenta al rey D. Juan, á la vista de Granada, tomando informes del moro Abenamar sobre los hermosos edificios de la ciudad. Luégo continúa:

Allí habla el Rey don Juan;
Bien veréis lo que decia:
«Granada, si tú quisieses,
Contigo me casaria:
Daréte en arras y dote
A Córdoba y á Sevilla
Y á Jerez de la Frontera,
Que cabe sí la tenía.
Granada, si más quisieses,
Mucho más yo te daria.»
Allí hablára Granada,
Al buen Rey le respondia:
—Casada só, el rey don Juan;
Casada, que no viúda;
El moro que á mí me tiene,
Bien defenderme querria.»

El que una ciudad, de que un conquistador anhela apoderarse, se presente como una novia á cuya mano se aspira, es una imágen poco comun y bastante extraña, y mucho más en un romance de carácter enteramente popular. Difícil seria hallar esta imágen en cualquiera otra composicion poética del Occidente, durante la Edad Media, y si se hallára, yo le daria un orígen oriental. Por el contrario, en el Oriente y entre los árabes españoles la imágen es muy usada. Una poesía arábiga á Granada dice así:

Entre las tierras del mundo,
Granada no tiene igual.



¿Qué valen, junto á Granada,
Egipto, Siria é Irac?
Luce cual hermosa novia
Con vestidura nupcial:
Aquellas otras regiones
Todas su dote serán (1).

Ibn-Batuta llama á Granada la novia ó la recien desposada entre las ciudades de Andalucía (2), y Al-Motamid cantó, despues que hubo conquistado á Córdoba:

Mira á Córdoba la bella,
La cual con lanzas y alfanges
Desdeñosa rechazaba
De su seno á los amantes,
Como la mano de esposa
Al cabo promete darme.
Ántes sin ornato estaba;
Ya viste ropas nupciales,
De galas, al recibirme,
Y joyas haciendo alarde.
Hoy es mi esposa: en su alcázar
La boda va á celebrarse;
Mueran de envidia, entre tanto,
Y de celos, mis rivales (3).

Tambien Muhamad, hijo de Abdurrahman II, en cierta poesía que compuso al volver de una expedicion guerrera, presenta á su capital bajo la figura de una mujer amada:

Que yo junto á tí me llegue

(1) MAKKARI, I, 94.
(2) IBN-BATUTA, IV, 368.
(3) *Scriptorum arabum loci de Abbadidis*, ed. Dozy, 46.

Permíte, Córdoba mia;
No huyas; deja á mis ojos
Que se gocen con tu vista (1).

Tambien de Sevilla se dice en otra composicion:

Es una novia Sevilla;
Es su novio Aben-Abbad,
Su corona el Ajarafe,
Guadalquivir su collar (2).

El historiador persa Mirchondo, cuando quiere decir que un príncipe abandona su córte ó residencia, lo expresa en estas palabras, segun su ampuloso estilo: «Prendió á la regia esposa un triple divorcio en la orla de su velo» (3).

¿Quién puede, pues, dudar de la procedencia oriental del romance citado? Ya se entiende que no afirmo que el romance español esté traducido del árabe ó que todo su contenido esté tomado de dicho idioma; pero sí creo, y debe creerse con seguridad, que el autor del romance habia oido una poesía arábiga, que tal vez no habia entendido por completo, pero de la cual entendió la notable comparacion referida, y la trasladó á sus versos.

Ya hemos hablado várias veces de un género de composiciones populares de que los árabes gustaban mucho: la *muvaschaja* y el *zadschal*. La primera se usaba

(1) Al-Holat, 65.
(2) Makkari, ii, 143.
(3) Mirchondi, *Hist. Seldschuckidarum*, ed. Vullers, 16.



ya en el siglo IX, la segunda en el XI, en tiempo de los Almoravides (1). Se debe tambien hacer valer aquí que el poeta cristiano Margari, que vivió en Sevilla reinando Al-Motamid, era muy celebrado como autor de *muvaschajas* (2). Lo característico de ambas formas, tan semejantes entre sí, que no hallo modo de distinguirlas bien, consiste en que unas rimas, ó una combinacion de rimas, que se presentan en la estrofa que sirve de introduccion, son interrumpidas por otras, y luégo al fin de cada estrofa vuelven á repetirse. Pondrémos aquí un *zadschal*, en el que imitamos enteramente la combinacion de los consonantes, traduciéndole libremente del árabe en cuanto al sentido, pues la forma es ahora lo más importante.

Gloria al Creador eternal,
Que da el bien y envia el mal.
Formó las várias regiones,
Y las pobló de naciones;
De Ad y de los Faraones
Hundió el orgullo infernal.
Fué el mundo su pensamiento,
Y le creó con su aliento.
E hizo con agua y con viento
Tierra y cielo de cristal; etc., etc. (3)

Ibn-Jaldun trae otro *zadschal* precisamente de la

(1) IBN-JALDUN, *Prolegomena*, III, 390 Y 404.
(2) MAKKARI, II, 351.
(3) *Catal. codicum orient. biblioth.* Lugd. Bat., ed. Dozy, II, 101.

misma estructura. Refiere que Ibn-Kazman, natural de Córdoba, pero que á menudo residia en Sevilla, paseaba en cierta ocasion por el Guadalquivir con muchos amigos. Éstos se deleitaban pescando. En la barca habia una hermosa muchacha. Uno de la compañía propuso á los demas que todos improvisasen un *zadschal* sobre su situacion. Él mismo empezó con el tema y la primera estrofa, y cada uno de los otros fué añadiendo otra estrofa nueva. No traduciré esta poesia literalmente, sino con mucha libertad, conservando, empero, su estructura, que es de lo que aquí se trata:

En balde es tanto afanar,
Amigos, para pescar.
En las redes bien quisiera
Prender la trucha ligera;
Mas esta niña hechicera
Es quien nos debe pescar.
Los peces tienen recelos
Y burlan redes y anzuelos,
Pero en sus dulces ojuelos
Van nuestras almas á dar; etc.

Tomemos ahora una de las más antiguas canciones que se conservan de la literatura española, y verémos que la combinacion de los consonantes es la misma. Es una cancion de los estudiantes que iban pidiendo limosna:

Sennores, dat al escolar,
Que vos vien demandar,
Dat limosna ó racion,
Faré por vos oracion,
Que Dios vos dé salvacion,



Quered por Dios á mi dar.
El bien que por Dios fisierdes,
La limosna que por él dierdes,
Cuando de este mundo salierdes,
Esto vos habrá de ayudar (1).

Éste es tambien, como á primera vista aparece, un *zadschal* en lengua española, y tanto ménos se puede poner en duda en esta ocasion la procedencia arábiga de la forma, cuanto que el autor es el Arcipreste de Hita, quien, como ya hemos dicho, tenía bastantes conocimientos sobre los cantares arábigos.

De Alfonso Alvarez de Villasandino, poeta castellano de la segunda mitad del siglo XIV, es la siguiente cancioncilla, que concuerda con la anterior en la estructura:

Algunos profaçarán
Despues que esto oirán.
No será el alto ungido
Rey de España esclarecido,
Mas algun loco atrevido
Rabiará como mal can.
Non serán los muy privados
Del rey e sus allegados,
Mas algunos mal fadados
Sin porque me maldirán; etc., etc. (2).

Éste es tambien un *zadschal* español. El poeta vivia, como declaran algunos de los versos que de él se conservan, todos tambien en forma de *zadschal* ó de *muvas-*

(1) *Poesías del Arcipreste de Hita*, coplas 1624 y siguientes.
(2) *Cancionero de Baena*. Leipzig, 1860.

chaja, en íntimas relaciones con una hermosa morisca, por quien pudo instruirse en la manera de versificar arábiga, si ya ésta no hubiese estado trasplantada en la literatura española.

Ya hemos dicho tambien en otro lugar que á veces el estribillo ó estrofa de introduccion del *zadschal* se omitia por los árabes. Entónces tenia la composicion la forma de las estrofas siguientes, que son el principio de un *zadschal*, destinado á que le recitasen en público:

De Dios sea el nombre alabado,
Y sea el Profeta ensalzado;
Permitid que á vuestro lado
Hoy pueda yo reposar.
Vuestro soy, nobles señores;
Oid mis culpas, mis errores,
Y una aventura de amores
Que me propongo contar (1).

Es digno de notarse que esta forma, que rara vez aparece en la literatura española posterior, y que es sin duda de procedencia arábiga, se recordaba aún en tiempo de Calderon. En su drama *Amar despues de la muerte*, donde pinta la sublevacion de los moriscos en las Alpujarras, pone en boca de éstos, cuando celebran á puertas cerradas sus fiestas religiosas, el cantar siguiente (2):

(1) *Catal. codicum orient. biblioth.* Lugd. Bat., ed. Dozy, II, 103.
(2) *Comedias de Calderon*, ed. Keil, IV, 574.



UNO. Aunque en triste cautiverio,
De Alá por justo misterio,
Llore el africano imperio
Su mísera suerte esquiva.....
TODOS. ¡Su ley viva!
UNO. Viva la memoria extraña
De aquella gloriosa hazaña
Que en la libertad de España
A España tuvo cautiva.
TODOS. ¡Su ley viva!

Ahora voy á traducir aquí una *muvaschaja* arábiga, siguiendo con toda exactitud la combinacion de los consonantes en el texto original:

Huye del amor,
Tirano traidor;
Mas no, que si huyes,
Mueres de dolor.
El amor es fuego,
Que abrasa y halaga;
Es mar sin sosiego,
Que las almas traga.
Pierde el sueño luégo
Quien de amor se paga.
Amarga los dias,
Mas luz y alegrías
Difunde en las noches
Benéfico amor.
La niña hechicera
Mi alma ha robado.
¡Cuánta pena fiera
Su amor me ha costado!
No quiera quien quiera
Vivir sin cuidado;
Pues si te engolfares
De amor por las mares,

Podrás, naufragando,
Morir de dolor (1).

Al lado de este cantar pondré otro antiguo español, cuyos consonantes están casi en el mismo órden:

Cerca de Tablada,
La sierra pasada,
Falléme en Aldara
A la madrugada.
Encima del puerto
Coydé ser muerto
De nieve e de frio
E dese rosío
E de grand elada.
A la decida,
Dí una corrida,
Fallé una serrana,
Fermosa, lozana
E bien colorada, etc, etc. (2).

Aquí tenemos una *muvaschaja* española, y por cierto del Arcipreste de Hita, que, segun él mismo afirma, habia compuesto muchos cantares para cantadoras moriscas y judías.

A fin de prevenir toda objecion, vuelvo á declarar aquí que esta clase de composiciones no se distinguen, ni por el metro, ni por el número y el órden de sus consonantes en lo interior del cantar, sino sólo por la repeticion de uno ó de más consonantes, los cuales aparecen en la estrofa que sirve de introduccion, y se repi-

(1) Makkari, I, 417.
(2) *Poesías del Arcipreste de Hita*, coplas 996 y siguientes.



ten siempre al fin de las siguientes estrofas. Y no es esto un estribillo, ó la repeticion de la misma palabra ó de un verso entero, como se nota á menudo en las canciones provenzales. Canciones que en su estructura sean como éstas de que hablamos, no he llegado á verlas ni en los trovadores ni en los antiguos poetas franceses. Con todo, si se hallasen entre sus obras canciones parecidas, yo afirmaria que habrian tomado su forma de donde los españoles la han tomado. Nadie ignora cuánto comercio habia entre la Francia meridional y las comarcas españolas cercanas á los Pirineos, y cuántos poetas y juglares de Provenza anduvieron, no sólo por Aragon, sino tambien por Castilla, y cuanto han imitado de éstos los del norte de Francia. Este género de composiciones, tan predilecto entre los musulmanes de España, pudo tanto más fácilmente ser conocido de los provenzales, cuanto que tambien los judíos hicieron versos en forma de *zadschal* y de *muvaschaja*, y se sabe, por el *Itinerario* de Benjamin de Tudela, las muchas y frecuentes relaciones que habia entre los israelitas de España y los del sur de Francia (1).

Aun más claro se ve el camino por donde este modo de versificar pudo venir de los árabes á los españoles, en la vida y los cantares de Garci Ferranz, poeta castellano del tiempo de D. Juan I. Habiéndose enamorado

(1) *El divan de Juda Ha-Levi*, por Geiger, 163.—MAKKARÍ, II, 351.

este poeta de una juglaresa, morisca bautizada, ó creyendo, más bien, que era muy rica, obtuvo del Rey el permiso para casarse con ella. Cómo, despues de la boda, no encontrase los esperados tesoros, y se juzgase ademas deshonrado por un enlace tan desigual, abandonó la córte, se fué á hacer vida de ermitaño y compuso en el yermo muchos cantares penitentes. Sin embargo, su ánimo intranquilo no le dejó descansar allí. Pronto, con el intento de ir en peregrinacion á Jerusalen, se embarcó con su mujer para Málaga, que áun era tierra de moros; allí se detuvo algun tiempo, y al cabo fué á establecerse en Granada con su mujer y sus hijos. Ya en aquella capital del Islam, se hizo musulman, se enamoró de una hermana de su mujer, y se casó tambien con ella, siguiendo la costumbre de su religion nueva. Trece años más tarde, pobre y con muchos hijos, se volvió á Castilla, donde se hizo de nuevo cristiano. Un poeta español, que estuvo casado con una cantadora arábiga, y que vivió tantos años entre los moros, no es de admirar que llegára á familiarizarse con la poesía arábiga y que la imitára en sus obras. Así es que se encuentran entre ellas muchas *muvaschajas*, una de las cuales ofrece la extraña circunstancia de ser un canto cristiano de devocion (1).

El Cancionero de Baena, las obras del Marques de Santillana, en suma, todas las colecciones de los anti-

(1) *Cancionero de Baena*, II.



gnos poetas de Castilla están llenas de composiciones semejantes en su estructura á las ya mencionadas del Arcipreste de Hita y de Garci Ferranz, denotando que son como las *muvaschajas* arábigas. Tambien las imitaron los españoles por aquella otra manera, segun la cual, no ya una sola rima se repite, sino toda una combinacion de rimas. Presentarémos un ejemplo. De Ab-ul-Hasan es esta *muvaschaja* arábiga:

Cabe arroyo cristalino,
Bajo una verde enramada,
Con música, amor y vino,
El censor me importa nada.
Miéntras la juventud dura,
Del placer sigo el sendero:
Con aquel que me censura
Justificarme no quiero.
Vino en el vaso fulgura,
Y ya en el cercano otero
Mueve el viento matutino
La viña de uvas cargada,
Que promete dulce vino,
Pronto en sazon vendimiada.
No debiera el tiempo huir,
Que estoy con mi niña bella;
O cerca de ella vivir,
O suspirando por ella;
Quiéranos de nuevo unir,
Propicia al amor, mi estrella.
Vago color purpurino
Deje la huella estampada
En su rostro peregrino,
De mi beso y mi mirada (1).

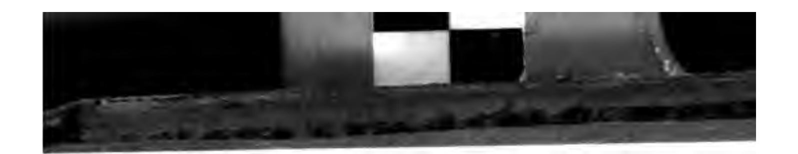
(1) MAKKARI, 1, 310.

Véase ahora una *serranilla* del Marqués de Santillana, que se parece en la combinacion de los consonantes á la anterior *muwaschaja*:

Mozuela de Bores,
Allá de la Lama
Pusom' en amores.
Dijo: Caballero,
Tiratvos afuera,
Dejat la vaquera
Pasar al otero;
Ca dos labradores
Me piden de Frama,
Entrambos pastores.
« Señora, pastor
Seré si queredes:
Mandarme podedes
Como á servidor.
Mayores dulçores
Será á mí la brama
Que oir ruiseñores. »
Así concluimos
El nuesо proceso,
Sin facer exceso,
E nos avenimos:
E fueron las flores
De cabe Espinama
Los encombridores (1).

Por último, debemos decir aquí que poseemos un *zadschal* en castellano, recientemente publicado, en cuyo epígrafe se declara terminantemente que está traducido del árabe. Forma parte de las poesías moriscas y es en elogio del Profeta (2).

(1) *Obras del Marqués de Santillana*, ed. Amador de los Rios.
(2) Actas de las sesiones de la Real Academia de Baviera



Donde se trata de la relacion entre la poesía oriental y la occidental, no es posible dejar de hablar de la *Historia de las guerras civiles de Granada*, de Gines Perez de Hita. Que esta obra dista mucho de ser una traduccion, y ménos aún una traduccion literal del árabe, es cosa evidente. La alusion á los cronistas cristianos, el empleo de la mitología de las antiguos, á que los árabes fueron siempre extraños, y otras várias señales lo denotan. Con todo, me atrevo á contradecir la opinion, tan á menudo anunciada, que supone que esta obra es una invencion literaria, una novela de un autor cristiano, cuyo contenido es de mera fantasía. No sólo sostengo que lo esencial de esta obra está fundado sobre hechos históricos, que se han trasformado en leyenda al pasar por la boca del vulgo, sino tambien que el autor ha traducido ó imitado en parte originales arábigos, aunque muy libremente.

Expondrémos aquí primero los principales rasgos de esta famosa narracion, celebrada por los poetas de todos los paises, segun se encuentra en Perez de Hita, que es la version más antigua. En la córte del rey Boabdil (así y áun peor se habia adulterado el nombre de Abu-Abdilah) habia enemistad entre las dos ilustres familias de los Abencerrajes y los Zegríes. Un

1860, 217.— De los versos á que alude aquí Schack, en alabanza del Profeta, y de otros publicados por Müller, ya hemos dado noticia anteriormente. (*N. del T.*)

torneo en la plaza de Bivarrambla, en el cual aquéllos vencieron á éstos, encendió más los celos entre unos y otros, é hizo imaginar á los vencidos una traicion para vengarse de sus rivales. Un Zegrí acusó á los Abencerrajes de estar en inteligencia con los cristianos, y á un caballero de aquella estirpe, llamado Albin Hamet, de tener relaciones amorosas con la Reina. Con motivo de esta calumnia, Boabdil atrajo á los Abencerrajes á la Alhambra por medio de una astucia, y allí, en una sala que está junto al patio de los Leones, los hizo decapitar á todos, salvo algunos, que lograron fugarse. La Reina fué condenada á morir en una hoguera. En el dia designado para el cumplimiento de esta sentencia aparecieron cuatro caballeros cristianos como campeones de la calumniada, cuya inocencia demostraron en solenne combate contra los traidores Zegríes.

En toda esta historia debe presumirse que el combate de los caballeros cristianos por el honor de la Reina es una invencion del autor español; pero en lo demas se reconoce un fondo de verdad histórica, si bien envuelto en el velo de la leyenda. Hubo sucesos, no en la córte de Boabdil, sino en la de su padre Ab-ul-Hassan, que sirvieron de base á la narracion susodicha. Segun el historiador Mármol Carvajal (que era natural de Granada, que escribió ántes de Perez de Hita (1), y que

(1) Su *Descripcion de Africa*, que contiene la historia de



á menudo se apoya en dichos y noticias de moriscos ancianos) enamorado el viejo rey Ab-ul-Hassan de una renegada, á quien los árabes llaman Zoraya, esto es, la constelacion de las siete estrellas ó pléyadas, y los cronistas españoles doña Isabel de Solís, se separó de su mujer Aixa, é hizo degollar á los hijos de ésta en una taza de marmol de la sala que está junto al patio de los Leones, á fin de asegurar la sucesion del trono á los hijos de Zoraya. Aixa procuró la fuga de su hijo primogénito Abu-Abdalah haciendo una como soga de vestidos de mujer, atados unos á otros, por donde se desprendió su hijo desde la torre de Comares. Desde allí fué el fugitivo á salvarse en Guadix, escoltado por muchos caballeros de la estirpe de los Abencerrajes, los cuales aborrecian al Rey, porque el Rey habia hecho matar á algunos de su familia. El pretexto que tuvo Ab-ul-Hassan para cometer este crímen fué que una de sus hermanas fué seducida por un Abencerraje. Estos sucesos excitaron en los habitantes de Granada tal ódio contra el Rey, que llamaron de Guadix á su hijo primogénito, allí refugiado, y le aclamaron rey. En todas estas circunstancias Mármol conviene sustancialmente con la narracion histórica de Makkari. El historiador arábigo da tambien noticia

la Conquista de Granada, apareció en 1571. Más tarde publicó Mármol el mismo capítulo en su obra sobre la rebelion de los moriscos. El libro de Hita se dió por primera vez á la estampa en 1588.

del amor de Ab-ul-Hassan por Zoraya, de la fuga de sus hijos, y de los partidos que se levantaron entre sus súbditos, siguiendo unos á los hijos de su esposa legítima, y otros favoreciendo á los de Zoraya. Asimismo refiere Makkari que Ab-ul-Hassan habia hecho matar á algunos de los más notables capitanes de su ejército (1).

Puede inferirse de aquí que dos crímenes sangrientos del viejo Ab-ul-Hasan se han juntado en uno solo, que Perez de Hita atribuye á Boabdil, y que una aventura amorosa de la hermana de Ab-ul-Hasan se supone ocurrida á la mujer del hijo.

La historia del asesinato de los Abencerrajes tiene, pues, por fundamento un hecho histórico, si bien en sus pormenores ha tomado un carácter fabuloso. El hecho de que los caballeros fueron llamados uno á uno al palacio y degollados, recuerda mucho una antigua historia ó tradicion oriental sobre la degollacion de la tribu de Temin por un rey de Persia (2). Ya en España se habia localizado esta leyenda, pues los historiadores arábigos refieren un caso idéntico, ocurrido en Toledo,

(1) MAKKARI, II, 800, etc.— De las relaciones amorosas entre una hermana de Ab-ul-Hassan y un Abencerraje nada dice Makkari. Es más: ni siquiera nombra á los Abencerrajes y á los Zegríes. Ambos nombres, con todo, se explican por medio de la lengua arábiga: aquél significa *hijos del sillero;* éste, *fronterizos.* Ibn-Chalikan habla de un Ibn-as-Serrag ó Abencerraje. (Ed. Slane, I, 164.)

(2) CAUSSIN DE PERCEVAL, *Histoire des arabes avant l'islamisme*, II, 576.

en el siglo IX, bajo el reinado de Al-Haken. Mucho tiempo hacia, dice la narracion, que los habitantes de la mencionada ciudad se mostraban rebeldes á los mandatos del príncipe. Para domar esta resistencia apeló Al-Haken á una espantosa astucia. Su hijo Abdurraham fué mandado por él á Toledo, donde, despues de haberse ganado la confianza de los habitantes con afabilidad y buenos modos, convidó á una fiesta á los más notables de la ciudad. En gran número se presentaron los convidados á la puerta del palacio, á la hora convenida; pero no á la vez, sino uno en pos de otro, se les permitió la entrada. Conforme iban entrando por la puerta principal, los caballos en que habian venido eran conducidos á otra puerta, que daba á la espalda del palacio, para que, como se dijo, aguardasen allí á sus dueños. Pero en el patio del palacio, al borde de un hoyo ó zanja, estaban los verdugos, que cortaban la cabeza á cada uno de los que entraban. Este horrible degüello duró lo bastante para que cinco mil y trescientas víctimas perdiesen allí la vida. Cuando pasaron algunas horas, advirtió un toledano que ninguno de los convidados salia por la puerta de atras, y comunicó á otros sus sospechas. Entónces, mirando hácia lo alto, vió el vapor de la sangre derramada, que se alzaba sobre el edificio, y exclamó: «¡Ay! ese vapor, me atrevo á jurarlo, no proviene de los humeantes manjares del fes-

(1) IBN-UL-KOTIYA, *in Jour Asiat*, 1853, I, 464.

tia, sino de la sangre de nuestros asesinados hermanos.» Los circunstantes retrocedieron, llenos de terror, y Toledo, desde aquel punto, consagró una obediencia sin límites á los soberanos mandatos de los califas.

Como todas las circunstancias de esta narracion concuerdan con las de la otra sobre la destruccion de la tribu de Temin, y luégo aparecen de nuevo en la del asesinato de los Abencerrajes, bien se puede conjeturar que la antigua leyenda oriental se ha trasplantado por la tradicion, primero á Toledo, y despues á Granada, apoyándola sin duda en hechos históricos, á la manera que la antigua leyenda escandinava del tiro de la manzana se ha aplicado á la guerra de la independencia de Suiza.

La forma del libro de Perez de Hita es enteramente la de las novelas ó historias heroicas de las orientales. Así como, en los antiquísimos tiempos, los árabes tenian la costumbre de citar alguna poesía para testimonio de la verdad de cualquiera suceso que contaban (1), y de este modo intercalaron muchos versos en la prosa, ya en la historia de Antar, ya en la de Dsul-Himet, ya en otras, así tambien el autor español entretejió en su narracion gran número de romances y cantares, en parte como adorno, en parte para que viniesen en apoyo de la certidumbre de sus noticias. En algunas particularidades se reconocen fácilmente los modelos orientales. Un par de ejemplos lo demostrará.

(1) Fresne, *Lettres sur l'histoire des arabes*, 3.



Véase el principio de una lamentacion en prosa rimada, en la cual el poeta arábigo Ibn-ul-Abbar deplora la suerte de Valencia: «¿Dónde está Valencia, con su laberinto de casas, con el arrullo y los besos de sus palomas, con el adorno de su Rusafa y de sus puentes, con sus tesoros y el esplendor de sus victorias? ¿Dónde está el botin que hacia en la guerra, y su sol, que se alzaba resplandeciente de los mares? ¿Dónde sus corrientes arroyos, orlados de guirnaldas de árboles frutales? ¿Dónde sus jardines, llenos de aroma y brillo? De su cuello, hoy sin ornato, se desprende la cadena de flores; su luz refulgente reposa ya en el seno de los mares (1).» Compárese ahora con el siguiente pasaje del capítulo XIV de las *Guerras civiles* de Perez de Hita: «¡Oh Granada! ¿qué desgracia te ha ocurrido? ¿Qué ha sido de tu elevacion? ¿Qué de tu riqueza? ¿Qué de tus deleites, y tu pompa, combates, torneos y juegos de sortija? ¿Dónde están ahora tus regocijos y fiestas de San Juan, tus músicas acordadas y tus zambras? ¿Cómo se desvanecieron tus espléndidos y pomposos juegos de cañas, y los cantares sonoros, que se oian de mañana en los jardines del Generalife? ¿Qué fué de aquellos trajes guerreros y brillantes de los valerosos Abencerrajes? ¿Qué de las ingeniosas invenciones de los gazules? ¿Qué de la bizarría y destreza de los alabeses? ¿Qué de las lujosas vestiduras de los ze-

(1) MAKKARI, II, 790.

gries, gomeles y mazas? ¿Qué fué, por último, de tu nobleza toda? ¡Todo lo veo trocado en tristes lamentos, en dolorosos suspiros, en cruda guerra civil, y en un mar de sangre, que corre por tus calles y plazas!» Puede tenerse por seguro que á este texto español ha servido de modelo otro arábigo, aunque su colorido oriental esté algo empañado.

Del mismo modo se piensa en un original arábigo al leer en el capítulo xvi, cuando Hita describe por vez primera el combate en las calles de Granada, y luégo prosigue: «Al terminar aquella tempestad y civil contienda, un alfaquí ó morabito hizo un largo razonamiento en la plaza Nueva, razonamiento que por haber salido de los labios de un varon tan respetado entre los de su secta, quiso el cronista arábigo poner aquí.» El razonamiento ó discurso, que despues inserta el autor, está en verso y tomado sin duda de un modelo arábigo, si bien modificado al gusto de los españoles, suavizando un poco su carácter extraño. Tales improvisaciones son muy frecuentes entre los árabes; pero no se explica cómo un español que desconociese los escritos orientales acertaria á componerlas por el estilo (1).

Los muchos romances entretejidos por Perez de Hita en su narracion son, por la mayor parte, de autores cristianos, y ya se encuentran casi todos en las más an-

(1) Una escena semejante á la que Hita describe, se lee, segun los historiadores arábigos, en Dozy, *Histoire*, II, 273.



tiguas colecciones de romances. Es más: el autor mismo sostiene que, fuera del argumento general, no es su libro de orígen arábigo. Sólo de uno de aquellos romances, del que habla del paseo del rey moro por las calles de su capital, cuando le trajeron nuevas de la pérdida de Alhama, dice expresamente lo que sigue: «Este romance fué escrito en arábigo con ocasion de la pérdida de Alhama, y era tan lastimero y triste en aquel idioma, que fué prohibido en Granada, porque cada vez que se cantaba, movia á gran dolor y tristeza.» Los que tienen por imposible que la poesía española haya tomado nada de la arábiga, consideran como una invencion este dicho de Perez de Hita. Pero ¿con qué propósito habia de haber afirmado tal cosa de esta poesía, y sólo de esta poesía, si en realidad no hubiese tenido presente un cantar arábigo? Ni la afirmacion de que los árabes fueron siempre extraños á la poesía narrativa podria aducirse aquí en contra del orígen oriental, porque en el romance hay una viva pintura de la situacion, donde el lirismo con que el dolor se expresa, deja por completo en la sombra la parte narrativa. Sin duda que el poeta español no ha traducido literalmente el cantar arábigo (esto lo demuestra la mencion de Marte, aunque Marte tenía entónces en verso castellano el mismo significado que *guerra*); pero el haber traducido en un romance el cantar no es razon en contra, pues poseemos otro romance que indudablemente está traducido. Hablo del que en el *Romancero del Cid* empieza *Apretada está*

Valencia. Es una traduccion de la elegía arábiga, que ya hemos traducido en el tomo I (1), como Dozy lo advirtió ántes que nadie. El romance dice:

¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia,
Digna de siempre reinar!
Si Dios de tí no se duele
Tu honra se va á apocar,
Y con ella las holganzas
Que nos suelen deleitar.
Las cuatro piedras caudales
Do fuiste el muro á sentar,
Para llorar, si pudiesen,
Se querrian ayuntar.
Tus muros tan preeminentes,
Que fuertes sobre ella están,
De mucho ser combatidos,
Todos los veo temblar;
Las torres, que las tus gentes
De léjos suelen mirar,
Que su alteza ilustre y clara
Las solia consolar,
Poco á poco se derriban,
Sin podellas reparar;
Y las tus blancas almenas,
Que lucen como el cristal,
Su lealtad han perdido,
Y todo su bel mirar.
Tu rio tan caudaloso,
Tu rio Guadalaviar,
Con las otras aguas tuyas,
De madre salido há; etc.

(1) La elegía arábiga fué traducida en prosa y publicada en la *Cronica general.* Con esta traduccion y con la nuestra, en un *romance* tambien, puede comparar el lector el romance del *Romancero del Cid*, tomado, sin duda, de la prosa de la *Crónica general.* (*N. del T.*)

Del mismo modo que este romance está tomado de la traduccion antigua castellana que del texto arábigo se conserva, pudo Perez de Hita, en aquella historia sobre los últimos tiempos de Granada, compuesta en castellano por un judío, y á la que apela y se refiere (1), haber hallado en prosa la lamentacion poética de los granadinos sobre la pérdida de Alhama, y haberla puesto en verso. Parece tambien que la otra version que da de la misma poesía, así como la ya contenida en el *Cancionero de romances*, son sólo diferentes arreglos del mismo cantar elegíaco de los árabes (2).

(1) Pag. 585 de la edicion de Rivadeneyra.

(2) El romance de que habla aquí Schack es conocido y popular aún, no sólo en España, sino en los países extranjeros. Byron le ha traducido en inglés. Entre las diversas versiones, parece la mejor la que empieza:

Paseábase el rey moro
Por la ciudad de Granada,
Desde la plaza de Elvira
Hasta la de Bivarrambla.
Cartas le fueron venidas
De que Alhama era tomada;
Las cartas echó en el fuego,
Y al mensajero mataba.
Descabalga de una mula,
Y en un caballo cabalga;
Por el Zacatín arriba
Hase subido á la Alhambra.
Cuando en el Alhambra estuvo,
Manda que toquen al arma
Y que suenen las trompetas,
Los añafiles de plata.
Los moros, que el són oyeron
Que al sangriento Marte llama,

El original ha desaparecido; pero de que existian cantares populares arábigos de esta clase, acerca de la desgracia de Granada, y de que se conservaban entre la poblacion muslímica de dicha ciudad, da testimonio un cantar que Argote de Molina oyó á los moriscos, y que cita en el texto arábigo vulgar. Á fin de poner en claro de qué modo es probable que los traductores ó *arregladores* españoles refundiesen los cantares arábigos, voy á trasladar aquí dicho cantar en forma de romance. No me tomo, al traducirlé, más libertad que aquella que es permitida generalmente en toda traduccion poética (1):

Alhambra amorosa, lloran tus castillos,
¡Oh Muley Vuabdeli! que se ven perdidos.
Dadme mi caballo y mi blanca adarga
Para pelear y ganar la Alhambra.
Dadme mi caballo y mi adarga azul
Para pelear y librar mis hijos.
Guadix tiene mis hijos, Gibraltar mi mujer,
Señora Malfata, hicisteme perder.
En Guadix mis hijos, y yo en Gibraltar,
Señora Malfata, hicisteme errar (2).

Uno á uno, dos á dos,
Un gran escuadron formaban; etc.

Entre cada cuatro versos suele ir intercalada la exclamacion: «¡Ay de mi Alhama!» (*N. del T.*)

(1) *Discurso hecho por Argote de Molina sobre la poesía castellana*, en su edicion del *Conde Lucanor*.

(2) Hemos preferido poner aquí la misma traduccion que da Argote de Molina, en vez de traducir de la traduccion alema-



Estos versos son sin duda de orígen arábigo. Quizás un exámen más detenido demostraria la verosimilitud de que muchos otros romances moriscos, así de los que van incluidos en las obras de Gines Perez de Hita como de los que hay en las colecciones generales, proceden, en parte ó en todo, de fuentes arábigas. Así, por ejemplo, el de la muerte de los Abencerrajes, que empieza:

En las torres del Alhambra
Sonaba gran vocería,
Y en la ciudad de Granada
Grande llanto se hacia,
Porque sin razon el Rey
Hizo degollar un dia
Treinta y seis Abencerrajes
Nobles y de gran valía.

Lo mismo puede afirmarse de los lamentos de Boabdil por la pérdida de su reino, en un romance de Sepúlveda, que manifiesta ser refundicion de otro más antiguo:

na. Argote pone tambien los versos en la algarabía de los moriscos, y son así:

Alhambra hanina gualco çor taphqui
Alamayarali, ia Muley Vuabdeli.
Ati ni faraci guadarga ti albayda
Vix nansi nicatar, guanahod Alhambra.
Ati ni faraci guadarga ti didi
Vix nansi nicatar guanahod aulidi.
Aulidi fi Guadix, Vamarati fijol alfata
Ha hati di novi ya seti ó Malfata
Aulidi si Guadix, guana fijol alfata
Ha hati di novi ya seti ó Malfata.

(*N. del T.*)

¡Oh mi ciudad de Granada,
Sola en el mundo y sin par,
Donde toda la morisma
Se solia contigo honrar! etc.

Lo cierto es que apénas se concibe que los cristianos españoles, que debian estar llenos de orgullo y de alegría por las victorias conseguidas sobre los infieles, se hiciesen eco, de una manera tan sentida, de los lamentos del pueblo vencido y despojado. De aquí se puede inferir que los poetas españoles poseian, por medio de los moriscos, cantos populares arábigos, y que con más ó ménos libertad, los transformaron en romances.

Áun poseemos, de Alonso del Castillo, mahometano convertido, muchas traducciones españolas de poesías arábigas, como, v. gr., una elegía al rey Ab-ul-Hadschadsch de Granada, y una lamentacion sobre los infortunios de los muslimes. Estas traducciones en prosa son las que Mármol Carvajal ha publicado; y sin duda que otras por el estilo, ó bien interpretaciones orales, pueden haber sido puestas en romances por los españoles. Por otra parte, como los moriscos compusieron muchos versos en lengua española, segun lo demuestra un considerable número de ellos que se conservan aún, no es de extrañar que no sólo en árabe, sino tambien en castellano, compusiesen ó reprodujesen cantares sobre los sucesos de Granada.

Pero ya debo terminar esta cuestion, que me ha llevado por largo espacio más allá de los límites de este



escrito, mas no sin advertir ántes lo siguiente, á fin de evitar toda equivocacion. Yo no afirmo en manera alguna que la forma del romance sea de orígen arábigo; ántes entiendo que es exclusivamente castellana. El mayor número de los romances españoles está del todo exento de influjo oriental. Mi afirmacion se limita sólo á sostener que algunos de dichos romances, pongo por caso aquel en que se pinta á Granada como una novia pretendida por varios amantes, son refundiciones de cantares arábigos, y otros parece en extremo verosímil que lo sean. Por último, á los que sostienen que la poesía arábiga es esencialmente lírica, y que, por lo tanto, no tiene afinidad alguna con los romances, les debo recordar lo dicho en el capítulo anterior acerca de la poesía popular y narrativa de los árabes. Conviene notar asimismo que si los romances son poesía épico-lírica, á menudo el carácter lírico prevalece en ellos. Haré notar, en fin, que algunos versos de una composicion de poesía erudita arábiga, la ya citada á la batalla del Wadi Selit, ó Guadacelete, no distan tanto de la manera de los romances, que no puedan compararse con ellos. Es curioso comparar dicha composicion con un antiguo romance que describe un caso parecido. Aunque el romance español es, por lo ménos, seis siglos posterior á la poesía arábiga, la cual pertenece al siglo IX, no parece inverosímil que el romance tenga en sí alguna reminiscencia de orígen oriental:

¡Rio-verde, Rio-verde!

¡Cuánto cuerpo en tí se baña
De cristianos y de moros
Muertos por la dura espada!
Y tus ondas cristalinas
De roja sangre se esmaltan;
Que entre moros y cristianos
Se trabó muy gran batalla.
Murieron duques y condes,
Grandes señores de salva;
Murió gente de valía
De la nobleza de España; etc.

Del mismo modo que en España, se mezcló en Sicilia la cultura cristiana con la muslímica. Ya hemos mencionado cómo los reyes normandos sostenian su palacio y córte de Palermo al uso de los príncipes orientales, cómo se rodeaban de mahometanos, y cómo adoptaron el idioma arábigo para lengua oficial. Á fines del siglo XII, Ricardo de Inglaterra y Felipe Augusto hallaron á Mesina en gran parte poblada aún por sarracenos, quienes tenian en sus manos toda la riqueza (1). Cuando de resultas del enlace de la princesa Costanza, de lacasa de Hauteville, cayó la isla en poder de los Hohenstaufen, y Enrique VI vino á Sicilia á tomar posesion de su nuevo reino, era tan grande la poblacion muslímica, que Falcandó, el acérrimo enemigo de los alemanes, pudo decir: «¡Ojalá que los caudillos de cristianos y sarracenos se concertasen entre sí, olvidasen por un momento sus rivalidades y odios, y se

(1) *Itinerarium Richardi von Galfridus de Vino Salva*, cap. XII, in *Gale*, *Scriptores Hist. Angl.*

eligiesen un rey, bajo cuyo cetro aunasen sus fuerzas! Entónces los alemanes, arrojados por el pueblo todo, pronto se verian forzados á volverse á sus selváticas comarcas del Norte» (1). En Palermo, en medio de una poblacion áun casi mahometana, en los salones de los alcázares normando-sarracenos, se crió nuestro grande emperador Federico II. La lengua arábiga le era familiar desde la niñez. Su grande espíritu volaba con predileccion, desde la estrechez y limitacion monástica de su época, á los claros reinos del Oriente, de cuya elevada cultura científica le hacia digno aquella gran libertad de pensar que entónces sólo se hallaba entre los mahometanos. Un árabe de Sicilia, que le habia enseñado la dialéctica, le acompañó en su peregrinacion á Jerusalen, y él se deleitó, durante su permanencia en la ciudad santa, con notable escándalo de las personas piadosas, en discusiones filosóficas con los sabios mahometanos y con el embajador de Saladino (2). Más tarde dirigió Federico II á un filósofo arábigo-hispano, llamado Ibn Sabin, una serie de preguntas metafísicas sobre el sér de la Divinidad, las categorías, la naturaleza del alma, la existencia del mundo desde la eternidad ó su creacion, etc., etc. El filósofo respondió en un tratado, que se conserva aún, lleno de tanta escolástica

(1) Falcandus, in *Rerum Sicul. Scriptores, Francofurti*, 1579, pág. 637.

(2) *Bibl. des Croisades: Chroniques arabes*, par Reinaud, pág. 429 y siguientes.

sutileza, y de tal dificultad, así por la forma como por el contenido, que se requiere para entenderle el más profundo conocimiento de la lengua arábiga (1).

Hasta en la córte del Emperador se mostraba esta predileccion por el Oriente. En sus palacios se veian astrólogos de Bagdad con luengas barbas y rozagantes vestiduras (2), judíos que percibian crecidos sueldos por traducir obras arábigas (3), bailarines y bailarinas sarracenos, y moros que, en las fiestas solemnes, hacian resonar trompetas y añafiles de plata. Jóvenes á quienes Federico, así para fines científicos como para que llevasen su correspondencia, habia hecho aprender las lenguas de Oriente, conversaban con facilidad con los orientales en sus propios idiomas (4). Y árabes que el Emperador habia sacado de Sicilia y de Apulia, donde principalmente tenian por residencia las ciudades de Lucera y Nocera, formaban en gran parte su ejército en su guerra contra la Santa Sede. Esta inclinacion á los muslimes fué el principal punto de acusacion contra él en el concilio de Leon de Francia, y el Papa le declaró pagano; que no edificaba monasterios, sino ciudades mahometanas; que respetaba los usos y costumbres de los infieles, y que tenía trato íntimo con mujeres sarracenas (5).

(1) Amari, en el *Journal asiatique* de 1853, tomo I, pág. 240.
(2) MURATORI, XIV, 930.
(3) De ROSSI, *Codd. hebr.*, II, páginas 37 y siguientes.
(4) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, lib. VII, cap. VI.
(5) RAUMER, lib. VII, cap. XVIII.



En todo siguió las huellas de su padre el valeroso y amable Manfredo, á quien sus enemigos llamaban el sultan de Nocera. Para su uso escribió el sabio árabe Dschemaleddin un manual de lógica. Este mismo Dschemaleddin, que vino á su córte como enviado del Sultan de Egipto, hace una pasmosa pintura del carácter completamente oriental de cuanto al jóven príncipe rodeaba. Recuerda primero que el mismo príncipe era hijo del emperador Federico, que habia sido tan íntimo amigo del sultan Mālic-al-Kamil. Despues pinta á Manfredo, que tan honrosamente le habia recibido, como muy entendido, discreto y apasionado por las ciencias, y asegura que sabía de memoria los diez libros de Euclides. Su séquito, añade, se componia en su mayor parte de mahometanos, y en su campamento se oian en las horas prescritas las voces llamando á la oracion, segun la costumbre muslímica. La ciudad donde le habia recibido Manfredo, cuando vino de embajador, estaba á cinco jornadas de Roma, y no léjos de ella habia otra ciudad, llamada Lucera, cuyos habitantes, todos muslimes, tenian el libre uso de su religion y culto. Este Manfredo, á causa de su predileccion por los mahometanos, estaba perseguido y descomulgado por el Papa, que era el califa de los francos, y la misma suerte habia cabido ya á su hermano Conrado y á su padre Federico, en castigo de su inclinacion al Islam (1).

(1) ABULFEDA, V, páginas 144 y siguientes.

Tanto Federico cuanto Manfredo eran grandes amigos de la poesía. En los palacios napolitanos y sicilianos del primero habia muchos cantores, trovadores y juglares (1), y en Palermo reunia en torno suyo un círculo de poetas, cuyas obras se leian bajo su presidencia y eran premiadas segun su mérito (2). Del mismo modo, la córte de Manfredo era el punto de reunion de innumerables cantores, músicos y poetas, y el jóven príncipe, segun refiere Mateo Spinello, recorria á menudo de noche las calles de Barletta, cantando canciones y estrambotes. En esto le acompañaban dos músicos sicilianos, que eran grandes *romanzatori* (3). Si se tiene en cuenta, ademas, que ambos, padre é hijo, segun el autor ántes citado, sin duda poseian por completo la lengua arábiga, que lo mismo se puede afirmar de la mayor parte de los italianos de su séquito, que se habian educado, como ellos, entre las ruinas de la civilizacion mahometana en Sicilia, y que, por último, gran parte de este séquito estaba compuesto de sarracenos, se debe tener por imposible que la poesía arábiga fuese enteramente desconocida de ellos y de su córte. La poesía está íntimamente enlazada con toda la vida de los árabes, de suerte que quien vive largo tiempo con ellos y entiende su lengua, por necesidad debe saber de su poesía. Los cronistas, que sólo de paso dan tales noticias, no dicen á

(1) *Cent novelle antiche*, nov. 21.
(2) Raumer, lib. VII, cap. VI.
(3) Muratori, VII, 1095.



la verdad claramente á qué nacion pertenecian los cantores de la córte de los Hohenstaufen en Palermo y en Nápoles, pero todo induce á pensar que, á más de italianos, alemanes y provenzales, los habia sarracenos. De que se oian cantares arábigos en el palacio imperial de la casa de Suavia, da ademas testimonio un pasaje de Mateo de París, donde se cuenta la visita que Ricardo de Cornwall hizo en Nápoles á su cuñado Federico II. Ricardo encontró en una sala del palacio á dos muchachas sarracenas, que bailaban y cantaban tocando el adufe (1).

La córte semi arábiga de Federico II, en Palermo, tuvo la gloria, universalmente reconocida, de haber sido la cuna de la poesía italiana. El mismo gran Emperador, sus dos ilustres hijos Manfredo y Enzio, su canciller Pedro de la Viña, y los cantores sicilianos que en torno de ellos se reunian, fueron los primeros que poetizaron en el dialecto del pueblo. Dante dice ademas, en su escrito *De vulgari eloquentia*, que todo lo que los italianos produjeron en verso se llamaba siciliano, y Petrarca asegura que la rima habia pasado de Sicilia á Italia (2). Los primeros cultivadores de este arte, como ya queda dicho, tuvieron muchas ocasiones de oir á los cantores arábigos, y como entendian bien su lengua, bien puede conjeturarse de tales

(1) MATH. París, pág. 358. V. tambien Raumer.
(2) *Petrarchæ epistolæ ad familiares*. Lugd., 1601. *Præfatio*.

indicios que la poesía italiana tuvo en sus orígenes relaciones con la oriental. El trato entre ambos pueblos, que en España duró siglos, se rompió, á la verdad, más temprano en Italia; pero consta de una carta del Petrarca que áun en su tiempo se oian los versos arábigos en su país. Este poeta, que por lo demas parece que no entendia el árabe, aunque juzgaba harto desfavorablemente la poesía arábiga, escribe á su amigo el médico Juan Dondi: «Te ruego que no me hables tanto de tus árabes: á todos juntos los detesto. Sé que entre los griegos han vivido muy doctos y elocuentes varones. Muchos filósofos y poetas, grandes oradores y egregios matemáticos han nacido entre ellos, y áun los primeros padres de la medicina. Pero tú debes saber de qué género son los médicos de los árabes. Lo que yo sé es cómo son sus poetas. Nada puede imaginarse más muelle, más enervado, más inmoral ni más lascivo. Apénas puedo persuadirme de que algo bueno nos haya venido de los árabes, aunque vosotros, los eruditos y sabios, los llenais de grandes y, á mi ver, inmerecidas alabanzas» (1).

Si hojeamos ahora las colecciones de antiguos poetas italianos, se ha de confesar que difícilmente hallarémos en ellas imágenes ó pensamientos que revelen un indudable orígen arábigo, pero en cambio encontrarémos muchas poesías que tienen la forma del *zadschal*

(1) *Petrarchæ epist.*, lib. XII, ep. 2.



y de la *muvaschaja*. Principalmente sorprende notar en los cantos espirituales del contemporáneo del Dante, del piadoso Jacopone da Todi, la misma forma de versos que usaban los mahometanos para cantar las alabanzas de Alah y los terrores del dia del juicio (1). Una pequeña poesía, donde declara Jacopone su resolucion de abandonar el mundo, y que tiene la forma de un *zadschal*, le abrió las puertas del convento de los franciscanos:

Oid el nuevo desatino
Que allá en la mente imagino.
Porque mal la vida empleo,
Tan sólo morir deseo,
Y el mundano devaneo
Dejar por mejor camino.

Otro cantar de la misma forma empieza así:

En la paz del cielo mora
Quien la pobreza enamora.
Va por la segura senda
Sin envidia ni contienda;
No teme que nadie venda
O robe lo que atesora; etc.

Tambien entre las obras de Ser Noffo, de Dante de Majano y de otros líricos de Italia en el siglo XIII, se hallan poesías, con el título de *canzone*, que empiezan con una estrofa corta y donde terminan siempre con el mismo consonante las demas estrofas más largas (2).

(1) Ozanam, *Les poètes franciscains*.
(2) *Scelta di poesie liriche*. Firenze, 1839.

Esta estructura tienen casi todas las *canzoni a ballo* de Lorenzo de Médicis (1). Lo mismo se advierte en la gran coleccion de antiguos cantares carnavalescos (2).

En la señal de que la rima del tema vuelve siempre al fin de cada estrofa concuerda asimismo la *ballata* de los italianos con los dos ya tan á menudo citados géneros de poesía popular arábiga. Las poesías provenzales que llevan el mismo nombre no tienen dicha forma (3). Casi todos los poetas de los dos primeros siglos de la literatura italiana, como Lapo Gianni, Guido Cavalcanti, Dante, Petrarca y Boccaccio, han compuesto semejantes *ballate*.

En todos estos casos es indudable, á mi ver, la imitacion por los italianos de aquella forma oriental, la que debió de llegar á ellos por tradicion de los cantores sicilianos, quienes inmediatamente la tomaron de los árabes. El que no aparezca tal forma en los pocos cantos que áun se conservan de la córte de los Hohenstaufen no es objecion suficiente. Pero aunque esta objecion se pusiera, todavía se señalaria otro camino por donde dicha forma hubiese podido venir de África ó de España á Italia. Las relaciones entre los judíos anda-

(1) *Poesie del magnifico Lorenzo de 'Medici*. Londra, 1801, pág. 196.

(2) *Canti carnascialeschi andati per Firenze*, etc. Sec. edizione, 1750, I, 36 y sig..

(3) DIEZ, *Poesie der troubadours*, 276.—Wolf, *Uber die Lais, Sequenzen und Leiche* 26.

luces y los italianos eran várias y frecuentes. Los italianos tenian ademas no pocas ocasiones de tratar directamente con los muslimes. Ya en el siglo IX se habian establecido numerosos muslimes en los principados de Benavento y de Salerno, y habian en parte abrazado el cristianismo (1). Otros, como el sabio Constantino Africano, que fué monje en Salerno, y un príncipe de la casa soberana de Bujía, arrojados de su patria, desde el siglo X al XII, por las discordias civiles que desolaron las tierras muslímicas, buscaron un refugio en Italia (2); y otros, por último, en mayor número, vinieron por negocios de comercio á los puertos de Italia, y áun se establecieron allí. Así en los anales de Pisa y de Génova aparecen muchos nombres de familias arábigas, y en Pisa hubo un barrio entero habitado por mahometanos (3). Tambien, por medio de las factorías que Venecia, Pisa, Amalfi y Génova poseian, no sólo en Siria y en Egipto, sino en otros países sujetos al Islam, se mantuvo con los árabes un comercio constante. Por todos estos canales pudo muy bien confluir en Italia el conocimiento de la forma de la *muvaschaja*, que despues imitó.

Sé que esta última afirmacion, así como la primera

(1) MURATORI, *Rer. ital. Scrip.*, tom. II, pars. I, páginas 260 y siguientes.
(2) AL-KARTAS, pág. 126.
(3) AMARI, *I diplomi arabi del archivio fiorentino*, página XXV.

respecto á España, puede ser vivamente combatida. Se puede alegar que la misma forma se halla en alguna que otra poesía de la lengua d'Oc y áun de la lengua d'Oil, y tal vez en algun fragmento latino de la edad media. Pero á esto respondo lo ántes ya dicho. Aun en el caso referido, sería sólo valedera y firme la opinion de que se habia tomado de los árabes la *muvaschaja*, entre quienes estaba en uso desde el siglo IX. No se disputa la posibilidad de que los italianos y los españoles, en vez de tomar esta forma de otros pueblos, la hubiesen inventado; pero esta forma tiene un carácter tan marcado, que si se negase que las naciones cristianas la han tomado de los árabes, entre los cuales es tan antigua y tan propia, suponiendo que la han hallado por sí, no se podria afirmar tampoco ninguna otra transmision literaria de pueblo á pueblo, ni se podria impugnar á los que sostuvieran que, en vez de haber los italianos transmitido el soneto á las otras naciones, cada una halló por sí el soneto.

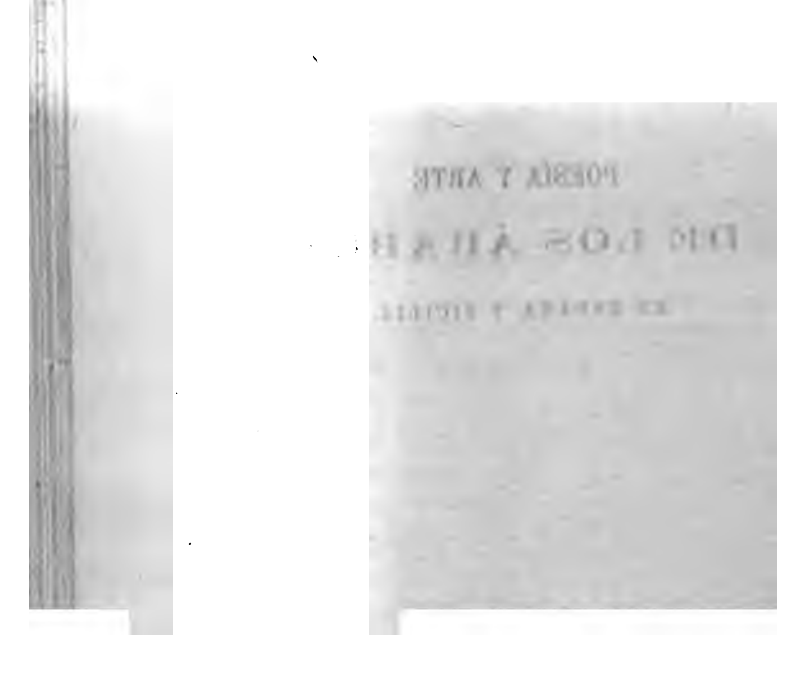
FIN DEL TOMO SEGUNDO.

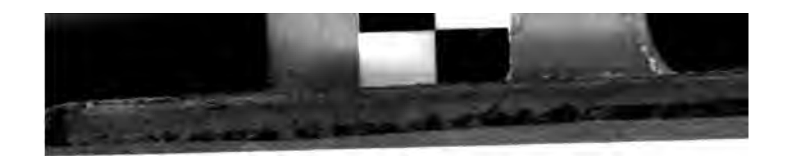


ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.



POESÍA Y ARTE
DE LOS ÁRABES
EN ESPAÑA Y SICILIA.





POESÍA Y ARTE

D

LOS ÁRABES

EN ESPAÑA Y SICILIA,

POR

ADOLFO FEDERICO DE SCHACK.

TRADUCCION DEL ALEMAN

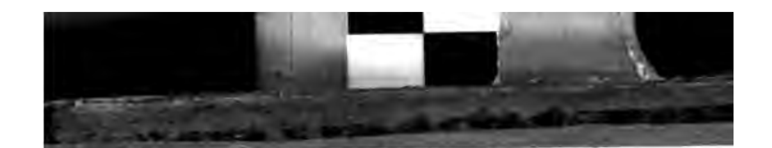
POR DON JUAN VALERA,

de la Real Academia Española.

TOMO TERCERO.

SEGUNDA EDICION.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1872



POESÍA Y ARTE

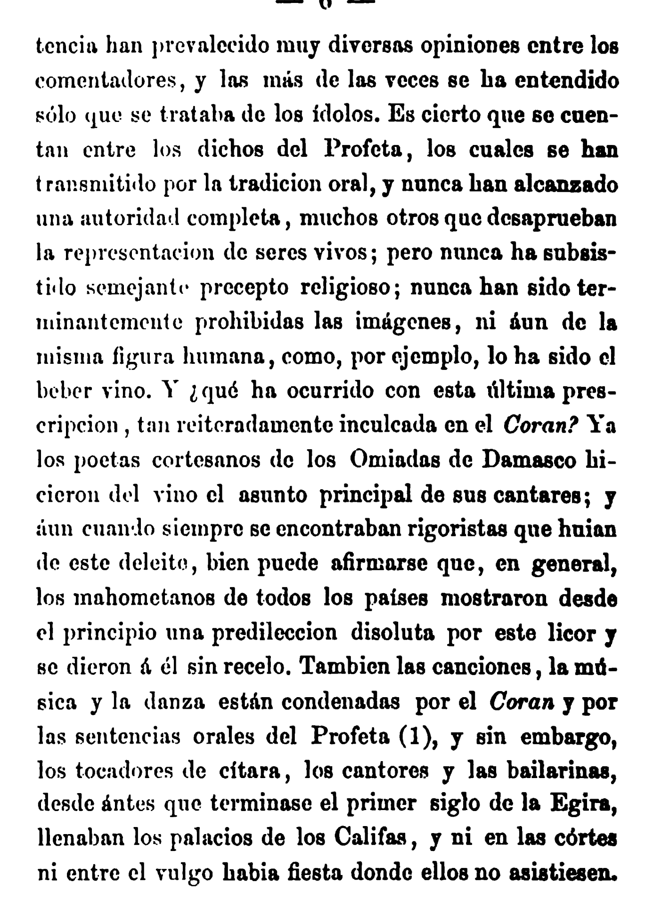
DE LOS ÁRABES

EN ESPAÑA Y SICILIA.

XV.

Del arte, y especialmente de la arquitectura de los árabes españoles hasta el siglo XIII.

En todas las historias del arte se halla la afirmacion de que la escultura y la pintura han sido siempre extrañas á los árabes; de que la prohibicion de las imágenes, hecha por Mahoma, secó en gérmen dichas artes, y entre las del dibujo no dejó más que la arquitectura á los pueblos del Islam. Pero por muy universalmente difundida que pueda estar esta opinion, siempre parece infundada á quien ha estudiado un poco la literatura y la historia del Oriente. Por lo tocante á la supuesta prohibicion, no puede citarse y alegarse otro pasaje del *Coran* que el siguiente de la sura v: «¡Oh creyentes, en verdad que el vino, las estatuas y los juegos de azar son abominables!» Sobre el sentido de esta sen-

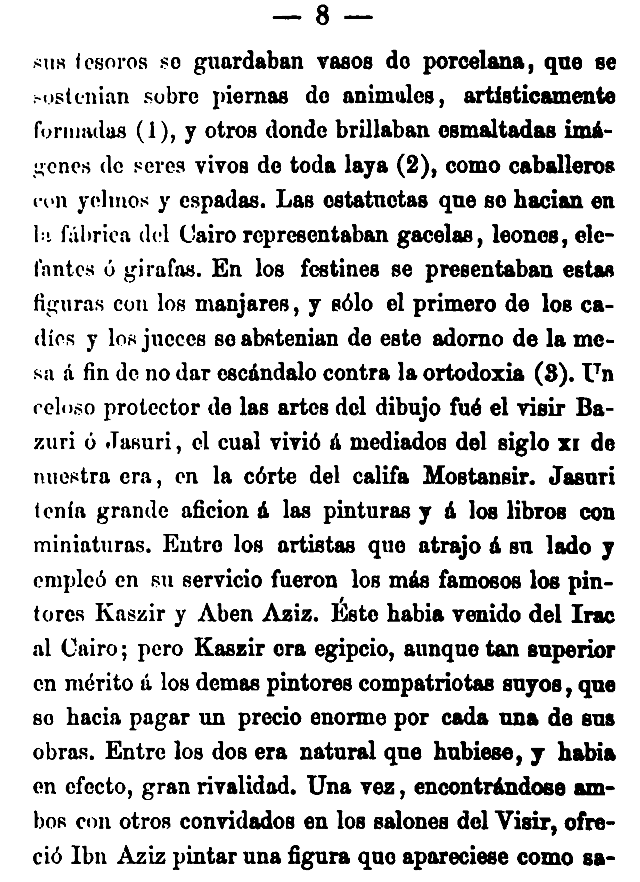


tencia han prevalecido muy diversas opiniones entre los comentadores, y las más de las veces se ha entendido sólo que se trataba de los ídolos. Es cierto que se cuentan entre los dichos del Profeta, los cuales se han transmitido por la tradicion oral, y nunca han alcanzado una autoridad completa, muchos otros que desaprueban la representacion de seres vivos; pero nunca ha subsistido semejante precepto religioso; nunca han sido terminantemente prohibidas las imágenes, ni áun de la misma figura humana, como, por ejemplo, lo ha sido el beber vino. Y ¿qué ha ocurrido con esta última prescripcion, tan reiteradamente inculcada en el *Coran?* Ya los poetas cortesanos de los Omiadas de Damasco hicieron del vino el asunto principal de sus cantares; y áun cuando siempre se encontraban rigoristas que huian de este deleite, bien puede afirmarse que, en general, los mahometanos de todos los países mostraron desde el principio una predileccion disoluta por este licor y se dieron á él sin recelo. Tambien las canciones, la música y la danza están condenadas por el *Coran* y por las sentencias orales del Profeta (1), y sin embargo, los tocadores de cítara, los cantores y las bailarinas, desde ántes que terminase el primer siglo de la Egira, llenaban los palacios de los Califas, y ni en las córtes ni entre el vulgo habia fiesta donde ellos no asistiesen.

(1) *Alii Ispahanensis*, lib. *cantil.*, ed. *Kosegarten*, proem., página 7.

Lo cierto es que los muslimes, desde los primeros tiempos, sólo han observado estrictamente aquellos preceptos de su religion que se avenian cómodamente y estaban en consonancia con sus inclinaciones. Nunca pasó por un artículo de fe que debieran abstenerse los muslimes del uso de imágenes, y si bien habia contra ellas cierta preocupacion entre los más rígidos creyentes, esto no impidió que se usasen desde el comienzo del Islam. Los califas omiadas Moawia y Abd-ul-Melic hicieron acuñar monedas, en las cuales están representados de cuerpo entero y con la espada ceñida (1). Chomarujah adornó una sala suntuosa, toda cubierta de oro y azul, de su palacio en el Cairo, con su propia efigie en estatua y con las de sus mujeres y cantarinas. Estas figuras eran de madera, muy esmeradamente esculpidas, y pintadas con vistosos colores: en las cabezas tenian coronas de oro purísimo y turbantes que resplandecian con piedras preciosas (2). Era muy comun hermosear con figuras los tapices, cuyo uso estaba muy extendido por todo el Oriente. Los fatimitas los poseian con retratos de reyes, de varones célebres y áun de dinastías enteras (3): en las paredes de sus tiendas se veian figuras de hombres y de animales (4), y en

(1) *Journal asiatique*, 1839, II, p. 494, donde tambien están grabadas dichas monedas.
(2) MAKRIZI, *Chitat*. Edicion de Bulak, I, 316.
(3) EL MISMO, I, 417.
(4) EL MISMO, I, 474.



sus tesoros se guardaban vasos de porcelana, que se sostenian sobre piernas de animales, artísticamente formadas (1), y otros donde brillaban esmaltadas imágenes de seres vivos de toda laya (2), como caballeros con yelmos y espadas. Las estatuetas que se hacian en la fábrica del Cairo representaban gacelas, leones, elefantes ó girafas. En los festines se presentaban estas figuras con los manjares, y sólo el primero de los cadíes y los jueces se abstenian de este adorno de la mesa á fin de no dar escándalo contra la ortodoxia (3). Un celoso protector de las artes del dibujo fué el visir Bazuri ó Jasuri, el cual vivió á mediados del siglo XI de nuestra era, en la córte del califa Mostansir. Jasuri tenía grande aficion á las pinturas y á los libros con miniaturas. Entre los artistas que atrajo á su lado y empleó en su servicio fueron los más famosos los pintores Kaszir y Aben Aziz. Éste habia venido del Irac al Cairo; pero Kaszir era egipcio, aunque tan superior en mérito á los demas pintores compatriotas suyos, que se hacia pagar un precio enorme por cada una de sus obras. Entre los dos era natural que hubiese, y habia en efecto, gran rivalidad. Una vez, encontrándose ambos con otros convidados en los salones del Visir, ofreció Ibn Aziz pintar una figura que apareciese como sa-

(1) MAKRIZI, *Chitat.* Edicion de Bulak, I, 410.
(2) EL MISMO, I, 472.
(3) EL MISMO, I, 477 Y 479.

liendo fuera de la pared, y Kaszir, por el contrario, se comprometió á pintar otra, en competencia, que hiciese el efecto de ir internándose por la pared. Todos los presentes declararon que lo último era una obra de arte más difícil, y ambos pintores, requeridos por el Visir, empeñaron su palabra para hacer lo prometido. Kaszir pintó en un lienzo de pared una bailarina con vestidura blanca, la cual parecia que penetraba en el muro á traves de un arco negro. Ibn Aziz, en competencia, pintó otra bailarina con vestidura encarnada, que producia la ilusion de salir fuera del muro al traves de un arco amarillo. Contentó de tal suerte al Visir la perfeccion con que ambas pinturas fueron terminadas, que regaló á ambos artistas sendos trajes de honor y una considerable suma de dinero (1). El califa Bi Ahkam Illah hizo edificar un mirador y pintar en él retratos de poetas. Sobre cada retrato se escribieron versos del poeta á quien representaba (2). En el Dar ul Noman, en el Cairo, habia una pintura del artista Al Kitami, que representaba á Josef en el pozo. Era de maravillar la viveza de colorido con que el cuerpo desnudo sobresalia en el fondo oscuro del pozo. Como los ejemplos aducidos hasta ahora son, en su mayor parte, de Egipto, en tiempo de los Fatimitas, tal vez pueda álguien creer que sólo bajo aquella dinastía he-

(1) MAKRIZI, *Chitat.* Edicion de Bulak, II, 318.
(2) EL MISMO, I, 486.



rética faltaron tan descaradamente los mahometanos á las prescripciones del Islam; pero ¿no hemos visto ya que un príncipe de la antigua dinastía de los Tulunitas mandó hacer estatuas icónicas de él y de sus mujeres? Puede añadirse que en el palacio de Ahmed Ibn Tulun habia una puerta, llamada de los Leones, porque delante de ella habia dos figuras de leones (1). Pero no sólo de Egipto, sino de muchos otros países, puede afirmarse lo mismo. En un vaso, fabricado en Mesopotamia en el siglo XIII, están representados cazadores á caballo, con halcones en la mano, toda clase de fieras, y músicos, cantores y bailarinas (2). El pintor Ibn Aziz, como ya hemos mencionado, fué llamado del Irac á Egipto. En uno de los cuentos de *Las mil y una noches* se dice de una casa de Bagdad: «En medio del jardin habia un muro, pintado con todo género de imágenes, como, por ejemplo, con las de dos reyes que peleaban; y ademas habia otras muchas pinturas, como hombres á pié y á caballo y pájaros dorados» (3). Makrizi cita una obra suya, que probablemente se ha perdido, sobre las clases ó escuelas de pintores (4). Ibn Batuta vió en el palacio de un príncipe del Asia Menor, una fuente que descansaba sobre leones de [illegible]

(1) MAKRIZI, *Chitat.* Edicion de Bulak, I, 310.
(2) REINAUD, *Description des monuments musulmans, etc.*, II, 425.
(3) KOSEGARTEN, *Chrestomathia arabica.*
(4) MAKRIZI, *Chitat*, II, 318.



ce que echaban agua (1). Refiere el mismo autor que en el África Oriental habia un rey mahometano, el cual, siempre que iba á la mezquita, hacia que llevasen sobre su cabeza cuatro baldaquines ó palios, cada uno de los cuales estaba adornado con la imágen dorada de un pájaro (2). Por último, los manuscritos arábigos suelen contener con frecuencia miniaturas donde se pintan las más várias situaciones de la vida.

Así es el manuscrito *Sentencias políticas* del siciliano Ibn Zafer, perteneciente á la biblioteca del Escorial, el cual está adornado con pinturas, ya de reyes, generales y jurisconsultos, ya de reinas con corona y pomposas galas, descansando sobre orientales alcatifas, ya de monjes con sus hábitos, y ya de obispos en toda la pompa sacerdotal, con mitra y con cruz. Tambien no pocos ejemplares de las *Sesiones de Hariri* tienen que lucir muchas pinturas, las cuales ilustran los diversos capítulos de la novela, ora representando una recepcion en la córte del Califa, ora un mercado de esclavos, ora el descanso de una caravana en el desierto, ora una asamblea de sabios (3).

Ningun obstáculo exterior se oponia tampoco al desenvolvimiento de la pintura y de la escultura. Si ambas artes, á pesar de esto, permanecieron en un grado

(1) IBN BATUTA, III, 303.
(2) EL MISMO, III, 187.
(3) *Journal asiat.*, 1833, I, pág. 326.



inferior de florecimiento, el motivo debe buscarse en otra razon. Tal vez dependa ésta, ménos de la abstracta naturaleza del Islam y de su monoteismo desnudo de toda imágen, que de aquella falta intrínseca en el espíritu de los árabes, la cual, á pesar de todas sus brillantes dotes, les ha impedido tambien llegar á un más alto desarrollo en aquellas formas de la poesía que describen y representan figuras. Las creencias del *Coran*, así como la historia del Profeta y de sus primeros prosélitos, hubieran podido prestar lucidos asuntos para la pintura. Imagínese, por ejemplo, la felicidad de los elegidos en el paraíso entre los brazos de las huríes oji-negras, representada por el pincel de un Tiziano muslim, ó las penas de los condenados, representadas por un Rembrandt. Pero los árabes se diria que no ven los objetos del mundo exterior con claros y determinados contornos, sino envueltos en una niebla luminosa, que desvanece y esfuma las líneas, haciendo que ni se sienta el deseo de darles forma consistente. Cuando los árabes quieren describir escenas de la naturaleza ó de la vida humana, muestran mucho más la impresion que de ellas han recibido que lo que han visto realmente; por lo que sus descripciones carecen tanto de seguridad y firmeza en los perfiles, cuanto se distinguen por un brillante colorido. La aptitud para comprender y reproducir la fisonomía propia de cada objeto es un requisito capital para cualquiera que anhele representarle con el pincel ó con el cincel. Se ha menester asimismo el



dón de comprender un objeto en su conjunto, y todas sus partes en relacion con él; y en este punto no están los árabes dichosamente organizados, prevaleciendo en ellos la inclinacion á fijarse en particularidades, cuya relacion y armonía desatienden. En todo esto están los árabes y los demas pueblos semíticos en marcadísima contraposicion con los griegos. Así como á éstos les fué concedida en alto grado la virtud plasmante, y pudieron dar forma sensible á cada uno de los sueños de su fantasía con claridad, firmeza, perfecta y arreglada medida y sujecion armónica de las partes al todo, calidades que resplandecen en sus obras de arte ó de poesía, así los árabes, comprendiendo el mundo exterior de un modo subjetivo, no tuvieron la inteligencia de los contornos y líneas, de las superficies y del conjunto, por lo que nunca lograron elevarse más allá de los principios, ni en pintura, ni en escultura, ni en poesía épica ni dramática.

La misma condicion natural de la mente no consintió que los árabes compitiesen en arquitectura con los pueblos que han creado las más altas formas de aquel arte. En la traza de un gran plan, en la sujecion de todas sus partes á un pensamiento dominante, quedaron muy por bajo, así de los autores de los antiguos teatros, templos, hipódromos y termas, como de los artífices que hicieron las catedrales góticas. Sin embargo, como la arquitectura no exige la penetracion de extrañas individualidades, ni la inteligencia y la reproduccion per-

ceptible de determinados fenómenos de la vida, este arte abrió á las facultades de los árabes un campo más apropiado. Si bien sus fuerzas no les suministraban los medios conducentes á crear un conjunto armónico, todavía en este arte lograron mostrar su propension y su talento á la primorosa ejecucion de los pormenores. Los árabes han creado obras de arquitectura que, si bien en el todo no contienen un plan extenso y perfecto, ejercen un poderoso encanto por la graciosa maestría, la armoniosa forma y la exuberante riqueza de los detalles.

Es problemático hasta qué punto la arquitectura de los árabes ante-islámicos ha influido en la de las épocas posteriores. Entre las tribus nómadas que, yendo de lugar en lugar, llevaban consigo sus móviles tiendas, ninguna arquitectura podia desenvolverse. Pero lo contrario sucedia en ciertas fértiles regiones. Allí habia florecientes ciudades y residencias de reyes, cuyo maravilloso lujo ha llegado á ser proverbial, como se lee de los palacios de Javarnak y de Sedir, y de otros alcázares y castillos de los reyes de Hira (1). Sin embargo, en parte alguna queda la menor indicacion sobre el estilo de estos edificios. No es posible, por lo tanto, seguir los pasos al desenvolvimiento de la arquitectura arábiga ántes del principio del Islam (2). En este prin-

(1) HANZA ISPAH, ed. Gottwaldt, pág. 101.—ABULFEDA, *His. anteislam*, ed. Fleischer, páginas 122, 227.

(2) *Prolegomena de Ibn Jaldun*, publicados por Quatremère, II, 231.



cipio hubo de ser muy poco su progreso á causa de la agitacion de las guerras de conquista, de la severidad de costumbres y de la sencillez de los primeros califas. La necesidad de edificios que tuviesen por objeto el culto divino, hubo de ser satisfecha á poca costa. Del mismo modo que los cristianos de los primeros tiempos dedicaban á su culto los templos y basílicas de los romanos gentiles, los muslimes victoriosos adaptaban á las necesidades de sus ritos y ceremonias los monumentos religiosos de los países que sometian. Más tarde, cuando el imperio de los Sasanidas conquistado y las subyugadas provincias del imperio bizantino infundieron su cultura á los vencedores, y aquel pueblo errante desechó su vida intranquila y adoptó viviendas fijas, se desenvolvió tambien en él el gusto á las artes que hermosean la vida (1). La aficion al lujo que empezó á manifestarse, así en las córtes de los califas como entre los ricos habitantes de las ciudades sirias, procuró satisfacerse construyendo suntuosos palacios y casas; y la religion asimismo anheló más espacioso y elegante local para sus propósitos piadosos. Los árabes hallaron en las comarcas conquistadas del Asia Menor muchos monumentos griegos y romanos; en Persia los brillantes palacios de los Sasanidas, y por todas partes arquitectos que seguian trabajando, como ántes, segun su manera y estilo de construir y adornar, por

(1) Ibn Jaldun, 231.

donde mucho de esto pasó á la arquitectura arábiga. La necesidad de edificar hizo que se aprovechasen de varios modos las ruinas de las destruidas ciudades, y no pocos arquitectos bizantinos ayudaron á levantar las mezquitas del islamismo (1); pero las creencias y las costumbres de los conquistadores eran bastante poderosas para subordinar aquella extraña cooperacion á sus propias necesidades, y para hacer que concurriese al plan y al intento de sus nuevas construcciones.

La forma que se nos ofrece primero es la de un espacio cuadrilongo con columnas, rodeado de un muro, y con un patio en el centro. Esta forma puede considerarse como el punto de partida de las ulteriores creaciones arquitectónicas de los árabes. Tal era el fundamento, como circunstanciadamente dirémos despues, de la construccion de sus casas y palacios, formando el patio, con su pórtico entorno, el centro de las salas y columnas que á los lados se agrupaban. De aquí dimanó tambien la estructura de la mezquita, la cual no contenia las más veces sino dicho pórtico, que, extendiéndose por un lado en muchas hileras de columnas, formaba el sitio propio para el culto.

Con frecuencia se ha sostenido que la forma de la mezquita es una imitacion de la antigua basílica cris-

(1) Ibn Jaldun, en el notabilísimo capítulo sobre la Arquitectura, tomo ii, 323.



tiana; y por cierto no puede negarse que esta última ha ejercido algun influjo sobre el templo muslímico; pero este influjo ha sido sólo en los pormenores, porque la mezquita y la basílica son esencialmente diversas en cuanto á la forma fundamental. En la basílica forma el pórtico de columnas un atrio, el cual, en relacion con lo principal del edificio, tiene ménos extension, y desde el cual se pasa al templo por alguna puerta. Por el contrario, la mezquita arábiga es, en su forma primordial, y áun á veces en la más perfeccionada, un atrio circundado de pórticos, uno de los cuales suele dilatarse por un lado en más profundas naves. Así, por ejemplo, la mezquita de Tulun, en el Cairo (obra del siglo IX), tiene por tres lados una doble hilera de columnas, y por el cuarto lado cinco: en medio está el atrio. El orígen de esta forma se aclara sencillamente por la que tiene y tuvo desde muy antiguo la mezquita de la Meca, la más santa entre todos los templos mahometanos. El segundo sucesor del Profeta, el califa Omar, hizo circundar de un muro el lugar en que está la Caaba. En el año 66 de la égira, Ibn ul Zubair puso un peristilo á la largo del muro (1). Y en esta forma, salvo pequeñas modificaciones y aditamentos, ha permanecido hasta el dia siendo un recinto abierto entre pórticos, en cuyo centro están la Caaba y la Fuente Zemzen. Es

(1) *Crónicas de la ciudad de la Meca*, publicadas por Wüstenfeld, tomo IV, páginas 121 y 138.

evidente que este venerado santuario de los muslimes, el cual debe ser visitado por cada creyente al ménos una vez en la vida, hubo de presentarse á los ojos como modelo de los otros templos. Pero como está prescrito que se dirija la mirada á la Meca cuando se ore, y esta misma direccion, la kibla (véase el *Coran*, sura x, 87), está señalada en un lugar, el mihrab (*Coran*, sura III, 33), la afluencia de los fieles en aquella parte del edificio es tan grande que ha obligado á ensanchar aquel espacio y á extender las hileras de columnas. Parece á propósito ofrecer aquí una corta descripcion de las partes principales de una mezquita grande ó *djami* (las pequeñas se llaman *mesdjid*), destinada al culto divino los viérnes. Cualquiera de estas mezquitas es el punto céntrico de varios establecimientos de beneficencia y de enseñanza. Entorno suyo se agrupan el hospital, el *caravan-serail* para los peregrinos, el hospicio para los pobres, la casa de baños, la escuela de los muchachos y la escuela superior, ó madriza. La misma mezquita, la casa de Dios, se divide en atrio, *sahn*, y en santuario ó *djami* en sentido estricto. Desde el centro del atrio ó patio, donde suele haber fuentes, cubiertas de un techo en forma de cúpula para las purificaciones prescritas, siguiendo la direccion de la Meca, y entrando en el santuario, se ve al extremo de las hileras de columnas el mihrab, primorosamente adornado, el cual es un nicho ó pequeña capilla, en su parte superior por lo comun en forma de concha, y que

tal vez es una imitacion del ábside en las basílicas cristianas (1). Detras del mihrab está á veces la *raudha* ó sepulcro del fundador. Á la derecha del que ora, el cual se dirige al mihrab, se halla el púlpito ó almimbar, donde todos los viérnes se pronuncia la Chotba, ó dígase la oracion por el príncipe supremo de los creyentes, ya se llame califa, como en lo antiguo, ya sultan, como ahora. Enfrente del mihrab, en la línea anterior del atrio, hay, sostenido sobre cuatro columnas, un balcon (*dahfil* ó *mikkeh*); de un lado y otro están dos sillas para lectores, con atriles para sostener el *Coran*. Hasta más tarde no fué parte esencial de una mezquita el alminar, desde cuya altura, en horas señaladas, debia llamar á la oracion el almuédano. Las mezquitas principales solian tener muchas de estas torres, así como tambien el mihrab se multiplicaba. Ademas del almimbar para la plegaria del viérnes, habia otro púlpito para predicaciones, llamado *kursi*. Sobre la parte más santa de la galería de columnas se levantaba una cúpula, segun las reglas.

Inútil es decir que aquí sólo se habla del estilo arquitectónico de aquellas mezquitas que han sido edificadas por los árabes mismos, y no de otros edificios

(1) El caso de que el *Coran* está guardado en el mihrab en todas las mezquitas no deja de tener excepciones. En Damasco, por ejemplo, se hallaba el sagrado libro en una capilla enfrente del mihrab (IBN BATUTA, I, 202), y en Córdoba estaba custodiado en el almimbar (MAKKARI, I, 360).



para los cuales han sido aprovechadas ó puntualmente imitadas las obras de otras naciones. Á este género pertenecen, por ejemplo, casi todas las mezquitas turcas, incluso la de Omar, en Jerusalen, que se cuenta entre las más antiguas.

Entre los monumentos más notables que la arquitectura arábiga ha ido levantando en su camino hácia Europa, están las mezquitas de Medina, Damasco y Cairvan. La primera es, sin duda, la más antigua, ya que su fundacion se atribuye al mismo Mahoma. El Profeta, en efecto, hubo de fundar, durante su permanencia en Medina, un templo del género más sencillo, en el cual trabajó en parte con sus propias manos. Para columnas de este templo servian troncos de palmas, y la techumbre estaba sostenida sobre sus ramos. Posteriormente vino á ser este edificio, merced á que allí reposaba el cuerpo de su fundador, uno de los más santos lugares del Islam. Los sucesores de Mahoma le edificaron de materiales más sólidos y le dieron la forma, que conserva aún, de un recinto cuadrado descubierto, cercado de un pórtico, el cual se prolonga considerablemente hácia la parte del Sur, donde están los sepulcros de Mahoma y de los primeros califas (1). Quien concluyó la obra fué Walid I, uno de los más notables edificadores, el cual reinó del año 705 al 715 de Cristo

(1) IBN BATUTA, I, 263. Estampa en Burton, *Peregrinacion á la Meca y á Medina.*



y mandó edificar tambien el templo de Damasco, el más celebrado del Islam. Aquí se sirvieron los mahometanos por vez primera para su culto de la mitad de la iglesia de San Juan; pero cuando Walid dispuso que en el mismo lugar se edificase una magnífica mezquita, tomó á los cristianos la otra mitad tambien y mandó derribar el antiguo edificio. La soberbia fábrica nueva, que se levantó sobre aquel solar, consta de tres grandes naves en direccion de Occidente á Oriente. Delante está el atrio, cercado de un pórtico por los otros tres lados. Obreros de Constantinopla, que el Califa hizo venir por medio de una embajada al Emperador bizantino, y asimismo otros obreros que, segun Abulfeda, vinieron de otras tierras del Islam, se emplearon en la construccion del edificio. Extraordinariamente rico es el adorno de lo interior; el pavimento es todo de mosaico, y la parte inferior de los muros está revestida de mármol, sobre el cual serpentea una vid dorada, y más alto hay aquel género de mosaico que llaman *fesifiza*, con el cual, por medio de pequeños pedazos de vidrio, ya dorados, ya de colores, se ven figuradas imágenes de árboles, ciudades y otros objetos. La techumbre está incrustada de oro y azul celeste, y áun con más ricos adornos resplandece el *mihrab* principal. Sobre él se levanta la gallarda y poderosa cúpula. Setenta y cuatro ventanas de vidrio dan luz al edificio. Los escritores arábigos no saben poner término en sus descripciones del maravilloso esplendor de esta

de construir, de la arquitectura de los romanos, si bien trasformándolo todo, segun estilo propio de ellos. Como lo primitivamente arábigo y tan original que da á todo lo restante un carácter distintivo, debe notarse en primer lugar la posicion de las columnas en forma de cuadro y de cruz, de suerte que se ven en líneas oblicuas y más espesas que lo están en realidad, y asimismo el enlace de las columnas por dobles arcos y la forma peculiar que en los arcos predomina. Esta peculiaridad consiste en parte en que los arcos están picados ó recordados en una serie de semicírculos, y en parte en que tienen la forma de herradura, de manera que en sus extremos inferiores se acercan de nuevo y propenden á formar el círculo. Por lo que toca á los adornos, principalmente en los tan pródigamente esparcidos en toda la parte edificada por Haken II, no es difícil de reconocer un orígen bizantino. La *fesifisa*, esto es, el mosaico, labrado con piedrecillas y pedazos de vidrio del mihrab, es enteramente obra griega, como se halla en las iglesias de Ravena, y áun se dice explícitamente que la *fesifisa* que hemos citado fué un regalo del Emperador de Constantinopla (1). Por lo demas, este adorno de mosaico hubo de acomodarse singularmente al gusto de los árabes; y, despues de haberle empleado en la mezquita de Damasco y en otras de sus más antiguas casas de Dios, extendióse su uso á objetos muy

(1) Al Bayan, ii, 253.—Edrisi, ii, 60.



dumbre en que se hallaba, y rogó á Alá que le diese á conocer el lugar santo. Entónces vió, en sueños, una figura que le dijo: «¡Oh favorito del Señor de los mundos! En cuanto amanezca tomarás el estandarte y te le echarás al hombro; en seguida oirás una voz que dirá: *Alah akbar;* y de nadie sino de tí será la voz oida. En el sitio donde la voz resuene, edificarás el *mihrab* y la *kibla.*» Okba obedeció el mandato, y clavando en tierra su estandarte en el lugar designado, gritó: «Éste es vuestro *mihrab*» (1). La mezquita así edificada de la naciente capital del norte de África, constaba en un principio de cuatro naves, un patio pequeño y un alminar bajo; pero, en el año 836 de Cristo, fué renovada por completo, y vino á ser un soberbio edificio de diez y siete naves, cuya techumbre estaba sostenida por cuatrocientas catorce columnas. Su *mihrab* era de mármol blanco, prolijamente labrado y cubierto de esculturas, arabescos é inscripciones. Mil y setecientas lámparas iluminaban aquel recinto durante la fiesta del Ramadham (2).

Los monumentos arquitectónicos de Bagdad no pertenecen á los que antecedieron á los monumentos andaluces, pues al mismo tiempo que los Abasidas empezaron á hermosear con templos y palacios aquella capital de su imperio, los Omiadas, habiéndose hecho

(1) Al Bayan, i, 19.
(2) Al Bekri, publicado por Slane, 22.—Al Kartas, ed. Tornberg, 29.



independientes, desplegaron en Occidente la misma actividad. Desde su primera invasion en España hallaron los mahometanos multitud de brillantes edificios de los romanos y de los visigodos. Sus historiadores dan testimonio de los admirables monumentos, puentes, palacios é iglesias, cuya vista llenó de pasmo á los conquistadores (1). Sin embargo, estos monumentos, que prestaron muchos materiales para las obras arquitectónicas de los árabes, raras veces les sirvieron de modelo. Bastante tiempo trascurrió ántes de que los árabes pensasen en tales empresas de alguna importancia. Sin duda que el Islam, así en Andalucía como por donde quiera, habia marcado su irrupcion erigiendo mezquitas, las cuales solian ellos plantar á par de sus banderas en el suelo conquistado; pero estas mezquitas fueron, sin disputa, en su mayor parte, iglesias cristianas, adaptadas por una parcial trasformacion al culto de los vencedores (2). Las turbaciones, que inmediatamente siguieron á la conquista de la tierra extraña, no consintieron que se erigiese por lo pronto ningun edificio de consideracion. Ántes de que empezase Andalucía á gozar de cierta quietud bajo el dominio del primer Omiada, no se pudo pensar en grandes construcciones artísticas. Gracias á la inmigracion de muchos partidarios de la dinastía derribada en Oriente, la po-

(1) Al Bayan, II, 16.
(2) Ibn al Kutia, en el *Journ. asiat.*, 1856, II, 4[illegible].



blacion de Córdoba creció de tal suerte que las mezquitas de allí no bastaban á la concurrencia de los fieles. Hasta entónces habian conservado los cristianos la catedral de aquella ciudad, miéntras las demas iglesias habian sido destruidas; pero los árabes sirios propusieron que se les quitase, como se habia hecho en Damasco, la mitad del edificio, para trasformarla en mezquita. Abdurrahman aceptó la proposicion; la realizó, y pronto deseó tambien la otra mitad del edificio, la cual obtuvo de los cristianos á trueque de cierta suma de dinero y dándoles permiso de reedificar las otras iglesias. Despues de derribada la catedral toda, se comenzó en el mismo sitio, en el año de 785 ó 786, la construccion de una gran mezquita. Natural era que se aprovecháran para esto las piedras y otros materiales de más antiguos edificios. Sirvieron especialmente las columnas de diversos órdenes, y cuando unas de acá y otras de acullá fueron empleadas, las que faltaban aún se hicieron segun los mismos modelos, á fin de guardar cierta simetría. La falta de conocimiento, ó quizás la precipitacion de los arquitectos, fué causa de que sobre las columnas se pusiesen á menudo capiteles que no correspondian á los fustes. Despues que esta mezquita, en el breve término de un año estuvo terminada, por decirlo así, de un modo preliminar y provisorio, la ensancharon y la hermosearon casi todos los califas posteriores. Hixen, hijo de Abdurrahman, le añadió un alminar, y obligó á los cristianos á traer no



pocos restos de los muros de la ciudad de Narbona, por él conquistada, hasta las puertas de su palacio en Córdoba, donde los empleó en otras construcciones de la mezquita (1). Abdurrahman II agrandó aún más el edificio. Su hijo Muhámed le hermoseó con ricos ornamentos en lo interior y erigió una *maksura*, ó dígase circundó con una balaustrada la parte más santa de la mezquita. El emir Abdalah hizo un camino cubierto, por el cual se iba desde el palacio á la mencionada *maksura*. Por Abdurrahman III, que mereció bien el sobrenombre de *Grande*, fué edificado un nuevo suntuoso alminar, en el lugar del antiguo, que fué echado por tierra (2). Al lado de este alminar se construyó asimismo una habitacion para los almuédanos ó muezines. Un más importante engrandecimiento y trasformacion tuvo todo el edificio en tiempo de Haken II. Este califa extendió las once largas naves, que halló construidas, con ciento cinco toesas más de fábrica hácia el Sur, para donde se convino en edificar un nuevo

(1) Rodericus Toletanus, cap. xix.—Makkari, i, 218, habla, á la verdad, de la construccion de la mezquita «que está delante de la puerta del jardin», la cual, segun el mismo Makkari, i, 303, parece ser diferente de la gran mezquita; sin embargo, Ibn al Kutia refiere que Hixen empleó una parte del botin hecho en Narbona en la construccion de la gran mezquita.

(2) Este alminar cayó á su vez en un terremoto. En su lugar se ve hoy la torre de las campanas, obra del arquitecto Hernan Ruiz, en estilo greco-romano. La estatua del arcángel San Rafael corona la torre.

mihrab (1) y una nueva *maksura* (2). Á esta construccion hácia el Sur se añadió, por último, otra hácia el Oriente por el gran regente Almansur, el cual construyó, á más de las once naves ya existentes, otras ocho de la misma extension (3). El material en esto empleado consistia en restos de las iglesias destruidas por Almansur en el norte de España, los cuales fueron traidos á Córdoba en hombros de los cristianos cautivos (4).

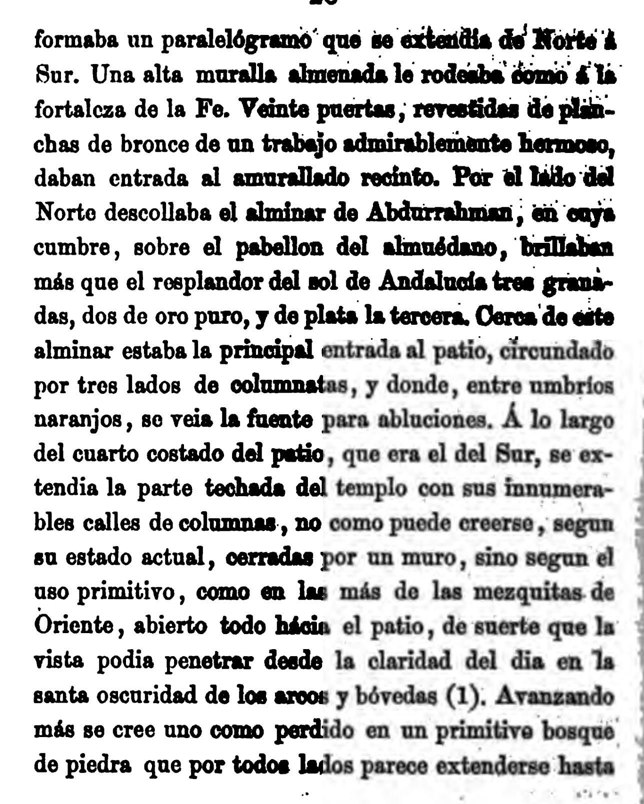
La obra completa, tal como vino á terminarse en más de un siglo por el esfuerzo de muchos príncipes,

(1) Cerca de este mirab estaba un almimbar de maderas ricas, como ébano y sándalo, incrustado de piedras preciosas; obra admirable, en cuya ejecucion se emplearon ocho años. En este almimbar se custodiaban el *Coran* de Othman en una caja de ataujía, de oro, rubíes y perlas; la cual caja era tan pesada que apénas si dos hombres podian con ella. Dicho *Coran* fué traido á Andalucía en el año 556 de la Egira, y, segun la creencia popular, el califa Othman habia hecho la copia con su misma sangre. Abdulmumen Ibn Alí le robó de la mezquita de Córdoba y le llevaba consigo en todas sus expediciones guerreras. —(*N. del T.*)

(2) Aunque la Meca está al Sudeste de España, y hácia allí, por lo tanto, debian dirigirse el *mihrab* y la *kibla*, la direccion, con todo, fué hácia el Sur. Véanse *Las siete Partidas*, partida 3.ª, tít. XI, lib. XXI, donde se prescribe *En qué manera deben jurar los moros*, «tornándose de cara y alzando la mano contra el Mediodía, á que llaman ellos *alquibla*.» Véase tambien MAKKARI, I, 369.

(3) Esto está tomado principalmente de AL BAYAN, II, 244, 249, 254 y 308, donde la historia de la edificacion de la mezquita viene referida más claramente. Véase tambien MAKKARI, I, 358 y otros lugares.

(4) MAKKARI, II, 146.



formaba un paralelógramo que se extendia de Norte á Sur. Una alta muralla almenada le rodeaba como á la fortaleza de la Fe. Veinte puertas, revestidas de planchas de bronce de un trabajo admirablemente hermoso, daban entrada al amurallado recinto. Por el lado del Norte descollaba el alminar de Abdurrahman, en cuya cumbre, sobre el pabellon del almuédano, brillaban más que el resplandor del sol de Andalucía tres granadas, dos de oro puro, y de plata la tercera. Cerca de este alminar estaba la principal entrada al patio, circundado por tres lados de columnatas, y donde, entre umbríos naranjos, se veia la fuente para abluciones. Á lo largo del cuarto costado del patio, que era el del Sur, se extendia la parte techada del templo con sus innumerables calles de columnas, no como puede creerse, segun su estado actual, cerradas por un muro, sino segun el uso primitivo, como en las más de las mezquitas de Oriente, abierto todo hácia el patio, de suerte que la vista podia penetrar desde la claridad del dia en la santa oscuridad de los arcos y bóvedas (1). Avanzando más se cree uno como perdido en un primitivo bosque de piedra que por todos lados parece extenderse hasta

(1) Déjase esto conocer en que el muro que separa del patio la actual catedral de Córdoba, contiene columnas y arcos empotrados, los cuales corresponden en órden y posicion con los de adentro: prueba de que los huecos fueron más tarde llenados. Una inscripcion incrustada en este muro y publicada en el *Memorial histórico de la Real Academia*, VI, 317, declara



lo infinito. Más de mil y cuatrocientas columnas, reposando sobre pedestales de mármol, tomadas de antiguos edificios y notables por la variedad de los capiteles, sustentaban sobre pilares cuadrados la primorosa techumbre ricamente esmaltada y cubierta de escultura (1). Esta escultura estaba hecha en una clase de pino, peculiar de Berbería y muy duradero y resistente. Á lo largo del muro habia ventanas, y placas de mármol, prolijamente esculpidas, revestian el muro hasta el techo (2). De una columna á otra se extiende un arco de herradura, y por cima, yendo de pilar á pilar, se alza un segundo arco redondo. Andando por este laberinto de diez y nueve largas naves, que otras treinta y tres atraviesan, se llegaba á un muro ricamente pintado y adornado de pequeñas almenas, tal vez calado como una verja, el cual circundaba la parte más santa de la mezquita. Este muro estaba al Sur, en lo edificado por Hakem II, y abrazaba las cinco naves del medio, de las once que en un principio formaban el edificio, de modo que de un lado y de otro sólo quedaban

que dicho muro fué construido por Abdurrahman III, con lo cual está en consonancia Al Bayan, II, 246, donde se dice que Abdurrahman an Nazir habia edificado el muro del lado de las once naves.

(1) La cuenta de los escritores arábigos sobre el número de las columnas varía mucho; pero hoy existen aún 900, lo cual atestigua la cruel trasformacion que el edificio ha sufrido para convertirle en catedral.

(2) Edrisi, II, 62.



tres largas naves. El espacio cercado así contenia ciento y nueve columnas, y se extendia de Occidente á Oriente setenta y cinco toesas, y desde el Norte hasta el muro del Sur de la mezquita, veintidos. Esto era la *maksura* (1).

El Califa llegaba hasta ella desde su palacio por un camino cubierto y una puerta, que se hallaba en la muralla del Sur. En medio de la *maksura* tenía el Califa su asiento (2). Miéntras tanto, estaba sin duda alguna para el pueblo tambien la entrada libre. Tres preciosísimas puertas conducian desde lo restante del templo á lo interior de la *maksura*. Las miradas de quien las atravesaba eran limitadas al punto por la muralla del Sur de la mezquita y deslumbradas por la rica pompa de

(1) Makkari, i, 362. Por *maksura* se entiende: «El santuario separado del resto de la mezquita, que se cerraba por la noche, miéntras que lo demas del edificio quedaba abierto, para lo cual el santuario de la gran mezquita de Tlemecen estaba todo cercado, como el de Córdoba, de una balaustrada.» Véase Lane, *Manners and customs of the modern Egyptians*, i, 119, y Bargés, *Tlemecen, sa topographie, son histoire*, etc. París, 1859, pág. 334. Cuando se hablaba sencillamente de la maksura debia entenderse siempre que se hablaba de esta separacion del santuario. La misma palabra, sin embargo, significaba un lugar cerrado, una tribuna, y en este sentido solia haber muchas *maksuras* en las grandes mezquitas, como, por ejemplo, en la de Damasco. (*Hist. des Sultans Mamlouks par Makrisi*, ii, 1, 283.) Tambien en la mezquita de Córdoba habia *maksuras* para las mujeres. (Makkari, i, 361.) En este sentido podia tambien el lugar cerrado ó tribuna del Califa, que estaba en medio del grande espacio cerrado, llamarse restrictamente *maksura*.

(2) Makkari, i, 362.



mosaicos y mármol dorado, de que estaba cubierta. Allí se veia, si es lícito valernos de esta expresion, el *Sancta Sanctorum*, consistente en tres capillas contiguas con arcos de herradura dentellados, de una labor maravillosamente rica. Estas capillas estaban, principalmente en el muro del Sur, cubiertas de refulgentes y preciosos mosaicos, hechos con piedrecillas ó con pedazos de vidrio dorados ó de colores, donde habia, ya sentencias del Coran ú otras inscripciones en letras cúficas, ya lazos de flores y otros encantadores arabescos de esplendente colorido sobre fondo de oro. La mayor y más deslumbradora de estas capillas era la del medio, techada por una grande cúpula de mármol blanco, de la cual pendia una enorme lámpara. Al lado del Sur se hallaba el *mihrab* principal (1). Era ésto un nicho que tenía por base un octógono y que por encima terminaba en una gigantesca concha de mármol; todo lo cual reflejaba en torno los resplandores de sus adornos de mosaico. La nave que desde la puerta del Norte conducia á este santuario supremo era más ancha que las otras y se distinguia por una más rica ornamentacion en los arcos y en los capiteles de las columnas. Á la derecha del mihrab se veia el almimbar ó púlpito,

(1) Sin duda que de estos nichos habia más de uno en cada mezquita. Áun se distinguen los que habia en las dos capillas contiguas á la derecha é izquierda del mismo santuario. La mezquita de Damasco tenía por lo ménos tres mihrabs. (MAKRISI, *Sultans Mamlouks*, II, 1, 283.—IBN BATUTA, I, 203.)



suntuoso y bello por su artística labor y por las preciosas maderas de que estaba formado. Enfrente del mihrab, algo hácia el Norte, habia una tribuna ó balcon, sostenido en columnas, llamado *mahfil* ó *dikke*, con dos atriles á los lados (1). Innumerables lámparas, unas de plata pura, otras del bronce fundido de las iglesias cristianas, colgaban de las bóvedas. Pródigamente estaban difundidos el mármol de diversos colores, el oro y los mosaicos por todo el edificio.

Ni faltaban tampoco figuras esculpidas ó pintadas. En dos columnas rojas se veian representaciones ó imágenes de la *Sagrada Escritura*, y de las tradiciones mahometanas. En otros puntos estaban figurados los siete Durmientes de Efeso y el cuervo de Noé. Esto daba claro testimonio de que el Islam no prohibe en absoluto la representacion de seres vivos, ya que las habia en aquella mezquita, por cierto una de las más santas del mundo muslímico (2).

No se puede desconocer que el edificio, así en su conjunto como en los pormenores, muestra muchos de-

(1) Todas las grandes mezquitas que yo he visitado en Egipto, Argel y Turquía, contienen en el lugar designado un balcon ó tribuna de esta clase, lo cual parece ser esencial al culto muslímico. Se puede conjeturar, por lo tanto, que dicho balcon no faltaba en la mezquita de Córdoba, aunque los escritos de los árabes no hagan de esto mencion alguna.

(2) Lo expuesto se funda en una cuidadosa comparacion de todos los diversos datos, con frecuencia harto difíciles de conciliar, que sobre la mezquita de Córdoba traen MAKKARI, I, 358, 361, 367, etc.; II, 154; AL BAYAN, II, 244; EDRISI, II, [illegible]



fectos y lleva el sello de un arte poco adelantado. No se nota aquí aquella armonía nacida del más alto sentimiento de la belleza, é iluminada por la divina serenidad del templo griego, que por todos lados manifiesta la perfeccion en la arquitectura; ni se advierte tampoco la creacion maravillosa de la catedral gótica, levantada sobre colosales pilares de piedra, la cual arrebata la mente hácia los cielos con rapto poderoso, porque de todas sus partes transpira una vida arcana, y todas concurren á formar como un gran símbolo de la fe, propio y adecuado centro de la piedad y de las profundas meditaciones, lleno de severas imágenes de mármol y de flotantes figuras luminosas en las ventanas, al traves de las cuales se difunde sobre los fieles que oran un resplandor místico; algo como un rayo de la gloria divina. Pero si bien la mezquita de Córdoba no compite en perfeccion artística ni con el Partenon ni con la catedral de Strasburgo, siempre debe ser tenida por una de las obras más admirables de las manos del hombre; fábrica imponente, así por su majestad, magnitud y vigor, como por el brillo con que deslumbra y por el espíritu fantástico que la anima, discurriendo por su seno cual por las suras del *Coran*, y ejerciendo un encanto irresistible. Es digno de admiracion el que con materiales en gran parte extraños, con antiguas columnas de diversos órdenes y con mosaicos bizantinos, se haya erigido el Islam un santuario que retrata y patentiza su más propio é íntimo sér. Así como los árabes,



anhelantes de sombra y de bebida, habian fantaseado su paraíso como un lugar de delicias, lleno de frescura y de fuentes murmuradoras, así tambien quisieron hacer de este templo de Alá un trasunto de aquel Eden, dotándole de cuantos bienes y excelencias ha prometido Mahoma á los bienaventurados. Por esto hay en el patio, á la sombra de árboles frondosos, sonoras fuentes, semejantes á aquellas en cuya orilla han de reposar los elegidos; y por esto el que entra bajo la techumbre del santuario siente una impresion parecida á la del que penetra en la oscuridad de una selva sagrada: acá y acullá rayos de luz que atraviesan el ambiente difunden un suave crepúsculo, y luégo vuelve la profunda oscuridad del bosque. Como troncos de árboles se levantan las columnas; como las ramas se entrelazan los arcos y forman la umbría techumbre, al modo del tooba, árbol maravilloso del paraíso, el cual pulula de la misma suerte que el sicomoro índico, cada una de cuyas ramas, no bien penetra en el suelo, se convierte en un nuevo tronco. Adornan ademas los muros, en pintados arabescos y caprichosos laberintos, plantas enredaderas, flores y frutas, que, trepando por las paredes, serpentean á lo largo de la techumbre, y se diria que están pendientes sobre las cabezas de los fieles (1).

(1) Aunque la descripcion que hace nuestro autor de la mezquita de Córdoba es completa y bella, no puedo resistir á la tentacion de trasladar aquí otra descripcion en verso, hecha



Un pueblo, de muy diversas creencias y costumbres, ha consagrado ya á su culto este santuario del Islam,

por otro aleman, el Dr. Fastenrath, no ménos apasionado de las cosas de España. La descripcion poética del Dr. Fastenrath, segun yo la he traducido, es como sigue :

ABDELRAHMAN I Y EL ÁNGEL.

En la quinta de Ruzafa,
Al umbral del paraíso,
Duerme el grande Abdelrahman,
Está de Mervan el hijo.
El blanco alcon de Coreixi,
De Beni Abbás fugitivo,
Halló, léjos de Damasco,
Un trono, buscando asilo,
Y por toda España ora
Extiende ya su dominio,
Do mártires son los muertos,
Los vivientos morabitos.
Ora su palma contempla
Solitario y pensativo,
Y trae la palma á su mente
Dulces recuerdos queridos.
Cuando, rasgando las nubes,
Con puro, insólito brillo,
Un genio se le aparece
De luz y gloria vestido.
Es el ángel Azael,
Que la rodilla no quiso
Ante Adam, primer profeta,
Nunca doblegar altivo;
Mas, desterrado del cielo,
De su soberbia en castigo,
Ante el Emir se postró,
Y de esta suerte le dijo:
«No te recuerde la palma
Tu hermoso suelo nativo :

al cual peregrinaban en otro tiempo los muslimes como á una segunda Caaba. Las puertas de bronce de la

Al mirar cuánto se eleva,
Eleva tú los designios.
Tuyas son ya las coronas
De perlas y de jacintos
De todos los reyes godos,
Desde Ataulfo á Rodrigo.
Alá con amor los ojos
En tí, señor, tiene fijos;
Su tremenda cimitarra
El Profeta te ha ceñido.
Tuya es la tierra andaluza,
Que abraza el mar con zafiros
Y corales, que el sol ama,
De su belleza cautivo.
Haz en tierra tan hermosa
Un soberano prodigio;
Construye un templo que sea
Grato á Dios y de tí digno.
De Jerusalen la Alacsa
Caiga por él en olvido,
Y su Mihrab primoroso
Custodie de Othman el libro.
Por él se eclipse la Caaba
Y adoren á Dios rendidos
En Córdoba, y no en la Meca,
Millares de peregrinos.
Guíelos tu clara estrella,
Vengan de Persia y Egipto,
Limoneros les den sombra,
Baño tus fuentes y rio.
Y de la luz del Profeta,
Como victorioso signo,
Haz que tu Aljama se eleve
Sobre la iglesia de Cristo.
De la romana grandeza
Ceda Itálica el prestigio;
Ceda columnas de jaspe
Y capiteles corintios.
Por once puertas los fieles,



catedral de Santiago, conservadas ántes como trofeo en la mezquita y que fueron traidas hasta Córdoba en

Entren á cumplir el rito,
Y abran á once largas naves
Las once puertas camino.
Treinta y tres naves las once
Crucen, y en un laberinto
De mil columnas divague
El pensamiento perdido.
Las mil columnas deslumbren
Cual los acerados filos
De las mil mejores lanzas
De tus zenetes lucidos.
La herradura del Borac
Que alzó al Profeta al Empíreo,
Enlazando las columnas
Trabe y una el edificio.
Semejen los leves arcos
A los ondulantes rizos
Que hacen, si los mueve el viento,
Tus estandartes invictos.
Y un arco en otro se eleve,
En color y adornos rico,
Como el iris que el sol crea
Y corta en iris distintos.
Para precaver de infieles
Un ataque repentino,
Muros almenados cerquen
La Aljama como un castillo.
Yo á las peris y á las hadas
He de llamar en tu auxilio
Para que prodiguen flores
De sus pensiles divinos,
Las cuales á los mosaicos
Y alicatados prolijos
Y á la cúpula gallarda
Del Mihrab presten su brillo.
Las limpias fuentes del patio
Y los naranjos floridos
A los ruiseñores llamen
A dar melodiosos trinos;



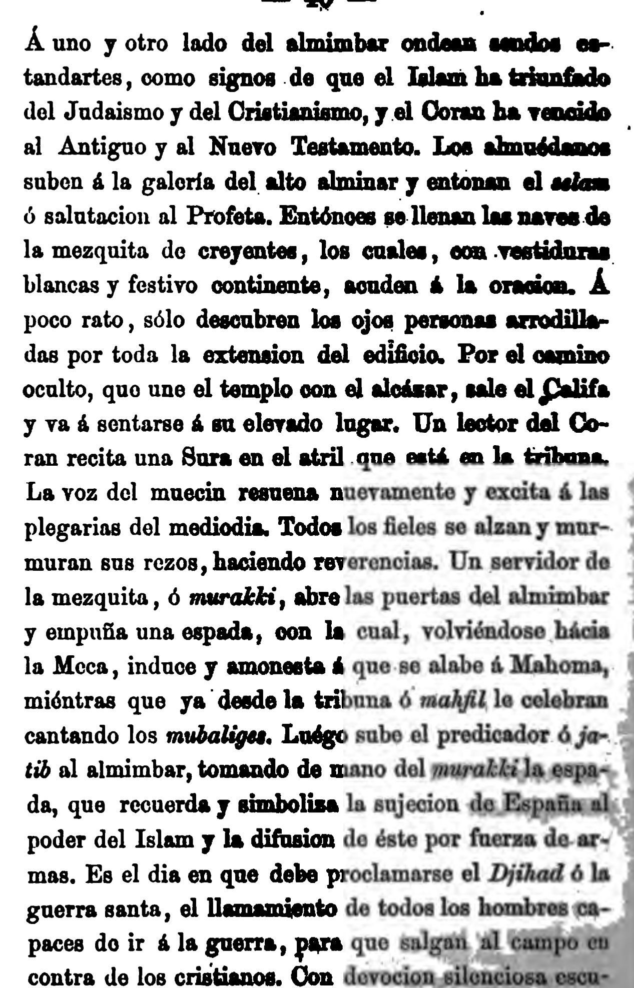
escritor árabe que más tarde le visitó, cuando ya estaba en gran decadencia, dice de él en estilo florido: «Cierto dia recibí un convite en la Almunia de Almansur, en Valencia, la cual es de la más perfecta hermosura, y en cuyos encantos los vientos del Norte y del Oriente se embriagan, aunque el edificio está medio arruinado, y el infortunio hace tiempo ha violentado las puertas y ha entrado en aquella vivienda deleitosa. Cuando yo penetré en ella acababa el alba de revestirla con sus velos de luz, y la belleza ponia en ella su poder todo. Habia en el centro una sala cuyas puertas doradas daban al jardin, donde se veia un arroyo como una espada desnuda, que iba serpenteando, y en cuyas frescas márgenes habia muchos árboles plantados. La sala resplandecia como una novia que es conducida á su esposo, y en su alabanza uno de las mejores poetas de Valencia, hallándose allí con algunos visires, hizo los siguientes versos:

¡Hola! Escanciadme vino
Miéntras que los jardines
Se coronan de perlas
Y de flores se visten.
En esta sala hermosa
Que en resplandor compite
Con el sereno cielo,
Rico vino servidme.
En él los lindos ojos
De mi dueño se fijen,
Y cual rayo de luna
Suaves le iluminen.
El sol, que va naciendo,



en aquel recinto, bajo cuyas bóvedas tan á menudo oraron sus padres; y si este muslim hubiera visto la mezquita en su pristino estado, apénas la reconoceria. Desfigurada y despojada de sus adornos, sólo débilmente deja conjeturar ahora lo que en el principio era. El cornisamento está afeado por bóvedas que no se avienen con el estilo del todo; y los preciosos mosaicos del pavimento se han trocado en rudos ladrillos, que en parte elevan el piso, y cubren los basamentos de las columnas; y por último, el coro, edificado en el centro de la mezquita, interrumpe la extension de las largas naves. Sólo en la hora del crepúsculo, cuando las sombras se extienden sobre los sitios más ruinosos y ocultan la obra de la destruccion, logra la fantasía reedificar el maravilloso edificio en su pompa primera y llenarle con la vida que ántes le animaba. Entónces se le ve en las noches del Ramadhan, cuando las luces de millares de candelabros y de lámparas, semejantes á un sistema solar, iluminaban las interminables calles de columnas, y el resplandor, reflejándose y quebrándose en las columnas, arcos y muros, formaba un encantado juego de colores y destellos, haciendo fulgurar los mosaicos de vidrio y el lápiz lazuli, como otras tantas piedras preciosas. Ya nos imaginamos el templo en el Viérnes Santo (1).

(1) No se consideren estas descripciones como una vana fantasía. Quien no tiene nocion alguna del culto de los mahometanos sólo puede entender á medias la arquitectura y la disposicion de las mezquitas.



Á uno y otro lado del almimbar ondean sendos estandartes, como signos de que el Islam ha triunfado del Judaismo y del Cristianismo, y el Coran ha vencido al Antiguo y al Nuevo Testamento. Los almuédanos suben á la galería del alto alminar y entonan el *selam* ó salutacion al Profeta. Entónces se llenan las naves de la mezquita de creyentes, los cuales, con vestiduras blancas y festivo continente, acuden á la oracion. Á poco rato, sólo descubren los ojos personas arrodilladas por toda la extension del edificio. Por el camino oculto, que une el templo con el alcázar, sale el Califa y va á sentarse á su elevado lugar. Un lector del Coran recita una Sura en el atril que está en la tribuna. La voz del muecin resuena nuevamente y excita á las plegarias del mediodia. Todos los fieles se alzan y murmuran sus rezos, haciendo reverencias. Un servidor de la mezquita, ó *murakki*, abre las puertas del almimbar y empuña una espada, con la cual, volviéndose hácia la Meca, induce y amonesta á que se alabe á Mahoma, miéntras que ya desde la tribuna ó *mahfil* le celebran cantando los *mubaliges*. Luégo sube el predicador ó *jatib* al almimbar, tomando de mano del *murakki* la espada, que recuerda y simboliza la sujecion de España al poder del Islam y la difusion de éste por fuerza de armas. Es el dia en que debe proclamarse el *Djihad* ó la guerra santa, el llamamiento de todos los hombres capaces de ir á la guerra, para que salgan al campo en contra de los cristianos. Con devocion silenciosa escu-



cha la multitud el discurso que, entretejido casi todo de textos del Coran, empieza de esta manera: «Alabado sea Alá, que ha ensalzado la gloria del Islam, gracias á la espada del campeon de la fe, y que en su santo libro ha prometido al creyente auxilio y victoria. Alá difunde sus beneficios sobre los mundos. Si no impulsára á los hombres á ir en armas contra los hombres, la tierra se perderia. Alá ha ordenado combatir contra los pueblos hasta que conozcan que no hay más que un Dios. La llama de la guerra no se extinguirá hasta la fin del mundo. La bendicion divina caerá sobre las crines del corcel guerrero hasta el dia del juicio. ¡Completamente armados, ó armados á la ligera, alzaos, marchad! ¡Oh creyentes! ¿qué será de vosotros si, cuando se os llama á la pelea, permaneceis con el rostro inclinado hácia el suelo? ¿Preferiréis la vida de este mundo á la vida futura? Creedme, las puertas del paraíso están á la sombra de las espadas. El que muere en la lid por la causa de Dios, lava todas las manchas de sus pecados con la sangre que derrama. Su cuerpo no será lavado como otros cadáveres, porque sus heridas olerán como el almizcle, el dia del juicio. Cuando llamen despues los guerreros á las puertas del paraíso, una voz exclamará desde dentro: «¿Dónde está la cuenta de vuestra vida?» Y ellos responderán: «¿No hemos blandido la espada en la lid por la causa de Dios?» Las puertas eternas se abrirán entónces y los guerreros entrarán cuarenta años ántes que los



otros. Sús, pues, creyentes; abandonad mujeres, hijos, hermanos y bienes, y salid á la guerra santa! ¡Y tú, oh Dios, Señor del mundo presente y del venidero, combate por los ejércitos de los que reconocen tu unidad! ¡Aterra á los incrédulos, á los idólatras, á los enemigos de tu santa fe! ¡Oh Dios, derriba sus estandartes, y entrégalos, con cuanto poseen, como botin, á los muslimes!» El jatib, apénas terminaba su plática, exclamaba, dirigiéndose á la congregacion: «¡Pedid á Dios!», y oraba en silencio. Todos los fieles, con la frente tocando en el suelo, seguian su ejemplo. Los *mubaliges* cantaban: «¡Amén! ¡Amén! ¡Oh Señor de todos los seres!» Ardiente como el calor que precede á la tempestad que va á desencadenarse, el entusiasmo de la multitud, contenido en un silencio maravilloso, rompia luégo en sordos murmullos, los cuales, alzándose como las olas y desbordándose por todo el templo, hacian resonar al fin las calles de columnas, las capillas y las bóvedas, con el eco de mil voces que gritaban: «¡No hay más Dios que Alá!»

Ántes de que abandonemos la más famosa obra de arquitectura que por mano de los árabes se ha llevado á cabo en España, conviene tocar dos puntos muy importantes de la historia de dicho arte. Así como los materiales de esta mezquita fueron tomados en parte de antiguos edificios, y las columnas de órden corintio sirvieron para sustentar la techumbre del templo de Alá, así tambien tomaron los árabes algo, en su modo



de construir, de la arquitectura de los romanos, si bien trasformándolo todo, segun estilo propio de ellos. Como lo primitivamente arábigo y tan original que da á todo lo restante un carácter distintivo, debe notarse en primer lugar la posicion de las columnas en forma de cuadro y de cruz, de suerte que se ven en líneas oblicuas y más espesas que lo están en realidad, y asimismo el enlace de las columnas por dobles arcos y la forma peculiar que en los arcos predomina. Esta peculiaridad consiste en parte en que los arcos están picados ó recordados en una serie de semicírculos, y en parte en que tienen la forma de herradura, de manera que en sus extremos inferiores se acercan de nuevo y propenden á formar el círculo. Por lo que toca á los adornos, principalmente en los tan pródigamente esparcidos en toda la parte edificada por Haken II, no es difícil de reconocer un orígen bizantino. La *fesifisa*, esto es, el mosaico, labrado con piedrecillas y pedazos de vidrio del mihrab, es enteramente obra griega, como se halla en las iglesias de Ravena, y áun se dice explícitamente que la *fesifisa* que hemos citado fué un regalo del Emperador de Constantinopla (1). Por lo demas, este adorno de mosaico hubo de acomodarse singularmente al gusto de los árabes; y, despues de haberle empleado en la mezquita de Damasco y en otras de sus más antiguas casas de Dios, extendióse su uso á objetos muy

(1) AL BAYAN, II, 253.—EDRISI, II, 60.

distintos, hasta llegar á hacer con él pavimentos (1). En Andalucía hubo fábricas de *fesifisa* (2), y el arte de representar en ella lazos, grecas, flores y plantas trepadoras, llegó allí á su más alta perfeccion. Propio por completo de los árabes es el uso de la escritura como ornamentacion, poniendo á lo largo de las paredes sentencias del Coran, proverbios y poesías en letras de oro sobre un fondo de color vivo, azul por lo comun. En los tiempos más antiguos se servian para esto de las severas letras cúficas; pero más tarde se usó tambien la escritura cursiva, entretejiéndola á menudo con arabescos, y extendiéndola por paredes, arcos, ventanas y columnas, á guisa de guirnalda.

No es éste el lugar de entrar en pormenores técnicos sobre el modo de edificar de los árabes, que Ibn Jaldun tan cuidadosamente ha especificado (3). Basta hacer notar que ya se servian de pedernal y otras piedras trituradas y mezcladas en un mortero, como material para los muros, ya de una composicion, hecha principalmente de tierra y cal, que formaba una argamasa de extraordinaria resistencia (4). El primer material se empleaba generalmente en las fortalezas y tem-

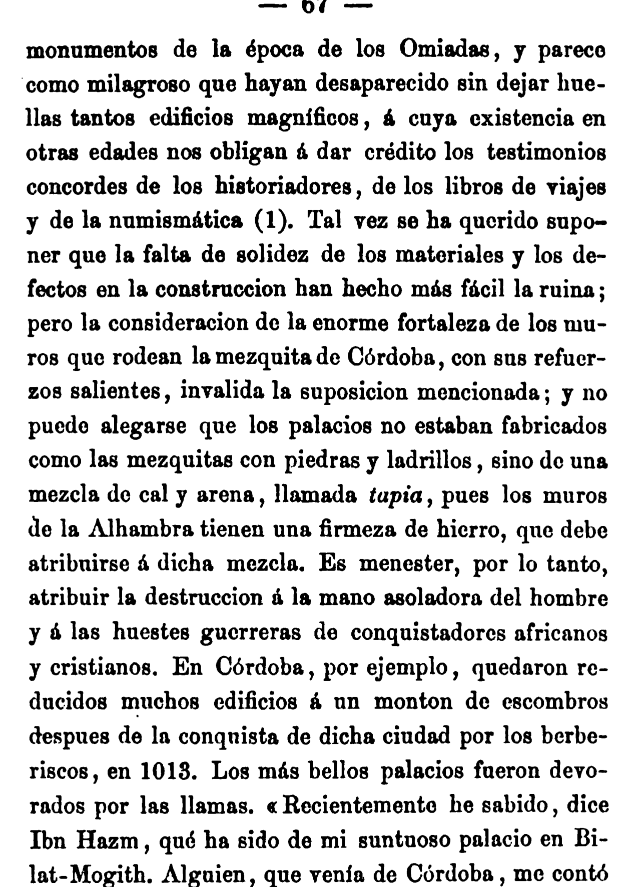
(1) Makrisi, *Histoire des Sultans Mamlouks*, II, 1, pág. 272.
(2) Makkari, I, 124.
(3) Ibn Jaldun, *Prolegomena*, II, 317.
(4) El autor pone en este lugar, entre paréntesis, la palabra española *tapia*, entendiéndose por tapias pedazos de tierra y cal mezclados, endurecidos y secados al sol en una horma ó molde.—(*N. del T.*)

plos; el segundo en los palacios y demas viviendas (1).

Fuera de la mezquita, que, como monumento de una edad remota, áun subsiste en la nuestra, son pocos los edificios arábigos de Córdoba y sus cercanías que el tiempo y las guerras destructoras han perdonado. Del palacio de los califas (Al Kassr en lengua arábiga, de donde *alcázar* en español) sólo se ha conservado una masa informe, no léjos del Guadalquivir y al oeste de la mezquita. Era éste el antiguo palacio de los reyes godos. Elegido por los Omiadas para su residencia, fué agrandado con nuevas construcciones y jardines, adornado lujosamente, y sin duda alguna trasformado en su interior segun lo requerian las costumbres de sus nuevos moradores. Más que como un todo dotado de cierta unidad, debe considerarse como un conjunto de edificios, patios y jardines, cada una de cuyas partes, segun habian sido edificadas por diversos califas, tenian tambien diversos nombres, llamándose, por ejemplo, el palacio del Jardin, el palacio del Favorito, el de la Corona, el de la Alegría, etc., etc. (2). Eran principalmente ensalzados los juegos de aguas del palacio. Traidas por medio de un acueducto desde la montaña,

(1) IBN JALDUN, *Prolegomena*, II, 320.

(2) Todos estos edificios debian estar situados donde hoy están el palacio episcopal y el colegio de San Pelagio, y donde estuvo en otro tiempo la Inquisicion. Áun se ven allí unos lindos jardines en el gusto morisco, con surtidores y albercas, y un huerto de alguna extension, que llega hasta la orilla misma del rio.—(*N. del T.*)



monumentos de la época de los Omiadas, y parece como milagroso que hayan desaparecido sin dejar huellas tantos edificios magníficos, á cuya existencia en otras edades nos obligan á dar crédito los testimonios concordes de los historiadores, de los libros de viajes y de la numismática (1). Tal vez se ha querido suponer que la falta de solidez de los materiales y los defectos en la construccion han hecho más fácil la ruina; pero la consideracion de la enorme fortaleza de los muros que rodean la mezquita de Córdoba, con sus refuerzos salientes, invalida la suposicion mencionada; y no puede alegarse que los palacios no estaban fabricados como las mezquitas con piedras y ladrillos, sino de una mezcla de cal y arena, llamada *tapia*, pues los muros de la Alhambra tienen una firmeza de hierro, que debe atribuirse á dicha mezcla. Es menester, por lo tanto, atribuir la destruccion á la mano asoladora del hombre y á las huestes guerreras de conquistadores africanos y cristianos. En Córdoba, por ejemplo, quedaron reducidos muchos edificios á un monton de escombros despues de la conquista de dicha ciudad por los berberiscos, en 1013. Los más bellos palacios fueron devorados por las llamas. «Recientemente he sabido, dice Ibn Hazm, qué ha sido de mi suntuoso palacio en Bilat-Mogith. Alguien, que venía de Córdoba, me contó

(1) Acerca de las monedas acuñadas en Az-Zahra, véase la obra *Espagne*, par Lavallée, París, 1844, t. I, pág. 218, y *Antigüedades de España*, t. II, pág. 22.



Mil y mil reyes pasaron
Ignorándose su vida,
Y yertas, inquebrantables,
Áun las Pirámides miras.
Sobre su sólida base
Un gran edificio afirma
Que su grande fundador
Grandes ideas tenía (1).

Como la más notable de todas las obras de arquitectura llevadas á cabo por Abdurrahman III, y tambien como la más bella, es encomiada Medina Az-Zahra, ó dígase *la ciudad floreciente*, que se parecia cerca de Córdoba. Cuando se leen las elocuentes descripciones de las maravillas de dicha ciudad, y singularmente de la quinta-palacio que en ella habia, se cree uno trasportado al reino de los ensueños por la extravagante fantasía de un poeta. La ocasion de que todo aquello se edificase, fué como sigue. Una esclava favorita de Abdurrahman dejó á su muerte una gran fortuna, y el Rey mandó que se empleára en el rescate de muslimes cautivos. En consecuencia, se buscaron cautivos en las tierras de los francos, pero ninguno se halló. El Rey dió gracias á Alá por esta noticia, y entónces su favorita Az-Zahra, á quien él amaba extraordinariamente, le propuso edificar con aquella suma una ciudad que llevase su nombre. En el año de 936 hizo el Califa echar los cimientos, á la falda del monte Alarus, *la Novia*, unas

(1) MAKKARI, I, 378.

tres millas al norte de Córdoba. Durante veinte y cinco años se emplearon en la construccion diez mil obreros y mil quinientas acémilas. El mismo Califa inspeccionaba la hábil y artística ejecucion de las obras. Sobre la gran puerta se colocó la estatua de su querida Az-Zahra (1). La ciudad, extendiéndose por grados en la ladera de una montaña, estaba dividida en tres partes. En la parte inferior habia un huerto, rico en los más hermosos árboles frutales, donde en grandes jaulas y en sitios cercados de verjas habia pájaros y raros cuadrúpedos; la parte del medio estaba destinada á las habitaciones de los empleados de palacio, y en la parte superior, desde donde se gozaba una espléndida vista de los jardines, se ostentaba el alcázar de los califas (2). Ibn Basjkuval califica este alcázar de uno de los edificios más famosos, brillantes y grandes que han sido jamas edificados por manos humanas (3); y otro escritor arábigo dice que el alcázar de Az-Zahra es de tal esplendor y magnificencia, que, despues de terminado, unánimemente declaraban cuantos le veian que desde la difusion del Islam por el mundo no se habia construido fábrica igual en ninguna parte. Los viajeros de las más diversas y apartadas regiones, cuando visitaban el palacio, concordaban todos en afirmar que nunca habian visto ni oido cosa se-

(1) Makkari, I, 344.
(2) Weyers, *Loci de Ibn Zeiduno*, 78.
(3) Ibn Calikan, en la *Vida de Al Motamid*.



mejante, y que ni siquiera habian podido presentir ni soñar la existencia de tamaña grandeza. La solidez y el órden artístico del edificio, la suntuosidad de sus adornos de mármol y oro, sus lagos artificiales, estanques y fuentes, sus estatuas y demas labores de escultura, todo se adelantaba á cuanto puede crear la fantasía. En lo más alto del palacio habia una azotea que daba al jardin, encomiada como una de las maravillas del mundo, y en el centro de la azotea se alzaba un gran salon dorado, cubierto de una cúpula (1). Habia, ademas, otro salon, llamado *el del Califato*, que sobresalia entre todos por su exorbitante riqueza. Su techo era de oro y de bruñidos mármoles de colores varios; las paredes eran del mismo material. En medio del salon estaba colocada una gruesa perla, que Leon, emperador de Constantinopla, habia regalado al Califa. Allí se hallaba, un poco más distante, un estanque lleno de azogue, y á un lado y otro ocho puertas en arcos, hechas de marfil y de ébano, cubiertas de joyas, y descansando sobre pilares de mármol de colores y de limpio cristal. Siempre que el sol penetraba por estas puertas y vertia sus rayos sobre el techo y las paredes del salon, el resplandor cegaba la vista; y si el azogue se ponia en movimiento, causaba vertigos (2). Segun Ibn Hayan, ni en los tiempos del paganismo, ni nunca despues, se habia edificado nada comparable á este sa-

(1) Makkari, I, 372.
(2) Makkari, I, 346.

lon. Casi tan famosas eran, en la parte oriental del palacio, la sala de Almunia y la alcoba del Califa. Allí se hallaba una taza ó pila para una fuente, adornada con figuras humanas de piedra verde, la cual era de un valor imponderable, y, segun unos, habia sido traida de Siria, y, segun otros, de Constantinopla. Sobre esta pila habia Abdurrahman hecho erigir doce estatuas de oro, las cuales, fabricadas por artífices cordobeses, representaban un leon, una gacela, un cocodrilo, un águila, un elefante, una serpiente, una paloma, un halcon, un pavo real, un gallo, una gallina y un buitre. Todos estos animales eran de oro, como ya hemos dicho; estaban adornados con ricas incrustaciones de piedras preciosas, y vertian agua por las fauces (1). La longitud del alcázar de Este á Oeste era de dos mil setecientas toesas, y de mil y quinientas su anchura de Norte á Sur (2). El número de las puertas pasaba de mil y quinientas, y todas ellas estaban guarnecidas con hier-

(1) MAKKARI, I, 374.

(2) Es harto difícil de explicar cómo toda esta magnificencia ha desaparecido casi por completo. El erudito D. Luis María Ramirez y de las Casas-Deza, en su *Indicador cordobes*, sólo á medias lo explica, afirmando que, á principios del siglo XV, cuando los monjes de San Jerónimo fundaron allí cerca su insigne monasterio, le labraron desde sus cimientos con estas ruinas. «Al presente, añade, sólo se descubren los fundamentos de la obra y pedazos en abundancia de los arabescos que adornaban los muros, y otros fragmentos y utensilios; pero, cómo ha desaparecido el gran número de preciosas columnas, es cosa que no podemos adivinar.» —(*N. del T.*)



ro ó con cobre dorados. Las columnas, de las cuales se contaban cuatro mil y trescientas en el palacio, unas habian venido de África, otras del país de los francos, otras habian salido de las canteras de Andalucía, y otras, por último, eran regalo del Emperador de Grecia. El mármol jaspeado de varios colores vino de Rajah, ó provincia de Málaga, el blanco de otros puntos, el color de rosa y el verde de la iglesia de Isfakus, en África (1). Á fin de ponderar la magnificencia y desmedida suntuosidad del palacio y de los jardines que le rodeaban, mencionan los escritores árabes el precio de cada uno de los materiales y lo que costó el traerlos de todas las regiones del mundo. Para la manutencion de los peces que vivian en los artísticos estanques se gastaban diariamente ocho mil bodigos ó panecillos. El número de los criados en el alcázar llegaba á trece mil setecientos cincuenta, y ademas tres mil setecientos cincuenta esclavos, que eran la guardia del Califa. El harem contenia seis mil trescientas mujeres (2).

La gallarda Az-Zahra, concluido ya el maravilloso edificio, del cual podia considerarse como fundadora, dijo al Califa, mirando cierto dia desde su estancia de Córdoba la blanca y refulgente ciudad nueva, edificada en medio de un monte sombrío: «Señor, ¿no ves la gentil y amable doncella que descansa en el seno de un

(1) Al Bayan, II, 247.—Makkari, I, 372.
(2) Makkari, 373.

negro?» Abdurrahman ordenó al punto que allanasen el monte, pero uno de la comitiva exclamó: «¡Por los santos cielos, oh Príncipe de los creyentes, no pienses siquiera en semejante propósito; pues sólo de oirlo, se estremece cualquiera! Aunque todos los hombres del mundo se aunasen para ello, no lograrian demoler ese monte, por más que excaváran y mináran! ¡Eso puede hacerlo sólo el mismo que le crió!» Entónces se limitó el Califa á desmontar el terreno y á plantar en el monte higueras y almendros, lo cual hubo de proporcionar desde la ciudad, colocada en la llanura, una vista incomparablemente hermosa, sobre todo en la época del florecimiento, cuando los capullos se abren (1).

Por la realizacion de este paraíso encantado, y por el buen éxito que coronó casi todas sus empresas durante un reinado de cincuenta años, fué Abdurrahman ensalzado como el más dichoso de los mortales; mas, á pesar de todo, se halló, despues de su muerte, un escrito de su puño, donde declaraba que él, entre todos los soberanos de su tiempo el más poderoso, brillante y querido, durante una tan larga vida sólo habia disfrutado catorce dias de un contento no turbado. «¡Alabado sea, añade aquí su biógrafo, Aquel cuyo señorío eternamente dura!» (2).

La hechicera Medina Az-Zahra no fué sólo un mo-

(1) Makkari, 344.
(2) Makkari, 344.



numento de la grandeza Omiada y del esplendor pasmoso del califato de Occidente, sino un ejemplo tambien de lo efímero y caduco de todas las cosas terrenales. Setenta y cuatro años despues de colocada la primera piedra de sus cimientos, Medina Az-Zahra fué devastada por salvajes hordas berberiscas, entregada á las llamas y reducida en su mayor parte á un monton de escombros.

Á las ruinas de Medina Az-Zahra ha compuesto un árabe los siguientes versos:

La ciudad que ántes brillaba
Por su lujo y sus delicias,
Ya con muros derribados,
Y ya desierta se mira.
Alzan las aves en torno
Melancólica armonía,
Y ora enmudecen cansadas,
Ora de nuevo principian.
Á la que más se lamenta,
Y del corazon envia
Quejas á mi corazon,
Abriendo profunda herida,
Le pregunto: «¿Qué te apena?»
Y me responde: «La impía
Fuga del tiempo que nunca
Vuelve, y matando camina» (1).

Aun existian, con todo, en la segunda mitad del siglo XI, algunas partes de este palacio (2). Al presente

(1) MAKKARI, I, 344.
(2) *Loci de Abbadidis*, ed. DOZY, I, 104.



toda aquella fábrica maravillosa ha desaparecido como un ensueño (1). Sólo algunos montones de escombros, á cosa de una legua al Norte de Córdoba, en la pendiente de la sierra, en un sitio que llaman *Córdoba la Vieja*, indican el lugar que Medina Az-Zahra ocupó un dia. Recientemente se han encontrado allí fragmentos de mármol y pedazos de mosaico y de *fesifisa*, pero las

(1) Es curiosa la descripcion que, en el primer tercio del siglo XVII, hace de las ruinas de Medina Az-Zahra el cordobes Pedro Diaz de Ribas: «Tiene, dice, la forma cuadrángula, que llaman los geómetras *figura altera parte mayor*, extiéndese á lo largo de Oriente á Poniente, y por la frente de Mediodía á Septentrion. Ocupa parte de lo llano en el remate de la sierra, y vase luégo entrando por lo alto, tomando parte de algunos cerros y collados, y aquí está lo fuerte y enriscado del Castillo, donde se ve una gran plaza, situada en igual distancia de ambas partes, oriental y occidental, y en medio de ella se descubren señales de un gran acueducto. Tiene á los lados otras dos plazas menores y más bajas; luégo, por ambas partes, van cruzando muchos destrozos de muros, de modo que se suspende y confunde la vista; sólo entendemos que son ruinas de murallas y torres. Á toda esta fortaleza ciñe por arriba el muro de la cerca, que corre derecho de Oriente á Poniente, junto al cual se ven señales de un foso, y luégo sale de la cerca, al lado de la plaza principal, otra muralla, que se extiende ocupando parte de un cerro vecino, y vuelve á cerrar aquel sitio. Así verémos que toda la fortificacion se halla en lo áspero y montuoso, ocupando el rodeo de la cerca, como hemos dicho, parte del monte y parte de lo llano, y por lo bajo, lo más que se descubre es campo raso, sin muestras ningunas de edificio; sólo se halla algun pedazo de poblacion á la parte occidental, y una calle ancha empedrada con sillería, que, comenzando de la plaza principal, corre derecha al lado de Mediodía, y saliendo de la cerca, fenece despues en un cerrillo, donde se ven ruinas de una gran torre y de cisternas.» — (*N. del T.*)



empezadas excavaciones no han continuado, por desgracia.

Más corta fué aún la duracion de la ciudad de Zahira, que el poderoso Almansur, gobernador del reino, edificó al oriente de Córdoba, á orilla del Guadalquivir (1), y adornó con un gran palacio, con deleitosos jardines y maravillosos juegos de aguas. A una de aquellas fuentes compuso el poeta Said lo siguiente:

¡Oh Príncipe del Yemen, cuya gloria
Tanto triunfo alimenta;
Cuyos claros blasones la victoria
Sin cesar acrecienta!
Tú, que infundes terror en el combate
Al idólatra fiero,
Cuando de lanzas mil siega y abate
La espesa miés tu acero!
Mira en taza de mármol esa fuente
Que brota y que murmura,
Circundando su seno transparente
Con zona de verdura.
Como tú entre enemigos sobresales,
¡Oh señor poderoso!
Se alza sobre sus líquidos cristales
Un pabellon airoso (2).
Y cual lanzando flechas á porfía,
Armígero escuadron,
El agua bulle y salta, y se diria
Que ataca el pabellon.

(1) DOZY, *Histoire*, III, 179.

(2) El pabellon se llamaba Az-Zahi, el hermoso ó brillante, nombre que llevó tambien una quinta de Al-Motamid en Sevilla. Tambien en las quintas sicilianas de Al-Aziza y Favara habia pabellones por el estilo sobre el agua.

Plácida sombra sobre el agua pura
Da la espesa enramada,
Y es de esmeralda y plata la verdura
Y la fruta dorada.
Fuente, bosque y jardin del paraíso
Las maravillas son;
Del onda mansa el murmurar sumiso
Convida á la oracion.
Genio será, por mucho que se esmere,
En la futura edad,
Quien como el tuyo otro jardin hiciere
Y amena soledad (1).

En cierta ocasion, segun se cuenta, estaba Almansur sentado en medio de sus jardines de Az-Zahira, respirando el aroma de las flores que le cercaban y oyendo el canto de los pájaros. Tendia la vista con gran complacencia sobre los mil encantos y el lujo de aquellas maravillas que él mismo habia creado, cuando de pronto se llenaron sus ojos de lágrimas, y exclamó: «¡Ay de tí, Zahira mia! Si al ménos supiese yo por manos de qué traidor has de ser devastada.....» Uno de los familiares del Príncipe le preguntó la causa de aquel presentimiento y trató de desvanecer aquellas tristes ideas; pero Almansur replicó: «Por cierto que vosotros habréis de ver cumplido mi vaticinio. Para mi es como si viera ya la gala de Zahira derribada por tierra, hasta su rastro borrado, caidos y destrozados sus edificios, saqueados sus tesoros y sus patios asolados por el fuego de la devastacion.» No mucho despues de haber pro-

(1) AL BAYAN, II, 297.



nunciado estas palabras murió Almansur, y el cumplimiento de la profecía siguió pronto á su muerte. Zahira fué entrada á sangre y fuego por una cuadrilla de rebeldes, que la transformaron en un monton de ruinas (1).

Otra residencia de Almansur, la quinta del Emir ó la Almunia, ha sido celebrada singularmente por los poetas á causa del encanto de sus jardines (2). Amru Ben Ab il Habab improvisó estos versos cuando entró en dicha quinta á visitar á Almansur :

En tus jardines y arboleda umbría,
Rica en fuentes sonoras,

(1) MAKKARI, I, 387.

(2) No sabemos si es Az-Zahira ó Almunia el palacio, jardin y mezquita particular ó capilla de que habla Ramirez y de las Casas-Deza en su *Indicador cordobes:* «En la calle llamada vulgarmente del rey Almanzor, y manzana donde se halla el hospital del Cardenal, tuvo su palacio y jardin, que hoy es un huerto, el famoso Mohamad Almanzor, wacir ó ministro de Hixen II; y su mezquita particular es hoy la capilla del hospital, que ántes de estar agregada á éste, era una ermita dedicada á San Bartolomé. Esta mezquita fué reparada en el siglo XIV ó XV, alterando el techo y construyéndole al estilo gótico, y en lo demas está bien conservada; pero los repetidos encalos han borrado hasta cierto punto los arabescos que decoraban sus muros y las inscripciones que tenía al rededor, ya ilegibles por esta causa. Una de ellas, que pudo leer y tradujo el embajador de Marruecos Sidi-Hamet-el-Gazel, que pasó por esta ciudad en 1766, dice así : En el nombre de Dios Todopoderoso, labraron esta mezquita para su adoracion y de su profeta Mahomad, el wacir Mahomad Almanzor y su mujer Fatima, en la egira 366 (año 976). Alabado sea Dios.» — *N. del T.*)

Dejándonos con calma y alegría,
Van pasando las horas.
Cuando la tempestad brama por fuera,
Sólo el céfiro leve
Dentro de esta morada placentera
Hojas y flores mueve.
Contémplalas el sol enamorado,
Y su luz posa en ellas:
Parece el cielo aquí más azulado
Y más lleno de estrellas (1).

Said celebró la misma quinta en estos versos:

Como serpiente el arroyo
Entre flores se desliza,
Y á Dios ensalzan las aves
Con sus dulces melodías.
Mil enramadas frondosas
Mansamente el aura agita,
Como si por ser tan bellas
Se irguiesen envanecidas.
Contempla, amante, el narciso,
Las anémonas altivas,
Y aromas esparce el viento
Que en bosque de mirtos gira.
Goza en paz, señor ilustre,
Goza en paz tanta delicia,
Y el cielo, porque la goces,
Dilate tu noble vida (2).

Tambien en los alrededores de Valencia poseia Almansur un palacio rodeado de preciosos jardines. Un

(1) Al Bayan, ii, 297.
(2) Makkari, i, 484.—Un verso que se deja sin traducir contiene la extraña imágen, aunque muy frecuente en los poetas árabes, de que el jardin sonrie y muestra los blancos dientes como una bella dama.



escritor árabe que más tarde le visitó, cuando ya estaba en gran decadencia, dice de él en estilo florido: «Cierto dia recibí un convite en la Almunia de Almansur, en Valencia, la cual es de la más perfecta hermosura, y en cuyos encantos los vientos del Norte y del Oriente se embriagan, aunque el edificio está medio arruinado, y el infortunio hace tiempo ha violentado las puertas y ha entrado en aquella vivienda deleitosa. Cuando yo penetré en ella acababa el alba de revestirla con sus velos de luz, y la belleza ponia en ella su poder todo. Habia en el centro una sala cuyas puertas doradas daban al jardin, donde se veia un arroyo como una espada desnuda, que iba serpenteando, y en cuyas frescas márgenes habia muchos árboles plantados. La sala resplandecia como una novia que es conducida á su esposo, y en su alabanza uno de las mejores poetas de Valencia, hallándose allí con algunos visires, hizo los siguientes versos:

¡Hola! Escanciadme vino
Miéntras que los jardines
Se coronan de perlas
Y de flores se visten.
En esta sala hermosa
Que en resplandor compite
Con el sereno cielo,
Rico vino servidme.
En él los lindos ojos
De mi dueño se fijen,
Y cual rayo de luna
Suaves le iluminen.
El sol, que va naciendo,

En el aire deslie
Oro, púrpura y nácar,
Porque las flores brillen;
Y quebrando sus rayos
En el rocío, finge
Sobre la verde yerba
Diamantes y rubíes.
Cual la que muestra el cielo
En noches apacibles,
Fúlgida y blanca senda
El arroyo describe;
Y al borde del arroyo,
En años juveniles
Mancebos como estrellas
Alegran el convite.

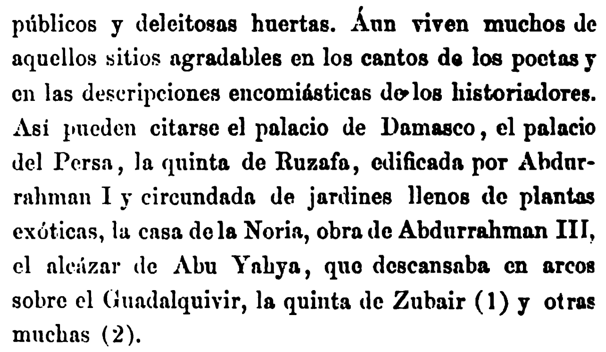
»En esta sala hallé una multitud de jóvenes, gallardos como mancebos del paraíso, que llevaban una vida dichosa, como en los jardines del Eden. Allí detuve yo mi camello de viaje, y me pareció, con la satisfaccion de todos mis deseos, estar adornado como con un collar. Durante el dia entero gozamos la dicha de aquella mansion, y cuando ya anochecia, nos defendimos contra la invasion del sueño. Así es que pasamos una noche tan bella como si la aurora fuese de ella formada. Las ramas de los árboles se alzaban acá y acullá como esbeltas figuras de lindas mujeres, la via láctea asemejaba un claro rio, las estrellas del cielo se diria que eran flores, las Pléyades eran como una mano que nos hacia señas, y Utarid (Mercurio) nos enviaba en sus rayos blanda alegría. Al dia siguiente visité yo al Rais Abu Abdurrahman, y en el discurso de nuestra conversacion mencioné las delicias de la última noche. Entónces



él respondió : « ¿ Qué han de valer los encantos de un lugar cuyos habitantes han desaparecido, cuya hermosura ha destruido la suerte, y del que sólo quedan ya algunos restos? Yo he conocido esa quinta cuando áun estaban completos todos sus edificios. Cierto dia en que el sol se habia ya alzado hasta el zenit y la tierra se adornaba con su oro, recibí un convite de Almansur para ir allí. Aceptándole, vi yo en aquel lugar árboles cimbreantes y airosos , y flores cuya hermosura quedaba avergonzada por la de aquellas personas que en guirnaldas las entretejian. El vino circulaba allí como un sol, y los más nobles linajes de Arabia componian la sociedad. Espiaban la más ligera insinuacion de Almansur cien esclavos, de los cuales, exceptuando á cuatro, ninguno pasaba de diez años. Estos escanciaban el vino, el cual brillaba en los vasos como perlas y rubíes. Nosotros nos solazábamos allí como en el cielo, miéntras que los pabilitos de las estrellas nos acariciaban. Almansur repartió en aquel dia más de veinte mil presentes, y dió asimismo bienes en feudo. » Así habló Abu Abdurrahman; luégo rompió en lamentos al recordar aquel tiempo, y mostró toda la pena de su corazon » (1).

Estaba, ademas, el valle del Guadalquivir, en torno de Córdoba, sembrado de multitud de palacios, quintas de recreo de los califas y de los grandes, jardines

(1) Makkari, i, 436.



públicos y deleitosas huertas. Aun viven muchos de aquellos sitios agradables en los cantos de los poetas y en las descripciones encomiásticas de los historiadores. Así pueden citarse el palacio de Damasco, el palacio del Persa, la quinta de Ruzafa, edificada por Abdurrahman I y circundada de jardines llenos de plantas exóticas, la casa de la Noria, obra de Abdurrahman III, el alcázar de Abu Yahya, que descansaba en arcos sobre el Guadalquivir, la quinta de Zubair (1) y otras muchas (2).

No se conservan descripciones contemporáneas de las obras de arquitectura últimamente mencionadas, y las muchas noticias que hay sobre Az-Zahra, aunque entran en pormenores, nada dicen claramente sobre el estilo que se empleaba en los edificios de lujo del tiempo de los Omiadas. Con todo, confrontando los pasajes dispersos de diversos escritores arábigos, se puede hacer con bastante seguridad una afirmacion sobre esta materia. Es indudable que en ciertas particularidades de dichas fábricas se dejaba sentir el influjo bizantino. Se confirma esto con la misma historia de la construccion de Az-Zahra y con la noticia de que Abdurrahman III tenía empleados en las obras de sus palacios

(1) MAKKARI, I, 445, 306, 308, 309, 380, 414.

(2) No todos estos edificios pertenecen al tiempo de los Omiadas; el palacio de Abn Yahya es de los Muwahides, y la quinta de Zubair de la época de los Almoravides; pero parecia pertinente citarlos á todos al hablar de Córdoba.

arquitectos venidos de Constantinopla (1). Este influjo se limitaba, no obstante, en lo esencial, al decorado, al empleo ó imitacion de las columnas antiguas, á los adornos de mosaicos, etc.; miéntras que la traza fundamental y la forma arquitectónica eran determinadas por las exigencias de las costumbres orientales. Se debe calcular por mil motivos que los árabes españoles se sintieron desde muy temprano inspirados, así por aquellas necesidades como por la inclinacion propia de su fantasía, para inventar y construir aquella clase de edificios, de los cuales nos queda aún en la Alhambra el más perfecto modelo. El rasgo característico de esta clase de edificios consiste en los patios, rodeados de galerías, que dan entrada á salas y habitaciones, así como en el variado empleo del agua, que ya forma pequeños lagos ó estanques en medio de los patios, ya brota en surtidores y se derrama en tazas de mármol que adornan los salones. Bajo el cielo casi tropical de Andalucía los árabes ansiaban tener viviendas que les brindasen un refugio en umbrías mansiones contra los ardores del sol, y que al mismo tiempo dejasen libre entrada al tibio soplo de las auras; y patios descubiertos donde reposar en las horas más frescas del dia, oyendo el murmullo de los surtidores y mirándose en el espejo de las aguas cristalinas. Que los palacios de la época de los Omiadas respondian ya á estas exigen-

(1) MAKKARI, I, 380.

cias se deduce de la descripcion del alcázar de Córdoba, al cual habian sido traidas, para todos los patios, aguas que se repartian en cisternas, estanques y tazas de mármol (1). Así como los árabes reprodujeron de esta suerte un recuerdo vivo de su primera vida en el desierto, dotando sus tiendas fijas de Occidente con las fuentes deseadas, todavía eternizaron en sus palacios otra reminiscencia del mismo género. Salta á los ojos de cualquiera que discurre por el recinto de los palacios arábigo-hispanos que áun se conservan, cuanto sus corredores y estancias imitan en la forma las tiendas. Aunque en el dia no quede ningun testimonio evidente de que esta particularidad debe atribuirse á los más antiguos edificios, parece probable que así fuese, si se considera que cuando los nómadas cambiaron sus movibles viviendas por moradas fijas, tomaron las primeras como modelo de estas últimas.

Corrobora tambien la idea de la semejanza entre los palacios omiadas y los que existen aún, la mencion de las torres, que hace pensar en seguida á la de Comares, en la Alhambra, y la mencion de la kubba ó sala con cúpula ó techo abovedado, como el de la sala de las Dos-Hermanas. De ambas cosas habla Ibn Zeidun cuando describe Az-Zahra (2). La kubba parece haber

(1) MAKKARI, I, 303.

(2) *Loci* IBN ZEIDUNI, ed. Weyers, pág. 22, lib. XII. Véase tambien *Script. arab. loci de Abbadidis*, ed. DOZY, I, 142, y MAKKARI, I, 372.



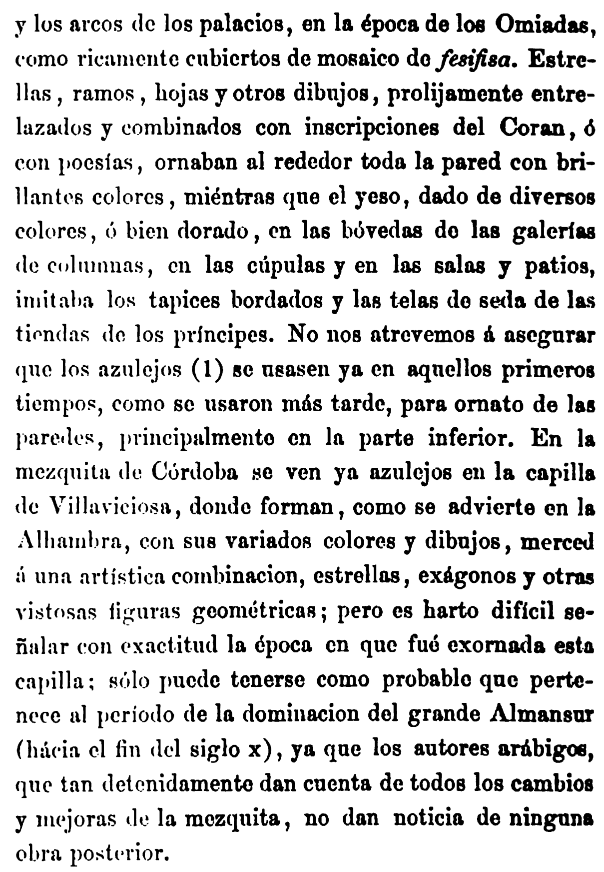
sido generalmente destinada á sala de audiencia. Cuando los príncipes, segun el uso oriental, oian las quejas de sus súbditos y daban sus sentencias, tomaban asiento en dicha sala, rodeados de sus cortesanos. La kubba estaba cerrada por una verja ó cancela, delante de la cual aguardaba el pueblo, ó se esparcia, miéntras llegaba la audiencia, por los circunstantes corredores, patios y jardines (1).

Acerca de los ornamentos empleados, parte tan esencial de la arquitectura arábiga, sólo muy poco puede decirse con completa seguridad. Que el mosaico de pequeños cubos de piedra y vidrio de colores formaba la parte principal de dichos ornamentos, puede deducirse en vista de los pedazos de *fesifisa* que se han encontrado entre las ruinas de Az-Zahra. De la mencion que hace Ibn-Jayan de una gran cantidad de yeso empleada en el edificio (2), se conjetura que verosímilmente este yeso sirvió del modo que más tarde en la Alhambra para adornos y estucados del mismo género que los que describe Ibn Jaldun cuando dice que se adornaban las paredes con figuras de yeso, el cual, cuando estaba áun húmedo y blando, se modelaba con instrumentos de hierro, dándole diversas formas (3). Podemos, pues, representarnos las paredes, los techos

(1) MÁRMOL CARVAJAL, *Descripcion de África*, II, 31.— IBN BATUTA, IV, 403.

(2) MAKKARI, I, 373.

(3) IBN JALDUN, *Prolegomena*, II, 321.



y los arcos de los palacios, en la época de los Omiadas, como ricamente cubiertos de mosaico de *fesifisa*. Estrellas, ramos, hojas y otros dibujos, prolijamente entrelazados y combinados con inscripciones del Coran, ó con poesías, ornaban al rededor toda la pared con brillantes colores, miéntras que el yeso, dado de diversos colores, ó bien dorado, en las bóvedas de las galerías de columnas, en las cúpulas y en las salas y patios, imitaba los tapices bordados y las telas de seda de las tiendas de los príncipes. No nos atrevemos á asegurar que los azulejos (1) se usasen ya en aquellos primeros tiempos, como se usaron más tarde, para ornato de las paredes, principalmente en la parte inferior. En la mezquita de Córdoba se ven ya azulejos en la capilla de Villaviciosa, donde forman, como se advierte en la Alhambra, con sus variados colores y dibujos, merced á una artística combinacion, estrellas, exágonos y otras vistosas figuras geométricas; pero es harto difícil señalar con exactitud la época en que fué exornada esta capilla; sólo puede tenerse como probable que pertenece al período de la dominacion del grande Almansur (hácia el fin del siglo x), ya que los autores arábigos, que tan detenidamente dan cuenta de todos los cambios y mejoras de la mezquita, no dan noticia de ninguna obra posterior.

Una desgracia sin ejemplo ha cabido en suerte á los

(1) MAKKARI, I, 124.—IBN BATUTA, II, 130; III, 79.

monumentos de la época de los Omiadas, y parece como milagroso que hayan desaparecido sin dejar huellas tantos edificios magníficos, á cuya existencia en otras edades nos obligan á dar crédito los testimonios concordes de los historiadores, de los libros de viajes y de la numismática (1). Tal vez se ha querido suponer que la falta de solidez de los materiales y los defectos en la construccion han hecho más fácil la ruina; pero la consideracion de la enorme fortaleza de los muros que rodean la mezquita de Córdoba, con sus refuerzos salientes, invalida la suposicion mencionada; y no puede alegarse que los palacios no estaban fabricados como las mezquitas con piedras y ladrillos, sino de una mezcla de cal y arena, llamada *tapia*, pues los muros de la Alhambra tienen una firmeza de hierro, que debe atribuirse á dicha mezcla. Es menester, por lo tanto, atribuir la destruccion á la mano asoladora del hombre y á las huestes guerreras de conquistadores africanos y cristianos. En Córdoba, por ejemplo, quedaron reducidos muchos edificios á un monton de escombros despues de la conquista de dicha ciudad por los berberiscos, en 1013. Los más bellos palacios fueron devorados por las llamas. «Recientemente he sabido, dice Ibn Hazm, qué ha sido de mi suntuoso palacio en Bilat-Mogith. Alguien, que venía de Córdoba, me contó

(1) Acerca de las monedas acuñadas en Az-Zahra, véase la obra *Espagne*, par Lavallée, París, 1844, t. I, pág. 218, y *Antigüedades de España*, t. II, pág. 22.



que nada quedaba de él sino un monton de escombros. ¡Ah! Tambien sé lo que ha sido de mis mujeres; unas reposan en el sepulcro; otras llevan una vida errante en comarcas remotas» (1). El alcázar de los califas parece asimismo que era ya una ruina mucho ántes de la toma de la ciudad por los cristianos, pues sabemos que el poeta Abul Aasi Galib, estando un dia en un banquete, en las orillas del Guadalquivir, improvisó los versos siguientes:

¡Oh alcázar! ¡Cuánta grandeza
Has encerrado en tu seno!
En escombros y ruinas
Tu fábrica se ha deshecho.
Muchos reyes te habitaron:
Hoy la bóveda del cielo
Gira sobre sus cabezas,
Rotos y hundidos tus techos.
¿Qué más quereis? Gozad ora
De los deleites terrenos,
Ya que al cabo todo pasa
Y se acaba con el tiempo (2).

Tambien la multitud de palacios y quintas en los alrededores de Córdoba eran ya ruinas en su mayor parte, en el siglo XI, como lo demuestra este pasaje del *Comentario á las poesías de Ibn Zeidun*: «En estos deliciosos lugares, refieren, pasaron los Omiadas dias y noches felices: en Sjark-ul-Ikab se reposaban en

(1) DOZY, *Histoire*, III, 309.
(2) MAKKARI, I, 358.

dias tempestuosos, viendo los relámpagos que atravesaban las nubes; en el valle de Ruzafa llevaban una vida tan alegre como una eterna fiesta de boda; en Mahbes Nasihin cerraban los oidos á los anuncios amenazadores de la desgracia; y en Az-Zahra se cegaban con el lujo resplandeciente de que se veian cercados, y eran sordos á las advertencias de cualquier peligro cercano, hasta que al fin los arrebataba la muerte, y en vez de las delicias de aquellas mansiones, les daba las aromáticas esencias, con las que se bañaban los cadáveres. Ahora están desolados aquellos hermosos sitios; sólo los visitan, al anochecer, las aves nocturnas; los buhos y los lobos hacen allí su nido y su guarida, y entre sus ruinas se oyen las voces de los espíritus malos; de modo que el valiente, lo mismo que el miedoso, apresura, aterrado, el paso para alejarse de allí. Tan deleznables son las obras todas de la mano del hombre. Quien se confia en las cosas terrenas pone su esperanza en una niebla matutina ó en una imágen vana» (1).

Á pesar de todas estas devastaciones de los primeros tiempos, la capital de los califas debió poseer aún muchas obras notables de arquitectura arábiga cuando la conquistó San Fernando (2).

(1) Ibn. Zeidun, ed. Weyers, pág. 542.

(2) En la *Crónica de San Fernando* (Salamanca, 1540) se buscan en balde noticias sobre tales edificios. Salvo la mezquita, no se menciona ningun otro.

Quien transita hoy por las calles desoladas de la empobrecida Córdoba, ve sin duda acá y acullá un monton de escombros, un baño derruido (1), un adorno de muralla del tiempo de los árabes (2); pero en vano pregunta dónde ha desaparecido aquella inmensa ciudad, que se extendia en otro tiempo por las orillas del Guadalquivir, conteniendo 130.000 casas, 3.000 mezquitas, 300 casas de baños y 28 arrabales (3); y en vano busca los mil esbeltos alminares, con sus balcones redondos, sobresaliendo por cima de un mar de casas, y los palacios, las azoteas y los patios llenos de palmas y de cipreses gallardos, y las quintas y alquerías que se alzaban entre los olivares y los viñedos. Los campos de al rededor, poblados en otro tiempo de 3.000 al-

(1) Segun el Sr. Ramirez y de las Casas-Deza, en el ya citado *Indicador cordobes*, se conservan aún restos de dos baños arábigos en las calles del Baño, alta y baja, de la ciudad de Córdoba, números 5 y 10. «El primero, dice, consta de diez columnas que sostienen una estrecha galería, la cual rodeaba un recinto abovedado, en cuyo centro estaba el estanque. El otro baño se halla debajo de tierra en el patio de la casa. Es cuadrado y está sostenido por doce columnas de mármol», etc.—(*N. del T.*)

(2) Restos de arquitectura arábiga se encuentran aún en la llamada *Casa de las Campanas* y en la casa del Conde del Águila. La capilla del hospital del Cardenal parece haber sido una mezquita.

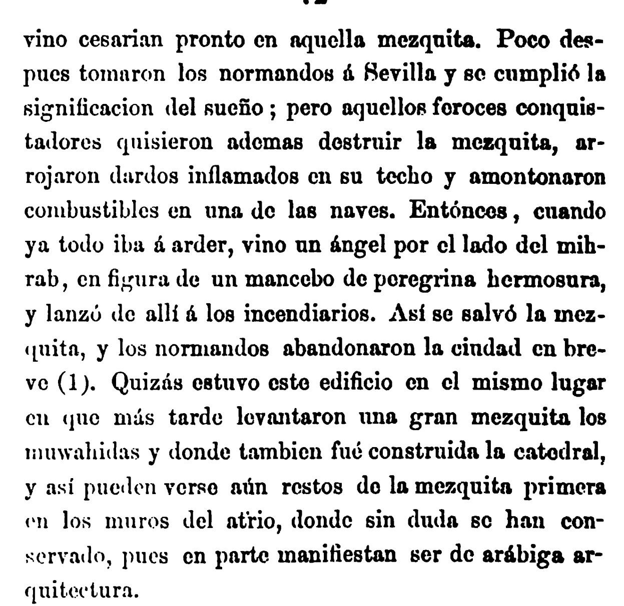
(3) AL BAYAN, 247.—DOZY, *Histoire*, III, 91. Aunque no se puede dudar de la extraordinaria extension de Córdoba, todavía es apénas creible y debe pasar por hiperbólico el número de las mezquitas, sobre todo si se considera que en el Cairo, con ser tan grande y rica ciudad, sólo se cuentan 300.



deas (1), y que eran un jardin de la vegetacion más lozana, se han transformado casi en un yermo, donde sólo de vez en cuando alguna noria que extrae agua para los sedientos campos recuerda la actividad de los árabes.

Más raros aún que en la capital del imperio de los califas son los monumentos de la época de los Omiadas que en el resto de España se han conservado. Ni rastro queda de los suntuosos palacios que, á mediados del siglo IX, sirvieron de morada en el sur de Andalucía á poderosas familias, casi independientes del califato. Así, por ejemplo, los palacios de Ibn Sjalia, de los cuales dijo un poeta: «Los palacios de nuestro dueño han sido construidos segun la traza y modelo de los palacios del Paraíso, y encierran en sí todos los deleites: en ellos se ven salas que no descansan sobre pilar alguno, salas cuyos mármoles están engarzados en oro» (2). Una famosa fábrica era la gran mezquita que Abdurrahman II habia edificado en Sevilla, hácia la mitad del siglo IX. No bien estuvo terminada, cuentan los árabes, soñó Abdurrahman que entró en el santo edificio y que en la alquibla encontró al Profeta muerto y envuelto en un sudario. Lleno, al despertar, de tristeza, preguntó á los adivinos sobre la significacion de su sueño, y éstos le contestaron que las fiestas del culto di-

(1) MAKKARI, I, 299.
(2) DOZY, *Histoire*, II, 263.



vino cesarian pronto en aquella mezquita. Poco despues tomaron los normandos á Sevilla y se cumplió la significacion del sueño; pero aquellos feroces conquistadores quisieron ademas destruir la mezquita, arrojaron dardos inflamados en su techo y amontonaron combustibles en una de las naves. Entónces, cuando ya todo iba á arder, vino un ángel por el lado del mihrab, en figura de un mancebo de peregrina hermosura, y lanzó de allí á los incendiarios. Así se salvó la mezquita, y los normandos abandonaron la ciudad en breve (1). Quizás estuvo este edificio en el mismo lugar en que más tarde levantaron una gran mezquita los muwahidas y donde tambien fué construida la catedral, y así pueden verse aún restos de la mezquita primera en los muros del atrio, donde sin duda se han conservado, pues en parte manifiestan ser de arábiga arquitectura.

Probablemente pertenecen tambien á la época de los Omiadas algunos antiguos baños de Valencia, Barcelona, Murcia y Granada. Los últimos, aunque muy derruidos, dan aún una idea clara de la construccion de un baño árabe. Habia un patio á la entrada, circundado de pequeñas estancias, que servian para desnudarse, y de ellas se pasaba á várias salas donde habia estanques, y por cuyo techo, abovedado, penetraba una luz crepuscular por medio de pequeñas aberturas. Si los

(1) DOZY, *Recherches*, II, 286.



pesados capiteles de las columnas de estas salas acreditan que son de los primeros tiempos del arte arábigo, lo mismo demuestran los no ménos pesados arcos de herradura y las columnas de antigua forma de la ermita del *Cristo de la luz* en la ciudad de Toledo, la cual ermita parece una reproduccion en miniatura de la mezquita de Córdoba (1). Del mismo modo debe pertenecer

(1) El Sr. Amador de los Rios, en su *Toledo pintoresca*, atribuye tambien la construccion de esta ermita, donde ya habia un templo cristiano en tiempo de los visogodos, á la epoca del califato. En esta ermita se dijo la primera misa cuando la reconquista de Toledo por los cristianos. Consta así de una inscripcion que hay aún sobre la clave del arco que divide la capilla del cuerpo de la iglesia, y que dice : *Este es el escudo que dejó en esta ermita el rey D. Alfonso el VI, cuando ganó á Toledo, y se dijo aquí la primera misa*. La descripcion que el señor Amador de los Rios hace de la ermita, es como sigue: «Su planta es cuadrilonga, viéndose situada de Norte á Mediodía, lo cual hace sospechar que ha sufrido grandes alteraciones en las dos distintas épocas en que ha sido restaurada, si bien el ábside presenta en su parte exterior multitud de arquillos y ajimeces arábigos, que no pueden dejar de remontarse, cuando ménos, á la época del arzobispo D. Bernardo. Dividida la iglesia por un tabique (tabbí), que la atraviesa de Oriente á Occidente, presenta dos espacios, que constan, el del Mediodía de veinte y dos piés cuadrados, y el del Norte de veinte y cinco de longitud por veinte y dos de latitud; teniendo el semicírculo del ábside diez y nueve piés solamente. Compónese el primer compartamento de nueve bóvedas, las cuales asientan sobre doce arcos de herradura, que no pueden ménos de traer á la imaginacion los de la famosa Aljama de Córdoba, y estriba sobre cuatro columnas colocadas en el centro, presentando una graciosa combinacion al repartirse los arcos en las bóvedas indicadas. Carecen todas de los fastuosos adornos que decoraron más tarde la arquitectura arábiga, y presentan



á los primeros tiempos la antigua puerta de Visagra, por la cual entraron los cristianos cuando conquistaron dicha ciudad (1). Aun se conserva en la catedral de Tarragona un nicho con rico adorno de arabescos, anterior al año de 960, época de su fundacion. Es proba-

las columnas capiteles tan toscamente tallados, al lado de otros corintios de más remota antigüedad, que no ha faltado quien sospeche que hayan pertenecido á algun templo anterior á la conquista musulmana, ó tal vez al primitivo templo del Cristo, de que hablan los cronistas. Tienen las tres primeras bóvedas un segundo cuerpo que recibe las cupulillas, exornado de resaltos de estuco, que ofrecen no poca materia de estudio al compararlos con los procedimientos de construccion, y con las combinaciones de los maderámenes empleados por los artistas bizantinos, y vense enriquecidas por bellos arcos de reducidas dimensiones, que les prestan áun mayor gracia y realce. Las segundas bóvedas tienen tambien otro segundo cuerpo revestido de arcos, que debieron dar vuelta á todas ellas, apoyadas en pequeñas columnas, levantándose en la bóveda del centro una media-naranja de singular mérito, en donde juegan bellos resaltos, enlazándose mutuamente, y preludiando ya la riqueza de los famosos *alfarges*, que reemplazaron á este género de techumbres. Las bóvedas laterales presentan dos cupulillas ochavadas por el mismo estilo, aunque más sencillas; y las tres últimas, inmediatas á la capilla, son enteramente iguales á las primeras, si bien se advierte alguna leve diferencia en la distribucion de los ornatos de las bóvedas. Forman todas tres naves cortadas por otras tres, á semejanza de las innumerables de la catedral de Córdoba, y apóyanse en los muros mencionados arriba, en los cuales se encuentran nueve arcos figurados, que contribuyen á dar á esta parte de la ermita un aspecto verdaderamente original y extraordinario.» (*N. del T.*)

(1) Considerables restos de muy antigua arquitectura arábiga se ven aún en Toledo, en la casa número 17 de la calle de las Tornerías.



ble que este nicho fuese el mihrab de la mezquita.

Casi con mayor ímpetu ha echado por tierra la devastacion los numerosos edificios de los magníficos y generosos príncipes que despues de la caida de los Omiadas dominaron en España. En Sevilla, sobre todo, es donde más se ha perdido. Miéntras que la capital de los califas iba decayendo cada vez más, Sevilla se levantaba hasta llegar á ser la más brillante ciudad de Andalucía. De la hermosura de sus alrededores hablan los árabes con entusiasmo. En una extension de veinte y cuatro millas arábigas se podia navegar por el rio, animado por barquillas elegantes y botes de pescadores, y que merecia ser comparado al Tígris, al Eufrates y al Nilo, siempre á la sombra de las alamedas y de los árboles frutales, que resonaban con el canto de las aves (1). No ménos que los alrededores era ensalzada la ciudad misma en tiempo de los árabes por sus variados encantos. Diez *paransangas* á lo largo del Guadalquivir se veia en ambas orillas una no interrumpida multitud de edificios, lujosas quintas y elevadas torres (2). Las casas de lo interior de Sevilla eran famosas por la solidez de su construccion y elegancia de su traza: casi todas tenian fuentes en sus patios, naranjos y limoneros (3). Muchas de estas casas, que se conservan hasta el dia en bastante buen estado, pueden dar

(1) MAKKARI, I, 128.
(2) MAKKARI, I, 228.
(3) MAKKARI, II, 144.

una idea de la antigua casa árabe, la cual en el órden de sus partes tiene gran semejanza con las modernas. Primero un recinto, *ustuvan* (1) en árabe, zaguan en español, y luégo un patio interior, en árabe *saha* (2), en cuyo centro se halla una fuente de mármol con un surtidor, rodeada de árboles siempre verdes, y por cuyos corredores, ánditos ó galerías de columnas, que están en torno, se pasa á las diversas habitaciones, son las condiciones peculiares de estas casas. En las más grandes suele haber muchos de estos patios.

Un extraordinario florecimiento alcanzó Sevilla bajo el dominio de la dinastía de Abbad, y singularmente, segun testimonio de un escritor arábigo, en el reinado del noble rey Al-Motamid, que hizo de ella la más hermosa de las ciudades (3). En la vida y en las poesías de este príncipe están descritos con encantados colores los palacios de los Abbadidas; y todavía pensaba en ellos con *saudades* melancólicas, en su sombrío calabozo de Agmat, aquel destronado monarca. Entre estos palacios deben contarse el de Az-Zahi, en medio de alamedas y olivares, á la orilla del rio; el de Az-Zahir, tambien en la ribera, y el de Al-Mubarac, en

(1) IBN BATUTA, IV, 5.

(2) A lo que parece, el patio de las mezquitas era llamado *Zahm* (IBN BATUTA, IV, 367; MAKKARI, I, 360), y el patio de los palacios y casas, *Saha*, pues así son designados en la inscripcion de la sala de las Dos-Hermanas en la Alhambra los patios de los Arrayanes y de los Leones.

(3) *Scriptor. arabum loci de Abbadidis*, I, 76.



medio de la ciudad, y tal vez en el mismo sitio donde hoy se ve el Alcázar, en el cual pueden haberse conservado partes de aquel antiguo edificio. Más léjos de Sevilla estaban los palacios llamados At-Tadsch, Al-Wahid, Az-Zoraya y Al-Mozainiya. Sobre la fundacion de todos estos palacios no cabe en general la menor duda, segun las indicaciones anteriormente hechas. Por lo que se refiere de fuentes cerca de las cuales el Rey descansaba, de torres en cuyas estancias vivia y de la kubba ó pabellon con cúpula (1), se puede conjeturar que habia patios con largos corredores, por los cuales se iba á torres con habitaciones régias y á salas con techos abovedados. La mencion de jardines cerca de las habitaciones (2) demuestra que la naturaleza habia quedado en cierta libertad, como se advierte aún en el Jeneralife. La imaginacion se finge estos jardines llenos de aroma y de verdura, con enramadas de arrayan, jazmines, rosales, naranjos y granados, en medio de los cuales habia claros y sonoros surtidores y tazas de mármol, en cuyas puras ondas se reflejaba todo aquel esplendor. En torno de los patios lucian los arcos de las galerías, los techos y los primorosos capiteles de las columnas, todo cubierto de los más ricos arabescos, rojos, azules y dorados, de figuras poligónicas, entrelazadas en caprichosos laberintos, de flores y de hojas verdes. El suelo

(1) Abbad, I, 142; *Observ.*, 411, 146; *Observ.*, 429.
(2) Abbad, I, 84, 85, 96.



resplandecia con azulejos ó con losas de mármol; y los pórticos, los arcos, los ángulos de las salas y los techos estaban revestidos de variados adornos de estuco, que á veces pendian como estalactitas. Sobre un fondo azul brillaban en el muro, escritos con letras de oro, los versos de los más ilustres poetas. Aun conservamos una de estas inscripciones. Es una poesía de Ibn Handis el Siciliano, que adornaba un palacio de Al-Motamid, y dice de esta manera:

¡Yo te saludo, oh palacio!
Por Alá dispuesto estaba
Que tu beldad con los años
Creciera y se renovára.
El mismo Moisés, que pudo
Mirar á Dios cara á cara,
No entraria en tu recinto
Sin descalzarse las plantas.
En tí mora un rey, á quien
Cuantos por el mundo vagan
Buscando mejor fortuna,
Afable y propicio hallan,
Y ante él de sus dromedarios
Deponen luégo la carga.
Cuando tus puertas resuenan,
Abriéndoles franca entrada,
Dicen: «¡Bien venidos sean
Peregrinos á esta casa!»
Se diria que el artista
Con las calidades raras
Que al alto Príncipe adornan
Construyó tan bella fábrica.
De su fuerte y ancho pecho
Hizo la exterior muralla,
La luz que dora el recinto
De la luz de su mirada,



El eminente almenaje
De sus hechos con la fama,
Y los sólidos cimientos
Con su largueza magnánima,
Que á tantos sostener sabe
Y en la que tantos descansan.
Á la gran sala de audiencia,
Que la bóveda estrellada
Hacer olvidar pretende
Con la cúpula gallarda,
Dió, por último, el artista
La elevacion de su alma.
Los alcázares de Persia,
Donde Cósroes moraba,
Oscurece con su brillo
Este portentoso alcázar.
Para alzarle y terminarle
Con perfeccion soberana,
Cual Salomon, nuestro rey
Ha recurrido á la magia,
De los duendes y los gnomos
Sin esquivar la alianza.
Así liquidado el sol,
Sus rayos puso en las tazas
Y dió tinta á los pinceles
Que pintaron estas salas.
Vida y movimiento tienen
Sus mil imágenes várias.
Inclina, pues, á la tierra
La vista ya fatigada,
Que en la dulce luz amiga
Del Príncipe se restaura (1).

Como se deduce de la última parte de la anterior composicion, las pinturas que representaban seres vivos eran un adorno no extraño de los palacios. Ibn Jal-

(1) MAKKARI, I, 321.

dun dice que en su tiempo los mahometanos de Andalucía, de resultas de su constante trato y comercio con los cristianos, habian contraido la costumbre de adornar con pinturas las paredes de sus casas y palacios (1). Sin embargo, aunque se conceda que por imitacion del pueblo vecino tomase crecimiento entre los árabes españoles la aficion á esta clase de adornos, es menester convenir en que desde muy temprano se habia perdido entre ellos todo escrúpulo religioso respecto á las imágenes. Á mediados del siglo IX se erigió una estatua en una puerta de Toledo (2). En la mezquita de Córdoba, en la llamada capilla de Villaviciosa, se ven aún las figuras de dos leones echados, que sirven de sosten al arco, y sobre cuyo orígen arábigo no cabe la menor duda. Ya hemos mencionado, ademas, que en esta santa y antigua mezquita se veian las imágenes de los Siete Durmientes de Éfeso y del cuervo de Noé (3); que Abdurrahman III adornó su quinta de Az-Zahra con los retratos de sus queridas; y que en una taza de una fuente que allí habia, hizo poner doce figuras de animales, esculpidas en Córdoba misma. Una bandera descubierta recientemente en San Estéban de Gormaz (4), y que lleva en una inscripcion

(1) IBN JALDUN, *Prolegomena*, I, 267.
(2) DOZY, *Histoire*, II, 367.
(3) MAKKARI, I, 367.
(4) Se enseña esta bandera en el museo arqueológico de la Academia de la Historia, en Madrid.

el nombre de Hixen II, está adornada con las imágenes de un hombre y de una mujer, y asimismo con figuras de cuadrúpedos y de aves. En un palacio, al oeste de Córdoba, se halló un maravilloso leon de oro, en quien resplandecian en vez de ojos dos piedras preciosas (1), y entre las ruinas de Az-Zahra se ha descubierto un ciervo de bronce, que hoy se conserva en el museo de Córdoba. Las figuras de fieras, que vertian agua por la boca, son mencionadas con tanta frecuencia, que casi deben considerarse como imprescindible requisito de los palacios. En una poesía de Ibn Razman se habla de un leon que vierte agua por la boca (2). Uno de los palacios de Al Motamid tenía un elefante de plata al borde de un estanque (3), y en el palacio de Seradschib, en Silves, se veian estatuas de caballos (4), leones y hermosas mujeres (5).

Tambien las otras muchas dinastías, que en el siglo XI se repartieron el desmembrado califato, así como los grandes señores de los respectivos reinos, poseian palacios y quintas que competian en lujo y magnificencia con los de los Abbadidas. Entre estos palacios deben contarse el que Al Motacin, rey de Almería, construyó en su capital, entónces una de las más flore-

(1) MAKKARI, I, 371.
(2) IBN JALDUN, *Prolegomena*, III, 405.
(3) MAKKARI, II, 612.
(4) *Scriptor. arab. loci de Abbad.*, I, 183.
(5) DOZY, *Histoire*, IV, 146.

cientes y populosas ciudades de España (1); la Almunia, ó quinta de Ibn Abdul Aziz, en Valencia, que los árabes describen como uno de los sitios más encantadores del mundo, y que fué largo tiempo la vivienda del Cid (2); la casa de la Alegría, Dar-us-Sorur, en Zaragoza (3); y finalmente, el maravilloso edificio, el palacio levantado con enormes gastos por Al Mamun, último rey de Toledo. En medio de un estanque que estaba en un patio de este edificio, construyó Al Mamun un pabellon. Merced á una ingeniosa maquinaria se hacia subir el agua de suerte que al caer se derramaba por todos los lados del kiosko. En este pabellon solia reposar Al Mamum, rodeado de las aguas, y sin mojarse. Se podian asimismo encender luces debajo de las aguas. En cierta ocasion sorprendió al Rey el sueño en aquel lugar, cuando oyó una voz que recitaba los siguientes versos:

¿Por qué construyes sólida vivienda,
Si tu vida fugaz hizo el destino?
Una movible tienda
Le basta al fatigado peregrino.
El arbusto de Irac sombra bastante
Al que ignora concede,
Si mañana dormir un solo instante
Bajo sus ramas puede.

(1) Makkari, I, 442.
(2) Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*. Madrid, 1857, pág. 103 y apénd., 175.
(3) Makkari, I, 350.



Poco despues perdió el Rey su reino, y la ciudad de Toledo fué conquistada por los cristianos (1).

No solamente los príncipes, sino tambien muchos particulares erigieron suntuosos palacios, gastando enormes sumas, como, por ejemplo, la consumida en Valencia por un particular, evaluada en cien mil monedas de oro. Un lujo notable habia asimismo en las puertas, que á veces estaban revestidas de oro (2).

Ha sido muy usual llamar estilo morisco al de la arquitectura del período que empieza con la conquista de Andalucía por los Almoravides y termina con la conquista de Granada por los Reyes Católicos; pero esta apelacion está mal empleada. El nombre de *moros* fué dado por los cristianos españoles, que vivian en una ignorancia completa de sus contrarios en creencias, á todos los muslimes, sin distinguirla nacion á que pernecian, y con el mismo significado pasó dicho nombre á las demas lenguas europeas. Pero cuando se habla de una arquitectura morisca, debe entenderse que se trata de distinguirla de la arábiga y que se designa aquélla que emplearon los mauritanos y berberiscos. Es indudable que la poblacion mahometana de España fué muy mezclada desde el principio, y que ya entre los primeros conquistadores habia numerosas tribus y castas del África del Norte; que más adelante vivieron éstas, en

(1) IBN BADRUN, 278.
(2) *Dict. des vêtemens des Arabes*, par DOZY, pág. 285.

gran número, junto á los árabes, en toda la Península; y que entre las pequeñas dinastías del siglo XI no pocas eran de estirpe berberisca. No obstante, así en los campos como en las ciudades, prevalecia por toda España la civilizacion arábiga. Los príncipes berberiscos, que presumian de cultos, como los Aftasidas de Badajoz y el Rey de Granada, se arabizaban y se avergonzaban de su orígen (1). Lo que se producia en literatura ó en arte procedia de los árabes. Jamas se dió una actividad de este género que fuese propia y original de los bereberes, los cuales tenian fama de bárbaros; y si los moros han de ocupar un puesto en la historia del arte, deben tomar sólo el de asoladores de Córdoba y saqueadores y destructores de Az-Zahra. Las empresas arquitectónicas de algunos príncipes de dicha casta son siempre en el estilo y segun el modelo de los edificios arábigos, y verosímilmente llevadas á cabo tambien por artífices árabes. Con las invasiones y el dominio de los Almoravides vino á España un nuevo aluvion de gente mauritana; pero en el mencionado modo de ser artístico no hubo cambio alguno. Los flamantes conquistadores, por razon de su barbarie, no trajeron arte alguna, y tuvieron que valerse, cuando quisieron edificar, de los antiguos habitantes del país, los cuales permanecieron naturalmente fieles á sus pasados usos y procedimientos. Lo mismo sucedió des-

(1) DOZY, IV, 4 y 30.



pues de la conquista de España por los Almohades. Éstos, y particularmente los grandes príncipes Abd-ul-Mumen y Jusuf, se hicieron, ademas, al instante los más celosos amigos y protectores de la cultura arábiga, y no hay el más leve indicio para que pueda sospecharse con fundamento que hicieron construir sus edificios por rudos africanos, y no por los ilustrados arquitectos de Andalucía, cuyo crédito y gloria tantos habian levantado y sostenido (1). Mucho ménos aún

(1) En confirmacion de esto, citarémos aquí un párrafo de los excelentes artículos de D. Rafael Contreras, *Del arte árabe en España*, publicados en la *Revista de España*. «Los Almoravides y Almohades, dice, no trajeron nuevos elementos de la Mauritania para adelantar las artes que se habian ya desarrollado en la Península, como lo prueban las mismas obras. Los árabes poseian un espíritu más original y tradiciones más puras de la antigua patria, y difícilmente puede admitirse que en aquella época, por más que con ella coincidiese el Renacimiento, ó más bien la renovacion del arte árabe en España, pudieran introducirse los nuevos elementos citados. Ibn Said dice que las provincias andaluzas, reunidas entónces al imperio del Mahgreb, enviaron arquitectos á Jusuf y Jacob Almansur para que hicieran edificios en Fez, Rabat, Mansuriah, y que en ninguna época la capital del Mahgreb fué tan floreciente como bajo la descendencia de Abd-ul-Mumen.» «Y es bien notorio, añadia, que hoy esta prosperidad y el esplendor de Marruecos se han trasportado á Túnez, donde el Sultan construye palacios, planta jardines y viñas á la manera de los andaluces. Todos los arquitectos eran nacidos en Andalucía, lo mismo que los albañiles, jardineros, carpinteros, pintores y ladrilleros. Los planos de los edificios fueron inventados por andaluces ó copiados de los monumentos de su país.» «No existia, pues, influencia morisca. Era genio árabe exclusivo, que habia tomado expansion en España, y que con la ayuda de las tradiciones persa y



puede calificarse de morisco el período artístico que empieza con el reinado de los Nasaritas de Granada. Esta familia real era de antiquísima estirpe arábiga. Su fundador Ibn-ul-Ahmar contaba entre sus antepasados á uno de los compañeros del Profeta (1). Los sucesores de Ibn-ul-Ahmar hicieron de Granada el asiento de la cultura arábiga; y si bien en la ciudad no faltaban habitantes africanos, todavía no puede atribuirse á éstos más parte en la construccion de la Alhambra que la de meros peones. Los mismos historiadores orientales distan tanto de atribuir á dicho edificio un orígen africano, que siempre que hablan de algun palacio parecido al de la Alhambra y edificado en África, dicen que es un palacio por el estilo andaluz (2).

bizantina llegaba á constituir un estilo peculiar.» Resulta, por consiguiente, que el llamado estilo morisco deberia llamarse estilo andaluz ó estilo arábigo-hispano, ya que la inspiracion española, propia y castiza de nuestro suelo y de sus moradores, se muestra clara y brillantemente en él sobre un fundamento arábigo. (*N. del T.*)

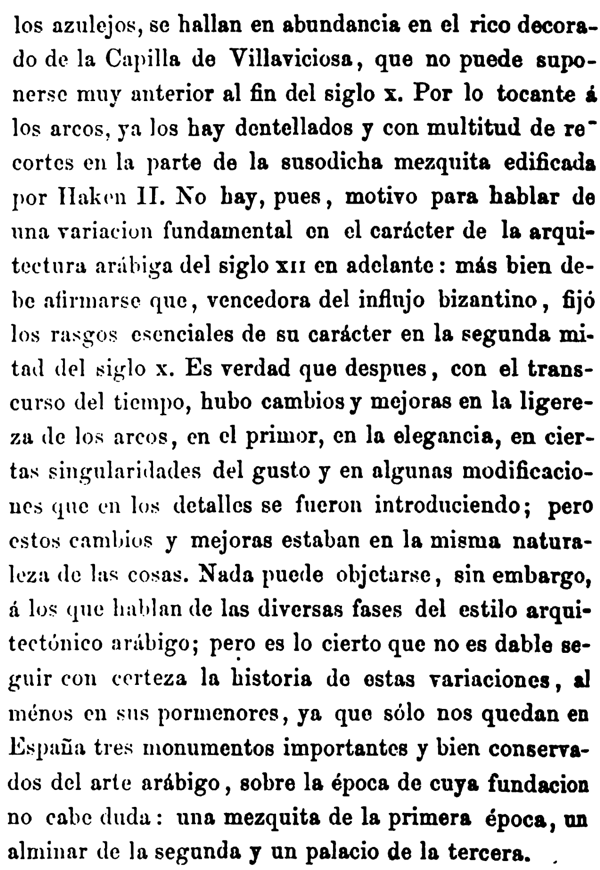
(1) MAKKARI, I, 292.—DOZY, *Histoire*, I, 270.—IBN JALDUN, *Prolegomena*, I, 298.

(2) MAKKARI, II, 814.—No pueden negarse la exactitud y la oportunidad de estas observaciones, que demuestran que la Alhambra y otros monumentos de la arquitectura hispano-mahometana no deben llamarse moriscos. Donde dijo Fray Luis de Leon, hablando de un gran arquitecto, *el sabio moro*, quiso decir sin duda, *el sabio árabe*, ó más bien *el sabio musulman*. La arquitectura, la poesía, la cultura en general, que hubo en España bajo el dominio muslímico, fueron arábigas en su orígen y fundamentos esenciales, como lo fué la religion. Pero ¿se sigue de ahí que necesariamente fuesen árabes todos los artis-



Las calidades propias del llamado estilo morisco, que se supone introducido poco ántes de empezar el siglo XII, consisten en la riqueza de la ornamentacion, en el empleo de los azulejos y del estuco, y en la caprichosa y variada forma de los arcos, los cuales no eran sólo de herradura, sino tambien puntiagudos por el centro, recortados y dentellados. Sin embargo, los adornos de estuco aparecen ya sobre las puertas de aquella parte de la mezquita de Córdoba que edificó Al-Mansur : el yeso ó espejuelo en enormes masas fué empleado para la construccion de Az-Zahra, y se debe presumir que hizo un papel muy principal en la ornamentacion de dicho palacio; y por último, los mismos estucos, así como

tas y todos los poetas? ¿ Por qué no habia de haberlos berberiscos, y, más que berberiscos, españoles? En la primera conquista de España por los mahometanos no vinieron muchos árabes y moros, y aunque viniesen más, extraordinariamente más, con los Almoravides y Almohades, siempre ha de suponerse y creerse que no vendrian millones de hombres, y que la gran masa de la poblacion hispano-musulmana era indígena ; aunque probablemente todo el que se distinguia en letras, en armas, ó de cualquier otro modo, procuraba ocultar su orígen renegado y muzárabe, y se forjaba una genealogía cuyo tronco tenía sus raíces en el Yemen, y tal vez estaba fundado por un compañero del Profeta. Los aduladores y cortesanos se apresuraban á confirmar esta ilustre y fabulosa genealogía. Si hubo, pues, como creemos que hubo, algo de peculiar, de distinto, de propio, en la civilizacion hispano-muslímica, que vino á distinguirla de la general civilizacion mahometana, nos parece que más bien debe atribuirse al influjo de los españoles mismos que al de los rudos y advenedizos bereberes; fué *el estilo andaluz*, y no el estilo morisco. (*N. de T.*



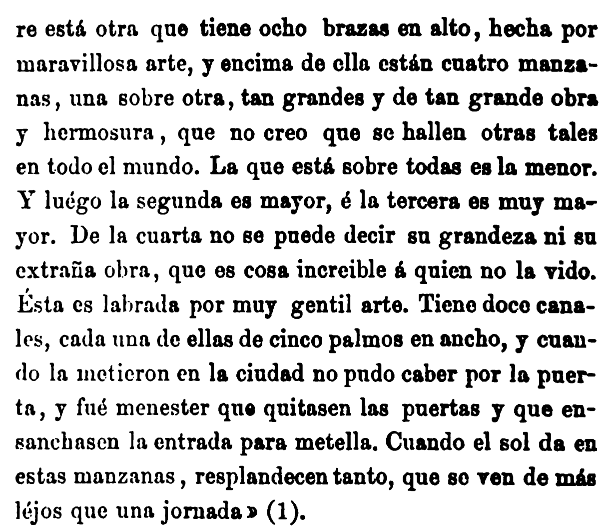
los azulejos, se hallan en abundancia en el rico decorado de la Capilla de Villaviciosa, que no puede suponerse muy anterior al fin del siglo x. Por lo tocante á los arcos, ya los hay dentellados y con multitud de recortes en la parte de la susodicha mezquita edificada por Haken II. No hay, pues, motivo para hablar de una variacion fundamental en el carácter de la arquitectura arábiga del siglo xii en adelante: más bien debe afirmarse que, vencedora del influjo bizantino, fijó los rasgos esenciales de su carácter en la segunda mitad del siglo x. Es verdad que despues, con el transcurso del tiempo, hubo cambios y mejoras en la ligereza de los arcos, en el primor, en la elegancia, en ciertas singularidades del gusto y en algunas modificaciones que en los detalles se fueron introduciendo; pero estos cambios y mejoras estaban en la misma naturaleza de las cosas. Nada puede objetarse, sin embargo, á los que hablan de las diversas fases del estilo arquitectónico arábigo; pero es lo cierto que no es dable seguir con certeza la historia de estas variaciones, al ménos en sus pormenores, ya que sólo nos quedan en España tres monumentos importantes y bien conservados del arte arábigo, sobre la época de cuya fundacion no cabe duda: una mezquita de la primera época, un alminar de la segunda y un palacio de la tercera.

La más notable empresa arquitectónica del siglo xii, de que tenemos noticia, fué la construccion de una gran mezquita, con un alto alminar, en Sevilla, por Jacub



Almansur, el Muwahida. Un historiador arábigo refiere: « En el año de 593 (1196-97 de Cristo) volvió á Sevilla el príncipe de los creyentes, y terminó allí la construccion de la mezquita y del alminar, cuyos cimientos habia echado tres años ántes, adornando la cima del alminar con muy hermosas bolas, en forma de frutos. De la magnitud de estas bolas se tiene idea con decir que la de tamaño mediano no pudo entrar por la puerta del Muezin hasta que se ensanchó la parte inferior de dicha puerta, arrancando algunas piedras. El artista que fabricó estas bolas y las elevó y colocó en su sitio fué Abu Leis el Siciliano: el dorarlas costó cien mil dineros de oro (1). En consonancia con esto habla Makkari del alminar de Sevilla, que construyó Jacub Almansur, y dice que en todo el Islam no habia otro que le sobrepujase en altura y magnificencia (2). La *Crónica del Santo rey D. Fernando* describe el alminar tal como le encontró el conquistador. « La torre, dice, es por muy sutil y maravillosa arte labrada. Tiene en anchura sesenta brazas, é doscientos é cuarenta en altura. Tiene otra gran excelencia, que tiene la escalera por donde suben á ella muy ancha, é tan llana é tan compasada, que todos los reyes é reinas y grandes señores que á ella quieren subir á mula ó á caballo, pueden muy bien subir hasta encima. Y encima de la tor-

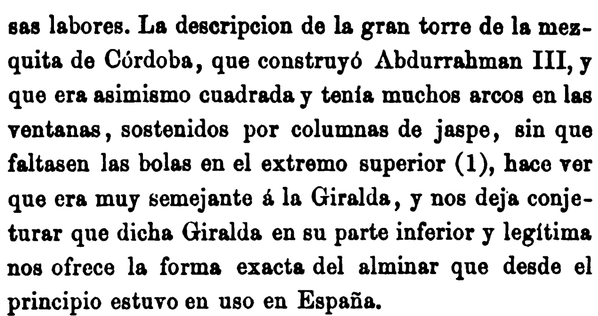
(1) Al Kartas, ed. Tornberg, I, 151.
(2) Makkari, I, 128.



re está otra que tiene ocho brazas en alto, hecha por maravillosa arte, y encima de ella están cuatro manzanas, una sobre otra, tan grandes y de tan grande obra y hermosura, que no creo que se hallen otras tales en todo el mundo. La que está sobre todas es la menor. Y luégo la segunda es mayor, é la tercera es muy mayor. De la cuarta no se puede decir su grandeza ni su extraña obra, que es cosa increible á quien no la vido. Ésta es labrada por muy gentil arte. Tiene doce canales, cada una de ellas de cinco palmos en ancho, y cuando la metieron en la ciudad no pudo caber por la puerta, y fué menester que quitasen las puertas y que ensanchasen la entrada para metella. Cuando el sol da en estas manzanas, resplandecen tanto, que se ven de más léjos que una jornada» (1).

Este alminar se conserva, y es hoy la célebre Giralda, torre cuadrada que ha perdido ya su primitivo adorno de las bolas, y que ha sido algo desfigurada por un nuevo capitel ó remate. La parte inferior de esta torre es de piedra de cantería, la del medio de ladrillo y la superior de tapia. Para ornamento de la parte exterior hay muchos elegantes ajimeces, cuyos arcos variados y recortados descansan sobre pequeñas columnas de mármol, entre las cuales, pulidos ladrillos ó azulejos forman en el muro un rico tejido de várias y primoro-

(1) *Crónica del Sancto Rei D. Fernando*. Salamanca, 1540, cap. LXXIII.



sas labores. La descripcion de la gran torre de la mezquita de Córdoba, que construyó Abdurrahman III, y que era asimismo cuadrada y tenía muchos arcos en las ventanas, sostenidos por columnas de jaspe, sin que faltasen las bolas en el extremo superior (1), hace ver que era muy semejante á la Giralda, y nos deja conjeturar que dicha Giralda en su parte inferior y legítima nos ofrece la forma exacta del alminar que desde el principio estuvo en uso en España.

Los arcos de los ajimeces en la torre de Sevilla se elevan un poco hácia la clave, formando punta; manera que más tarde aparece con frecuencia; pero que no fué extraña en las épocas anteriores, segun se nota en los costados de la interesante antigua puerta de Visagra, en Toledo. Estos arcos apuntados se usaron ya en el siglo IX en la mezquita de Tulun, en el Cairo, y desde entónces, si no ántes, segun parece, fueron propiedad comun del arte mahometana. Los árabes fabricaban á menudo los arcos como mero ornato, y los formaban de una masa de estuco que colocaban entre los pilares verticales ó jambas. De aquí debió pronto y fácilmente nacer el deseo de dar al arco variedad y diversas formas, y sería ciertamente de extrañar que no se hubiese ocurrido el cambiar y alternar la forma re-

(1) Véase EDRISI, II, 62, y MORALES, *Antigüedades de España*, Córdoba, pág. 54. Este último autor vió aún el antiguo alminar de Córdoba, que en 1593, al ir á hacer en él algunas restauraciones, se vino á tierra.

donda con la del arco apuntado. Sin embargo, nunca el arco apuntado se empleó por ningun pueblo mahometano como parte esencial de un sistema arquitectónico, y, si bien afirma su importancia en la arquitectura la aplicacion frecuente que de él se hizo, sería caer en error dejándose llevar de las apariencias, el atribuir á su aparicion entre los árabes más importante significado y el poner esto en relacion con el orígen del estilo gótico.

La gran mezquita de Sevilla, de la cual áun se conservan algunos restos en la parte inferior de los muros de la catedral, y que sirvió para el culto cristiano hasta el siglo xv, estaba por fuera coronada de soberbias almenas y revestida en lo interior de blancas placas. Su techo, muy artísticamente adornado, descansaba, como el de la mezquita de Córdoba, sobre antiguas columnas de mármol, por donde se podia inferir que aquel edificio habia sido tambien construido en los primeros tiempos de la dominacion muslímica, y por Jacub Almansur sólo restaurado (1).

En muchos lugares esparcidos por toda la Península ibérica se encuentran aún edificios ó ruinas que en su estructura ó adornos revelan la mano ó el influjo de los árabes; mas raras veces hay datos seguros por donde se pueda averiguar la época de su fundacion. En las regiones que fueron arrebatadas á los mahometanos se

(1) Ortiz y Zúñiga, *Anales de Sevilla.* Madrid, 1677, página 21.

conservó aún largo tiempo la antigua manera de edificar. No sólo los moriscos edificaban y adornaban sus casas al uso de sus padres, sino que tambien los cristianos se complacian en la comodidad de tales viviendas y hacian construir las suyas segun el mismo estilo y traza. Todavía en el siglo XVI eran proverbiales entre los españoles el lujo encantador y el atractivo con que los palacios arábigos robaban los sentidos; y el ascético Fr. Luis de Leon los encomia al considerarse dichoso de hallarse tan apercibido contra las seducciones del mundo, que

Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspe sustentado.

Á menudo estas obras de los tiempos posteriores á la reconquista son difíciles de distinguir de las que se construyeron ántes de la dominacion cristiana. Ni las mismas inscripciones del Coran prueban otra cosa, sino que los moriscos, miéntras se les permitió el libre ejercicio de su religion y el uso de su lengua nativa, siempre adornaban las paredes de sus moradas con piadosas sentencias. La distincion es áun más difícil de hacer cuando los nuevos edificios se han levantado sobre el solar de otros más antiguos y aprovechando sus materiales. Á este género pertenece el alcázar de Sevilla, que en su estado actual es un laberinto de patios, salas, corredores y estancias, en donde la traza en general, y no pequeña parte de los adornos y deta-

lles, revelan el gusto y la manera arábigos. La inscripcion de la fachada principal dice que el rey D. Pedro ha construido aquel alcázar, pero es evidente que su obra no es ninguna construccion fundamentalmente nueva, sino sólo una restauracion de muchas partes antiguas con la adicion de otras (1). Ya, segun parece, los Omiadas tuvieron un palacio en Sevilla (2); tambien hemos hablado de los diversos palacios de los Abbadidas, y por último, entre las construcciones de los Muwahidas, se menciona una fortaleza con palacios y kubba (3); pero de ninguno de estos edificios se puede afirmar con certidumbre que estuvo en el mismo sitio que el alcázar actual. Despues de la conquista de Sevilla fijó el rey San Fernando su residencia en el alcázar (4), y parece indudable que este alcázar es el mismo que D. Pedro restauró y renovó.

La ciudad de Toledo es asimismo riquísima en restos de arquitectura arábiga (5); pero ni los mejor con-

(1) Segun Ortiz de Zúñiga, el rey D. Pedro hizo construir una nueva vivienda en el alcázar de Sevilla y destruyó parte de la antigua.— *Anales de Sevilla*. Madrid, 1677, pág. 210.

(2) Dozy, *Histoire*, II, 247.

(3) Ab-ul-Wahid, 212.— Este edificio *muwahida* estaba situado á orillas del Guadalquivir. El actual alcázar se halla á alguna distancia del rio, pero se puede suponer que con sus antiguos jardines y otros edificios dependientes pudo extenderse en otro tiempo hasta la ribera.

(4) *Crónica del santo rey D. Fernando*. Salamanca, 1540, capítulo LXX.

(5) Ya se comprende que Schack, hablando en general y en



servados, como la hermosa puerta del Sol y la antigua sinagoga de Santa María la Blanca, consienten que se diga con seguridad que pertenecen á época anterior á la reconquista (1). En el cerro más alto que domina la ciudad, y donde ahora está el alcázar, habia ya sido edificado en el siglo VIII un fuerte castillo (2); con ocasion de la reconquista de Toledo, se habla tambien de un castillo que dominaba todos los contornos (3); pero en las hoy des-

resúmen de la arquitectura arábiga, no puede detenerse á describir circunstanciadamente todos los monumentos que de este género hay en España, sobre todo cuando no son, de seguro, del tiempo de la dominacion musulmana, sino posteriores á la reconquista; esto es, construidos por musulmanes sometidos á los cristianos. Se da á este estilo, que tiene caractéres propios, el nombre de estilo mudéjar, y á él pertenecen casi todos los edificios por el gusto arábigo que áun en Toledo subsisten. Así, por ejemplo, Santa María la Blanca, antigua sinagoga, el Tránsito, ó San Benito, que fué otra sinagoga, construida por el famoso Samuel Leví, valido del rey D. Pedro, la Casa de la Mesa, San Roman y el palacio de Don Diego. Otros edificios, como las puertas del Sol y de Visagra, son tal vez del tiempo de la dominacion mahometana. Todo lo describe con grande esmero y saber el Sr. Amador de los Rios en su *Toledo pintoresca*, á la que remitimos á nuestros lectores. (*N. del T.*)

(1) Conforme en esto con Schack el Sr. Amador de los Rios, no hay apénas en Toledo un solo monumento, fuera de la ermita del Cristo de la Luz, que se atreva á calificar resueltamente como del tiempo de la dominacion musulmana, por más que en muchos haya inscripciones arábigas con versículos del Corán, que los piadosos arquitectos muslimes inscribian, á pesar de ser cristianos los que mandaban construir los edificios. (*N. del T.*)

(2) IBN-AL-KUTIA, en *Journ. asiat.*, 1853, I, 463.

(3) DOZY, *Recherches*, pág. 193.

trozadas ruinas del palacio de Cárlos V apénas se advierten ya partes de muros arábigos, Del mismo modo ha desaparecido la obra maravillosa de las dos cisternas(1),

(1) Aunque todos pueden consultar la obra del Sr. Amador de los Rios, *Toledo pintoresco*, no logro resistir al deseo de trasladar aquí lo más sustancial de la descripcion que de estas cisternas ó clepsidras da el escritor arábigo Abu Abdalá ben Abi Becr Az-Zahri en su *Geografía*, segun la traduccion hecha por D. Pascual de Gayángos: «Las fabricó, dice, el famoso astrónomo Abul-Casen Abdurrahman, más conocido por el renombre de Az-Zarcal. Cuentan que este Az-Zarcal, como oyese de cierto talisman que hay en la ciudad de Arin, en la India oriental, y del cual dice Masudi que señalaba las horas por medio de unas aspas ó manos, desde que salia el sol hasta que se ponia, determinó fabricar un ingenio ó artificio, por medio del cual supiesen las gentes qué hora del dia ó de la noche era, ó y adiesen calcular el dia de la luna. Al efecto hizo cavar dos grandes estanques en una casa á orillas del Tajo, no léjos del sitio llamado Babo-d-dabbagun (puerta de los curtidores), haciendo de suerte que se llenasen de agua ó se vaciasen del todo, segun la creciente y menguante de la luna.

»Segun nos han informado personas que vieron estas clepsidras, sus movimientos se regulaban de esta manera. No bien se dejaba ver la luna nueva, cuando por medio de conductos invisibles empezaba á correr el agua en los estanques, de tal suerte que al amanecer de aquel dia estaban llenas sus cuatro séptimas partes, y que al anochecer habia un séptimo justo de agua. De esta manera iba aumentando el agua en los estanques, así de dia como de noche, á razon de un séptimo por cada veinticuatro horas, hasta que al fin de la semana se encontraban ya los estanques á mitad llenos, y en la semana despues se veian llenos del todo, hasta el punto de rebosar el agua. Cumplidos los 21 dias y 21 noches del mes, ya no quedaba en los estanques más que la mitad del agua, menguando cada dia y cada noche, hasta cumplirse los 29 dias del mes, hora en que quedaban de todo punto vacíos y sin más agua



las cuales se iban regularmente llenando de agua conforme crecia la luna, y se iban quedando vacías cuando la

que la que se les pudiese haber echado desde fuera; con esta circunstancia notable, que si álguien intentaba, miéntras el agua iba en aumento, disminuir la que habia en los estanques, extrayéndola con cubos ó de otra manera, lo mismo era cesar la operacion, que brotaba otra vez por aquellos conductos invisibles el agua suficiente para llenar el vacío; de suerte que por ninguna manera se alteraba la medida y progresion de las aguas. Y en verdad que debia de ser cosa maravillosa y nunca vista, pues si bien es cierto que el ídolo de la ciudad de Arin, en la India, es notable por su construccion, áun lo es más este de Toledo, por cuanto aquél está en una region y en un grado del Ecuador en que las noches y los dias son siempre iguales, miéntras que éste está en un sitio y en una latitud en que, como es sabido, las noches son más cortas y los dias más largos. Pero solo Dios es sabedor, y no nos toca á nosotros, pobres mortales, el tratar de penetrar sus insondables misterios.

»Segun dijimos arriba, estas clepsidras ó relojes de agua, con sus correspondientes estanques, estaban bajo un mismo techo, en un edificio fuera de Toledo. Cuando el Rey de Toledo, que lo era entónces un tal Adefonx, maldígale Alá, tuvo noticia de ellos, entróle el deseo de ver cómo se movian, y al efecto mandó á uno de sus astrónomos que socavase uno de ellos y viese cómo y de dónde venía el agua. Hízose como lo mandaba el Rey, y el resultado fué que quedó de todo punto inutilizada la máquina. Esto fué en el año 528 de la Egira (1134 de Cristo), tiempo en que, segun dijimos, reinaba dicho Alfonso en Toledo. Cuentan que un maldito judío, á quien llamaban Honayn-ben-Rabua, y era grande estrellero, fué el causante de esta desgracia; pues como desease en extremo penetrar el artificio por medio del cual se movia toda aquella máquina, pidió al Rey que le permitiese sacar de cuajo una de las clepsidras para poder ver lo que habia debajo, prometiendo volverla á su lugar tan pronto como se hubiese enterado de las piezas que la componian. Dióle el Rey licencia para ello; mas cuando el judío (¡maldígale Alá!) quiso volverla á su sitio, no le fué posible. El

luna menguaba, señalando así el número y la hora de cada dia del mes (1). Las ruinas cerca del Tajo, que llevan el nombre de Palacios de Galiana, son más interesantes por las románticas tradiciones con ellas enlazadas, que por sus adornos y arcos recortados (2). En

insensato creyó que podria mejorar el movimiento, haciendo de suerte que los estanques se llenasen de dia y se vaciasen de noche, mas todo fué en vano: no consiguió su intento, y la máquina quedó inutilizada para siempre.»

Tal es la traduccion de Az-Zahri, comunicada por Gayángos á Amador de los Rios é inserta en la obra *Toledo pintoresca*. (*N. del T.*)

(1) MAKKARI, I, 127.

(2) El Sr. Amador de los Rios, en su *Toledo pintoresca*, describe detenidamente los restos de los Palacios de Galiana. El doctor Fastenrath los describe tambien de esta suerte, en sus *Inmortales de Toledo*. «En medio de la fértil llanura, al oriente de la ciudad, en la orilla izquierda del Tajo y en la llamada Huerta del Rey, hay una granja que tiene las decoraciones de un antiguo palacio. El pueblo la llama hoy los Palacios de Galiana. Dos altas torres y muros derruidos forman un cuadro. Á la entrada áun se ve un gran arco de herradura, en cuya bóveda se hallan dos escudos en blanco mármol con las armas de la noble casa de los Guzmanes. En lo interior el arco está cubierto de arabescos ennegrecidos por el humo y el hollin, y de inscripciones arábigas que se han hecho imposibles de leer. Cuatro bóvedas, que sirven hoy de establo y de cocina y dormitorio á los campesinos, es cuanto queda de los suntuosos palacios que en otro tiempo habitó Galiana.»

En lo tocante á esta princesa mítica, tradicional ó fantástica, tanto el Sr. Amador de los Rios cuanto el Dr. Fastenrath traen noticias curiosas que debemos repetir aquí en resúmen.

Muchos poetas de varios paises han ensalzado la peregrina hermosura de Galiana y han cantado sus amores con Carlo-Magno. Lo singular es que siendo este asunto tan romántico,

balde se busca hoy algun rastro del alcázar, del arsenal, de las torres, mezquitas y casas de municiones que habia en Gibraltar, obras todas que áun á media-

no haya dado motivo á romance alguno de nuestro romancero, que ha dejado intacta la tradicion. La tradicion, sin embargo, es muy española, ó al ménos vino á España desde muy antiguo, pues ya el arzobispo D. Rodrigo refiere que en sus mocedades estuvo Carlo-Magno en Toledo, y que, cuando volvió á Francia, sabida la muerte de su padre, *reversus est, ducens secum Galienam, filiam regis Galafri, quam ad fidem Christi conversam, duxisse dicitur in uxorem*, etc. Sin duda Galiana merecia bien la honra de ser emperatriz de Francia, pues todos los poetas encomian su hermosura, como cosa más que humana. Valbuena la describe así en *El Bernardo:*

Hija del rey Galafre es Galiana,
Cuya beldad se entiende que del cielo,
Hecha de alguna pasta soberana,
Para asombro bajó y honor del suelo.
El ámbar y arrebol de la mañana,
Que entre rayos y aljófares de hielo
El mundo argenta y su tiniebla aclara,
Dirás que son vislumbre de su cara.

El rey de Guadalajara, moro agigantado, feroz y valiente, llamado Bradamante, se enamoró perdidamente de la Infanta, y para visitarla hizo una senda subterránea que iba desde Guadalajara á los Palacios de Galiana, y con el nombre de *senda de Galiana* es conocida. Pero ni esto, ni otros mil extremos y finezas de enamorado fueron parte á vencer el desvío y la crueldad de la bella infanta mora, y sólo sirvieron para excitar los celos del jóven Carlo-Magno, que decidió desafiar á aquel odioso rival. «Hízolo así, dice D. Cristóbal Lozano en sus *Reyes nuevos de Toledo*, riñeron cuerpo á cuerpo con destreza y con valor, y aunque el moro era un gigante, quedó por Carlo-Magno la victoria. Vencióle en el desafío, cortóle la cabeza y presentósela á Galiana. Recibió el presente muy gustosa, tanto por ver la valentía de su amante como por verse ya libre del que aborrecia.» Segun el mismo Lozano, la Infanta se hizo cristiana; la

dos del siglo XIV llenaban de admiracion y de orgullo á los creyentes cuando visitaban aquel baluarte del Is-

bautizó Cixila, arzobispo de Toledo, la casó con Carlo-Magno, y los nuevos esposos se fueron á Francia á ocupar el trono que acababa de quedar vacante por muerte del rey Pipino.

Ademas de un episodio del poema de Valbuena, *El Bernardo*, ha inspirado esta tradicion una comedia á Lope de Vega, titulada *Los Palacios de Galiana*, la cual comedia es bastante rara en el dia, aunque fué impresa en la parte XXIII de las comedias de Lope. El Dr. Fastenrath trae un extracto de esta comedia y muchos versos y escenas traducidas. Tambien el señor Rubí compuso un drama sobre Galiana, haciéndola esposa de Cárlos Martel, y no de Carlo-Magno.

En un poema épico aleman, compuesto á principios del siglo XIV, titulado *Karl Meinet*, por Adelberto de Keller, se cuentan muy por extenso y muy poéticamente los amores de Carlo-Magno y Galiana. Carlo-Magno, siendo muy mozo, vino á Toledo con 200 vasallos fieles, huyendo de los dos tiranos Haenfrait y Hoderich, que le habian usurpado el trono. Este destierro da ocasion á sus amores con Galiana, que el poeta llama Galya, hija del rey Galafer. Carlo-Magno mata á Bremunt y á Kaiphas, su sobrino, y se hace gran privado y amigo de Galafre, quien va con él á Francia y le ayuda á reconquistar el reino que le tenian usurpado. Los usurpadores expian su crímen en la horca, y Galafre se vuelve á Toledo cargado de presentes. Pero ni Cárlos en el trono de Francia, ni Galiana en sus encantados Palacios, podian vivir separados el uno del otro. Cárlos abandona su trono y reino, y vuelve á Toledo, disfrazado de peregrino. Esto da lugar á mil escenas románticas. Galiana y su doncella Floreta huyen al fin con Cárlos, y, despues de mil lances y aventuras, llegan á París, donde el Arzobispo las bautiza. Galiana se casa con Cárlos y es emperatriz de Francia.—Cuando Cárlos estaba en Alemania, combatiendo á los sajones, murió la emperatriz Galiana, y Cárlos la lloró amargamente. Segun el poema, el Emperador tuvo que consolarse al cabo, pues se casó en segundas nupcias con Hildegarda de Suabia, y en terceras con la graciosa Vasterita. (*N. del T.*)



lam (1). En los alcázares de Segovia y de Cintra quedan aún algunos restos de su primitiva arquitectura; y Alcalá de Guadaira, cerca de Sevilla, puede jactarse de su castillo arábigo, bien conservado aún.

Entre las más importantes ciudades, singularmente en los últimos tiempos de la dominacion mahometana, se contaba la fuerte y poderosa Málaga, puerto principal del reino granadino. Los escritores cristianos que la visitaron en tiempo de los muslimes, ó inmediatamente despues de la reconquista, hablan con admiracion de sus edificios y fortificaciones y del encanto de sus alrededores. Cercaba la ciudad una muralla con muchas fuertes torres, cuyos parapetos estaban coronados de muchas almenas. Fuera de la ciudad y en la falda de un monte se veia la Alcazaba, que era un fuerte castillo, cercado de dobles muros y de treinta y dos gigantescas torres. Más alto aún, en la cumbre del monte, estaba el castillo de Gibralfaro, que se tenía por inexpugnable. En la parte llana de la ciudad habia otra notable fortaleza con seis altas torres, que se llamaba el castillo de los Genoveses, y ademas, más cerca de la playa, otro gran edificio, igualmente con torres, que era el arsenal ó atarazana (*Dar-as-Saana*). «Y las muchas torres y los grandes edificios, dice Hernando del Pulgar, que están hechos en los adarves, y estas cuatro fortalezas, muestran ser obras de varones

(1) Ibn Batuta, iv, 355.

magnánimos, en muchos y antiguos tiempos edificados, para guarda de sus moradores. Y allende de la fermosura que le da la mar y los edificios, representa á la vista una imágen de mayor fermosura con las muchas palmas y cidros y naranjos, y otros árboles, y huertas, que tiene en gran abundancia dentro de la ciudad y en los arrabales, y en todo el campo que es en su circuito» (1).

Los restos que en Málaga se conservan aún de la época arábiga, se reducen á las atarazanas, en cuyo costado del mediodía se halla un elegante arco de herradura con la inscripcion: *Solo Dios es vencedor*; las ruinas de la alcazaba y de Gibralfaro, ó monte del Faro, y la torre de la iglesia de Santiago, que fué una mezquita. De la mezquita principal, cuyo patio era célebre por su hermosura y estaba lleno de naranjos de extraordinaria altura (2), no queda el menor resto, como se nota al visitar la catedral, que ocupa hoy el lugar mismo. Interesantes restos de un castillo, fundado encima de una escarpada peña, tal vez del mismo castillo en que los hijos de Al Motamid se defendieron tan valerosamente, se hallan aún en Ronda, «aquella egregia y encumbrada ciudad, á quien las nubes sirven de turbante, y de talabarte los torrentes» (3).

(1) Hernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. LXXV.—Véase tambien *Crónica de D. Pedro Niño*, Madrid, 1782, pág. 53.

(2) Ibn Batuta, IV, 367.

(3) Abulfeda, *Geografía*, 166.—Ronda, por su posicion,



En várias ciudades de España se han conservado algunos alminares convertidos en campanarios; así en Carmona el de Santa María, y en Sevilla los de Santa Catalina y San Márcos. En la iglesia de San Salvador se ve una losa de mármol, empotrada en los muros de lo interior de la torre, con una inscripcion que dice que el rey Al Motamid hizo reedificar, en el año 472, la parte superior de aquel alminar que un terremoto habia derribado. En las iglesias de San Andres y de San Lorenzo, tambien en la misma ciudad, parecen ser restos de mihrabs las pequeñas construcciones con cúpula que están al mediodía. Por último, San Juan de la Palma, en Sevilla, fué primitivamente una mezquita, cuyo alminar hizo construir una de las mujeres de Al Motamid, como lo declara una inscripcion cúfica que se halla en el muro exterior (1). Ademas de este recuerdo de la época brillante de la ciudad bajo el dominio de los Abbadidas, despierta esta iglesia otro recuerdo de los dias más terribles de la Inquisicion.

única en el mundo, es una ciudad inolvidable para el que una vez la ha visto. Los escritores arábigos la describen pintorescamente. Ibn Jacan la llama: « Una encumbrada y casi inaccesible ciudad, cuyas almenas se avecinan á los astros. De ella descienden manantiales, cuyo impetuoso curso forma un estruendo como las tempestades y el trueno. Estos manantiales se convierten luégo en un rio, que, á manera de serpiente, ciñe y enlaza los lados del castillo, haciéndole áun más fuerte é inaccesible. » (*Scriptorum Arab. loci de Abbadidis*, I, 55.)

(1) *Memorial histórico español*, tomo II. Madrid, 1851, páginas 394 y 396.

Cuenta la leyenda que un cadáver depositado en aquella iglesia se alzó del sepulcro para acusar á un rico judío á quien oyó negar la Inmaculada Concepcion de la Vírgen: la Inquisicion se apoderó del pecador y le quemó vivo.



XVI.

La arquitectura de los árabes en Sicilia.

Cuatrocientos años ántes que en España acabó la dominacion de los árabes en Sicilia. Si esta isla habia sido un gran campo de batalla de los antiguos pueblos, donde combatieron siracusanos y atenienses, cartagineses y griegos, romanos y bárbaros, tambien hubo en ella desoladoras guerras en las edades sucesivas entre normandos, alemanes, aragoneses y franceses. Pero, aunque se salvaron de aquellas primeras tempestades y combates restos importantes siempre del arte dórico, los templos sublimes de Agrigento y Segeste y los teatros de Siracusa y de Taórmina, los edificios de los árabes, con ser más de mil años más modernos, han desaparecido casi por completo, sin dejar rastro alguno. Sólo poseemos de ellos escasas y vagas noticias, pero las suficientes para que no quede la menor duda sobre su abundancia y grandeza. La vida de San Filaretes, nacido en Sicilia (1020-1070), obra com-

Ibn Haukal, tenía Pa
más de trescientas mez
contener 7.000 person
del año de 1090, habla
de ciudades y palacios
de tantos edificios const
para usos elegantes y s
despues las devastacione
de tres años; mas, á pc
obras de Edrisi, Ibn Yu
tores los tres del tiempo
vía, á mediados y hácia
parte de Sicilia conserval
biga. Los dos primeros e

(1) *Acta Sanct. Bollandi*,
cra et religiosa templa. At v
tudo aedificiorum, quae in m
que ex his satis illustria at p
quis mira arte posita sunt



las ciudades, las mezquitas, los baños y otros suntuosos edificios; y es difícil suponer que todos ó la mayor parte fuesen construidos en el corto tiempo que medió desde la conquista de la isla. La pintura que hace Falcando de Palermo recuerda vivamente, por la semejanza, las que se conservan de Granada y de Sevilla, y designa á los árabes como principales autores de aquellos celebrados encantos. «¿Quién, dice, podrá encomiar como es justo los pasmosos edificios de esta magnífica ciudad, la belleza de sus árboles siempre verdes, la dulce abundancia de sus fuentes y surtidores, y los acueductos que traen agua de sobra para todas las necesidades de los ciudadanos? ¿Quién acertará á ponderar la gloria de la espléndida vega, que se extiende cuatro millas entre los muros de la ciudad y las montañas? ¡Oh venturoso valle, digno de alabanza en todos tiempos, el cual contiene en sí toda clase de árboles y de frutos, y encierra solo todos los bienes de la tierra! Con el encanto que ejerce su deleitosa vista, de tal suerte se apodera de las almas, que el que una vez le vió, apénas si podrá dejarse arrastrar á otra parte por el más poderoso atractivo. Allí se ven viñedos que, merced á la pujante fertilidad del suelo, se dilatan con viciosa lozanía; allí hay jardines con una inmensa riqueza de variada fruta; allí torres, así para guardar los jardines como para deleite de los sentidos extasiados; allí tambien rápidas norias, por medio de cuyos arcaduces, que alternativamente suben y bajan, se ex-

trae el agua de los veneros y se llenan los aljibes y estanques que están cerca, y desde los cuales corre el agua hácia todos lados. Si se atiende despues á la copia variada de árboles frutales, se ve la granada, que ocultando sus delicados granos en ruda corteza, los preserva de la intemperie; limones de tres diversas sustancias, pues miéntras que su cáscara, por el color y el aroma, parece arder, la jugosa pulpa interior con su ágrio zumo está llena de frescura, y la parte que está en medio conserva una temperatura templada. Estos limones sirven para sazonar los manjares. Hay tambien naranjas, que, si deleitan con su dulce zumo refrigerante, encantan áun más por su hermosura, cual si hubieran sido creadas para deleite de los ojos. Éstas caen de su peso cuando están ya maduras, porque no pueden sostenerlas las ramas, y porque crecen otras nuevas á las cuales es menester dejar sitio; de tal suerte se ven á la vez en el mismo árbol el fruto ya con vivo color de la primera cosecha, el verde áun de la segunda y el azahar de la tercera. Este árbol, resplandeciendo constantemente con las galas y lozanía de la juventud, no es despojado de ellas por la infructífera vejez del invierno, ni la helada le roba su follaje, sino que siempre lleva sus hojas verdes, y nos muestra á la vista la dulzura de la primavera. ¿Qué diré yo de las nueces, de las almendras, de los higos de várias clases, y de las olivas, cuyo aceite sazona los manjares y alimenta la llama de las lámparas? ¿Qué diré de los



altos algarrobos de larga vida, cuya innoble fruta lisonjea con dulce insipidez el paladar de los rústicos y de los muchachos? Más bien me pararé á considerar las sublimes cabezas de las palmas y los dátiles que cuelgan en racimos de los altos cogollos. Si bajas luégo la vista, descubres extensos campos plantados de aquella maravillosa caña, que estos naturales llaman de azúcar, á causa de lo dulce de su jugo interior. De otros frutos comunes que se dan entre nosotros me parece superfluo añadir nada» (1).

Si este verde y florido eden nos le imaginamos coronado de palacios y de castillos de altas almenas, de cúpulas de mezquitas y de esbeltos y ligeros alminares, emergiendo de un mar de verdura, y de quintas con fuentes y sonoros surtidores ocultos entre la espesura de los naranjos y los bosquecillos de arrayan, y luégo miramos al mar azul profundo desde las escarpadas peñas cubiertas de pitas, áloes y nopales, tendrémos una idea de Sicilia en tiempo de los árabes y áun de los normandos. Así fué que, seducidos por la encantadora belleza de esta tierra meridional, pronto trataron los últimos de fijarse en la isla en estables viviendas, se arrepintieron de aquella furia bárbara, con que habian arrasado tantos soberbios edificios, y empezaron á restaurar ó reedificar los palacios derruidos y á levantar

(1) HUGONIS KALCANDI, *Hist.*, en los *Rerum Sicularum Scriptores*; Francofurti, 1579, pág. 640.

otros nuevos. En Italia asimismo, y singularmente en la costa del Sur, que tenía frecuente trato y comercio con Sicilia, halló la gente tan cómodas las viviendas sarracenas, que procuró imitarlas. Así es, por ejemplo, que en la pequeña ciudad de Ravello, cerca de Amalfi, poblacion poderosa en otras edades, se ven aún muchos palacios derruidos, completamente en estilo oriental.

Es indudable que fueron arquitectos arábigos los que hicieron para los normandos aquellos palacios dispuestos para el goce de la vida sensual más elegante. Ni tuvieron el menor motivo para apartarse del antiguo estilo conocido, ó modificarle, ya que los que les encomendaban trabajo habian desde luégo adoptado las costumbres orientales. Siguieron, pues, en la traza y plan de los nuevos edificios, como en los detalles y adornos, el ejemplo y modelo de las antiguas quintas sarracenas; y si no se ha conservado en la isla un solo edificio que pueda con seguridad completa hacerse remontar á la época de los árabes, todavía nos atrevemos á conjeturar del modo de ser de los más tarde edificados, como eran los primeros.

Los grandiosos monumentos antiguos de Sicilia, que áun excitan hoy nuestra admiracion, y que entónces debian subsistir áun en mayor perfeccion, no parece que sirviesen en manera alguna de modelo á los mahometanos. Fácil les hubiera sido aprovecharse de las columnas y de otras partes esenciales de los templos



griegos, pero es indudable que no lo hicieron. El material de construccion que emplearon con preferencia, fué una clase de piedra que llamaban *kiddan*. De estas piedras talladas estaba hecho todo Palermo (1). Parece, ademas, segun se infiere de la inspeccion de muchos restos de murallas, que emplearon el ladrillo. Los edificios sicilianos tenian, por la altura, solidez y espesor de los muros, y por el uso del arco unas veces más y otras ménos, pero siempre propendiendo á ser apuntado, cierta afinidad en el estilo arquitectónico con los del Cairo, lo cual se explica fácilmente por las íntimas relaciones políticas de aquella isla con Egipto. En el órden interior y en la traza las quintas se asemejaban á las de España que ya hemos dado á conocer: patios rodeados de corredores con arcos y columnas, y estancias circunstantes con tazas de mármol y surtidores, formaban aquí, como allí, una mansion deliciosa entre jardines que ostentaban flores y frutas de una vegetacion casi tropical. En la ornamentacion hallamos tambien dibujos multicolores de mosaico, bóvedas en forma de colmenas, inscripciones entrelazadas, y estucados y resaltos de mil formas caprichosas cubriendo las paredes.

Un trasunto del lujo y de los encantos de las quintas de Sicilia brilla aún en los versos de Abdurrahman de Trapani en elogio de Villa-Favara, que publicamos en el segundo tomo de esta obra. La poesía no da, sin

(1) Ibn Yubair, ed. Wright, pág. 336, l. 5.



XVII.

Granada. Caida de la cultura arábiga. Últimos monumentos del arte de los árabes en Europa.

En la falda noroeste de Sierra-Nevada; que es, despues de los Alpes, la más alta cordillera de Europa, se extiende una elevada llanura, que por la abundancia y variedad de sus encantos apénas tiene igual. Aunque sólo poseyese aquel sitio la hermosura que la naturaleza ha derramado pródiga sobre él, pasaria siempre por uno de los más notables del mundo; pero, á fin de realzar más aún el hechizo con que se apodera del viajero, la historia ha puesto en él sus imperecederos recuerdos, la poesía ha extendido sobre él su velo vaporoso, y el arte le ha adornado con una de sus creaciones más bellas. ¿Quién no se ha transportado alguna vez en sueños á Granada, bajo los pórticos de hadados palacios, ó en jardines pendientes de las rocas sobre cerros y cañadas cubiertos de alamedas? Hay palabras cuyo mero sonido da alas á la fantasía. Tales son los nombres de Alham-



brota de un peñasco horadado por muchas cuevas, hay aún tres arcos de ladrillo, bajo los cuales se advierte la cerca de piedra de un lago ó gran estanque. De este gran estanque proviene sin duda el nombre de *Mare dolce*, que equivocadamente se da hoy al manantial. Áun en el dia los depósitos públicos de agua, así como tambien las pilas de mármol y los estanques de las casas, se llaman en Damasco Baharat, esto es, *mar*. Al lado opuesto de este lago artificial, ahora seco, más hácia la orilla del mar, se hallan las extensas ruinas del palacio. El pueblo de Palermo supone que por un camino subterráneo se va desde él al palacio real, que está en el centro de la ciudad, y le conoce con el nombre de *Castello di Barbarossa*. Es una gran fábrica cuadrangular con un ancho patio y con nichos en el lado exterior de los muros. Algunas habitaciones medio arruinadas con techos de bóveda indican haber sido estufas de baños termales.

Entre los palacios que, segun Ibn Yubair, hacian semejante la capital de Sicilia á una hermosa doncella, circundado el cuello de un espléndido collar de perlas (de modo que el rey de los normandos podia trasladarse siempre de un jardin á otro, pasando por pabellones, kioskos y belvederes) (1), debe contarse tambien el palacio de Al-Mansuriya. Sobre el sitio en que estaba este palacio no se puede afirmar nada con

(1) Ibn Yubair, ed. Wright, 336.

intencion *palacios sarra*
lo oriental, y más que
mahometanos, tienen d
pertenezcan á la época
mencionadas poesías vi
pág. 141; la otra, de Ib

¡Oh santo Alá,
Este alcázar ro
A quien da nom
La vista se reci
Contemplando
Cuyas columna
Destácanse en e
El agua que der
Que brota se dir
De la fuente Ke
La primavera pi
Con fúlgido bro
Y el huerto, aca
Del aura por el
Olor de ámbar e
Miéntras los ram



El canto de las aves siempre suena,
Como si convidára
A penetrar en la floresta amena.
Tal es la mansion cara
Del gran Roger; Roger, que sobresale
Entre reyes y Césares, y quiso
Aquí su trono levantar ahora.
De su esfuerzo y su dicha se prevale,
Y en este paraíso,
Que es obra suya, descuidado mora (1).

Habia, pues, jardines en la inmediata cercanía, si no en el centro del palacio, y leones que arrojaban agua como en la Alhambra. La imaginacion completa esto con patios circundados de pórticos y salas adyacentes, cuyas paredes resplandecian con azulejos, y de cuyas bóvedas pendian figuras caprichosas, á modo de estalactitas.

El boloñes Leandro Alberti, en su descripcion de Sicilia, menciona tres palacios sarracenos, situados á una milla de Palermo, de los cuales dos, en la primera mitud del siglo XVI, época en que él los visitó, eran ya ruinas; pero el tercero se conservaba. Dicho Alberti describe circunstanciadamente este último. Por una puerta con arco dorado se entraba en un vestíbulo, desde donde, por otra puerta semejante, se pasaba á un recinto cuadrado, en tres de cuyos costados habia pequeños nichos ú hornacinas, y sobre el cual se extendia un techo en forma de bóveda. En este recinto, cuyo

(1) *Bibl. arab. sic.*, pág. 583.

ban estas aguas á otros va
hasta que iban á dar en un e
bia delante del palacio. Dele
la descripcion de Alberti, er
frescas ondas, que con perpé
so iban descendiendo por un
labrada, cuyas lindas figuras
parte representaban peces, a
En esta pintura no deja de re
existe con el nombre de *La* .
dadero nombre arábigo Al-A
En la aldea de Olivuzza, conti
nes de Butera y de Serradifal
lacio, que es cuadrilongo y alt
están divididas en tres pisos,
nichos, en cuyos vanos hay ar
forma del arco apuntado. La a
otro tiempo circundaba el cor



gozan desde su cima, á las cuales sólo sobrepujan las más espléndidas de Granada. Quien esperase hallar en el Al-Aziza una Alhambra siciliana, quedaria desengañado. Solo el pórtico del piso bajo, aunque muy derruido, coincide en lo esencial con la pintura que hace de él Alberti. Los adornos que en forma de estalactitas penden en las bóvedas de los nichos que están sobre la fuente, la inscripcion de una pared á la entrada y varios arabescos, pueden ser sin duda del tiempo de los árabes; pero decididamente son obras de la época de los normandos los mosaicos que representan pavos reales y cazadores. El piso superior tenía ántes un gran salon cuadrado con columnas que comunicaba con várias estancias; pero toda esta parte del edificio conserva muy poco de su primitiva construccion. En medio del estanque, tambien destruido, que estaba delante de la puerta principal, y al que iban las aguas de la fuente del patio, habia, segun Alberti, un pabellon cuadrado unido á la orilla por un puente de piedra. Este pabellon contenia una pequeña sala con dos ventanas, y asimismo otro cuarto para mujeres, con tres ventanas, y en el centro de cada ventana habia una columna de mármol que sostenia dos arcos. Una magnífica cúpula morisca cubria el cuarto, y su pavimento era de mármol. Por una gradería, de mármol tambien, se podia bajar al agua. Entorno del estanque se veia un delicioso jardin con limoneros, cidros, naranjos y otros frutales. «Todavía, añade nuestro boloñes, se ven en

aquellos contornos otras muchas ruinas y algunos cuartos y muros en pié, por donde puede inferirse que allí hubo en otra época un suntuoso edificio. En verdad yo creo que todo hombre que piense con nobleza ha de mirar con dolor estos monumentos, en parte arruinados, en parte próximos á la total ruina» (1).

Por todo lo expuesto parece más que probable que la quinta Al-Aziza era sólo el resto de unos grandiosos palacios que encerraban en sí muchas habitaciones, pabellones, torres, jardines y patios. A falta de noticias más inmediatas acerca de la disposicion de aquellos palacios de Sicilia en la época en que áun existian en un estado perfecto, puede dar una nocion aproximada de ellos la pintura que hace Mármol Carvajal de varios palacios en el África septentrional, ya que nadie ignora que en lo esencial no se diferenciaban mucho los palacios arábigo-sicilianos de los españoles ni de los marroquíes. «Todos estos edificios, dice Mármol, y la casa real antigua, ha incorporado Muley Abdalá de poco acá en unos soberbios palacios que ha hecho, los cuales toman á lo largo del muro de la Alcazaba, desde el palacio viejo, que está detras de la mezquita que dijimos, hasta la casa real, que sale á la plaza del Cereque, en el cual ámbito ha hecho grandes patios y aposentos muy ricos, donde tiene sus mujeres y las mancebas, apartadas unas de otras, y los palacios y

(1) LEANDRO ALBERTI, *Isole appartenenti alla Italia*, apéndice á su *Descrizione di tutta Italia*, Venecia, 1567, pág. 53.



aposentos de su persona y para las armas y tesoros. En el un cuarto de éstos tiene hechas tres salas bajas con sus alcobas doradas, y en la del medio hay tres fuentes de agua y dos puertas que responden á dos hermosos vergeles de jazmines, laureles y arrayanes y de otras muchas flores olorosas, con las calles cubiertas de parras y de árboles fructíferos, cercados de canceles de reja hechos de madera con puntas de hierro por encima. En el uno de estos vergeles tiene hecho un estanque de agua á manera de alberca, de cuarenta varas en largo y más de diez en ancho, con muchos azulejos, adonde va el Rey á bañarse de verano. Este estanque era muy hondo, y un dia, estando Muley Abdalá, que ahora reina, borracho, cayó dentro, y se hubiera de ahogar si no le socorrieran sus mujeres; y por esto mandó hacerlo tan bajo que un hombre puede andar á gatas por él sin que le cubra el agua. Tiene tambien en este palacio dos ricas alcobas, que llaman *mexuares*, donde se pone á dar audiencia. En la una oye en público de manera que todos le puedan ver, y en la otra se juntan á consejo de cosas importantes los principales de la córte en presencia del Rey. Y entrambas están hechas de manera que, alzando compuertas al derredor, quedan á la parte de dentro hermosos corredores dorados, donde se arrima la gente para negociar y oir lo que se provee en sus negocios; mas no se puede entrar dentro sino por dos pequeñas puertas, donde están los porteros y los gazules de la guardia del Rey, y al der-

rior con hornacinas, algunos de
á ser apuntados. La tradicion l
ficio sarraceno, y ya fué design
Novela Sexta del quinto dia co
pabellon de Cúpula (2). Su int
lado y desfigurado, apénas ofre
se exceptúa un fragmento estal
de la cúpula destruida. Ya en l
glo XVI el antiguo esplendor d

(1) MÁRMOL CARVAJAL, *Descrip*

(2) Sobre la ya mencionada signi
ba da noticias el inglés Windus en
na 113 : « En el palacio se hallan mu
Cobahs. Son cuadrangulares, y los n
vo el frontispicio, que consta de ci
es una gran sala, cuyo pavimento,
la altura de un hombre, están tarac
ticamente pintada y ricamente dor
tejas verdes, se eleva como una pi
Abbadidis, ed. Dozy, I, 142.)



desaparecido en su mayor parte; sólo de oidas la describe así Fazello: «El palacio en lo interior de Palermo se extendia fuera de los muros de la ciudad en una huerta de unos dos mil pasos de circuito. Resplandecian aquellos jardines con toda clase de árboles y con inexhaustas fuentes. Acá y acullá habia fragantes bosquecillos de arrayan y laurel. Allí se prolongaba, desde la entrada hasta la salida, un larguísimo pórtico con muchos pabellones, abiertos por todos lados, para que el Rey se solazase. Uno de estos pabellones se conserva aún en un estado perfecto (1). En medio del jardin habia un gran estanque, construido con poderosos sillares, donde estaban encerrados muchos peces. Este estanque áun permanece sin detrimento alguno, salvo que faltan el agua y

se aplicó al salon en que estaba la *kubba* ó *cobbah*, el nombre de *kubba*. Más propio, tal vez, sería emplear el nombre de *tarbea*, que usan Amador de los Rios y otros orientalistas, y que significa *salon cuadrado*, *la cuadra*, como dicen nuestros antiguos autores, y como designan aún en muchos lugares de Andalucía al mejor salon de la casa, que suele ser cuadrado; sólo que la palabra va cayendo en desuso con esta significacion, y llamándose cuadra la caballeriza. De todos modos es de aplaudir que el vocablo *tarbea*, así como *alharaca*, *ataurique*, *aliceres*, *alfardas*, y otros muchos términos de arquitectura arábigos, vayan renaciendo en nuestro idioma. (*N. del T.*)

(1) Segun Amari, en la *Revue archéologique*, 1850, pág. 678, este pabellon existia aún en el año de 1849. En Mayo de 1864 he procurado en vano hallarle, pero despues he sabido por un aficionado á las artes, que á la verdad habia visitado á Palermo mucho ántes que yo, que dicho pabellon estaba situado en una huerta cercada, á la derecha del camino que va á Monreale, y donde yo no habia penetrado.

los peces. Allí cerca descollaba, y descuella aún, la suntuosa quinta del Rey, con una inscripcion sarracena en la cima. De nada carecia aquel sitio para completar el lujo regio: hasta se guardaban en un lado de la huerta fieras de casi todas las especies para esparcimiento de la gente del palacio. Pero todo esto está hoy destruido, y el terreno está plantado de viñas y de hortaliza por los particulares. Sólo se reconoce aún muy bien la cerca de la huerta, pues la mayor parte del muro se conserva casi sin menoscabo. Como en lo antiguo, los palermitanos llaman hoy este lugar, con un vocablo sarraceno, Kubba» (1).

La inscripcion *neski*, recientemente descifrada sobre el friso del muro, lleva el nombre de Guillermo II y la fecha de 1182 (2). Queda aún en duda, sin embargo, si el rey normando no hizo más que restaurar un antiguo edificio y adornarle con dicha inscripcion, ó si lo demas del grande edificio, del que esta kubba era sólo una parte, habia sido obra de los árabes.

Baños sarracenos en más que mediano estado de conservacion se ven aún en Cefalá, á diez y ocho millas de Palermo. Hay asimismo ruinas de una quinta arábiga en Boccadifalco. Por último, un antiguo edificio en el valle de Guadagna, junto á Palermo, llamado co-

(1) Fazellus, en *Rer. Sic. Scriptores*, 157.

(2) Las palabras decisivas son: «¡En el nombre de Dios clemente y misericordioso! ¡Considera, párate y mira! Verás una magnífica obra que pertenece á Guillermo II, el mejor entre los reyes de la tierra.» (*Revue archéologique*. Paris, 1850, pág. 681.)



munmente Torre del Diavolo, es atribuido á los árabes por el pueblo. Es un muro alto con cuatro arcos apuntados de ventanas, pero que no tiene ningun signo característico de la arquitectura oriental.

Mucho más raras que las noticias que tenemos sobre los palacios y quintas de los árabes en Sicilia, son las que nos quedan acerca de las casas de Dios ó de sus restos. Ibn Yubair describe una mezquita situada no léjos de Palermo, como de forma cuadrilonga y rodeada de extensos pórticos de columnas (1). Por más insuficiente que sea esta descripcion, todavía creemos reconocer en sus vagos contornos la figura primitiva de las mezquitas de que ya hemos hablado; esto es, un gran patio circundado de un ándito con arcos y columnas. De la disposicion de la mezquita principal de Palermo no sabemos nada. Edrisi ensalza, no obstante, la riqueza de su ornamentacion con pinturas, dorados é inscripciones (2). Así como las de Damasco y de Córdoba, fué esta mezquita en su orígen un templo cristiano (3); pero sin disputa, reedificada, como aquéllas, y despues consagrada al culto cristiano por los normandos, siendo, por último, derribada en la segunda mitad del siglo XII (4). En la catedral de ahora, que ocupa el mismo lugar, y que ha sufrido muchas modi-

(1) IBN YUBAIR, ed. Wright, 334.
(2) *Bibl. arab. sic.*, ed. Amari, pág. 29.
(3) IBN HAUKAL, en *Bibl. arabo-sicula*, 4.
(4) AMATO, *De principe templo panormitano.*

ficaciones y cambios, sobre todo en el interior, no queda parte alguna esencial del antiguo edificio, á no ser quizás algunas columnas en los lados del Sur y del Oeste.

Merced á la tolerancia que Roger y sus sucesores se vieron precisados á adoptar en su tierra, en gran parte poblada de mahometanos, muchas de las mezquitas de Sicilia quedaron en poder de éstos durante la primera época despues de la conquista. Otras, por el contrario, de la misma suerte que la mezquita principal, por medio de ciertas mudanzas interiores á fin de adaptarlas al culto divino, fueron trasformadas en iglesias. Fácil es, por lo tanto, que en las actuales iglesias de Sicilia queden aún partes de las antiguas mezquitas. Esta presuncion toca casi en la certidumbre con respecto á la iglesia de San Giovanni degli Eremiti, cerca del palacio real en Palermo. Las cuatro pequeñas cúpulas de esta iglesia llevan por completo el sello oriental, y la circunstancia de que las cúpulas eran ántes cinco, y que en lugar de una de ellas se puso un campanario, parece confirmar la idea de su orígen arábigo. Es cierto que han quedado documentos que llaman al rey Roger su fundador, pero no tienen mucho peso semejantes afirmaciones. Nadie ignora cuán frecuente era en la Edad Media atribuir la fundacion de un edificio al que sólo le ensanchaba, reparaba ó hermoseaba.

La ciudad de Palermo poseia en tiempo de los mahometanos dos castillos principales. El más antiguo, llamado por excelencia Al Kaszr, era la mansion de



los Aghlabidas, estaba situado en el sitio que ocupa ahora el palacio real, y se unia á la gran mezquita, como el de Córdoba, por medio de un camino cubierto. El otro, apellidado Jalesa por los árabes, y por Falcando Maris Castellum, habia sido construido y fué habitado por los Kelbidas, y estaba situado en la orilla del mar. Despues de la conquista de la ciudad, escogió el conde Roger para su morada el más antiguo castillo de los Aghlabidas, que luégo siguió siendo la residencia de sus sucesores (1). Como no nos queda ninguna descripcion de este palacio en su primitivo estado en tiempo de los árabes, nos parece que una narracion de Guillermo de Tiro nos puede ofrecer, en general, una idea de la disposicion de los alcázares regios orientales. El historiador de las Cruzadas se expresa así sobre el alcázar del Califa en el Cairo: «Tiene la casa de este príncipe un especial arreglo como no se sabe que le haya en otra alguna de nuestros dias, por lo cual queremos apuntar aquí cuidadosamente todo aquello que hemos llegado á entender por relaciones fidedignas acerca de sus enormes riquezas, de su lujo y vária magnificencia, ya que no ha de ser desagradable entender de esto con más exactitud. Hugo de Cesárea, y con él el templario Godofredo, cuando en cumplimiento de su embajada fueron por vez primera al

(1) FAZELLUS, 155.—FALCANDUS, 639.—EDRISI, en *Bibl. arabo-sicula*, 29.—AMARI, *Storia*, II, 189.

Cairo con el Sultan, fueron introducidos por una gran multitud de siervos, que iban delante de ellos armados y con mucho estruendo, al traves de unos pasadizos estrechos y de sitios enteramente oscuros; y en cada nuevo pasadizo hallaban turbas de etiopes armados que saludaban á porfía al Sultan, hasta que al cabo llegaron al palacio, que en la lengua de ellos se llama Kazar. Luégo que hubieron pasado más allá de la primera y de la segunda guardia, vinieron á hallarse en lugar más ancho y espacioso, que estaban al aire libre y donde el sol penetraba. Allí encontraron pórticos para pasear, que descansaban sobre columnas de mármol, tenian la techumbre dorada, estaban adornados con preciosas labores, y el piso con dibujos de color vário, de suerte que todo manifestaba una régia magnificencia. Y todo era tan hermoso por la materia y el trabajo, que forzosamente los ojos se inclinaban á mirarlo, y no podian hartarse de contemplar aquellas obras, cuya belleza sobrepujaba á cuanto hasta entónces habian visto. Habia allí albercas de mármol llenas de agua cristalina y pájaros de todas clases, que entre nosotros no se conocen, de extraña forma y plumaje, y sobre todo, una vista altamente maravillosa para los nuestros. Desde allí los llevaron los eunucos á otras estancias, que se sobreponian tanto en hermosura á las anteriores, como éstas á las que habian visto primero. Allí habia una pasmosa multitud de fieras y otros cuadrúpedos de distintas especies, como sólo el caprichoso pincel de



un artista, la libertad de un poeta ó un espíritu que sueña, puede formarlos en nocturnas visiones, y como sólo se producen en las tierras del Oriente y del Mediodía, sin que jamas se vieran en las de Occidente, donde apénas si alguna vez se habla de ellos. Despues de muchos rodeos, al traves de diferentes estancias, llegaron, por último, al propio palacio real, donde habia grandes turbas de armados y no menor apiñada multitud de siervos y otros satélites, los cuales, por su número y por sus vestiduras, anunciaban la incomparable magnificencia de su señor, y donde todo patentizaba sus riquezas é inmensos tesoros. Cuando fueron introducidos de esta suerte y se hallaron en el centro del palacio, el Sultan mostró á su amo el acostumbrado respeto, echándose por tierra una y dos veces, y venerándole y reverenciándole como nunca mostró nadie su veneracion. Luégo que se echó por tierra la tercera vez y depuso el alfanje que del cuello le colgaba, de repente las cortinas, que estaban bordadas de oro y de gran variedad de perlas, y que pendian en medio ocultando el trono, se descorrieron con maravillosa rapidez, y el Califa quedó visible. Estaba sentado, con el rostro descubierto y con un traje más que regio, sobre un trono de oro, y le circundaba un corto número de los eunucos que le servian. Entónces el Sultan se aproximó á él con profunda reverencia y le besó humildemente los piés» (1).

(1) GULIELMI TYRII, *Belli sacri historia*, t. XIX, cap. XVII.

No parece probable que el palacio de los Aghlabidas, en Palermo, tuviera el lujo fantástico del de los Califas en el Cairo. Probablemente se hallaba en un estado algo ruinoso cuando Roger tomó posesion de él, y Roger y sus sucesores hicieron en él muchas restauraciones, cambios y mejoras; pero la afinidad del palacio de los normandos con los palacios orientales resalta con más viveza en otras descripciones que de él se han conservado. Así, por ejemplo, de las noticias del viaje de Ibn Yubair, donde cuenta este escritor los muchos jardines, pórticos, pabellones, azoteas y patios, como tambien habla de un recinto circundado de una galería de columnas y arcos, en cuyo centro habia una sala. Con esto coincide Falcando en su descripcion del mismo palacio. «Todo él, dice, está hecho de sillares, labrados con notable esmero y arte pasmosa. Espesos muros le cercan en lo exterior: por dentro resplandece del modo más lujoso con oro y pedrería. Acá se levanta la torre pisana, donde se custodian los tesoros reales; acullá la torre griega, que domina la parte de la ciudad llamada Khemonia. Adorna el centro aquella parte que llaman Joaharia y que está ricamente adornada. En esta parte, refulgente con tantos primores, suele el Rey pasar sus horas de ocio. El restante espacio que hay al rededor está dividido en várias habitaciones para las mujeres, muchachas y eunucos que sirven al Rey y á la Reina. Asimismo se encuentran allí otros muchos pequeños palacios de gran lujo, donde el Rey con-

ferencia en secreto con sus validos sobre los negocios de Estado» (1).

Pero tambien toda esta magnificencia debia desaparecer pronto. Poco despues que Falcarendo hizo su brillante pintura de la pompa arábigo-normanda de Palermo, se suscitó la tempestad de la guerra, que habia de cubrir á Sicilia de nuevas ruinas. El bárbaro furor con que Enrique VI hizo valer las pretensiones de los Hohenstaufen al trono de Sicilia, y la inmediata espantosa dominacion de los franceses, con las revoluciones y trastornos que trajo consigo, destruyeron cuanto los normandos habian conservado del arte arábigo, de modo que sus restos descansan hoy sepultados bajo una doble capa de escombros y ruinas. Previendo esta tempestad, escribe el gran historiador de Sicilia las palabras que sirven de introduccion á su *Historia:* «Bien hubiera yo querido, amigo mio, ahora que la aspereza del invierno ha cedido el paso á las dulces auras, escribir algo de alegre y de agradable para que llegase á tí como las primicias de la renaciente primavera. Pero con la nueva de la muerte del Rey de Sicilia, y con la consideracion de los muchos males que ha de traer en pos de sí tan triste suceso, sólo puedo prorumpir en lamentos. En balde me excitan á la alegría la serenidad del cielo, que de nuevo se aclara, y la amable vista de florestas y jardines. Como el hijo que no puede

(1) FALCANDO, 639.

ver con los ojos enjutos la muerte de la madre, no puedo yo pensar sin lágrimas en la próxima desolacion de esta Sicilia, que con tanto amor me ha recibido y criado en su seno. Ya creo ver las hordas impetuosas de los bárbaros que la invaden con violencia codiciosa, y nuestras ricas ciudades, nuestras florecientes comarcas yerman con la matanza, devastan con el robo y manchan con sus delitos. ¡Ay de tí, oh Catania, tan á menudo herida por el infortunio! Tus dolores no han podido calmar su furia. Guerra, peste, terremotos, erupciones del Etna, todo lo has sufrido, y ahora, despues de todo, padeces el peor de los males: la servidumbre. ¡Ay de tí, oh famosa fuente Aretusa! ¡Qué ignominia pesa sobre tí! Tú, que un dia acompañaste con tu murmullo los cantos de los poetas, ahora tienes que refrescar la disoluta embriaguez de los alemanes y prestarte á sus abominaciones. Y ahora me vuelvo á tí, ¡oh celebrada ciudad, cabeza y gloria de toda Sicilia! ¡Cómo he de pasar en silencio tus encantos y cómo he de poder encomiarte lo bastante.» Aquí pone Falcando aquel elogio de su querida Palermo, que ya en otro lugar hemos copiado. Termina, por último, con estas palabras: «Todo lo que brevemente he referido es para que se sepa cuántos lamentos y qué abundancia de lágrimas son menester para que sea como debe deplorada la infelicidad de esta isla.»

Tambien en la vecina Malta, la cual, como las islas de Gozzo, Pantelaria y otras, inmediatamente despues

de la conquista de Sicilia, cayó en poder de los mahometanos, erigió la arquitectura arábiga mezquitas y palacios. Aun bajo la misma dominacion de los normandos, cuya sábia política dejó á los muslimes la completa posesion de sus propiedades, y no les puso la menor limitacion en el ejercicio de su culto, floreció allí el arte oriental. Pero apénas si ha quedado en nuestros dias como recuerdo de esto otra cosa más que una losa sepulcral, con arcos de herradura muy exornados, la cual se custodia en el museo de La Valette. Sobre esta losa se lee una inscripcion que habla de un palacio y de una espléndida sala, inscripcion que por su singular belleza no está demas trasladar aquí:

«En el nombre de Dios, clemente y misericordioso. La salud y la bendicion de Dios sobre el profeta Mahoma y su familia. De Dios son la soberanía y la duracion eterna; Dios ha destinado á perecer á sus criaturas; pero teneis un buen modelo en su profeta.

»Ésta es la tumba de Maimuna, hija de Hasan. Murió, Dios se apiade de ella, el mártes, 16 del mes Jaban, año de 569, reconociendo que no hay más que un Dios, que no tiene compañeros.

»Oh tú, que consideras este sepulcro, aquí me he sumido yo. El polvo ha cubierto mis párpados y lo interior de mis ojos.

»En este lecho mio, en esta morada del aniquilamiento y en mi resurreccion, cuando mi Criador la ordene, hallarás asunto de meditaciones sublimes. Pien-

sa, pues, en ello, ¡oh hermano mio! y toma ejemplo de mí.

»Vuelve la vista á los tiempos pasados á ver si por acaso hay álguien que permanezca en la tierra, á ver si por acaso hay álguien que pueda desafiar á la muerte y alejarla de sí.

»La muerte me ha arrojado de mi palacio. ¡Ay! Ni mi espléndida sala ni mis riquezas me han valido contra ella.

»¡Mira! Aquí estoy como prenda ó gaje de mis propias acciones, las cuales están escritas en mi cuenta, pues nada creado subsiste» (1).

(1) *Journal asiatique*, 1847, II, 437.



XVII.

Granada. Caida de la cultura arábiga. Últimos monumentos del arte de los árabes en Europa.

En la falda noroeste de Sierra-Nevada, que es, despues de los Alpes, la más alta cordillera de Europa, se extiende una elevada llanura, que por la abundancia y variedad de sus encantos apénas tiene igual. Aunque sólo poseyese aquel sitio la hermosura que la naturaleza ha derramado pródiga sobre él, pasaria siempre por uno de los más notables del mundo; pero, á fin de realzar más aún el hechizo con que se apodera del viajero, la historia ha puesto en él sus imperecederos recuerdos, la poesía ha extendido sobre él su velo vaporoso, y el arte le ha adornado con una de sus creaciones más bellas. ¿Quién no se ha transportado alguna vez en sueños á Granada, bajo los pórticos de hadados palacios, ó en jardines pendientes de las rocas sobre cerros y cañadas cubiertos de alamedas? Hay palabras cuyo mero sonido da alas á la fantasía. Tales son los nombres de Alham-

12

bra y Generalife, los cuales resuenan en el alma como un poderoso conjuro, y levantan y traen ante ella una turba de imágenes: esbeltos pilares, extendiéndose en alto como las líquidas columnas de los surtidores; fiestas y torneos bajo arcadas aéreas; paseos nocturnos entre cristalinos y sonoros arroyos, miéntras que el aroma del mirto embalsama el ambiente, y suena en la espesura el blando adormecido eco de los romances. Al lado de estas escenas apacibles aparecen otras trágicas de la caida de la dominacion arábiga, y otras grandiosas de los heróicos combates donde el cristiano denuedo se probó contra la mahometana valentía. Esta guerra granadina es como el último gran poema caballeresco de la Edad Media, colocado en los mismos confines que de la edad moderna la separan, y, si bien penetrando tan de lleno en el claro dia de la historia, medio velado aún por la vaga y nebulosa luz de la poesía. Para sublimar más aún la importancia histórica de aquellos lugares se trazó en ellos á la vez la señal y el término que marca del modo más distinto el advenimiento de una época nueva, no sólo para España, sino tambien para toda Europa; pues allí recibió Colon el encargo de armar aquella flota que, poco despues de la toma de Granada, descubrió la América; y así, sobre las ruinas del palacio real de los árabes columbramos ya el Nuevo-Mundo, que tal vez guarda en su seno los destinos por venir del género humano. Treinta años despues, Cárlos V, dominador entónces de uno de los

más extensos imperios que jamas han estado sujetos bajo el cetro de mortal alguno, fijó allí su residencia, y en la puerta de la Alhambra, junto al lema de los Nazaritas, «Solo Dios es vencedor», resplandeció el águila imperial germánica, como lo requerian entónces el poderío y la significacion de nuestra patria.

No nos incumbe hablar aquí de otras cosas que pudieron contribuir tambien á realzar el interes de aquellos lugares; sólo nos toca describirlos en su carácter local y en los más importantes momentos de su historia; como el sitio donde germinó y se desenvolvió el último florecimiento de la cultura arábiga, para marchitarse luégo para siempre.

En la falda de la sierra del Sol, de cuyos costados, rompiendo por las aberturas de las peñas, se precipitan hácia el valle el Genil y el Darro, se halla esta ciudad, en parte en la llanura, en parte sobre colinas. Entre éstas se notan principalmente dos, divididas entre sí por el profundo valle del Darro: la altura que por causa del castillo que hay en su cima se llama comunmente la Alhambra, y el escarpado Albaicin, en cuya cumbre se parecia la antigua Alcazaba. Entorno de la ciudad, hasta donde no llega la zona de montañas que la circunda, se dilata la verde vega, perfumada de rosas, entre cuyos espesos bosquecillos resresplandece serpenteando el plateado Genil, y forma con las colinas y cañadas, así como tambien con las crestas de Sierra-Nevada, coronadas de blanca y relu-

esparcido por diversas y apart
do el alma y los sentidos del v
sa verdura que gozan los paí
la triste oscuridad de su atmó
la alta situacion y á la cercan
nieve que nunca del todo se l
el azul profundo de un cielo si
olmos y chopos, que esparcen
colinas y laderas, se desenvuel
cion del Sur : el naranjo luce
verde-oscuras; grupos de pinos
gallardas y ligeras copas sobre
bilísimos laureles y densas mat
pontáneos en las hendiduras de
crece con tal vigor y llega á tan
parece aquí consagrado á cubi
cientes enramadas de verde oro
las colinas. Por donde quiera s



pompa de vegetacion y la abundancia de aguas que le da vida están acompañadas por la gloriosa luz de un sol casi tropical y por la singular formacion del terreno sobre el cual solamente puede mostrarse en todo su esplendor tan maravilloso colorido. Es verdad que no hay bosques en las alturas, las cuales son calvas masas de peñascos; pero esto mismo se presta á quebrar los rayos de la luz matinal y de la luz vespertina, dándoles aquel profundo brillo y produciendo aquel rosicler y aquellos ricos cambiantes que visten las auroras y el anochecer del Mediodía como con los destellos de otro mundo encantado. Un anfiteatro de estas desnudas montañas rodea en ancho cerco el alto y risueño valle del Genil; y aquí, empinándose bruscamente y forjando con fantástica aspereza como quebradas torres; y allí, alzándose con blandas líneas y ofreciendo en su conjunto una marcada variedad de contornos, componen las sierras de Moclin y de Elvira; pero sobre todas Sierra-Nevada alza pujante y coronada de nieve la cumbre de rotos obeliscos y gigantescas pirámides y de almenas y agujas separadas entre sí por hendiduras profundas. Imagínese ahora el sol de Andalucía cuando declina hácia el ocaso, derramando el raudal de sus rayos sobre tan portentoso panorama. Su áureo resplandor se trueca en encendida lumbre purpúrea, y recorre estremeciéndose toda la escala de los matices y tonos, hasta que ya las sombras cubren la llanura y los alcores, y todavía, al empezar la noche, los nevados

. ...

corriente á los rios, arroyos ;
viciosa abundancia de vegeta
almendro, llamada por los p
sonrisa de la primavera en la
cia la venida de la más suave
galanan los valles y los colla
donde relucen, compitiendo
flores de todos los climas; se
extiende el granado sus ramas
hojas, entre cuyo verdor se de
capullos entreabiertos; en torn
las y el adufe (1), y en las co
nan los ruiseñores los cantos d
que no han olvidado todavía. E
samado y el fresco aliento de
la mera respiracion, bajo el cie
te, como la tierra apénas brind
alguna.



No es una prediliccion apasionada, como álguien pudiera creer, la que induce á escribir estas palabras y á dotar al valle del Genil con encantos que sólo existan en la fantasía. Desde muy antiguo es famosa su belleza, y los orientales le han ensalzado como un paraíso más ameno y grande que los de Damasco, Cachemira y Samarcanda. El infatigable viajero Ibn Batuta, que habia recorrido la mitad del mundo, desde los extremos orientales de India y de China hasta el Océano atlántico, dice que los alrededores de Granada, en una extension de cuarenta millas, regados por el Genil y otros rios, y cubiertos de jardines, huertas, praderas, caseríos, quintas y viñedos, no tienen nada semejante sobre la tierra (1). No bien penetraron los cristianos en la capital del último reino muslímico de la Península, Pedro Mártir, cronista de Fernando é Isabel, se expresó con la misma admiracion en un escrito, con fecha de allí: « Á todas las ciudades que el sol alumbra es, en mi sentir, preferible Granada; en primer lugar por la blandura del clima, que ántes que nada se requiere para que sea grata la estancia en un punto. Aquí, en el verano, no son muy fatigosos los calores, ni es el frio excesivo en invierno. Constantemente se ve desde la ciudad, á una distancia de poco más de seis millas, la nieve sobre la cumbre de las montañas; pero rara vez desciende la nieve de aquella altura. Si tal vez en

(1) Ibn Batuta, iv, 368.

comarca hay como ésta con ta
y deleite del ánimo cansado d
admirable Venecia está cerca
tes; á la rica Milan sólo le cu
ra; Florencia, cercada de alta
todos los horrores del invierno
las exhalaciones de las laguna
mente visitada por los vientos
pestilentes miasmas de África
á una larga vejez, y hace sufri
fatiga á los habitantes y los in
cambio, en Granada, merced
la ciudad, el ambiente es puro
á la vez de montañas y de una
jactarse de una cosecha perpét
dros y con pomas doradas de t
nísimos huertos, y compiten s
Hespérides. Las cercanas mon



los Campos Elíseos. Yo mismo he probado cuánto estos arroyos cristalinos, que corren por entre frondosos olivares y fértiles huertas, refrigeran el espíritu cansado y engendran nuevo aliento de vida» (1).

No con ménos entusiasmo se expresa el noble veneciano Andres Navagero, que en 1526 residió largo tiempo en Granada como embajador cerca de Cárlos V: «En torno de la ciudad, dice, es todo el terreno, así lo quebrado como lo llano, que se llama *la Vega*, de pasmosa amenidad y por extremo hermoso. En donde quiera hay abundancia, que no puede ser mayor, y todo está tan lleno de árboles frutales, como cerezos, nogales, albérchigos, membrillos é higueras, que apénas si se ve el cielo por entre la espesura de las ramas. Tambien hay allí tantos y tan soberbios granados, que no se pueden imaginar mejores, y uvas extrañas de todas las especies posibles, y olivos tan espesos y coposos que parecen juntos un encinar. Por todas partes en torno á Granada, en los muchos por allí esparcidos jardines, se ven, ó, mejor dicho, casi no se ven por la abundancia de árboles, tantas casas de moriscos, acá y acullá situadas, que, si se acercasen y juntasen, formarian otra ciudad no menor. Cierto es que son pequeñas las más de estas casas; pero todas poseen sus fuentes, rosales y arrayanes, todas son ricas de adorno y todas atestiguan que aquel país, cuando áun estaba en poder

(1) *Opus epistolar. Petri Martyris.* Amst., 1670, pág. 54.

Cuando, despues de la p
D. Rodrigo, invadieron sin
la Península, y cada una de
vienda una de las comarcas
sirios se fijaron en el valle
causa de su verde y feraz su
montes que les recordaban el
Damasco (2). Á una milla d
caron, en un punto que se lla
la fortaleza Hisn-ur-Romman
Granado. Este castillo dió no
minaba, por donde vino á lla
se sabe de Granada en los pri
noticias de que, á más de los
cion judía muy numerosa, y
tes cristianos, los cuales pos

(1) *Viaggio fatto in Ispagna*
Patav., 1718, pág. 373.



entre ellas una suntuosa junto la puerta de Elvira.

En la segunda mitad del siglo IX se hace mencion por vez primera de la Alhambra ó Castillo rojo. Durante unas sangrientas guerras que los árabes y los naturales del país entre sí traian, sirvió esta fortaleza de refugio ya á la una, ya á la otra de las dos parcialidades. Asaltada muchas veces, era ya casi un monton de escombros, cuando, segun cuentan, los árabes, perseguidos por mayor número de contrarios, se refugiaron de nuevo en ella. La situacion de los sitiados era muy mala, pero con prodigiosos esfuerzos procuraron á la vez rechazar los asaltos del enemigo y volver á levantar los muros de la Alhambra. En cierta ocasion, cuando estaban por la noche, á la luz de antorchas, trabajando en las fortificaciones, y el ejército enemigo acometia con furia y amenazaba enseñorearse de la altura, vieron una piedra que vino lanzada por cima del muro y que cayó á sus piés. Uno de los árabes la levantó, y halló una hoja de papel asida á la piedra, donde estaban escritos los siguientes versos, que leyó á sus compañeros:

Son un desierto aterrador ahora
La ciudad, vuestros campos y mansiones;
Es en balde la fuga que os desdora;
No reedificaréis los torreones
Y muros del Alhambra derruida,
Porque al filo tremendo de la espada,
Cual vuestros padres ya la tienen dada,
Pronto daréis la vida.

Estos versos, leidos por la noche á la luz oscilante

de las antorchas, llenaron á los árabes de un espanto supersticioso. No pocos imaginaron que la piedra con el papel habia caido del cielo, pero otros procuraron tranquilizar á los temerosos, afirmando que los enemigos habian lanzado la piedra, y que los versos eran de su poeta Abli. Esta opinion vino poco á poco á prevalecer, y el poeta Asadí, que entre los sitiados se hallaba, fué requerido para escribir una contestacion en el mismo metro y con los mismos consonantes. Asadí, aunque sobresaltado por aquella terrible situacion, y no libre de sombríos presentimientos, trató de dominarse, y empezó:

No está desierta la ciudad ahora,
Ni lo están nuestros campos y mansiones;
La esperanza del triunfo corrobora
En la Alhambra los nobles corazones.
Esa hueste engreida
Á vuestros piés caerá pronto humillada....

Pero, al llegar aquí, el poeta se cortó y buscó inútilmente los versos que le faltaban. Cuando los árabes vieron esta turbacion del poeta, la tuvieron á mal agüero, y el miedo se apoderó de ellos nuevamente. Asadí se retiró avergonzado. Entónces oyó una voz que decia:

De vuestros hijos la cabeza amada
Por el terror veréis encanecida.

Eran los dos versos que faltaban. Asadí miró entorno, mas no pudo descubrir á nadie. Persuadido entónces de que un espíritu celestial habia pronunciado aque-



llas palabras, se apresuró á volver donde estaban sus compañeros y les contó lo ocurrido. Todos le oyeron con asombro, consideraron el caso como milagro, y se dieron por convencidos de que Dios iba á auxiliarlos para conseguir la victoria. Luégo fueron los versos escritos en un papel, y atado éste á una piedra, que arrojaron al enemigo. La profecía se cumplió pronto tambien. Llenos de nuevo valor los sitiados, hicieron una salida y lograron la victoria más brillante (1).

Si la Alhambra, de que hablan los versos, estaba situada en el mismo lugar que el famoso regio alcázar de época posterior, ó tal vez no muy léjos de allí, donde se ven hoy las Torres Bermejas, es duda que difícilmente puede aclararse.

Al principio del siglo XI se convirtió Granada en capital de un Estado independiente. En la lucha entre árabes y berberiscos, que llenó el último período de la dominacion de los Omiadas, la cabeza del caudillo berberisco Ziri, del linaje de los Sandjahyas, fué clavada en el adarve del castillo de Córdoba. Ardiendo en sed de venganza, el hijo de Ziri, Zaví, marchó contra Córdoba con numerosa hueste, tomó por asalto la ciudad, la entregó á la devastacion y al saqueo, quitó la cabeza de su padre del adarve, y la envió á sus parientes, á África, para que la colocasen en el sepulcro que guardaba el cadáver. Durante la creciente decadencia

(1) Dozy, *Histoire*, II, 218.

Badis, cruel tirano que
notablemente la ciudad.
ficaciones, la adornó con
alcazaba ó ciudadela, que
hasta el Darro. El alcáz
tuado en la altura cerca d
una de sus torres habia
bronce, que giraba con el
teriosa inscripcion que p
da. Segun Makkari, term
corto tiempo durará el c
des vendrán sobre él, y re
nas» (2). Una posicion e

(1) Segun Mendoza, en el A
(2) MAKKARI, II, 797.—Nc
crita por Mármol, lib. I, cap.
mencionado por Makkari, si b
enteramente distinta.—Mármo



bajo sus antecesores, tuvieron el judío Samuel Leví y su hijo Josef. Dotados ambos de brillantes prendas intelectuales y de esmerada educacion literaria, así como de rara destreza y agilidad para los negocios, supieron ganarse la confianza absoluta del Príncipe, y todo el poder del gobierno descansó casi por completo en sus manos. Pero en el pueblo fermentaba el rencor contra aquellos infieles, que hacian aguardar á la puerta de sus dorados palacios, regados por fuentes de limpias aguas, á los muslimes, á quienes afrentaban, escarneciendo sus santas creencias (1).

Por medio de una poesía llena de invectivas vehementes, un alfaquí árabe atizó aquel ódio hasta encenderle en vivas llamas, y causó un motin que acabó, en 1066, con el dominio de los judíos, de los cuales fueron degollados un gran número. No mucho despues tuvo tambien su término la dinastía de los Sinhadyas. Jusuf Ibn Taxfin, el Morabito, derribó del trono, así como á los demas pequeños soberanos de la Península, al nieto de Badis, Abdalah, y tomó posesion de su palacio. Inmensos eran los tesoros que en él halló. Todas las estancias estaban adornadas con techos, tapices y cortinas de extraordinario precio. Por todas partes rubíes, esmeraldas, diamantes y perlas, y vasos de cris-

queño movimiento de aire vuelve aquel caballo el rostro, le llaman los moriscos *Dic reh*, que quiere decir gallo de viento, y los cristianos llaman aquella casa la Casa del Gallo.»

(1) DOZY, *Recherches*, I, 299.

provincia. Durante la atrevi
gonés D. Alfonso I, estuvo
batada á los mahometanos.
que allí residian, oprimidos
almoravides, enviaron una e
Aragon, excitándole á una
el Mediodía. «Le pintaron, (
excelencias que habia en Gra
en el más hermoso sitio del
extensa vega, de sus cereale
cia de seda, vino, aceite y fru
riqueza en fuentes y rios, de
de la cultura de sus morador
cuencia de esta excitacion, en
año de 1125, una expedicion
de Granada y permaneciendo
ciudad durante diez dias. Cir
le obligaron, con todo, á desi



muslímicas, debia ser Granada el último baluarte del Islam en la península ibérica. Cuando ya no parecia estar muy léjos la completa ruina de los mahometanos en España; cuando ya habian sido conquistadas Sevilla por San Fernando y Valencia por Jaime I de Aragon, y cuando una fortaleza en pos de otra caia en poder de los cristianos, se alzaron tres valerosos adalides de antigua estirpe arábiga, Ibn Hud, Ibn Mardenisch é Ibn ul Ahmar, en defensa del Coran, á par que en empeñada contienda por el predominio sobre la España muslímica. Muhamad Ibn ul Ahmar, del linaje de los Nazaritas y natural de Arjona, consiguió al fin la victoria sobre sus rivales. En el año de 1238 habia fundado un reino en las pendientes de Sierra-Nevada y de las Alpujarras, contra el cual se estrelló aún durante siglos el poder de los cristianos. Como asilo abierto á los fugitivos de las diversas provincias que los cristianos poseian, ganó este reino no sólo una poblacion extraordinaria por su número, sino tambien las fuerzas más eficaces para proporcionar el bienestar. El comercio tomó un incremento prodigioso con los productos de la industria y de la agricultura granadinas, y trajo á los puertos de las costas meridionales buques de todas las naciones. La capital creció en extension y en poblacion de un modo gigantesco, y la arquitectura, favorecida por los Nazaritas, tan amantes del lujo y de las artes, floreció con sus formas más ricas y bellas. Probablemente en la cumbre del mismo monte, donde, como ahora lo

vemos, ya en el siglo IX habia habido una fortaleza llamada Alhambra, edificó el fundador de esta dinastía el castillo real del mismo nombre, famoso en todo el mundo, y fijó en él su residencia (1). Estas últimas palabras deben tenerse en cuenta, pues como por el nombre de Alhambra se designa todo el conjunto de fortificaciones que hay en la colina que domina á Granada, sin la adicion susodicha podria dudarse aún si Muhamad Ibn ul Ahmar habia poseido allí un palacio. Su lema ó divisa, «Solo Dios es vencedor», que resplandece en todos los muros del alcázar, lo era tambien de su dinastía. El sucesivo ensanche, embellecimiento y terminacion del edificio fué obra de sus sucesores, los cuales adornaron asimismo los otros cerros de Granada y la vega con palacios y quintas, y erigieron mezquitas, escuelas, hospitales, baños y lonjas de mercaderes. El más encomiado entre los Nazaritas por las grandes obras arquitectónicas que llevó á cabo, fué Jusuf Abul Hagiag (1333-54). Fueron tan colosales sus empresas, que le dieron la reputacion de poseer los secretos de la crisopeya. Siguió los pasos de Jusuf su hijo Muhamed V, y el tiempo que media entre la fundacion de aquel reino y la muerte de este último soberano, en 1390, debe considerarse como el período más floreciente de la arquitectura granadina. Tambien en

(1) IBN JALDUN, *Historia de los berberiscos*, II, 274.—Véase tambien MAKKARI, I, 292.

este período vino á terminarse la Alhambra, tal como en sus partes principales la vemos hoy.

Por largo tiempo estuvo el reino de Granada sin ser amenazado seriamente por los príncipes cristianos, divididos entre sí; pero fué muy otra la situacion de las cosas cuando Isabel, fundadora de la monarquía española, por su casamiento con Fernando de Aragon, dispuso de todo su poder para destruir aquel baluarte de los infieles. Intestinas discordias habian ya conspirado al mismo fin que las armas de Castilla: á la pérdida de Granada. Cuando vamos á llegar á esta pérdida, nos vemos de súbito trasportados al país de las leyendas desde la claridad de la historia. Así como sobre Rodrigo, último rey de los godos, hay sobre las figuras de los dos últimos reyes de Granada, Ab ul Hasan y su hijo Abu Abdilah, Boabdil, extendido un mítico velo, al traves de cuya luz indecisa los hechos históricos sólo difícilmente se perciben. De aquella tradicion famosa, tan variamente narrada en novelas y poesías, ya hemos hablado en las páginas 233 y siguientes del tomo II. Basta recordar aquí la enemistad entre Abencerrajes y Zegríes, con la cruel decapitacion de aquéllos, y afirmar el hecho de que ambos reyes, padre é hijo, luchaban entre sí por el poder supremo, destrozando el reino todo estas régias contiendas, los bandos y las guerras civiles. Fatal fué para los mahometanos que ocurrieran estos infelices accidentes en el mismo tiempo en que, para resistir al poder cristiano fortalecido, se requeria

nes pronosticando desvent
del reino. Pronto se arrepin
cuando le llegó la noticia d
principal fortaleza. Iba caba
describe,

Desde la puerta de
Hasta la de Bivarra:

y se lamentó diciendo:

¡Ay de mi Alhamı
Cuando en la Alhı
Manda que toquer
Y que suenen las t
Los añafiles de pla

Pero entónces se llegó á él ur

De barba crecida y

y le dijo:

Bien se te emplea, ¡
Buen Rey, bien se t
Mataste los Bencerr
Que eran la flor de
Por eso mereces, Re



dadanos corria por las calles de Granada, era tomada una fortaleza en pos de otra, y cuando al cabo, por muerte de Ab ul Hasan, Boabdil se vió solo en el trono, no le quedó más que defender que su capital misma. Á dos millas de sus puertas habian asentado sus reales Isabel y Fernando, en la ciudad de Santa Fe, edificada por ellos.

El éxito final de la lucha no podia ser dudoso. Boabdil, que desde el principio habia mostrado su timidez, hizo una capitulacion para la entrega de. la ciudad, y en la mañana del dia 2 de Enero de 1492 plantó el cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza la cruz de plata sobre la más alta torre de la Alhambra. El grueso del ejército español, así como los mismos Reyes Católicos, acampaban aún en los llanos de Armilla. Cuando la santa señal se hizo visible, relumbrando herida por los rayos del sol naciente, cayeron todos de rodillas, dando gracias al Señor y cantando el *Te Deum*. Luégo se dirigieron lentamente las huestes hácia la ciudad. Boabdil, en tanto, tomó el camino de las Alpujarras, donde le habian dejado algunas tierras. En lo alto del cerro de Padul tiró de las riendas á su caballo y miró por última vez á Granada, que desde allí se descubre en toda su magnífica extension, en medio de la verde vega. Á esta vista, prorumpió, suspirando, en estas palabras: «Alah Akbar», y empezó á llorar amargamente; pero su madre, que le acompañaba, le dijo: «Razon tienes de llorar como mujer por lo que no supiste

(1) Así lo cuentan en pe
de moriscos viejos, Márm
ca, I, 241, y fray Antonio
liares. La narracion de est
subiese á un recuesto, encin
nada y se cobra la del Vald
iba conmigo, estas palabras
faquí, parar aquí poquito p
de que rey Chiquito y madr
pues que se entregó la ciuda
do, luégo se partió el rey Ch
cuales tierras quedaron en l
por suyas las gozase. Iban co
na, su madre, delante, y tod
y como llegasen á este lugar,
piés, volvió el Rey la cara at
bra, como á cosa que no esp
nos de recobrar. Acordándose
que allí ibamos con él, de la
tecido y del famoso reino qu
todos á llorar, y áun nuestras
diendo á Alá misericordia y á
vida. Como á la madre del Re
el Rey y los caballeros estaban
rando el Alhambra y ciudad q
la yegua en que iba, y dijo es



Sobre los ulteriores sucesos de la vida del último monarca granadino, se sabe que, despues de una corta permanencia en las Alpujarras (1), pasó con su familia á las costas africanas, y vivió hasta su muerte en la ciudad de Fez, donde hizo edificar muchos palacios en estilo andaluz. Descendientes suyos quedaban aún en

sita, y á revuelta de otras le conté esta que aquí he contado; el cual me dijo estas palabras: Muy gran razon tuvo la madre del Rey en decir lo que dijo, y ninguna tuvo el Rey su hijo en hacer lo que hizo; porque yo si fuera él, ó él fuera yo, ántes tomára esta Alhambra por sepultura, que no vivir sin reino en el Alpujarra.»

(1) Aun se conserva una larga carta arábiga, escrita por el secretario de Boabdil y dirigida al sultan de Fez en nombre de su desdichado dueño, de la cual voy á traducir aquí el principio, no porque le atribuya mérito poético, sino como mera curiosidad:

Rey de los reyes todos,
De árabes y de bárbaros amado,
Defiende á aquellos que, cual tú, prestaban
Al bien defensa y á lo justo amparo.
Dame ¡oh Señor! tu poderoso auxilio;
Le espero confiado;
Herido por los golpes del destino,
Que me robára el cetro soberano.
La suerte adversa doblegó mi frente;
Mi orgullo ha derrocado;
No me fué dable resistir del cielo
El tremendo mandato.
Dios lo quiso. ¿Quién burla, quién evita
Lo por él decretado?
El ímpetu de tales infortunios
Amansa leones bravos.
¡Alá contra los golpes de la suerte
Te tenga de su mano!
Rey fui de gran valer, y en esta tierra
Me ufanaba en el mando;
Cerraban el deleite y la alegría
Para el sueño mis párpados.
Pero me despertó de la desgracia
El mortífero dardo,
Y me tocó, la enherbolada punta
En mi pecho clavando.

permanencia de los ma
su final expulsion, fori
sólo pueden mirarse
contra aquellos que los
vencido y desdichado (1
interes y contento las a
ros cristianos en la gue
estuvieron acompañada
pactado, de blandura y
caido; para el verdadero
caridad, dulzura, justici

(1) La interesante historia
permanecieron en el país rec
ñoles, no ha sido esclarecida
te. Un frances, Mr. de Circo
de los moros mudéjares. Des
más estudio, la ha rehecho el
Fernandez y Gonzalez, en su
déjares de Castilla, etc., obra
Real Academia ...



sí misma el sello de un origen divino sin necesidad del testimonio de los milagros, bien puede desearse el triunfo sobre el Islam; pero de la religion que violenta á los que creen otros dogmas á fin de que acepten los suyos por medio de amenazas y á hierro y fuego, se aparta la vista con horror y con ódio (1). Á los mahome-

(1) Léjos de creer que los cristianos españoles fueron desde un principio más crueles, fanáticos é intolerantes que los demas de Europa, se puede afirmar y sostener lo contrario : que excitados por los otros cristianos europeos vinieron poco á poco los españoles á hacerse tan duros é intolerantes con los muslimes. Los españoles de la Edad Media, muslimes y cristianos, solian vivir en buena amistad. Sus leyes, costumbres, literatura, ciencia y artes se influyeron recíprocamente. Cristianos y muslimes se ligaron con frecuencia, como españoles todos, contra el extranjero y el bárbaro, ya almoravide, ya almohade. Los reyes cristianos tuvieron por vasallos reyes muslimes, como el famoso Seifadola, Aben Hud, armado caballero por Alfonso VII, el emperador. En Murcia, en Sevilla, en Niebla y Guadix, hubo otros reyes muslimes vasallos de los reyes cristianos.

Desde los tiempos de Alfonso VI, el que ganó á Toledo, hasta los de Alfonso X, el Sabio, hay en Castilla una floreciente cultura intelectual mahometana ó mudéjar, cuya importancia y valer crece hasta que llega á reflejarse de un modo brillantísimo en la ciencia y literatura de los cristianos, por medio de las obras del mencionado rey Sabio, y de otras de la misma época y posteriores. El Sr. Fernandez y Gonzalez en los capítulos X de la parte I, y VI de la II de su Memoria, encomia una gran multitud de sabios y de historiadores y poetas muslimes que vivieron bajo la dominacion cristiana, y que fueron estimados y protegidos de nuestros reyes y grandes señores. En suma, toda la Memoria del Sr. Fernandez y Gonzalez demuestra la gran tolerancia de los cristianos españoles con los españoles musulmanes; tolerancia que fué menguando poco á

tános se les concedió por la capitulacion de Granada la posesion de sus mezquitas y la completa libertad de su

poco conforme adelantaba la reconquista, y conforme la civilizacion cristiana se sobreponia á la muslímica. Sin duda que hubo de contribuir á la primitiva tolerancia el respeto y hasta la admiracion de los cristianos por gente de superior cultura, así como hubo de contribuir á la persecucion el engreimiento posterior de la civilizacion cristiana, al verse en auge y considerar á la muslímica en decadencia, despreciándola por lo tanto. Sin embargo, siempre es un mérito el estimar y respetar una civilizacion superior, y más rudos y feroces eran los extranjeros que la desconocian. Los cruzados, que de Francia, Alemania y otros países vinieron á nuestra Península, en diversas ocasiones, siempre se distinguieron por su ferocidad y barbarie contra moros y judíos, singularmente los que vinieron ántes de la gloriosa batalla de las Navas de Tolosa. Los Anales toledanos dicen : «Moviéronse los de Ultrapuertos é vinieron á Toledo en dias de cinquesma, é volvieron todos á Toledo, é mataron de los judíos de ellos muchos, é armáronse los caballeros de Toledo é defendieron á los judíos.» Y un historiador árabe dice : «Alonso se vió abandonado por un gran número de *rum* (europeos) porque les impidió dar muerte á los muslimes. Al dejarle, habláronle de esta suerte : «Nos has hecho venir para tomar ciudades, y ahora nos impides saquear y dar muerte á los muslimes. Ya no tenemos motivo para estar en tu compañía.» No contribuyó poco á la persecucion de moros y judíos la excitacion de los papas para que no se confundiesen con los cristianos y se distinguiesen por el traje, marcándolos así con señales que no podian ménos de aparecer como infamantes, promoviendo el ódio y el desprecio. La sentida superioridad de la raza europea sobre la raza semítica vino á aumentar este horror. Todavía, en tiempo de Felipe II, un papa enojado llamaba á los españoles *hez inmunda de judíos y de moros*, haciéndose eco de la preocupacion vulgar, no ya contra gentes de otra religion, sino contra los cristianos nuevos. Francisco I motejó á Cárlos V porque toleraba á los moriscos en sus Estados, llamándose emperador y rey católico.



culto. Debian ser juzgados segun sus propias leyes y por sus magistrados propios, no perturbados en el pleno goce de sus propiedades ni molestados en sus antiguos usos, idioma y traje. Durante los ocho primeros años no pudieron quejarse de la infraccion de este pacto. El verdaderamente piadoso arzobispo Talavera, cuya es aquella famosa sentencia de que á los moros faltaba la fe de los españoles, y á los españoles las buenas obras de los moros, para ser todos buenos cristianos, hizo á la verdad muchos prosélitos, así por su bondad, que ganaba los corazones, como por la fuerza de su elocuencia; pero desechó siempre toda tentativa de atraer por violencia á los infieles, así por ilícita como por inútil. Tambien del Conde de Tendilla, gobernador de Granada, tuvieron los moriscos que felicitarse. Sin embargo, ya entónces los más sombríos presentimientos se habian apoderado de sus ánimos. El re-

Así, por el espíritu intolerante del siglo, general en toda Europa, y que no podia ménos de mostrarse en España, fué creciendo el aborrecimiento y la persecucion consiguiente, hasta poder afirmarse que merece alabanza de blando y despreocupado el prudente Felipe II, cuando, á pesar de la rebelion de las Alpujarras, y á pesar de las excitaciones constantes de la mayoría de sus vasallos, supo resistir y no arrojar á los moriscos de todos sus reinos. Quedó esta gloria reservada al piadoso rey Felipe III, el cual echó de sus Estados á más de nuevecientos mil de sus más laboriosos súbditos, aceptando y ejecutando, como dijo el cardenal Richelieu, «el consejo más osado y bárbaro de que hace mencion la historia de todos los anteriores siglos.»

(*N. del T.*)

esto da testimonio un no
bigas ó aljamiado, que h
nal de Madrid (1). Su a
refiere que visitó á su c
su casa de campo, á una l
bló éste de la siguiente
que los sucesos de Grana
ro no te maravilles si hal
un solo instante sin que
mi sér, ni un solo dia en
Nadie ha llorado jamas in
hijos de Granada. No du
soy uno de ellos y fuí testi
propios ojos que todas las
como viudas, fueron cubie
de trescientas doncellas fue
cado. Yo mismo perdí tres
defensa de la fe. Mi mujer



como desterrado en el mundo. Cúmplase la voluntad de Dios. Así me conceda la gracia de llevarme pronto de aquí. ¡Oh hijo mio! No lloro yo por lo pasado. No conseguiria, llorando, que no hubiera pasado. Lloro por lo que has de padecer si quedas con vida y permaneces en esta tierra, en esta isla de España. Permita Alah, merced á la santidad de nuestro reverenciado Coran, que mi prediccion no se cumpla, que no salga verdadera como la veo ante mis ojos. Pero todavía ha de venir tal opresion sobre nuestra religion, que preguntarán los nuestros: ¿Qué es de la voz que nos llamaba á orar? ¿Qué de la fe de nuestros antepasados? Todo para quien tenga sentimiento ha de ser tristeza y luto, y mayor dolor es pensar aún que los muslimes serán como los cristianos y no desdeñarán sus trajes ni repugnarán sus comidas. No consienta al ménos el bondadoso Alah que acepten sus obras y que reciban en el corazon sus creencias religiosas.»

Estas profecías no tardaron en cumplirse. El partido más celoso y fanático, muy fuerte entre el clero, supo encomendar el negocio de la conversion á un hombre que no tenía en la eleccion de los medios los escrúpulos de Talavera. Era éste el célebre Jimenez, el cual, no bien se vió en Granada, empezó á emplear todo linaje de corrupciones y de astucias para que renegasen de su fe los creyentes en el Coran. No sólo trató de destruir la doctrina del Profeta, sino tambien los escritos que por acaso pudieran tener con ella alguna rela-

del furor de los berberiscos y
tadores cristianos. Por órden
tos arábigos de que pudieron
se hacinaron en un gran mont
de la ciudad. Ni el asunto, que
ver con el Coran, ni el primo
suntuosidad de la encuadernac
ojos (1). La quema de la gran

(1) A pesar de su admiracion po
toriador de su vida, el Sr. Navarre
suerte la quema de los manuscrito
zó más Cisneros, deseoso de borra
dominacion árabe en España, y fu
coranes y libros que hicieran relac
mentar con ellos una inmensa hogu
ruegos que se le hicieron para cons
do auto de fe forma, á cierta dist
represalias que se tomó el cristiani
civilizado y alboreando ya la edad
dio, verdadero ó falso, mayor ó me
cepto, pero no de las proporciones

que se dice haber sido ejecutada por Omar en el primer período tempestuoso del Islamismo, no es un hecho probado, y más bien la tienen casi generalmente por una fábula los historiadores circunspectos; pero es indudable que un prelado cristiano, en la edad del renacimiento de las ciencias, entregó á las llamas sobre cien mil obras de sabios y de poetas arábigos, fruto de ocho siglos de alta cultura intelectual. Sólo fueron perdonadas algunas obras de medicina. Para realzar el merecimiento de aquel santo varon, suponen sus admiradores que el número de los volúmenes que hizo quemar llegó á un millon y cinco mil (1).

Por su violento modo de proceder, á fin de realizar sus planes de conversion, suscitó Jimenez un alzamiento en el Albaicin, barrio de la ciudad sólo habitado por

tos de que trataban, los otros por su notoria riqueza. Este hecho, que alguna disculpa puede tener con relacion á la época en que tales pruebas de fanatismo é intolerancia se daban en todas partes, es lamentable para la buena fama de Cisneros, espíritu superior, de quien era de esperar que en esto, como en tantas otras cosas lo hizo, se adelantase á su tiempo, mucho más cuando se compadece tan mal con su proteccion á las ciencias y á las letras, y á los sabios que las profesaban, esta persecucion literaria, más perjudicial si cabe, como dice Prescott, que la que va contra la vida misma, pues rara vez se deja sentir la pérdida de un individuo más allá de su generacion, cuando la destruccion de una obra de mérito, es decir, la destruccion del espíritu revestido de forma permanente, es pérdida que sufren todas las generaciones futuras.» (*N. del T.*)

(1) ROBLES, *Rebelion de Moriscos*, pág. 104.—Véase tambien *Suma de la vida de Cisneros*.

to, tampoco halló oposic
sus miras, y dió por sen
bian hecho reos de alta
clemencia dejar que elig
conversion al cristianismo
ces se decidieron entónces
que no quisieron ó no pud
trio, se resignaron al baut

De este modo faltaron al
pactado, miéntras que ellos
absoluta en la palabra de lo
dilla habia procurado calm
cin, prometiendo á los desc
de sus quejas y observar la
del cumplimiento de esta
ellos á su mujer y dos hijos
macion de la promesa llegó
nada resolucion, por la cua



bertad religiosa, y, salvo raras excepciones, que tuvieron lugar por sus provocaciones mismas ó bajo el dominio de los berberiscos, no sufrieron persecucion alguna (1).

Evidentemente el Islam es intolerante por principios. Su primera prescripcion fué, de acuerdo con el mandato del Profeta, emplear la fuerza de las armas; pero á los vencidos los trató con indulgente dulzura. Los judíos, miéntras que en toda Europa eran asesinados y

(1) Algunos escritores modernos, con el propósito de disculpar un poco las furiosas persecuciones de los españoles, procuraron tambien presentar á los árabes como intolerantes, y recordaron las ejecuciones de cristianos que tuvieron lugar bajo la dominacion de los árabes. Mas, aparte de que el número de estas ejecuciones, comparado con el de las víctimas de la Inquisicion, es muy pequeño, consta de la historia, como en la suya (II, 104 y siguientes), compuesta despues del más circunspecto estudio de todos los documentos, prueba Dozy, que las mencionadas sentencias de muerte fueron motivadas por las provocaciones de los mismos cristianos, que sedientos del martirio blasfemaban contra Mahoma. Prueba irrefragable de esta verdad es que los súbditos cristianos de los príncipes Omiadas, así como de los pequeños príncipes árabes que les sucedieron, tenian templos, monasterios y obispos, ejercian su culto sin estorbo y hasta se atrevian á servirse de las campanas. De los insultos del pueblo bajo, que en todos los países y con todas las religiones permanece el mismo, debieron de sufrir mucho sin duda alguna, y bajo el imperio de almoravides y almohades, que llegaron á dominar en Andalucía gracias á un movimiento de fanatismo religioso, se empeoró su situacion; pero nunca los cristianos sufrieron de los muslimes en el suelo español una persecucion que ni aproximadamente pueda compararse á su abominable manera de conducirse con los vencidos sectarios del Islam.

puede hacerse á todas las
ve acusacion de que, no
todas ellas, con su intole
ban de otro modo, han co
tu de Aquel de quien proc

Con la violenta conversio
desaparece el nombre de mc
ña y es sustituido con el de
te esta conversion fué en u

(1) Así puede hacerse más cl
res y moriscos. Por moriscos pa
musulmanes que despues de la c
en España, convertidos de grac
Por mudéjares, nombre más usa
sulmanes que en virtud de cap
vasallos de los reyes cristianos e
el derecho del libre ejercicio de
narse por sus propias leyes. Sob
mudéjar hay tales divergencias
profanos no sabemos á qué ...



nada más que exterior. Los mahometanos conservan por lo comun con gran firmeza las creencias que en su primera juventud les fueron inculcadas. Hasta hoy mismo es muy raro entre ellos un cambio de religion. Con más dificultad aún podian decidirse á adoptar el cristianismo : en primer lugar, porque la doctrina de que Dios ha engendrado un hijo está declarada de un modo enfático como una blasfemia en la sura 19 del Coran, y en segundo lugar, porque el dogma de la Trinidad les parece en contradiccion con la afirmacion fundamental del Islam, la unidad de Dios; tanto, que acusan de politeismo á los cristianos. Salvo, pues, el bautismo, que se vieron obligados á recibir por fuerza, los moriscos permanecieron en secreto fieles al Islam. Considérese qué apénas esquilmado campo debió de encontrar la Inquisicion en Granada (1). En el año de 1526 el espantoso tribunal, que hasta entónces sólo desde léjos habia lanzado sus rayos, hizo su entrada en la capital de Boabdil. Desde luégo apareció un decreto, en el cual se prohibia á los moriscos el empleo de la lengua arábiga, escrita y hablada, sus apellidos y su traje nacional. Poco despues vino tambien la prohibicion de los baños, que son una necesidad para los orientales, de las zambras ó

(1) Giovanni Negro, secretario del embajador veneciano, escribe en una carta desde Granada, anunciando la venida de los inquisidores : «Nos regalarán con una hermosa chamusquina.» (Véase *Inscrizioni veneziane raccolte da Cigogna*, fascicolo XXII, pág. 339.)

ellos se uniesen con más fi
Anualmente se daba lectur
to llamado de delacion, en
naba á los fieles, bajo las p
toda accion y hasta todo ge
pechas de mahometismo. Á
ejército de espías del santo t
moriscos siguieron en silenc
que llevaban en vida la másc
rojaban al ménos en la hor
con gran dolor de los clérigo
Profeta. Así fué que los cal
plearon los instrumentos de
habia de haber bastante leña
cía para quemar á los secret

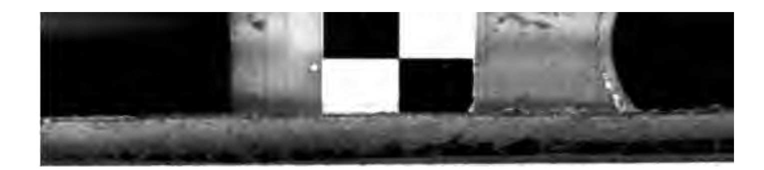
De este tiempo de infort
queda aún un canto elegíac
poesía arábiga nacida en el
mos traslad



de las cadenas y al resplandor de las hogueras, y que parecen el canto fúnebre de un pueblo que muere (1). «Con el nombre de Dios piadoso y misericordioso. Ántes de hablar y despues de hablar sea Dios loado para siempre. Soberano es el Dios de las gentes, soberano es el más alto de los jueces, soberano es el uno sobre toda la unidad, el que crió el libro de la sabiduría; soberano es el que crió á los hombres, soberano es el que permite las angustias, soberano es el que perdona al que peca y se enmienda, soberano es el Dios de la alteza, el que crió las plantas y la tierra, y la fundó y dió por morada á los hombres; soberano es el Dios que es uno, soberano el que es sin composicion, soberano es el que sustenta á las gentes con agua y mantenimientos, soberano el que guarda, soberano el alto Rey, soberano el que no tuvo principio, soberano el Dios del alto trono, soberano el que hace lo que quiere y permite con su providencia, soberano el que crió las nubes, soberano el que impuso la escritura, soberano el que crió á Adam y le dió salvacion, y soberano el que tiene la grandeza y crió á las gentes y á los santos y escogió de ellos los profetas y con el más alto de ellos con-

(1) MÁRMOL CARVAJAL, *Rebelion de los Moriscos*, libro III, cap. IX. Schack traduce esta poesía del castellano, poniéndola en verso y compendiándola mucho. No nos parece bien ni traducirla en verso castellano de la de Schack, ni ponerla en verso tomándola de Mármol, sino trasladarla aquí conforme está en su historia, aunque peque de pesada.

ser nombrada en todo e
cercada y rodeada de h
han cercado. Estamos
ovejas perdidas ó como
no; hannos atormentado
sutilezas y engaños; has
con la pena que siente.
los judíos, que no tiene
buscan nuevas mentiras,
nosprecios y venganzas.
su ley, hiciéronles adorar c
dolos á ello, sin osar nadi
nas están afligidas entre lo
campana para adorar la fig
vaya presto á su ley revolt
do en la iglesia, se levant
cárabo y nombra el vino y
con vino. Y si le oís humilla
na ley



la vean todos, y oiréis los golpes en los pechos y tañer la campana del fenecimiento. Tienen misa cantada y otra rezada, y las dos son como el rocío en la niebla. El que allí se halláre veráse nombrar en un papel, que no queda chico ni grande que no le llamen. Pasados cuatro meses va el enemigo del abad á pedir las albalas en la casa de la sospecha, andando de puerta en puerta con tinta, papel y pluma, y al que le faltáre la cédula ha de pagar un cuartillo de plata por ella. Tomaron los enemigos un consejo: que paguen los vivos y los muertos. ¡Dios sea con el que no tiene qué pagar! ¡Oh qué llevará de saetadas! Zanjaron la ley sin cimientos y adoran las imágenes estando asentados. Ayunan mes y medio, y su ayuno es como el de las vacas, que comen á mediodia. Hablemos del abad del confesar, y despues del abad del comulgar; con esto se cumple la ley del infiel, y es cosa necesaria que se haga, porque hay entre ellos jueces crueles que toman las haciendas de los moros y los trasquilan como trasquiladores que trasquilan el ganado. Y hay otros entre ellos examinados, que deshacen todas las leyes. ¡Oh cuánto corren y trabajan con acuerdo de acechar las gentes en todo encuentro y lugar. Y cualquiera que alaba á Dios por su lengua no puede escaparse de ser perdido, y al que hallan una ocasion, envian tras de él un adalid, que aunque esté á mil leguas, le halla, y preso, le echan en la cárcel grande, y de dia y de noche le atemorizan diciéndole: «¡acordaos!» Queda el mezquino pensando

sa. Desde allí le llevan
atan para dársele, y se
los huesos. Despues dest
za del Hatabin, y hacen
al dia del juicio, y el qu
visten una ropa amarill
fuego con estatuas y figu
nos ha angustiado en gr
nos ha rodeado como fue
que no se puede sufrir. 1
damos, y el viérnes y el s
áun no los aseguramos. E
de sus alcaides y gobernac
ció que se haga la ley una
garon una espada cortado
critos el dia de año nuevo
los cuales despertaron á lo
ron del sueño en un punto
puerta se abriese...



ley fuese toda una y que nos pusiesen debajo de los piés. Esto es lo que ha cabido á nuestra nacion, como si le diesen por honra toda la infidelidad. Está sañudo sobre nosotros, hase embravecido como dragon, y estamos todos en sus manos, como la tórtola en manos del gavilan. Y como todas estas cosas se hayan permitido, habiéndonos determinado con estos males á buscar en los pronósticos y juicios, para ver si hallaríamos en las letras descanso; y las personas de discrecion que se han dado á buscar los originales nos dicen que con el ayuno esperemos remediarnos; que afligiéndonos con la tardanza habrán encanecido los mancebos ántes de tiempo; mas que despues de este peligro, de necesidad nos han de dar el parabien y Dios se apiadará de nosotros. Esto es lo que tengo que decir, y aunque toda la vida contase el mal, no podria acabar. Por tanto, en vuestra virtud, señores, no tacheis mi orar, porque hasta aquí es lo que alcanzan mis fuerzas; desechad de mí toda calumnia, y el que endecháre estos versos ruegue á Dios que me ponga en el paraíso de su holganza» (1).

(1) Mármol refiere que estos versos y una carta fueron traducidos por el licenciado Alonso del Castillo, y que por ellos se entendió ser verdad lo que se decia del alzamiento de los moriscos. El morisco Aben Daud debia llevar carta y versos á Berbería para pedir socorro á los moros; pero fué detenido en Adra, y se le hallaron dichos papeles. El Marqués de Mondéjar envió un traslado romanzado y los originales al Rey. (*N. del T.*)

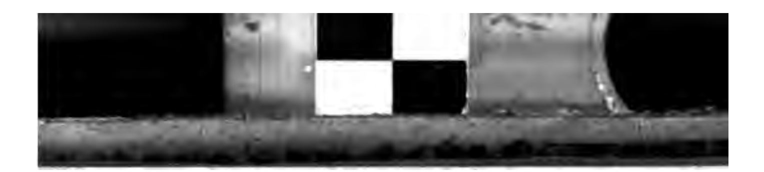
.... La misma dese
cos los excitaba tiempo ha
vocarla más, principalme
Alpujarras, que seguian
divulgado profecías que a
del imperio arábigo-andal
zados sectarios del Profet
lo se reunieron los conjura
baicin, en parte caudillos e
por rey á un mancebo de
Aben Humeya, que descen
ba. Segun costumbre de lo
nuevo rey la consagracion
manto de púrpura, con el r
rodilló sobre cuatro estan
ban dirigidas hácia las cu
esta suerte hizo su plegari
de vivir ó morir en defen
de su pueblo. Entónces se



le levantaron, diciendo: «Dios ensalce á Mahomet Aben Humeya, rey de Granada y de Córdoba!»

Pronto ardió en vivas llamas la rebelion; todas las Alpujarras se cubrieron de moriscos armados, y áun pudieron anunciar los muecines desde los alminares que Mahoma es el profeta del único Dios. Pero el fin de esta tentativa desesperada para restablecer un reino muslímico era de prever. En lugar de referir cómo fué ahogada la rebelion en un torrente de lágrimas y de sangre, dejemos caer el telon de esta tragedia. Luégo que D. Juan de Austria tomó la villa de Galera é hizo pasar á cuchillo á sus habitantes, sin distincion de sexo ni edad, y despues que las demas plazas fuertes de la Serranía, muchas de ellas por traicion, cayeron en poder de los españoles, todos los moriscos del reino de Granada que se sometieron fueron trasladados á otras distantes comarcas, y los que se ocultaron fueron cazados como fieras y entregados al verdugo. Muchos lograron escaparse por mar; pero el amor de la patria los trajo de nuevo á Andalucía, donde cayeron en las garras de la Inquisicion y proporcionaron un espectáculo edificante en los autos de fe de la católica ortodoxia. La situacion de aquellos que fueron llevados á lo interior de España fué peor que la esclavitud. Hablar la lengua arábiga, tocar un instrumento morisco, etc., eran crímenes que se castigaban con galeras. Se reconoció, con todo, que no habia medio de apartar á los moriscos de sus antiguas costumbres, y de obligarlos á

gobierno vio, pues, á las
feta no podia ser extirp.
aliento del último moris
bre de Dios, en un mem
tó su conviccion de que
á todos los moriscos (1).
bispo de Valencia compu
la cual hizo patente el sa
fieles, y todas las desgra
España durante medio sig
tigo del cielo por la impía
se habia usado con ello
bien era impracticable el d
hombres, el Rey debia, ó l
riscos, ó bien, si le pareci
ras ó á trabajos forzados
que esto era obrar con bl
to con severidad, todos e
te (2). Siguió á esto, rei



sion de todos los descendientes de los moros, y España, con la pérdida de sus más activos agricultores, se convirtió en un yermo que sólo servia para mansion de católicos ortodoxos.

Despues que fueron así borradas las últimas huellas del Islam en la Península, se podria sostener que todo lo que la historia refiere de su dominacion en España era una fábula, si las piedras, como testigos mudos, no ofreciesen á nuestros ojos, áun en el dia, la brillantez y la cultura de los árabes españoles. Estos monumentos que han quedado de los muslimes, á pesar de la destruccion del tiempo y de los hombres, no son tan numerosos en parte alguna como en Granada. Apénas hay sitio en la gran ciudad y en sus alrededóres donde no haya restos de la época arábiga. En manera alguna podemos aquí mencionarlos todos, pero los más importantes deben tanto más hacerse notar, cuanto que, hasta ahora, salvo la Alhambra y el Generalife, ninguno ha sido descrito por los viajeros (1). Empezarémos por la encantadora colina de Dinadamar

(1) A pesar de lo que dice Schack, no podemos negar nosotros que esta parte de su libro contiene mucha ménos novedad de lo que él supone, y que es difícil añadir nada nuevo á lo ya dicho por los Sres. D. Miguel Lafuente Alcántara y don José Jimenez Serrano en sus excelentes *Guias del viajero en Granada*, y por el erudito é importante libro de D. Emilio Lafuente Alcántara, titulado *Inscripciones árabes de Granada*. Tendrémos presentes dichas obras para terminar é ilustrar la traduccion de la de Schack. (*N. del T.*)

pulas, mezquitas y alı
magnífica vista. Allí afl
traidas desde la sierra, a
la ciudad. Una grande a
muros, servia para paseo
y tenía en sus ángulos cu
zires, ó miradores, como s
casas de la ciudad. Aun s
así como de la alberca, pe
bren en torno, y el centro
Desde esta colina, que est
se llega á la célebre puerta
la antigua Iliberis; y no bi
herradura, coronado de alı

(1) IBN BATUTA, IV, 369.
(2) PEDRAZA, *Historia eclesi*
cap. XLI.
(3) El estanque, dice D. Mi

á la izquierda la antigua Alcazaba, cuyos muros en gran parte están firmes aún, si bien todo aquel barrio está desolado. En la mencionada altura, cerca de la antigua Alcazaba, en la parroquia de San Miguel, segun Mármol, estaban los palacios de Aben Habuz, el fundador de la primera dinastía granadina; pero apénas queda resto de ellos, aunque se señala como tal la llamada Casa del Gallo ó de la Lona.

Dos puertas de la época de los árabes, que se conservan aún, son la de Fajalauza (fach al lauz; esto es, camino de los almendros), y la puerta Bonaita (bab oneidir, ó dígase puerta de las eras). Penetremos más en el Albaicin, barrio de los de Baeza, los cuales, arrojados de su patria por los cristianos, se establecieron allí. En ningun punto se ha mantenido tan invariable el carácter oriental como en esta parte de la ciudad, que se levanta y extiende por las escarpadas laderas de un cerro. Es cierto que de la mezquita principal del Albaicin, que estaba situada donde hoy la iglesia de San Salvador, sólo quedan restos de poca importancia; pero en cambio se encuentran muchas casas particulares en el estado todavía en que las dejaron los árabes. El *ostuvan* (1), zaguan en español, y la *saha*, ó patio interior, con su surtidor ó fuente cercada de verdura; las habitaciones, en cuya entrada hay una ó más concavidades en forma de nichos para guardar cántaros

(1) IBN BATUTA, IV, 5.

(1) Como despues se de:
Granada misma, y manifest
de que estos nichos se desti
do, es completamente erróni
(2) QUATREMERE, *Histoi*
—IBN YUBAIR, 266, 337.
(3) *Alhania*, segun Cova
donde se duerme. Dozy le da
arco ó bóveda, pero el uso e
do. Las palabras de Gonzalez
prueban en favor de su opini
definicion de Covarrubias, pu
de la palabra en árabe, en ca
alcoba. Lo que cita Dozy es:
que es un grande arco»; incu
que el *que* se refiere á *alhania*
re á *puerta*. No la *alhania*, si
Rui Gonzalez de Clavijo pinta
de la ciudad de Samarcanda,
casa «habia tres como alhan
E como ome, añade, entra de
hanias, que era la mayor de e
blo..... E delante dél estaba una
de camocan, é de otros paños
despues que acaba de describir



puesto para recibir á sus antiguos moradores. Sin embargo, la arquitectura arábiga sólo se muestra allí en su decadencia. Como ya queda dicho, los moriscos tuvieron aún largo tiempo el Albaicin como principal residencia bajo la dominacion cristiana, y sus casas llevan el sello de aquel tiempo de infortunio. En balde se buscan lujosos adornos en las paredes; inscripciones arábigas se hallan rara vez.

Dejando el Albaicin y caminando en direccion del sitio donde el Genil se une con el Darro, se llegan á ver notables restos de un palacio árabe con jardines. Al otro lado de la magnífica alameda, llena de frescas y sonoras fuentes, el más hermoso paseo del mundo, y más allá del puente del Genil, en el camino de Armilla, y en una posesion del Duque de Gor conocida con el nombre de Huerta de la Reina, se ve una torre cuadrada de notables dimensiones, y en ella un salon alto que en toda su estructura se asemeja á la torre de Comares de la Alhambra. Sus inscripciones arábigas, resaltando y enlazándose con elegantes adornos de estuco, contienen la divisa de los Nazaritas: «sólo Dios es vencedor», y á menudo las palabras «bendicion y perpétua dicha y salud á nuestro dueño el Sultan, el rey justo y constante.» No léjos de allí, en la parte baja de la huerta, hay un gran estanque, y cerca de él se observan las ruinas de un pabellon, el cual servia probablemente para casita de baño. Entre los árabes hubo de llevar el palacio, al que estos restos

Volviendo luégo atras
yendo hácia el convento
ca de él rastros de jardi
ban probablemente unid
subterráneo, y formaban
una residencia para los r
estaciones del año. Un c
y sombría enramada de l
rayos del sol jamas penet
to Real (2), que está en
severo, en cuyo interior
lleno de hermosos mosaic
Se asegura por tradicion
se retiraban allí durante
en soledad y silencio á los

(1) Tambien Navagero men
dio arruinado palacio, en el
Genil.

to mes, y los versos del Corán y las sentencias piadosas que hay en las paredes de la sala, parecen corroborar esta idea. Ademas del principio de la Sura XLVIII, que se repite muchas veces, se lee: «¡Oh alma mia! ¡oh esperanza mia! ¡Tú eres mi refugio, tú eres mi protector! ¡Imprime en mis obras el sello del bien! ¡Alabado sea Dios por sus beneficios!»; y, «No hay auxilio alguno sin el que viene de Dios todopoderoso y sabio. No tengo proteccion alguna sino la que Dios me concede; en él confio, á él me vuelvo.»

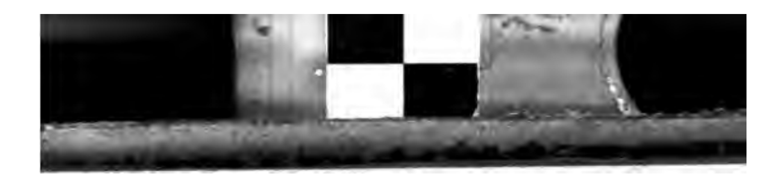
Es de maravillar que, á pesar de la furia de la Inquisicion contra todos los recuerdos del Islam, no se hayan destruido estas inscripciones arábigas y otras muchas que se conservan en Granada.

Dirigiéndonos ahora hácia aquella parte de la ciudad, que áun en el dia de hoy, como en tiempo de los mahometanos, es la más animada y como el centro del comercio, entramos en la famosa plaza de Bivarrambla, que toma su nombre de la cercana Bab ar Raml, ó puerta de Arenas. Si bien la rodean aún muchas antiguas casas, esta espaciosa plaza dista en gran manera de ser la misma que vió en otra edad los torneos y cañas de Abencerrajes y Zegríes, y en balde se buscan los ajimeces, aquellas primorosas ventanas con dobles arcos sostenidos por una columnita, á traves de cuyas rejas y celosías miraban las fiestas las hermosas damas. Siguiendo la larga calle llamada Zacatin, esto es, calle de los Prenderos, que desde la citada plaza sube paralela al Darro,

...cana catedral señala
pal mezquita, y en la c
Hernan Perez del Pulg
hazaña de este héroe, q
quista, entró solo en la
clavó con su puñal el Av

El Zacatin desemboca
donde se sube á la Alha
calle de los Gomeles. Pe
la orilla del Darro, se de
nífica. Sobre un cerro, lle
cubierto de avellanos, ho
sido encomiado por los

(1) Parece verosimil la etim
Alcántara, fundándose en Má
alcaicería, asegurando que v
los romanos tenian en cada ciu
pues los árabes y moros, un h
sen las mercaderías de la hacie
tes para



bienaventuranza terrena, y que ha sido visitado por gentes venidas desde lejanas tierras, á causa de su ambiente vivificante y salubre, descuellan en los enhiestos peñones los rojos muros y torres de la Alhambra, y más allá, en más elevada ladera, entre la espesura de granados y arrayanes, relumbra el Generalife con la hermosura pasmosa de un ensueño.

Esta quinta de verano de los reyes granadinos no parece ser de la misma época que la dinastía de los Nazaritas, porque una inscripcion que áun se conserva, nos dice que el edificio ha sido renovado por el rey Abul Walid en el año de la gran victoria de la fe, lo cual se refiere á Abul Walid I, y á la batalla del año de 1319, en que perecieron los infantes D. Pedro y D. Juan (1).

En un friso de la galería que conduce á la quinta, hallan los que entran sentencias del Corán, en las cuales son ensalzadas las dichas del paraíso que se guardan para los creyentes: « Yo me refugio en Dios delante de Satanas el apedreado. ¡En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso! ¡La bendicion de Dios sobre nuestros señores y príncipes Muhammed y su familia! ¡Salud y paz! Te hemos dado una manifiesta victoria (2) para que Dios te perdone tus primeros y úl-

(1) ARGOTE DE MOLINA, *Nobleza de Andalucía*, lib. II, capítulo LII. — *Crónica de Don Alfonso XI*, cap. XVIII.

(2) D. EMILIO LAFUENTE dice: *te hemos abierto una puerta manifiesta.* (*N. del T.*)

dejará entrar á los creyentes
arroyos riegan. Allí deben per
sus pecados, porque de Dios
ranza » (1).

En una faja que forma el re
dan entrada al interior del ed
versos siguientes:

En este alcázar, d
De incomparable her
Resplandece del Sult
La magnificencia aug
Es su bondad cual
Que los jardines perf
Y sus dones se derran
Como fecundante llu
Son como florido li
Los resaltos y pintur
Que los dedos del arti
En las paredes dibuj
Bella novia es el es
Con galanas vestidur
Que á la nupcial com



Al presentarse deslumbra.
  Mas lo que á tan regio alcázar
De mayor gloria circunda,
Es el clemente califa
Cuando en su centro fulgura:
  Abul Walid, rey de reyes,
Lleno de piedad profunda,
Que de Cahtan (1) la prosapia
Con sus virtudes ilustra;
  Gloria de Adnan, y que sigue
Siempre con planta segura
La huella de los Ansáres,
En quien su casa se funda.
  Este alcázar al califa
Debe su belleza suma:
Él renueva los adornos
Y primores en que abunda,
  El año de la victoria,
Cuando los muslimes triunfan,
De nuestra fe sacrosanta
Con la milagrosa ayuda.
  Y pues del recto camino
No se aparta el Sultan nunca,
Que por la fe protegido
Goce perpétua ventura.

Como el Generalife ha padecido tanto por los estra-

(1) Cahtan, nieto del patriarca Hebér, y tronco de los reyes himyaritas del Yemen, que pertenecian á la más pura raza árabe; á la raza segunda, que vino á establecerse en la Arabia Feliz, despues de exterminada la primera impía raza aborígena, cushita, y no semítica, como los pueblos de Ad y de Temud. Adnan parece ser un descendiente de Ismael, hasta quien hacen subir su árbol genealógico las más nobles familias árabes. Los Ansáres son los habitantes de Medina, que acogieron y protegieron á Mahoma, fugitivo de la Meca, así como los Tabíes son en general los que le siguieron, y los Muhadjires los que se expatriaron por su causa. (*N. del T.*)

una viva imágen del arte aráb
jardines y de su enlace con la
dice el noble veneciano, de
Alhambra por una puerta fals
entra en los hermosísimos jar
está más alto, y que llaman Ge
aunque no es muy grande, e
edificio, y con sus magníficos j
lo más hermoso que he visto
patios, todos ricamente provi
mejor uno con un canal de ag
medio, y lleno de hermosos na
hay una *loggia* ó gran mirado
hermosa vista, y bajo el cual
tos, que casi llegan hasta el
están tan espesos y frondosos
ra tan igual sobre el cerro, q
verde y llano. El agua corre p
se quiere por las habitaciones

verano. En uno de los patios, que está lleno de verdura y hermosos árboles, hay un ingenioso juego de aguas. Algunos conductos se hallan cerrados, hasta que de repente el que está sobre el verde césped ve que el agua brota entre sus piés y que todo se baña, hasta que de nuevo, con la misma ligereza y sin que se note, los conductos se cierran. Ademas hay otro patio bajo, no muy grande, tan circundado de hiedra densa y lozana, que apénas si se ven los muros. Está el patio sobre un peñasco y tiene muchos balcones, desde donde se extiende la vista á una gran profundidad, por la cual va corriendo el Darro: es vista deleitosa y encantadora. En el centro de este patio se halla una magnífica fuente con una grandísima taza. El caño, que está en medio, arroja el agua á una altura de más de diez toesas. La abundancia de agua es pasmosa, y nada puede ser más agradable que ver caer el surtidor deshecho en gotas. Sólo con verle cómo se desparrama por todos lados y se desmenuza y difunde en el ambiente, se goza de una grata frescura. En la parte más elevada de este palacio hay en un jardin una hermosa y ancha escalera, por donde se sube á una meseta, á la cual viene de un peñasco cercano toda la masa de agua que por el palacio y los jardines se reparte. Allí está el agua encerrada por medio de muchos tornillos ó llaves, de suerte que en cualquier tiempo, de cualquier modo, y en la cantidad que conviene, puede soltarse. La escalera está construida por tal arte, que cada uno de los escalones

ricamente bordada, que pende de la techumbre. Más allá hay una suntuosa tarbea ó *kubba*, que ahora llaman vulgarmente Salon de Embajadores. Aquél era propiamente el salon de audiencia ó del trono, cuyo balcon está suspendido sobre el valle y profundo barranco del Darro, y ofrece vistas de indescriptible belleza. Reina allí una misteriosa media luz, que suavemente se esparce por las paredes ricamente ornadas, cuyas líneas, entrelazándose en mil dibujos caprichosos, burlan todo conato de describirlas. La espesura de los muros es asombrosa, y presta á los nueve huecos de ventanas, que ocupan tres lados del salon, la apariencia de pequeñas alcobas. Más alto penetra la luz estremeciéndose al traves de una serie de pequeños ajimeces, y sobre ellos se eleva el alfarje ó artesonado de cedro (1), entrecortado por muchas bovedillas y celdas, y de cuyos bordes, que se unen á las paredes de la sala, penden pedazos de estuco que parecen estalactitas y cristales. Entre las inscripciones de esta sala de audiencia, régia en verdad, merece ser citada la siguiente, que se halla al lado del Norte, enfrente del arco de entrada. Habla la alcoba del centro, donde estaba el trono:

(1) «La techumbre, dice D. Miguel Lafuente Alcántara, es admirable, embutida de piezas de madera de distinto color, y de otras blancas, doradas y azules, que forman círculos, coronas y estrellas, imitando á los luceros y á la bóveda del cielo.» (*N. del T.*)

Te saludan de mi parte,
Por la tarde y la mañana,
Voces de prosperidad,
De bendicion y alabanza.
Las hijas somos nosotras
De esta cúpula gallarda;
Pero yo soy entre ellas
La más gloriosa y preciada.
Estoy en el centro mismo,
Cual corazon del alcázar,
Y en el corazon reside
Toda la fuerza del alma.
Las estrellas de este cielo
Son mis menores hermanas;
Mas el sol, de que yo gozo,
Benéfica luz derrama.
Yusuf, mi excelente dueño,
A quien siempre Dios ampara,
Me ha vestido como á nadie
Con vestiduras de gala.
Puso en mí su trono excelso;
Manténgale y no le abata
El Señor, que tiene el suyo
En las eternas moradas.

En otros versos disputan los nichos, que están á la entrada y en los cuales habia ántes jarros con agua, sobre cuál es más hermoso y excelente. Dice el de la derecha:

Aventajo á los más bellos
Con mi adorno y mi diadema,
Y desde el cielo me miran
Amorosas las estrellas.
El vaso que hay en mi seno,
A un creyente se asemeja,
Que en la alquibla del Aljama
A Dios fervoroso ruega.



Seguros están mis actos
De que el tiempo los ofenda,
Pues doy alivio al sediento
Y socorro la indigencia.
De mi dueño Abul Hachach
Imito así la largueza,
Cuyas manos no se cansan
De tantas obras benéficas.
No deje de brillar nunca
En mi cielo su luz bella,
Miéntras la luna ilumine
De la noche las tinieblas.

El otro nicho se ensalza de esta suerte:

Del artífice los dedos
Tejieron esta corona
Y labraron sutilmente
Los dibujos que me adornan.
Más hermoso resplandezco
Que el tálamo de la esposa,
Y áun le venzo, pues la dicha
En mí perpétua se logra.
El que á mí llegue sediento
Agua encontrará gustosa,
Fresca, cristalina y pura,
Como la luz del aurora.
Soy como el íris brillante
Que en blancas nubes se forma,
Y es el sol Abul Hachach,
Cuyos rayos le coloran.
Guarde el cielo esta morada,
Miéntras que acuda devota
A la casa de la Meca
La multitud fervorosa.

Vencidos quedan aún los sitios del alcázar hasta aquí examinados, si se comparan con aquellos que se hallan al oriente de la entrada. No es fácil penetrar

allí sin creerse y sentirse arrebatado al mundo de los ensueños, aunque pronto se disipa esta alucinacion cuando se mira y se comprende que en todo el edificio demuestran sus sábias y claras proporciones que todas y cada una de sus partes concurren á la bella armonía del conjunto. El arquitecto que construyó aquellas salas debia, á la verdad, poseer algo de la maestría con que la naturaleza forma los cristales; sólo así le era dable traer con movimiento ritmítico todos los miembros separados á la composicion de un todo simétrico y de armoniosa unidad; evitar que el lozano esplendor de los adornos produzca la impresion de estar sobrecargado, y aunar los efectos de aquella exuberante multitud de menudencias y detalles para que produzcan una impresion total superior y predominante.

El patio de los Leones (Dar ó Sahat ul asad), tan celebrado en las leyendas poéticas, es un espacio cuadrangular largo, circundado de un pórtico de columnas. Para formar idea de su antiguo esplendor, debe restaurarse en la imaginacion con los colores y el oro, que ya en gran parte han desaparecido, con los relucientes azulejos del zócalo de las paredes, y con los pintados y tal vez dorados embutidos de la techumbre. En medio del patio hay una gran taza de mármol que descansa sobre doce leones, de mármol tambien, cuya agua está en comunicacion con la que corre en diversas cañerías por todo el palacio, y brota en un alto surtidor, cuyo caudal cae en la taza y vuelve á salir por las fauces de



los leones. Tales leones, así como tambien otras imágenes de fieras, aparecen á menudo, segun ya hemos visto, en los palacios mahometanos de España y de Sicilia; pero éstos son los únicos que áun se conservan. Columnas de mármol de extraordinaria esbeltez y ligereza, con capiteles cuya forma siempre nueva y siempre otra da claro testimonio de la invencible inventiva del artífice, sostienen, ya separadas, ya agrupándose en templetes con cúpulas, la arquería que rodea el patio; y los techos y las paredes muestran en sus diversos rosetones, estrellas, escudos y figuras poligónicas de todo género, una tan rica combinacion de contornos y dibujos, que apénas pueden seguir los ojos aquel laberinto de figuras entrelazadas.

En ambos lados, como ya hemos dicho, se agrupan las columnas y los arcos, formando sendos templetes ó pabellones, con alto techo, cubierto todo de alharaca ó ligero estuco calado, que parece filigrana por su delicadeza y deja que la luz le penetre y atraviese como si fuera transparente. Adonde quiera que se dirige la mirada, los primorosos arabescos dan al yeso el aspecto de tapices artísticamente labrados, extendidos sobre la techumbre, y cuyos extremos, á modo de guirnaldas, penden de las paredes y ondean sobre los arcos. De una manera pasmosa se insinúa aquí, así como en el patio de los Arrayanes, la idea de que un recuerdo de la vida del beduino ha presidido á la creacion de estos patios, con sus fuentes y estanques y las galerías

y ardientes arenales de Ara
Granada, regada por tantas
extrañarse tampoco que se p
los arquitectos árabes la imá
ó de la siesta, al borde de la
el palacio á semejanza de las
En vez de palos ó estacas
ras columnas; los tapices de
las tiendas de los príncipes o
mados en paredes llenas de a
calado que revestia los arc
pliegues de los chales y tel
Las fuentes murmuradoras e
talinas iban corriendo por to
espejo del estanque, circund
bustos olorosos, imitaban, p
oásis. Pero la Alhambra no
lugar de descanso terrenal y
mundo, sino que debia tener

de la inflamada cúpula de éter, una luz tan hermosa como la del más alto de los siete cielos.

En el costado del norte del patio de los Leones está la perla de todo el palacio; una tarbea, á la cual, ora sea por las dos alhanias que contiene, ora por dos grandes losas de mármol que hay en su pavimento, llaman sala de las Dos Hermanas. Ya las puertas de madera de cedro, pintadas y doradas en otro tiempo, son, por la riqueza y delicado primor de la taracea, lo más perfecto que en este género se conoce. Lo interior de la sala sobrepuja en abundancia de mosaicos y en lindas incrustaciones á todo lo demas del alcázar. Los aliceres, las paredes revestidas de estuco, sus diversas fajas ó zonas, los pilares y los frisos, todo está cuajado de fantásticas figuras, de estrellas, de festones, de flores y de polígonos, cuyos contornos y perfiles, que todo lo cubren, cruzándose y enlazándose, crean nuevas y nuevas formas, que se diria que no llegan á agotarse nunca, y que todas compiten en elegancia y gracia. Cuando se persigue con la mente y se viene á comprender esta portentosa multitud de figuras, donde luce una exquisita y rica imaginacion unida á un discreto entendimiento del órden y de la medida, se cree á cada momento que se han apurado y consumido todas las combinaciones imaginables, y se ve siempre con sorpresa que brotan de las antiguas otras nuevas combinaciones. Encima se levanta la tarbea por medio de columnitas, arcos y pechinas de la más artística

manera, en la forma de un octógono. Una serie de detalles, de los cuales no hay uno que no compita con los otros por la riqueza y primor de los adornos, lleva, por último, los ojos hasta la bóveda en forma de estalactitas; y la luz mitigada, que penetra trémula y quebrándose por los ajimeces de la cúpula, completa el mágico hechizo del conjunto. No se sabe qué deba admirarse más en esta sala, si la inmensa abundancia de hermosos pormenores y de brillantes adornos, ó la atinada y sábia consonancia á que todos ellos conspiran; pero bien puede afirmarse resueltamente que nunca la arquitectura ha producido obra alguna que exceda y se adelante en brillo deslumbrador, delicadeza y armonía de todas sus partes, á la sala de las Dos Hermanas.

Más hácia el norte está el llamado cuarto de las Infantas ó del Mirador de Lindaraja, á causa de un precioso ajimez ó ventana con doble arco y riquísimos adornos que da vista al lindo jardincito de Lindaraja con su fuente cercada de limoneros. Difícil es hallar un retiro más apacible y ameno que éste. El murmullo de las fuentes, la grata frescura del umbrío, miéntras que la luz del sol penetra apénas por la delicada filigrana de los arcos, el aura que susurra y el aroma de las flores que esparce en torno, todo arrulla aquí el espíritu y le convida á poéticos ensueños, haciéndole entrar en un mundo fantástico de cuentos y consejas.

Enfrente de la sala de las Dos Hermanas está otra

sala, construida por el mismo estilo, aunque no tan bien conservada en su antiguo estado, la cual se llama de los Abencerrajes, porque la tradicion pone allí la escena de la muerte de aquellos nobles caballeros, y porque se supone que la mancha roja que muestra el blanco mármol de la fuente ha quedado allí como rastro y señal de aquella inocente sangre derramada (1).

Al sur del patio de los Leones, inmediatos á los salones en que los reyes granadinos gozaban los más fastuosos deleites de la vida, se hallaban tambien sus sepulcros, enteramente destruidos en el dia (2).

Al Este del mismo patio, se pasa por tres grandes arcos á la sala del Tribunal ó de la Justicia, notable por su rica y pintoresca arquitectura, así como por las labores de estuco que penden como nubes de sus arcos, y más aún, por tres pinturas que adornan los tres camarines ó alcobas de la pared del fondo ó del Mediodía. Estas pinturas están sobre cuero y colocadas en las bóvedas ó inclinacion del techo. La pintura del medio re-

(1) La creencia de que estas señales rojas del mármol son manchas de sangre, existia ya poco despues de la conquista de Granada (*Cosas de Granada*, de Hernando de Baeza, pág. 62), sólo que entónces eran tenidas por el rastro de la sangre de un jóven príncipe de la familia real de Granada, que allí fué asesinado. (Véase tambien MÁRMOL, *Rebelion*, pág. 139.)

En el *Viaje entretenido de Rojas*, hecho en 1602, se habla de las manchas de sangre, y se dice que áun están tan frescas como si la muerte hubiera sido el dia ántes. Edicion de 1793; I. 151.

(2) MÁRMOL, *Rebelion*, c. VII.

presenta sobre un fondo de oro diez figuras de hombres, con vestiduras blancas, las cabezas cubiertas de capuces, apoyando una mano en el alfanje, y sentados sobre almohadones bordados. Mendoza, que nació sólo trece años despues de la conquista de Granada y que sabía el árabe vulgar, y que debia y podia tener noticias auténticas sobre las cosas de su ciudad natal, dice que en una sala de la Alhambra se ven los retratos de diez reyes granadinos: algunos ancianos del pais habian conocido á algunos de ellos. De acuerdo con esto habla Argote de Molina del cuarto donde están en la Alhambra los retratos de los reyes granadinos y sus escudos de armas (1). En efecto, hay en los extremos dos escudos rojos con fajas doradas, cuya pintura subsiste y no deja duda acerca del objeto que representa. El nombre que hoy se da á la sala, y la suposicion de los *ciceroni* y de los *turistas* de que aquellas figuras representan los jueces de un tribunal, sólo se fundan en un error.

Las otras dos pinturas contienen muy curiosas escenas de aventuras de caza y de amor, en las cuales aparecen cristianos y muslimes. En la pintura de la derecha manifiesta la arquitectura de un castillo con torreones en estilo gótico, que la escena se pasa en tierra de cristianos. Allí se ve una dama que tiene encadenado un leon. Un monstruo, de figura humana, aunque todo

(1) MENDOZA, *Guerra de Granada;* Coleccion de Rivadeneyra, p. 65.—ARGOTE DE MOLINA, *Nobleza de Andalucía*, L. 1, c. XCVII.

peludo como una fiera, se apodera de la dama, pero un caballero cristiano viene á libertarla, hiriendo al monstruo. Hay tambien un castillo con muros y torres. Desde un balcon está mirando una dama á un caballero muslim que atraviesa á otro cristiano con una lanza. Luégo se ven dos caballeros cristianos, uno de los cuales combate á pié con un leon, y el otro, á caballo, mata un oso. Más allá se levanta otro edificio á modo de palacio, en cuyas torres aparecen un caballero y una dama, y delante del cual hay otras dos personas sentadas que juegan al ajedrez. Por último, hay un árabe á caballo que va cazando un venado.

La pintura del camarin de la izquierda representa primero tres caballeros cristianos que cazan leones y osos. Uno de estos caballeros se arrodilla delante de una dama y le ofrece el oso que ha cazado. Enfrente vemos, junto á una fuente elegante, á otra dama con las manos cruzadas, que habla con un hombre. Más allá, un caballero árabe que mata un jabalí; sus monteros cargan el muerto jabalí sobre una mula; por último, el mismo caballero, llevando del diestro la mula, viene á poner el jabalí á los piés de otra dama. Detras de ésta hay un palacio con almenas, cúpulas y torres, y la dama, así como otras mujeres que forman su séquito, parecen salir de dicho palacio.

Difícil es determinar la significacion y el asunto de estas pinturas, en las cuales, ademas de las ya mencionadas escenas principales, se hallan otras várias,

cuentos parece haber sido r
dice que el arte de referir
un medio seguro de introduc
reyes y de los grandes de Ar
y grupos de nuestras pintura
en duelo á caballeros cristian
sectarios de distintas creenc
caballeros que corren á salva
del género de aquellos que d
cabida en un cuento arábigo
cuanto el colorido no manif
muy adelantado, y en punto
nota rastro alguno: pero las
presion, y los contornos de
destreza, que suele ser ext
mienzos de la práctica del ar

La opinion, difundida en
los mahometanos existia un p
conocido por todos, que prol

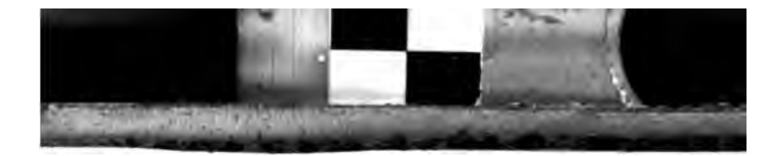
error de dicha opinion no necesita aquí ser refutado de nuevo, ya que en otras partes de este libro hemos demostrado con numerosos ejemplos que los muslimes de todas las épocas no tuvieron el menor escrúpulo de tales representaciones. Ejemplos de esta clase ocurren con facilidad pasmosa; pero sólo voy á traer aquí dos más, como por complemento de los ya aducidos. Entre los magníficos presentes que Harun ar Raschid envió á Carlomagno, habia un reloj, en el cual al fin de cada hora aparecian doce caballeros en otras tantas ventanas (1). El califa Moctadir Billah tenía en su sala del trono un árbol artificial, hecho de oro y plata, en cuyas ramas habia diversas especies de pájaros, asimismo de plata y oro, cuyo canto se hacia que sonase (2). Ibn Handis describe un árbol semejante á éste, en el palacio del príncipe Almansur en Bugia (tomo II de esta obra, pág. 132), diciendo:

Un árbol luce con frutos
Entre tantas maravillas,
Medio metal, medio planta,
De una labor exquisita.
Con resplandor nunca visto
Todos los ojos hechiza,
Y en el ramaje flexible
Que blandamente se cimbra,
Colúmpianse várias aves
De forma y pluma distinta,
Sin querer abandonar
El sitio donde se anidan.

(1) EINHARD, *Annales ad annum*, 807.
(2) ABULFEDA, *Annales*, II, 333.

nada, la figura de bronce de
cómo adornaban casi siempre
cipes andaluces figuras de le
hechas de metal ó de piedra.
turas habia que alegar ménos
el de las estatuas. porque
sura v, sólo están anatemati
estatuas (entendiendo mucho
refiere sino á los ídolos) (1),
muslimes prevalece la opinio
reprobacion aquellas represe
que proyectan sombra (2). Si
claramente está reprobado (a
que está prohibido terminant

(1) La palabra del texto *ansab*
las piedras elevadas en ciertos lu
cuales se vertia aceite; ceremonia
la antigüedad. Esta misma palab
del mismo can. V para hablar de



síenlo), se formaron cuerpos de hombres y de fieras con piedra, mucha menor dificultad se ofreceria para pintar los mismos objetos. No cabe duda, ademas, de que los árabes emplearon con frecuencia la pintura para ornato de sus palacios y casas, y no se limitaron á pintar cosas inanimadas. Ya en el siglo XI da claro testimonio de esto el siciliano Ibn Handis, el cual dice de un palacio de Al Motamid en Sevilla:

Así liquidado el sol,
Sus rayos puso en las tazas,
Y dió tinta á los pinceles
Que pintaron estas salas.
Vida y movimiento tienen
Sus mil imágenes várias (1).

De otra *kasida* del mismo poeta á un palacio de Al-mansur en Bugia, se infiere que estaba en uso adornar los techos con pinturas. Dice así:

Y parece que en los techos
Se miran, por raro hechizo,
Junto á la esfera celeste
Los verdes prados floridos.
Esmaltadas golondrinas
En ellos hacen el nido,
Y allí tambien se contemplan,
Con magistral artificio,
Fieras que acosa en los bosques
El cazador atrevido.
La enramada y las figuras
Vierten rutilante brillo.

(1) La composicion á que pertenece este fragmento está por completo en este tomo, páginas 78 y 79, y la del fragmento siguiente, en el tomo II, páginas 129 á 134.

la idea de que fueron mahom
fundamento de la impugnacion
cho, y no hay para qué atribu
otros autores que no sean
circunstancias que concurren a
serian, adquieren mayor fuerz
cias que los mahometanos apa
los cristianos; que las pinturas
to no conocido de los pintores
tadas sobre pieles, cosidas una
techo; y que los adornos que n
como algunos que están en el r
del todo por el estilo con los d
hambra. Todo nos induce á atr
te á quien pertenece la constr
cion toda de la parte antigua y

La contraria opinion sólo
creencia, que ya hemos desva



cion de que los pintores fuesen extranjeros, ya que la escultura de los leones puede ser más antigua ú obra de un artista ménos hábil; ó, lo que es mucho más probable, porque estando los leones destinados á sostener la fuente, no pareció necesario imitar en ellos con exactitud la naturaleza, sino darles sólo cierto carácter típico. Por lo demas, la celebrada perfeccion de estas pinturas no demuestra, por mucho que se pondere, que dejen de ser la infancia del arte; y en vez de negar que son los árabes sus autores á causa de lo bien que están, puede maravillarse cualquiera de que los árabes, despues de tantos siglos de practicar este arte, no hubiesen llegado á un grado superior de habilidad artística. No son, por último, muy de envidiar los conocimientos en pintura de aquellos que piensan descubrir en estas de la Alhambra, ya el estilo de los pintores italianos del siglo xiv, ya el de los españoles del siglo xv, ya la mano misma de determinado maestro. Por lo contrario, á primera vista se nota la semejanza de estos cuadros con las pinturas y miniaturas de los manuscritos orientales, como, por ejemplo, de Nisami ó de Firdusi. En el cuadro del medio, sobre todo, se advierte esta semejanza en lo vivo y caliente del colorido y en la falta de claro-oscuro y de perspectiva. Tambien en el dibujo, singularmente en el de los caballos, se notan dichas analogías. Las pinturas de la Alhambra, por consiguiente, si no son obras arábigas, como parece lo más verosímil, sin que haya en contra

No todos los sitios de la Al
cionados aquí, sino sólo los
Hagamos una pequeña excurs
ficios aislados que están dent
taleza, y que verosímilment
unidos al palacio. Los más de
interior suntuosos adornos a
llamada Casa de Sanchez (ta
cipe), delante de la cual habia
jante á la del patio de los Arr
alto, ricamente exornado de a
fruta una vista deliciosa del v
cano Generalife. Las inscripc
de las con tanta frecuenci
«Prosperidad», «Prosperida
exclamaciones ú oraciones jac
za y confianza mia! tú eres n
ten.» Y, «¡Oh mi profeta! ¡



dable descifrar. Desde el susodicho edificio, subiendo por la pendiente del norte de la colina en que está la Alhambra, hay otras várias torres, entre las cuales son las más notables la de las Infantas y la de la Cautiva. Ambas contienen en sus interiores habitaciones adornos que compiten con los más bellos de la Alhambra. La torre de la Cautiva (1) contiene, ademas, una multitud de inscripciones, que declaran ser el sultan Abul Hadchach Yusuf, ó quien la edificó, ó quien hizo exornar sus paredes. Hay, ademas,

(1) D. Emilio Lafuente Alcántara dice: «Existe en esta torre una pequeña y preciosa sala, que han olvidado los muchos literatos y artistas que tan prolija y detalladamente han descrito los monumentos árabes de Granada, y cuyas inscripciones no sabemos hayan sido examinadas ni comprendidas en alguna de las colecciones publicadas hasta ahora. Segun el carácter de sus adornos, pertenece á la misma época que la sala de Comares, refiriéndose sus inscripciones á Abul Hadchach Yusuf, séptimo rey de la dinastía de los Benu Nasr. Suponen algunos que esta torre fué en tiempos posteriores morada de doña Isabel de Solís, que bajo el nombre de Zoraya causó, por sus amores con el monarca, de quien era esclava, tantas y tan graves turbaciones en la córte, y produjo rencillas, enemistades é intrigas que apresuraron la ruina del ya decrépito imperio granadino.» Ademas de una gran multitud de oraciones y sentencias piadosas, y de los versos que Schack traduce, trae el Sr. Lafuente Alcántara otras tres composiciones poéticas traducidas, que están en la misma sala.

La que Schack traduce parece ser la ménos mala: en las otras, como en una de ellas se jacta el autor, «hay paranomasias, trasposiciones y juegos de palabras», y los más hiperbólicos encomios del rey Yusuf, el más hermoso, valiente, sabio, ilustre y magnánimo de los hombres.

¡Su enojo no provoque
¡Guardaos de su acome
Con más hermosura y
Por ella el Alhambra b
Los luceros la respetan
Y las pléyades la admi
El espesor de sus muro
Sus mil labores prolija
Y la amplitud de sus m
Causan asombro y envi
Allí el rostro de Yusu
Difunde su luz benign
Feliz y triunfante siem
Es sol que nunca decli

Volviendo ahora á la Casa
de la mezquita y de los baño
mada en capilla por Cárlos V
pero el frente, conforme se v
nocer aún su orígen en la mul
nos que conserva.

En más lastimoso estado d
ños. Sólo por algunos resto



to de reposo, con una galería encima, donde quizás se ponian músicos, y el espacio enlosado de mármol blanco para baños de vapor, en cuyo techo se advierten muchas aberturas en forma de estrellas. Una serie de habitaciones y corredores entre la sala de Comares y la de las Dos Hermanas, es completamente moderna, y tambien el llamado Tocador de la Reina pertenece en su estado actual á la época de Cárlos V. Este tocador es un pabellon abierto, lleno de indecible encanto, que se levanta como un nido de águilas sobre la muralla de circunvalacion de la Alhambra, por el lado del norte, y que parece estar colgado en la cumbre de una torre, la cual estriba á su vez sobre altos y tajados peñones, á cuyos piés, en honda profundidad, el Darro murmura. La vista, que desde allí se disfruta, del escarpado Albaicin, que se extiende sobre una ladera, del airoso Generalife, que reluce entre granados y laureles, y de la nevada cima del Pico de Veleta, que se diria que toca al cielo, tiene todo el hechizo fantástico de una vision ó de un ensueño.

No revela y descubre la Alhambra todos sus encantos sino despues de repetida contemplacion. Se debe morar en aquella vivienda de las hadas, se debe soñar en sus frescas grutas de piedra y entre sus enramadas y columnas, y abandonarse á las sucesivas impresiones de sus varios hechizos, ya sea cuando el alba vierte la celestial frescura del rocío sobre sus azoteas y corredores, y difunde rayos de luz voladores y trémulos sobre

balcones el aroma de aquellas
sentándose junto á la fuente
murmullo misterioso de las a
tras que la luna de una noche
posando y esparciendo sus ra
na, y llena los pórticos y tar
sas y fugitivas, que son cual
de las edades pasadas. Sólo
á confiarse al númen tutelar d
bien á penetrar y descifrar su
versos de las inscripciones, q
ros y pilares como signos m
una viviente armonía y un he
edificio se convierte en ritmo
los Leones habla primero. I
dice así:

¡Incomparable es
¡De Dios el poder be
Quien de estos bellos



Por la luz del sol herida,
El agua que va corriendo
Hasta tocar en la orilla.
El agua y el limpio mármol
Se confunden á la vista,
Y á declarar no te atreves
Cuál de los dos se desliza.
Deshecha en el aire, cae
La clara lluvia en la pila,
Y en ocultos atanores
Al cabo se precipita.
Así de una hermosa baña
Llanto de amor las mejillas,
Que el rubor ó la prudencia
Inducen á que reprima.
¿Viene del cielo esta agua,
O de las entrañas mismas
De la tierra? Representa
La esplendidez del Califa.
Su mano dones sin cuento,
Al rayar la luz del dia,
Vierte sobre los leones
De sus huestes aguerridas.
De sus garras espantosas
No receles; que la ira,
Por respeto al Soberano,
Hasta las monstruos mitigan.
Vástago de los Ansáres,
Tu pujanza y tu hidalguía
Al engreido desprecian
Y á los soberbios humillan.
Quiera el cielo mil deleites
Darte y ventura cumplida
Y dulce paz; quiera el cielo
Que á tus contrarios aflijas.

La sala de las Dos Hermanas se ensalza á sí propia de esta suerte:

Las pléyades cauti
Me hacen visitas noc
Y un aura sana me o
No bien el alba fulgu
De mi se prendan
Que de mi aspecto di
Y á toda ilusion ó en
Mi realidad sobrepuj
De este salon prim
Es admirable la cúpu
Con bellezas manific
Y con bellezas oculta
Los astros del zodi
Con respeto me saluc
Y para hablarme en
Baja del cielo la luna
Los luceros refulge
Enamorados me busc
Su carrera interrump
En la bóveda cerúle
Abandonan los ca
En que por el cielo c
Y cual humildes escl
A servirme se apresu
Es tan brillante es
Que su brillantez des

Las preciadas vestiduras.
Y los arcos que se extienden
Sobre ligeras columnas
Son como la luz del alba (1)
Cuando en Oriente se anuncia.

Desiertos están hoy estos palacios. La alegre vida, que en otra edad los llenaba, ha desaparecido. El adufe no llama ya á la zambra bulliciosa; ya nunca escucha Zaida desde su balcon el preludio del laud de su enamorado; pero á veces, en dias festivos, corren todas las fuentes y se reanima aún el silencioso palacio. Por donde quiera, poderoso é irresistible, como los sentimientos que por largo tiempo comprimidos arrancan del corazon, brota entónces el claro elemento, aquí deslizándose como cintas de plata, y allí derramándose en cascadas por canales de bruñido jaspe ó empinándose en corimbos relucientes y viniendo á caer en limpias tazas de mármol. Se diria que de las entrañas de la tierra se alza con el agua el antiguo esplen-

(1) Se conoce que, al traducir estos versos, el Sr. Schack estaba ya, como nosotros, fatigado de traducir tantos, y no es en su traduccion ni tan exacto ni tan completo como suele. No se queda, con todo, por traducir nada que lo merezca, si hemos de juzgar por la traduccion, á lo que se dice, exactísima, del Sr. Lafuente Alcántara, donde hay por cierto muchos pensamientos repetidos y un no sé qué de fatigoso, que ha de estar tambien en el original, y que hemos procurado dejar allí, aunque tal vez en balde. En el mirador de Lindaraja y en otros sitios de la casa real hay igualmente versos, que Schack suprime. Quien quiera conocerlos, así como las inscripciones sepulcrales de los reyes granadinos, acuda á la obra ya várias veces citada del Sr. Lafuente Alcántara.

penetra y anima las piedras,
y no parece sino que todo re
que se abren las flores y que
funde por las tarbeas los pe
el país de las palmas; las b
por la luz inquieta que se
surtidores, flotan y relucen c
alba, y en todos los pórtic
voces sonoras de los antiguo
en un concento de júbilo.

Dichoso el que logra visit
les. Tambien en su alma se
tónces los sepultados sueño
profundidades perdidas, com
dedor las pasadas alegrías de
árabe. Harto sé que no tod
sienten, pero nunca debe per
quien sólo estima y reconoce

pendiente, entre olorosos arbustos y lozanas y frondosas mosquetas y madreselva, á la altura desde donde el Generalife con sus aéreas columnatas está mirando la honda llanura. Esta casa de recreo ha padecido incomparablemente más que las partes mejor conservadas de la Alhambra. Casi todo el Generalife está ruinoso ó transformado en fábrica moderna. Los aliceres, el ataurique y los demas adornos de sus paredes y arcos, sus galerías de columnas y sus estancias, han sido en gran parte destruidas por la ruda mano del hombre, y sólo se adquiere, en vista de su presente estado, una ligera idea del modo en que los árabes combinaban la arquitectura con la construccion de jardines, á fin de seducir los sentidos con sus patios primorosos y sus gallardos pórticos unidos á juegos de aguas, macizos de flores, bosquecillos de árboles frutales y densas y umbrías enramadas. Sin embargo, el hechizo de su incomparable posicion se conserva aún; y á pesar de su actual decadencia, parece la residencia de verano de los reyes granadinos, con sus patios regados por arroyos, con los laureles que le dan fresca sombra, y con las espléndidas vistas, superiores á toda descripcion, que se disfrutan desde sus miradores y suspendidos jardines, la vision fantástica de un poeta que ha penetrado por encanto en el mundo de las realidades. Quien nunca ha pasado una tarde de primavera en el Generalife, no puede decir que ha visto la creacion en su completa magnificencia. Aquella soledad

netrase en el reservado y sant
raleza. A traves de laureles y
trepa, se ciñe ó pende en fest
por verdes laderas, donde pu
abre y dilata la pita sus gr
donde el arrayan y el limone
y sonoros arroyuelos se precip
donada entre matas de adelfas
ses sus más largas sombras,
pura se dilatan sobre la vega, y
ta su disco entre los quebrad
relucen en inflamado carmin l
bra y los olmos que coronan s
el fulgor vespertino reverbera
nito y en la diadema dentella
la excelsa sierra, reproducien
íris, inunda la llanura como
lante y vaga, que se transform



Mediodía, y hace brotar más ardientes aromas del cáliz de las flores. Susurrando sobre las copas de los cipreses, penetra tambien la noche en el Generalife; más brillantes relucen entónces flores y frutas entre las verdes hojas, y los blandos rayos de la luna, atravesando por los claros del ramaje, se mecen en los surtidores y rielan en los arroyos. Melodiosamente gorjean en tanto los ruiseñores en la espesura; tal vez se oye el són lejano de la guitarra, y un voluptuoso estremecimiento se difunde por galerías y jardines. Las fuentes parece entónces que corren con más abundancia, como si el aliento de la noche acreciese y atrajese aspirando el ya cansado golpe del agua; y se cree que se ve sobre las barandas de los balcones el blanco velo de las sultanas que escuchan la música con que Sohra, el genio del lucero vespertino, guia el luminoso coro de las estrellas.

Pero en medio de los encantos con que la naturaleza ha engalanado los alcázares reales de Granada, apénas es posible reprimir un profundo sentimiento de tristeza. Los solos, los últimos, y quizás los ménos importantes entre tantas obras maravillosas de los árabes, subsisten aún aquellos edificios. ¿Dónde está Córdoba, la reina de las ciudades, la Meca del Occidente, adonde los fieles peregrinaban en largas caravanas? ¿Qué es de sus bibliotecas y escuelas, primer foco del saber europeo, manantial á que acudian los sedientos de ciencia de todas las regiones? ¿Dónde está Az-Zahra, la ciudad de las hadas, á la que

prodigaron los Benu-Humeyas todo el lujo y toda la pompa del Oriente? Hundido en la tierra, aniquilado está todo aquel mundo. El tiempo ha roto el talisman á que estaba ligada su existencia. Las cenizas de los califas han sido esparcidas á todos los vientos, y las grandezas de su imperio aparecen sumidas en un pasado más hondo que las de las antiquísimas ciudades del mundo primitivo, que habia ya miles de años que no existian cuando ellas florecieron. Todavía están erguidas las columnas de Tébas, la ciudad de las cien puertas; los templos de Nínive emergen con sus ídolos colosales del seno oscuro de la historia y de un sueño de muchos siglos; pero, si se pregunta por los palacios de Abdurrahman, nadie sabe ni señalar el sitio donde estuvieron. Sin embargo, más melancólico aún que el pensamiento de la pérdida de tantos monumentos del arte, es el de la mísera suerte del pueblo que hermoseó con ellos la Península; porque aflige más que los escombros y ruinas, en una comarca desolada, donde en otro tiempo floreció la vida, la contemplacion de las ruinas del espíritu del hombre, que nos ofrece este pueblo en su situacion actual. Perseguidos, lanzados de la patria por el mar, los árabes han vuelto á caer en una barbarie más profunda que la de sus antiguos progenitores. Hasta sus sepulcros han desaparecido en la tierra que durante ocho siglos poseyeron, y quien recorre España busca en balde al ménos monumentos fúnebres de ellos, tales como aquellas tumbas silenciosas y sin

nombre que en Asia revelan la cuna de nuestra especie; los restos de pueblos ignorados del mundo primitivo. De los millares de obras de sus sabios y poetas, el tiempo y la furia destructora han aniquilado las más; las restantes están esparcidas por las bibliotecas de Oriente y de Europa, y su inteligencia no es para los árabes. Ellos mismos, nuestros maestros en tantas ciencias, vagan como bárbaros nómadas por los africanos desiertos. Es verdad que áun vive entre ellos, como una tradicion confusa, el recuerdo de la hermosa Andalucía, y de padres á hijos se trasmiten las llaves de sus casas para volver á vivirlas cuando el estandarte del Profeta ondee de nuevo sobre las torres de Granada; pero este tiempo no llega nunca. Cada dia se levantan y declinan los astros en la bóveda celeste, pero la media luna de Mahoma palidece en el horizonte, para no levantarse hácia el zénit ni volver á relucir jamas. Tal vez, en un porvenir no muy lejano, el torrente impetuoso de los siglos barra y arroje de sobre la haz de la tierra la religion del Islam, y sus pueblos y su cultura, que han sobrevivido; pero pronto desaparecerán sus últimos monumentos en Europa. Como se divisa sobre las olas la única torre de una ciudad que en el mar se ha sumergido, así descuella la Alhambra en medio de la avenida furiosa que ha anegado y hundido los otros monumentos. Sus muros, no obstante, caen piedra á piedra á los golpes de la destruccion. Es una creencia popular entre los orientales, que

la luciente estrella Soheil ó Canopo posee fuerzas mágicas y que el brillo del imperio de los árabes ha sido obra suya. En tiempo de Abdurrahman áun se alzaba dicha estrella en el horizonte de la España del norte, y resplandecía con viva luz roja sobre los refulgentes alcázares y sobre los vistosos alminares (1); pero, al compas que esta estrella va lentamente inclinándose hácia el sur, por la precesion de los equinoccios, los maravillosos edificios desaparecen uno á uno.

Aun se levanta dicha estrella sobre las espumas del mar en las costas meridionales de Andalucía, y baña con amortiguado fulgor las ruinosas almenas del último palacio árabe. Cuando se pierda por completo para Europa, el palacio árabe será tambien un monton de ruinas (2).

(1) La afirmacion de Makkari (I, 103), de que una montaña en el lugar de Soheil es el único punto de Andalucía desde donde se descubre aún la estrella del mismo nombre, estriba en un error. Canopo, que está en movimiento hácia el sur, se levanta aún sobre el horizonte de Cádiz, casi 1° 20'. (HUMBOLDT, *Kosmos*; II, 332.)

(2) Debemos esperar que esta prediccion astrológica y poética no ha de llegar á cumplirse. El hábil restaurador D. Rafael Contreras, que es jóven aún, podrá luchar muchos años contra el maligno influjo de Soheil, y cuando Contreras pague el inevitable tributo que á la naturaleza debemos, de presumir es que nos deje dignos sucesores de su celo y de su arte. Entre tanto, nos complacemos en afirmar que le debe mucho la Alhambra. Lo que importa ahora es que algun ministro de Hacienda, necesitado de dinero como todos los que lo son en España, poco ingenioso y ménos fecundo en recursos, y sin aficion al arte arábigo-hispano ni á las bellezas naturales, no



venda las casas y torres del recinto de la Alhambra, y no convierta aquello en un barrio moderno y prosaico; y que él ú otros no distraigan el agua que riega los bosques y alamedas que rodean la fortaleza y le prestan extraordinario hechizo, acabando por transformar aquel eden en un cerro pelado como hay tantos en nuestra patria.

FIN DEL TOMO III Y ÚLTIMO.